

EL LÍMITE DEL CAOS

LIBRO I

El Sucio Secreto de las Princesas

Alexandra Simón

DEDICADO

A todas las que han estado en este viaje desde hace seis años, a las que estuvieron ahí desde el inicio y a las que se agregaron después, a las que se mantuvieron y nunca desistieron; a las que me acompañaron y me animaron, a aquellas que se hicieron mis amigas y cómplices, a todas las que tuvieron fe en mí y en el Dragón, a las que creyeron en esto como algo real, a todas.

Este es mi regalo para cada una ellas.

Tabla de contenido

DEDICADO

PRÓLOGO

Capítulo I

Arden & Mae

Capítulo II

Jefe & Secretaria

Capítulo III

El Tirano & La Rebelde

Capítulo IV

El Príncipe & La Hermanastra

CAPÍTULO V

El Dragón & La Ninfa

EPÍLOGO

Agradecimientos

PRÓLOGO

No hay tiempo.

No puede negarse, no puede decir que no, ya es demasiado tarde, hay un Dragón recorriendo las calles en su brillante auto de negro acero y viene a reclamarla. Puede huir, pero no quiere; puede negarse a ese demonio y sin embargo el Sí sale por su boca despedazando la inocencia.

No hay manera de salir corriendo, él vuela y puede sentirlo respirar en su nuca así como siente la lengua serpentina que se arremolina con la suya y, hasta escucha el sonido de sus gemidos roncós en el oído.

No quiere huir, es más, se impone desnudarse, sabe que es hora de hacerlo, que es hora de dejar de tener miedo. Un día corrió lejos para salvarse, ahora corre hacia él que es la destrucción y no le importa, él es lo que oscuramente ha soñado.

El rastrillar de las llantas de auto chirrean en la acera, respira sabiendo que se acerca, que los segundos cuentan para dejar de ser lo que ha conocido, se apresta a ser su alimento ¿puede ser ella la que quiere sucumbir desgarrada? ¡Oh sí! ¡sí! su madre la observa desde la memoria y sus ojos son intensos: «mi niña, mi chica linda, mi hada preciosa, ¡se fuerte!, ¡se fuerte!»

Su corazón se sale del pecho al escuchar un rugido interno, se conoce y sabe que es el deseo. Ha sido una hipócrita pero, ya no más, tras aquella máscara de timidez y silencio está ella, la real, la que con ojos de lobo hambriento desea la sangre, el semen y el sexo de ese hombre a quien, desde que lo vio en aquel ascensor, lo reconoció como su otra mitad. Unos fuertes golpes en la puerta, uno, dos, tres, es él, ha llegado finalmente, ha llegado a su vida, ¡qué importa si después ella es olvido!, lo importante es el ahora y este es el momento preciso: ella abriendo la puerta de su vida, observando –con gratitud y entre lágrimas– al hombre que viene del infierno a destruir todos los estúpidos paradigmas de amor por los cuales se guió en su antigua existencia.

Capítulo I

Arden & Mae

Abandonó Aberdeen, Washington, cuando tenía diecinueve años. Se despidió de su padre, quien la miraba de manera estoica desde el otro lado del cristal, con la más perfecta de las sonrisas que podía regalar. Él también sonrió, pero el simple gesto de levantar la mano y decir adiós evidenció la melancolía y la soledad que le producía despedirse de su única hija.

Durante seis meses mintió a Stuart sobre los motivos por los cuales dejaba la ciudad, antes de eso había insistido en que el único lugar para ella era aquel pequeño y aburrido pueblo. Él la había hecho cambiar de opinión y la convirtió en ese ser oscuro, miedoso y vulnerable. De aquella chica graciosa que adoraba bailar no quedaba nada, abandonó a sus amigos, sus libros, la pintura y su música; toda su niñez murió aquel día.

Ese día, una semana después de graduarse, llegó a su casa con un brazo fracturado y el rostro hinchado y amoratado; prefirió contarle a su padre sus aventuras y correrías en moto que decirle la verdad. En su mente tenía grabado el rostro lívido de Stuart, quien se olvidó de respirar cuando la vio y le recriminó que podía haber muerto por jugar con uno de aquellos malditos aparatos que él ni sabía que manejaba. No se quejó, más bien agradeció el largo castigo que le impuso, así pudo esconderse en su habitación sin temor a encontrarse con él en alguna calle y decidiera, ahí mismo, terminar lo que había empezado esa terrible tarde del jueves. Ahí lloró ahogando sus gemidos entre las cobijas y almohadas, no podía permitir que Stuart la oyera, no quería dar explicaciones, no soportaría ver su decepción por lo que ella hizo, ni su culpa por no haberla protegido. Pasó su tiempo de castigo encerrada en su habitación, entre el miedo y la tristeza, con largas sesiones de dibujo, donde trazó el rostro perfecto de un hombre creado en su utopía del mundo feliz.

Aun así el dolor y el desencanto la acompañaban, estaba decepcionada de sí misma. En algunas ocasiones, cuando la rabia y la impotencia eran más grandes que ella misma, cuando el llanto se prolongaba toda la noche dejando sus ojos hinchados y debía enfrentarse a su padre en las mañanas, simplemente mentía más, y cada vez lo hacía mejor. Decía que la escayola le molestaba, que el frío hacía que el dolor fuera insoportable; peor aún, sacaba a colación la muerte de Aimé –tema vedado en la casa ya que su padre aún no lo superaba– porque sabía que la conversación terminaría ahí. Al momento de la muerte de su madre, tenían casi trece años divorciados, pero estaba segura de que su padre aún la amaba.

Su pobre papá era un hombre adusto pero la amaba sobre todo, aunque no

tenía la menor idea de cómo tratar a una hija, mucho menos una adolescente; era pésimo lidiando con los sentimientos, sobre todos los propios, así que cada vez que Mae lloraba, solo atinaba a llamar al doctor Crawford. El médico era la única persona que sabía lo que realmente había ocurrido, pero accedió a los ruegos de la chica porque temía que, al saberse la verdad, se desatara una tragedia de grandes proporciones, no solo por Stuart sino por la familia del directamente implicado.

Dejó de escribir en su diario. Le amargó leerlo, la niña que allí se hallaba y la persona que era ahora no tenían ni punto de comparación así que se refugió en sus dibujos: le temía a las palabras. La Marilyn de su diario vivía en una burbuja, obsesionada por los lápices, colores, por la música y con oscuros secretos literarios, si es que así se podían llamar a sus gustos por Poe o Lovecraft, Rimbaud, Nietzsche, por la novela inglesa del siglo XIX o por aquellos poetas olvidados que vivían entre los rincones de una biblioteca.

En cuanto a la música, no podía negar ser una adolescente: todos los cantantes del momento tenían un espacio en la pared de su habitación y en algunas ocasiones, hasta cantaba sus éxitos voz en cuello mientras estaba en la ducha o tocaba su guitarra.

Los libros ahora eran el enemigo. ¿Cuántas veces había soñado con los paisajes de “Cumbres Borrascosas”, “Jane Eyre” y “Orgullo y Prejuicio”? Por culpa de eso estuvo atrapada por una pasión capaz de alterar los sentidos y su conciencia, por creer en ese estúpido ideal llegó a él de manera tan ciega. Por culpa de ellos, su imaginación y deseo le habían tendido una trampa, nada era verdad y ella era simple y tonta, tal como él se lo gritó aquel día: «eres una mosca muerta»

La literatura, la música y el dibujo eran un recordatorio de la voluptuosidad negada. Recordaba que un día le dedicó “E.T” –su placer culpable era cantar las canciones de Katy Perry–, porque le pareció que eso era él para ella: de otra dimensión, alucinante. Sin embargo, su madre y su genética de rebelde rockera y trashumante le habían dejado su pasión por Black Sabbath, The Doors, Led Zeppelin y The Clash, además por el Blues, el Jazz, Bach, Mahler, Rachmaninov y todo lo que conllevara fuego y pasión.

¡Oh, sí! su madre y su naturaleza salvaje.

Aimé se volvió a casar a los treinta y cinco años con Trevor, un promotor de grandes eventos, diez años mayor, viudo y sin hijos. La primera vez que los vio juntos pensó que eran tal para cual, aún se acordaba de la sesiones de karaoke donde ambos, como un par de niños, cantaban “Born to be wild” sin importarles si hacían o no el ridículo.

Su madre fue quien le enseñó a montar en moto, ese era su «sucio secreto» ni siquiera Trevor lo sabía. Siendo un auténtico «rockero rebelde», como su esposa, su padrastro no temió reconocer que le tenía pavor a conducir esa semejante monstruosidad que era la vieja moto guardada en el garaje.

Aimé y su marido murieron a los dos años de matrimonio, un camionero borracho estrelló su vehículo contra el carro en que ellos viajaban desde

Detroit después de estar quince días fuera de casa; Aimé amaba las motos, pero le aterraban los aviones y la muerte la encontró en la carretera, dentro del Mercedes Benz que Trevor manejaba.

Su padre la despertó a las cuatro de la mañana para contarle sobre la tragedia, se apresuró para decirle sobre el accidente no solo por la urgencia de la noticia, sino porque necesitaba más consuelo que su propia hija. Ella se mantuvo serena, controlada pero, no pudo evitar llorar desconsoladamente un mes después cuando escuchó en la radio la voz de Robert Plant cantando "Stairway to heaven".

Con excepción de ese evento, el duelo fue llevado en silencio, de manera resignada, por ella y su padre, y poco a poco, la mención del nombre de Aimé se hizo tácitamente prohibido en la casa.

Trevor –¡bendito sea!– un año antes de morir, adquirió un seguro de vida por más de quinientos mil dólares y la dejó a ella como beneficiaria. Eso la sorprendió, su relación con él fue cordial, pero debido más que nada al carácter bonachón que tenía ya que ella era más bien reservada, así que atribuyó a su madre esa decisión y se entristeció al pensar que lo hizo porque presentía que quizás no llegaría viva a los cuarenta años. Estaba agradecida, pero medio millón de dólares eran nada en comparación al terrible y lacerante dolor de no tener a su madre. De todas maneras, aquel dinero fue su salvación.

Envió una solicitud a la NYU para estudiar bachillerato en Artes y Letras. El arte era su pasión, ¿qué más podría hacer? Era buena con los números, pero no se veía a sí misma en una oficina, mucho menos en un banco. Finalmente, la carta en la que aceptaban su ingreso a la universidad llegó y, con ella, su esperanza para huir.

Sentó a su padre y le contó sobre sus planes y él, naturalmente, se sorprendió.

—Dijiste que no querías ir.

—Lo sé, pero cambié de parecer.

—No creas que no me alegro. No te quiero ver envejeciendo en este pueblo, trabajando en una estúpida tienda o en algún supermercado. Aimé se hubiera sentido decepcionada, eres demasiado inteligente y talentosa para Aberdeen; pero, admito que me sorprende.

—No es para siempre.

—Es tu futuro, mi amor; si ya lo decidiste, para mí está bien.

—Gracias, papá. No creas que quiero dejarte solo.

—No te preocupes, hija, yo sé que es hora de que te muevas. Yo estaré bien.

Dos días antes de que se fuera, el teléfono repicó furiosamente durante horas. Mae no contestaba por miedo a escuchar su voz –había destruido su celular por miedo a que él la torturara–, pero su padre le dijo que estuviera pendiente del teléfono porque había tenido que cambiar los horarios de viaje por problemas con la aerolínea.

—¿Papá?

—Soy yo, no cuelgues.

Se paralizó. Desde aquel día, no lo había visto, ni a él ni a sus amigos.

—¿Qué quieres?

—Escuché que te piensas ir ¡No puedes, eres mía!

—Ese es tu problema, nunca fui tuya.

—¡Eso es porque eres una frígida mosca muerta!

Él sabía cómo lastimarla física y emocionalmente.

¡Nunca más! ¡Jamás!

—¡Déjame tranquila! Agradece que no le dijera a Stuart lo que pasó.

—¿Ah, sí? ¿Qué me puede hacer? Es solo un estúpido abogadillo de pueblo que tuvo la suerte de ser nombrado juez, es un idiota pelagatos.

¡Quisieras tú ser como mi papá!

—Entonces, ¿por qué no terminaste lo que ibas a hacerme aquel día?, sabías muy bien que si eso pasaba, mi padre se daría cuenta de lo nuestro, ataría cabos y, sin importar quién fuera tu familia, iría por ti. Yo te amaba, tuve fe en ti y me defraudaste —todo lo que había pensado en su encierro, ahora lo verbalizaba casi sin tomar aire para respirar.

—¡No me amabas lo suficiente!

—A ti te importaba solo que yo solapara tu conducta. No tenías ningún compromiso conmigo, me juraste que ibas a dejar de consumir pero te pusiste peor. El sexo no hubiera mejorado las cosas.

—¡Mientes, perra! No me amabas, ¡mentiste!

—Permití que me fueras infiel una vez, pero seguiste haciéndolo y ella se burló de mí. La hiciste partícipe de esa brutalidad, al igual que a tu amiga. Me juraste que ya no tenías nada con ella y yo te creí.

—Ella me da lo que tú nunca fuiste capaz de darme.

—Sigue con ella, entonces. Mira, aunque no lo merezcas, no te guardo rencor.

—¡Putita! ¿Crees que me haces un favor? ¿Te crees mejor que yo? Me perteneces —de pronto, Mae lo escuchó sollozar. Sabía que, tras el teléfono, estaba drogado, como siempre—. ¡No! No, no ¡perdóname, muñeca!, no me dejes, no me dejes.

Siempre hacía lo mismo. La ofendía y luego le pedía perdón para después, ofenderla más. Esa era su manera de manipularla.

—Adiós, Richard.

Llegó a New York con diecinueve años cumplidos. Estaba emocionada y aterrada, la ciudad sí era una verdadera jungla de cemento, inmensa, caótica y embriagadora. Era una chica provinciana que a pesar que haber recorrido la mitad del país con su madre, nada la preparó para New York. Definitivamente, era otra cosa.

Su padre la dejó instalada en una residencia de estudiantes. Tenían el deseo de comprar un pequeño apartamento cerca de NYU, pero optaron por esperar un año y dejaron el dinero en un fideicomiso.

Probar si era capaz de vivir sola en semejante ciudad fue su primer reto y, apoyada en la naturaleza aventurera que le legó su madre, se adentró por calles y barrios. Lo primero que hizo fue ir al metro, más precisamente a la estación Union Square, a escuchar a los músicos callejeros y todo le pareció mejor que Disney World. Con su cámara tomó fotos a todos los lugares característicos y logró subir a las azoteas de los grandes rascacielos de la ciudad. El que más le impresionó fue el edificio Chrysler, y esa emoción se acrecentó cuando, desde su mirador, pudo ver una torre de vidrio y acero en la cual reflejaba la luz y que, recortada contra el cielo, parecía ser parte de la escenografía de una película futurista.

—Ahí bien se podría filmar una nueva versión de “Metrópolis” de Fritz Lang —pensaba la chica mientras hacía, en su cuaderno, un esbozo del rascacielos Russell. Impactada por las líneas arquitectónicas y por la energía que de la gran torre emanaba, fue hasta el hall de entrada y se animó a pedir que le permitan subir a la azotea.

—Señorita, esto es un lugar de trabajo, no una atracción turística. Y, si no tiene tarjeta de visita, retírese antes que la saque seguridad.

Ella era educada y respetuosa, pero la forma despectiva con que le dieron el no, activó su gen rebelde y, sin gritarle pero muy firme respondió al guardia

—¡Ni que este lugar fuera del rey del mundo! —y salió, sin mirar a nadie.

Después, visitó los barrios típicos de aquella ciudad multicultural: el Lower East Side, el Barrio Judío, Chinatown y la Pequeña Italia, su favorito. Por último, fue a ver desde fuera los grandes teatros de Broadway. Se juró que algún día entraría y vería los espectáculos en honor a su mamá. Ah, y como

buena provinciana que se respete, se tomó fotos en la Estatua de la Libertad.

Todo aquel tour despertó en ella un sentimiento de ansiedad, se sentía tan pequeña, solitaria y perdida en aquel monstruo enorme que era Nueva York que se dio un respiro y buscó otros lugares que la acogieron con los brazos abiertos y los encontró: la Biblioteca Pública y el Museo Metropolitano. Después de varias horas dentro, pensó que adoraría vivir para siempre en aquellos lugares.

La universidad le encantó, el currículo era fabuloso, seis semestres de Dibujo, Arqueología, Curaduría, Teoría del Color, Historia del Arte, de la Música y Literatura Clásica y Moderna en los tres últimos semestres. Estaba preparada para estudiar y zambullirse en aquella locura donde pintores, artistas y escritores le susurraran al oído y la llevaran de la mano de sus genios a sus mundos. Definitivamente estaba en el lugar correcto. Pero poco a poco se dio cuenta de que la vida social no era para ella. Esa fue una de las secuelas que Rocco dejó en su vida: sentirse inadecuada para estar con los demás. Lentamente cambió su apariencia. Se escondió bajo ropa holgada, ocultó sus ojos pardos detrás de lentes de pasta, se negó a usar maquillaje y recogió su bellísimo cabello oscuro en un par de trenzas francesas que fijó artísticamente a la altura de la nuca.

¡Bien! El hada se va al armario y aparece Mae, la nerd.

Aquella apariencia le agregó años y la hicieron sentirse segura, todos sus atractivos físicos quedaron ocultos; a sus ojos, al fin se sintió liberada de su belleza; pero, en su afán de negarse, no se dio cuenta que su pelo trenzado expuso su bello cuello de cisne y le agregó elegancia. Consiguió trabajo en una cafetería como mesera cerca de la universidad y así comenzó su vida en Nueva York. A los pocos meses descubrió que vivir allí era demasiado costoso y no le alcanzaba para ahorrar, el gasto en materiales y en libros –ella los compraba todos, era de las que creía que al poner ojos, manos, pasión y mente sobre las letras, se estaba haciendo una declaración de propiedad sobre el libro y sufría tormentos al momento de dejarlos en la biblioteca para que otros estudiantes los leyeran– era cuantioso, sin contar, comida y transporte. Además, planeaba una Maestría y un Doctorado, así que necesitaba dinero y se propuso buscar otro trabajo. Su consejera estudiantil la ayudó a cambiarse a la noche, si quería obtener un trabajo que le permitiera ahorrar, debía postular a uno de jornada completa.

‘Se necesita persona proactiva para trabajar como asistente de archivo, no se requiere experiencia previa, pero sí, capacidad para trabajar en equipo. Excelente remuneración’

Sacó el aviso del fichero de Ofertas de Trabajo de la universidad y con los conceptos ‘sin experiencia’ y ‘excelente sueldo’ en su cabeza llamó para concertar una cita.

Faltando veinte minutos para la hora señalada, bajó del metro vestida con ropa formal: zapatos planos, falda negra, blusa blanca, chaqueta gris y sus características trenzas; la imagen que le devolvió una vidriera era de una tía solterona y no le importó, tenía la imagen que el trabajo necesitaba; ya se

había resignado a su nueva apariencia, la época de la reina de la preparatoria en Aberdeen era cosa del pasado. Comenzó a buscar la numeración y se estremeció cuando se dio cuenta que Russell Corp. era el edificio que desde el mirador del Chrysler le había llamado tanto la atención; sonrió y entró directo a Información, unos minutos más tarde con una tarjeta identificatoria colgando del cuello, caminó por el inmenso hall en busca de una tal Stella Miller. Hizo el recorrido lento, mirando cada detalle del edificio corporativo y pensó que era amenazante; lo que por fuera le pareció atractivo, por dentro, le dio la impresión de ser un colmenar que se movía bajo la orden de un dictador que los hacía trabajar con la precisión suiza de un costoso reloj.

La entrevistó una mujer pequeña, de unos cuarenta años, quien inmediatamente quedó encantada con la joven, principalmente porque no llegó vestida como para la semana de la moda, sino para conseguir el trabajo de archivadora.

A Stella Miller le agradó la chica que se sonrojaba, le pareció que era un sinónimo de discreción y confianza, pero cuando supo lo que estudiaba, le pareció perfecta. Ella tenía un hijo de dieciséis años que quería estudiar filosofía.

—Mi hijo está leyendo “El Extranjero”.

—Albert Camus es profundo y a veces difícil. Al menos no está leyendo “El mito de Sísifo”.

—¡Oh, no! Se lo compré el viernes.

—No, no se preocupe —Mae pensó si supiera que leí “Justine” a los catorce—, lo que pasa es que debe tener un buen contexto para entender lo que el autor quiere decir.

—Sean, mi hijo, es impresionable.

—Entonces dele algo bueno de la literatura del país. “Las uvas de la ira” o “Al este del edén” de John Steinbeck por ahora.

Stella sonrió.

—Eres todo un ratón de biblioteca, Marilyn. A tu edad, yo estaba más interesada en las novelitas rosas que en esos libros que poco entendía. ¿Estás segura de que quieres este trabajo? Es aburrido y las lecturas que encontrarás no son nada edificantes. Morirás de aburrimiento.

—No importa, estoy abierta a aprender. Además, sin ánimo de ofender, no me voy a quedar toda la vida aquí, pero le aseguro que en mí encontrará a alguien dispuesto y confiable.

Stella se quedó callada. ¿Esta chica con más tipo de artista podría con el trabajo? Había gente con más experiencia y mejor calificada para la labor, y por otro lado no quería volver a pasar por el tortuoso proceso de selección de

personal de nuevo. Por un segundo la mujer la observó de arriba abajo, esto puso incómoda a la joven, pero Stella de inmediato le sonrió acompañando el gesto con un guiño cómplice. Tomó de nuevo la hoja de vida y leyó por un segundo.

—Tu segundo apellido no es de aquí, Gerard, ¿francés?

—Sí, mis abuelos maternos nacieron allá.

—Marilyn, como la Monroe —la miró con la actitud de no entender la relación entre la chica castaña y la más famosa rubia platinada.

—Mi madre era fanática, odiaba el estereotipo creado en torno a ella y decidió que yo podía llamarme Marilyn, ser morena e ir a la universidad. Cosas de madres —lo que no explicó es que Aimé siempre le dijo «Eres bella e inteligente, que nadie te trate de tonta solo porque eres hermosa» —. Todos me llaman Mae.

—¿Cómo Mae West, la otra sexy platinada? —hizo una risa extraña— ¡lo dicho, muy Hollywood! no puedes huir chica, estás hecha para el mito —Stella relajó la sonrisa y celebró su ocurrencia.

Ella parpadeó, quería que su nombre algún día fuese asociado al arte, pero no al de dos estrellas platinadas de cine, sin embargo el modo bonachón de la mujer le pareció lindo en una ciudad donde no tenía amigos.

—Gracias —contestó, no muy convencida.

Stella extendió su mano ofreciéndosela a la chica de preciosos ojos pardos.

—Te llamaremos —dijo Stella con tono más gerencial que amable, borrando su risa anterior.

A la hora llegó a su habitación segura de que aquel trabajo no sería para ella. ¿Quién la contrataría, sobre todo para un trabajo con tanta responsabilidad? Mas, como su madre le había enseñado, «nena, sobre lo improbable está todo lo posible».

—¿Marilyn Baker?

—¿Si?

—Soy Stella, de Russell Corp.

Mae tenía el corazón en la garganta.

—Sí, Stella ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias. Le compré a mi hijo los libros que dijiste y está fascinado. Por cierto, empiezas el lunes. Antes debes traer toda la papelería y requisitos médicos, pero el trabajo es tuyo, linda.

—¿En serio? ¡Dios! Gracias, Stella.

—No hay de que, tengo una buena corazonada contigo. Será bueno tenerte por aquí, alguien con quien conversar. Quiero impresionar a mi hijo con mis conocimientos en arte y literatura, tú me ayudarás para que Sean no crea que tiene como madre a una muy aburrida archivadora, aunque sea verdad.

Marilyn saltaba emocionada en su pequeño cuarto.

—De nuevo, gracias, Stella.

—Te esperamos, linda, presiento que serás algo grande por aquí.

En la tarde llamó a su padre, quien reiteró sus aprensiones y le pidió que se cuidara al salir de noche de la universidad, que no hablara con extraños, que fuera responsable y otras cosas más, para el final decirle que la extrañaba y que había sufrido indigestión por comer mala comida refrigerada.

«—Extraño tu pastas y tu pescado en salsa agridulce, pero estoy orgulloso, mi amor. Eres un guerrero en ese cuerpo delicado».

Para celebrar, se compró una pizza napolitana, una fría Coca Cola y oyó algo de la música de Aimé, Janis Joplin, especialmente.

«—La pequeña Pearl si sabía cantar» —escuchó hablar a su madre en la memoria. Tenía suerte, ella la protegía.

—¡Sí, señores! —se dijo en tono de broma— ¡De aquí a la presidencia de Russell Corp. hay solo un paso! —no quería pensar en que estaría sumida en una oficina con un trabajo aburrido. No, ella no se dejaría vencer— ¡Soy un guerrero, papi!

La Corporación era una empresa fundada a principios del siglo XX por Ernest Russell un hombre venido desde Inglaterra; misterioso, llegó desde su país de origen a triunfar, y vaya que lo hizo, en pocos años era el dueño de una de las fortunas más grandes del país, igualando su saga a los Carnegie, Rockefeller, Vanderbilt o al mismo Astor. Había sobrevivido a la Crisis del Veintinueve, y a mediados de los años cuarenta logró consolidarse como una de las más estables del país, con inversiones en bienes raíces, construcción y minería. Las posteriores generaciones incrementaron el patrimonio con inversiones en la industria pesada y el petróleo. Con Cameron, nieto del gran titán Russell, la empresa familiar adquirió otra dimensión cuando decidió invertir en la tecnología de la informática. Gracias a esa visión de negocios, Cameron Russell logró sortear con éxito todas las crisis económicas y su persona se convirtió en una figura mitológica dentro y fuera de la empresa; su carácter afable y ecuánime se ganaba la simpatía de todos y el personal lo veneraba como si fuera un dios. Pero todo cambió cuando, por motivos de salud, se retiró y su hijo mayor llegó a hacerse cargo de la presidencia.

Todos temían al nuevo jefe, era una figura huraña y sombría, pocos lo veían, apenas, las personas que trabajaban en su piso; tampoco era de hablar, solo

sus empleados más cercanos conocían su voz, especialmente cuando vociferaba porque el trabajo no estaba hecho a la velocidad que exigía. Solía no participar de las fiestas o eventos tradicionales de la empresa —Cameron y el resto de la familia eran quienes hacían de anfitriones—; era un gigante aterrador, bajo su mano de hierro la empresa adquirió el aspecto de un enorme monstruo y dominó el paisaje de cemento hormigón de la capital del mundo.

Marilyn escuchaba a sus compañeras de trabajo hablar sobre el mítico presidente con frases que llamaron su atención «la cosa más deliciosa que existía sobre la tierra», «es tan hermoso que a veces piensas que no es real».

Rocco sí era bello —pensaba ella a su vez—, su belleza sí que era para quitar el aliento.

Lastimosamente, la belleza física no es garantía de nada, y lo comprobó de una triste manera.

Su vida se hundió en una rutina agotadora, todo estaba alrededor del trabajo, los estudios y la universidad. Estaba atrapada en hacer cosas y se estaba convirtiendo en alguien sombrío, sin una vida. Al final de la semana llegaba cansada, pero no se detenía y se dedicaba a adelantar sus tareas y deberes propios del estudio, su objetivo era no tener tiempo para pensar en Rocco y olvidarse de todo lo que pasó. Cada noche se repetía a sí misma ¡soy un guerrero!, ¡sí señor, un guerrero! y continuaba.

Una noche en la que iba en camino a su residencia un hombre la siguió. Su corazón empezó a latir a mil por segundo, tal vez aquel sujeto terminaría lo que Rocco no consiguió completar. El miedo la congeló cuando el hombre la tocó, su única reacción fue gritar como loca, varias personas corrieron para ver lo que le pasaba, el hombre, aún más asustado que ella, trataba de calmarla.

—Tranquila, señorita, ¡no le haré nada! Se le cayó la billetera y el celular en el metro, yo me bajo en la misma estación y solo quería devolvérselos.

¡Oh, Dios, pobre hombre!

Se lució como una loca paranoica. Muerta de vergüenza, y con la cara tan roja como un tomate, se disculpó mil veces y se juró que pediría ayuda a un psicólogo. Consiguió que la universidad le asignara una terapeuta, una chica joven y amable llamada Cleo, quien tuvo que luchar contra Marilyn y su reticencia a hablar.

«—Haz ejercicio, eso te hará sentir menos vulnerable».

—¡Genial! Trabajo, universidad y ahora también ejercicio. A este paso no llegaré a los veinticinco.

Se inscribió en un gimnasio y puso tanto esfuerzo en su trabajo que se hizo imprescindible. La promesa que le hizo a Stella fue cumplida e incluso superó

las expectativas. Aprendió todo en una semana, el sofisticado software implementado para los archivos que nadie comprendía, fue como un simple juego de niños en sus manos. A los diez meses de trabajo era prácticamente la que manejaba todo en la oficina, hasta que un día, Stella se acercó algo reticente y dijo: —Yo sé, Mae, que en esta empresa no están tus expectativas, me lo dijiste el primer día; sin embargo, has demostrado compromiso y ganas, cosas inusuales para una chica de tu edad y, aunque sé que no es tu sueño, es sorprendente como trabajas.

—¿A qué viene este discurso? ¿Me vas a despedir?

—No linda, ¿cómo crees?, es todo lo contrario, ¿te gustaría ascender?

—Claro, por supuesto que sí.

—Te advierto que si este trabajo es aburrido, el que te sugiero es peor pero, tiene ventajas: mejor horario y salario aunque, también es más responsabilidad.

—¿De qué se trata?

—Mitchell, el asistente de Thomas Ford, fue promovido como jefe de contabilidad en Nueva Jersey. Thomas necesita un nuevo asistente, quizás tú podrías...

—¡No tengo ni idea de contabilidad! Seré un desastre.

—El señor Ford quiere gente nueva, nunca se llevó bien con Mitchell. Thomas es una institución en esta empresa; es el esposo de la secretaria personal del señor Russell y es intocable en muchos sentidos, pero es una gran persona, muy honrado y ha ayudado a mucha gente aquí. Lo que él quiere es enseñarle a alguien, no para que lo reemplace, para eso hay diez contadores en la empresa, él maneja la nómina y necesita a alguien para lo más simple. Yo le hablé de ti y de tu disposición para aprender. El trabajo solo consiste en llevarle sus archivos, manejar las llamadas con empresas aseguradoras, de vez en cuando hacer trámites bancarios; en fin, cosas básicas.

—¿Estás segura?

—Linda, no te preocupes. Eso sí, entrarás a las ocho y saldrás a las cuatro, no a la seis como ahora, lo que es bueno para ti, optimizarás el tiempo para tus estudios. ¡Ay, Mae!, sí yo tuviera tu inteligencia estaría en la cima del poder. Ya llegué a ser jefe de archivo, pero más allá no puedo. Thomas te agradecerá mucho, ya verás por qué.

El jefe de Contabilidad era un sujeto excéntrico y aparentemente callado al que apodaban 'el topo', aunque se parecía más al conejito de Energizer pues nunca se quedaba quieto. Su oficina era un caos, lleno de papeles, grapadoras, lápices, correctores, estilógrafos y una montaña de discos compactos y de vinilo; sin embargo, y a diferencia del Archivo, era luminosa y olía a fresco. Apenas vio a la chica entrar a su oficina, la puso a trabajar.

—Stella te recomendó, y para mí, eso sobra. Si sirves, te quedas; si no, vuelves a archivo. ¿Eres inteligente? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—Pues, eso creo, señor.

—No se cree, se es o no se es, así de fácil. No seas modesta, mujer, ¿eres inteligente?

—¡Sí, señor!

—Entonces ¡a trabajar, muchacha! aquí trabajo es lo único que sobra — Thomas le guiñó un ojo e inmediatamente Marilyn simpatizó con él.

Stella le mintió, el trabajo no era para nada sencillo. Thomas empezó a darle más responsabilidades de las que ella había imaginado y se vio sumergida entre papeles, bancos y mucha música. Descubrió que aquel hombre adoraba el blues y el jazz. Algunos días escuchaba a Glenn Miller, Ella Fitzgerald o John Lee Hooker. Una vez lo escuchó cantar Crawling King Snake.

—Vaya, Thomas, esa es buena.

—¿Bromeas, Baker? Es la mejor. ¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿Y conoces algo de esta música?

—Mi madre.

—Tiene buen gusto.

—Tenía —contuvo un sollozo, últimamente se sentía nostálgica por todo, sobre todo porque extrañaba a su madre.

Ahora, sin la prohibición de Stuart, el nombre de Aimé era demasiado duro para ella. Sentía su ausencia como si ella hubiese muerto ayer.

—Lo siento, chica.

Una tristeza escondida se reflejó en el rostro de Thomas. Por experiencia propia, sabía que aquellas personas de naturaleza musical como su amigo eran también aquellas más cercanas a la melancolía.

—Yo sé lo que es perder a alguien que amas. Mi madre tenía ochenta cuando murió y vivió una vida plena; sin embargo yo la extraño muchísimo. La mamá es la mamá.

—Sí.

—Bueno, en honor a ellas escuchemos algo de buena música, ¿qué te parece? No creas, el viejo topo sabe divertirse.

Ya eran dos: Stella y Thomas, sus amigos. Era bueno tener con quién compartir un buen café y una agradable charla. Ellos dos mejoraron su vida.

Responsable como era, llegaba a trabajar mucho más temprano de lo usual sobre todo los días que por la universidad, Tom la autorizaba a salir minutos antes de las cuatro. Saludó al portero, quien ya no se sorprendía al verla llegar a esas horas de la mañana, corrió al ascensor y apretó el botón del sexto piso, estaba esperando que se cerraran las puertas cuando vio un zapato que se interpuso en la acción e hizo que de nuevo se abrieran, levantó la vista y quedó sin respirar cuando se dio cuenta que el pie intruso pertenecía al hombre más glorioso que podía existir sobre la tierra y en un acto instintivo se pegó al fondo del ascensor por lo que quedó atrapada entre la pared y la espalda del personaje que olía a gloria y que ni siquiera la miró.

Parecía salido de un anuncio de Armani, resultaba intimidante con una gabardina negra y con las manos cubiertas por guantes del mismo color ¡Dios! ¿Quién usa guantes en esta época? Cuando el ascensor llegó al sexto piso, la chica no bajó, estaba clavada en su sitio, respirando el aire con aquel ser extraordinario y no tuvo el valor de salir de allí. El hombre ignoró la apertura de puertas y solo se movió cuando el elevador llegó hasta el último piso, el de presidencia y salió dejando atrás a la chica sumida en la atmósfera asfixiante de belleza absoluta captada por sus ojos. Personas como él estaban hechos para recordar a los demás seres humanos que existía la perfección y que los otros, es decir, gente como ella, eran remedos, y más que eso, insignificantes.

Algo muy profundo y doloroso emergió de la memoria de la chica, el sueño lejano del príncipe azul todavía se escondía en su mente romántica: él estaba ahí, entró en el ascensor, subió hasta presidencia y, ni siquiera se dio cuenta que ella existía. No era la damisela en apuros, no, después de esa tarde en el bosque, para siempre sería la hermana grotesca de Cenicienta y se obligaría a permanecer oculta, resignada a ver desde lejos cómo el sueño de bailar el vals en un gran salón blanco era vivido por otra. Raudamente corrió a los baños del sexto piso y lloró como una niña de diez años.

Ese mismo día supo que el elevador privado de presidencia estaba en mantenimiento y que aquel hombre que subió era nada más ni nada menos que Arden Keith Russell, el presidente de la empresa, y su jefe.

Al siguiente día, a la misma hora, volvió a aparecer. Mentalmente rugió como el león de la Metro, el hombre se merecía esa de introducción: «la Metro Golden Meyer presenta... rrrruarr».

Esta vez, ella se hizo a un lado para poder observarlo de reojo y pudo comprobar que lo decían de él era absolutamente verdadero. No es real. ¿Cómo puede haber alguien así? ¡Es ridículo! A punto de ser descarada, se dedicó a mirarlo y reparó en todos los detalles: cabello color castaño claro, más bien largo que caía desprolijamente en relajados rizos sobre su rostro y cuello, un mechón rubio, casi blanco en su lado derecho, le daban un aspecto singular y aristocrático. Su nariz era recta y muy bien perfilada, su mandíbula firme y perfecta. Sus pómulos, angulados; la boca, voluptuosa.

Michelangelo, aquí está tu David.

¿Y sus ojos?, no, no pudo ver sus ojos.

A su mirada de dibujante, el hombre le parecía una perfecta escultura renacentista pero, con traje; a la lectora de Miller, le pareció un animal excitante y puramente sexual, con carisma salvaje que transformaba su rudeza en presencia silenciosa, cargada de erotismo y arrogancia.

En los dos casos, Arden K. Russell era un hombre solitario que no se dejaba tocar por su entorno y no había que ser pintora ni escritora para darse cuenta de eso.

De nuevo lo siguió al último piso para que él volviera hacer lo del día anterior: salir de su vista y desaparecer hacia los pasillos de presidencia.

—¿Thomas?

—¿Sí?

—¿Conoces al presidente de esta empresa?

—¿Arden Russell? Claro, desde que era un niño.

—Es intimidante.

—Es mucho más que eso.

—¡Cuéntame!

Mae Baker, reconócelo, eres una chismosa.

—¿Por qué tienes tanto interés?

—Llevo un año y medio trabajando aquí y todos hablan de él como si fuera algo irreal. No lo vi en la fiesta de Navidad.

—Sí, odia esa fiesta y todas las demás, cree que nosotros, los mortales, tenemos lepra ¡es detestable!

—¡No puede ser tan malo!

—¡Lo es! —Thomas limpió sus lentes mientras que le bajaba el volumen a su viejo tocadiscos— era un niño simpático y juguetón, además de un genio. Todos creían que iba a ser el próximo gran cellista de Estados Unidos, tipo Pau Casals; pero, al llegar a la adolescencia se distanció de su padre, se volvió un chico problema, dejó la música y el violonchelo. Su madre sufrió muchísimo, no había semana en que no lo sacaran de un lío, algo muy oscuro pasaba con él. Fue a Harvard a estudiar leyes, pero se salió. Desapareció por meses sin dejar rastro. Un día volvió como si nada, vuelto un salvaje, parecía un cromañón; sin embargo, se matriculó en Yale, se cortó el cabello y en

menos de cuatro años terminó la carrera de Administración Financiera: un genio, como te dije. A los veinticuatro años se hizo presidente de Russell Corp. y aquí está... inaccesible.

—Vaya... ¡veinticuatro! muy joven para manejar esta bestia.

—Sí, eso fue hace unos ocho años; pero, ¿sabes? le falta lo que a su padre le sobra, calidad humana. Es una máquina.

—¿Tu esposa te ha contado mucho sobre él?

—No, Susy es leal con la familia Russell hasta la muerte. Cuando llegamos a casa, nunca hablamos del trabajo... ¡Oh sí, Mae!, este viejo tiene una vida más allá de la nómina de la empresa Russell y esa vida es Suzanne Ford, aunque ella crea que no es así. Perdí mi anillo hace unos años y no me ha perdonado aún, si bien lo intento todos los días.

—¿La conociste aquí?

—Sí, ella fue la secretaria personal de Cameron durante veinte años y ahora es la secretaria de su hijo.

—Apuesto a que la enamoraste con tu buen oído musical.

—Y mi encanto personal. Este viejo tiene sus secretos, aunque en realidad, se resumen en uno solo: ella manda y yo obedezco.

Ambos soltaron las carcajadas, pero la asistente no quitó la mira de su objetivo primordial.

—Parece que el señor Russell no te gusta.

—No, no me gusta, pero Suzanne lo ama y le justifica todo, así que yo no abro mi boca —hizo un ademán para saldar el tema pero, volvió ataque—. Mira, yo creo que la base del poder en una corporación como esta, radica en la capacidad del líder para empatizar con las personas que trabajan con él. Su padre lo hacía, pero eso al joven Russell no lo interesa, él mide solo resultados, no importando como se obtengan.

Rogó al día siguiente para que él apareciera. Ese hombre era una experiencia estética y al menos, quería la oportunidad de verlo una vez más para recordar cuando vieja que había visto al hombre más bello del mundo. ¡Qué adolescente que soy! Bah, no importa. Fantaseaba con pasar sus manos por ese cabello de león salvaje. En la noche, como si estuviese poseída por una fiebre, comenzó a dibujar aquel rostro; era como si ya lo conociese, con su gesto serio y arrogante, aquella fría separación de todo.

Fascinante y aterrador.

Al día siguiente en el ascensor, lo acompañaban dos hombres más, casi tan impresionantes como él. Estos hombres no son de este planeta ¿sobreviviré

en este ascensor? No pudo contenerse y rió por lo bajo. Uno de los hombres, el más alto, volteó hacia ella y le sonrió, haciendo que sus bellos ojos azules iluminaran su rostro. Hizo un gesto de saludo con su cabeza, que ella tímidamente respondió.

—Entonces, tendrás que llamar a mamá para que le digas que no irás.

Ese debe ser su hermano. He oído hablar de él, sobre todo por su tamaño, ¡qué hombre tan alto! ¿Cómo se llamaba?... ¡Ah, sí! ¡Henry!

—No solo a tu mamá, la peor es Ashley —el tercer hombre, un adonis de pelo negro azabache y con acento canadiense, habló en tono de burla.

—Solo Dios sabe lo que ella es capaz de hacerte.

—No te preocupes, llamaré a las dos y las calmaré.

La chica apretó los puños: para colmo, el tipo tenía la voz más sexy que ella había escuchado en su vida.

Esta situación es demasiado ridícula.

—Eres el presidente de esta empresa y se supone que debes ir al evento anual de caridad, es una tradición.

—Una tradición que has roto durante todos estos años, no creas que Ashley y Jackie viven contentas con eso.

—Para eso está Cameron. Es él al que siempre quieren ver, no a mí.

—No es lo mismo, hermano.

—No quiero a cien fotógrafos detrás de mí, no soy un fenómeno de circo, ni deseo ver a gente hipócrita que me da la mano como si me conociera de toda la vida. Odio a los aduladores.

—Es el precio del poder, mi amigo.

—Es un precio que no quiero pagar, Mathew.

—Di la verdad, ¿no vas porque Dante Emerick va a estar allí?

—También.

Henry sonrió pícaramente y miró a su hermano.

—Vamos, Kid, hay algo más. No vas porque tus fans te esperan con ansiedad. Todas saltan hacia ti como gatas en celo pero no te sabes el nombre de ninguna aunque las conoces a todas, digo, de manera bíblica.

—Eres un idiota, Henry, no eres gracioso. Y no me llames Kid, sabes que lo

detesto.

—Te tomas todo demasiado en serio, hermano.

La puerta se abrió y el grandulón volteó hacia Marilyn.

—Que tenga un buen día —Henry le ofreció aquella amable sonrisa que solía darle a todos.

—Gracias, señor —Mae contestó rogando que no vieran su desazón.

Por favor, que no esté roja como un tomate, por favor, por favor.

Lo mismo hizo el bellissimo hombre de cabello de cuervo. Éste le ofreció un gesto digno de un caballero antiguo.

—Señorita.

Pero fue la mirada fría y seca de Arden Russell la que le paralizó el corazón — ¡Dios! sus ojos son mucho más exóticos que su cabello, son de un verde profundo con pequeños destellos amarillo oro—, la miró de pies a cabeza, Marilyn tuvo la sensación terrible de que era mirada con la misma indiferencia con la que se ve un jarrón roto, algo que ocupa un lugar en el espacio, pero que no tiene la menor importancia. En ese momento hubiera querido ser Alicia en el País de las Maravillas y volverse pequeña, muy pequeña, para esconderse debajo de la alfombra y no sufrir ese rudo escrutinio.

Ese día lo pasó intranquila «Mosca, eres una mosca muerta», fue la mirada de Arden Russell la que hizo resurgir la insignificancia que Richard Morris había sembrado en su interior, fueron esos ojos verdes y fríos los que nuevamente la enfrentaron a su frustración. No buscaba un amor a primera vista, ¡no! Ella no era una adolescente de dieciséis años que se desmayaba cuando el chico más guapo de Aberdeen la miraba, ¡no! Ella ya había pasado por eso y para su desgracia, Rocco la había mirado y ella había caído en el encanto, ¡no! Ella buscaba reconocimiento a su ser como persona, como Henry y Mathew lo habían hecho. Compartió con ellos un espacio de tiempo, escuchó algo personal y ambos entendieron que ella sin querer se había mezclado en la intimidad de la conversación, pero él, simplemente la miró y no supo que ella existía.

Si el día anterior había esperado verlo en el ascensor nuevamente, al siguiente rogó para que el elevador privado ya estuviese arreglado. No quiso arriesgarse y se escondió tras una de las columnas del lobby del primer piso y esperó a que el Señor Todopoderoso apareciera. A las 06:55 vio subir el ascensor con su preciosa carga, esperó durante cinco minutos y llamó para que el aparato bajara. Apenas puso un pie en el cubículo, sintió que la invadía su olor, el ascensor estaba repleto del perfume masculino que la obnubilaba y se pasó el día en un estado casi hipnótico.

El perfume de Arden Russell estaba en su interior provocando un estado de

excitación que no había tenido nunca en su vida. Ni siquiera Rocco había producido eso en ella. Era una sensación teñida con la conciencia de que la situación era tremendamente patética y lo confirmó cuando, agazapada debajo de los cobertores, lo buscó en Internet. Había cientos de historias sobre él, pero la mayoría eran vagas y no decían nada, tan solo lo superficial. Sin embargo, todas coincidían en el carácter huraño y misterioso del personaje. Era como si fuese un fantasma del mundo corporativo.

Seguramente pagaste una fortuna para que la prensa no fuese tras de ti, Señor Todopoderoso y ¡qué hermoso eres!

Sobre su vida personal había escasamente dos pequeñas reseñas. Una de ellas era de su familia, la segunda sobre su vida afectiva, la cual cuidaba celosamente. El artículo se podía resumir en una frase: muchas amantes pero ninguna en especial. Nadie había podido ascender hasta el trono de Arden Príncipe Azul Russell, por lo tanto nadie había obtenido la joya de la corona.

¿Quién puede derribar ese muro de indiferencia y arrogancia? ¡Nadie, divino cabrón!

Así que, aquella mañana, agazapada en la esquina y sintiendo su esencia, Mae preparaba la maniobra suicida que casi fracasa cuando lo vio llegar con el pelo corto –sin sus suaves rizos y con un punto blanco donde debía estar el mechón rebelde–; fue un impacto del que se tuvo que reponer rápidamente para continuar con el plan que había elaborado en su noche de insomnio.

Silenciosa como un gato al acecho, levantó su delicada mano y la dirigió al abrigo del hombre en cuestión. Lo tenía todo calculado, los segundos lo eran todo, uno de más o uno de menos, marcaría la diferencia, así que con suma cautela posó uno de sus dedos en la costosa prenda; al fin la hermana grotesca de Cenicienta tenía un poquito de su cuento de hadas. Una poderosa corriente eléctrica la sorprendió recorriendo todo su cuerpo. Inmediatamente retiró su mano, pero horror de horrores: Arden, sin bajar de su trono de desdén, volteó hacia ella.

—¿Qué fue eso?

¡Oh Dios!

Como si fuera su padre dando un veredicto, la cara de la chica fue una máscara de indiferencia, tensó los músculos del rostro, reprimió cualquier gesto y contestó:

—¿A qué se refiere, señor?

—Corriente eléctrica. Estática.

¡La sintió! ¡Él la sintió!

—Lo siento, señor Russell —oh, su nombre pronunciado es como merengue en el paladar— no sé de qué habla.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y, con un gesto de confusión, Arden Russell se fue.

Esa noche tuvo un sueño. Más que un sueño, fue una sensación fantasma que recorría su cuerpo de los pies a la cabeza, era un aliento cálido que respiraba en su cuello.

¡Oh, ese olor! ¡Ese maravilloso perfume!

De pronto, aquella respiración comenzó recorrerla lentamente de manera tortuosa, se sentía pesada y expectante, su cuerpo transpiraba y le dolía. Aquel jadeo y respiración se detuvo en sus pezones.

¡Que no se detenga! ¡Por favor! ¡Por favor!

Lo sintió en su ombligo y tuvo la necesidad imperiosa de agarrarse con fuerza a sus sábanas ¡Santo Cielo! Estaba en su sexo, un presentimiento nacido de la inconsciencia hizo que abriera sus piernas y aquel respiró no una, no dos, sino tres veces con poderío, como si todo el aliento se vertiera en ella. El cuerpo se contrajo, su sexo palpité y despertó gritando de placer. Como un resorte se incorporó en su cama, su corazón latía a mil por segundo y aún continuaba con aquella sensación de agonía deliciosa sobre su carne; estaba mojada por la excitación.

Prendió la luz de su cuarto y cuando comprobó que efectivamente estaba sola, se llevó una mano a la boca y acalló su risa. Se miró en el espejo y vio su rubor característico. Sí, ¡había tenido un orgasmo! Su primero.

Richard la había conducido al rezago sexual. Ella lo sabía, no podía pensar en tener sexo con nadie sin acordarse de la terrible escena que había presenciado y todo aquel acto brutal y grotesco que ejecutó para castigarla «¿te crees mejor que yo, no es así? estúpida mosca muerta», las palabras eran martillazos en su cabeza «te voy a follar hasta que te duela, hasta que me pidas piedad y vas a querer que te dé más. Tú vas a amarme ¡puta!» ¿Por qué no podía olvidar? ¿Hasta cuándo aquel recuerdo marcaría su vida? Mae estaba convencida que nunca tendría una vida propiamente sexual, que a modo de castigo por su soberbia, estaba condenada a recordar por siempre esa horrible historia.

Con esa visión pesimista, interpretó que su sueño le decía que para ella, el erotismo estaba tan solo en el terreno de la inconsciencia, en las hojas de un libro o en un sueño febril, pero nunca estaría en el terreno de lo real. Necesitaba protegerse del rechazo y se negaba a ceder a cualquier deseo o necesidad instintiva de la lujuria. Eso no era para ella, no estaba dispuesta a que en algún momento él viniera diciéndole «no eres mujer para un hombre, eres una cosa sin gracia... tú estás muerta».

—¿Te gusta lo que ves?

Oh sí, muchacho, me encanta.

—Mmm...—ella suspiró.

Era Caperucita Roja excitada por el Lobo Feroz y a punto de decir ¡qué polla tan grande tienes!

El hombre desnudo y peligroso frente a ella era algo digno de ver. Él y su precioso miembro erguido diciendo «te voy a atacar» superaban todos los cánones de la belleza. Ella pensaba «oh sí, acaba conmigo, haz que olvide hasta mi nombre» y no ocultaba el deseo de tenerlo en su boca, quería engullirlo para saber si era verdad tanta belleza. Moría por comprobar si aquellos mitos que las mujeres comentaban sobre Arden Keith Russell le hacían justicia.

«— ¡Es tan grande!»... Oh sí, ¡lo era!

«—Tiene unas manos capaces de hacerte venir de un roce»... Chicas, sus manos son extensión de su otra herramienta.

«—Su lengua»... no hay palabras para su lengua.

«—Sabe a cielo»... eso lo sabría, ¡sí señor!

«—Y es tan malvado»... no me importa si quiere matarme, pero una noche con él lo vale todo.

Como un felino, la mujer se lanzó hacia el sexo de aquel hombre y de una sola vez lo llevó hasta su garganta ¡carajo! ¡Esto es el maldito cielo! Pero de pronto, él la agarró del pelo, la hizo gritar de dolor y se retiró de su boca.

—Eres una niña mala, muy mala —dijo él acercándose a su cara— aún no, pequeña Amanda, todavía no es hora del postre —y la besó para después morderla, profiriendo ella su segundo grito de dolor.

Sin previo aviso, la lanzó a la cama con violencia hacia la cabecera.

—¿Estás mojada para mí, dulce Amanda? Yo creo que no —diciendo esto, bajó sus manos y jaló los pequeños vellos púbicos provocando más excitación que dolor. Empezó a jugar con su clitoris lentamente mientras que con su lengua imitaba el acto de la copulación.

¡Mierda! Está follando con mi boca. ¡Oh, sí!, no es un mito, este hombre es un dios.

El movimiento de la mano en su parte inferior se hizo más violento. Introdujo un dedo, después otro y un tercero más oh, escuché que era músico, ¡pero esto es celestial! El movimiento era tan rápido que la chica empezó a temblar, gritaba como loca.

—¡Me voy a quemar! ¡Voy a explotar!

—¿Es eso lo que quieres?

—¡Sí, sí, sí!

—Quieres muy poco, niña. Esto es apenas el comienzo, voy a hacerte venir de una manera que por un segundo creerás que tu corazón no late.

¡Piedad, piedad!

Hubiera dado la mitad de su sangre, donado sus adoradas joyas, quemado sus dos autos, vendido el alma al diablo para tener a Arden Russell entre sus piernas, amenazando con su verga que la haría explotar como una bomba atómica. Solo tuvo que esperar dos años para que él finalmente se dignara a llamarla. Hubiera esperado mucho más.

¡Gracias, gracias Cristo y toda su corte de ángeles! Prometo ser una niña buena, tomar mi sopa de verduras, rezar mis oraciones, ayudar a los ancianos y toda la mierda de buenas acciones que no he hecho en mi vida tan solo por los orgasmos múltiples que este hombre me va a dar.

Lo había conocido en el Museo de Arte. Bianca se lo había presentado como su flamante cuñado, ella quedó paralizada al verlo. «Ten cuidado, es hermoso y lo sabe»

Fue un bastardo ¡Oh sí! un maldito hijo de puta. Se había hecho rogar durante dos años, pero a ella no le importaba, habría besado el suelo que él pisaba si hubiese sido necesario, qué decir de ponerse de rodillas o suplicar. Fue grosero y despectivo, la dejó plantada decenas de veces para después disculparse con flores y un par de zarcillos de esmeraldas. Amanda amaba las joyas y él lo sabía, ¡perro! y se las daba como un tonto premio de consuelo, pero a ella eso no le interesaba e insistía en su deseo aunque sabía que sería humillada –no una, sino varias veces– pero insistía, Arden Keith Russell valía la pena.

¡Oh sí, Dios, claro que sí!

Todas aquellas noches que, frustrada y ansiosa, soñaba con él, no la prepararon para la agonía y éxtasis que le provocó ¡arrogante! ¡animal! Estaba segura que durante días no podría caminar y cuando le dijo que su corazón se detendría por un segundo, él no alardeaba, su corazón sufrió pequeños paros cardíacos y cada orgasmo fue la gloria. Ver su lengua y sentirla en acción fue otra manera de volverla loca, lamiéndola y bebiéndola hasta el punto que creyó que le tragaría hasta su médula, ¡ah! y no solo fue chupar, sino que mordió, palmeó, la alentó a gritar y a adoptar las posiciones de contorsionista que jamás pensó que podría realizar. Ese hombre no solo descubrió su punto G, sino el X y el Y. Si ellos existían, seguramente Arden los conocía todos.

¡Oh! Y casi muere cuando lo vio lamarse los dedos con los jugos de su excitación... ¡Señor! y cuando permitió el postre ¡Oh làlà! ¿Podría seguir viviendo? Todo fue perfecto, hasta su boca sucia diciéndole cosas que harían

sonrojar hasta al Marqués de Sade. Y lo mejor, lo mejor de lo mejor, como comerse un helado y dejar la cereza para lo último: él en toda su gloria dentro de ella. Dio gracias el haber tenido tantos amantes, todos ellos la habían preparado para semejante tamaño, para el poder de la bestia cada vez que embestía. Varias veces creyó que la partiría en dos ¡mátame! quiero morir, este es el momento perfecto. Aquel ser poderoso controlaba su placer para hacer que ella suplicara.

—¡Ya, hazlo ya! no lo soporto —entonces escuchó el rugido de su furia, aquella que amenazaba con su propia convulsión.

Al amanecer, casi inconsciente, lo vio vestirse. Lo miró con cierta melancolía, sabía que sería la única y la última vez, estaba consciente de ello. Él mismo se lo dijo con una franqueza brutal desprovista de cualquier caballerosidad y amabilidad. Todas las mujeres que habían estado con él lo sabían. Él no regresaba, no devolvía las llamadas, y cuando se encontraba con muchas de ellas ni se acordaba de sus nombres.

Arden, lentamente se acercó y la cubrió con una sábana, quitó un mechón de cabello castaño que cubría parte de su cara, eso era mucho más de lo que ella esperaba, este gesto era quizás un premio a su paciencia de dos años, un regalo más importante que las flores o las joyas.

—Hace frío, cúbrete bien. La habitación está pagada por dos días. Puedes pedir lo que quieras, no importa.

—Gracias, Arden.

—Para que no digas que soy un hijo de perra.

Estas palabras las dijo de espaldas a ella, mientras que se ponía su Rolex. Amanda no vio la mueca triste que marcaba su rostro.

—Yo no diré nunca eso, no eres un hijo de perra. Al menos, no tanto.

—Adiós —su voz fue seca, sin emoción.

—Adiós, Arden.

Ella esperaba un beso, aunque fuera uno en la frente, pero éste nunca llegó. Algo de ternura era lo que toda mujer agradecía después de una noche de pasión.

Mientras caminaba hacia su auto se repetía a sí mismo soy un maldito, claro que sí, una máquina ¿acaso no lo dicen todos?, muchas gracias Chanice, de verdad te agradezco por hacer de mí un monstruo, y gracias a ti, madre.

Necesitaba tener el control. Esa era su naturaleza de máquina, nada podía quedar al azar, era su manera de dominarse a sí mismo. Algo que se le saliera del control y su obsesión lo llevaría de nuevo a la locura y al desenfreno, cosa que no se podía permitir.

Durante muchos años, el sexo fue el último vestigio y el más fuerte de aquella naturaleza salvaje que surgió cuando tenía trece años y todo su mundo se había venido abajo. Era un hambre y un deseo más poderoso que cualquiera de sus otras adicciones, pero últimamente ya no encontraba el placer, más bien estaba aburrido y asqueado.

Hacer esperar dos años no era su *modus operandi*. Sí; se hacía desear, esa era parte de su estrategia, pero no tanto como para que ella perdiera su interés. Con Amanda fue más un juego, probar la paciencia de la mujer y probarse a sí mismo su capacidad de mantener el deseo, pero en realidad no estaba interesado en nada ni en nadie.

El hacer que ella gritara de placer era un acto egoísta, aunque ninguna de ellas lo pensara así, y si lo hacían, no le importaba. Era una extraña manera de sentirse humano, pero a la vez los orgasmos proporcionados con tan mecánica precisión lo hacían sentir mucho más alejado de la mujer. Durante mucho tiempo había odiado el condón, con Chanice nunca lo utilizó ¡maldita sea! Sus tres últimas «citas para follar» fueron rigurosamente controladas por un médico de su confianza, no quería correr riesgos de ningún tipo, sobre todo un embarazo ¡nunca más! Pero, las tres mujeres violaron los acuerdos establecidos para que aquella relación se diera. Dos de ellas pronunciaron las palabras prohibidas: «algo más», y la tercera, abrió la boca; inmediatamente él rompió con ellas. Irrevocablemente.

Aquellas palabras y actitudes deshacían todo acuerdo regido por dos leyes básicas: silencio y no emoción. Cuando se dio por vencido, optó por relaciones que no duraran más de una noche, incluso empezó a pagar a «profesionales». Fue entonces cuando el preservativo se convirtió en su mejor amigo, ahora era su manera de alejarse tácitamente de ellas. El látex que lo cubría, era su manera de no tocarlas realmente, de no establecer ninguna intimidad física; eran dos mundos aparte. El estar dentro de cada una de ellas sin realmente estar, era su manera de no sentir ni una mínima emoción, ningún interés, ningún sentimiento.

Poco a poco iba creciendo en él un desierto absoluto de indiferencia. Presentía que, en vuelta de algunos años, ya no tendría alma, sí es que algún día realmente la tuvo, si es que la vida maldita ya no se la había arrancado de un tajo.

Se alejó de todos, sobre todo de su padre, Cameron. Por él sentía –aún después de tantos años–, odio, decepción y un amor vergonzoso. Arden hizo todo lo posible por demostrarle su profundo desprecio pero, Cameron lo adoraba y ya se había resignado a morir esperando la palabra de alivio que le hiciera saber que no era un fracaso como padre.

Y estaba Jacqueline.

No podía verle la cara a Jackie, ella nunca le hizo un reproche, nunca lo juzgó, siempre mantuvo los brazos abiertos para recibirlo, pero él se negó a cualquier toque o a escuchar palabras de aliento, no de ella, sobre todo de ella.

En cuanto a sus hermanos, quienes desconocían parte de la historia ocurrida y lo veían como una especie de súper héroe, le era difícil comunicarse con ellos.

Henry era tan diferente a él como el día lo es a la noche, pero la capacidad de tolerancia y el buen sentido del humor de éste lo hacía inmune a su sequedad y siempre le demostraba su admiración; por otro lado, Ashley –intuitiva y vivaz–, era su sol personal, la única que lo reconciliaba con el mundo, pero ¿hasta cuándo?

Últimamente presentía que toda su familia lo miraba con un extraño dejo de lástima. Esa autosuficiencia tan duramente construida era vista por ellos, con justa razón, como sinónimo de soledad.

Se avergonzó un día al darse cuenta de la envidia que ellos le producían.

Todos ellos habían encontrado su alma gemela. Se amaban tan loca y desesperadamente que a veces era difícil estar en su presencia. Arden creía firmemente que, en el conjunto familiar, él era la ficha que sobraba. Henry dependía de Bianca, ella era la fuerza que él necesitaba para disimular su vulnerabilidad de niño. Ashley se adelantaba a las necesidades de Mathew, mientras que él parecía entender sus deseos.

Viéndolos a todos ellos, pensó un día:

Quisiera estar enamorado de algo o de alguien, aunque fuese solo de una idea.

Dos años en Nueva York y todo fue un descubrimiento, supo lo fuerte y tenaz que era. Se había convertido en esa persona capaz de sobrevivir a muchas cosas: a la presión, a la rapidez de la ciudad y a la indiferencia de ésta. Todo pasaba tan rápido que parecía que nadie entendía en qué momento de tiempo estaba. Todos vivían en el ahora, la gente parecía no tener rostro y muchos menos identidades definidas, solo eran cosas que se movían de un lugar a otro. A pesar del poco tiempo que tenía, logró ser en la universidad la mejor. Publicó en la revista literaria un artículo suyo «La ternura y la ironía en la obra de Dickens» esto la sorprendió pues literatura no era una de sus materias principales, sin embargo al año de estar estudiando tomó un curso extendido de ésta y le gustó tanto que incluyó dos más, incrementó su carga académica pero no estaba arrepentida de nada, es más, descubrió que su amor por la pintura era de observación y deleite, no tanto de práctica; esto la llevo a pensar que quizás sería crítica o periodista de arte como su madre, no pintora como creyó serlo desde niña.

Envío el artículo a su padre, quien apenas lo leyó, le sugirió que escribiera el contexto histórico y que lo publicara. Sonrió tras el teléfono, Stuart no renunciaba en su intento de tener una hija escritora, eso le dio ternura y entendió que era una de sus formas de decirle cuanto la amaba.

Con Thomas lo discutió y descubrió que aquel viejo topo era un mundo aparte.

—¿Qué haces en contabilidad, Tom? Debiste estudiar música, arte, todo, menos contabilidad.

—Cariño, una cosa es que ames los libros y la música, otra que tengas talento para hacer de ello una profesión, amo lo que hago, de verdad, además el buen disfrute es una forma de talento ¿no crees?

La contestación de Thomas fue una respuesta que ella no estaba esperando y que sin embargo despejó sus propias dudas, no tenía por qué sentirse mal por la inclinación a las letras, seguiría pintando como siempre; se sentía más libre sin la presión de hacer de ello una profesión, amaba pintar, pero pintar con palabras era mejor.

—Me encantan tus dibujos, cariño —su compañero de trabajo observaba con detalle sus esquicios a carboncillo— son maravillosos, pero debes arriesgarte más, ser más audaz, más directa —indicó una serie de tres dibujos—. ¿Y este hombre, por qué no tiene rostro?, ¿representa algo? o ¿es tu amor secreto y no quieres que los demás sepamos?

—Es solo un bosquejo, Thomas. Desde niña lo he pintado —se encogió de hombros— ¡nada especial!

—No digas eso, cariño —los ojos pícaros de su gran amigo la auscultaron— debes ponerle atención a esas líneas, debes escuchar lo que quieren decirte. En el arte, todo es una premonición —una fuerte carcajada resonó en la pequeña oficina— ¡me encantan los misterios! quiero conocer a ese hombre, debe estar cerca y cuando se presente dile que debe pelear conmigo por tu amor.

—Eres un romántico, Thomas Ford —lo abrazó con fuerza, era algo inevitable amar a aquel hombre.

—Por supuesto, así como tú, señorita Baker ¡somos almas gemelas!

Thomas se convirtió en su Stuart de Nueva York, siempre estaba pendiente de ella, aprendió a conocer sus estados de ánimo, nunca preguntó más allá de lo debido, siempre la alentaba a ser la mejor. Cada buena nota y logro universitario fue celebrado con una delicada caja de bombones. Thomas y Stella fueron los amigos que en ese momento de su vida necesitaba y los amaba por eso.

Marilyn, por su parte, se hizo imprescindible para Tom, aprendió rápido y le ayudaba con los cierres de nómina y a efectuar pagos a grandes operadores independientes que trabajaban bajo la forma de prestación de servicios. No le fue difícil dominar la mecánica de aquel trabajo; con el paso de los días, se le hizo tan predecible que se aburría. Solo una personalidad como la de él podía sobrevivir a los veinticinco años de monotonía de semejante trabajo.

Conoció a Susy Ford ocho meses después de empezar a trabajar en

contabilidad. Era una mujer de unos cincuenta años, delgada y muy alta, mucho más que su esposo y siempre vestida de manera impecable y refinada. A primera vista y sabiendo que ella era la pareja del 'topo Ford', todos se preguntaban cómo aquel hombre pudo casarse con esa dama, Mae tenía la respuesta: tras aquella imagen de aburrido contador, Thomas era un seductor fascinante.

La miraba con curiosidad, en Russell Corp., esa mujer era la única que tenía real acceso al Todopoderoso Señor de la Torre.

Suzanne, al contrario de su esposo, era extremadamente silenciosa. Thomas decía que su mayor cualidad era la discreción, que eso la había sostenido en presidencia durante años. Mae resistió estoicamente aquellos cristalinos ojos celestes que la miraron como si se trataran de una máquina de rayos X mientras Tom la presentaba.

—He oído hablar de ti, Thomas está encantado, eres la única capaz de aguantar su obsesión por la música y su ritmo de trabajo. Mitchell, el anterior ayudante, no pudo y por eso se marchó.

¿Será posible que la señora Ford esté celosa? No, era algo más, algo que la atemorizó pero que no pudo definir en ese momento.

—Susy, mi amor, no la asustes —dijo Thomas, dándole un suave beso en la mejilla, la mujer estaba incomoda.

Marilyn la miró de reojo, ella era como su padre, una persona que no sabía lidiar con las emociones, sobre todo en público.

La presencia de la señora Ford se hizo constante, saludaba de manera educada y se quedaba por algunos minutos. Al principio había un silencio embarazoso, Mae trató de aligerar el ambiente ofreciéndole café o té de manzanilla, el favorito del viejo topo.

«—No, gracias, señorita Baker».

«—No demasiada azúcar, señorita Baker».

«—El café está delicioso, Marilyn».

Un día, la sorprendió con preguntas muy personales, la chica sintió como si estuviese en un interrogatorio policial.

—¿Vives sola en Nueva York?

—Sí, señora.

Marilyn estaba intimidada y sorprendida.

—Tu padre debe vivir muy preocupado, de un pequeño pueblo a Nueva York debe ser un gran cambio.

¡Caray! ha estado preguntando por mí.

—Sí, papá me llama casi todos los días.

—Debe estar orgulloso.

—Creo que sí.

Así, a tropezones, comenzaron las conversaciones entre la chica y la mujer.

—¿Estudias artes, no es así?

—Sí, señora.

—¿Cuál es tú pintor favorito?

—Siempre estoy entre Modigliani y Klimt.

La expresión de Suzanne era seca y observadora.

—Dos hombres atrapados por sus apasionamientos, ¿eres una chica apasionada, Marilyn?

La chica miraba hacia los lados, buscaba a Thomas para que la salvara.

—¿Yo... apasionada? Nnoo, quizás.

—Se es o no se es —levantó una de sus cejas fijando sus ojos de hielo en ella— lo mío son los libros, soy más lectora —replicó, cambiando la conversación abruptamente a un lugar más seguro para la joven asistente de su marido.

La chica deslizó sus manos nerviosas por la falda, presintió que la mujer estaba abriéndose a la plática.

—Yo también amo leer.

—¿De verdad? —Suzanne se movía por el espacio de la oficina y parecía una elegante garza que caminaba lentamente segura de sí misma— ¿qué libros?

—Es difícil... muchos «El retrato de Dorian Grey», «Cumbres Borrascosas», «Grandes Esperanzas», «Los Miserables» «Madame Bovary», tantos... sí, parece que me quedé en el siglo XIX —trató de sonreír.

—El mío es «Crimen y Castigo».

—Dostoievski, es maravilloso y devastador.

—Así me gustan los libros.

—Hay algo muy bello y poético en la tristeza —contestó con aprehensión.

—Sí, así es —la mujer levantó la taza de café y la sostuvo cerca de su boca, mientras que sus ojos celestes se quedaron mirando de una manera enigmática a la chica que tenía en frente.

Thomas, con unos papeles en sus manos, apareció en la puerta, casi suelta una risotada al ver la escena frente a él: una gata mala acorralando un pequeño pajarillo. Él sabía que su esposa era alguien de temer, pero también sabía que tenía un corazón enorme, con un guiño cómplice le dijo a Mae que se tranquilizara, que no corría peligro.

—¿Tu madre era buena lectora?

La chica no pudo evitar un gesto de ternura, el recuerdo de Aimé siempre le evocaba hermosos momentos de su vida.

—Maravillosa y más tolerante que yo, decía que me había vuelto demasiado esnob.

—¿Lo eres? —Suzanne bajó la guardia ante la bella expresión de la chica.

—Un poco —estaba sonrojada, el término esnob lo odiaba, pero últimamente se había dado cuenta que lo era, al menos de manera literaria.

—No hay nada malo en tener buen gusto.

—Yo también pienso eso, señora Ford.

Para Marilyn, la escena debió ser de lo más tonto del mundo. Seguramente aquella actitud intimidatoria, casi policíaca de la señora le era útil en su trabajo, para enfrentarse al Dragón de la Montaña. Pero, cuando la mujer sonrió fue como ver un gran témpano de hielo fracturarse y caer, finalmente pudo respirar con tranquilidad.

—Llámame Susy, solamente Susy.

Al lunes siguiente, se sorprendió al ver llegar a Thomas con un pastel.

—Susy lo horneó para ti, es de chocolate.

—¡Oh, Thomas! yo pensé que no le agradaba a tu esposa.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? si eres un amor, Suzanne es difícil, desconfiada y en ocasiones, insoportable, pero nunca dudes de su franqueza, si no le agradaras... ya te lo habría hecho saber. Te voy a contar algo, le dije que la amaba casi al instante en que la conocí, ella lo dijo un año después, aunque yo sabía que el sentimiento era mutuo, desde el primer momento.

A finales del mes de junio, Thomas Ford dio a Marilyn su voto de confianza —y por consecuencia, su cariño sin límites—, cuando aceptó su ofrecimiento para encargarse de la labor dispendiosa del cierre semestral de caja, incluido los pagos fiscales respectivos, el pago de nómina y todo lo demás ¿Cuál era la

diferencia con los otros meses?, simple, el aniversario número veinticinco de bodas de Thomas y Suzanne Ford. Hacía más de siete años les era esquivo, parecía que trabajar horas extras no era la opción de los ayudantes del contador de nómina.

Mae no fue a la universidad y trabajó durante dos días hasta las tres de la mañana. Las noches se fueron entre música y buena charla, la recompensa fue la cara de felicidad de su amigo al día siguiente.

—Mae, estoy a un paso de que Susy me perdone la pérdida del anillo.

—Me alegro, Thomas, te lo mereces.

—Susy te manda los agradecimientos... ambos, chica, eres un angelito —besó su frente con afecto.

Marilyn estaba tan poco acostumbrada a las demostraciones abiertas de cariño, que no supo contestar a eso. Unas pequeñas lágrimas amenazaron sus ojos.

—¡Oh, cariño! no te preocupes, yo lo sé —Thomas se acercó y besó su mano, la chica emitió un pequeño hipo y lo miró con dulzura.

—Gracias, Thomas.

Unos días después, Suzanne se apareció con un pequeño frasco de Chanel N° 5.

—Una dama debe siempre tener uno de estos.

El día de su cumpleaños número veintiuno, Mae se cantó 'feliz cumpleaños a mí' frente a un cup cake con una velita incrustada. No pidió ningún deseo porque aquel día, frente a un Rocco desquiciado, rezó « ¡Dios, me va a matar!, ¡déjame vivir!» y sobrevivió. Todo lo demás ya era un regalo.

Tenía un pequeño ritual que la hacía feliz, se sentaba frente al televisor y veía "La sociedad de los poetas muertos", de niña había estado enamorada de Ethan Hawke y como homenaje, se aprendió de memoria el poema de Walt Whitman que se recitaba en la película.

«No dejes que termine el día sin haber crecido un poco, sin haber sido feliz, sin haber aumentado tus sueños.

No te dejes vencer por el desaliento.

No permitas que nadie te quite el derecho a expresarte, es casi un deber.

No abandones las ansias de hacer de tu vida algo extraordinario.

No dejes de creer que las palabras y la poesía si pueden cambiar el mundo.

Pase lo que pase nuestra esencia está intacta.

Somos seres llenos de pasión.

La vida es desierto y oasis.»

«—Mae, bebito, ¿otra vez esa película? te la sabes toda».

La voz de Aimé se le venía a la memoria. Se la sabía y no le importaba, era uno de sus pequeños gustos, siempre la guardaba para un día especial, su cumpleaños, por ejemplo.

Stuart le mandó un ramo de flores y un elegante bolso para llevar el laptop y sus cosas de la universidad.

—Papá, ¿lo elegiste tú? eso debió ser difícil. Tú solo compras cañas de pescar y gorras de beisbol.

—Na, fue fácil, puse ‘bolso perfecto para la hija perfecta’ en el buscador y listo.

—¡Es precioso!

—Veintiún años, hija, ayer eras un bebé y ahora ¡mírate! ¡Mayor de edad! Y una gran ejecutiva

—Pa, solo soy una ayudante de contabilidad.

—En Nueva York y en Russell Corp. eso es grande, además, serás una gran pintora, gran escritora, gran maestra ¡todo lo que mi pequeña Motita quiera!

Él era su padre, sentirse orgulloso de ella era su derecho.

—¡Marilyn Baker, estoy furiosa contigo! —Stella llegó gritando, con el ceño fruncido a la oficina— ¡cumpliste años hace un mes y no nos dijiste! —Stella miró al viejo topo— cumplió años y no lo dijo, tuve que mirar su hoja de vida para saber, el año pasado hizo lo mismo ¡tenías que decírnoslo, Mae!

Tom se quitó sus gafas y la señaló con ellas.

—Eso no se hace, señorita, nosotros somos tus amigos, tu familia —Thomas se pasó de un lado a otro.

—Yo, yo...

—¡Ya sé! Susy y yo te haremos una rica cena ¿te gusta la comida italiana? Mi mujer hace una pasta que te mueres. Stella, tú compras el pastel y el vino.

—¡Hecho!

—Pero, yo... —Marilyn estaba atrapada.

—¡Nada de peros, Baker!, déjanos celebrar ¡esta noche hay fiesta! ¡Yahoo!

La casa Ford estaba cerca del distrito de Queens. Era una casa acogedora llena de cosas pequeñas y bonitas que contaban la historia de un buen matrimonio. Stella fue con su hijo Sean, un niño con cara de hípster que la miraba embobado; para el muchacho, Marilyn era la cosa más bonita que él había visto en su vida.

Ese día, Stella, Thomas y Suzanne vieron más allá de la chica de la oficina que se escondía en ropa de uniforme una talla mayor. Se había comprado un vestido vintage color rosa pálido de una tela etérea y vaporosa, acompañado de un coqueto cinturón de raso negro. Cuando se miró al espejo pensó «bueno, no soy Carrie Bradshaw pero, lo puedo intentar». Los zapatos no eran muy altos y tenían unos lazos que los anudaba en el tobillo, se soltó su oscuro cabello —una cascada natural y muy larga cubrió su espalda—, su maquillaje era de un tono rosa. Susy la saludó con un beso en la mejilla, mientras que Thomas la abrazó dándole una voltereta a imitación baile.

—¡Qué hermosa! ¿Cómo es posible que no tengas novio?

—Se esconde tras ese uniforme grande, si te mostrarás así, como estás esta noche, la mitad del edificio estaría tras de ti, mira a Sean —Stella le dio un codazo a su hijo adolescente, quien, sonrojado, quería que en ese momento la tierra lo tragara.

La cena resultó maravillosa, todos hablaron y estuvieron relajados. La festejada descubrió a una Suzanne cálida con un sentido del humor agudo y algo cínico, hasta Sean se atrevió a hablar, quería impresionar a la hermosa chica de cabello oscuro y ojos pardos. De pronto, la conversación decayó en Arden Russell, Marilyn prestó atención, durante el año lo había visto varias veces bajando o subiendo de coches, entrando o saliendo del ascensor, su mente desbocada lo calificó como un David en movimiento y era su modelo favorito para una lección de anatomía. En cuanta oportunidad tenía, tomaba su lápiz y lo dibujaba, ya iba en la segunda croquera de esquicios de Russell.

—Thomas, no me gusta que hables de Kid Russell.

—¡Vaya! solo tú puedes llamarlo Kid.

¿Kid? Se enojó con el hermano cuando lo llamó así en el ascensor.

—Cariño... —la esposa lo reprendió con un tono dulce.

La festejada se sorprendió al escuchar aquel tono en esa mujer.

—Es mimado y egocéntrico.

—Es mucho más que eso, a pesar de su edad ha logrado llevar a la empresa a nuevas cumbres y trabaja más duro que todos nosotros.

—Sí, pero nadie le quita lo arrogante.

—Amor, por favor.

—Está bien —el viejo topo levantó sus manos— me rindo, he de resignarme a compartir tu corazón con él.

—¡Admítelo, Tom! Él es más guapo que tú —suspiró Stella.

—Sí, pero yo tengo carisma y beso mejor ¿no es así, Susy?

—Eres maravilloso.

—¿Mejor que 'Kid'?

—Casi —y allí, Stella, Sean y Mae fueron testigos del amor entre aquellos dos cuando Susy se levantó y besó a su esposo como una adolescente— ¡aprendes rápido, viejo topo!

Todos rieron.

—Es alguien intimidante —finalmente Marilyn se atrevió a confesar— no lo conozco, pero debe ser difícil trabajar con él.

—A veces, se presiona demasiado para igualar a Cameron.

—Y todos sabemos que esos son zapatos duros de encajar —dijo Tom por lo bajo, terminando así el tema.

A la hora del café, Marilyn se puso a recorrer la sala y se detuvo frente a un grupo de fotografías que estaba en un estante; muchas del matrimonio —en las que Thomas sonreía y Susy parecía demasiado sería— y una solitaria, en un marco blanco de madera labrada, de una linda niña rubia, de grandes ojos azul cielo, que sonreía a la cámara.

Suzanne se acercó.

—Es mi hija Diane.

—Thomas nunca la ha mencionado.

—Murió cuando tenía catorce años, leucemia. Eso casi lo mata, casi nos mata y destruye nuestro matrimonio —la mujer suspiró—. Todavía la llora, en este momento tendría veintidós años, un más que tú. Intenté quedar embarazada de nuevo, pero Dios no lo quiso —se quedó en silencio.

Marilyn miró a su adorado amigo que le mostraba su enorme colección de música a Sean y a Stella, unas lágrimas recorrieron su rostro, aquellas

personas eran su familia, tenía el honor de que ellos la acogieran como su amiga.

—Lo siento.

Fue lo único que pudo decir, Susy le tomó una mano y se la apretó con suavidad.

—Debo confesarte que al principio dudé de ti, Thomas tiene un corazón tan bueno que cualquiera puede hacerle daño y yo debo protegerlo; después, cuando te conocí mejor, sentí que en ti podíamos tener a la hija que perdimos —aspiró profundo y siguió—. Yo sé que tienes padre pero, te pido de corazón, permite que mi hombre tenga ese gusto.

—Susy, es un honor —las lágrimas en Marilyn no se hicieron esperar.

—No llores.

—Te lo aseguro, Suzanne, en unos pocos meses se convirtió en una parte fundamental de mi vida ¡yo lo necesito más!

La mente creativa de Mae estaba inquieta, la labor repetitiva que realizaba era monótona y a veces, agobiante; el trabajo requería más tiempo del que ella creyó posible, si no fuera por sus amigos ya habría renunciado.

La universidad era su alegría, su gozo: pintar, leer, escribir y debatir —a pesar que era demasiado tímida para hacerlo con la frecuencia— era lo que, en realidad, quería. En la facultad no tenía amigos, la mayoría de sus compañeros de clase eran unos arrogantes con pose de escritores malditos o de pintor bohemio de Montmartre y detestaba eso, ya había tenido su cuota de estúpidos rebeldes con actitud de niños malos no amados por la sociedad, así que pasaba de ellos. A veces quería gritarles «hey, no son Rimbaud ni Modigliani» pero ella se callaba y simplemente dejaba que la miraran como si fuera una nerd insignificante cuya vida solo era estudio.

Descubrió que amaba el ejercicio, eso la hizo muy fuerte y vigorosa, pero aún seguía teniendo ese sentimiento de vulnerabilidad y temor. Cleo, a pesar de su trabajo con ella, no había podido romper el muro que Mae levantó sobre ese tema.

—Quizás, el persistir en tu terror, sea la manera de auto castigarte, tal vez lo que te ocurrió, tú creas que te lo merecías y que es tu culpa.

«Probablemente, sea verdad» pensaba Mae, quizás ella fue la culpable, desató un monstruo y después no fue capaz de controlarlo.

Stuart no entendía su reticencia de volver a Aberdeen para Navidad y Año Nuevo, siempre ponía como excusa su trabajo o la universidad, así que voló a Nueva York y pasó la Navidad con ella y con los Ford y pudo comprobar que

su 'Motita' estaba en buenas manos.

Al cumplir los veintidós años y tras el alboroto fiestero de sus tres amigos y su papá, Mae se compró un apartamento, era de dos ambientes, con un pequeño balcón que daba a Central Park. Thomas, inteligente y conocedor, lo consiguió a muy buen precio por medio de un banco —era uno de aquellos que habían sido embargados por hipoteca— y a penas lo vio, pensó en Mae; ella estaba emocionada, lo decoró con su estilo personal, lleno de pequeños detalles que lo hicieron acogedor, moderno y funcional. Un lugar destacado lo ocupaba su biblioteca, repleta de bellos libros de artes, de clásicos literarios, de buena música y películas. También tenía un lugar donde reinaban todos los seres que amaba: la medalla olímpica ganada por su padre rigurosamente enmarcada, foto del mismo Stuart sosteniendo un guante de béisbol, su mamá en un día en la playa, Trevor al lado de su amado Corvette, Thomas en su oficina mirando descaradamente la cámara, Stella posando cual modelo y Suzanne con ella en un abrazo amoroso.

A finales de octubre, Suzanne Ford empezó a rondarla de manera sospechosa. Thomas bromeaba.

—Amor ¿acaso no trabajas? tu jefe te despedirá

Días después, la cara de Tom se tornó preocupada y tuvo la oportunidad de ver los gestos de desaprobación que le hacía a su mujer cada vez que ella bajaba a contabilidad. Hasta que un día:

—¡Linda, te invito a almorzar!

—Suzanne Ford ¡no te atrevas! ¿Qué voy a hacer sin ella?

—Vamos, Tom, es por su bien y tú lo sabes.

—¿Qué pasa? —preguntó la aludida— Thomas, Suzanne ¡algo están tramando!

—Ya te diré, pero primero vamos a almorzar. Tengo dos horas de receso, antes de que mi jefe venga de un almuerzo de negocios.

—¡Voy con ustedes!

—No, Thomas, esto es entre ella y yo —ella se acercó a su esposo de manera mimosa— ¡Vamos, cariño! te traeré algo delicioso.

Sonrió, Suzanne siempre conseguía lo que quería, presentía que la vida íntima de ambos daría envidia a un par de adolescentes. Se sonrojó, era como pensar en sus padres teniendo sexo ¡atroz!

El terreno de la conversación, un terreno neutral, resultó ser un restaurante hindú, cerca de Russell Corp.

—Me tienes en ascuas Suzanne ¡dímelo ya!

—Comamos primero ¡los puris te van a encantar!

—Susy —hizo un gesto de impaciencia— no seas misteriosa.

Suzanne la miró con aquel gesto típico en ella, entre interrogante y burlón.

—Bien —respiró con fuerza— trabajo hace veintiséis años en esta empresa, he sido secretaria de presidencia durante veintitrés, empecé como recepcionista ¿sabías? mi antecesora, Lorna Stanford, era una perra, literalmente. Le decían «la sargento» y en verdad, lo era; todos creían que había llegado a presidencia escalando sexualmente cada piso, del primero al último, pero eso nunca fue verdad, la mujer era una trabajadora incansable, también decían que estaba enamorada de William Russell, la verdad creo que sí. Pero, a pesar de todo, era admirable, manejó esta empresa en una época donde computadoras y tecnología eran ciencia ficción. El padre de Cameron dependía de ella, cuando Russell Corp. se diversificó necesitaron conseguir otra secretaria de presidencia, ella pataleó y dijo que sobre su cadáver, pero en realidad la necesitaba, entonces ella hizo un llamado a todas las que querían aplicar para el trabajo, yo lo hice a pesar de que mi experiencia no me ayudaba. Lo que hizo con nosotros no fue un entrenamiento, fue un campo de concentración, ¿sargento? ¡Ja! ¡Mis calzones! ¡General! fui la única que sobrevivió a eso, años después le di las gracias, porque ella me enseñó todo lo que sé y te aseguro que mi conocimiento y mi aguante en presidencia se lo debo a algo que ella me dijo: «hazte imprescindible, pero silenciosa, discreta y fiel, que ellos no sepan que estás ahí y que nunca jamás sepan que ellos te necesitan más a ti que tú a ellos, esa es la clave».

Cuando William murió, ella simplemente se fue, ya no había nada en Russell Corp. que la detuviera.

—Y tú quedaste como secretaria de presidencia

—Sí, con Cameron el trabajo fue un aprendizaje constante, los dos debutábamos en nuestros cargos y la enseñanza de Lorna fue mi mejor herramienta para sortear con éxito todos los inconvenientes que surgieron, durante todos estos años no me alejé nunca de las premisas de discreción absoluta y lealtad férrea, pero estoy cansada y Thomas, también. Quiero estar con él mucho más tiempo y el ritmo de Arden ya no es para mí, él es...

—Una máquina.

—Veo que ya has escuchado uno de sus muchos apodos —la mujer sonrió con ternura, cosa que sorprendió a la chica, no imaginaba a la imperturbable Suzanne sintiendo ternura por ese dragón— si, en cierta medida, lo es.

—¿Quieres renunciar?

—No, ahora no, en unos dos años me jubilaré, en fin, hay tres chicas trabajando conmigo: Rebecca, Hillary y Shelley, esta última va a ser despedida, las razones no te las puedo decir, son muy graves y necesito quien la reemplace.

—No entiendo.

—Mae ¿quieres trabajar conmigo como mi asistente de presidencia?

De pronto, la imagen de un cabello rebelde acompañados de unos profundos ojos gatunos la inundaron y como acto reflejo, empezó a jugar con las cucharas.

—Yo sé que esto no es tu sueño, no te quiero comprometer, quiero que pruebes, puedes renunciar cuando quieras.

—Y ¿las otras chicas? hay personas más capacitadas para ese trabajo —quería salir corriendo.

—Rebecca es una buena chica, pero Arden la asusta, y él no le tiene paciencia, además su madre está muy enferma y no tendría disponibilidad total; Hillary —y que mis palabras no la toquen— es una inútil, está en ese trabajo por la cuñada de Arden. Bianca, la esposa de Henry, creyó que su amiguita Hillary podría conquistar al esquivo de su cuñado, pero cuando vio que fracasaba estrepitosamente en el intento, la apoyó para que siguiera en el trabajo ¡siempre está necesitando dinero! No es un ejemplo de empleada pero, para no pelear con su cuñada —ella es alguien «especial»—, Arden la dejó ahí. Mae, yo necesito a alguien de confianza y capaz para que me ayude, cada día la empresa es más grande y Becca y yo no podemos con todo lo que ocurre allá arriba. Ni Arden ni yo queremos hacer entrevistas de trabajo —es dispendioso y no tenemos tiempo— así que tengo carta blanca para escoger a alguien. Yo veo en ti todo lo que se necesita para este trabajo, tienes todo lo que Lorna decía. Son ochocientos dólares a la semana, con posibilidad de aumento —las últimas palabras fueron pronunciadas casi sin aliento.

¡Oh Dios! Él, Él. Su olor, su perfección ¿cómo podré?

—Trabajar de asistente de un CEO no es lo que quiero para mi futuro.

—Prueba al menos por este período, mientras yo sigo buscando alguien idóneo para el trabajo, ¡por favor! piénsalo.

Apenas llegó de vuelta a la oficina, Thomas se dio cuenta que estaba preocupada, él conocía la propuesta que le haría Susy y suponía el conflicto que enfrentaba.

¿Qué hago? Suzanne es como mi madre, ella confía en mí y le debo cariño y lealtad pero, ¿y Tom?, ¿y esta oficina? Él es mi protector, mi segundo papá, y este lugar es tan cálido y lleno de música —suspiró profundo— ¡Caramba! el amor y sus compromisos.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos que dio un salto cuando su amigo le habló.

—No quiero que te vayas, linda.

—Lo sé, Tom

—No quiero que dejes tus sueños y proyectos, yo sé que serás una grande en lo que quieras, tienes talento.

—Y ¿si no lo soy? y ¿si solo persisto, de terca, en algo que nunca será?

—Tienes veintidós años y muchas opciones para realizarte, toda una vida te espera. Esta empresa es un monstruo, te absorbe y te quita la vida. ¡Mírame! yo hubiera querido viajar más, ir con mi Suzanne a China o a las Pirámides, dedicarle más tiempo a mi hija...

—Thomas.

—Pero, tampoco quiero que te quedes conmigo por mi egoísmo, la nómina es nada, en presidencia verás un mundo fascinante y aterrador, sabrás del poder y la riqueza, de las discusiones económicas que fijaran el destino de todos los habitantes del planeta. Suzanne ha cenado con todos los poderosos: reyes, príncipes, presidentes, actores de cine, ¡escritores!, deportistas de elite, multimillonarios. Todos ellos llaman para pedir antesalas con el Todopoderoso, allá arriba es otro universo y si tú quieres conocerlo, yo no puedo ser tan egoísta contigo.

—Tengo miedo, yo soy la chica de un pueblo pequeño, mi padre es un simple juez, mi mamá era una periodista freelancer especializada en arte, ¡esa soy yo!. Vine de Aberdeen huyendo de algo terrible, ¡terrible! —por primera vez en años, Marilyn se atrevió a llorar frente a alguien su debilidad y soledad—. Estar en esta ciudad no me ha hecho tan fuerte como yo quería. Tom, yo, yo, Mae Baker ¿allá arriba?

¿Con él?

—No sé qué te pasó, y si no me quieres contar, es tu derecho, pero no puedes definirte por algo que ya ocurrió. Mi niña dulce, empieza a vivir tu vida.

No durmió bien en varios días, veía a Suzanne expectante y a Thomas triste, la noche del viernes, soñó con Aimé, la vio en su vieja moto, fumándose un cigarrillo, ella tenía una filosofía sobre el fumar y solo lo hacía unas dos veces al año. Se vio de catorce años, con sus pantalones de mezclilla favoritos y sus zapatillas rojas que tanto amaba, era un día de sol en Miami.

«—Mae, cariño, toma riesgos en la vida, todo se define en algo muy simple, la vida es esta, si no eres capaz con la carga ¡tírala! y simplemente vuelas ¿quién te obliga? nadie, mi bombón, en la cima están las respuestas».

«—Mami, tengo miedo».

«—Mi amor, esa es la gracia»

Se despertó ese sábado con la imagen de su madre y sus palabras en su cabeza.

—Suzanne —la llamó a la casa.

—¿Si, Marilyn?

—¿Cuando empiezo?

—Oh ¿es en serio?

—Sí, pero debes tenerme paciencia.

—No cariño, tú deberás tenérmela a mí. Yo le diré a mi jefe el lunes, y dentro de una semana estarás conmigo en presidencia.

Arden odiaba a la mujer ¡puta! Aun así, la follaba con ímpetu.

Ella estaba igual de enferma que él, lo único diferente era que Arden lo sabía y eso lo hacía más inmoral. Él no se quería y el odio que sentía por sí mismo le daba la libertad para hacer con Valery lo que le daba la gana.

Últimamente había descubierto que existía algo más poderoso que sus compulsivas ganas de follar y eso era un asco que nacía de su propio asco y del tedio; follaba como máquina siguiendo las rutinas del meter y sacar pero sin nada esencial que mediara el acto; estaba llegando a un límite vomitivo.

La conoció en el bar 'Lexus' el lugar más dark de toda la ciudad, donde se desplazaba en las noches como animal hambriento y triste, buscando una presa que lo satisficiera. En la oscuridad de la sala, todos los asistentes al lugar perdían su identidad y se convertían en consumidores de sexo anónimo, que no exigía amor ni ternura, en seres vacíos y rotos y, en el caso de él y de Valery, tremendamente crueles y perversos. Estaba parada en la barra, vestía provocativa y le sonrió; sus labios voluptuosos daban la impresión de estar pintados de negro y sus tetas tamaño XL más bien parecían banderines de salida. Arden la comparó a una hiena satisfecha después de haber devorado una presa y le pareció bien, si él estaba cuesta abajo, ella era la puta perfecta para su caída. Conocía ese tipo de mujeres, boas constrictoras capaces de tragarse un hombre de un solo bocado o, en este caso, de una follada brutal. Era lo que necesitaba para castigarse.

Sin preámbulos ni presentaciones, la mujer se sentó a su mesa y le agarró el pene por encima de los vaqueros.

—Vaya, tenemos algo grande aquí.

Arden le ofreció su sonrisa maliciosa y le dijo:

—No seas tan tímida, hay mucho más.

Valery se agachó por debajo de la mesa.

La reacción de Arden fue mecánica.

Lo engulló hasta la base y empezó a chupar con experticia.

Con tranquilidad, él tomó un trago de su cerveza y dejó que la boa hiciera el trabajo.

A los minutos, ella se irguió, lo miró satisfecha mientras pasaba su lengua reptil por sus labios que de rojo vino ya no tenían nada.

—¿A eso le llamas una buena mamada?, me decepcionas, prometías más.

La mujer furiosa levantó su mano para abofetearlo y él la detuvo, se abalanzó sobre ella mordiendo su boca hasta hacerla sangrar, Valery se retorció de placer y pidió más dolor, sin embargo Arden sacó unos dólares de su billetera y los tiró sobre la mesa

—Mañana, que tu ropa sea de color azafrán, no uses tanto maquillaje, quizás así te de lo que tanto quieres.

Valery, pobre Valery, no tenía idea que se llevaba a Satanás con ella. Ninguno de sus amantes fue más cruel, más sádico y más complaciente con ella y lo idolatraba por eso. Pero esta relación era de una magnitud inversamente proporcional, si ella iba al cielo con cada encuentro, Arden iba en camino a la repulsión absoluta.

Le asqueaba su apartamento, todo era lujo oriental mezclado con olor a lavanda y lubricante. Odiaba sus colorinches artefactos para producir placer, porque además de antiestético, eran la extensión de su enfermedad y el recordatorio de su incapacidad de amar. El solo sonido de su voz le fastidiaba ¿cómo podía tener sexo con aquel reptil? la respuesta no se hizo esperar: ella era el sinónimo de su propio menosprecio e inconformidad. Aquella noche, el vaso estaba lleno de su propio veneno.

La tomó del cabello y la arrodilló a la orilla de la cama, la esposó con sus brazos a la espalda, le puso la maldita mordaza en la boca, los ojos de la mujer estaban turbios y expectantes.

—Así es como te gusta ¿no es verdad, puta loca?

Valery hizo un sonido salvaje. Arden veía la imagen grotesca de él y la mujer frente al gran espejo que los reflejaba; su cara era una mezcla demoníaca de asco y lujuria.

Esto es lo que eres, Arden Russell, ¡maldito! ¡Maldito seas!

Como un felino en cópula se lanzó sobre su cuello y la mordió, escuchó el sonido característico de dolor y placer que ella emitía, con la lengua marcó un camino por su espina dorsal y mordió una de sus nalgas, separó las piernas de la mujer hasta dejar su sexo al descubierto y pasó sus dedos por toda la raja mojada y dispuesta, untó una de sus manos con el lubricante y la preparó para

la doble invasión, se colocó el condón, le puso un consolador en el ano y le dio varias nalgadas hasta dejar la marca de su manos, le agarró el cabello y embistió, su verga era un cuchillo que buscaba desgarrarla y asesinarla.

Se miraba al espejo, un grito de socorro aullaba en su interior, una sensación de hastío recorría su cuerpo, un odio nacido de su impotencia para amar de nuevo lo ahogaba. No sentía placer, no sentía compasión, no sentía nada. Valery temblaba presa de su orgasmo, pero a Arden no le importaba, para él ella era una cosa amorfa, un ser igual de dañado y podrido como él; detestaba admitir que durante aquellos meses la necesitó de la misma forma como necesitó tanto tiempo la heroína.

En su mundo no existía la pureza ni la redención; no existía la ternura ni la sensualidad amorosa; no había la más mínima posibilidad del amor ni del encuentro con alguien a quien amar. Él era hiel y ponzoña, matando a todo aquel que se le acercaba.

Se retiró de la mujer aún erecto, le quitó el artefacto y agarró el látigo y la golpeó levemente, Valery lo miraba con burla «vamos chico, no me asustas, eres capaz de mucho más» volvió a golpearla mucho más fuerte, pero el rostro de ella lo retaba a más, otro fuerte latigazo cimbró por la habitación, uno, dos, tres, cuatro, cinco, cada uno más fuerte que el anterior.

Necesitaba la palabra de seguridad, aquella que se utiliza para decir que el límite del dolor había sido superado, soltó a la mujer de las esposas y del lazo que la amordazaba, su cuerpo abierto con su culo enrojecido por el látigo y las embestidas brutales.

—Di la palabra, Valery.

—¡No! ¡Más! ¡Quiero más!

De nuevo el látigo.

—¡Di la puta palabra!

—¡No!

Otro latigazo.

—¡Grítala!

—¡Mierda, que no!

Arden le dio dos latigazos más...

¡Demonios!... ¡No quiero parar!

Agarró la cintura de la mujer y la levantó con violencia para llevarla hacia el centro de la cama, poniéndola boca abajo.

—Agárrate fuerte, voy a romperte jodidamente ¡perra!

—¡Sí! — la mujer dio un grito de victoria feroz y sintió la invasión dura de su amante.

Arden la penetró con toda la rabia de la que era capaz, con la extensión de su soledad, con un deseo homicida; él era un monstruo dispuesto a arrasar todo lo vivo que le rodeaba.

—¡Ah! ¡Mierda! —gritó tan fuerte cuando el clímax llegó que pensó que se le desgarrarían sus pulmones.

Estaba seco y vacío, se vio al espejo, era tan solo un hombre cansado y desnudo. Se paró de allí, se quitó el preservativo y decidió que ya no más.

La mujer estaba desmadejada en la cama.

Se puso la ropa, trato de peinarse ¡Puto cabello! pero, solo pudo acomodar su mechón tras la oreja.

—¿Dónde vas?

—Me voy, no vuelvo más.

—Eso has dicho pero ¡siempre vuelves!

—Mírame, yo me largo y nunca más volveré ¡jamás! a menos que el infierno se congele.

Cerró la puerta y los ecos de la voz de la mujer retumbaron en su cabeza.

—¡Vas a volver! ¡Vas a volver!

—¡Jamás!

Llegó a su penthouse, prendió las luces, se tomó un vaso enorme de vodka, se quitó los zapatos y se sentó en la alfombra. Oía asqueroso, era el perfume intenso de Valery. Vio la luz intermitente de su contestador automático, se fijó en su celular, diez llamadas perdidas, las borró todas, mas no las llamadas de su teléfono fijo, siempre eran las personales.

«—Hey Arden, soy yo Henry ¿vas a ir a la cena de mamá? si quieres vamos juntos, hace días que no hablamos, llegué ayer de Berlín, no sabes lo aburridos que son estos alemanes, llámame hermano.»

«—Arden Russell sino vienes a cenar con mamá ¡te mato!, por favor Arden quiero hablar contigo, no quiero hacer una cita con Susy, no soy un cliente ¡soy tu hermana!»

«—Amigo, como que me llamo Mathew te lo puedo jurar: si no llamas a Ashley, voy y te secuestro, no quiero verla triste, dice que solo puede verte

cuando abre el álbum familiar».

«—Cariño, soy yo, mamá»

—¡Carajo!

«—Cariño, hice tu comida favorita, ¡ven! te extraño, vives tan ocupado, no me gusta que trabajes tanto, vivimos tan cerca y sin embargo te sientes tan lejano, soy yo, mami, ¡ven! yo te espero»

—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! eres una mierda Russell, una absoluta y total mierda.

«—Arden, soy Cameron, sino quieres verme, lo entiendo, sé que a nuestra relación tú la limitaste a negocios, yo lo entiendo, en verdad hijo, y lo respeto, pero Jackie, Ashley y Henry te necesitan, sobre todo mamá, no huyas de su amor, sabes que lo necesitas, es hora de regresar a casa ¿cuándo vas a perdonarnos?»

Hubo un sonido de carraspeo en la voz de su padre, él sabía que Cameron lo hacía cuando estaba emocionado y conmovido.

«—Al menos, llámala se ha esforzado muchísimo, no hagas lo que hiciste el día de tu cumpleaños, yo sé que el viaje a Tokio fue una excusa para no venir ¡llámala! hazme ese favor, hijo.»

Eran las dos de la mañana, necesitaba llamar a Jackie, sabía que ella le contestaría a cualquier hora, marcó el número. Su voz, como siempre, lo tranquilizaba.

—Hola, bebé.

—Deberías odiarme.

—Nunca lo haría, soy tu mamá.

Arden se quedó en silencio, desde los trece años esos silencios mediaban entre ellos.

—¿Cariño?

—Sí, Jackie.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy.

—Espera, tu papá está durmiendo, no quiero que se despierte y se preocupe, él siempre se preocupa por ti, cariño.

¡Ja! Cameron, el piadoso; Cameron, el santo ¡maldito hipócrita!

—¿Qué te pasa? ¿Los demonios están de vuelta?

—Nunca se han ido, madre.

—Arden, déjalos ir, perdona, perdónanos ¡perdónate!

—No quiero hablar de eso, Jackie.

—Tú sabes que yo estoy aquí, dispuesta.

—No lo merezco.

—¡Arden Keith Russell, no digas eso! Siempre seguirás siendo el hermoso niño que tocaba Bach para mí.

Respiró profundamente, el olor de Valery inundó su nariz, allí estaba él hablando con aquella mujer que llamaba su mamá y tenía el olor de esa puta en todo el cuerpo.

—Siento lo de la cena.

—¡Oh, no te preocupes! Henry no dejó nada, tú sabes él es voraz desde niño ¿cuándo vienes, mi vida?

—Pronto.

—¿Qué te parece si cenamos juntos, mañana?

—Me parece bien —contestó fríamente.

—¡Maravilloso!... ¿Mi amor?

—¿Si?

—¿Tienes alguna chica?

—Jacqueline, tú sabes.

—¡Por el amor de Dios, olvídala ya! ¡Olvídalas!

—¿Podríamos cambiar de tema?

—Discúlpame, Arden, yo sé que no debo entrometerme en tu vida —un dulce y resignado suspiro se escuchó al otro lado de la línea— oye, llama a tu hermana, echaba chispas, además, Bianca no ayuda.

—Mi dulce y tierna cuñada.

—Cariño, ella se preocupa, a su muy particular manera, lo hace. Henry, con todo y su tamaño es muy sensible, hoy se la pasó hablando de cuando le

enseñabas a jugar béisbol y a lanzar la pelota.

—Henry es un tonto.

—No, Henry te adora, eres su héroe.

—Si supiera la verdad...

—¡Basta ya, Arden!

—Te llamo mañana .

—Está bien, bebé —la mujer suspiró al otro lado de la línea— llama a Ashley.

—Sí, mamá.

—Duerme bien, cariño, acuérdate yo siempre estoy aquí, todos, tu padre te extra...

Arden colgó antes de que su madre terminara. Pasó sus manos por el cabello, se fue hacia el baño y se quitó la ropa, abrió la ducha. De manera casi compulsiva se enjabonó varias veces para quitarse el olor a sexo indiferente y violento que lo contaminaba. Con el agua tibia cayendo sobre su cuerpo se sentó en el piso y estuvo allí más de una hora. Era como si aquella agua que lo recorría se aprestara, metafóricamente, a limpiarlo de toda la suciedad que llevaba en su alma, pero no era así, nada, nada podía purificarlo.

Reflexionó sobre su vida y llegó a la conclusión de que a sus treinta y dos años de edad no había hecho nada que lo enorgulleciera, nada de provecho, se encontraba en un punto muerto. Esa noche con Valery fue catártica y terrible, el sexo compulsivo con mujeres que no conocía y no quería conocer lo habían dejado vacío.

Durante años esperó que en algún encuentro, en alguna parte oscura pudiera encontrar una mujer que lo retuviera, una mujer que lo dejara sin aliento, alguien con el espíritu para hacer de él un esclavo. Quería depender, amarrarse, ser un adicto a alguien, pero no, no existía eso para él. Tras cada encuentro solo había soledad y melancolía. Estaba roto.

Esa promesa que se hizo frente a Valery, la cumpliría, no volvería a tener sexo sin que al menos sintiera algo de curiosidad. No importaba si tenía que volver al sexo solitario de la masturbación, eso y lo que vivía con las mujeres era lo mismo. Irónico, tuvo sexo por primera vez a los catorce años y no había parado, durante un año creyó que no había nada mejor que una buena revocada con una chica, a veces hasta con dos, pero cuando Chanice llegó a su vida, el sexo se convirtió en algo más; sin embargo, cuando el infierno abrió sus fauces, ya nada fue igual. Harvard y Yale fueron territorios de caza, se topó con gente retorcida casi igual a él, mas ahora la sensación de repulsión era agobiante. La abstinencia le parecía algo estúpido e hipócrita, pero ahora lo necesitaba, no quería sentir más mierda sobre sus hombros, esperaba, esperaba, tenía que haber alguien allá afuera, alguien por quien

sentir una absoluta y completa obsesión.

Volver a ser adicto.

Susy llegó a su apartamento esa noche con una rica lasaña en sus manos y sin preámbulos dijo:

—¿Estás lista, linda?

—Estoy muy asustada, Susy, no quiero decepcionarte.

—No, no lo harás, Cameron ya sabe quién eres, él se preocupa por quien rodea a su hijo.

Como si fuera el príncipe heredero.

—Tus funciones por ahora serán muy básicas, manejaras los archivos, cosa que ya haces muy bien, contestarás los teléfonos, revisarás correos, manejaras una de las cuatro computadoras y le llevaras el café a Arden.

¡No!

—No te asustes, la mayoría de la veces, no se da cuenta que estas a su alrededor, en fin son varias cosas que irás aprendiendo con el tiempo.

—Susy, dime la verdad ¿cómo es él?

Suzanne sonrió enigmática, si su esposo escuchara lo que iba a decir, seguramente le diría «¡lo sabía, lo sabía!»

—Es difícil, callado, terco, obsesivo por el control, todo lo tiene que manejar, nada se le puede escapar. Habrá veces en que no te dará los buenos días, porque estará tan estresado que no sabe ni que día es, habrá otros en los que lo veras entrar, pero no lo verás salir porque trabaja hasta la madrugada, sobre todo estos últimos tres meses —Susy se pasó una de sus finas manos por su frente, un signo de paciencia se ocultaba en el gesto—. Lo verás sonreír cuando su hermana Ashley llegue, la chica es un huracán, y nunca, jamás le digas que no la puede atender. Por ocupado que esté, siempre está para su hermana o su madre, cuando ellas dos lo visitan o lo llaman, él sonríe como niño pequeño y es glorioso, Ashley lo suaviza un poco, entonces será más paciente. Yo suelo encargarme de todo lo personal, así que esto que te voy a decir sobra, porque sé quién eres, cualquier cosa que se filtre sobre su vida privada es una hecatombe en esa oficina. Poco a poco tendrás acceso a todo, entre más discreta y callada seas es mejor, hay que mantener una imagen en su oficina, entrará gente muy poderosa, no llares la atención, Rebecca, tú y yo somos su sombra.

Marilyn sonrió nerviosa

—Parece un personaje de novela gótica.

—Lo es, todos ellos lo son, hay algo misterioso e inalcanzable en esa familia, no, no creas que son engreídos o que andan por el mundo creyendo que porque tienen más dinero que cualquiera están por encima de todos, no, son una buena familia, lo que pasa es que a veces, tanto poder da a las personas una cualidad de lejanía, ellos son... diferentes.

Mae se paseaba de un lado a otro y se abrazó tratándose de protegerse de algo que ella no entendía muy bien.

—Linda, si no quieres dímelo, no me voy a enojar.

La chica miraba las fotos de su familia, Aimé y Stuart, ella era el resumen de ambos, la fuerza interior de su padre y el espíritu lúdico, rebelde e impredecible de su madre.

—¿Sabes? mi pueblo es pequeñito, mi vida siempre fue mi madre y mi padre y, bueno —suspiró— ¡no importa! cuando Aimé murió, mi vida se limitó aún más. Mi mamá era mi conexión con lo salvaje, la libertad y el mundo, Stuart ¡que Dios lo bendiga! es alguien conforme con su vida, esa fue su falla con Aimé. Ella soñaba para mí y para ella muchas cosas, «el mundo nos espera, bebito» solía decirme —tomó aire—. Yo no quiero tener miedo Susy, pero ¿qué hago yo siendo secretaria de Arden Russell? A veces siento que no he salido de mi cuarto de niñez, que estoy escondida porque salí una vez y fue un error. Esta Marilyn que estudia arte, que vive en Nueva York, que ascendió a presidencia de semejante compañía ¿quién es?, ¿lo haré bien?, ¿viviré mi vida?, ¿saldré afuera algún día?

—¡Ay, linda! —Suzanne le dio un beso tierno a la chica—. Uno hace de su vida lo que desea, mira esto como una oportunidad, una manera de aprender cariño ¡la vida es arte! Seguramente tu madre lo sabía.

Antes de dormirse, Marilyn miraba su ropa de uniforme, eran vestidos sobrios y elegantes, que la hacían verse bastante mayor; por comodidad, ella pidió talla grande. Eran cinco tenidas doble, una para cada día, Ashley Russell las mandaba a hacer con un diseñador amigo. Trabajar en presidencia era acercarse al lujo y al glamur que la familia real de Nueva York y eso también la incomodaba.

Trataba de dormir, pero no podía así que salió de su cama, fue por un vaso de agua tibia y cuando cruzó frente al espejo, quedó mirándose.

—¿Y si todo esto es un desastre? ¿Y si no soporto trabajar con ese hombre tan terrorífico?

Se vio aniñada, con su pelo suelto y su camisola de corazones que le llegaba hasta la rodilla.

—Sería tan fácil correr ¿no es así, Richard? y estarías feliz, esperando en Aberdeen para burlarte de mí y para matarme, lo sé.

Tomó un sorbo de agua y, más decidida que nunca, volvió a su cama.

—Pero no te daré en el gusto ¡Soy un guerrero! ¡Soy un guerrero! ¡Un guerrero! El sombrío Señor del Castillo no podrá conmigo. ¡No señor!

Capítulo II

Jefe & Secretaria

Marilyn se paró frente al rascacielos. La magnitud de aquella construcción de hierro y de cemento la hizo sentir pequeña. Por primera vez en los dos años que llevaba trabajando allí, el edificio no le pareció un edificio, no; su imaginación de artista transformó la mole en un enorme animal mitológico y sintió que, sin darse cuenta, se la estaba tragando lentamente. Mientras estuvo lejos de la presidencia, no le dio importancia, pero la verdad era una: todos los seres que allí trabajaban estaban en sumisión frente a ese gran titán con alma de hielo.

Todos los días, personas eran devoradas y regurgitadas por Russell Corp., nadie podía contra la bestia que se levantaba poderosa en el paisaje brutal del Olimpo económico de Nueva York. ¿Sabrían aquellos dioses de lo alto, que en el mundo de hombres comunes existía la curiosidad de saber qué se siente estar sentado en el trono del sol?, seguramente no, los dioses siempre eran indiferentes.

Marilyn entró al ascensor que normalmente usaba, según lo que le dijo Susy, aparte del sueldo y otras regalías, trabajar en presidencia le permitía tener un pase exclusivo de acceso al ascensor privado; personalmente, no lo quería, tenía la impresión de que el estúpido elevador era la manera de delimitar territorio, entre ellos (él) y los demás.

Al llegar al último piso escuchó la voz de Rocco.

«—Nunca saldrás de este pueblo»

—¿Ah sí, Richard? ¡Mírame!

Dio un paso que la llevó al hall de las oficinas de presidencia, levantó la cabeza, estaba temblando como un gatito en medio del frío.

«—Sabes que no puedes, no dejes que lo demás lo descubran, es tú oportunidad ¡Mae, devuélvete!»

Dio un paso atrás, dos pasos más y su ex novio sonreiría como una señal de triunfo.

Pero, dos pasos adelante y escucharía a su mamá.

«— ¡Directo a la cima, hija!»

Tonta Mae, ¿por qué tanto miedo?, es solo un trabajo y un jefe cabrón ¡aquí no está tu vida!

Fue así como su cerebro dio órdenes a sus piernas y siguió hacia adelante.

«— ¡Así es, bebito! ¡Esa es mi chica!»

La primera persona que vio fue a Susy quien la esperaba sonriente.

—¡Bienvenida linda! Oh, no estés asustada, respira profundo. Todo va a estar bien.

Mae se aferró a la mano de la secretaria como si fuera un niño dando los primeros pasos.

—Sí, ya estoy aquí y no daré vuelta atrás.

La mujer llevó a la nueva secretaria hacia lo que sería su escritorio, estaba cerca al suyo y a dos pasos de la oficina principal.

—¿Ya está aquí?

—No, llegará hoy como a las nueve, parece que se quedó más allá de la medianoche, esta semana ha sido tremenda, dos grandes negocios, millones de dólares y un problema de dimensiones catastróficas que parece que se va a resolver hoy, ya verás.

—Mmm... ¿Las otras chicas?

—Hillary y Rebecca no deben demorar, Hillary siempre llega tarde; ahora, manos a la obra.

De inmediato, la chica se concentró en aprender el funcionamiento del lugar y a preparar café.

Rebecca Larson era una chica bonita y nerviosa, le dio la bienvenida con un beso en la mejilla, cosa que la sorprendió.

—Vamos a trabajar bien juntas, vas a ver ¿ya conoces a La Máquina? —esto último lo dijo en un susurro para que Suzanne no la escuchara.

—Solo lo he visto de pasada.

—¡Aterrador!

Y, bello como el demonio.

—Trata de no mirarlo a los ojos, siempre da la impresión de que te comerá de un solo bocado, parece un depredador dispuesto a acabar contigo aunque, en realidad, nunca te ve. Para él, todos somos invisibles ¿hiciste café?

—Ajá.

—Detesta el que yo le hago, un día dice «demasiado dulce» y al otro «amargo,

está amargo» y te lo juro que siempre le pongo dos de azúcar, ¡es tan difícil!

A los pocos minutos llegó Hillary Olson, una rubia platinada, con maquillaje recargado y con un uniforme que, debiendo ser una talla M, parecía un XS. La norma de ser discreta en presidencia no era para ella, sus escotes eran amplios y los largos de la falda, mínimos, dando más bien el perfil de secretaria ejecutiva de Playboy que de la presidencia de Russell Corp. Miró a Mae de arriba a abajo como si fuera un animal exótico.

—¿Qué? ¿Acaso la nueva secretaria había llegado de un congreso de nerds, adoradores de La Familia Addams?

Le dio un despectivo hola y luego se sentó en su escritorio a mirarse las uñas, para después aplicarse un perfume dulzón y picante que hizo estornudar a Becca.

Se sentía incomoda, la mirada de la rubia la conocía muy bien, era la mirada del desprecio de las mujeres bellas que miran a las demás como si todavía fuesen la reina de la secundaria. Discretamente, la nueva asistente sacó de su bolso un pequeño espejo y se miró, detestaba el hecho de darle la razón a la rubia. Los años en que ella era lo más bonito de su ciudad quedaron atrás, disfrazada como una tía solterona se sentía segura de todo, aunque a veces extrañaba esa chica, era lindo sentirse hermosa, sin embargo debía protegerse, no debía jugar con fuego, había que sobrevivir y esconderse era la solución.

Rebecca se paró nerviosa y se quedó mirando el ascensor.

—Ya viene, debe estar que explota, todo ese bendito problema en Massachusetts me va a matar de los nervios.

Como movida por un resorte se paró de su asiento y contó los segundos para que Arden Russell apareciera; escuchó en su interior ese rugido leonino de la MGM presenta y, entonces, apareció él, Arden Rochester Darcy Heathcliff Russell.

Negó con la cabeza sus delirios novelísticos y puso una máscara de indiferencia en su rostro, Arden avanzó por el pasillo, con su traje gris, con camisa blanca y una corbata azul. Tenía unas gafas oscuras y sus infaltables guantes, pero ni un solo gesto, nada había en él que demostrara que fuese humano.

Susy sonrió.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días, Suzanne.

Contestó de manera mecánica. La voz de terciopelo resonó en la piel de la chica de Aberdeen y se propagó por cada uno de sus músculos.

Iba a seguir de largo hasta su oficina, pero la señora Ford lo interrumpió.

—Señor, le presento a su nueva secretaria: Marilyn Baker.

¡Bien!, no demuestres que él te asusta, sé fuerte, sé fuerte.

La miró, su atención se concentró en la ropa holgada, en las trenzas pegadas a la cabeza y en las gafas.

—¿Baker? interesante apellido.

¿Marilyn Baker? ¡Qué ridiculez! ¿Semejante gárgola con nombre de erótica actriz de cine? Más bien parece una copia avejentada de Merlina Addams.

La mueca que hizo le dio a entender a la chica que aquel ogro había tenido la peor imagen de ella.

¡Idiota!

—Mucho gusto, señor —Mae le tendió la mano, pero el gesto no fue correspondido.

—Susy habló bien de usted, espero que todo lo que dijo sea verdad.

¡Arrogante! ¿Qué se cree? ¿El rey del imperio? Oh si es verdad, este es su imperio ¡déspota, imbécil! ¡Ah, sí, señor Russell! mucho gusto. Sí, todo lo que me han dicho de usted es verdad, La Máquina, el hombre de hojalata que no tiene corazón.

Cerró sus puños y puso sus manos atrás, en la espalda.

—Sí, señor.

—Suzanne, cuando venga Coleman ya sabes que hacer.

—Arden ¿será acá?

—Sí, las quiero a todas ustedes como testigos —el tono de su voz era de amenaza— ¡ah! y Suzanne dile a la gente que hace el aseo que no vuelva a echar ese maldito insecticida, huele asqueroso —y así desapareció tras la puerta de su oficina.

Rebecca y Suzanne soltaron la carcajada.

—Te lo dijimos, Hillary, él odia ese perfume.

—¿Qué? ¿Acaso pretende hasta decirme que perfume usar?

—Tú sabes cuales son las reglas en esta oficina, esto no es una revista de moda, no es Vanity Fair.

—Yo soy la imagen de esta oficina —dijo y se acomodó su pajoso pelo.

—Deja de hablar como en una mala telenovela, la imagen de esta oficina está allá adentro, con él basta y sobra y trata al menos de abotonarte la blusa, no sea que aparezca Jacqueline Russell y te vea así.

—¿Sugieres que me vista como ella? —la rubia señaló a Mae.

Suzanne estaba furiosa.

—¡Cállate! al menos Marilyn viene acá a trabajar, no viene a delirar sobre el hecho de ascender a la empinada cuesta de la familia Russell.

Al menos, a la cama de Arden... ese fue el pensamiento de Rebecca, quien había visto los infructuosos esfuerzos de Hillary por llegar allí.

—¿Cómo te atreves, viejo cuervo?

En ese momento Mae vio el carácter que había mantenido a Suzanne Ford en la presidencia de Russell Corp. Lorna Stanford estaría orgullosa.

—Me atrevo a eso y a mucho más, Olsen, tu amistad con Bianca Allen me importa un pepino; te metes con Mae y te despescuezo.

¡Diablos! ahora la reina de la prepa me odiará por siempre ¡que buen comienzo!

Hillary hizo un berrinche y zapateó, ella sabía que la vieja era intocable, por lo tanto se sentó y miró con odio infinito a las tres mujeres en frente.

—Es hora de su café, por favor, Mae.

—Sí, es hora de enfrentarse al monstruo —Hillary dijo de manera despectiva, su voz parecía sufrir de una eterna rinitis.

Marilyn se levantó de su escritorio, en un gesto nervioso pasó sus manos por la falda y por su cabello.

Tranquila, tranquila, él no va a comerte —tomó la taza de café— no pienses que te vas a caer, no te caigas, no delante de él.

Cuando entró a la oficina, su impresión fue grande: encima del gran escritorio había extendido un paño de gamuza burdeos y sobre la tela, un revólver negro con un cargador que contenía brillantes balas doradas, Arden Russell, en mangas de camisa, la manipulaba. Cuando se percató que ella había entrado, con una tranquilidad casi desafiante envolvió todo con el paño y lo guardó en un cajón, se paró y, sin decir nada, se fue junto a una de las ventanas pequeñas. Puso sus manos en el friso, apoyó su cabeza en el cristal y miró Nueva York, los músculos en tensión de la espalda se evidenciaban bajo la immaculada camisa y todo el peso de su cuerpo descansaba en la pierna derecha ¡más perfecto que el Perseo de Cellini!

A pesar de la bella impresión que produjo en la chica verlo así, supo calificar que la atmósfera que lo rodeaba era de muerte y soledad.

La oficina tenía cuatro ventanas: dos ventanales de techo a piso que eran más largos que anchos, y en el extremo derecho, dos ventanas que eran un tercio del tamaño de las otras. En una de las ventanas pequeñas estaba instalado un telescopio.

¿Un telescopio? ¿Para qué diablos un telescopio?

Desde su oficina, Arden acostumbraba a mirar a Nueva York, era una curiosidad paradójica porque estaba teñida de absoluta indiferencia, la soledad era su compañera así que las historias íntimas de esos millones de personas no importaban, como tampoco le importó que la nueva secretaria entrara e interrumpiera su ritual.

La oficina era enorme, decorada en tonos claros, excepto donde estaban las ventanas, esa muralla era de color grafito, lo que acentuaba la impresión de soledad. En la pared a la izquierda del escritorio, había un cuadro de moldura dorada que enmarcaba un viejo recorte de periódico donde el primer dueño de la compañía, Ernest Russell, se daba la mano con el presidente Herbert Hoover. El centro de todo era el enorme escritorio de caoba, muy antiguo, que perteneció al fundador de la empresa; pero, otro objeto fue lo que llamó la atención de Marilyn: un violoncelo de madera clara, que descansaba, apoyado en un atril, en la esquina más alejada. Siendo un instrumento musical, le pareció que era lo único humano que se encontraba allí, pero era evidente que nadie lo tocaba. El resto de la oficina era minimalista, fría y sin nada personal que justificara vida en el lugar.

—Señor, su café.

Él volteó, su gesto inicial fue presuntuoso, frunció el ceño, posó sus ojos verdes gatunos en ella y le dio unas de esas miradas sin ver, Mae sintió un vértigo parecido al de aquella vez cuando junto a su madre escaló el mirador de Toroweap, en el Cañón del Colorado pero, sin la sensación del triunfo.

—¡Déjelo ahí! —señaló al escritorio, vio sus manos por primera vez, eran manos delgadas con dedos largos, manos de músico. Caminó hacia el escritorio, nunca en su vida había estado tan asustada

No te caigas, no derrames el café ¡demonios! no tiembles, no tiembles.

Sin embargo, esta última orden fue inútil, empezó a temblar como si fuera un animal a punto del sacrificio. Él se quedó mirándola y esbozó una sonrisa malvada y burlona.

¡Mierda! ¿Se está burlando de mí? me voy a caer, él se burlará de mí, debo tener mis mejillas en ardor. ¡Carajo, huele tan bien! ¡Es tan hermoso! No se ve tan viejo ¿Cuántos años tiene? no permitas que él te domine.

Puso la tasa de café sobre el escritorio, estaba tan nerviosa que sintió una

imperceptible gota de sudor recorrer su rostro, había llegado sana y salva a la meta y casi salta como si hubiera ganado una medalla olímpica.

Él se acercó y la loción masculina en pleno llegó a su nariz tuvo que sostenerse del borde del escritorio para no caer ante el placer de semejante aroma.

—¡Vaya, finalmente! pensé que no iba a sobrevivir hasta acá ¿señorita?

—Baker.

—¡Ah sí, Baker! ¿Ve? todavía está viva, no como gente, al menos no a esta hora del día —concluyó con una sonrisa siniestra.

No, no a esta hora del día pero, seguramente lo hace. Apuesto que le gusta infundir miedo, ¿miedo? ¿tienes miedo? ¡Demonios, sí!

La chica miró el suelo y de manera inconsciente remojó sus labios de forma imperceptible. No resistía tenerlo tan cerca, era de nuevo aquella tremenda sensación que tuvo la primera vez que lo vio en ascensor: la hermana de Cenicienta escondida tras la cortina mirando al príncipe que nunca sería para ella.

Arden tomó la taza y se la llevó a la boca, bebió un sorbo y lo saboreó con un gesto que le pareció erótico.

¡Sagrado Batman! ¡Me muero!

Lo observó con disimulo, sintiendo un estremecimiento en su sexo.

¿Qué? ¿Estoy excitada? Dios, ni siquiera Rocco me provocaba esto ¡estoy loca! no lo conozco, él es odioso, que vergüenza, ¡maldición! estoy frente al hombre de hojalata y mis pantis tiemblan ¿qué me pasa?

A Arden le molestaba su presencia. Baker, una maldita gárgola, espero que trabaje mejor que Hillary. ¡Diablos! es el mejor café que he tomado.

—Esto no lo hizo Rebecca.

—No, lo hice yo.

Se volteó de nuevo hacía la ventana, le fastidiaba compartir sus espacios de soledad con alguien y no lo iba a hacer con una desconocida. Este gesto ella lo tomó como una orden tácita de irse, pero se resistía. Se moría de ganas por tocarle el cabello, a su memoria llegó el día en que viajando con su madre recorrió unos enormes campos de trigo donde ella hundió los dedos en las espigas, la ensoñación le hizo sentir el calor de aquellos días y temperó su ánimo al salir de esa aséptica y fría oficina.

Llegó a su escritorio tratando de calmar las emociones que la odisea de llevarle café a su nuevo jefe le había provocado.

—¿Ves? él no te devoró —Suzanne sonrió.

No, aún no, pero presiento que lo hará.

—¿Que dijo sobre el café? ¿Le gustó?

—No dijo nada.

—Eso quiere decir que le gustó. Marilyn, de ahora en adelante lo harás tú, por favor ¿sí? —Rebecca saltaba, al menos tendría una oportunidad más de no verlo.

Es verdad, Thomas, él es una máquina, nada vivo está allí, todo en esa oficina es tan anti humano, no hay nada, nada allí adentro ¡te extraño, Tom!

Todo en esa oficina se movía a mil por hora. Becca parecía nerviosa —Mae presentía que ese era su estado natural—, la veía perdida entre papeles, con mirada de cervatillo asustado; la secretaria principal entraba y salía cada minuto de la oficina de presidencia y ¿Hillary?: no hacía nada.

Mae se encontraba entre las tres. Trató de ayudar a Rebecca a organizar aquel desorden, pero ella no lo permitió.

—¿Qué buscas, Rebecca?

—Unos papeles, unos contratos, no los encuentro ¡Santo Dios! ¿Sabes lo que eso significa?

Mae miró la puerta del ogro y dijo:

—¿Qué La Máquina te pisoteará sin compasión?

—¡Exacto!

—Tranquila, yo te ayudaré —le tomó la mano y le sonrió de manera dulce.

—No, atiende los teléfonos, ya que la señorita preparatoria no quiere.

En media hora, le contestó a una docena de personas, Suzanne decía a quién pasar y a quien no, proveedores de todas partes del mundo, presidentes de compañías, los jefes de subsidiarías.

¡Paren el mundo, me quiero bajar! ¿Es esto así todos los días?

Taylor Coleman llegó casi a las once de la mañana, era un hombre flaco que sonreía todo el tiempo con un gesto forzado que más parecía una mueca. Las miraba con recelo. Cada cinco segundos sacaba su pañuelo para secarse el sudor.

Suzanne estaba encerrada en la oficina con el jefe ¿qué ocurría? Marilyn y Becca se observaban de reojo. Tras quince minutos, salió de la oficina.

—¿Quiere café, señor Coleman? —ella sonreía con aquel gesto que Marilyn conocía y que Tom había descrito una vez «es como si se avecinara la tormenta»

—No, gracias señora Ford.

De pronto, la voz de Arden se escuchó tras el intercomunicador.

—Susy, todas ustedes y Coleman a mi oficina —era casi una orden de guerra.

Todas se levantaron y siguieron al hombre como en fila india. Marilyn se escondió tras Suzanne y Rebecca, Hillary se recostó contra la puerta.

—Siéntese, señor Coleman.

Arden arremangó su camisa, ese simple acto hizo temblar a todas, menos a Suzanne, el hombre se apresuró a darle la mano, pero él lo miró con desprecio e ignoró el gesto.

—No sea cínico, Coleman, ¿acaso pensó que iba a pasar impune?

—¿A qué se refiere? —el hombre miró a la puerta.

—¡Siéntese! — el grito retumbo por toda la oficina, Coleman cayó sobre la silla como si un cable de acero lo hubiera jalado del piso. Mae contenía el aliento.

Arden tomó unos papeles y se las puso en la cara al hombre que trataba de controlarse y miraba a todos lados.

—¿Sabe de lo que hablo, idiota?

—No.

—Le hemos seguido la pista durante dos años —su tono era de evidente furia contenida.

—Yo... Yo...

—Sus cuentas de banco, su alto nivel de vida, todo lo tengo aquí —la vena que le atravesaba la frente saltaba. Mae no podía controlar el temblor de sus manos, todo era muy violento para ella.

—Señor Russell, no es lo que usted cree.

Arden soltó una carcajada histérica.

—Y ¿qué tengo que creer? ¡Imbécil! —golpeó con su puño el escritorio, la chica nueva dio un salto y Susy trató de calmarla.

—No tiene nada contra mí ¡solo quiere asustarme! —el hombre se paró de la silla, Hillary corrió hacia Suzanne y se abrazó a ella. Mae pensó en el arma que había en el cajón del escritorio y se tapó la boca con sus manos.

—¡Maldición, si es hasta una ofensa que un idiota como usted pudiera robarme! Vendes información privilegiada de la empresa y gastas el dinero en zorras.

El hombre impotente, cegado por la furia, como animal acorralado, se lanzó contra Arden. Hillary y Becca gritaron.

—¡Maldito, mi chica no es una zorra! —pero el impulso no le llegó muy lejos. Su rostro se estrelló contra el puño del presidente de Russell Corp.

Sus finas manos de chelista también eran los puños de un camorrero que había derribado a mano limpia a cuanto contendor se le cruzó entre Ámsterdam, Berlín y Londres. Los pies de Mae estaban pegados al piso, todo su cuerpo templaba.

¿Qué hago aquí trabajando con este cavernícola?

Ella no podía despegar los ojos de su jefe: hermoso, salvaje, peligroso e inhumano; desde su posición de poder, podía aplastar al mundo si le diera la gana.

Coleman sangraba por la nariz y se quejaba aparatosamente, ella se iba a desmayar ¡no frente a él! luchó contra el desvanecimiento, se recostó contra la pared, cerró los ojos y respiró profundo. Suzanne hablaba con Jackson, el encargado de seguridad que había entrado a la oficina, acompañado por dos asistentes.

—¡Saquen la basura de mi oficina! ¡Esta mierda contamina!

No esperó a que esposaran a Coleman y pasó entre los agentes y corrió hacia los baños, Suzanne salió tras ella.

—Cariño ¿estás bien?

—¡No! no puedo trabajar aquí, ese hombre es el diablo.

—¡Niña, no entiendes!

—¿Qué tengo que entender, Suzanne? ¡Por Dios! ese hombre en el suelo sangrando, la violencia, el abuso del poder, todo por una estúpida información de... de ¡qué diablos!

—¿Estúpida información? eso te pasa por estar metida entre pinturas y libros de siglos pasados, billones de dólares, empleos que dependían del desarrollo de esas tecnologías, los implantes eran para controlar los impulsos de la epilepsia y monitorear cierto tipo de tumores cerebrales; el hielo negro en manos equivocadas sería un arma letal, Mae ¡Dios!, él solo tiene treinta y dos

y tiene el mundo a sus espaldas, debiste haberlo escuchado tocar el cello
¡Dios! ¡Era hermoso! no juzgues lo que no conoces.

—¡Él es cruel!

Las facciones de Suzanne se suavizaron.

—Debe serlo, linda, es la única manera de sobrevivir a los lobos.

Volvió a su escritorio repitiendo un mantra en su cabeza.

¡Soy guerrero, no me voy rendir! ¡Soy guerrero, no me voy a rendir!

Las 12:30 del mediodía el devenir del trabajo hicieron que el tema Coleman pasara rápidamente al olvido, la chica presintió que así sería la mayoría de las veces. A los quince minutos, se escuchó la voz del ogro.

—Suzanne, por favor más café.

Vaya, ¿por favor? eso es nuevo.

—Mae, cariño.

¿Yo? ¿Otra vez?

Entró a la oficina y lo vio hablando por teléfono, le pareció que hasta sentado a su gigante escritorio parecía un tigre encerrado, se obligó a no tener «ensoñaciones artísticas» con su imagen, quería salir huyendo antes que se la comiera de un bocado. Odiaba sentirse tan vulnerable, Aimé y Stuart no la habían criado para que se sintiera así, es más, ni siquiera frente a los golpes de Richard dudó algún momento en lo fuerte que era para poder resistirlos. Pero Arden Russell realmente la intimidaba, en las pocas horas que había permanecido en la presidencia, comprobó que con solo mover de su dedo meñique podría incendiar el mundo si le daba la gana. Irradiaba seguridad y nadie cuestionaba su autoridad, tenía un poder absoluto, una sola de sus palabras y el futuro de muchas personas estaba sentenciado. Se lo imaginó como un emperador romano, vestido con su toga, con una corona de laureles, apuntando con su dedo pulgar hacia arriba o abajo, decidiendo sobre la vida y en ese juego mental, ella era la esclava que le servía café.

El poder absoluto, complicado concepto, bajo su dominio no existía ninguna libertad, ni siquiera la de él, Arden Russell era esclavo de su propio imperio.

—Sí, hace como veinte minutos... no, el idiota fingió no saber nada... si, va camino a la prisión estatal... hay que esperar hasta el juicio... ¡claro que tengo mis sospechas! ¿Dante Emerick?, quizás, es tan idiota que le falta imaginación... Mathew, nada de negociaciones, los quiero a todos en la cárcel ¡aunque demores mil años!

Se aprestaba a poner pie fuera de la cueva cuando escuchó el vozarrón.

—Señorita Baker ¡quédese!

¡Dioses de la Guerra! ¿Ahora qué? ¿El holocausto?

—¡Siéntese!

Se sentó de frente, lo miró directamente al rostro. Mae notó algo extraño, era como si deliberadamente huyera de la atención que recibía; en dos minutos hacía mil cosas a la vez, era energético y agotador. Ella esperó, lo observaba subrepticamente, logrando controlar la agitación. Arden leía papel tras papel, Mae se fijaba en la manía compulsiva de mirar su reloj cada cinco segundos, de poner el lapicero en la boca, aquel gesto la hizo saltar en su silla.

—Señor Russell —estaba impaciente por irse. Arden levantó la mano ordenándole que esperara.

—Le voy a dictar un informe, espero que sea buena digitando.

—Sí, señor.

—Tome mi portátil, voy a dictarle el informe para que la mande directamente desde el correo del intranet de la empresa.

—¿Desde su correo?

—No, desde el suyo, en su nueva cuenta aparece como mi secretaria.

Es oficial, soy su secretaria.

Empezó a dictarle. Tres años en la universidad haciendo enormes ensayos literarios le daba la capacidad para ser muy rápida, sin embargo no tenía la capacidad para resistir a ese hombre respirando sobre su cuello mientras le dictaba, eso era una tortura. Podía sentir la electricidad que fluía de él hacía ella y se transmitía por el suelo, la atacaba por la punta de sus pies y ascendía hasta su sexo donde el calor parecía concentrarse en su centro y después, hacía su vientre y senos, avanzando por su cuello e instalándose en sus mejillas. Bajó la cabeza para que no le viera, ni remotamente, aquel rubor que traducía las sensaciones de tenerlo tan cerca. Su voz fuerte e impersonal la acariciaba, caminaba del escritorio a la ventana bajo la atenta mirada de la secretaria. Marilyn se encontraba haciendo dos cosas al mismo tiempo: escribiendo de manera mecánica sobre el teclado del portátil y en su mente febril, dibujaba con lujos de detalles manos, boca, perfil, cabello. Ella pasaba sus manos de manera fantasma por su espalda, respiraba el olor de su loción, permitía ser poseída por la estatura que la asfixiaba, seguía el ritmo del movimiento de sus manos mientras le dictaba cada una de sus palabras, contaba los segundos de silencio mientras él buscaba las palabras correctas que debía dictar y hasta podía escuchar el sonido de su respiración. Y se sentía pequeña; al menos, si se sentara...

¿Qué me pasa?

—Disculpe señor, me repite por favor.

—Por lo tanto, los derechos de la patente...

Patente, piensa en la patente no en que lo tienes detrás de ti.

El informe parecía no terminar. La chica puso toda su concentración en cada palabra y letra, a veces trataba de mirarlo por encima del hombro, pero él la eludía todo el tiempo.

¡Hace calor!

—Atentamente.

¡Por fin!

—Arden Keith Russell, presidente de Russell Corp., léalo, señorita.

Leyó el informe, su voz era calculada y fría, gracias a Dios, tenía la parsimonia de un juez —herencia de su padre— y podía fingir tranquilidad, indiferencia u otra emoción para no dejar asomar a la superficie sentimientos o sensaciones delatorias.

—Ahora, envíela a la subsidiaria en Washington.

—Si señor ¿es todo?

—Por ahora.

Antes de salir de la oficina, vio como él tomaba el telescopio y veía hacia alguna parte.

¿Viendo su reino, señor Arrogante?

Sin tener control sobre lo que pensaba, Mae relacionó la curiosidad que sentía por Arden con aquella que le despertó Richard en su adolescencia y se asustaba.

¿Quién es? ¿Qué piensa? ¿Qué hay detrás del Todopoderoso que rehúye la mirada?

Durante mucho tiempo creyó que era su obsesión por aquellos personajes oscuros que poblaban su mente literaria, la que la había llevado a meterse con Rocco Morris. Era una chica romántica que creía que podía salvar al niño malo de Aberdeen de sí mismo, que tras aquella fachada de rebelde sin causa solo estaba un chico asustado hambriento de amor, pero lo que encontró fue tan vulgar que todo su espíritu romántico se derrumbó. Richard estaba podrido, no tenía la rebeldía poética que ella imaginaba, lo que mostraba era solo una fachada para encubrir su incapacidad, su ignorancia y su falta de imaginación. Ella lo llevó de su mano y lo instaló en su mundo de arte, libros y de música, le permitió pervertir su vida, su espacio y su esencia, por él fue

capaz de hacer cosas que ahora la avergonzaban, ¿en realidad lo amó? ella estaba segura que sí lo hizo, de alguna manera ese zorro malvado que fue su novio, resumió todo su imaginario romántico. Ella presentía que no era gran cosa y que él lo sabía pero, con su amor ideal, le había hecho creer que era mucho más de lo que en realidad era y pagó las consecuencias.

Y ahora, nuevamente estaba instalada en la misma geografía romántica, esta vez con un hombre diez años mayor, que irrumpió en un ascensor con una presencia sensual que le hablaba a su cuerpo. Sí, Arden Russell era un misterio digno de literatura, tan hermoso que era difícil describir y con una belleza cruel e inhumana, como solo la belleza puede ser. Él era una obra de arte... pero, sin alma.

No podía creer que era esa chica otra vez, un solo día con este hombre y ella temblaba en pleno.

¡Qué tonta! ¡Qué niña!

Era como si de nuevo se ofreciera para ser despedazada y humillada, como si quisiera volver a ese punto, a sentir una obsesión por alguien que sabe que le hará daño ¡No! ella no lo haría.

En el mundo pequeño, privado y quizás insignificante de Marilyn Baker se desataba la rebelión, no solo contra el poder absoluto de Arden Russell, sino contra aquel sentimiento donde el amor tenía que ser un estado agónico del alma.

¡No! así no debía ser ¡Jamás!

Con sus manos lucharía, se escondería en su ropa de talla grande, en su cabello trenzado y recogido, y en sus sosos lentes. No haría lo que hizo con Rocco —al menos, contaba con que Arden Russell nunca se fijaría en ella ¡ni en un millón de años!—, esto no era Aberdeen donde ella era la niña linda del pueblo y donde, con su inteligencia y picardía, atrajo al zorro a la trampa.

¡Dios! y ¿si lo qué sintió por Rocco fue tan solo vanidad? ¡No! pensar en eso era castigarse demasiado. No, ella lo amó, en verdad lo hizo.

Y ahora estaba Arden, un hombre que representaba libros, amor eterno, sensualidad y fuego, todo lo que la obsesionaba; el resumen de sus sueños románticos.

Faltando veinte minutos para las dos, siguió a Rebecca que corría hacia los baños. Estuvo nerviosa toda la mañana, con los ojos a punta de lágrima y por más que preguntó, la chica no dijo palabra, hasta que la vio correr por el pasillo.

Pobre chica, este trabajo la va a matar.

Marilyn era del tipo de personas que no se inmiscuía en problemas ajenos, pero con Rebecca fue especial, le pareció tan simpática, su beso de

bienvenida fue tan dulce que no pudo evitar ir tras ella.

—¿Qué te pasa?

—Él me va a despedir.

—¿Qué pasó?

—Perdí el contrato Russell-Fin firmado, es un negocio súper importante, mañana vienen a trabajar en los protocolos los abogados de ambas compañías, de eso depende un convenio con el gobierno de Turquía.

—¿Cómo que lo perdiste? No entiendo

—Los documentos firmados, no los encuentro por ninguna parte, anoche con el problema de Coleman y mi madre de nuevo en el hospital, me hice un lío y no recuerdo donde dejé la carpeta que los contenía.

—¿Dónde guardas normalmente esos papeles?

—En la caja de seguridad, ahí quedan; ya busqué, también busqué en toda la oficina, en la sala de reuniones, revisé todos los cajones ¿qué voy a hacer? Ya viste como es el señor Russell, no tiene compasión con nadie.

—A lo mejor, te los llevaste a tu casa sin querer ¿dónde estaban la última vez que los viste?

—La última vez que los vi fue en la mesa de trabajo de la sala de reuniones, estaban en una carpeta azul con el logo de la empresa, después, me fui al hospital, a ver a mi madre. ¡Dios! No recuerdo haberla metido en la caja fuerte, si haberla llevado a mi escritorio. Te juro, Marilyn que revisé palmo a palmo y no está. ¡El señor Russell me matará!

—Ya haremos algo, no te preocupes.

Rebecca empezó a llorar como niña pequeña.

—No puedo perder este trabajo, el tratamiento de mamá es muy costoso y la empresa lo financia, si él me despide ¿qué será de mí y de mi mamá? nunca conseguiré algo mejor que esto, he luchado por mantenerme aquí, a pesar del stress, de la responsabilidad y de ese hombre que me saca de quicio.

Hillary entró al baño y se quedó mirándolas.

—Vaya ¿chismorreando en el baño?

Mae la miró con rabia.

—Vamos, salgamos de aquí.

—Rebecca, hace más de cuatro minutos que Arden te está esperando —dijo

Hillary, burlándose del nombre de su compañera, mientras se retocaba su labial.

Becca se quedó estática de terror, solo se movió cuando su nueva amiga la tiró de una mano para sacarla fuera del baño.

Cuando llegaron a la oficina, lo vieron parado al lado de Suzanne, estaba con los brazos cruzados.

—¿Dónde está el contrato Finn, señorita Larson?

—Yo, yo...

Algo en aquella actitud intransigente de Russell, hizo que el espíritu caudillista que Mae heredó de su madre saliera a flote, le hizo un gesto interior, aquel de levantar el dedo del corazón Métaselo por el culo ¡cabrón!

—Señor, yo cometí un error y el contrato no está.

Suzanne se quedó de una pieza, ella sabía que aquello no era verdad. Le hizo un gesto de negación, ella le correspondió con un imperceptible «yo sé lo que hago» Inmediatamente la secretaria principal miró a Rebecca que tenía la boca abierta de asombro, supo hacia donde corría el agua del molino.

—Suzanne y usted —la señaló— a mi oficina, ahora.

—¿Qué hiciste? te va a despedir —los ojillos de Becca a punto de lágrimas enfrentaron a una Mae dispuesta a todo.

—No te preocupes, tu madre depende de ti, no permitiré que ella sufra por ese idiota; si mi mamá viviera, estaría de acuerdo conmigo.

Marilyn arregló el cuello del vestido azul marino que la cubría y afianzó sus lentes; como si se aprestara a una pelea, irguió su cabeza de manera orgullosa, apretó su boca y fue hacía la batalla.

Al entrar en la enorme oficina, vio a su jefe sentado en la orilla del escritorio, en sus manos tenía el arco del violoncello, la cruzó con una mirada fulminante.

—¿Sabe lo que significa eso señorita...? —levantó el arco y se golpeó en la sien.

¿Maneja un poderoso imperio y es incapaz de recordar mi apellido? ¿tan insignificante le resulto?

—Baker, señor, Marilyn Baker.

—Como sea —se puso de pie y fue hasta donde estaba el cello— pensé que lo que había dicho Suzanne era verdad, pero —guardó el arco en un estuche— parece que se equivocó.

—Por favor, Arden, fue un error.

—¿Un error, señora Ford?, no en esta oficina, aquí no existe el error. Está usted despedida.

La joven lo miraba de manera despectiva y burlona.

—Como quiera.

Suzanne miraba aquello con espanto, no, no permitiría que pasara semejante cosa, sabía lo que Mae valía, ella era la llamada a reemplazarla, no se lo había dicho ni siquiera a Thomas, pero lo supo casi desde el principio. Era egoísta, lo sabía, pero la chica tenía una cualidad que solo había conocido en ella y en Lorna Stanford: era una luchadora leal, en ese momento lo estaba demostrando, arriesgar su trabajo por alguien que escasamente conocía.

Linda, si alguna vez tuve dudas contigo, hoy las has despejado todas, tú serás su asistente personal, yo lo sé.

—Arden, por favor, no la despidas, ella recuperará el contrato, si no lo hace, mañana tendrás mi renuncia también, yo confío en ella, tú y Cameron saben que cuando doy mi palabra, la cumplo.

—No vale la pena, Suzanne.

¡Dios! ¿Puede haber alguien más odioso?

—Arden, vale la pena te lo aseguro, confía en mí.

El hombre se paró pensativo, no podía arriesgar a Suzanne, era su mano derecha, no tenía paciencia para otra nueva secretaria, y menos así de la noche a la mañana. Además ¿quién soportaría a su familia si eso pasara? todos adoraban a Suzanne Ford, ella era imprescindible, sobre todo para él.

—Está bien, Susy, quiero esos papeles hoy antes de la seis de la tarde; sino, arderá Troya en esta oficina.

Al salir, Suzanne corrió, abrió su bolso, sacó cien dólares y se los dio a Marilyn.

—Anota todos los lugares donde estuvo Becca y busca, son documentos que a nadie sirven; excepto, a la competencia —se detuvo un segundo— ¡Dios! y ¿si es espionaje corporativo? Reguemos a Dios que solo sea un olvido —miró a Rebecca furiosa— ¿Dónde mantienes tu cabeza, niña? mira el lío que has armado.

—Lo siento, Suzanne. Marilyn lo siento, ¿qué puedo hacer?

—No te preocupes Rebecca, yo arreglare esto, tu prepara la videoconferencia, además si vas conmigo él sabrá que mentimos y nos despedirá a las tres ¿no podemos dejar sola a Hillary? sería una lástima.

Todas sonrieron.

—Eres un amor, Mae, te lo agradeceré toda la vida.

A las 14:30 horas —y con los cien dólares en su bolso— Mae Baker inició su odisea; su primera parada, la oficina de la Autoridad Metropolitana de Transporte, en la calle 34 con la 11; allí, con una faceta desconocida hasta por ella, se impuso al funcionario encargado y logró que revisara, en su presencia todos los objetos perdidos en el metro el día anterior, pero no encontró la carpeta. Cuando el reloj marcaba las 15:40, encaminó sus pasos hasta el Memorial Hospital, que estaba en la Avenida York, Rebecca ya había preguntado, pero ella insistió ir, sometió a la misma presión al encargado de la Oficina de Información pero la carpeta seguía sin aparecer. Tres horas indagando y nada; las seis de la tarde era su espada de Damocles y lo que más la angustiaba era que no solo su cabeza estaba en juego, el señor Todopoderoso iba a dejar caer su filo sin piedad, también, sobre Susy y Rebecca.

Hizo un alto en su búsqueda, pidió un frapuccino en su cafetería favorita y dejó divagar su mente. Entre la imagen de un magnífico dragón blandiendo una filosa espada y ella, con su hermoso pelo cortado a lo Juana de Arco esperando a poner su cabeza en un añoso tronco de árbol, vio a una odalisca que bailaba; sacudió su cabeza y rió desganada.

—Allá voy, señor sultán, pero, usted, todavía no me ha ganado.

Tomaba el último sorbo cuando se le ocurrió una idea.

—Becca, soy yo, no lo encuentro, pero escucha, quiero que pienses bien y me respondas ¿Quién estaba a tu lado cuando viste por última vez la carpeta?

—La asistente del CEO turco, estaba recogiendo sus papeles.

—Bien, pon atención, ¿existe la posibilidad que ella tomara la carpeta y que tú hubieses salido sin nada de la sala de sesiones?

La chica tomó su tiempo en responder.

—¡Soy una tonta! ¡Claro que sí! Yo salí antes para atender la llamada del hospital y cuando volví, tomé lo que quedaba.

—¡Pásame a Susy!

—¡Lo siento! el señor Russell la tiene prácticamente secuestrada.

—En ese caso, lo haremos entre las dos. Dime en que hotel está alojada la delegación y como se llaman las personas encargadas. Después que cuelgue, tú llamas a la asistente y le explicas lo que pasa. Cualquiera cosa, me llamas.

El hotel estaba en la calle 45 oeste y la calle 44; con suerte, en veinticinco

minutos podría estar ahí, tenía que hablar con la señora Özlem Özyıl, relacionista pública de la delegación.

Faltaban cuarenta minutos para las seis cuando salió del edificio con la carpeta en mano y una extraña sensación de triunfo, Arden, el Magnífico, tendría que guardar su filosa espada.

Dos minutos para la seis: Marilyn Baker llegó al piso de presidencia con la carpeta azul que ostentaba el logo de Russell Corp., Suzanne y Rebecca la recibieron entre vítores, Hillary ya no estaba.

—Mae, eres mi héroe —Rebecca la abrazó— me imagino que no has comido, te compré comida china, es lo menos que puedo hacer por ti.

—Gracias, Rebecca, no debiste molestarte.

—¿Estás loca? ¡Salvaste mi vida!

—No fue nada.

—Lo fue todo, nena, todo —dijo Suzanne quien estaba orgullosa, ella sabía que tras aquella apariencia tímida se escondía una chica con espíritu de fuego —. Ahora, llévale esos papales.

—Hazlo tú, por favor.

—No, cariño, se supone que fuiste la del error.

Se encaminó a la puerta, respiró profundo, recorrer la ciudad de Nueva York solo para hacer que el señor Todopoderoso se tragara sus palabras la llenó de valor, ya no temblaba, ya no tenía ese miedo que la mantuvo con su estómago apretado toda la mañana; un sentimiento insolente había nacido en su interior. ¿Cómo definir esa sensación? ese hombre la retaba y ella respondía.

Seis de la tarde y dos minutos.

Yo, Juana de Arco; él, un verdugo con su hacha.

—Pensé que no lo lograría —levantó sus cejas cínicamente.

—Pensó mal, señor Russell.

—Suzanne tiene mucha fe en usted... yo no logro ver por qué. Este maldito contrato me importa un comino, si no hubiese aparecido, lo hubiera mandado a redactar de nuevo... lo que yo no puedo perder es a la señora Ford; así que, si va a quedarse aquí trabaje como profesional y no la ponga en riesgo otra vez.

—¿Es decir, que todo esto fue por nada?

—En esta oficina, la confianza en mis trabajadores es lo único que cuenta —ya

lo vio esta mañana con el señor Coleman—, usted probó ser digna de la confianza de Suzanne, voy a respetar eso. Soy su jefe, ella es su amiga. Yo, aquí, soy una figura transitoria, nunca seré algo importante en su vida, pero ella debe serlo, le dio la mano, le apostó a su confianza... no la defraude.

La respuesta agresiva de Mae murió en su boca, lo miró con curiosidad, era lo más humano que había escuchado de él en todo el día.

La noche caía sobre Nueva York, las luces iluminaban la ciudad, un aire de melancolía entraba por la ventana lo que cargó la atmósfera de soledad.

—Me pasé en dos minutos, ¿no estoy despedida? —el recorrido por Nueva York la volvió suicida.

—No.

No espere que le dé las gracias, ¡engreído!

—Hasta mañana, señor.

—Aún no, Marilyn —y de pronto, por primera vez en aquel día infernal él dijo su nombre, lo dijo musicalmente, sin que sonara tonto o superficial, deteniéndose entre sílaba y sílaba de manera grave y perfecta, por primera vez en su vida a ella le gustó como se escuchaba, sonaba hermoso— debe llamar a México y a Vancouver y debe clasificar unas cosas, por su ‘pequeño’ inconveniente, hoy no hizo su trabajo.

¡Dios, eres tan idiota!, él es un asno ¿cómo se te ocurre tener ideas tontas con este bruto?

Y dibujó un pequeño dragoncito, con un turbante de sultán, botando sapos y culebras por su boca, amén del fuego.

A las siete de la noche lo vio salir de su guarida, con su abrigo, sus guantes y las llaves. Se acercó a ella sin mirarla a la cara —Mae intuyó que realmente no veía a nadie, que para él todos eran puntos en el espacio— y le habló de forma cínica.

—Su antecesora, Shelley, filtró información sobre mi vida privada a una revista, espero que Suzanne le haya dicho que eso es imperdonable.

—Le aseguro, señor Russell que con lo que vi esta mañana, ya estoy avisada.

De pronto él esbozó su sonrisa maliciosa.

Con esa sonrisa conquista el mundo.

—Fue divertido, pero no la calificaría de pelea... el idiota ni me tocó, señorita Baker. Marilyn Baker. Interesante, la llamaré M —esto último lo dijo mientras se alejaba hacia el ascensor y tintineaba con sus llaves, su risa burlona le hizo saber que para él, ella era algo digno de un chiste.

—Buenas noches señor Russ...

Pero él no la escuchó, las puertas del ascensor se cerraron llevándoselo. De pronto Mae estaba sola en aquel lugar, el día fue espantoso y ella había sobrevivido y sin que nadie la viera, lloró desconsoladamente y se odió por eso.

No quería bajar en el ascensor de Arden, pero lo hizo, la tentación fue más grande, sabía que la esencia del hombre estaba atrapada en aquel lugar y quería involucrarse en ella... era su premio por esa jornada infernal. Fue hermoso, un momento baladí en que se permitió sentir la vieja sensación romántica de la posibilidad de encontrar algo perfecto solo para ella.

Sí, la hermana fea de la Cenicienta, bailaba con el príncipe azul y llevaba unas nuevas zapatillas de cristal.

De camino a su casa, pensó en su mamá, estaría tan orgullosa de ella, y Stuart diría « ¿Ves, mi pequeña Motita? eres un guerrero igual que tu viejo» Aimé la miraría desde la memoria, entonces fue cuando la recordó fumando en el porche de su casa en Miami, esa fue la última vez que la vio con vida.

«Mi hada, fumar es terrible cuando dependes de eso. Tú sabes que yo lo hago poco o nada, pero ¿sabes porque lo hago? ¡Por anarquía! ¡Por rebelión! ¡A la mierda con esa filosofía de lo políticamente correcto! Sobre todo cuando lo correcto no obedece a una real convicción moral. Este cigarrillo, bebito, representa mi rebelión, soy responsable de mis acciones, no necesito que alguien me diga que hacer y que pensar, eso ya lo sé. Fumo porque quiero y si no quiero, simplemente lo apago y me largo. Pero no es cuestión de cigarros, te hablo de ser libre, con espíritu salvaje. Que nadie te controle, que nadie sea tu dueño si no lo quieres ¡Ni aun así! Mae, mi amor, deja que tu espíritu ascienda, sé libre, sé tu propia dueña, es la única manera de no traicionar el hada que eres».

—Aimé ¡qué loca y sabia eras! y te necesito tanto —era increíble como después de siete años de muerta, su madre fuese aún la presencia más fuerte en su vida.

Fue así como Marilyn Baker compró un paquete de cigarrillos -sabía fumar, Richard le enseñó, pero no hizo de ello un hábito- fueron las palabras de Aimé, que todavía resonaban en ella, y no compartir los vicios de su novio, la manera que tuvo para rebelarse a ese control que siempre Rocco quiso tener. Pero ese día 12 de agosto fue diferente, sobrevivir a Arden Russell fue casi un rito de paso a otra vida y ella estaba consciente de eso. Ya no era una niña esperando que alguien le dijera que hacer, ahora tenía una vida y debía tener el control sobre ella. Estaba cansada, pero sentía un ensanchamiento de espíritu, una libertad que no había sentido nunca, era dueña de sí misma y de su propio destino.

Llegó a su apartamento, abrió las ventanas, sacó la música de su madre y puso a todo volumen «Born To Be Wild», prendió el cigarrillo, soltó su cabello y se quedó tan solo con su blusa, mientras bailaba, era lo único que

necesitaba, y fumó mientras cantaba a todo pulmón sobre motos, carreteras y relámpagos violentos.

—Sí, mamá ¡somos salvajes!

Pensó en unos ojos verdes felinos.

¡Mírame! en tu mundo de control... ¡yo, Arden hermoso arrogante dragón malvado Russell, soy libre!

Y, esa noche, soñó con él. Despertó bañada en sudor y con el eco de su voz diciendo «Me perteneces»

—Profesor Hoffman, usted está haciendo una interpretación machista, discriminatoria y misógina de esas escritoras y eso no es admisible.

—No, lo que yo estoy diciendo es que ellas escribieron personajes que nacieron del ideal representativo de una época de represión sexual, hombres duros, arrogantes, malvados que volvían locas a jovencitas vírgenes que, por una satisfacción carnal, aceptaban todo tipo de maltrato.

—Está diciendo que escritoras como Austen, las hermanas Brontë o Emily Dickinson deben su escritura a una frustración sexual y no a un talento literario.

—¿Eso dije yo? ¿No será que está extrapolando, Baker?

—Sigue evidenciando su misoginia, profesor. Su punto no es aceptable, como estudiante de literatura no puedo aceptar que personajes como Rochester, Darcy, Heathcliff y todos esos bellos poemas que escribieron, nacieron porque no habían conocido el sexo y que su literatura es tan solo una frustración puesta en palabras.

—Estas mujeres hablan de amores enfermizos, muchos de ellos conducen a la autodestrucción.

—¡No! hablan de amores que son capaces de trascender el tiempo y la muerte. Su argumentación, durante toda esta clase, ha sido el discurso casi freudiano, que habla de una mujer que solo desea sexo, que es incompleta si un hombre no la penetra, y que aquellas que no tienen un pene dentro de sus vaginas, sucumben a una melancolía que descargan en alucinaciones frenéticas de hombres violentos.

Toda la clase estaba en suspenso, parecía que el tiempo se había detenido en aquel salón, viendo como la tímida Baker peleaba de tú a tú con el prepotente profesor Hoffman, un cerdo chovinista que creía que las escritoras eran una locas histéricas. Todas las chicas de la clase lo odiaban, pero ninguna había sido capaz de retarlo.

—¡Señorita Baker! está usted perdiendo la compostura y se está volviendo grosera e impertinente.

—¿Qué, profesor? ¿Ahora yo le resulto una loca histérica? De seguro que para usted soy una frustrada sexual y critico su estúpido discurso porque no tengo un hombre que me penetre salvajemente y me llene de hijos. ¿Le molestan las mujeres pensantes, profesor? Tal vez tenga nostalgia de esos tiempos donde éramos unos artículos decorativos, sin valor. ¡Oh, perdón, señor Hoffman! Esas épocas dieron escritoras locas y dementes que fueron capaces de incendiar el mundo... ¡y es eso lo que usted debe enseñar!

Los estudiantes del curso de Literatura Inglesa hicieron un bufido de aprobación; el idiota necesitaba una buena paliza y Baker se la estaba dando.

El hombre estaba furioso, pero no podía amenazarla con la expulsión ¿cuál sería su argumento contra la señorita Baker? la chica era la estudiante más inteligente, más interesante y relevante de toda la escuela de artes.

—¡La clase terminó! —Hoffman recogió sus libros y salió como alma que lleva el diablo.

Los estudiantes estaban atónitos, pero ninguno se atrevió a hablar con ella, todos sabían que era inteligente y precoz, pero ¡diablos! la chica tenía espíritu rebelde y salvaje y eso, les dio miedo.

Salió del salón, quería tomarse un café, hacía más de un año quería hacer lo que hizo, Hoffman insultaba la inteligencia de todos. Se paraba frente a la clase como si fuera un dios omnipotente con derecho a aniquilar cualquier pensamiento que no se acoplara al de él. Ella no era de esas mujeres feministas al extremo, no, pues siempre creyó que ese feminismo radical era un machismo a la inversa, mujeres que parecían que lo único que les faltaba era un bigote, pero no permitiría que un idiota subestimara el talento y el genio de nadie ¿quién se creía?, ya tenía suficiente con el arrogante Russell para aguantar otro tipo con complejo de súper macho.

Caminó por las escaleras de NYU, cuando sintió que alguien la seguía.

—Vaya chica, tú sí que eres valiente —el muchacho la abordó sin más.

—¿Qué?

—Lo que hiciste allá adentro ¡Wow! —era un chico muy alto, extremadamente rubio y flaco— me llamo Peter Sullivan.

Se sonrojó, no estaba acostumbrada a que la abordaran de esa manera.

—Marilyn Baker —contestó de manera casi audible.

—Lo sé, chica de nombre tan sexy —le dio un leve codazo—. ¡Me fascinó lo que hiciste allá adentro! alguien debía darle una patada en el culo, perdona mi francés, a ese idiota.

—No fue nada.

—¿Nada? fue fantástico, todos deseábamos hacer lo mismo desde hace mucho tiempo, eres mi héroe, en serio.

Sonrió con timidez, estaba incómoda y aprensiva con el muchacho; pero él, parecía no darse cuenta.

—Todos adentro creemos que eres bárbara, pero siempre has sido tan callada que intimidas a todos, pero déjame decirte que cuando abres esa linda boca que tienes ¡eres tremenda!

Mae quería irse a tomar su café, no era buena con ese tipo de conversaciones donde ella era el centro de atención. Peter era todo ruido y movimiento y la mareaba.

—Te invito a tomar un trago, ¿ya eres mayor de edad? ¡No importa! ¿Café? ¡Vamos Mimí, gatita sexy! ¿Puedo llamarte así? suena muy chic, vamos linda, no muerdo.

—Tengo que madrugar.

—No seas así, conmigo no peligras ¿no has escuchado que el mejor amigo de una mujer es un gay? —Peter sonrió maliciosamente y le hizo un guiño travieso.

—¡Oh!

—¿Ves? a ti te falta algo que a mí me encanta, así que no hay peligro.

Fue así que se vio tomando café con la persona más graciosa y abierta que ella había conocido en su vida, en menos de media hora él le contó su vida. Era un niño rico, hijo de un general del ejército que soñaba con que su heredero usara uniforme, el susto de la familia se dio cuando el niño si soñaba con ir al ejército, pero a jugar con las armas de los soldados y no precisamente con las de fuego.

El padre lo echó de la casa, su madre amenazó con el divorcio y el escándalo, así que al final, su padre, con mucho esfuerzo, aceptó su estilo de vida, pero le dijo «ni estilista, ni asesor de imagen ¡eso sería demasiado!»

—Odio los estereotipos, Mae, soy el único homosexual que no ve E!

El chico estudiaba Bellas Artes, al igual que Marilyn, soñaba con ser un gran pintor, quería ser el próximo Jason Pollock de su generación, pero sin todo el drama del pintor.

—¡Cuéntame de ti! yo he hablado como una cotorra.

—¿Yo?

—¡Vamos! hablaste más en esa clase que en esta hora conmigo ¿Soy tan aburrido?

—No claro que no, Peter, es que no estoy acostumbrada a hablar con alguien de la universidad.

—Es hora que empieces, niña, aunque en verdad hay tontos allí, pero yo soy especial.

—¡Vaya ego que tienes!

—Dime, Mimí —Peter sonrió— ¿eres de Nueva York? no tienes acento de aquí.

—No, nací en un pequeño pueblo de Washington.

—¿Y?

—Nada, no tengo una vida espectacular, solo vine aquí a estudiar.

—Y en convertirte en la próxima Georgia O’Keeffe, aunque, no sé —el chico empequeñeció sus extraordinarios ojos color whisky— te veo más como escritora que pintora, tienes el don con la palabra, te he escuchado cuando intervienes en clase, vamos, no seas modesta, esa pasión que escondes es algo tremendo. Emily Brontë, la tenía, aquella solterona era temible ¿no crees? Heathcliff ¡tremendo animalazo! —ambos soltaron la carcajada— ¿trabajas?

—Ajá, es difícil mantenerse en Nueva York, tú sabes que los materiales y los libros son costosos.

—¿Dónde trabajas?

—En Russell Corp.

—¡No! tremenda compañía, ¿qué haces allí?

—Soy secretaria.

—No me digas que eres secretaria de ese adonis de Arden Russell —el chico lo dijo en tono de broma, pero los ojos serios de Marilyn la delataron— ¿en serio, chica? vaya, el tipo es irreal, ¿Cómo mantienes las bragas en su lugar? el hombre es un mito viviente, lo he visto varias veces, una vez en el Museo de Arte en una exposición de Chagal, te juro que nadie vio las pinturas por estar viéndolo a él ¡cosota deliciosa! te lo juro. Mimí, si no supiera que es asquerosamente heterosexual yo me le hubiera tirado encima; niña, eres una caja de sorpresas ¡Arden Russell! —lo nombró como si fuera una adolescente diciendo el nombre de su estrella favorita.

Si supieras que el tipo es odioso, malvado, grosero, orgulloso y si ¡qué diablos!... ¡Bellísimo!

El día de Acción Gracias toda la familia Russell se reunía en la enorme mansión a las afueras de ciudad. Todos a excepción de Arden, sonreían, como siempre, el hombre se sentía fuera de lugar, su madre trataba de hacer su estancia cómoda y que las fricciones con su padre no se hicieran tan evidentes frente a los demás. Henry estaba pendiente del juego de fútbol, Ashley de arrastrar a Mathew al desfile, en Manhattan, mientras que Jackie y Bianca de preparar el pavo y todas las tradiciones que la fecha conllevaba. Cameron trataba de mantener una conversación con Arden, pero él lo rehuía de manera diplomática, contestaba con monosílabos o simplemente desviaba la charla hacia todo que no fuera personal.

A veces, se permitía mirar de reojo a sus hermanos cuando se hacían arrumacos con sus cónyuges; no podía evitar la envidia y la incomodidad que sentía, tan solo se apartaba de todos y asumía la máscara de superioridad e indiferencia a la que los acostumbró. Pero, había algo que no podía evitar: Ashley revoloteando a su alrededor. Ella lo sorprendía con besos en la mejilla o con abrazos cariñosos, él sonreía —¿Ves, Arden? sonreír no te lastimará.

La hermana no podía evitar sentir que tras de esa fachada de hielo de su hermano se ocultaba algo más que sus padres sabían. Era la menor de la familia y todos, incluyendo a su esposo, la sobreprotegían, ella gritaba a todos los vientos que no le gustaba ser tratada como una muñequita de porcelana, que no había algo más lejano que eso pero, era inevitable, era la menor de los Russell y todos estaban pendientes de ella.

Arden, un hombre que se perdía tras los grandes cristales de una ventana, creía que la engañaba; pero no, ella sabía que a su hermano favorito lo amargaba una soledad infinita. Se acercó sonriendo, hacía más de dos horas se moría por preguntar, él la sintió detrás de su espalda.

—Vamos, Ashley, pregunta ya, me tienes mareado con tu revoloteo.

La chica tenía veinticinco y era tan alta como su hermano, pero cuando obtenía toda la atención de él, se volvía pequeña y hacía esos irresistibles pucheros que a todos demolía, como si fueran delicados castillos de arena.

—¿Ya la conociste?

—¿Qué?

—¡Si ya la conociste!

—¡Dios, Ashley! deja de hablar de manera tan críptica.

—¡Tú sabes que yo sé! Yo sé que una chica vendrá a tu vida. Un día decreté que Henry tendría una esposa maravillosa ¡y, mira! También decreté que yo tendría un príncipe y ¡helo aquí!

Arden la miró con ternura, su hermana pequeña y su mundo de fe

inquebrantable.

—Dime, brujilla loca ¿qué has ‘decretado’ para mí? —cruzó sus brazos para escuchar.

—He mandado al universo que el amor de tu vida llegue ya, pronto ¡ahora! Y tengo esa sensación.

—¿Qué sensación? —su rostro era duro.

—Creo que está cerca, esperando a que tú la descubras, ¿has conocido a una mujer últimamente? —sus ojos azules esperaban una respuesta afirmativa.

¡Ojala fuese así! ¡La necesito ya! ¡Estoy harto! Ashley, quisiera que fuese verdad, pero eso, definitivamente no es para mí.

—No, no he conocido a nadie.

—Pero, lo harás ¡lo harás! Estoy segura que ella está afuera, esperando por ti ¡ya verás!

Esa noche, esa maldita noche, volvió a soñar con ella, no lo hacía desde que tenía quince años, cuando Chanice llegó a su vida. Durante mucho tiempo creyó que ella era la mujer de los sueños de niño púber que tenía. Tiempo después descubrió que la chica de sus sueños no era Chanice y no volvió a soñar más. Por supuesto que no, él la había traicionado, se dejó llevar por una piel caliente que no era etérea ni dulce y sus susurros no eran melodiosos y suaves.

«—Sí, mi amor, así, así me gusta»

Ella le respiraba en su mejilla y sentía sus manos delicadas recorrer su pecho.

«—Tú, tú, dentro de mí, más, más... tan dentro de mí... sí, sí mi amor, lento... lento»

Podía sentirla toda alrededor de él, era delicioso, cálido, húmedo y apretado.

«—Arden, te amo ¡bésame!»

Su boca, su lengua, su sabor.

«— ¡Muérdeme! quiero tu boca en mí, sobre mí»

Era una tortura deliciosa, estaba dentro de ella, se movía con ella y quería morir en ella, la escuchaba gemir.

«—¡Fuerte, bebé! más, más profundo ¡te amo! Más... más»

¡Dios! sentía sus piernas atrapándolo, enroscada en él como si quisiera atraparlo por siempre. Sintió su peso y sus besos en el pecho; se movió con

ella en círculos, como si fueran uno, enloquecidos... locos.

Arden convulsionaba en su cama.

¡Qué no sea un sueño, por favor! Que no lo sea.

La humedad de su lengua lo recorría y llegó allí, donde toda su longitud ardía.

«—Por favor, hazlo, nena, hazlo para mí, todo para mí»

«—Lo que quieras, mi vida, todo para ti»

Se sentía tan agradable, tan cálido. Toda su boca sobre él, recorriéndolo, lamiendo, jugueteando.

«— ¡Tus sonidos! adoro tus sonidos, mi vida. ¡Grita para mí! soy tuya, mi amor, tuya, toda»

De nuevo, sus labios en él, era insoportable, quería demorarse, un poco, un poco, retardar esa sensación, sentirse en casa, pero el movimiento de ella era voraz y arrebatador.

«—Nena, nena, yo... yo... ¡oh Señor! esto es, es»

El orgasmo explotó como una bomba en su vientre. Arden se despertó asustado, había tenido el mejor orgasmo de su vida mientras soñaba. Su semen había mojado las sabanas, aún mantenía la erección y estaba todo pegoteado.

¡Si pudiera volver al sueño!

En estado de vigilia el olor de la mujer se perdía, la sensación de sus manos sobre él se alejaban, cada momento con ella en el sueño parecía perderse entre la bruma de la lucidez, su voz, su peso, sus palabras, el ligero te amo era como un eco que se alejaba.

Y el sueño, había regresado ¡Demonios! pero ahora era diferente, era más preciso en detalles, por lo tanto más agobiante, erótico y abrumador.

¿Y si Ashley tenía razón? ¿Si el maldito universo la estaba trayendo de vuelta? ¿Estás cerca? Dime que sí... dime que sí, te necesito ya ¡ahora!

¡Maldita sea!

Arden Keith Russell estaba actuando como una niña llorona, ¿desde cuándo el hombre de hierro se había vuelto un maricón de mierda?

Eres un idiota ¡deja de creer en cuentos estúpidos! Lo que necesitas es un buen polvo, el masturbarte de esa manera ha secado tu cerebro, lo que necesitas un coño bonito y suave.

Se paró de la cama, estaba desnudo y todavía erecto, miró su celular; todo se resolvería con solo oprimir un número, cientos de mujeres esperaban su llamada; a muchas de ellas, no las había visto en años, pero todas lo querían de vuelta y mantenían la esperanza.

La voz de Valery resonó como un maldito tambor en su cabeza: «Vas a volver, vas a volver»

—¡Nunca jamás, maldita puta! no voy a volver a sentirme así, ni contigo, ni con nadie más.

Tiró su celular a un lado. Aunque la abstinencia sexual era una cosa frustrante, la masturbación solitaria y melancólica era mejor opción que pasar de vagina en vagina sintiendo un asco casi suicida.

¡Mierda! ¿y si vuelvo a esas épocas donde yo era un idiota pollito romántico creyendo en esas mariconadas de amor eterno en unos brazos hechos solo para mí, en una boca que solo me bese a mí, en un coñito dulce que solo exista para mí?

Russell, no tengas esperanzas, para ti no hay nada de eso, nada, para ti solo existe: ¡fóllatelas y te largas!

Pero quiero, yo quiero... no follar, ni joder. Yo quiero hacer el amor.

¿Te escuchas, Russell? ¡Hacer el amor! ¿que completo y total cretino te has vuelto ¿quién dice eso en pleno siglo XXI?

Yo lo digo ¡yoo!

Tienes treinta dos años, eres un hombre, no una nena cursi cuyo color favorito es el rosa, entonces ¿qué quieres? ¿Masturbarte hasta que te salgan callos?

Ella está esperando por ti Arden ¡ya lo verás!

Y ¿si decidiera tener fe en Ashley?

Ashley Russell, curadora y marchand de arte, apenas conoció a su esposo en una exposición en Paris llamó a su madre y le dijo que había conocido al amor de su vida. A las dos semanas, comunicó que se iba a casar, que Mathew le había pedido matrimonio en los campos Elíseos, y que ella estaba muy feliz. A ningún miembro de la familia le sorprendió, conocían a la pequeña y sabían que nada iba a cambiarla, era una mujer de fe y de fuerte voluntad. Con el esposo, llegó la hermana melliza, Bianca e inmediatamente decretó que sería la esposa de su hermano Henry y, efectivamente, al año de matrimonio de ella con Mathew, todos celebraban los esponsales del hermano del medio, quien caminó por el pasillo de la iglesia con la sonrisa más ridícula de todas para encontrarse con aquella mujer de ojos negros y pelo cuervo, quien traía

consigo un pasado que solo el amor de Henry pudo contrarrestar.

«—Ella debe estar cerca, Arden, créeme»

Maldición ¿cuál era el afán? tenía el puto mundo a sus pies, dinero y poder ¿qué quería? la mitad de los hombres del planeta darían la vida por tener lo que él tenía ¿quería fidelidad? ¿Una casa? ¿Niños? ¿Pañales? Años atrás se vio en aquella disyuntiva y se sintió feliz ante la posibilidad, después se había vuelto un mal nacido cínico y escéptico sobre el amor esa idiotez no existe ¿cambiaría sexo caliente y sin compromiso por alguien a quien darle explicaciones? ¿Cambiaría diferentes geografías corporales, por una sola? ¿Cambiaría folladas violentas y peligrosas por actos de ternura?

«Vamos Russell, ¿tú en citas románticas, llevando flores, viendo películas estúpidas de chicas y comiendo palomitas de maíz un domingo en la tarde?, es asqueroso, es idiota... ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

En alguna parte de su alma, lo deseaba ¿acaso Tara le había quitado hasta la esperanza de amar a alguien?

Madre, tu sueño fue dejarme sin corazón pero, yo quiero amar a alguien. ¡No! la quiero a ella y si no la consigo, ¡qué el demonio me lleve! ¿Lo escuchas, madre? Puedes venir por mí cuando quieras.

New York en Navidad era un espectáculo, la nieve, las luces, toda la Quinta Avenida alumbrada con bombillos de colores, el espíritu navideño en pleno y Marilyn salió hacer las compras en compañía de su nueva mejor amiga: Peter Sullivan. Para Stella compraron un bolso; para Thomas, una recopilación de lujo de Nina Simone; para Suzanne, un perfume; para Rebecca, una caja de chocolates Godiva y para su padre, un bate de béisbol de colección que le costó una fortuna.

El sueldo de Russell Corp. era maravilloso y el bono navideño, aún mejor, así que decidió darse un gusto y exploró en su nueva obsesión: zapatos. Peter le hizo un tour por las mejores zapaterías, quería comprarse todos y cuando se decidió por unos Manolo Blahnik, le entró la culpa por gastar mucho dinero.

—¡Vamos Marilyn, date ese gusto! vistes de manera tan conservadora, dale un poco de color a tu vida. Además, piensa en ellos de manera práctica —un brillo de picardía se reflejó en sus ojos claros— cuando tengas novio, te puedes pasear desnuda en ellos y hacerle el amor salvajemente mientras que se los entierras en su espalda.

No supo que decir, ¿novio? estaba tan lejana de eso en su vida ¿sexo? ¡No! se negaba a la sexualidad, eso no era para ella.

—¡Qué cosas dices!

—¿Qué? ¡No me digas que eres una mojigata! peor aún... ¿virgen?

La mirada de ella lo dijo todo, ¡Dios! Peter se dio cuenta y emitió un pequeño grito.

—¿De verdad, gatita? ¡Oh lo siento, mucho! no, no por ser virgen, sino por lo de mojigata ¡En verdad, lo siento!

—No te preocupes, Peter.

—¿Estas esperando al príncipe azul?

—No, yo no creo en eso Peter —no, ya no— lo que pasa es...

—No me expliques nada, yo hubiera querido esperar para mi primero, el tipo era un bruto, vamos Mimí, ¡cómprate los zapatos! —cambió abruptamente el tema presintiendo lo incómodo que aquello era para la chica— ¡míralos! ellos te llaman ¡Marilyn, Marilyn, cómpranos! —Peter imitó una voz de ultratumba que en él se escuchaba graciosa— ¡escúchales!

Una sonrisa juguetona apareció en rostro de la chica.

—¡Sí! eso es, mi amiga y si no tienes novio, al menos los puedes lucir para ese jefe que tú tienes, Arden Dios del Olimpo Russell.

—¡Por Dios! ese hombre solo está pendiente de sí mismo.

—Bueno, Mimí, nada pierdes en intentar.

—¡Primero muerta!

Pero, la verdad es que trabajar en presidencia se le estaba haciendo tortuoso, era una experiencia casi irreal y muy erótica, no paraba de fantasear con ese hombre y cada día blindaba su cara con indiferencia y hasta un poco de insolencia para que nadie pudiera ver lo que le hacía a su cuerpo.

—¡Señorita M, más café!

—¡M, los papeles!

—M, ¿ya envió el correo?

—M, mande este informe a auditoria.

—M, dígame al señor Rothsteinberg que no puedo atenderlo hoy.

—¡M! ¡M! ¡M!

Una sola letra dicha por aquella voz burlona y profunda, en otro hubiese sido detestable pero, no en él ¡nunca en él!

—¡M, tócame!

—¡M, bésame!

Y lo peor era que en aquella retahíla donde la primera letra de su nombre parecía ser lo único que él sabía de ella, Arden Russell una vez al día, le decía Marilyn y ella, moría.

¡Tonta, tonta! Los príncipes azules no existen y si existieran, seguramente Arden Russell no sería uno de ellos.

La fiesta de Navidad de Russell Corp. se celebraba el último viernes antes de navidad, todos los trabajadores de la sede central se reunían en el salón de eventos de la empresa. Mae no había asistido los años anteriores, tampoco quería asistir esta vez, pero Susy le hizo ver que al trabajar ahora en presidencia no podía faltar.

—¿Te diviertes, linda?

—Es mucha gente.

—Ajá —Thomas extendió su brazo y señaló— la colmena en pleno.

—Viendo todas estas personas se ve todo el poder de esta familia.

—No es ni la mitad de los trabajadores.

Estaba lista para contestar cuando se percató que el murmullo del salón se silenció, siguió la mirada de Tom y se dio cuenta que la familia real había arribado, todos aplaudieron entusiasmados al verlos, Suzanne se le acercó con una copa de champagne en la mano y se la ofreció.

—Mira nena, ahí están todos. Ya conoces a Cameron Russell —lo señaló— el hombre más dulce del mundo.

—¡Oye, que te escucho, Suzanne Ford! —la voz tierna y burlona de su marido resonó detrás de su espalda.

—No me dejaste terminar, mi amor, más dulce del mundo, después de ti.

—Eso me parece mejor.

Ella lo besó en la mejilla.

—La mujer de cabello rojo y vestido verde claro, es su esposa Jackie, una mujer maravillosa, muy discreta. La rubia albina es Ashley, creo que la has visto varias veces en la oficina —Mae asintió afirmativamente— ¡es un huracán! Y la princesa, el amor de toda esa familia, el grandote...

—Henry.

—Sí y su esposa es la morena voluptuosa, se llama Bianca.

— ¡Qué hermosa es, por todos los cielos!

—Ten cuidado con ella, es temible y franca, nunca cae bien al principio; te lo dije, es «especial» y el joven moreno es Mathew, su hermano mellizo, esposo de Ashley. Bueno, y al guapo rubio ya lo conoces. ¡Ven, te los voy a presentar!

—No, no Suzanne, ¡por amor de Dios!

—Debes conocerlos linda tú serás mi reemplazo, es tu deber, ellos te necesitan.

Fue así como Suzanne la arrastró por todo el salón y la plantó frente a todos ellos.

¡Carajo! ¿Dónde me escondo?

—Señor, le presentó a la nueva secretaria —Cameron Russell se volteó, Mae quedó impactada por la belleza del hombre que la miraba con ojos simpáticos.

¡Con razón todos son tan bellos! este hombre es Adonis. Si Peter estuviera aquí, gritaría.

—Marilyn Baker ¿no es así?

Él sabe mi nombre sin siquiera conocerme, al asno de su hijo tuve que repetírselo varias veces y aún así me llama M.

—Sí, señor.

—Suzanne habla maravillas de ti, si tienes la confianza de esta mujer tienes la mía ¿ya conoces el resto de la familia? Jacqueline, cariño, ven, mira, ella es la nueva secretaria de Arden.

La matrona del clan alargó su mano acompañándola con una reluciente sonrisa.

—Mucho gusto, Jackie Russell.

No pudo evitar hacer comparaciones, la mujer era una belleza, pero no pudo reconocer ningún rastro de su hijo en ella, cosa que si hizo en los otros dos hijos, por ejemplo, el gesto risueño en la cara del grandulón y los ojos azules oscuros en Ashley.

Cameron continuó.

—Este es mi hijo Henry, ella es la nueva secretaria de tu hermano —el muchachote sonrió, como si la hubiera reconocido de aquel día en el ascensor, le dio la mano y sacudió a Mae con fuerza, ella sintió como si sus huesos cambiaran de lugar.

—¿Te he visto en la cueva! y en el ascensor —Henry llamó a su mujer— Bianca ¡mira la nueva víctima de mi hermano! —se acercó y le dijo al oído— es un dolor en el culo, pero es buen tipo, ¿cómo te llamas?

—Marilyn.

Estaba sofocada, toda esa presentación con toda esa gente impresionante la tenían abrumada. Bianca se quedó mirándola de arriba a abajo.

—¿Con que trabajas con el siniestro doctor muerte? —hizo un gesto dramático —, no sé si admirarte o tenerte lástima.

Finalmente fue presentada a Mathew, hermano de Bianca, ex marine y especialista en inteligencia militar, una de los pocas personas que el Señor de la Torre respetaba; iba del brazo de su esposa Ashley, quien se quedó mirándola de una manera extraña.

—¿No te conozco de algún lugar?

—No, que yo sepa —respondió, incómoda.

—Yo te he visto, pero no sé dónde ¿hace cuánto trabajas aquí?

—Dos años.

—¿Con Arden?

—Más de cuatro meses.

—Es extraño —dijo— voy, por lo menos, dos veces a la por semana y jamás te he visto, debes ser buena escondiéndote, Marilyn Baker.

Los ojos negros de Mathew cuestionaron la actitud invasiva de su esposa, pero ella lo ignoró y miró a su hermano que se recostaba contra una pared y bebía un trago de whisky, oculto entre toda la parafernalia.

—Tenle paciencia, en su interior es un hermoso gatito, repleto de amor, ya verás —le guiñó un ojo cómplice— no creas nada de lo que dicen, nada de que es un ogro terrible. Bueno, un poquito lo es, tuve que amenazarlo con convertirme en una loca obsesiva busca novia para el hermano solterón si no venía —se detuvo en la ropa de la chica y se le acercó al oído— te mandaré uniformes de tu talla. Este te queda realmente grande.

Mae se apartó, asintió con cabeza pero, no dijo nada, la familia real la intimidaba. Poco a poco se fue abstrayendo de la fiesta y se ocultó tras las enormes cortinas, allí de manera libre y sin que nadie la viera, miró al Dios de Hielo y se dio cuenta que apenas hablaba con su familia. Poco a poco como un gato silencioso se deslizó entre las cortinas hasta llegar a él y lo escuchó hablar con Mathew.

—Vamos amigo, no es tan malo.

—Tú sabes que no quiero estar aquí, todos ellos me detestan, vienen a rendirle honores a Cameron.

—Déjame decirte que la culpa es tuya.

—Gracias amigo, es todo lo que necesitaba escuchar.

—Pero es la verdad, todos ellos son buena gente.

—Yo no digo lo contrario, pero no soy el alma de la fiesta. Todos saben que soy el que manda, pero nada más, y eso es lo que quiero ser.

—Una figura de hielo en el poder.

—No, el que los mantiene con trabajo.

¡Arrogante! ¿Qué se cree? ¿Imprescindible?, al menos si se bajara un día de esa nube vería que cada una de esas personas que trabajan con él son mejores seres humanos de lo que podrá ser él algún día.

—¡Mae!

—¡Shitss, Rebecca!

—¿Qué? ¿De quién te escondes? —Mae señaló.

De la boca de Mathew escuchó su nombre ¿estaban hablando de ella?

—Me gustó tu nueva secretaria. Ashley, por alguna razón, está fascinada con ella.

—Ashley cree que todo el mundo es fascinante, incluso Marilyn Baker, que más bien parece una gárgola. Merlina Addams debería ser su nombre.

Rebecca escuchó el comentario sintiendo vergüenza ajena. Marilyn quiso llorar, finalmente entendía que el «M» con el cual la llamaba era de una burla terrible.

—¿Cómo puedes decir eso? Es una chica hermosa.

—¿Hermosa? ¿Chica? ¡Ja! la señorita Baker tiene la gracia de un gato mojado, es una secretaria, solo quiero que trabaje y que sea muda, el resto no me interesa. Que llegue a ser tan eficiente y discreta como Suzanne Ford es lo único que espero.

Rebecca la arrastró fuera de allí. Mae sonrió con tristeza. «Vieja gárgola», «Merlina»... «La gracia de un gatito mojado» ¿Podría ser más cruel?

—¡Maldito idiota! te juro que muero porque algún día alguien le de unas cucharadas de su propia medicina... quiero verlo rogando, ese día me sentaré

a observarlo y aplaudiré por el show.

Llegó a Aberdeen, un día antes de Navidad, su papá la esperaba con una enorme sonrisa en el aeropuerto y le dio un abrazo que casi la asfixia.

—¡Es bueno verte, Motita!

—Lo mismo, papá.

—¿Fue un largo viaje?

—No importa. Todo por estar con mi persona favorita en el mundo.

La casa estaba reluciente, con los muros recién pintados y alfombra nueva en la escala. Su cuarto seguía igual y, aunque por su cabeza se cruzó el recuerdo de Rocco, estaba en casa con su viejo y eso la hacía feliz.

—Papá, voy al supermercado a comprar lo que faltó para la cena ¿quieres que te traiga alguna cosa?

—Ese postre helado que comí en tu apartamento la última vez que fui.

—Ok, nos vemos más tarde.

No pudo evitar hacer comparaciones con New York, el supermercado era pequeño, y siempre lo atendía el señor Rice.

—¡Mae, tanto tiempo! ¿Dónde has estado?

—Trabajando, señor Rice —evitaba decir donde vivía.

—Bueno, me alegro verte.

—Gracias. Lo mismo.

Se fue a la zona de los vegetales y comenzó a buscar arándanos y fresas, cuando estaba buscando el encargo de su padre, escuchó que alguien le hablaba a sus espaldas.

—Vaya, vaya, vaya, Marilyn Baker ¡qué gusto me da verte!

La chica quedó paralizada, esa voz la remitía a aquel día, quiso gritar pero no pudo, volteó y toda la violencia vivida regreso a su memoria.

—¡Tú!

—Yo, querida ¿cómo estás?

¡Socorro!, el grito interior y desesperado de Mae en aquel supermercado le

hizo perder el aplomo que había ganado en todo este tiempo; nerviosa, dirigió su mirada hacia la puerta para intentar escapar, pero no, la única puerta del lugar estaba demasiado lejos y la enorme mujer que estaba frente a ella obstruía la posibilidad de escape. Lola Guzmán –enorme y peligrosa– fue parte del trío maldito que casi le quita la vida, en su miedo, la vio como era de adolecente: un marimacho. Cuando estaban en el instituto, Guzmán parecía más un enorme jugador de hockey que una chica, nunca fue parte de las populares de la escuela, todos le temían y nadie se metía con ella. Durante los años en que estuvo con Richard, Marilyn intentó ser su amiga, descubrió que era tímida y hasta dulce pero, cuando consumía drogas, era peligrosa; después de lo ocurrido esa noche, la simpatía que sintió por ella se convirtió en pánico. Ahora, apelaba a la única posibilidad viable: alzó la cabeza, fingió valor e insolencia para así poder enfrentarse cara a cara con su pasado.

—¿Cómo estás, Lola? ¿Aún vives?

—¿Y, que te parece? pensé que nunca te volveríamos a ver por aquí,

—Sorpresas te da la vida, Lo.

—Sabes que odio que me llames así. Lola, mi nombre es Lola ¿aún sigues creyéndote mejor que todos?

—Yo nunca me creí mejor que nadie y lo sabes.

Hubo un silencio entre las dos.

—Rocco está en la cárcel ¿lo sabías? ¡Claro que lo sabes! por eso estás tan tranquila caminando en el pueblo; después de aquella noche, no te volvimos a ver.

—¿Que querías? ¿Qué saliera para que alguno de ustedes me volviera a lastimar?

Guzmán bajó la cabeza, habían pasado tres años desde aquella noche de jueves y ahora estaba muy distinta a lo que fue; la marimacho de la adolescencia había dado a lugar a una mujer con aire tranquilo y de aspecto cuidado.

—Después de aquella noche, todo fue diferente para nosotros. Cuando saliste corriendo, dejaste un camino con tus gotas de sangre en el suelo. No quería que te hicieran daño, eras especial pero, yo veía todo entre las brumas de la heroína y Rocco nos dijo que te ibas a unir a la fiesta.

—¿Fiesta, Lola? Ustedes pretendían que yo consumiera y que tuviera sexo con él frente a todas —hablaba con rabia— ¿Y, Summer? ¿Qué hacía aquella noche allí? oh sí, me acuerdo.

La imagen de una Summer desnuda que se regodeaba frente a ella volvió otra vez a su memoria.

—Tú sabes que ellos tenían una relación enfermiza.

—Yo era la que sobraba, siempre estuve de más.

—No, tú eras diferente, él lo sabía, tú eras lo único puro que tenía en su vida, pero nunca se sintió lo suficiente. Para él, era más fácil arrastrarte a su mundo que seguirte al tuyo y para eso necesitaba hacerte adicta, quería que consumieras drogas igual que él. Él necesitaba humillarte, era su manera retorcida de decir que te amaba. Lo siento Mae, en realidad, lo siento. Ahora, cuando te vi, sentí mucho miedo, quería intimidarte, asustarte. Durante estos tres años, no hubo día en que no haya creído que venías por mí, para meterme a la cárcel.

—Te lo mereces y lo sabes.

—Lo sé, yo lo sé...

—Me salvaste de ellos, Lola —chocaron sus miradas, recordaron el brazo roto y sangrante— si no lo detienes, él me habría violado.

Las lágrimas comenzaron a salir de manera tímida; el señor Rice, que miraba de lejos, se preocupó.

—¿Todo bien, Mae?

Lola la miró con ojos suplicantes.

—Todo bien, señor Rice —se limpió las lágrimas— estoy hablando con una vieja amiga.

Rice la miró con desconfianza, pero después alzó sus hombros para sentarse de nuevo cerca de la caja registradora.

—Gracias, no lo merezco, lo que hicimos fue estúpido y malvado, cada noche me acuerdo de lo que hicimos —Lola guardó silencio— yo, yo...

—No digas nada, nada borrará lo que pasó.

—Si él hubiese abusado de ti, no me lo hubiera perdonado —hizo un alto para respirar profundo—. Dejé la droga ¿sabes? ahora tengo un esposo y un bebé, una nena —los ojos de la enorme y atemorizante chica se anegaron en lágrimas— ahora tengo familia, Mae. Ya no estoy sola.

No sabía que decir, esa chica le había hecho daño, creyó que era su amiga, pero no fue así ¿la protegió? quizás, evitó que Richard fuera tras ella, ¿merecía perdón? tal vez, nadie aquella noche salió impune de aquel lugar, su vida cambió, la de Richard empeoró, la de Lola fue repensada y ¿Summer?

—¿Summer?

—Nada fue igual con ellos desde entonces, esa noche lo perdió para siempre,

pero aún sigue tras él, siguen juntos, es algo retorcido.

—No entiendo.

—Él sigue obsesionado contigo, el que tú escaparas lo enloqueció más; por lo que yo sé, te sigue amando.

—Eso no es amor.

—Para él, sí —la miró con ojos de súplica— ¡no vuelvas a Aberdeen!, su familia lo sacará de prisión, siempre lo hace y si vuelves, terminará lo que comenzó esa noche, cada día está peor.

¡Dios! ¿Hasta cuándo tendré que estar huyendo? ¿Mi padre? ¿Mi ciudad? ¿Mi pasado? todo, todo tendré que dejarlo por ese error adolescente.

Quería correr de nuevo a Nueva York, las palabras de la chica la aturdían «Él sigue obsesionado contigo» ¿hasta cuándo tendría que pagar por lo que hizo con él? Estaba siendo un precio muy alto para una niña tonta obsesionada con amores de novela.

Lo conoció en una fiesta de la escuela cuando, escondido entre las gradas, fumaba un cigarrillo. Ella estaba escapando de Larry, que insistía en bailar con ella. ¡Dios, quizás yo quería violencia e inconscientemente la busqué! Larry era un buen chico, algo aburrido, pero buena gente, él me hubiera llevado al cine y habría sufrido mucho antes de tomarme la mano o besarme; pero no, yo y mi naturaleza romántica quería al bello y salvaje Richard. Tenía el cabello largo y suelto, sus ojos eran pícaros, sonreían junto con su boca cuando reía y centelleaban en la oscuridad si te miraba fijamente; complementaba su imagen de malo, un cigarrillo levemente sostenido en su boca «— ¡Oye, Baker! ese Larry te tiene en su mira, ¿no me digas que te escondes de él, niña perversa?»

El sonido de su voz, su actitud rebelde, sus vaqueros apretados, todo conformaba el arquetipo del sueño húmedo de una chica de dieciséis años. Era tan peligroso y provocador que inmediatamente se enamoró de él. No, no se enamoró; más bien, él incitó su naturaleza salvaje y trasgresora, y el ADN de su madre habló por ella. ¿Por qué no? todas las chicas de Aberdeen se morían por él, todas suspiraban cuando paseaba en su Porsche negro por la ciudad. Fue fácil atraerlo, lo miraba fijamente y lo retaba con palabras; lo hacía reír y batía sus pestañas. La niña linda de la ciudad se lo merecía y nada la detendría. Ella lo besó primero, fue un beso robado. En su plan de conquista, ella soltaba su cabello y le bailaba, se sintió poderosa cuando atrajo al zorro a su trampa. Pero, toda esa seducción no fue más que una farsa, cuando vio que lo tenía a sus pies, se asustó. Lo quiso y mucho, pero poco a poco, ella lo fue alejando y no se dio cuenta de la bomba que activó hasta que fue demasiado tarde.

Llegó a su casa y se enfrentó con su padre y como siempre, le ocultó lo que había ocurrido. Se sentía terriblemente culpable; pero no podía decirle esa verdad a su padre, menos en la noche de Navidad.

—¡El bate de Mickey Mantle!

—¿Te gusta?

—Es... ¡no tengo palabras!

—Es el bate con el cual batió su record.

—Debió costarte una fortuna, cariño —Stuart fue un jugador de béisbol frustrado, tener el bate de uno de sus héroes era algo grande, su Motita lo conocía bien.

—¡Naa! —miles de dólares, gracias a la prima navideña y a la astucia de Thomas quien le ayudó a buscarlo en internet.

—¿Te gusta tu regalo? es un poco tarde, pero espero que sea de enorme utilidad, nunca te pude dar un buen computador para tu escuela, y te llevaste esa carcacha vieja para Nueva York, toda una universitaria necesita un portátil de última generación.

—¡Me fascina! gracias, pa ¡es impresionante! —y la verdad que lo era, una Mac, muy costosa.

—Y práctico, todo lo que necesita la flamante secretaria de presidencia de Arden Russell, ¿es tan intimidante como dicen?

—Lo es, papá.

—¿Te trata bien? porque si no ¡dímelo! y lo tiro desde el último piso de su rascacielos.

—Es seco y cascarrabias, pero nada más aparte de ser un idiota redomado y egocéntrico.

La chica salió de la sala y cuando volvió traía un paquete envuelto en un riguroso papel gris adornado con una cinta de regalo.

—¿Y esto?

—Otro regalo para ti, pero no es de Navidad.

—¡Oh! ¿y de que podría ser?

—De mejor papá del mundo.

Estaba listo para responder cuando se dio cuenta lo que contenía el paquete, retrocedió. Sabía lo que contenía.

—Motita, esto... yo no puedo. ¡Cielos! ¿por qué?

En el paquete había una caja de doble seguridad que contenía una Walther de

aire comprimido para la alta competición.

—Porque es hora que rompas tu juramento. Ya eres juez, estoy más que orgullosa de ti y yo, tú lo puedes ver, ya puedo valerme por mí misma.

—Pero... —el regalo era tan inesperado que no lograba reaccionar.

—¡Acéptalo!, yo se que renunciaste a todo por estudiar y darme una buena vida, ya la tengo, pa, y no es justo que sigas postergando tu pasión por el tiro olímpico.

Arden, una vez más huyó de las celebraciones de su familia, decía que tenía un viaje, un negocio o alguna otra cosa, pero jamás asistía. Mandaba costosos regalos a cada uno, autos, joyas, tiquetes para lugares exóticos, esto le rompía el corazón a Jackie quien cada año rogaba para que el volviera a ser el niño feliz y tierno que tocaba para ella 'Blanca Navidad' en su cello. Nadie sabía que muchas veces se escondía en una cabaña a las afueras de la ciudad, donde tan solo se emborrachaba para no estar consciente de que afuera había quizás un mundo feliz del que él no era parte.

Y de nuevo en la ciudad y en el trabajo.

En el ascensor de presidencia, estaba su olor turbador y maravilloso como siempre. Mae se prometió que jamás Arden volvería a intimidarla, no temblaría por él como niña candorosa, no sería nunca la grotesca hermanastra esperando el baile prometido. Sería una máquina a su lado, contestaría con simples monosílabos, sería seca y déspota como él, seguramente esa era la relación que se esperaba de todos sus empleados, entre menos intimidad con todos estaba más cómodo.

No había nadie, solo ella y él en su oficina, su voz tronó tras el intercomunicador llamando a Suzanne.

—Ella no ha llegado, señor.

—¿Baker? venga acá.

Entró con café recién hecho. No dijo ni buenos días, no preguntó por nada, simplemente la embarcó en su trabajo, en ordenes, en correos, en archivos, en una hora metida en su oficina Mae estaba que estallaba, pero nunca hubo de parte de ambos un sí o un no. Solo era trabajo y más trabajo. Él nunca la miraba y la vez que lo hizo fue para hacer un comentario sobre su uniforme.

—Esa ropa le queda grande, M, da mala imagen.

—No se preocupe, señor, cuando usted entra en escena, nadie me ve.

Una mueca maligna se dibujó en su rostro.

—¿Me está usted halagando, señorita Baker?

Marilyn levantó su rostro, mientras que sus labios delineaban el gesto terco y retador de su madre.

—No señor, solo le digo de manera efectiva que mientras yo sea eficiente en el trabajo a usted no le debe importar como me queda la ropa.

Él la recorrió de arriba abajo y confirmó su apreciación, la mujer amargada tenía menos gracia que un gato mojado, el cuello delgado y esa mata de pelo tan rigurosamente trenzado acentuaban su aspecto de gárgola y le pareció perfecto que fuera una eficiente secretaria. La negación de Arden por ver a quien estaba enfrente determinaba su distanciamiento con los otros, era su manera de huir de cualquier intimidad, de reconocer a los demás.

Pasadas las diez de la mañana, apareció una mujer despampanante vestida con un traje de diseñador que deslumbró a todas.

—Por favor, díganle a Arden que estoy aquí.

¿Arden? ¡Vaya!

—¿De parte de?

—Rachel Foster, abogada, él sabe quien soy

Al instante fue pasada al despacho del jefe, todas se quedaron mirándola, la bella mujer era perfecta caminando sobre sus tacones.

Cuando Mae entró al despacho la vio sentada sobre el añoso escritorio en actitud de hembra al acecho; por primera vez vio como aquel hombre sonreía.

Está coqueteando con ella.

Su voz era diferente, hablaba como si tuvieran la intimidad de dos viejos amantes. Él parecía disfrutar de la coquetería descarada de aquella mujer.

Seguramente, está acostumbrado a que todas las mujeres se rindan a sus pies, ¡estúpido pavo real!

Pero, le pareció fascinante ver como cambiaba.

—¡Wow, que delicia de café! nunca he probado uno mejor, gracias ¿cómo te llamas?

—Marilyn Baker.

—Mmm —la mujer le sonrió con inocencia— ¿Cómo haces para aguantar a este hombre? ¡Es insufrible!

La respuesta fue una mueca tímida; la mujer era también simpática.

De una manera descarada, agarró el mechón rebelde, tomó un puñado del cabello salvaje y, sin pudor, se acercó peligrosamente a su cara.

—Es un animal difícil.

Arden se quedó quieto, pero ambas mujeres notaron su desagrado en el rostro; la abogada, frustrada, soltó su agarre, se paró del escritorio y adoptó una actitud profesional.

—¿Entonces, ya estás listo para el trato con la gente de Brasil?

—No, aún no.

—El proyecto comenzará a finales de octubre, mis clientes están incómodos por tu apatía.

—Sabes que odio que me presionen.

—No es presión, es un negocio que estas dilatando, capitales rusos y chinos están manifestando su interés.

—Mejor socio que yo no encontrarán.

—Mejor negocio que este, tú, tampoco.

—¡Eres un tiburón, preciosa!

—Pero, no me has dejado hincarte el diente.

Mae estaba incomoda, la última frase fue una clara alusión sexual, él guiñó un ojo a la abogada.

—Primero, debes probar los míos.

Se sofocó, era embarazoso estar ahí, se sentía en medio de un ritual de apareamiento y quiso salir corriendo.

—Preciosa, ¿puedes traerme más café? —Rachel sonrió y la miró con ojos curiosos.

¡No! ella no estaba para ser la que llevaba y traía el café y mucho menos a sus estúpidas amantes, pero no tuvo más remedio.

Rachel Foster estuvo casi una hora en la oficina, salió de ahí con una expresión nada halagüeña y apenas se despidió.

—Ha estado detrás de él por más de tres años y no ha podido —dijo Suzanne — es desesperante ver a una mujer que ruega por un hombre ¡es humillante!

Él no es indiferente, Susy, debiste ver como coqueteaba con ella.

A los pocos minutos estaba otra vez en la oficina.

—Llame a la mejor floristería de la ciudad.

—¿Señor?

—Lo que oyó, pida el más costoso arreglo de flores y mándelos a la oficina de Rachel Foster.

—Sí, señor.

—¡Ah! y ponga algo bonito en la tarjeta.

¿Qué? ahora también debo escribirle notas de amor.

—¿Qué le escribo señor?

—Usted debe saber, M, algo... ¡cualquier cosa! —y la despidió con el gesto de ausencia arrogante frente al telescopio.

Fue así que Marilyn se vio pidiendo las malditas flores y escribiendo en la tarjeta:

«Para alguien bella e inteligente,

que siempre sabe cómo hacerme reír.

Arden»

¿Qué más podía escribirle?« ¡Hey, nena! esta noche no te pongas las bragas». No, ¡qué situación tan grotesca y absurda!, ¿este va a ser mi trabajo?, ¿agendarle hasta sus citas de sexo?

Pero, días después fue peor, al despacho llegó un paquete en una bolsa de Versace, Hillary husmeó y contó a todas que era un vestido bordado en cristal, con un escote de vértigo y la que lo llevara puesto quedaría con sus senos al aire si se descuidaba. La tarea de Mae fue alistar el vestido para regalo, era para la abogada y llevaba una pequeña tarjeta decía: «Póntelo para esta noche,

no bragas»

Suzanne, qué equivocada estas, parece que el tiburón agarró a la presa. ¡Dios, cómo odio este trabajo!

El tiempo fluía en la ciudad, de una manera u otra todos parecían tener una vida, menos Mae, para ella el tiempo se había detenido en un trasegar monótono, se escondía día con día en los libros, en su disfraz de secretaria y

en su silencio. Veía a todos vivir su vida, Suzanne y Thomas trataban de sacarla de su ostracismo, su cumpleaños veintitrés fue toda una fiesta, mucho más con la incorporación de Peter como el payaso oficial, sin embargo no lograron hacerla más sociable.

Rebeca tenía novio nuevo, un chico llamado Craig del que todo el tiempo hablaba, Peter y su sentido del humor la hacían reír, pero nunca fue capaz de hacerla salir un sábado en la noche. Ella solamente se refugiaba en su apartamento donde se sentía apartada del mundo y a salvo. Deseaba tener la vida normal de una chica de su edad, pero se sentía atrapada de una manera que le era imposible escapar. Su amor propio estaba herido, se sentía relegada del mundo de la juventud. Nunca se creyó una mujer fea o poco atractiva, su madre se encargó, cuando empezó la difícil etapa de la adolescencia, de hacerle ver lo bonita que era: «¿Ves, bebito? eres bellísima, no tienes por qué ser rubia, alta o voluptuosa ¡esas son bellezas evidentes! lo que ves es lo que hay; en cambio, ¡mírate! tú estás llena de misterio. Tu cabello es hermoso, muchas matarían por tener ese volumen y la forma; tu piel es de porcelana, tienes el cuello y el porte de una bailarina de ballet, eres etérea, es difícil tener esa cualidad, hay algo de belleza inalcanzable en ti, eres como una hada.»

Esas palabras la acompañaron hasta Aberdeen y durante su época escolar, siempre fue la niña linda de la escuela, aunque jamás participó en el grupo de las niñas populares y eso le dio un estatus todavía más especial –como su madre predijo– y se hizo más inalcanzable. Mae tenía una cualidad exótica que todas querían emular. Mas, ahora, su cualidad de lejanía la relegaba de todo, hasta del simple hecho de disfrute de sí misma, así que toda su voluptuosidad la desbordó en dibujos, libros, escritos y, ¡los zapatos! En menos de cuatro meses se había comprado cinco pares, ellos simbolizaron la sobrevivencia del espíritu sensual que Richard, con sus palabras «estúpida mosca muerta ¡frígida! no eres nada ¡nada!», había mandado hasta lo más recóndito de su ser de hada, pero no había logrado aniquilar.

Desde que trabajaba con Arden, todo se había vuelto peor, no era tanto por él –que no la reconocía y, ni siquiera la trataba– sino por algo extraño y profundo que emanaba de su presencia y que para ella tenía mucha significancia. Era como si esperara su segunda oportunidad, no quería que su idea de romance se muriera en Richard, no. Emily y Charlotte Brontë, y la misma Jane Austen vivieron de la ilusión, eso las llevó a escribir lo que escribieron, pero Marilyn Baker, la chica que tenía alma sensible y estudiaba arte, no tenía eso. Un hombre arrogante, desde su trono de hielo, le cortaba las alas y sus sueños morían; con sus ojos verdes fríos y distantes parecía decirle «¡hey gárgola, no sueñes! tú no existes» y la reducía a una eficiente secretaria.

¿Qué la retenía? podía conseguir otro trabajo, otro que no le reportara el aislamiento y la desilusión del mundo que ahí sufría, pero, tenía una ventaja: la indiferencia de Arden Russell y la monotonía de su vida, le aseguraban una existencia lejos de la pasión y de todo el dolor que eso le trajo a su vida. Se sabía salvaje, sabía que era como el río Nilo y presentía que si no dominaba férreamente su naturaleza, en cualquier momento se saldría de su cauce y arrastraría a todos con ella. La conciencia de su poder la obligó a que no

traspasara la relación que tenía con Rocco, la personalidad insegura de su novio de secundaria no habría resistido la fuerza de su sexualidad volcánica... ella era salvaje y, tenía miedo de sí misma.

La muerte y su posibilidad de cambio llegó un día de mayo y se instaló en su casa, en su vida y en su trabajo. Un sábado, tres de la mañana, dormía, desde el sopor del sueño, escuchó el repicar del teléfono, se paró como un rayo de la cama. Siempre asoció el sonido del teléfono a esa hora con terribles noticias, cuando Aimé murió sonó a las cuatro de la mañana.

Tomó el teléfono.

—Hola. ¿Susy? ¿Qué pasa?

Algo parecido al llanto se escuchó desde el otro lado.

—Mae, cariño ven, por favor.

—¿Qué pasa Suzanne? ¡Dios mío, me asustas!

—Ven al hospital.

¡No!, ¡no!, ¡no!

—¿Tom?

—Se levantó como a la una de la mañana, me dijo que tenía sed, él nunca se levanta a esa hora, lo oí quejarse, después, hubo un estruendo en la cocina. Yo corrí lo más rápido posible ¡te lo juro Mae! —la mujer lloraba— yo corrí hacia él y no respiraba, le pedí que no me abandonará y él lo hizo, ¡lo hizo! No tenía derecho ¡maldito viejo estúpido! no tenía derecho ¿qué va a ser de mí?... me quiero morir, me quiero morir.

Mae escuchaba y lloraba con Suzanne al teléfono

¡Oh, Thomas! ayer escuchamos música mientras te esperaba para que saliéramos juntos, me hiciste reír, tú siempre me hacías reír, estabas tan emocionado, me contaste que finalmente habías comprado los tiquetes para la India, le ibas a dar la sorpresa a Suzanne, oh Thomas por amor de Dios que solo sea un sueño no estoy preparada, no aún ¡Thomas!

Trató de calmarse.

—¿En qué hospital estás?

—En el Presbiteriano, lo tienen en la morgue —la voz de Suzanne se quebró—. En la morgue, Mae. Hace tanto frío allí, ¡tanto frío! odia el frío. Mi amor odia el frío.

—Voy hacia allá, Suzanne. Yo arreglaré todo, cariño, no te preocupes, ya voy.

El dolor era insoportable, se sentó en las orillas de la cama e hizo el gesto preciso de abrazarse a sí misma para no fracturarse, se quedó allí, reteniendo el dolor, pero no era posible, un sonido ahogado salió de los más profundo y un grito desgarrador salió de su pecho y lloró... por su amigo, compañero, protector, lloró por su padre de Nueva York.

—¡Oh Thomas, no te vayas aún! ¡Por favor! ¡Por favor!... por favor.

Encontró a Suzanne sentada en una silla, hecha un ovillo. De aquella mujer elegante y bella ya no había nada, allí solo estaba una mujer vieja a la cual la mitad de su vida se la habían arrancado. Se llevaba las manos al pecho como símbolo inconsciente de que si el corazón de Thomas Ford había muerto el de ella, también.

El lunes fue de luto en toda la compañía, Susy parecía un zombi y no hablaba con nadie, fue Mae quien se encargó de todo, incluso, del funeral. Toda la familia Russell se presentó en el velatorio, llegaron en sus autos costosos y su equipo de seguridad.

—¡Ni una puta foto! ¡Ni un putito fotógrafo!

La voz de trueno de Arden se escuchó por sobre el sonido de los obturadores, uno que otro paparazzi siguió trabajando, tener a toda la familia real presente en un evento era inusual y había que retratarla. Entró al salón, y se fue directo donde Suzanne, no se separó de ella.

—¿Quieres tomar alguna cosa, Susy? ¿Te traigo café? ¡Come algo por amor de Dios! —su voz era diferente y parecía casi amable.

«Era un niño dulce cuando era pequeño, siempre amable y atento» le escuchó decir un día a la mujer. ¿Quién era ese hombre? en aquel momento tormentoso, el hombre de treinta y tres años parecía un muchacho dulce ofreciendo café, compañía y consuelo.

—Marilyn, sé que te encargaste todo, te lo agradezco. Suzanne fue mi secretaria durante años, cuando mi madre murió ella estuvo allí, siempre ha estado, es una de mis mejores amigas, mi familia y yo te lo agradecemos — esas fueron las palabras del patriarca.

—Gracias, señor —respondió ella de manera tímida.

—Ya es hora que me llames Cameron —sonrió de manera esplendorosa.

Su hijo jamás sonreía así.

Ashley la descolocó, a pesar del momento y las circunstancias, no se despegaba de ella y durante todo el día la bombardeó con preguntas muy inquisidoras.

—¿Tienes novio?

—¿Vives sola en Nueva York?

—¿Estudias?

—¿Está segura que no tienes novio?

—¿Cómo te va con el ogro de mi hermano?

—¿Te gusta tu trabajo?

Mae contestó con monosílabos, estaba incomoda, la chica se dio cuenta, sin embargo no se despegó de ella.

Stella estaba tan triste que fue difícil consolarla, Thomas y ella eran buenos amigos, estaban planeando una gran fiesta para la Navidad, ella le confesó que de alguna manera estuvo enamorada de él «no de manera romántica, Marilyn, tú sabes, pero él era encantador, era una fuerza maravillosa de la naturaleza, lo voy a extrañar ¿qué será de nosotros sin él?» Mae calló, sin Thomas nada sería igual ¿quién la iba a proteger ahora?

Arden ordenó a Susy descansar, pero ella tercamente volvió a la oficina.

—No quiero regresar a casa, ayer creí escuchar su voz tarareando una canción, simplemente no puedo, aún tengo la sensación de su barba en mi mejilla. Toda la casa huele a él y no soporto su ausencia.

Pero el trabajo compulsivo no mejoró el dolor, lo hizo más profundo. Mae veía a Suzanne consumirse, perdió más de diez libras en menos de un mes, a veces no se cambiaba la ropa y parecía no dormir. El luto era extenuante para todos en esa oficina; hasta la misma Hillary parecía sentir compasión. Poco a poco Marilyn fue tomando cada una de las responsabilidades de la secretaria principal, Arden no presionaba a su amiga y terminó apoyándose en la señorita Baker para todo su trabajo. Si ese hombre tenía sentimientos, fue para consolar a la señora Ford en esos duros momentos ¡Vaya, es humano después de todo!

Un día llamó a la mujer al despacho y allí se quedó con ella más de una hora, las otras secretarias no sabían lo que pasaba y miraban expectantes hacia la puerta, finalmente Susy salió, cogió todas sus cosas.

—Es hora de irme.

—¿No me digas que el maldito te despidió?

—No, Becca, no le digas maldito y no me despidió.

—¿Entonces?

—Solamente es hora de irme, me es imposible trabajar aquí, simplemente no

puedo, ya no.

Suzanne tenía una hermana y una sobrina en Miami, ellas la habían invitado una temporada, la terquedad de la mujer hizo que las rechazara varias veces, pero, cuando al fin comprendió que vivir en aquella casa, ir a la oficina o el mismo Nueva York era una lucha constante, decidió que era hora de partir.

Stella y Mae le ayudaron a empacar, cada una de las cosas de aquel matrimonio fueron guardadas en cajas, la labor fue melancólica y punzante.

—Veintisiete años de dicha metidas en esas cajas, no hubo días en que yo no lo amara, aún los días malos fueron buenos. Yo lo molesté con la maldita perdida del anillo y él se sintió tan culpable, le debí decir que eso me importaba un carajo, nuestro matrimonio no era un anillo, debí decirle que lo amaba más seguido, que me encantaba estar con él, que me hacía reír todo el tiempo, que el primer día que lo vi me quedé sin aliento —la mujer empezó a llorar.

—Thomas lo sabía, él lo sabía.

—Lo sé, pero a veces es bueno decir las cosas, es bueno escucharlas, Thomas me lo decía todo el tiempo, todo el tiempo. Era un tonto romántico.

Se sentó al lado de Suzanne y le tomó las manos.

—Fuiste afortunada en conocerlo, muy poca gente en este mundo conoce ese tipo de amor, muy poca. Han escritos libros y poemas sobre él, pero en realidad casi nadie lo conoce, tú fuiste una de esas pocas afortunadas.

—Sí, es verdad —la mano temblorosa de la viuda le acomodó un mechón de pelo que se había escapado de su trenza—. Mae, cuando conozcas ese tipo de amor, lucha por él y dile siempre que lo amas.

—No ¡yo no!

—Lo harás, estoy segura, cariño, eres alguien para ser adorada, Thomas siempre lo decía.

—«Antes de enamorarte, yo debo conocer a tu novio, de una mirada sabré si es bueno para ti»

La chica imitó la voz de un hombre y guiñó un ojo como lo hacía Tom. Susy le palmoteó suavemente su rodilla y sonrió triste.

—Cuando conozcas ese tipo de amor, linda, entrégate con cada fibra de tu cuerpo, que no quede espacio para nada más, cada minuto, segundo, será doloroso, pero amarás cada momento de éste, nunca serás más feliz y dilo, grítalo, es lo único que valdrá la pena.

Le dejó como regalo toda la colección de música, cosa que le provocó un ataque de llanto.

—Yo lo amaba y estoy tan agradecida con que estuviera en mi vida. Mi madre siempre dijo que encontrar un amigo era quizás lo más difícil, pero que sí lo hacías había que aferrarse a él, y yo lo hice, yo lo hice, Suzanne.

Se abrazó a la mujer y apoyó la cabeza en su pecho, Susy tocaba sus trenzas y entre lágrimas, trataba de calmarla.

—«La muerte no tendrá dominio» adoraba a Dylan Thomas —sollozaba— ¿con quién voy hablar ahora? ¿Quién será mi amigo? ¿Quién va a protegerme?

Antes de irse a Miami, le habló sobre Arden Russell.

—He sido egoísta, Marilyn. Prácticamente te obligué a que trabajas conmigo y sé que ha sido terrible para ti, es tu decisión quedarte con él, si sigues a su lado, serás su asistente personal, para eso te preparé durante este año, pero no quiero que estés contra tu voluntad; si lo haces, serás su mano derecha, manejarás su vida de una manera que él desconoce, si algún día Arden Russell llega a ser tu amigo, verás a alguien muy complejo, muy difícil, pero incondicional a ti, siempre contarás con él para todo, será asfixiante como amigo, exigente como jefe, demandante y autoritario, pero a la vez en sus buenos momentos podrás atisbar a un chiquillo tierno y juguetón ¿sabías que durante todo este mes ha venido casi todos los días a verme? hasta ha preparado sopa y té para mí. No es mi labor decirte que pasa o pasó en su vida, lo he amado desde que era un niño, Dios lo sabe, he estado ahí en momentos de su vida que... —la mujer se llevó una de sus manos a la cara— debes comprender que su carácter de animal rabioso tiene una buena razón de ser, ten paciencia, pero vuelvo y te repito: no es tu obligación, no lo es.

La abrazó y le dio besos en la mejilla, le dijo que las puertas de su casa en Miami estarían abiertas para ella, que la podía llamar a cualquier hora y que siempre, siempre sería su amiga.

—Mae, eres una luz, gracias por todo.

Ninguna de las dos vio que un auto negro estaba estacionado a las afueras del enorme JF Kennedy, desde lejos Arden Russell despedía a quien había sido su única amiga desde niño, era otra pérdida en su vida, una piedra más en la enorme montaña de pérdidas insondables que no podía controlar.

Ese día llovía en Nueva York y Marilyn Baker nunca se había sentido más sola en su vida. Odiaba sentirse vulnerable y a punto de llanto, ella era fuerte, era pura voluntad, pero ese día, ese día todo aquello que la sostenía se vino abajo. La lluvia caía y ella caminaba por Central Park, vio la estatua de Romeo y Julieta en medio del parque y la 80. En la escultura, ambos estaban a punto de un beso, un beso que parecía nunca llegar, un beso que presagiaba el deseo y la muerte. Se quedó mirándola por un largo rato, el sentimiento era tan abrumador que sintió como si todo explotará a su alrededor; de pronto escuchó un sonido, un sonido triste y pequeño. Mae se asustó, aquel pequeño sonido la llamaba, era un gatito, empezó a buscarlo y allí estaba, un gatito bebé, todo mojado y hambriento, era algo triste de ver.

—Hola bebé ¿tú también estas solo?, somos dos —el animalito ronroneó y la miró con ojos de miedo— no te asustes pequeñín, te llevaré a casa, te va a gustar ¿te gusta la leche? apuesto que sí.

Fue así como se lo llevó a su apartamento y le dio de comer, a los pocos minutos dormía placido sobre el sofá como niño recién nacido.

—¿Cómo te llamaré? —una sonrisa picarona se mostró en su rostro— seguramente Jane no se enojará, verdad ¿Darcy? me gusta ese nombre... Darcy.

«—Estoy ardiendo, te saboreo, te presiento en el aire.»

«— ¿Me sientes?»

«—Sí, estoy hambriento.»

«—Tócame más profundo ¡sí, así, por favor!... así me gusta, ¡cómo me gustas!»

«— ¡Mierda nena, es tan bueno!»

«— ¿Te gusta lo que ves?»

«— ¡Diablos, sí!»

«— ¿Te gusta mi olor?»

«— ¡Lo adoro!»

«— ¡Soy tuya, mi amor!»

«— ¡Córrete para mí! quiero verte ¡ahora! No quiero acabar primero.»

«— ¡Sí! ¡Sí!, ¡Oh Dios! te quiero dentro de mí, para siempre, para siempre”

«— ¡Dime tu nombre! ¡Dímelo! ¡Dímelo! quiero gritarlo.»

«—Ya lo sabes, baby... tú sabes que me llamo...”

Y de nuevo, despierto, sudando, odiando salir de aquel sueño, pues, de inmediato se iba su voz, su olor, su sabor... ¡todo!

Los sueños eran voraces y cada día se hacían peores. La última semana soñó con ella todos los días, nunca en su vida se masturbó de manera tan frenética, ni siquiera cuando era un chiquillo.

Me voy a volver loco, ¡maldición! Creo que ya lo estoy.

La mañana tampoco era fácil para Mae, ese día debía tomar posesión de su nuevo cargo, así que apenas llegó, cambió sus cosas al escritorio de Susy y se sentó, mentalizándose como la nueva secretaria personal del señor del castillo.

Estoy aquí, ya no hay vuelta atrás, por Tom y por Susy, voy a ser la mejor en este trabajo.

Rebecca le dio ánimos, estaba feliz por su amiga, no sentía envidia aunque frente a todos ella merecía más ese puesto que cualquiera; mas Becca sabía que ella no sería capaz de aguantarlo, en un día la mataría de nervios, mientras tanto Hillary sí que guardaba rencor, se quejó frente a Bianca quien de manera muy escueta le dijo que ni lo soñara « ¡Por favor, Hillary! apenas manejas una calculadora ¿y quieres ser su secretaria? ¡No sobrevivirías ni medio minuto!»

Llegó faltando cinco minutos para las ocho, tenía el cabello mojado y olía a champú, se veía cansado, pero tranquilo.

—Buenos días señorita Baker.

—Buenos días señor Russell.

—Venga a mi oficina y traiga ese café que usted prepara.

Entró a la cueva de aquel dragón con una taza de café en sus manos, no temblaba, caminaba segura; él estaba sentado en su escritorio, apoyaba los codos y los dedos de sus manos estaban entrelazados frente a su cara.

—Ahora somos solamente usted y yo, señorita Baker, usted y yo —lo dijo mirándola fijamente.

—Eso parece, señor Russell, solo usted y yo.

El primer mes de trabajo entre Arden y Marilyn, fue un desastre para ambos. Ella llegaba a casa jurándose que renunciaría al día siguiente porque no valía la pena trabajar con ese idiota, arrogante, estúpido, maldito, hermoso, sexy, insufrible, canalla millonario de mierda. Él la criticaba por todo.

—¡La carta está mal redactaba!

Solo porque usó sinónimos más precisos y no las palabras que a él le gustaban.

—M ¿por qué no llamó a Japón?

Claro que llamó seis veces, pero el señor Akechi estaba furioso porque el señor Russell no le devolvió la llamada una semana atrás.

—M, no he firmado las tarjetas de crédito de mi hermana, ¿tendría usted el favor de mandármelas?

Las había puesto sobre el escritorio hacía dos días pero él las cubrió con unos documentos, olvidando firmarlas.

¡Cabrón!

Arden entendía que ella hacía muy bien su trabajo pero extrañaba a Suzanne. Con ella podía hablar de cualquier cosa, sobre todo cosas que no estaban relacionadas con el trabajo; en cambio, con Merlina Addams no había posibilidad, era la mujer más seca, déspota y antipática que había conocido en su vida; lo único bueno de ella era su café y que no parecía importarle un pepino su vida personal. No entendía por qué Ashley estaba fascinada con ella, sí era eficiente y muy preocupada con sus cosas personales —cuentas, transacciones, citas médicas— pero no le veía dulzura ni belleza. Henry le dijo un día que cuando se aburriera de ella, él la recibiría con gusto. Cameron también contaba con la secretaria de su hijo, aunque no de manera frecuente, toda la familia dependía de Mae, de la misma manera como dependieron una vez de Suzanne Ford.

Poco a poco todo se fue normalizando entre ellos dos, es decir que ella sabía qué quería él en cuestión de trabajo y él contaba con ella, como se cuenta con un computador. Lo más decepcionante para ambos es que parecía ser la relación más profunda e íntima que los dos tenían en su vida; Mae y Arden estaban conscientes de eso y de una manera casi cósmica ambos pensaron que eran un par de idiotas patéticos.

Marilyn Baker supo que se adentraba al mundo de Arden Russell poco a poco y de manera silenciosa. En su agenda estaba toda la vida de cada uno de los miembros de la familia, desde lo más importante como médicos, y contadores, los estilistas, trabajadores personales, hasta tenía el nombre del veterinario de su perro y quien lo paseaba diariamente ¿Cómo era posible que ellos necesitaran tanta gente? Entendió que los ricos tenían un presupuesto que la gente de a pie jamás entendería. Tenía el número privado del celular y del hijo de la casa de su jefe, cosa que ni en esta ni en otra vida utilizaría, pero fue necesario por si algún imprevisto sucedía, también puso el de ella en el celular de Arden es decir su teléfono oficial como su secretaria, ni muerta le daría su número personal. Se vio siendo su sombra y su guardián. Pero, el ser la secretaria del Todopoderoso Russell era algo para lo que ella no estaba preparada, es decir psicológicamente.

Habló con multimillonarios, banqueros, políticos, hasta tuvo contacto con tres presidentes. Era aterrador. Casi se muere cuando la secretaria de Toni Morrison confirmó una cita con Cameron Russell para cenar en su casa.

«—¿Disculpe, Toni Morrison?»

«—Si señorita.»

«—¿La escritora de La Canción De Salomón? ¿La ganadora del Nobel? ¡Wow!

es fantástico, si claro que sí, se lo comunicaré ya mismo.»

Thomas, estarías orgulloso de mí, es verdad lo que me dijiste, por ti mantendré este trabajo, claro está hasta que el bobalicón ese me saque de quicio.

Todo ese mundo de poder absoluto la asustaba, para la niña que creció en un pueblo pequeño, era como ver a los dioses jugando un ajedrez intrincado y tremendo, donde el más astuto siempre ganaba; sí, y ella jugaba haciendo equipo con el rey de la partida.

A veces llegaba con la prepotencia a niveles del cielo, dispuesto a comerse a quien se le cruzaba, esos días pisaba más fuerte que de costumbre, su perfume era más intenso y disfrutaba asustar a todos con su arrogancia. Hillary era la más afectada de todas, no sabía cómo moverse o hablar, era gracioso ver como él la miraba, entre fastidio e indiferencia y daba la impresión que lo hacía solo para molestarla. Para esos días, Mae sabía que debía estar callada, servirle el café apenas entrara al despacho y esperar que él le diera los buenos días para comenzar a trabajar. Cuando llegaba taciturno y no salía de su oficina ni siquiera para almorzar, la chica formulaba todas las preguntas de trabajo de manera tal que las respuestas fueran monosilábicas, en esos días el hombre para quien trabajaba prácticamente no hablaba. Había días peores, sus ojos inyectados y sus ojeras eran mal presagio, se encerraba y permanecía callado como una roca, entonces la secretaria llamaba a la madre y a la hermana y solo volvía a respirar cuando las mujeres Russell lo sacaban para ir a almorzar.

Un día Hillary llegó con dos revistas la “Newsweek” y la “People”; en ambas él aparecía; en la primera lo nombraban el CEO más poderoso del país y en la segunda uno de los solteros más codiciados. Ambas coincidían en el poder, la inteligencia, el atractivo sexual y el total misterio de Arden Russell, ninguna logró una entrevista y mucho menos que alguien allegado a él hablara, las míticas cláusulas de confidencialidad a las que sometía a todo el personal que trabajaba en presidencia, eran tremendas y había un ejército de abogados especialmente dispuestos a destruir a quien se atreviera a apuntar hacia el divino rostro del Señor Corazón de Hojalata.

Todos comentaban que la editorial Proietti estaba tras él, pero que no había podido ni siquiera acercársele, además que toda la familia Russell tenía como aliados a la mejor editorial del país, la editorial Emerick, cuyo dueño era amigo personal de Cameron.

Al ver las revistas, solo hizo un gruñido de disgusto, odiaba verse en ese tipo de cosas, fotos, comentarios y especulaciones sobre su vida era lo que menos quería, todos de alguna manera queriéndose meter en sus entrañas. Era asqueroso, todos juzgándolo, inventando teorías, escudriñando su pasado. Le incomodaba su pasado; al menos, su padre se ocupó de callar todo de aquellos años de su vida, le hizo el favor de hacerse cargo de todos sus monstruos, aunque eso significó entregarle todas sus miserias.

Mae escapaba del aire cínico y despiadado de aquel lugar refugiándose en sus pinturas y libros, el ejercicio era su mejor terapia, por horas se hacía a la

ilusión que no volvería a ver aquel insufrible cabrón que jamás la miraba a la cara.

Darcy se convirtió en un gato bellísimo y gigantesco, además de posesivo y territorial con ella. Lo adoraba como un bebé, el animal llegó en el momento justo, cuando ella necesitaba entregar su amor, ternura y capacidad de cuidado a alguien. Stuart era otro de sus alicientes, hablaban casi todos los días. La cámara fue una gran idea, ya que a veces parecían compartir el mismo espacio.

Por otra parte, Peter alegraba sus noches con conversaciones picarescas y un tanto mórbidas de los mil y un novios que tenía, muchos de ellos imaginarios. Su real novio era un chef con quien llevaba más de tres años, el problema con Carlo era que el muchacho no se decidía a salir del closet frente a su familia de machos italianos, que lo único que deseaban era que se comportara como un semental y aportara con muchos hijos a la familia.

—¿Sobre qué será tú tesis, Mimí? todos la estamos esperando para ver cómo le pateas el culo a los arrogantes profesores de arte de NYU.

—No estoy muy segura —Marilyn suspiró, se había dado por vencida con las artes plásticas, era buena dibujando, pero era impaciente con ello, no como Peter quien era considerado un genio— pregunté si podía hacer una tesis sobre literatura, tengo que tomar dos cursos más y dirigir el trabajo de manera paralela hacia el arte y la palabra.

—No entiendo, Mimí.

—Puedo tomar un tema literario, pero debe estar dirigido a lo plástico, estoy pensando el arte, la palabra y el sexo como un todo, puedo tomar a mis escritoras favoritas y a la vez ir hacia los escultores y pintores del siglo XIX y hacer una comparación

—¡Wow, sexo! —Peter hizo un baile con las manos—, mi tema favorito, junto con el amor.

—Por ahora no te puedo explicar muy bien, pero creo que eso será.

—Me suena a algo maravilloso, estoy impaciente y hablando de sexo -mira lo sutil que soy-, ¿cómo vas con ese dios que tienes como jefe, señorita secretaria personal de Arden Russell?

—Voy.

—¡Dios, Marilyn! si yo fuera tú lo habría violado mil veces en su oficina, me pondría uno de esos zapatos maravillosos que has comprado y me le pararía desnuda frente a él y le diría: ordene usted, señor.

—¡Por favor, Peter!, es un imbécil.

—¡Qué importa! no te vas a casar con él, solo imagínalo como una experiencia

estética, sería una maravilla plástica follarse a ese tremendo macho, ¿te imaginas una noche viéndolo desnudo frente a ti?, y ¡qué si es un culo y un cerdo! Le tapas la boca con unas bragas negras y que el resto de su maravilloso cuerpo hable por él.

—Tienes una mente muy sucia.

—Vamos amiga, yo no soy el escritor aquí, tú eres la que tiene imaginación, ¿no te has imaginado alguna vez, por mero ejercicio, como será ese hombre y su boca, sus dedos, todo?

—No.

—¡Mientes!

—No, es tan insoportable que castra mi imaginación.

Como gesto de rabia y diversión Peter le sacó la lengua y cantó desafinado: el amor no es literatura sino se escribe en la piel. Ella lo miró con cara de extrañeza.

—¡Lo escuche de una canción en español!, Carlo me lo ha enseñado.

—Debes comportarte frente a Geoffrey y Dante.

—¿Por qué lo debo hacer?

—Arden, deja de hablar como un adolescente, compórtate como el presidente de esta compañía, Geoffrey es mi amigo, un socio muy importante, tus problemas con Dante estuvieron a punto de arruinar esa relación.

—Vamos, Cameron, Dante me odia como yo a él, ese es algo que nunca podremos subsanar, además estoy seguro que él fue el culpable de la fuga de información que tuvimos con Coleman, ¡fue su culpa!

—No lo sabemos, además el pobre muchacho es un editor de libros ¿qué tiene él que ver con nanotecnología e informática?

—Puede que él no sepa nada, pero con tal de arruinarme es capaz de hacer cualquier cosa.

—Arden, basta ya, lo que pasó, pasó, Chanice murió y parece que los mató a los dos, basta ya.

—¿Qué fue lo que pasó con quién? —en ese momento entró Henry, quien siempre se quedaba rezagado de toda conversación.

Geoffrey y Dante Emerick llegaron con sus abogados. El primero había sufrido un infarto cerebral hacia unos años del que se salvó milagrosamente,

pero le era difícil moverse, por eso su hijo mayor le ayudaba a caminar, sin embargo era un hombre sonriente y jovial, coqueteó con las secretarias mientras que el hijo –un gigante vikingo de ojos de hielo– escasamente saludó. Hillary hizo su acto de desabotonarse la camisa, el hombre –incómodo– ignoró a la descarada secretaria y siguió su camino con aires de disgusto.

Todos pasaron a la oficina.

—¿Viste el tamaño de ese hombre?

—Sí —contestó Mae parcamente.

—Dicen que odia a ya sabes quién, que se detestan, nadie sabe por qué, eran muy buenos amigos cuando niños, pero de un momento a otro pelearon y ahora se apuntan cuchillos con los ojos o mejor se disparan balas.

La voz del dragón retumbo por el intercomunicador como nunca ella lo había escuchado, todas saltaron. Llamaba a Marilyn.

—¡Demonios! ¿Es que solo sabe gritar?

Se paró con paciencia, respiró hondo y tarareó Born to be wild, su madre la acompañaba a sus pequeñas batallas contra aquel hombre, batalla que ambos tácitamente habían comenzado desde el mismo momento en que establecieron que no se soportaban, pero que se necesitaban.

El ambiente era tenso como para cortar con cuchillo, Mae se sentó rezagada de todos, pero pudo ver que efectivamente los dos rubios herederos se odiaban, parecían dos animales a punto de darse muerte. El padre de Dante habló.

—Cada día, Guido Catanzaro y su “Editorial Proietti” está tratando de ganar más terreno y eso no nos gusta, agrandó ese folletín “Secrets & Lies”, ¡pura porquería!, lastimosamente, eso es lo que la gente quiere leer: chismes de famosos, sexo vulgar y extraterrestres que dicen ser Jesucristo. Eso es algo que difícilmente podemos contrarrestar.

—Geoffrey, ustedes tienen la editorial más poderosa del país, grandes escritores publican allí, ganadores del Pulitzer, la calidad siempre gana a la vulgaridad.

—Eso era en nuestros tiempos amigo, ahora no es así, nadie quiere pensar.

—¿Qué sugieres?

—Quiero llegar a otros países, otros idiomas, Europa, Hispanoamérica, diversificarnos, pero es un negocio de gran envergadura y no contamos con el suficiente dinero para eso, ya sabes cuál es la propuesta.

—Yo digo que no —la voz del Dragón retumbo por toda la oficina.

—Es un buen negocio, hermano, a mí me parece —la voz de Henry surgió tímida entre todas.

—No, no lo es, vulgaridad es lo que quieren, eso dijiste Geoffrey, yo no voy a arriesgar casi tres billones de dólares en eso.

—Pero si en tecnología militar ¿no es así, Arden? —Dante habló, Mae vio sus manos tensarse y agarrar la silla—. Típico de ti matar gente.

—¡Cállense los dos! —la voz de Cameron se alzó antes de que su hijo mayor se levantara para golpear a su eterno enemigo—. Es un negocio arriesgado, eres mi amigo, hemos pasado por mucho ambos —se quedó mirando a los dos jóvenes—, si vamos a hacer esto, que sea paso por paso.

—Tú sabes, Cam, que es en solo calidad de préstamo, yo quiero ser el dueño de la editorial, Arden no te interesa tener más en que ocuparte, todo será devuelto en menos de diez años. Si no es así, la editorial será vuestra, esa es mi garantía.

—¡No!

—Dante, ya está decidido.

—¿Sin consultarme?

—Hijo, es lo mejor, si Catanzaro sigue como va, en menos de seis años tendremos que venderles a ellos esta compañía, y eso se hará sobre mi cadáver. Arden, considéralo, si quieres hablar en términos de dinero, esos tres billones de dólares, en doce años serán casi diez.

—Sí, Arden, ya que eres un mercenario, piénsalo ¿qué te importan a ti los libros y la poesía?

Frente a la provocación de Dante, Arden se paró dispuesto a romperle la cara pasando por alto los ojos suplicantes de su padre. Todos se quedaron petrificados, menos Mae que ya veía repetir el show con el que fue bautizada en su primer día de trabajo.

No, no, no, ¿acaso estamos en la época de las cavernas? por amor de Dios, ¡basta! ¡Basta ya! Marilyn no supo cómo, pero aquel pensamiento de basta, se materializó en su voz y gritó:

—¡Basta ya! estamos en una reunión de negocios no en un concurso de meadas.

De pronto todos se quedaron mirándola ¿Yo dije eso? ¿Yo dije eso? ¡estoy muerta! Una risotada muy fuerte salió de la garganta de Henry Russell, estaba aburrido hasta el cansancio, pero aquello fue lo mejor de la mañana. La risa fue contagiosa, todos reían, menos Arden quien la miraba con ganas de matarla.

Ella quiso minimizar el comentario con una sonrisa, mientras que el rubor teñía su rostro

“¡Qué hermosa chica!” pensó Dante ¿Qué hace trabajando con este idiota? apuesto que no ha sido capaz de valorarla, al igual que con Chanice, el gusto de él son putillas de tetas falsas, nunca aprecia lo que tiene enfrente. Es rara, parece hacer un esfuerzo monumental para ocultar lo hermosa que es, me gusta, es sexy de una manera diferente.

—¿Desean café?

—Claro, preciosa, tu café es maravilloso, vas a ver Geoffrey, es una delicia.

Mae salió despavorida de esa oficina, si él no la despedía ese día, no pasaría mucho. Temblaba como una hoja, su madre había hablado tras ese comentario. ¡Oh, mamá!, no era el momento para ser salvaje, no era el momento.

Volvió a la oficina acompañada de un chico de servicio que llevaba una gran bandeja con tazas de café servidas que ella fue acomodando mientras sentía la mirada de animal furioso de su jefe. Nerviosa, hizo un movimiento mal calculado y tropezó aparatosamente con la bandeja, la taza que quedaba salió volando para terminar estrellada contra el suelo. Se había enredado en la correa de un bolso que su jefe había dejado en el suelo.

—Esto sí que es un espectáculo digno de usted, M —ese fue su comentario. Nadie sale indemne si reta al Dragón de la Montaña. Dante, de inmediato se puso de pie y fue hasta ella.

—¿Se lastimó?

—No, más bien, yo lastimé la vajilla.

Por un segundo, la naturaleza chispeante de Marilyn Baker salió a flote, solo Dante como buen lector la entendió. Ella tan solo veía el rostro de Arden, su barbilla en tensión, emanando rabia y burla.

—Nada que no se pueda reemplazar —sonrió su salvador y ella pudo ver una hermosa fila de dientes blancos que iluminaban un muy atractivo rostro.

—Creo que no aprobé el curso “Como caminar por la oficina sin enredarse en las cosas que deja el jefe en el suelo” —dijo la chica con ironía y siguió con su trabajo.

Todo terminó, los Emerick obtuvieron la promesa que se pensaría el trato detenidamente; antes de irse y viendo la reacción de su hijo frente a su secretaria, Cameron le advirtió muy serio.

—Si la despides, yo iré a su casa y le rogaré que vuelva, es bueno ver que alguien en esta oficina tiene la cabeza bien puesta ¿qué te proponías?
¿Romperle la cara a Dante?

—Eso era lo que malditamente deseaba.

—¡No tienes control!, no eres razonable.

—No, no lo soy, si no fuera por ella yo habría sido muy feliz hoy.

—Y mi amistad con Geoffrey habría terminado definitivamente, no creas que no entiendo tus oscuras intenciones, te conozco demasiado bien, siempre esperando el más mínimo gesto para aniquilarlo, tu secretaria te salvo de no ir a la cárcel, de nuevo. Te advierto, si le tocas un pelo de esa chica, te arrepentirás.

¿Chica? ¿Qué chica? ¿Merlina Addams? Esa mujer de ropa estúpida ¿puede tener un sexo definido? ¡No! apuesto que es de esas mujeres que creen que el pene de un hombre es la comprobación de que somos animales involucionados.

—No me conoces tan bien padre, matar a Dante nunca sería una de mis culpas, su sangre sobre el suelo y diría que valió la pena vivir.

—¡Arden Keith! ¿No te cansas?

—¿No te cansas tú de intentar hacer de mi lo que no soy? Me fastidia tu fe en alguien que hace muchos años murió. Cuando salgas cierra la puerta —dio la vuelta fijando su visión en la ciudad sin importarle que su padre aún permaneciera en la oficina.

Henry se le acercó a Mae, parecía como si viera un héroe del deporte.

—Lo que dijiste allá adentro fue de antología, señorita Baker, no sé, presiento que esto va a ser el comienzo de una muy larga amistad —le guiñó un ojo— me gustan las chicas con agallas, mi Bianca encabeza la lista.

A principios de septiembre, Ashley acorraló a su hermano para que le dejara celebrar su cumpleaños, no hubo disculpas ni peros posibles.

—Si huyes, Arden, dejaré de llamarte mi hermano.

La chica se plantó frente a él, firme, sabiendo que ella jamás dejaba de cumplir sus promesas ¿hasta cuándo ella seguiría insistiendo en su fe por él? Ojalá pudiera arrancarse el maldito corazón y dejar de sentir que le debía a sus hermanos la fantasía de lo que Arden Russell no era.

Con recelo, Mae ayudó con los preparativos de la celebración, estaba aterrada, entendía que día con día se iba internando en el mundo íntimo de ese hombre pero, se negaba aceptarlo.

A las ocho de la mañana, llegó como siempre cuando la algarabía de toda su

familia lo sacó de su ensimismamiento, le cantaron el cumpleaños feliz y le regalaron tonterías ¿qué se le regala a un hombre que lo tiene todo? se preguntó Marilyn. Sin embargo, solo Jacqueline y Ashley sabían que no eran los regalos materiales los que de verdad importaban, le daban a Arden un poco de alegría y calor de hogar, pues desde hacía más de dieciséis años éste eligió la soledad y de ese mundo, nadie era capaz de traerlo.

Ashley lo quería de vuelta con todas sus fuerzas, con sus manos firmes estaba determinada a rescatarlo de allí.

—Gracias, Ashley, es un lindo gesto —dijo él de manera no muy convencida, no quería nada, solo quería emborracharse y dormir en su apartamento. No quería fiesta y alegría a su alrededor, no sabía cómo lidiar con ella, ni con la ternura, ni con el afecto de nadie. Ese era un peso que todos le imponían. Amaba a su familia más que cualquier cosa, pero simplemente le era imposible demostrarlo.

—Invita a alguien para que vaya contigo, no sé, tus secretarias.

—¿Para qué?

—Becca es tan dulce, aunque siempre vive atemorizada contigo, Hillary irá aunque no la invitemos y la señorita Baker, debes acostumbrarte a que ella ocupa el lugar de Suzanne, ella siempre tenía un regalo para ti. Apuesto que ella te llamará hoy.

—Suzanne es mi amiga, Baker es mi secretaria y así la quiero mantener.

En la noche, Jacqueline preparó su comida favorita, estaba deseosa de que el tocara el cello, pero como siempre se negó.

—No luches, cariño, no lo volverá a tocar —Cameron la consolaba.

—Puedo intentarlo.

—Simplemente, no quiere, déjalo así.

Se rezagó de la celebración, trataba de fingir algún entusiasmo pero estaba aburrido e irasible.

—Arden apaga las velas del pastel y pide un deseo.

—¿Qué?, ¡por amor de Dios, hermana!, no quiero pedir nada, yo no creo en nada de esto un día pedí por salvar una vida y ella murió, así que no.

—Si no lo haces, ¡te estrangulo, Russell!, ella se esforzó por hacerte esta fiesta, ten la decencia al menos de fingir —escuchó la voz de Mathew por detrás de su espalda.

Con desgano se acercó al pastel y sopló las velas, no pidió nada. De una manera u otra madre y hermana presintieron la sombra oscura de la

displícencia.

Estaba furioso. Ella no había vuelto a sus sueños, se acostumbró a ellos. Era casi feliz cuando la escuchaba reír, hablar en susurros, gemir. Sentía nostalgia cuando estaba despierto, si tan solo pudiera retener, el olor, el tacto y el sabor. Tan solo existía el concepto vacío de ella en su mente.

«Vuelve, regresa, un día, una noche, solo quiero eso, no pido más. Aunque sea tu sombra, aunque no existas en la realidad, me contento con tu imagen en mis sueños, no quiero este vacío, no deseo estas noches lejos de ti, estoy jodido ¡demente! anhelando soñar con algo que no es malditamente real, sueño como un niño con putos unicornios, estoy sediento, soy un idiota, estoy tan cansado, quiero descansar de todo, quiero descansar de mí. Si pudiera conocerte, soñar contigo se ha vuelto una pesadilla, no te tengo, pero es lo único que me das, vuelve, necesito la fiebre, necesito el ardor, quisiera tener de nuevo catorce años y sentir que soy humano, que puedo dar algo, que me puedo entregar a alguien, no a un sueño, no a una locura, quiero hablar contigo y que me contestes. Si soy yo quien produce estos sueños, por qué mi deseo de ellos no es suficiente para que tú regreses ¿Dónde diablos estás? por qué estas tan lejos y no me permites tocarte, ¡maldita sea mi mente! te odio porque no existes, solo soy un cretino aspirando a mirar el sol de frente, idiota, bastardo, iluso, ridículo, cursi ¿qué más soy yo? treinta y tres años y estoy hablando como una niña, si Arden, ¡cuidado! te va a crecer una vagina... ¿qué me queda? nada, noches solo, ocupándome de mi verga hambrienta y esperando dormir ¿puedo ser más patético? debería pagar una puta, taparle la cara y hacer que con voz fingida diga: hazlo, baby, ven por mí, adentro, profundo... sería repugnante, no serías tú, puta mente, puta, loca mente, mejor tómate un trago y trata de sobrevivir, es lo único que te queda».

Los días corrían, días de ansiedad, de hambre, días de enfrentarse con el concreto y con el acero, del amanecer hacia la noche tratando de encontrar la huella de un sueño, días de asco y días de furia, musicalidad de la soledad que susurraba en su oído y hacía que Arden Russell viviera saboreando el cobre de un revolver entre su boca.

—M.

—Señor.

Él no la miraba, como siempre, grandes ojeras púrpuras adornaban sus ojos, ¿acaso no ha dormido? La última semana ni siquiera era él. Arden asno, estúpido Russell, no estaba interesado en nada, no le había gritado a Rebecca, ni hizo ningún comentario terrible a Hillary, no comía bien, el almuerzo traído desde el más elegante restaurante de la ciudad se hacía basura en la noche. Se encerraba todo el día, no atendía llamadas de nadie; cuando le dijo no a su hermana Ashley, las alarmas de Mae se prendieron. ¿Qué te importa? ¿Qué te importa que no coma? ¿Qué te importa si no está durmiendo? Pero lo hacía, ese Arden no le gustaba, ese niño perdido era turbador e inquietante, era aquella imagen que Susy le había pintado un día: «Detrás de esa máscara de hierro, hay algo más, algo profundo, si alguna vez

él te muestra eso, calla, no le gusta que nadie mire esa parte, no le gusta que alguien sepa que hay un ser humano ahí, si se da cuenta que sabes, él te destrozará de un zarpazo, actúa igual, quizás algún día se sienta cómodo y te permita ver algo más.»

No, definitivamente ese Arden triste no le gustaba ¿Por qué? Porque de una manera que ella no entendía simpatizaba con él, ¡no! ¡No! ¡No! al día siguiente volvería a ser el maldito de siempre y ella estaría decepcionada por haber creído que él era más que una máquina.

—Arregle una maleta, compre unos tiquetes de avión para usted, reserve dos habitaciones en el hotel Venetian, nos vamos a Las Vegas.

Trató de no parecer asustada.

—¿Las Vegas, señor Russell?

—Hay una convención sobre nuevas tecnologías, necesito ir, usted irá conmigo.

—¿Es necesario, señor?

—¿Algún problema, Baker?

—No, ninguno, señor.

—¿Las Vegas? Carajo, Mimí, eso es fantástico —Peter gritaba en su apartamento.

Últimamente compartían grandes sesiones de películas cursis —las favoritas de su amigo, amante de actrices que parecían tan moralmente correctas pero que aburrían esperando el amor perfecto—, ella ya había tenido suficiente de Sandra Bullock y Julia Robert por el resto de su vida pero, a él le encantaban, y sobre todo, estaba la amistad que los unía.

—Grita más duro, Peter, en California no te escucharon.

—¿Vas a viajar con ese Apolo? ¿A Las Vegas?

—No, él viaja en su avión privado, yo me voy en comercial.

—Pero, en primera clase.

—Claro, él no permitiría que “su asistente personal” viaje en clase económica, eso no va con su imagen.

—Marilyn, te envidio, quiero ser tú.

—Por favor, Peter.

—No, nada, niña, vas a disfrutar, no me importa cómo, y vas a hacerlo por mí, saldrás, iras a los casinos, apostarás algún dinero, no mucho, pero lo importante es que lo intentes. Mimí, ¡vive!, ¡suéltate el cabello!, descubre la noche, saca esa gata que vive en tu interior ¿cómo es la teoría de la hermana fea de Cenicienta que me contaste una vez? ella quiere salir, dale la oportunidad. Mimí, ¡Literatura!, ¡Literatura! y es mucho más que una biblioteca. Por favor, llévate dos pares de tus hermosos zapatos, camina con ellos, dale la oportunidad a esa ninfa sexy de ojos pardos que escondes, sal a la multitud y deja que ella salude.

Mae sonreía frente a la dulzura de su amigo.

—Mírate, Peter, y después dices que soy yo la escritora.

—Estoy emocionado, vamos Mimí ¡Marilyn Baker! —Peter empezó a hacer aquella voz que él hacía para darle ánimos y empujarla a hacer cosas— vamos preciosa, ¿oyes? es la multitud que te aclama.

—¿Quién cuidara a Darcy?

—Carlo y yo —Darcy estaba agazapado en su cuartel general, es decir en el sofá, miraba a Peter con esa mirada siniestra y disconforme con que miran los gatos aquello que no les gusta—. Ese animal es un Oteló.

—Me ama.

—¡Dios, Mae!, está obsesionado contigo, tú provocas terribles pasiones.

Ambos soltaron la carcajada.

En la noche, Mae, frente a su maleta y sus zapatos eróticos, sintió la voz ronca, oscura y excitante de su sexualidad dormida metamorfoseada en una ninfa.

—Es hora, Marilyn, que me permitas ser. ¡Las Vegas! Permite que me vean, nena.

Tomar la decisión de viajar con Arden a Las Vegas fue la manera inconsciente de no renunciar al trabajo. A pesar de la promesa hecha a Suzanne y sobre todo a Tom de que aprovecharía cada cosa buena que ese trabajo le trajera, no era capaz de soportar la presión de estar allí, era como si cada día sentarse en ese escritorio, atender teléfonos, mensajes, leer papeles, estar pendiente de cada una de las miles de cosas que debía hacer la alejaban de su propósito inicial, el arte. Se sentía casi atrapada en un mundo burócrata y aislante. Al menos al principio tenía al matrimonio Ford, pero ninguno de ellos estaba ya, y Stella estaba demasiado ocupada con su trabajo y su hijo; además porque el puesto de ser asistente personal del Todopoderoso le daba a ella una sensación de incomunicación con los demás, seguramente Suzanne debía de sentir lo mismo.

Quería irse, huir, estaba ansiosa de correr, de caminar, de no tener horarios,

de dormir hasta tarde, de sentirse realmente libre. Veía a su madre, quien nunca pudo mantener un trabajo más de dos años, ya que cuando empezaba a sentirse atada a un lugar, huía, le aterraba sentirse estancada y confinada a una rutina. Ahora comprendía a su madre. Durante años llegó a juzgarla, pensó que esa naturaleza adolescente y libertaria de su madre había sido la culpable de que su matrimonio con Stuart no funcionara. Aimé tenía un espíritu demasiado amplio para estar en Aberdeen, sentada, esperando a que su marido llegara, a sus domingos de dominó y béisbol, no, su madre era anárquica e indomable y ella en ese momento la envidiaba. Ahora, se encontraba empacando y era como si estuviera guardando sus sueños, aplazándolos.

Las Vegas era una ciudad enorme, le encandilaron las luces de neón, todo parecía tan extravagante y vivaz. Quería disfrutar de estar allí, en algún momento se le escaparía al ogro y caminaría por la ciudad. Escuchaba a Peter detrás de su cabeza alentándola a salir ¡estoy aquí! ¿Por qué no? Estaba harta de ser tan tímida y esperar que en algún momento su oportunidad de ser un poquito loca se presentara, si la chica de diecisiete que un día fue la viera, seguramente le sacaría la lengua y le diría ¡vamos no seas miedosa! ¡La chica tonta que se esconde en extrañas ropas no eres tú! ¡Eres un hada!

Arden se hospedó en la suite presidencial, ella personalmente inspeccionó que el lugar fuera como él exigía, se sorprendió al descubrir que sus gustos eran simples, tan solo quería una buena cama, un buen baño con jacuzzi y una comida frugal. Sentada frente a él, debió anotar el millón de tareas que le asignó para hacer mientras estuviera en la ciudad.

—¿Es su primera vez en Las Vegas, Baker? —descargaba su maleta, sus guantes no estaban con él, hablaba distraído. Mae lo observaba atentamente, admiraba su rítmico y elegante movimiento por la habitación.

—Sí, señor.

—Es una ciudad ruidosa, me encandilan las luces, la algarabía es constante.

—¿No le gusta?

—No.

Era la primera conversación medio íntima que había tenido en casi un año de trabajo.

—No tenía que venir, señor, hubiera mandado a su hermano.

—Se sorprendería, M, las miles de cosas que no he querido hacer en mi vida y sin embargo las he hecho.

Dios está hablándome ¿qué digo?, eres estudiante de arte ¡lees! y te faltan palabras. No sabía que el mismo Arden estaba sorprendido con semejante confesión, últimamente su sistema de defensa estaba fallando y se encontraba a punto de decir cosas que no le había dicho a nadie, ¿pero a Baker? ¿Qué

demonios ocurría? Como siempre su coraza frente a todo lo salvó y el indiferente Señor de Hielo emergió de nuevo.

—Tenemos una reunión dentro de dos horas, la espero para que nos vayamos juntos ¿contrató el chofer y el auto que le pedí?

—Sí, señor.

—Bien, ahora déjeme solo.

El compartir el auto con él fue terrible, desde el ascensor, nunca había estado tan cerca, su olor en pleno la tenía turbada, su aislamiento del mundo la tenía intrigada, en ese momento su temperamento literario surgió de ella y de un momento a otro se preguntó ¿Por qué no eres feliz? ¿Por qué estás tan triste? ¡Carajo! ¡No! No sientas pesar, es un cabrón insoportable.

La reunión se extendió casi toda la mañana. Marilyn estaba agotada pero sorprendida, él manejaba todos los temas y argumentos, era bueno en todo, nada se le escapaba, era sorprendente; a pesar de que aquel hombre no le caía bien, admiraba su astucia e inteligencia.

Cuando el almuerzo llegó, él ni siquiera lo probó, parecía asqueado de todo. Una extraña sensación llegó al alma de Mae, quería consolarlo, tocar su cabello y hablarle “Hey, todo estará bien, de verdad, déjalo pasar” explicarle lo que su madre siempre le decía “Mi amor, el mundo es terrible a veces, parece que te ataca todo el tiempo, hay que dejar que el huracán pase por tu lado, cerrar los ojos, escuchar el sonido del viento y decir todo está bien, todo tiene una razón de ser, cada cosa violenta siempre trae un cambio, espera que llegue, casi siempre tras de éste viene una sorpresa, no te asustes, bebite, lo mejor está por venir, no hay que dejarse vencer”

¡Oh sí! ese día quería tocar su cabello y dejarse invadir por su olor. Todo el día sintió un extraño dejo de melancolía y ese hombre se la producía.

Eran las siete de la noche y Mae estaba sentada frente a su maleta, Peter gritaba en su cabeza vamos Mimí, vamos Mimí, sal, camina, disfruta, respira, la hermana de Cenicienta quiere bailar. Fue así que se vio frente al espejo, vestida con unos vaqueros ajustados, una camisa de satén rojo italiano, un collar de Aimé y sus bellísimos zapatos. Se soltó su cabello que le llegaba casi a la cintura ¿desde cuándo lo tengo tan largo? Sus rizos caían graciosamente y olía delicioso; hacía meses que no se maquillaba y lo hizo, no de manera escandalosa –cosa que le hubiera fascinado a su amigo Peter– pero, lo suficiente como para destacar sus ojos y la boca. Se veía hermosa. De nuevo vino a ella el ego de niña linda de su pueblo, nunca lo negó, no era hipócrita, era preciosa, se sentía magnífica. ¿Cómo era capaz de ocultarse tan bien en aquellos trajes raros de secretaria? Fácil, guardaba su belleza de manera consciente. No quería ser vista. Como un camaleón cambiaba de color, ella simplemente daba la orden a su cuerpo y una sombra de simpleza la cubría.

Pero ahora, era ella; Marilyn Baker, sexy, joven, de sangre francesa e hija de Aimé Gerard. Empacó quinientos dólares y salió a la aventura. Miró tímidamente los pasillos del hotel, caminó lentamente, pendiente de quien se

cruzara en su camino, entró al ascensor donde un hombre de mediana edad se quedó mirándola, Mae tuvo la impresión de que le estaba viendo el trasero, cuando salió de allí escuchó un chiflido.

—¡Nena, a eso llamo moverse bien!

Se sonrojó como nunca lo había hecho, quiso devolverse, pero de nuevo el pájaro carpintero de Peter le picoteó la cabeza « ¡no te atrevas, Marilyn Baker!»

El hotel Venetian era un sueño, la publicidad decía que no había necesidad de ir a la real Venecia, porque allí estaba todo; durante dos horas se entretuvo caminando por todo el lugar, en el recorrido, muchos hombres la miraron y para su sorpresa, no se sintió intimidada, hacia tanto tiempo no se sentía bella, ese concepto se le escapó en Aberdeen, que llamar la atención en Las Vegas —donde la validación dada por el mundo exterior se medía con los parámetros de la ex Miss Canadá esposa de Henry Russell— hizo que algo tremendamente femenino y vanidoso se removiera en su interior.

No era tan aventurera como para ir a los casinos y apostar, no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo, así que lo intentó con las maquinitas, donde perdió cincuenta dólares en menos de dos minutos, al instante se aburrió.

¿Qué haré? ¿Será que me atrevo? tengo veintitrés años y nunca he entrado en un bar, solo en aquella ocasión cuando con Richard ¡Dios! no pienses en él en este momento. Stuart me mataría, ¡qué emoción!, nunca me he emborrachado, con Rocco tomé algunas cervezas, pero nada elegante. Pediré un Martini como en una película de James Bond: Baker, Marilyn Baker. O, un margarita, ¡sí!, suena lindo.

Se sentó en la barra ¡Hurra! gritó una voz ronca en su interior, la ninfa que Peter reconoció en sus ojos pardos y profundos, apareció: ¡soy una chica grande! Se tomó un Martini seco, tosió, era demasiado fuerte y lo desechó, pidió un margarita y le pareció mejor. ¡Caray!, me voy a emborrachar. Un hombre viejo se le acercó y le dio una mirada lasciva, a ella no le gustó para nada, le pareció repugnante.

—¿Estás sola?

—No.

—Mientes, te he observado casi durante media hora y nadie está contigo —el hombre tocó su cabello— ¡que belleza!, ¿es natural?—el hombre lo llevó a su nariz y lo olfateó como si fuese un perro baboso, ella reaccionó y se puso lejos de su alcance.

—Mi novio me está esperando, no le gustará verme con otro.

—Vamos, no mientas.

Los ojos azules de aquel hombre la asustaron, le recordaron a los de Rocco.

Quiso pararse, pero el hombre la retuvo tomándola del brazo.

—No te hagas de rogar, que aunque no tengas apariencia de buscona, lo eres y de las peores, con ese aire de gran dama ¿Cuánto cobras?

—¿Qué? ¡No soy una prostituta!

—Deja a la chica tranquila, idiota, ¿acaso no escuchaste que no quiere irse contigo?

Mae conocía esa voz, volteó y allí lo vio, Arden Russell, enorme, borracho y violento.

—No te metas, imbécil.

—¿Quieres que te rompa la cara frente a todos? No durarás ni medio segundo.

Se veía peligroso, no tenía su ropa formal, llevaba unos vaqueros, una chaqueta y una simple camiseta de Gap. El hombre se alejó, la sola estatura de su contendor le pareció asustadora.

—¿Te hizo daño?

—No —pero, estoy aterrada, Arden Valiente Russell.

En medio segundo, los meses a su lado se condesaron en esa sensación que ella negaba: exaltación, deseo y calor en sus entrañas. El hechizo de tener ese magnífico ser a su lado, respirando su mismo aire...

Él le sonrió, su perfume se mezclaba con el olor dulzón del licor. Hacía más de dos horas se ocultaba en ese bar, bebiendo, estaba casi en los límites de la embriaguez. Había sido un día insoportable, fingir todo el tiempo, hubo un momento en que lo único que quería hacer era huir. Esperó la noche para salir a embotar los sentidos con el alcohol, cuando todo terminó se quitó su disfraz de Todopoderoso y se metió en el bar a beber como loco.

La vio llegar al bar, le pareció la chica más linda que había visto en su vida, sus cabellos flotaban, su cuerpo se contoneaba y tenía los zapatos más sexys que una mujer podía tener, parecía una muñequita de porcelana, inmediatamente se puso duro como la roca, hasta casi dolerle ¿hace cuánto no estabas excitado por una mujer? Le pareció una cosita maravillosa, con aire de niñez, delicadeza de movimientos y timidez; casi suelta una carcajada cuando la vio tomarse el trago, no sabe beber, es su primera vez. Cuando ella tosió y se sofocó por el Martini, le pareció gracioso verla tratar de disimular: miró a los lados y con sus manos delicadas se cepilló el cabello en un gesto que le pareció enloquecedor y erótico. Respiró y se tragó su deseo, el Arden que abordaba una mujer hasta casi tragársela viva no estaba allí, este era precavido, tenía la impresión que si se le acercaba y la tomaba, la quebraría en dos. Cuando el viejo se le acercó, no le gustó, era demasiado parecido a él, sin escrúpulos ni remordimientos y se asqueó al verse a sí mismo reflejado en aquel tipo. La chica no era una cualquiera, de eso estaba seguro. Cuando el

tipo la agarró del brazo, él vio el dolor y terror en su rostro, fue cuando decidió actuar.

Arden Keith Russell, borracho, era una bomba de tiempo y su instinto, en ese instante, le rogaba por una buena pelea y sexo rugiente. La pelea se la daría al maldito acosador y el sexo... ¡oh, sí! su esperanza estaba puesta en aquella hermosa niña de cabello ébano. Embriagado de alcohol y de ella, no podía ni respirar pensando en cómo sería ese cuerpo desnudo bajo el suyo, la imagen de una cascada negra, labios entre abiertos, senos bailando, mientras la follaba hasta la muerte, relampaguea en su cabeza.

¡Joder! ¡Estoy tan malditamente borracho y duro! Sin embargo el hombre se fue y la chica estaba paralizada. ¿Y si piensa que soy como él? No, yo soy peor. ¡Muy bien, Russell! es hora de que te portes como un caballero.

—No debes salir sola, a tu novio no le va a gustar.

—No hay novio, mentí.

Arden sonrió ladinamente. No hay novio. Si lo hubiera, tendría que golpearlo por dejar este bombón solo.

—¿Qué hace una chica linda tan sola en esta ciudad? —tímido, señaló el apartado donde como lobo se agazapaba. Las puntas de los dedos pringaban por la necesidad de rozarla mientras caminaba hasta la mesa, quizás posar sus manos en la parte baja de su espalda y convidarla a sentarse cerca, muy cerca.

—Trabajo —se sentó en el polo opuesto de la mesa, la mirada de él parecía monitorear hasta el mínimo movimiento.

No me reconoce, no sabe quién soy, está tan ebrio. Jamás antes me ha mirado a la cara, no a Merlina Addams.

—¿En que trabajas?

Miente Baker, miente.

—Trabajo para un CEO de Los Ángeles.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Algunas veces, mi jefe es un asno.

—Seguramente, un idiota que se cree el dueño del mundo.

—Lo has descrito a la perfección —no pudo evitar sonreír.

—Yo los conozco, no creas, no son tan inteligentes como parecen —se limpió las manos con su chaqueta, parecía un adolescente sudoroso frente a su primera cita, sin embargo no intentó darle la mano— Keith Spencer.

¿Keith Spencer?

—Celine Gerard —utilizó el segundo nombre de su madre.

—Bello nombre.

Me ha visto durante un año, un año y no me reconoce. Merlina Addams ¿se te hace conocido?

—Me tengo que ir, Keith, buenas noches —era la primera vez que lo llamaba por su nombre en su presencia.

Tan solitario se sentía, que escuchar la expresión de ese deseo, lo puso mal. ¡No! no podía dejarla ir, quería conversar; aunque se moría por tener sexo con ella, quería charlar.

—¡No! Por favor, no voy a intentar nada, ¡te lo prometo! Sí, discúlpame, estoy borracho, pero soy inofensivo; al menos, contigo lo seré, palabra de boy scout —le dio la sonrisa más hermosa y dulce del mundo.

Sonrió para mí. ¡Dios, el mundo se va a detener!

—Está bien.

En un movimiento rápido Arden acertó las distancias lo suficiente como para no asustarla.

—Hola nena —susurró en su oído y le guiñó un ojo.

Mae hipeó imperceptiblemente, atornillada en aquel asiento, prisionera del hombre más bello del mundo, se dio permiso para observarlo con libertad, disfrutarlo hasta que la magia desapareciera.

La charla empezó tímidamente.

—¿Hace cuánto llegaste a Las Vegas?

—Una semana.

—¿Te gusta la ciudad?

—Algo, las grandes ciudades son atemorizantes.

—Sí, lo son. Yo vivo en Nueva York y a veces es sofocante, mucho ruido y autos, a veces quisiera silencio.

¡Mierda! ¿qué estoy hablando? Mejor deja de beber, Russell.

—¿En que trabajas?

Gracias a Dios que no lee People.

—Yo soy como tu jefe, un idiota que piensa que es el dueño del mundo.

¿Yo dije eso?

¿Él dijo eso?

—¿No es bueno ser el patrón?

—Eso sonó como si yo fuera el jefe de la mafia. ¡Patrón!

—¿No lo disfrutas?

—A veces, lo odio —la furia traspasó sus palabras.

—Viajar, dinero, poder, mujeres.

—Llega un momento en que tienes eso por muchos años y te asqueas —se llevó el vaso de whiskey a la boca y bebió su contenido sin respirar, dándole a Marilyn una imagen tormentosa de él mismo.

Tengo frente a mí a este hombre, no me conoce y me está diciendo todo esto, debo estar soñando o, él está muy ebrio.

—Eres hermoso, si finalmente se lo dije ¿y qué? mañana no se acordará de nada eres hermoso, las chicas deben morir por ti.

—¿Crees que soy hermoso? gracias —estaba acostumbrado a oírlo, pero siempre eran palabras vacías cargadas de una carnalidad vulgar que no le gustaba, pero la chica lo piropeaba y eso le agradó— hace tiempo que no tengo una relación seria, no te rías, es verdad, te sorprendería que hoy día la relación más íntima que tengo es con mi secretaria y ella me odia.

No, no te odio. No me eres simpático, al menos, si fueras un poco más cálido, como ahora pero, eres frío como el hielo.

—Seguramente no te odia, apuesto que te portas como un tonto. Mi jefe lo hace todo el tiempo.

—¡No!, me detesta y no la culpo. Sí, efectivamente soy un idiota.

A la chica le incomodó la conversación, estaba siendo una tramposa; se irguió de su asiento y preparó su huida.

—Me tengo que ir.

—¿Dije algo malo? —él se paró al mismo tiempo, tambaleante.

A ella le pareció tan solo y vulnerable; tan alto, tan fuerte, tan bello, tan arrogante... tan triste.

—No, es que...

—¡Una hora! una sola hora. Acompáñame, parece que no he hablado con una persona real por años.

Los resquemores éticos no pudieron con la petición desesperada del hombre, Mae se volvió a acomodar en su silla y él sonrió lleno de niñez.

¡Dios! ¿Quién eres?

—Eres hermosa, apuesto a que estas acostumbrada a que te lo digan todos los días.

—No, nadie me lo dice.

—Pues, son unos estúpidos ciegos, yo te lo diría siempre.

Ella se sonrojó, tomó un mechón de su cabello y jugó, a modo de distracción.

—No hagas eso, nena, me vuelves loco —su mirada se detuvo en la boca roja —, quiero besarte hasta morir en tus labios, en la vena de tu cuello y en el resto de tu cuerpo. Deberías ser menos hermosa. Soy un jodido peligro para ti pero, déjame soñar que puedo besarte y tenerte desnuda por el resto de mi vida.

¡¿Qué dijo?!

—Estoy loco aquí, no quiero ser un patán, pero eres... ¡no hay palabras!

—Estás borracho.

—Como una cuba nena, pero no miento, te dije que no voy a intentar nada, pero no puedo mentir, me estas enloqueciendo —se acercó a ella— quiero ser un caballero, en verdad, pero me provocas cosas que no había sentido en mucho tiempo. Yo, yo no te voy a tocar, pero permíteme disfrutar un poquito, estoy hablando contigo, hablando con alguien en muchos años ¿sabes cuantos idiomas conozco? Seis ¡seis! Y nunca me he podido comunicar con nadie y estoy aquí —señaló ese espacio, pequeño espacio que los separaba entre su pecho y el de ella—, aquí, comunicándome contigo, borracho, idiota, diciéndote que estoy excitado como un niño de quince, no he podido quitarte los ojos de encima desde que te vi, tus zapatos son bellos y en ti son una obra de arte, tienes piel de porcelana, quiero acariciarla, tu cabello es glorioso, fantaseo meter mis manos entre ellos, tu boca es... ¡diablos! Estoy excitado y nervioso —Mae lo vio aspirar con fuerza, sintió que la tragaban por completo — y hueles tan exquisito, dame eso, Celine, dame eso, tiempo, minutos. Dame la amabilidad de los extraños, lo necesito, nada más ¡nada más!

¿Este es el Arden Russell del que me hablo Susy? ¿Este es?

—Ok —sonrió con ingenuidad.

—¡Sí! me gusta esa palabra, Celine, suena a gloria.

Hablaron de cosas intrascendentes, gustos por la comida, deportes, el clima, parecían dos chicos en su primera cita. La borrachera le hacía decir tonterías pero, algunas veces soltaba perlas sobre sí mismo que se perdía entre las brumas del alcohol, era como si no se diera cuenta.

—¿Has sentido que en medio de una multitud estás más solo que nunca?

—La gente miente todo el tiempo, parece que es la única manera de sobrevivir.

—Todos hablan y hablan, pero ninguno tiene una conversación, es demasiado atemorizante ¿sabes?... La intimidad de las palabras.

—Me gusta caminar, pero cada día lo hago menos, estoy atrapado en una oficina.

—Eres hermosa y escuchas, escuchas, eso es algo exótico para mí.

Marilyn no sabía que decir, lo miraba y sonreía con turbación. Estaba pendiente de todo: del movimiento nervioso de sus manos, del aire arrogante e infantil cuando sonreía, de cómo huía con la mirada después de desnudarla por completo con los ojos. Por un segundo, que fue todo, la ternura de un Arden desconocido emanó hacia ella.

—No bebas más.

—Chsss, no me regañes —posó su mano sobre su mejilla y se apoyó en ella—, hace muchos años que no me siento tan cómodo con alguien, tienes magia.

—¿Será que soy un hada?

Puso una cara graciosa y él rió.

—Cuéntame todo de ti, es tu oportunidad, mañana no recordaré nada. ¿Un secreto? ¿Un amor? ¿Tienes algún esqueleto guardado en tu armario?

Lentamente, Arden Russell la seducía con su oscura magia hipnótica. Mae estaba cayendo en la misma telaraña que había enloquecido a cientos de mujeres. Tuvo miedo, si era fascinante totalmente ebrio, no podía imaginarse cómo sería sobrio.

—Tengo muchos.

—¿Amores? —la miró directamente a los ojos—. Me siento celoso.

—Secretos.

—Todos los tenemos, los quiero saber todos, no debe haber secretos entre tú y yo, no esta noche.

—¿Me contarás los tuyos?

—Los míos son sucios y desagradables.

—¿Qué te hace pensar que los míos no lo son?

—Con esa cara de muñeca, debes ser pura como la nieve.

—No lo soy y me harta que todos crean que soy buena. Yo tengo mis mundos oscuros, fantasmas, monstruos rondando mi cabeza.

Ambos se quedaron mirando fijamente quiero tocarla, déjame tocarte, solo una vez. Con delicadeza se acercó y tocó su mano, la misma energía que saltó aquella vez en el ascensor volvía a aparecer.

—¿Lo sentiste? ¿Sentiste eso?

—Sí.

—Somos tú y yo.

Mae se levantó impulsivamente de la silla, la ninfa estaba aterrada y la hermanastra, excitada ¡oh, sí, querida princesa!, yo también puedo hacer que el príncipe desee mi toque.

—Adiós, fue un gusto conocerte.

Él se paró, pero el alcohol en su cuerpo le jugó una mala pasada y, después de trastabillar, terminó en el suelo. Sintió vergüenza de sí mismo.

—Soy un idiota, perdóname, nena, soy un bruto.

Lo vio allí en el suelo, frente a ella. Se veía tan tonto y bello.

—Vamos, Spencer, te llevaré a tu habitación.

—No, no, no responderé, nena bonita, eres una tentación para mí. Tal vez si te llevo allí, no querré que salgas jamás.

—Quizás pueda confiar en ti.

—No, no lo hagas, soy malvado.

La chica ignoró la advertencia y se las amañó para levantar a la enorme mole de músculos, él se entregó a su ayuda sin ninguna vergüenza y dejó que dispusiera de su humanidad: uno de sus brazos fue al hombro femenino y el otro, a la cintura. Ella lo agarró firme de la pretina del pantalón y lo obligó a caminar, en un gesto casi mecánico, el hombre apoyó su rostro en la mata de pelo oscuro este olor, yo conozco este olor y salieron del salón.

En el ascensor, se retiró un poco de ella mientras la observaba.

—Hay algo en ti, nena, que me no me permite dejar de verte, mis pupilas están tan llenas de tu presencia.

Ella no contestó, estaba concentrada en llegar pronto a la habitación, el hombre pesaba y le costaba mantener el equilibrio, la cercanía cuerpo a cuerpo era electrizante, su olor —que ni litros de alcohol lograban disimular— la sofocaba.

Aquel extraño abrazo que los fundía era demasiado para la niña que guardaba cuadernos y cuadernos de bosquejos del hombre ebrio que torpemente caminaba a su lado pero, guerrera como era, logró su cometido. La cama estaba muy lejana y los sentidos de Arden —obnubilados— lo enfrentan a un espejismo, intentó rozarle los labios con sus dedos pero ella logró alejarse, sin embargo él se soltó del agarre y sin más, estrelló su boca contra la de ella, sorprendiéndola está tratando de besarme ¡Dios!, ¡Dios!, ¡Dios! ¿Qué hago? La ninfa gruñó como loba, la hermanastra dio vueltas locas por el salón blanco con la lengua afuera, en furiosa venganza contra la insulsa de su hermana, la princesa. No pienses Mae, no pienses, él es hermoso, es hermoso... abrió su boca y dejó que deslizara la lengua intrusa en su paladar.

—Sabes delicioso —dijo él y volvió a atacarla, la aplastó contra la pared. El beso era mordelón, juguetón y obsceno.

¡Estúpidas princesas! ¿Con que este es el secreto? Besos que parecen sexo en la boca.

Dio gracias a Richard que le había enseñado el arte de besar, porque ella correspondió igual a aquel beso, las dos lenguas bailaban, la saliva se entremezclaba, segundo a segundo el beso se volvió salvaje

Estoy loca, me siento húmeda, mis bragas bailan, si no me voy de aquí terminaré desnuda en su cama.

—¡No! Déjame ir.

—Te lo dije, no te dejaré salir de aquí.

Aun así ella se soltó, pero él fue más fuerte, agarró su mano, pero no con violencia, era un agarre tierno e invitador, la llevó a la cama, se tumbó sobre su espalda, la arrastró con él y la besó, no pudo resistirse, su deseo, oculto por tantos meses explotó dentro de ella y fluyó; sin pensarlo, se sentó sobre su cintura, sintió su erección, la excitación fue tanta que su ropa interior quedó empapada del aceite lúbrico de su sexo. El beso era tan salvaje que debieron separarse para poder respirar, cada hálito del aire era doloroso, sus bocas se necesitaban como si de ello dependiera la vida. Él la tomó de sus cabellos y la miró a los ojos.

—¡Mierda, Porcelana! tu boca es un pecado, no me puedo imaginar cómo será encima de todo mi cuerpo. Creo que me voy a correr. Te quiero coger, te

quiero coger tan duro y no parar hasta que te olvides del mundo.

En la vida consciente y decente de toda mujer que un hombre diga eso suena chocante y vulgar. Pero cuando la perra interna emerge, son aquellas palabras las que encienden el fuego y ¡bum! sale la pantera. Marilyn era virgen, pero no inocente, sabía que aquella boca sucia era el preludio de algo glorioso y atómico que la llevaría a la gloria.

—¿Dónde quieres mi boca, Keith? —lo dijo.

Lo dije. Salvaje, el río Nilo ha salido de su cauce.

—En mí, sobre mí, alrededor de mí.

Carajo, ¿puede haber algo más bello que esto? Y él dijo eso ¿quiere mi boca sobre su...? ¡Oh, Alí Babá, este hombre sí que sabe decir ábrete sésamo!

Las manos de Arden estaban desesperadas.

¡Es ella!, ¡es ella!, es ella, ¡que no sea un sueño! Huele como ella, ahora lo sé, reconozco su olor, su tacto, su boca, puedo hasta sentir el perfume de su excitación, quiero mi lengua en su concha, deslizarme alrededor de su vulva, quiero estar dentro de ella. ¡Maldición! estoy tan borracho ¡maldito vodka!

Arrancó la blusa que estaba atrapada en la cinturilla del pantalón, la liberó, metió su mano y tocó su vientre ¡es tan suave!, tan suave... es ella, es ella Lentamente, fue hacia arriba, Mae se asustó

¿Hacia dónde quiere ir? Me está tocando, quiere ir hacia mi sostén, debo detenerlo. Lo odias, Marilyn. Está borracho, Marilyn. Mañana no se acordara de ti. No se acordará. ¿¡Quéééé!?

Era demasiado tarde, la había desnudado de la cintura para arriba y ella no se había dado cuenta, estaba demasiado embebida en esa boca loca. Empezó a tocar su pezón derecho y le dio un leve pellizco que la hizo gritar de placer, pero volvió a ser suave y con uno de sus dedos empezó hacer pequeños círculos alrededor de su aureola, y al mismo tiempo su lengua imitaba los mismos movimientos, suave, lento, volvió a pellizcar y a arremeter violento con su lengua, de nuevo círculos, lento suave.

Mi dulce, tonta, inocente hermanastra, antes de él no sabías. Inocentona y tonta ¡disfruta...! ¡Carajo! Eres una puta, quieres más duro, más fuerte. No, no, no. Mañana no se acordará de ti ¡Oh Dios!

Con la fuerza de su brazo la acercó más a su erección y empezaron a mecerse, la fricción era insoportable, iba a tener un orgasmo con la ropa puesta y Arden ni siquiera estaba desnudo. Estaba sudando, gimiendo en su boca, armonizando con los sonidos hermosos que de él salían. Aliento. Saliva. Besos feroces. Estaba perdiendo el sentido, como un acto final de sobrevivencia imitó su beso copulador y con rebeldía, su lengua serpiente lo enfrentó de igual a igual en la boca. Un segundo más y sería su muerte.

«No eres mujer, eres una mosca muerta. Eres insignificante. ¡Él está borracho, frígida idiota! Solo borracho se fijó en ti. Para él, tú no existes. Para él eres Merlina ‘gárgola’ Addams»

Fue como si una fuerza la jalara desde atrás y la metiera en una ducha fría. Se alejó cubriendo se pecho desnudo.

—¿Qué estoy haciendo?!

—¡No, no, no! Vuelve...estoy ¡diablos! ¡Diablos! —no podía pararse, el alcohol había ganado a pesar de su erección furiosa. Frustrado, recostó su cabeza sobre la almohada— no te vayas, no te vayas... demasiado bueno para ser real —su respiración se fue volviendo más pausada y regular— no eres real, te vas, ya te vas. No te vayas, te ne.ce.si.to. Nena, yo... —y se quedó dormido.

Mae lo observaba y se observaba, comenzó a vestirse. Saboreó su boca, nunca había sido besada de esa manera, tocada de esa forma, su corazón palpitaba a millón al igual que su sexo, estaba caliente, húmeda y triste. Se miró al espejo, tenía los labios hinchados, su cabello era un caos, sus mejillas estaban rojas y sus pezones erectos.

¡Malditos zapatos! ¡Estúpido cabello! ¡Mierda río Nilo! ¡Idiotas príncipes con bocas tan follables! ¡Cretina niña, leyendo historias de amor y dibujando corazones!

Ignorante de la batalla interna que la chica tenía, el causante de todo, dormía pacífico y profundo, ya no era ese hombre arrogante y bestial que le había hecho la vida imposible durante esos meses, no, era un niño que dormía agotado, fieramente aferrado a la almohada. Se le acercó una última vez, el hombre que estuvo a punto de darle un orgasmo dormía su borrachera, una vez más respiró su aliento dulzón y anisado —él se agitó, dijo algo ininteligible y volvió al sueño—, le arregló un mechón de su cabello, le dio un beso fantasma y se fue.

En su habitación, todavía palpitante, se desnudó y se metió a la ducha fría pensando en que mañana —sí, mañana— volvería a colocarse su otra piel, acallaría la voz lobuna de su sexualidad explosiva y todo volvería al punto inicial: él no sabría que ella existía. ‘Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas’ Él no volvería a tocarla, ¡nada!, ni su piel, ni su boca, ni su alma; tampoco, le daría su sonrisa, esa que hizo eco en su mente y en su corazón cada vez que rió. No. Una voluntad dañada en los bosques de Aberdeen le perfilaba su mapa mental: si Arden era peligroso, ahora, ella, despierta, quizás lo era aún más.

El agua se confundía con sus lágrimas. La ninfa y la hermanastra se ocultaban en un calabozo mientras que la multitud las abucheaba.

¡Tonta, tonta!, nunca un hombre como Arden Russell se fijaría en ti, ¿Aún crees que eres digna de una pasión romántica? ¡Despierta, niña! ¡Despierta y dibuja manzanas!

A la mañana siguiente, un ciclón con apariencia de hombre buscaba por todo el hotel. Ella fue real, fue real ¿Dónde demonios estas?

Capítulo III

El Tirano & La Rebelde

Las semanas posteriores habían sido para Arden y para Marilyn un verdadero infierno, ambos –hundidos entre el deseo y la desolación– trataban de entender lo que les había pasado.

Ella soñaba con él, con su boca, con sus dedos tocándola, con la dureza de su cuerpo caliente contra ella. ¿Eso era el deseo? se preguntaba, porque con Richard nunca fue así y entendió por qué nunca fue capaz de tener sexo con él. Rocco, en los dos años que fueron novios, jamás le había producido el hambre voraz y sin control que su jefe le producía, y lo odiaba con todas las fuerzas. En su rebeldía de niña que decidió que un hombre violento jamás volvería a regir su vida, se deshacía en juramentos cada vez que despertaba agitada de sus pesadillas húmedas.

—¡No tienes derecho, Arden Russell! ¡No lo tienes! ¡Tú no puedes invadir mis noches de semejante manera!

Para calmarse –eso decía ella–, tomaba su cuaderno y esbozaba por milésima vez su cara, si eso no bastaba, tomaba la guitarra y tocaba la canción melancólica que le escribía. Ese hombre insufrible y bello la tenía fuera de control, tanto que una de las noches, en medio de la locura del deseo, pensó en seducirlo, en soltar su cabello, quitarse el disfraz y sin más ni más, entrar en la oficina y gritarle ¡cógeme!, ¡fóllame contra el piso!

—¡Dios, eso no es digno de la hija del juez Stuart Baker!

Claro que no era digno, sin embargo, sus controles mentales eran vencidos y soñaba con él despierta y dormida, eran sueños perturbadores y voraces, quería morderlo, agarrar su cabello, besarlo desesperadamente por todo el cuerpo, hacer cosas que en su vida nunca se hubiera imaginado hacer con un hombre. En su delirio, se vio frente a su ropa decidiendo qué se pondría para rogarle a ese hombre que terminara con lo que empezó en Las Vegas. Atacarlo y seducirlo, ponerle sus tacones puntilla en el pecho y pedirle que le hiciera todo el sexo prometido, pero su valentía duraba hasta que las palabras de Richard «frígida, mosca muerta» retumbaban en sus oídos.

Esas palabras tenían mucho más fuerza que todo su acervo moral y las tenía grabadas a fuego. Nunca sería mujer para un hombre como Arden, no, no a él le gustaban más mujeres, más bellas, más sofisticadas... más expertas.

—Tonta, tonta. Mae ¿qué le puede ofrecer una virgen a un hombre como ese? ¿Miedos? ¿Inseguridades? ¿Incomodidad? ¡Ja!

Y ella pensando en seducirlo. Sí, estaba bien, tenía más conocimiento teórico que cualquier mujer en el mundo sobre el sexo, desde los libros más desgarradores y obscenos hasta los más eruditos, lo había leído todo ¿y qué? ¿Qué haría ella al ver el pene erecto de un hombre frente a ella? No estaba pensando en cualquiera, ella pensaba en Arden Russell, desnudo y erecto, hermoso y potente, pensaba en la verga del hombre más impresionante del mundo.

Aquel día terrible vio a Richard desnudo frente a ella, pero el pánico vivido distorsionó su concepto, pero ¿ahora? hasta se lo imaginaba en su boca.

—¡No es sano estar así, Marilyn! ¿Quién eres? ¿Desde cuándo sueñas con chupar la polla de un hombre? ¡Dios, mujer! ¿Polla? ¿Desde cuándo llamas así al órgano copulador masculino?

Este hombre la enfrentaba con sus complejos, con sus miedos, con su torpeza:

—Estoy más cercana a una gimnasta olímpica que a un ángel de Victoria Secret's —se decía, mirándose al espejo—, y este cabello ¡tan negro y salvaje! Y, tenemos que agregar esto de ser virgen y estúpida.

La ninfa y la hermanastra, esas identidades eróticas creadas por su mente, la acosaban, ellas estaban dispuestas —una más que otra— a arrastrarla hacia él y pedirle que la hiciera su esclava y, aunque discutían en la forma, ambas serían felices viéndola cumplir el papel de sumisa frente aquel dios. Pero entonces, ¿qué pasaría después? Marilyn lo sabía: lo amaría, lo amaría hasta perder la cabeza.

—Mamá, ¿por qué no me hiciste una cínica? Sería más fácil, me acostaría con un hombre y al otro día, lo dejaría sin siquiera una nota de despedida.

Pero ella no era así, era demasiado sentimental, idealista, amorosa y sexual para permitir que aquel que penetrara su cuerpo, no fuera uno con ella, no solo en cuerpo sino en espíritu. Entonces, la hermanastra —la que siempre creía que nada era para ella— hizo estúpidas preguntas:

¿Y si él quiere? ¿Si el príncipe desea cogerte contra la pared y hacer que olvides el mundo? ¿Qué harías, Marilyn Baker? ¿Esperar un anillo de bodas? ¿Todo el decorado? ¿La música de Strauss como banda sonora? ¡Despierta!

—Sí, despierto.

Pero, la hermanastra canalla siguió en su cabeza.

¿Dejarías pasar el tocar el cielo con las manos tan solo para cumplir tus sueños románticos de mujer del siglo XIX?

—¡Ahgg! ¡¿En qué quedamos?!

Ellos... esos hombres, no son para ti, pero una noche, una noche con él dentro de ti será la manera de levantar el dedo en actitud retadora y gritarles a la

cara todas esas mujeres que parecen tenerlo todo: ¡Él fue mío!, ¡sí, ámenlo, adórenlo, cásenle con él, tengan niños perfectos y rubios para mostrarlos en un marco de oro, pero una noche, él fue todo mío y en algún momento, en una millonésima de segundo de su existencia él sabrá que yo hermanastra simplona sin derecho a soñar lo amé más que cualquiera y me dio tanto placer que yo quise morir, sin embargo, él me dio vida. Una noche, yo fui la reina del paraíso.

—¡Mae, demonios, deja la metáfora!

El solo hecho de que te toque será suficiente razón para aguantar los años de soledad que te esperan. Él, desnudo, como recuerdo para la vejez, ¿qué te parece?, sonreirás maliciosamente recordando como gemiste con él, lo besaste a él y te entregaste a él.

—¿Y el amor?

No, él nunca te dará eso, es más, tu voluntad se opondría a pesar de tu espíritu literal, tu rebeldía heredada de Aimé lucharía contra él, te doblegarías a su belleza y a su polla divina, pero de una manera u otra aunque te cueste dejar tus sueños atrás, tus libros de amores incendiarios, tú Marilyn Baker lucharías hasta el final con todas tus fuerzas para no amarlo, el alma de Arden Russell —si es que la tiene— tan solo pertenece a otra que llevará un vestido azul cielo y bailara en divinos zapatos de cristal... su amor, es decir, el Santo Grial, no es para ti, solo te queda soñar con su cuerpo sobre el tuyo.

Pero él no apareció en una semana y la fiebre de Mae bajó. El hecho de que su presencia no la turbara hizo que la reflexión y el autocontrol tomaran el relevo de la locura.

«—Ahora no, Baker.»

«—Tome un avión a Nueva York, necesito quedarme en Las Vegas, es urgente para mí.»

«—Pero, señor Russell, tiene una reunión de negocios con Stendall en dos días y la cena con los dueños de la compañía Jet & Land un día después.»

«—¿Acaso no me escuchó, Baker? No me voy, usted hágase cargo de todo, a mi familia les dice que estoy cansado, enfermo o muerto si quiere, pero de aquí, no me muevo.»

Le había gritado con aquella boca loca que la había besado un día antes, ella quiso darle un puñetazo y después besarlo.

¡Dios no quiero ser grosera! ¡No lo soy! Pero es un hijo de puta, quiero golpearlo, matarlo y besarlo, ¡estoy completamente loca!

La familia Russell estaba muy preocupada, toda la compañía estaba preguntándose a dónde estaba el Todopoderoso, en ocho años de trabajo,

nunca había faltado un día, a excepción de cuando viajaba a otros lugares. Henry se encargó de difundir que su hermano estaba tomando unas vacaciones y, con Mae, asistió a todas las reuniones de presidencia. Era buen negociador, pero le faltaba la cualidad caníbal que su hermano mayor tenía. Dado más a la conversación divertida que a los contratos rápidos, sus negociaciones eran largas pero nadie lo podía negar, estaban más cómodos con él. Matt estaba en Rusia.

En la reunión de Jet & Land, no solo estaban los dueños de la compañía sino las esposas, las secretarías y varios abogados. Hablaban de una fusión, pero en realidad lo que buscaba Russell Corp. era comprarla, esa era la verdadera intención de Arden, no le gustaba compartir el poder con nadie. El negocio era por tantos millones de dólares que Marilyn no podía ni siquiera contar los ceros que tenía.

Henry llevó a su muy despampanante mujer, ese era su método de distracción, todos babeaban viendo a Bianca Russell mientras que él con su sonrisa de niño conseguía lo que deseaba. Marilyn tomaba notas, bebía Ginger Ale y presenciaba como los hombres de poder jugaban con el mundo. Estaba en el baño de damas cuando de pronto escuchó una conversación entre varias mujeres, el tema era el presidente de Russell Corp. Se arrinconó en la esquina del reservado y se quedó quieta.

—¿Sabes porque no vino? quería verlo de cerca.

—No, es un hombre muy misterioso.

—¿Es verdad lo que dicen de él?

—¿Qué?

—El hombre es un mito.

—Sí, pero es más frío que el polo norte.

—Dicen que en otros departamentos no es así —las mujeres se rieron maliciosamente.

—A mí me dijeron que era capaz de hacerte cantar el himno nacional en la cama.

Dios ¿tengo que escuchar esto?

—Yo sé que lo apodan “El Señor Del Dolor”, ya saben, por eso de las particulares prácticas sexuales que tiene.

¿El Señor del Dolor?

—Yo no me opondría a que ese hombre hiciera conmigo ciertas cosas.

—No digas eso, Winnie, es territorio que tú desconoces. Es un hombre cruel,

se acuesta con las mujeres y después, no las llama. Si tiene una mujer más de tres meses, la trata como si fuera trapo de cocina. Es solo sexo violento, duro y sin corazón; es pura crueldad llevada a la cama, un animal pervertido que busca satisfacerse.

—¿Quién necesita romance? Yo solo pienso en su artillería, ¡la más grande de toda la ciudad!

¿De qué están hablando? ¿Artillería? Oh no ¿están hablando de su...?

—Y la sabe utilizar, parece.

—Pues todo y todo, yo no quisiera estar en lugar de su mujer de turno. Él disfruta que tú lo adores y después, te destroza. Arden Russell puede ser un Adonis pero, es demasiado. Hay que poner el corazón de piedra si se piensa tener una aventura con él o, ser indiferente como una roca.

Sí, indiferente como una roca.

Tres semanas después apareció el Dragón de la Torre, sombrío, delgado con el pelo extremadamente corto y, silencioso; a la hora del almuerzo, la secretaria lo dibujó bello, con la apariencia de un poderoso guerrero que sobrevivió a una gran batalla.

Antes, en Las Vegas.

Se levantó sobresaltado de su cama, nervioso, con su cuerpo en pleno dolor, era como si hubiera estado sometido a una larga jornada de ejercicio y sus músculos se negaran a hacer otro esfuerzo.

El día anterior fue detestable, odiaba Las Vegas con todo su corazón, toda ella le recordaba sus épocas de degeneración y exceso, pero no podía evitarlo; le interesaba participar en todo lo relacionado con la tecnología. Últimamente su ánimo estaba por los suelos, no se alimentaba bien y dormía pocas horas. Es más ya no quería dormir, ella se había ido de sus sueños, dormir era decepcionante, por lo tanto cada noche era una lucha para mantener la vigilia. Leía como loco, se pegaba del internet, se ejercitaba, bebía, veía televisión, CNN; no escuchaba música, escucharla era demasiado doloroso para él. Se auto impuso aquel sacrificio, no quería recordar ese tiempo en que la música era todo para él. El violonchelo era su alma, pero ni eso le quedaba. No llevó un libro, no quería navegar en la red, lo llamaba el alcohol, tenía terror a volverse un alcohólico, él era alguien con una personalidad adictiva, lo sabía, había luchado para no continuar en las drogas, lo había jurado por ella, unos años atrás, pero era difícil no caer.

Salió de su habitación, al menos su secretaría estaba a dos pisos más abajo, no se imaginaba a Baker saliendo a divertirse en aquella ciudad, ella era una mujer en la que palabra diversión no cabía.

Desconoce el concepto.

Cerró los ojos, pasándose las manos por su cabello mientras respiraba fuertemente, de pronto una imagen lo golpeó como un ariete, una mujer de pelo oscuro besándolo como nunca lo habían besado en su vida, se relamió los labios y sintió el sabor dulzón y hermoso ¡era ella! Luchó contra el recuerdo de ella que se iba.

«—Eres hermoso.»

Su voz, ¡esa era su voz! Le decía que era hermoso, ¡habla, por Dios!, ¡habla!

«—¿No es bueno ser el patrón?»

¡Estoy loco! ¿Soñé con ella de nuevo? ¿Entonces porque parece ser todo tan real? Tengo el sabor de sus labios en mi boca.

Empuñó sus manos y la sensación de ella apareció toqué su cabello. Un hormigueo ¡toqué sus pechos hermosos! Recordó su piel y lo suave que se sentía al contacto, su lengua jugando con la de él y la sensación fue deliciosa, sexy, violenta ¡Estoy duro, tengo una erección como para romper un plato! ¡Mierda! su cabello... su boca ¡Quiero besarlos de nuevo! Arden se paró como un resorte de la cama, las imágenes venían una tras otras.

«—A veces me harta que todos crean que soy buena, yo tengo mis mundos oscuros, fantasmas, monstruos rondando mi cabeza.»

Ella me lo dijo, estuvimos conversando ¿Por qué tengo que beber como un puto idiota? Una sensación eléctrica lo atravesó con una fuerza que lo hizo volver a la cama ¿Lo sentiste? ¿Su nombre? ¡Su nombre! ¡Mierda, Russell! ¡Su nombre!

Fue hacia el baño y se echó agua fría en su cara, pero el olor a ella persistía, sus besos, sabía a cielo y ella era tan sensual y lo tocaba, lo tocaba y su tacto le quemaba.

«—Nena, tu boca es un pecado, no me puedo imaginar cómo será encima de todo mi cuerpo, creo que me voy a correr, te quiero coger tan duro hasta que te olvides del mundo.»

Él lo había dicho en medio de la bruma del vodka, lo dijo, ¡carajo! Y ella, le había contestado.

«— ¿Dónde quieres mi boca?»

«—En mí, sobre mí y alrededor de mí»

Las palabras lo marearon, sus piernas flaquearon y dio un puñetazo a las puertas corredizas del baño, de nuevo la vio semidesnuda.

—Es hermosa, Señor, es hermosa e iba a ser mía, es hermosa, sus pezones

son como lilas, su piel es terciopelo, veo, veo su ombligo pequeño, creo que voy a eyacular ahora mismo.

Recordó como su boca lo atacó de manera frenética, su lengua hizo un baile con la suya, estaban teniendo sexo brutal con la boca

—¡Oh mierda, mierda!, me voy a correr, voy a tener un maldito orgasmo.

Y lo tuvo, doloroso, potente. Se derrumbó en el piso. No sabía si estaba loco, pero estaba feliz, por primera vez en años estaba feliz.

—Ella es real, Russell, es real y está allá afuera, esperándote.

Se metió al baño con ropa. Tenía que quitarse la evidencia de su tremenda excitación, se desnudó tan rápido como pudo y se metió bajo la ducha presa del frenesí.

¡Putá mierda, Russell! pareces una niña antes de su baile de graduación ¿qué le vas a decir cuando la veas? ¡Hey te he esperado toda mi vida! estoy loco por ti, te conozco en mis sueños, quiero besarte de nuevo, tocarte, ¿quieres hacer el amor conmigo? ¡Ya! ahora, te prometo no dejarte ir, te voy a secuestrar y te daré el mundo si quieres, por favor nena, por favor, Oh no hagas eso con tu pelo niña, ¿qué le digo? ¿Le gustaran las flores? ¿El chocolate? Arden, estás muy oxidado en ese cuento de conquistar una mujer.

Se paralizó frente al tremendo hecho de que jamás había conquistado una mujer, todas habían venido a él sin ni siquiera mover un dedo.

Quizás le compre una joya, o un auto ¡No! Se asustará ¿Qué le digo? ¡Diablos! Hola soy Arden K. Russell y soy más rico que Dios ¡Menos! ¿Qué digo? Y ¿si tiene novio? ¡Lo mato! ¡Ella es mía! Y ¿si yo no le gusto? No, ese beso no es síntoma de alguien a quien no le gusto ¿si fingió? ¿Por qué no se quedó conmigo? ¡Señor! Yo hubiera muerto al encontrarla a mi lado ¡desnuda! ¡No, no puedo hacerle el amor borracho! ¡Es demasiado vulgar! Quiero estar completamente consciente cuando ella se mía, toda. Quiero tocarla por todas partes, besarla en todas partes, olerla, lamerla, chuparla, penetrarla, ¡Dios eso! Quiero ver su expresión cuando la folle duro ¡sublime! Quiero bajar mi mirada y ver cuando seamos uno solo ¡Nena, míranos somos tú y yo! ¡Diablos voy a volver a correrme!

Se miró al espejo de nuevo, casi se corta la cara tratando de afeitarse su barba.

¡Diablos!, no tengo tiempo para eso ahora corrió a su maleta ¿Qué me pongo? ¡Mírate! Una jodida chica, definitivamente.

Se perfumó y salió de su habitación, si corría mi mujer me está esperando.

¿Por dónde empiezo? ¿Dónde?

El hotel era demasiado grande, era como buscar una aguja en un pajar.

¿Qué hora es? Las nueve de la mañana y ¿si está dormida? Y ¿si no está hospedada en el hotel? No, no, no ¡mierda! Debe desayunar y ¿si lo hace en su habitación?, tantas preguntas ¿Quién lo podía ayudar? Fue al restaurante del hotel y esperó, le dolía la cabeza terriblemente tengo que reconocerla, tengo que hacerlo, no volveré a beber en mi puta vida, por culpa del alcohol ella se me va a escapar ¡eso es! El bar.

Corrió hacia el bar del hotel, siempre estaba abierto. Había tres bármanes en la barra, alguno de ellos debe saber.

—Hola —quiso ser amable, estaba en disposición de ser amable por el resto de su vida.

—Hola —una mujer de cabello rojizo lo saludó, ella lo miraba embelesada, Arden no tenía tiempo para eso— ¿En qué puedo servirle?

—Yo estuve anoche aquí, ¿usted me atendió?

—No señor, los barman de la noche son de diferente turno, ellos llegan a las seis de la tarde. Pero, yo le puedo ayudar en lo que desee.

—No, necesito a quien me atendió anoche.

—Es imposible señor, son cuatro personas y ellos no están.

—¿Tiene sus teléfonos?

—Sí señor, pero no puedo dar sus teléfonos, es prohibido.

—Le pago cinco mil dólares porque me de los malditos números, ahora, es más llame usted y les ofrece la misma cantidad de dinero si ellos vienen a hablar conmigo.

La mujer estaba asustada, el hombre claramente aún tenía las brumas del alcohol y no estaba en su sano juicio. Él inmediatamente entendió las dudas de la chica, saco su billetera y puso un fajo de billetes frente a su vista.

—Mire, no soy un asesino, loco, un obseso, psicópata quizás solo quiero hacer una pregunta, solo una pregunta —señaló el dinero— hay mucho más si quiere, pero necesito esa información.

La mujer dudó, era mucho dinero, miró al hombre de pies a cabeza, todo en él gritaba dinero y mucho. Miró hacía los lados, se acercó y le susurró al oído.

—Espere.

Tomó el dinero, agarró el celular y llamó, Arden esperaba. Un mensaje en su celular lo sacó de su ensoñación demente. Era su secretaria:

Señor Russell

lo esperan hace más de media hora,

¿Cancelo?

¡Diablos! mandó un mensaje

Cancele,

Y no me llame,

tampoco quiero mensajes.

A la hora aparecieron las cuatro personas con caras trasnochadas y agotadas, el turno terminaba a las cinco de la mañana, pero la promesa de dinero no caía mal. En la espera había sacado de la subsidiaría del banco instalado en el hotel veinte mil dólares. Los puso sobre la mesa, no esperó a que ninguno de los camareros se sentara.

—¿Quién me atendió anoche? Y no mientan, se cuando la gente me miente -en años de negociaciones difíciles había aprendido a leer las mentes de las personas cuando de dinero se trataba-. Le daré a cada uno el dinero, pero quiero que me contesten ¿Quién me atendió?

—Yo —dijo un muchacho de unos veintitrés años.

—¿A qué horas?

—Eran como las nueve o diez de la noche, usted se sentó solo en aquel apartado —el chico claramente se acordaba de él, éste le había dado una buena propina por el lugar más apartado de todo el bar.

—Estaba con alguien más.

—No, no al principio.

¡Aleluya!

—Después lo vi con una chica. La que atendiste tú, Neil, la morena.

Neil estaba más interesado en el dinero sobre la mesa que en la conversación en sí.

—Oh sí, la de los zapatos rojos, una chica llegó aquí, se sentó y se tomó algo no me acuerdo qué, después usted se acercó y ella lo acompañó a la mesa.

—¿Cómo era ella?

—Por favor, amigo, en este bar entran miles de personas en una noche, solo sé que era una chica morena, de cabello muy largo y zapatos muy costosos.

—¿Qué pasó después?

—No sé, ella se iba a ir, usted estaba muy borracho y ella se lo llevó casi a cuestas, pagó la cuenta.

—¿Qué? —sonrió, nunca nadie había pagado algo por él— ¿qué más paso?

—Se lo repetimos, no sabemos, aquí entra gente, se emborracha, consigue una chica y se va, eso es todo, nosotros no nos fijamos.

—¿Alguno de ustedes la ha visto?

—Nunca, parecía una chica de provincia, ni siquiera bebía, lo intentó y casi se ahoga.

Por supuesto, mi chica no bebe.

—¿Saben cómo puedo conseguir información? Quizás ella sea un huésped.

—Mire amigo, esa es información confidencial, solo la policía puede hacer eso, las cámaras de seguridad de esta área estaban desactivadas anoche porque hubo un corto circuito, nosotros no sabemos más.

Arden se paró dejando el dinero sobre la mesa.

Estaba desesperado, alguien la tenía que haber visto, como a las once de la mañana llamaba a los gerentes del hotel para que le dieran información, pero todos se negaron, él podría ser Arden mega poderoso Russell pero eso estaba fuera de la ley, no se arriesgarían a una demanda de millones de dólares, sus clientes siempre estaban protegidos con suma discreción.

¡Demonios!, ¡Demonios!, tengo que pensar ¿cómo la encuentro? Fue hacia el cuarto del hotel y allí estaba su muy desesperante secretaria, esperándolo, parecía nerviosa, bajaba la cabeza y evitaba la mirada de su jefe. ¡Dios, esta mujer! ¿Acaso alguien no le puede decir que vista un poco mejor? ¡Qué vestido tan horrible!

Se había vestido con lo más feo de todo su guardarropa de camuflaje, blusa corte militar, color amaranto, falda recta, a la rodilla, de color negro y ballerinas negras con aplicaciones del color de la blusa. Dio gracias por sus lentes y por su moño trenzado. Era un camaleón, nada había en su imagen que la relacionara a Celine, hasta su voz cambiaba.

—Lo estuvieron esperando durante dos horas, señor.

—Cancele todo, M, tengo cosas más importantes.

—Pero, viajamos para hacer este negocio, señor.

—¡Cancele, Baker, cancele! —bramó.

Sus prioridades habían cambiado, no se lo iba a explicar a su anodina secretaria pero, se sentía preso de una obsesión y no quería que nada lo distrajera.

A los dos días, no la había encontrado, la esperó en el bar, solo tomaba agua, pero ella no aparecía, recorrió todo el hotel, de abajo arriba y volvía y repetía la misma rutina, horas y horas. No comía, no dormía.

—Mírate, hombre, ¿puede haber alguien más patético y estúpido que tú? —se recriminaba— ¿Cómo tú, la imagen misma del cínico y cruel, puede estar en este pozo sin fondo?

Durante años, de manera sistemática, con la fuerza de un animal y con la voluntad de un dios caprichoso, decidió que debía saber todo, hasta las intenciones ocultas de cada persona. Luchó para hacer que su corazón y su alma fuesen un témpano, duro y frío, no quería sentir nada, no quería; sus únicos apegos eran su familia y Susy. 'No compasión' fue su lema, la no compasión por él fue su manera metódica de castigarse y de que nadie lo volviera a lastimar. El mundo era una mierda absoluta y así debía ser tratado pero, bastó verla aparecer para darse cuenta que todo había sido en vano, una regordeta boca roja y era un tonto deseando poesía en su vida, un aroma nostálgico y estaba hambriento de todo; su férreo control del mundo se fue por la borda, una noche, un beso y todo había explotado a su alrededor.

Al cuarto día, su familia empezó a llamar, lo acosaban con mensajes de texto, pero, no quería que nadie lo molestara, fue así como desconectó su celular y pidió a recepción para que no le pasaran ninguna llamada. Al sexto día, uno de los gerentes llamó a su puerta.

—Señor Russell ¿está usted bien? Su padre me llamó personalmente, su familia está preocupada, ¿necesita algo?

—No. Déjeme solo, dígame a mi padre que no se meta, no lo quiero aquí, no le importa, no le importa que estoy bien.

Pero no, no estaba bien, estaba absoluta y completamente demente, podía peinar toda la ciudad, toda y ella no estaría. Llegó a la conclusión de que lo ocurrido esa noche era en parte imaginación y alucinación, se convenció a si mismo que en un desesperado intento por hacer su deseo realidad, su mente le jugó una mala pasada.

La chica solo habló conmigo y se fue, eso es todo, no hubo nada, no hubo beso, ni un roce, la electricidad sentida no fue real, ella no fue real, solo existió en tu cabeza de borracho, en Yale te ocurrió lo mismo, su olor se está diluyendo de nuevo, su voz también ¡carajo!

Trataba de razonar.

Y ¿si no era ella?, ¿si solo estoy tratando de atrapar pompas de jabón? Me hice a la ilusión, miro a cada mujer y busco su rostro, un rostro que sea para mí, finalmente llegó una chica cualquiera, y yo me aferré a ella. Yo sé, sé que

si esa mujer fuera para mí, en este momento estaría calentando mi cama, ella estaría preocupada por mí.

—Señor Russell.

—¡Diablos! dije que no me molestara.

—Es su secretaria personal, necesita hablar con usted. Dice que es urgente.

—¿Acaso no me oyó? No quiero ser molestado por nadie y mucho menos por mi secretaria ¡maldición!

A los diez días de estar en Las Vegas, todo el hotel estaba alarmado, hacía más de dos días que Arden no parecía dar síntomas de vida en su habitación. Cuando su padre llamó el gerente alarmado le informó sobre lo que estaba pasando, nadie contestaba, nadie lo había visto salir.

—Tire la puerta si es necesario —a Cameron le aterraba pensar que ese comportamiento lo había adquirido de ella.

Tara...

Jackie estaba histérica.

—Voy por mi hijo —empacó maletas, llamó a Ashley quien estaba en Canadá visitando sus suegros—, tu hermano nos necesita, no voy a dejar a mi niño solo.

Nunca más.

—Mamá ¿Por qué con Arden todo es tan difícil?

—Él no era así, cariño, no lo era.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé, no lo sé, está encerrado en su cuarto de hotel, yo conozco esa actitud, a los diecisiete hizo lo mismo, tengo un mal presentimiento, por favor viaja a Las Vegas, allí nos encontraremos.

Todos estaban asustados, lo encontraron tirado en su cama, casi inconsciente, de inmediato Cameron hizo todos los arreglos para que su hijo fuera llevado en un avión hospital a Nueva York. Estaba deshidratado, a punto de una infección y con una fiebre de casi cuarenta grados.

—¿Qué le pasó? —Henry estaba preocupado, su hermano era su ídolo.

Ahora ese hombre de hierro estaba ahí, lleno de suero, tirado en un hospital.

Henry no era ningún tonto, de niño, su hermano había sido el mejor jugador de béisbol en la escuela y el mejor estudiante, le había enseñado a batear, a

bailar, a manejar, a conquistar una chica, su primera cita fue propiciada por él pero, también sabía que su hermano tuvo una adolescencia difícil, que se convirtió en alguien escandaloso y que en innumerables ocasiones llegó a casa golpeado y sangrando, se encerraba en el despacho con Cameron y discutía hasta terminar en una verdadera batalla campal. A pesar de los intentos de Jacqueline para que su hermana y él permanecieran ignorantes de todo, no pudo evitar que tuviera la intuición que algo extraño ocurría. Después, desapareció y cuando lo volvió a ver, era el mismo salvaje, solo que ahora se presentaba vestido de traje y con un cinismo e indiferencia que asustaban, pero siguió siendo su héroe y lo admiró desde la sombra, respetando sus estados anímicos, evitando asfixiarlo con su amor y siempre protegiéndose con el humor de cualquier explosiva reacción o comentario displicente que su hermano Dios podía darle.

Arden no abrió la boca y su familia decidió dejarlo así, sabían que no diría nada pero estaban aliviados que estuviera mejor, al menos por ahora. Su madre insistió en que la recuperación la hiciera en su casa, pero él dijo que no, que Rosario su ama de llaves lo cuidaría.

—Pero ella no tiene por qué cuidarte, tu mamá soy yo.

—Por favor, mamá, tengo treinta y tres años, además, no fue una operación a corazón abierto, solo fue una infección.

—¡Dios, Arden!, tus riñones casi explotan, estabas a punto de la inanición.

—No fue nada.

Los pocos días que pasó en reposo, Henry le llevó todo lo necesario para que trabajara en casa.

—La señorita Baker es de gran ayuda.

—Ajá —dijo indiferente.

—Es una mujer fantástica, siempre dispuesta, muy inteligente y con un gran sentido del humor.

—¿Bianca sabe que admiras tanto a esa mujer? —y, agregó sarcástico—. Te digo que si te enredas con esa gárgola, tendrás hijos aburridos y feos.

—No eres gracioso, al menos deberías reconocer que ella es buena. Susan consiguió lo mejor para ti.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Premiarla por hacer su trabajo?

—Es bueno escuchar que uno es apreciado, Arden —lo dijo más por él que por cualquiera—, la chica es buena, dale oportunidad.

El hermano mayor no escuchó nada, poco le importaba la opinión que tenían sobre Baker y su trabajo, estaba cerrado al mundo. Estaba amargado y muy

seguro que todos los dioses lo odiaban.

El último mes para Mae fue amargo, aturdirse en el trabajo de la oficina y de la universidad no la ayudaron a deshacerse del sentimiento de tristeza que la embargaba, se sentía frustrada y sola.

—Suzanne, te extraño, extraño a Tom, a mamá, a Trevor... estoy muy sola — sollozaba por teléfono.

—Ellos están contigo cariño, todos ellos, solo cierra los ojos y siéntelos, ellos te aman.

Había llorado como una tonta pero, fingió frente a Stuart cuando se conectaron por internet. Su padre —tierno y callado— le habló de su trabajo y le dijo que le había mandado un regalo, Mae se emocionó, así era su padre, siempre dando regalos aunque no fuese Navidad o cumpleaños.

—Solo que lo vi y pensé en ti, mi Motita de Algodón. Es una pequeña caja de música, con la tonada 'Para Elisa' de Beethoven, sé que te gusta.

Claro que le gustaba, era una caja de colección, pero fue peor, la música estaba repleta de melancolía y soledad. Cuando Stella la invitó a almorzar, de inmediato pensó que fue Suzanne quien se lo pidió, desde lejos, su querida amiga se preocupaba de ella.

—Es hora de almorzar, señor. Stella, ¿la conoce?, me ha invitado.

Arden no se tomó el tiempo de mirar a la mujer, hizo un gesto de desagrado e indiferencia.

—Pensé que usted no se alimentaba, Baker —la mueca de burla cruel se dibujó en su rostro. Los hermosos ojos verdes relampaguearon en compás con el tono mordaz de sus palabras, haciendo eco al pensamiento: Las gárgolas no lo hacen.

—Pues, aunque no lo crea, señor, soy humana y estoy en mi hora.

—No me dé explicaciones. Tome su tiempo, ni un minuto más. Hay mucho trabajo que sacar hoy —todo lo dijo con muy mal humor.

—Sí, señor.

Rebecca y Stella cruzaron miradas.

—Cada día está más odioso.

—Desde que volvió de Las Vegas, está peor.

Los siguientes días parecieron como si estuviesen infiltrados por una calma

pesada y oscura, las conversaciones entre jefe y asistente eran monosilábicas, apáticas y burócratas. Marilyn tenía la seguridad que para el año siguiente ella ya no trabajaría allí.

Maldita, maldita boca.

Finalmente el negocio Emerick - Russell se había hecho legal, ese era el gran negocio corporativo de los últimos años; todos estaban felices menos, los príncipes herederos. Para ellos, tener que compartir el mismo aire era demasiado, vivir en Nueva York, también. Ahora, tener que estar en la misma sala reuniones, estaba más allá de todo lo que podían controlar.

—Ambos —Cameron los señaló a los dos, cuando se firmaba el contrato— se van a comportar como dos adultos.

Arden y Dante intercambiaron miradas cargadas de antipatía.

Idiota pensó uno.

Maldito pensó el otro.

El gran salón de actos de la torre de cristal se preparaba para celebrar la fusión de las dos compañías, estaban presentes en la ceremonia los directores y sus esposas, los jefes de departamento, invitados especiales y periodistas. Marilyn detestaba estar allí, se sentía como pez fuera del agua, lo suyo era el escritorio, el computador y obedecer órdenes de su insufrible jefe, circular entre los invitados y hacer de anfitriona, le molestaba. Todos hablaban de la reacción que tendría el dueño de la editorial de la competencia, Guido Catanzaro —quien pretendía quedarse con los escombros de Emerick Editores— al enterarse de la alianza estratégica que había hecho con Russell. Esto era algo que al viejo cadáver no esperaba.

La secretaria de presidencia se abstraía, sentía que su presencia era meramente protocolar y no tenía ganas de ver como los principitos se acechaban, como boxeadores en un cuadrilátero. Eran las ocho de la noche y estaba deseosa de ir a su casa, alimentar a Darcy, darse un buen baño y leer, pero había recibido la orden de permanecer en el trabajo hasta el fin del evento así que salió del salón, hacía un mes había descubierto cómo acceder a la azotea del rascacielos, se escabulló y subió, deseaba refrescar su mente y la panorámica impresionante de la ciudad era una buena manera de lograrlo. Hacía frío y eso le gustaba, el viento le daba la sensación de libertad que tanto ansiaba. Cuando su jefe Dragón estaba de insufrible a malditamente insufrible y la claustrofobia la atacaba, subía hasta el lugar, respiraba y se llenaba del viento helado y le resultaba terapéutico: limpiaba su nostalgia de los afectos perdidos.

—Hola.

Saltó, miró hacia atrás. Dante Emerick la observaba, divertido.

—¿Estás huyendo, señorita Baker?

—Noo, no estoy huyendo —era una niña pillada en una picardía.

—Yo no te culparía, todos somos unos aburridos, sobre todo ese jefe que tienes.

—No te cae muy bien.

—No, no me cae bien. Es más, no lo soporto ¿cómo lo soportas tú?

—Es trabajo, es solo eso. Es mi jefe, no mi amigo.

—Qué bueno que lo tengas claro. Él no es buen amigo, lo sé.

El hombre sacó una cajetilla de cigarrillos.

—No me digas que vas a poner esa cara de horror que todos en este país ponen por fumar un cigarrillo, señorita Baker ¿Cuál es tu primer nombre?

—Marilyn, me llaman Mae y no, no me molesta que fumes.

—Soy fumador ocasional ¿Quieres? Vamos, dime que sí, detrás de esa cara de niña buena presiento una chica rebelde.

La joven sonrió, estaba sonrojada.

Anarquía, Mae, anarquía. Allá abajo, esta ese megalómano obseso de control, fuma y deja la colilla en su muy hermoso y costoso rascacielos.

—¡Qué caray! Dame uno.

Hizo una risita parecida a un ronroneo y él le ofreció la cigarrera.

—Dime una cosa, Mae, ¿qué más haces para rebelarte contra el mundo?

—Nada, soy una buena niña —sonrió con aire ingenuo.

Emerick estaba fascinado.

—Si lo eres, lo sé, pero ¿haces grafitis en las calles?

—No, eso está pasado de moda.

—Déjame ver, ¿protestas frente a los consulados o frente a la gubernatura?

—Tampoco.

—Eres miembro de PETA y en la semana de la moda, les tiras basura a todos esas mujeres que usan pieles de animales.

—No, pero me gustaría.

—¿Rayas autos costosos? Porque, si es así, el asno de tu jefe tiene varios, le obsesionan ¿Eso te tienta?

—No, no hago nada de eso.

—Vamos Mae «Emito mis alaridos por los techos de este mundo» —declamó, con voz potente.

—Walt Whitman, ¡vaya, Dante!

—Noo ¿Lo conoces? Solo una buena lectora conoce eso, eso es ser rebelde, hermana, yo estudie Letras en Yale ¿tú?

—Estudio Artes Liberales en NYU y tomo cursos extensivos de Literatura, el Arte y los libros son mi pasión.

—Sí que eres rebelde, niña, en esta época amar los libros es rebeldía pura. En mi era lo natural, dueño de una editorial, pero y tú ¿qué haces en esta locura? Trabajando con... eso.

Marilyn aspiró su cigarrillo.

—Es una larga historia, después te la cuento, ¿y tú, Dante?, tú también tienes cara de ser un rebelde.

—Mi época de rebeldía pasó hace muchos años. Pertencí a una pandilla, niños ricos en costosas motos —Dante endureció su rostro— ¿no es tonto? —dijo, de manera sombría— pero, aún tengo mi Harley Davidson, una Fat Boy.

—A mí me gusta más las Road King.

El gigante la miró asombrado.

—¡Diablos, eres perfecta!, una chica que sepa de motos es una rareza ¿Sabes manejar?

—Ajá.

—¡Diosa!, trabaja para mí, renuncia a este trabajo y trabaja para mí, mi pobre secretaria es una mujer aburrida, no tengo con quien hablar.

—No es fácil, señor Emerick.

—Suena mejor cuando me dices Dante.

—Dante —por un segundo, la personalidad chispeante de la chica surgió en todo su esplendor— además, perdóname, pero eso me suena a una manera de molestar al asno.

—¡Claro que sí, que se joda! No, Mae, en serio, una editorial es perfecta para ti, ¿has leído “Entre la luz y los fantasmas”?.

—Por supuesto, es un libro maravilloso.

—Yo soy el editor de John White

—¿De... de verdad?

—Sí, contrato exclusivo.

—¡Wow!, se dice que es el próximo Hemingway, es casi o más misterioso que Thomas Pynchon.

—Lo es. Piénsalo, chica, tú y yo, libros, motos, cigarrillos rebeldes —sonrió pícaramente.

—Lo pensaré, en serio.

En su apartamento, Arden se consumía en furia y deseo, nadaba en su piscina olímpica hasta agotarse, cerraba sus ojos y creaba música en su cabeza. Lo hacía desde que era un niño, la música era su forma de escapar, hundirse en las notas graves de su cello y perderse en los mundos donde nada ni nadie lo tocaba. Allí, en aquel universo de oscuridad y fuego, él era libre, salvaje y podía rugir a contra de todo. Su corazón era una enorme bomba que expedía violencia y sangre. Inundado de cólera y deseo se masturbaba con la imagen brumosa de un cabello oscuro y el olor de un perfume sexual que en medio del clímax apenas podía atrapar.

Después de que llegó de Las Vegas se propuso no atormentarse más, pero era una misión imposible. Estaba enfermo, agotado y hambriento. Salió del hospital, se cortó el pelo, volvió al trabajo e hizo honor a su maldito apodo 'La Máquina'. Toda su concentración y rabia estuvieron al servicio de hacer dinero, su amargura la desquitó con todos, sobre todo con sus secretarias, que dentro de su eslabón de furia, eran las que estaban más a mano. Mae era guerrera, resistía a pie firme sus embates y él lo sabía, pero no se podía decir lo mismo de sus otras secretarias.

Había estado apenas una hora fuera de la oficina y cuando regresó, todo estaba hecho un lío. Hillary se maquillaba compulsivamente los labios y temblaba, después de un año de trabajo Marilyn sabía que era el síntoma de histeria, Rebeca no estaba por ninguna parte.

—¿Qué pasó?

—Ese idiota, esta como loco, nos gritó a las dos.

—¿Por qué?

—Una cuenta que no cuadra y se le traspapelaron unos archivos de contratos, Rebecca estaba tan nerviosa que, sin querer, desconectó la tele conferencia

con Roma y el maldito internet ¡bah! No sé. Ella está llorando en el baño.

Al segundo, estaba tratando de consolar a su amiga.

—Marilyn, te juro que lo odio, casi me hace rogarle para que no me despida, es humillante. No fue mi culpa, fue él el que confundió todo, yo, trate de ayudarlo pero me dijo que era una inútil y se enojó más cuando vio que tú no estabas. No quiero volver allá, está más insoportable que nunca, no lo aguanto ¿Qué derecho tiene? No es el dueño del mundo, ¡ay, amiga! me siento como una cucaracha.

«Anarquía, rebeldía, somos salvajes bebido, eso es lo que somos»

—¡Claro que no es el dueño del mundo! ¡Levántate, Becca! es hora de que alguien le diga algo.

—¿Qué vas a hacer?

—Decirle a ese hijo de puta sus verdades.

Nunca había dicho una mala palabra en su vida, al menos no en voz alta, pero en ese momento era su mantra de fuerza, al igual que somos guerreros y salvajes.

—Te va a despedir.

—¡Me importa un pito!

—¡Dios! ¿Quién eres? —Rebecca se limpió las lágrimas mientras que observaba a su amiga cambiar frente a ella.

—Marilyn Baker, hija de Aimé Gerard.

Se arremangó su blusa y cerró sus manos en un puño doloroso, caminó fuerte y abrió la puerta del sacrosanto lugar del Todopoderoso estúpido. Él se quedó mirándola de arriba abajo con un gesto de desagrado que a Mae le pareció de asco.

—No la he llamado, M.

—¿Qué derecho tiene de gritarle así a Becca?

Arden hizo una mueca burlona, puso el codo sobre su escritorio y la miró, sarcástico.

—Vaya, la señora perfección es una chismosa —frunció su ceño—, lo que yo le diga a mis empleados es cosa que a usted no le importa.

—Sus empleados, pero no sus esclavos, señor Imbécil y Arrogante.

De pronto vio la imagen de su madre que le sonreía « ¡Esa es mi chica!»

—Controle su boca, Baker.

—No me da la gana, ya he aguantado bastante su grosería, su indolencia y su megalomanía. No es el dueño del mundo y no puede manejar a la gente como si fueran títeres ¿acaso no sabe que son personas? ¡Oh, por supuesto!, como usted no lo es.

El enorme dragón se paró con todo el poder de sus casi dos metros de estatura, caminó hacia ella disparando veneno con sus ojos.

—¿Quién se cree usted, que entra a mi oficina y me grita?

—Vamos, no sea hipócrita, dígalo: Merlina Gárgola Addams ¿no es así como me llama?

La mueca arrogante volvió a surgir en su cara.

—¿Piensa que me voy a disculpar? —movió sus manos y a la vez chasqueó los dedos.

—No, no me interesan sus disculpas, estamos iguales, Arden Imbécil Palo en el Culo Russell.

La cara del hombre se transformó con la furia.

—¡No le permito!

—¿Qué? —se acercó a centímetros, evitando respirar el delicioso perfume que él emanaba—, esta gárgola, gatito mojado y mujer insignificante no le está pidiendo permiso. No lo necesito. Usted es nada sin el poder de las cosas que le fueron dadas —su dedo apuntando a su pecho— sin todo su maldito dinero, sin sus autos de colección, sin su apellido ¡Nada! Por eso se oculta en esta oficina, para que nadie vea lo solo, idiota, mal nacido y patético que es.

—¡Lárguese de mi oficina, está despedida! —se fue hasta su cello y tomó el arco en su poderosa mano.

Marilyn soltó una carcajada.

—Ni ese poder tiene usted conmigo, Señor Russell. Yo renuncio —su madre saltaba, la hermanastra la miraba asombrada y su ninfa estaba vestida a lo Juana de Arco. Llegó hasta la puerta y volteó a mirarlo.

Una última vez, te miraré una última vez, estúpido príncipe que me besaste como si fueras a morir si no lo hacías.

No se intimidó con la miraba de furia reconcentrada que Arden le dedicaba, ni con lo amenazante que se veía el arco del violoncelo en su mano, pensó en la pistola envuelta en la gamuza burdeos que guardaba en el segundo cajón del escritorio y como un acto corolario de su recién estrenada rebeldía, levantó su dedo central y lo insultó con el universal gesto grosero.

—¡Fuera! —rugió la bestia.

—Es un placer.

Salió de allí, tomó sus cosas y se despidió.

—Adiós, chicas, fue un gusto trabajar con las dos, incluso contigo, Hillary.

Las dos mujeres la miraban atónitas.

—¿Qué hiciste, Mae?

—Lo que tenía que hacer, Becca y no sabes lo liberada que me siento —se acercó a su compañera de trabajo y le dio un beso en la mejilla— seguiremos siendo amigas no te preocupes, yo te llamaré para que tomemos un café y vayamos a cine ¿qué te parece?

—Todo es por mi culpa.

—No llores amiga, hacía mucho tiempo que quería renunciar —miró hacia la puerta—, me voy antes que salga, me corte la cabeza y la cuelgue de la azotea.

Se metió al ascensor -no al privado- y salió del rascacielos. Afuera, con el sol en el cenit, miró hacia arriba.

Yo también me rebelo a los dioses ¿Quién dijo que no podía? ¡Mírame, Arden!, soy inmune a tu belleza

Pero mentía, no, no lo era, no cuando la sensación de su lengua dentro de su boca aún se mantenía en ella. Aun así, llegó a su apartamento abrió las ventanas, besó a su precioso gato quien la recibió con un tierno maullido y se fumó dos cigarrillos mientras escuchaba 'Welcome to the Jungle'.

Se había jurado que no volvería a beber nunca más en su vida, pero ya no tenía nada que perder, esa noche de viernes quería tirar todas las promesas por la borda, entre ellas, su estúpido celibato.

Salió de su apartamento y agarró su Bentley Continental, haría lo que siempre hacía: ir al club más asqueroso de toda la ciudad y emprender la cacería. Apenas llegó, se sentó en la barra, buscaba a una mujer, cualquiera, no le importaba quien fuera. Dejaría de soñar con unicornios ¡Es hora que crezcas!, ¿cómo fue que te dijo esa mujer ayer? ¿Patético?

Durante todo el día jueves las palabras de Baker le habían reventado los oídos ¿cómo se atrevió? Era inconcebible que ese ser tan insignificante hubiese sido capaz de decirle semejantes cosas, todas verdad. Lo sabía, no tenía por qué escucharlas de otra persona, ya que él se las gritaba todo el tiempo.

¡Demonios! Buscar otra secretaria, si no fuera porque para Suzanne volver sería una tortura, la mandarían a traer.

A la media hora de estar allí ya se había bebido más de cinco tragos de vodka y uno de whisky, ni siquiera consideraba que tenía que conducir, siguió bebiendo y tan solo recordaba las palabras de Baker en su cabeza.

Patético.

Vio una mujer con unos vaqueros forrados a su cuerpo que vestía una camiseta roja y unas botas del mismo color, ella bailaba con alguien más, su cabello era largo y oscuro, su forma de moverlo le trajo el recuerdo de su delirio en Las Vegas. Se paró tambaleándose de su silla y fue hacia ella. La agarró del brazo con fuerza y ella chilló de dolor.

—¡Bruto!

—Baila conmigo —la atrajo hacia él, de manera brusca.

—¡Idiota! ¿Qué te crees? ¡Estás borracho!

—No seas melindrosa, puta. Soy Arden Russell rey del mundo patético rey de la nada —puso sus manos sobre su trasero, después de casi una botella de vodka, toda su coherencia se había ido al carajo.

La chica trato de soltarse, pero él fue más fuerte. Un hombre de casi la misma estatura se acercó.

—Deja la chica, borracho cabrón.

Se quedó mirándolo con aquel gesto de burla y crueldad

—¿Qué? ¿Vas a golpearme? ¿Tú?

—Si no dejas a la chica, sí.

—Inténtalo —sin pensarlo dos veces, el hombre le lanzó un puñetazo a la cara y lo tumbó en el suelo. Arden en medio de su ebriedad recordó sus épocas de peleas en Ámsterdam, Londres y Edimburgo.

La pelea comenzó y todos hicieron un corro. Los puños sonaban por todo el bar, los guardias intentaban separarlos, no hubo llamado a la policía.

Arden, completamente borracho, peleaba a ciegas, los guardias se dieron maña y lo inmovilizaron, el contendor aprovechó el momento y lo golpeó tan fuerte que lo dejó inconsciente, en el suelo.

—¡Se acabó el show, muchachos! Nuestro actor principal duerme, pero igual invita a todos a un trago. ¡Salud!

El público, de inmediato entró en la dinámica del animador del bar y se olvidó

del extraño hombre que terminó noqueado en el suelo.

—Se despertará en un rato, está mal herido, no podemos llamar a la policía, es Arden Russell, sáquenlo de aquí sin escándalo —el dueño dio las instrucciones.

Le esculcaron su chaqueta y encontraron su billetera, las llaves del auto y su teléfono.

— Busca algún número al cual podamos llamar.

El hombre miró la agenda y vio una cantidad de nombres en ella, solo habían nombres sin apellidos.

—¡Malditos borrachos estúpidos! Siempre buscan líos y nunca están preparados para estos casos.

—Secretaria M, ¿marco a este número?

—Marca.

Durante días Marilyn había estado repasando su vida y llegó a la conclusión que no necesitaba del trabajo, durante sus tres años en Russell Corp. había ahorrado suficiente como para no trabajar durante un buen tiempo, además, el dinero de Trevor se había incrementado gracias a las inversiones que hizo con la ayuda de Tom, así que optó por dedicarse a estudiar, a su tesis de grado, a salir, a leer más, a dormir mejor, a hacer ejercicio y a mejorar su técnica para tocar guitarra. Pensó en la oferta de trabajo que le había hecho Dante, la idea era tentadora, trabajar para alguien con quien pudiera hablar de algo realmente interesante pero, no tenía apuro.

Becca la había llamado horas después de ser despedida diciendo que Russell echaba chispas y que le ordenó conseguir de inmediato su liquidación. La chica estaba apesadumbrada, además de estar cumpliendo con una orden que la contrariaba, le aterraba quedarse sola por unos días con aquel hombre, rezaba para que la nueva secretaria fuera alguien con quien ella pudiese tratar y le contó que hasta Hillary estaba asustada.

—Avisa que iré el lunes y entregaré todo, ahora estoy disfrutando la sensación de no pertenecer más a Russell Corp.

Eran las once de la noche, había estado releendo “El Hombre que fue Jueves” de Chesterton pero hizo un alto para tomarse un café y tocar su guitarra. Era su manera más efectiva de refrescar la mente, estaba trabajando en su tesis y estaba bloqueada, no llevaba tres acordes cuando un sonido inesperado la interrumpió.

¿Qué? ¡El celular! ¿Quién me llamará? ¿Dónde lo habré dejado?

Lo buscó en el bolso que solía usar para ir a su ex trabajo, no lo encontró —el teléfono seguía su repique—, buscó en el sofá pero lo encontró en el suelo, junto con todas las cosas que iba a entregarle a Becca.

¡Arden Russell llamando! ¿Qué carajo? No contestó, pero a los treinta segundos el aparato volvió a sonar, llena de impaciencia, contestó.

—Hola.

—Hola, ¿es usted la asistente personal de Arden Russell?

—No, ya no —iba a colgar.

—¡Espere!, hubo una pelea, él está mal herido y necesitamos que venga a hacerse cargo.

Temblo ¿Herido? ¡No! ¡Dios! ¡Su cara! ¡Su tristeza! ¡Su soledad! Las palabras y los gestos se repetían en su memoria es su deseo de destrucción, la llamada de ayuda tenía que ver con el permanente estado de furia de su ex jefe, siempre provocando y parecía que al fin había encontrado quien le rompiera la testa.

—¿Dónde está?

El hombre le dio la dirección; ella se cambió a sus vaqueros, una blusa de lana color lila, su tenis, ni siquiera tuvo tiempo de sujetarse el pelo en una coleta, agarró su mochila, unos cuantos dólares y salió corriendo.

Tomó un taxi y llegó al lugar, tuvo terror, no era un lugar digno de los dólares que ese hombre manejaba.

—Soy la asistente personal de Arden Russell.

El portero se quedó mirándola, esperaba a una mujer mayor, no a una chiquilla, además, bastante bonita.

—Usted es una niña.

—Mire, ahora no tengo tiempo ¿Dónde está?

—Adentro, ya despertó, está mal, habla cosas incoherentes.

—¿Llamaron a la policía?

—No.

—Bien. Lléveme donde está.

Lo encontró herido, muy mal vendado y con su ropa ensangrentada. Se quebró por dentro, era el mismo muchacho vulnerable de Las Vegas.

¡Oh, Señor! ¿Por qué ese deseo de destrucción? Si no fueras el idiota absoluto que conozco diría que eres un perro callejero desesperado por encontrar un hogar.

Se le acercó

—¿Arden, está bien?

Él abrió sus bellos ojos verdes y se quedó mirándola.

—No, no, ¿tú otra vez? ¡Vete! Me haces daño —intentó levantarse, pero no pudo, un pequeño gemido de dolor emitió, pero cerró la boca y movió su cabeza para otro lado—. Quiero irme a casa, ¡llévame!, no sé dónde estoy.

—Su auto está aquí, pero no puede manejar ¿usted puede? —el dueño del bar intervino.

—No, no tengo licencia de conducción —era la primera vez que se daba cuenta que necesitaba una licencia de conducción, vivía demasiado enamorada del metro para pensar en sacar una.

—Debe llevarlo a su casa.

¡Caray! ¿Dónde vive? Un año con él y nunca supe su dirección, nunca me la quiso dar. ¿Y si llamó a su mamá? ¡No! Sería terrible ¿Qué hago?

—Llamen a un taxi, por favor. Mañana vendrá una persona a buscar el Bentley.

Los hombres la miraron con cara de suspicacia, era demasiado joven para ser la secretaria de confianza de un hombre como Russell.

—Mi nombre es Marilyn Baker, marque de nuevo el número y verán que mi celular suena —les mostró el teléfono— yo soy su secretaria.

Darcy dio un maullido dramático y salió por la ventana, no le gustaban los intrusos y ver a su ama llegar con dos extraños, fue demasiado para su sensibilidad gatuna. Mae lo ignoró, estaba más preocupada de ver que el taxista dejara al malherido instalado en su cama.

—Gracias, señor, fue muy amable —y le pasó un billete de cien dólares al taxista y cerró la puerta de su departamento.

¡Dios!, él está en mi cama, ¿estoy loca?

Fue hasta su botiquín y le limpio las heridas tu bello rostro todo golpeado, eso no es justo, eres digno de exposición. Se volvió a quejar.

—Chiits, tranquilo, tengo que curarle estas heridas.

—Nena, ¿eres tú? No, eres un sueño, un tonto e inútil sueño —arrastraba sus

palabras.

Arden, con sus pocas fuerzas, se paró, ella no lo pudo evitar.

—Quiero dormir, necesito dormir.

De pronto vio como aquel hombre se fue quitando su chaqueta y la camiseta.

¡Cielos! ¿Se va a desnudar? Efectivamente empezó a quitarse la ropa frente a ella ¡Perfecto! ¡No mires, Mae! ¡No mires!

Cuando se quitó sus zapatos y empezó a bajarse los vaqueros, Marilyn salió corriendo pero, cuando sintió crujir su cama, se asomó tímidamente pensando en que se había caído, comprobó que no, que fue el ruido de su humanidad cayendo sobre el colchón. No estaba desnudo del todo ¡gracias a Dios! en posición fetal, algo intranquilo y se quejaba de dolor. Suzanne le había insistido en que comprara una cama grande, afortunadamente lo hizo porque si no, ese hombre no hubiese cabido. Tomó el cobertor y lo arropó.

El gato Darcy estaba de vuelta, inspeccionó la habitación desconfiado, miró con gesto de ataque al extraño que ocupaba casi toda su cama, dio un corto maullido y cuando iba a dar un zarpazo, Mae lo levantó en vilo.

—Bien, bebé, nos tocó dormir en el sofá.

Abrió los ojos le dolía hasta respirar, se llevó una de sus manos a su boca y gimió ¿Qué carajos ocurrió? Lo único de lo que se acordaba era de una enorme botella de vodka enfrente, de una mujer bailando y de unas botas rojas. Sabía por experiencia que aquel dolor era producto de una pelea ¡Mierda! ¿Te peleaste? Era lo único que te faltaba, volver a tu época de pandillero ¡idiota!... Perfecto, te golpearon en las costillas, ¡patético!

El dolor era insoportable pero, momentáneamente se disipó cuando miró a su alrededor y no reconoció el lugar donde estaba. De un salto se puso de pie y miró cada cosa. ¿Dónde demonios estoy?, era un cuarto pequeño y acogedor, con unas cortinas azul cielo, un pequeño tocador y murallas color verde claro. En la pared colgaba una guitarra, dos retratos al óleo sin terminar y una enorme fotografía de una playa solitaria, en un rincón, un letrero que decía “Tesis” y sobre la mesa que ahí estaba, libros y hojas impresas, amontonadas; además, había un aroma delicioso.

Un mareo repentino lo obligó a recostarse sobre la cama, no recordaba nada, enterró su nariz en las almohadas buscando concentración pero el olor lo llenó por completo, era intoxicante y adictivo.

Estoy en el apartamento de una mujer ¡diablos! ¡Mierda! ¡Mierda! Ojalá que hayas usado el maldito preservativo, pero aún tenía su bóxer puesto y no tenía la sensación de sexo en su cuerpo ¿Dónde diablos está la mujer? Que no sea una loca, que no me pida el teléfono, ¡demonios!, odio esta sensación de compromiso que viene tras una follada.

Lentamente se paró de nuevo de la cama, por solo el olor de los cobertores se hubiera quedado todo el día. Buscó su ropa, cada pieza del vestuario sobre su cuerpo era una tortura, pero finalmente lo logró. Salió del cuarto, miró el reloj —eran las ocho de la mañana—, dio un vistazo al lugar, era un gran espacio que estaba distribuido en cocina, comedor, living y algo que le pareció un taller de pintura, cerca de la ventana que daba al balcón. Habían tres estantes: uno que contenía vajilla, mantelería, unas botellas de vino, copas y utensilios de cocina, otro que contenía libros, cuadernos, revistas y discos de vinilo; y un tercero, donde había dispuesto tubos de pintura, tarros con pinceles, botellas de distintos colores y bastidores de distintos tamaños. Todo se veía armonioso, alegre y ordenado. En una mesa había un equipo de sonido, una pantalla de TV, una impresora y una croquera que tenía en su tapa una colorida caricatura de un dragón que echaba fuego, estaba a punto de ver que contenía cuando descubrió en el sofá la imagen más bonita que había visto: una niña durmiendo, con un gato enorme pegado a su estómago.

¡Vaya! qué suerte si tuviste sexo con ella, ¡qué cosita tan bonita!

La chica tenía su cabello largo extendido sobre el sofá, uno de sus brazos descansaba sobre la parte superior de su cabeza y el otro estaba sobre su vientre, estaba descalza y sus pequeños pies casi se salían del lugar donde dormía. Una fuerza invisible lo empujó hacia ella hasta casi rozar su rostro.

Hueles putamente delicioso.

Aspiró de nuevo, pero el dolor hizo que gimiera, entonces el gato maulló en actitud de pelea y ella se despertó como movida por un rayo, se levantó y los dos se quedaron viéndose durante un segundo.

—Señor Russell.

—¿Quién es usted? ¿Qué carajo hago aquí?

Está golpeado, pero sigue siendo el mismo tonto de siempre.

Marilyn puso su cara de tranquilidad e indiferencia y contestó, exagerando el tono de calma.

—Ayer me llamaron de un bar y me dijeron que usted estaba inconsciente, borracho y golpeado, tuve que ir.

—¿Cómo así que la llamaron? ¿Por qué a usted?

—¿Un año trabajando juntos y no me reconoce? —respiró resignada y continuó hablando—. Soy Marilyn Baker, hasta hace dos días, su secretaria personal. Aún tiene el número de mi teléfono en su celular.

¿Marilyn? ¿Quién carajo es...? ¡Esa mujer insoportable!, ¡no! ella es una niña y M debe tener cuarenta años o más.

—Usted no puede ser mi secretaria, ella es...

—¿Qué? ¿Una Gárgola?

—Usted es un bebé.

Ella lo observó burlona.

—Dos tallas grandes, unas gafas gruesas y el cabello recogido es suficiente para alguien que no quiere ver, y bueno para alguien que no quiere ser visto. Jamás me miró a la cara, siempre fui un bulto que se movía y que lo fastidiaba, cosa que me hizo saber durante todo el tiempo que trabajé para usted —lo miró fijo a la cara—. Usted ve uniformes, no personas. Ahora, siéntese, le voy a preparar un café.

—No, me tengo que ir.

—Siéntese, señor. Al menos, un último café con su vieja y fea secretaria.

Secamente tomó una silla y se sentó observando a la chica, quien caminaba descalza por el lugar y parecía volar.

Esa niña no puede ser mi secretaria, su cabello es diferente, su cara es diferente, su cuerpo, hasta su voz es diferente, no, ella no es mi secretaria.

La miraba atontado, miró sus piecitos con unas uñas pintadas de un color rosa, sus piernas tonificadas, le pareció más alta y mucho más delgada.

¡Mierda! es bonita, hasta sus pies son bonitos. No, ella no puede ser esa agría e insoportable mujer que hasta hace dos días fue mi secretaria.

La mesa donde se instaló estaba inundada de libros: Bataille “Historia del Erotismo”, Chesterton “El hombre que fue Jueves” —del cual sobresalía un marcador que tenía un dragoncito de ojos verdes, pintado a mano—, Thomas Hardy “Lejos del mundanal ruido”, poesía inglesa, Keats, Donne y Shelley, libros sobre arte, dos libros de Jane Austen. Desde su silla, pudo ver que en la terraza del balcón había un caballete con un enorme lienzo que ya estaba imprimado, listo para recibir los primeros trazos de óleo. En los anaqueles descubrió fotos con Susy y Thomas ¿Qué carajo? también, la de un hombre sosteniendo un bate de béisbol y la de una mujer muy bella sonriendo a la cámara.

Desde la cocina, ella miraba como su ex jefe inspeccionaba con la mirada todo lo que tenía en frente; temblaba, pero no podía dejar que ese hombre viera su temor; puso agua en un vaso, fue hasta el botiquín del baño y sacó una pastilla.

—Tómese este Ibuprofeno, le calmará el dolor, cuando llegue a su casa llame al doctor Levy para que le recete algo mejor.

—¿Levy?

—Su doctor, el doctor de la familia Russell.

Esa respuesta debía confirmar lo que le parecía imposible, que ella era su secretaria.

El ambiente estaba tenso, para calmar su nerviosismo —y mientras se preparaba el café— puso música y en honor a él, decidió colocar en su reproductor un concierto para cello de Dvorak. La música empezó a sonar y él tensó su cuerpo ¡Diablos! no le gusta, me equivoque al ponerlo, es muy violento... corrió a quitarlo.

—¡No! Déjelo, hace años que no lo escuchaba.

Lo vio cerrar los ojos él está en mi casa, en mi mesa, silencioso, escuchando mi música, ¡diantre! ¡Qué ironía!

Le sirvió el café en silencio, mientras que él escuchaba la música, sorbió la bebida y si con el dato del médico familiar le quedó duda, el café le dio la certeza ¡Demonios, si es M!, solo ella sabe hacer este café.

Darcy dio un maullido de furia, desde un rincón.

—Cariño, ven donde mami.

Pero el gato se agazapó, estaba erizado y miraba con actitud de acecho al extraño que estaba invadiendo su territorio. Mae sonrió si fuera un hombre, me tendría encadenada y se arrodilló para tomar su gato y alzarlo.

—No seas desobediente, cariño... no seas malo, mi amor... ven con mami, es hora de tu comidita, baby.

De un impulso, Arden apagó la música y se quedó mirándola sin verla, trataba de organizar sus ideas, el dolor y la resaca se fueron, pero esa voz, la voz que durante muchos años lo había llamado desde el otro lado de océano, retumbaba en su cerebro cariño, baby, mi amor ¡no! Algo lo golpeó ¡y ese olor! el olor de ella estaba allí, en su casa, en sus sábanas, en su cabello... ¡Las Vegas! imágenes de esa noche volvieron a él con la fuerza de mil golpes.

«—Algunas veces, mi jefe es un asno»

«—Algo, las grandes ciudades son atemorizantes»

Impávida, resistiendo la mirada, con el gato en brazos, salió a la terraza y lo dejó junto al plato de comida, cuando estaba cerrando la puerta corredera, se dio cuenta que Darcy estaba otra vez en la sala y soltó una carcajada.

¡Dios! su risa...

—Veo que amaneciste con ganas de jugar. Eres un bebé muy mimado.

—¡Marilyn!

Quedó pasmada, la voz del dragón la llamaba, se giró y sucumbió ante su mirada animal; se sonrojó y de una manera involuntaria tomó un mechón de su cabello y comenzó a jugarlo. Estaba intimidada.

No hagas eso nena, me vuelves loco. Quiero besarte hasta morir, ahora mismo, en este instante... Mi boca en tu boca y en el resto de tu cuerpo.

«— ¿Dónde quieres mi boca?»

Marilyn lo vio abalanzarse sobre ella y agarrarla del brazo –la energía de nuevo salto sobre ellos «somos tú y yo»–, mirarla a la cara y no decirle nada.

—¿Qué le pasa, señor?

—¡Eres tú! Tú me besaste en Las Vegas, ¡Tú! ¡Eres tú!

—¿Está loco? ¡Dios, se acordó!, ¡miente, Mae!, miente ¿de qué está hablando?.

—Tú y yo nos besamos en mi habitación.

¿Qué hago? ¡Nunca! Él no puede saber, miente, Dios, miente.

—No sé de lo que habla, yo nunca lo besaría, solo fui a su habitación en la mañana para agendar ese día y no nos volvimos a ver hasta el día siguiente, cuando prácticamente me hizo salir de la ciudad.

—No, tú y yo, hablamos esa noche, te conté cosas de mi vida y tú me respondiste, yo estaba ahí, estaba borracho pero consciente. Yo, yo, yo te salvé de un tipo, y hablamos, y... y me llevaste a mi habitación, y nos besamos, y yo te toque y... te fuiste.

—Está loco, aún está borracho. Yo no salí de mi habitación.

¡Demonios! ¿Por qué miente? ¿Qué gana con eso? ¿No te gustó besarme, Marilyn? Así se llama, Marilyn y nunca te nombre en consciencia.

—Nunca he estado más cuerdo en mi vida.

La hermanastra rogaba para que confesara ¡Hazlo!, ¡hazlo!, dile que no has dormido bien durante días pensando en su boca. ¡Díselo, Marilyn! ¡Qué tonta eres!, el Señor del Dolor, ¿te acuerdas?... él no hace el amor... él es malo y cruel... trata las mujeres como cosas inservibles.

Respiró profundo, se guardó su deseo y le pegó una bofetada a la idiota de la hermanastra por comportarse como una histérica.

—Yo nunca lo besaría, usted me es tan indiferente como una roca. Delira, o me confunde con una mujer que no soy yo. Si ya se tomó mi café, váyase de mi casa, hace dos días yo renuncié a ser su secretaria, lo de anoche fue un

mero favor, pero ya no tengo obligaciones con usted, por favor ¡váyase!, tengo que estudiar. Salga de mi casa y llévese el teléfono de su empresa, no quiero tener nada que ver con ella.

Aquellas palabras fueron como si sobre él cayera un cubo de agua fría deja que me quede, ¡eres tú! No estoy loco, hueles igual, hablas igual, yo te presenté desde niño.

—¿No me ha escuchado, señor Russell?

Arden, yo me llamo Arden

Ella mantenía una actitud fría y seca, sus ojos no decían nada yo te soñé toda mi vida y sin embargo tú, no. Él, sonrió con tristeza, el efecto de la pastilla había desaparecido, me beso, lo sé, pero no significó nada, nada, soy un idiota, un cretino. Se alejó dos pasos de ella.

—Perdón por molestarla, Baker. Me disculpo —caminó hacia la puerta, frunció su boca en gesto de resignación y arrogancia, tomó el teléfono, nada, un tonto e insignificante beso— gracias por todo, adiós.

Y se fue.

¡Estúpida!, ¡estúpida! ¡Detenlo! La ninfa le hablaba.

¿Qué harás Marilyn? ¿Qué harías? ¿Decirle que lo besaste como si tu vida dependiera de sus labios? ¡Sí! ¡Oh, cállate tonta! ¿Qué pasaría? ¿Te besaría? Te tomaría aquí, en tu apartamento, y luego ¿qué? ¿Su amante? Suena tan cliché, él no te conoce, no sabe quién eres tú. Después, te dejaría como deja a las demás y tu vida estaría arruinada, lo amarías como una loca y luego él se iría. La hermanastra, también opinaba pero, Mae ya lo sabía, intuía que si en algún momento ella dejaba entrar a Arden Russell, su vida se iría cuesta abajo, él era de esos hombres terribles, creados para que las mujeres lo amaran hasta la muerte. ¡Literatura, literatura, él te dará eso!

Era irónico, toda la vida leyendo sobre las pasiones desbocadas y tratando de aprender a ser invisible para que nunca más la tocaran y la literatura se instaló en su vida y la visitó en su casa: la besó, la acarició y durmió en su cama. Su instinto lo hizo escapar, tenía que sobrevivir y se negó, era demasiado, su alma, aunque salvaje, jamás podría resignarse a la pasión de un día, no con él. Con Arden, ella jamás se mediría, lo adoraría como una loca, sin medir consecuencia y no le importaría quedar en el proceso, desarmada.

Inevitable fue que hiciera la comparación con Rocco, se parecían en todo y en nada, ambos eran peligrosos; pero él, era peor. Con Richard sobrevivió porque era un niño malcriado con aires de rebelde; en cambio, Arden era un hombre, una tempestad, con él, las posibilidades de sobrevivir eran nulas.

Tenía diez años más que ella —que se traducían a un milenio si comparaban experiencias— y una atracción animal que a todas atrapaba, la niña estaba convencida que si daba el paso y entraba en su vida, se perdería en la nada,

soñando, alucinando, siendo devorada completa, solo para castigar su osadía de haberlo besado una noche en Las Vegas, cuando estaba borracho.

Arden Russell vivía al límite, si la amara –como si en algún universo paralelo eso fuera posible–, su amor la aplastaría, su poder, su megalomanía, sus complejos de Dios, su espíritu violento, su cuerpo hambriento, su sexo rudo y su ser endemoniado la harían añicos. Ella, lo intuyó y no quiso dar guerra. ¿Para qué? otra secretaria, otra mujer y él, volvería a su rutina: mujeres bellísimas, sexo rudo, regalo costoso y si estaba de ánimo, una tarjeta diciendo gracias.

Arden seguía pegado a la puerta del apartamento, no podía creer que no lo dejara entrar. Dvorak sonaba nuevamente y le pareció que era la banda sonora de lo que sentía ¡Fuego! ¡Rabia! ¡Deseo! Ella, ella lo había rechazado, lo sacó de su casa y él, sentía una vez más, que el caos llegaba a su vida.

¡Maldición, Baker, ábreme la puerta! abre las puertas de tu vida ¡abre tus brazos! Tu boca, tu cuerpo ¡ahora! No tengo tiempo, llevo años y años esperándote...

Pero ella no lo hizo, no lo hizo.

Le dolía todo el cuerpo, le dolía el alma, maldita ironía, estuvo en su cama, por fin su olor y su presencia fueron reales y ella ni siquiera se dignó en mirarlo «usted me es indiferente como una roca» se lo dijo y ni siquiera se le movió un músculo. Es hermosa, hermosa como un demonio y se escondió durante tanto tiempo ¿Por qué lo hiciste? Tomó su teléfono, marcó varios números. Su voz retumbaba, estaba en un taxi, el conductor estaba nervioso, el hombre lo miraba desde el espejo retrovisor y lo que veía era una pantera a punto de atacar.

—Doctor Levy, lo espero en mi casa. Si, Arden, y no se atreva llamar a mi madre. Me peleé con alguien. No pregunte. En media hora. Daré la orden para que lo dejen entrar.

Después, marcó otro número.

—Theo, Te necesito, ahora ¡ya!

Asignó al jefe de seguridad la responsabilidad de vigilar a Marilyn. ¡Control! Quería saber quién entraba y salía del edificio, con quien se relacionaba en la universidad, todo.

Estoy completamente demente, si ella se da cuenta, me puede demandar, ¡mierda! No me importa, ¿Cómo se atreve a aparecer en mi vida de esta manera? ¿Cómo se atreve a decirme que no? ¡No puedes decirme que no, Marilyn Baker! ¡No existe alternativa! ¡Yo no te la daré!

Llegó al apartamento, su perro, un enorme pastor alemán lo recibió con algarabía.

—Rufus, ahora no. ¡Rosario! —gritó.

La mujer corrió, sorprendida, él nunca gritaba en casa, es más, nunca hablaba —solo inclinaba la cabeza y gruñía— pero, cuando le vio el rostro hinchado, el labio partido y la camisa manchada de sangre, se asustó.

—¿Qué le pasó, señor? ¡Dios mío!, está usted herido.

—No, no se preocupe, no me pasa nada me pasa todo. Tengo hambre, prepáreme algo de comer.

Estaba hambriento, de comida y de vida, una niña de pequeños pies con uñas pintadas de rosa lo estimularon. La mujer lo miró extrañada, estaba acostumbrada a preparar alimentos para después botarlos —él comía como un pajarito— y que le pidiera comida, era toda una novedad.

Se metió a la tina del baño con dificultad, se sumergió en el agua, cerró sus ojos y se abandonó a pensar en ella.

Su cabello es tan largo y bonito ¿Por qué se lo sujetaba de esa manera? Sus ojos, tan ámbar, ¡esas putas gafas espantosas! ¡Su cuerpo! ¡Diablos, nena! Tienes el culito más bello que he visto ¿Por qué demonios no te miré? Si, Arden, tú no miras a nadie, hace años que perdiste el deseo de mirar al rostro a la gente y mucho menos a quien trabaja para ti ¡Imbécil! Pero ella... ¡Joder! A ella, menos, para ti nunca existió. Tu mano derecha y la ignoraste, fuiste un perfecto idiota... pero todo eso va a cambiar, voy a pasarme devorando cada uno de tus gestos hasta que me los aprenda de memoria, quiero llevármelos hasta el mismo infierno.

Estaba excitado como nunca y de alguna manera su excitación era feliz, por fin tenía un rostro y un cuerpo su obsesión.

¿Qué diablos fue lo que pasó que no te reconocí, Baker?

Una extraña intuición iluminó su cabeza ¿Y si ella estaba también ocultándose de algo? No era lógico que una mujer tan hermosa estuviese cubierta por una sombra oscura.

Tan hermosa.... ¡joder!

Arden dibujó una sonrisa de oscura perversidad, relamió sus labios y trazó en su cabeza la imagen del coño abierto y melocotón de Marilyn Baker, era irónico, y putamente poético, ayer ella era el enemigo, hoy era el maldito mundo para él. No se sorprendió, Arden Russell era un hombre que no estaba dentro de los códigos del universo, nació para ser amado y fue atrapado por la locura, nació para ser un músico y un artista y se convirtió en un mercenario de almas, ella llegó como alguien invisible y de pronto era la luz del sol.

Tomó su miembro duro y poderoso no puedo esperar para estar dentro de ti lentamente empezó hacer el movimiento de arriba hacia abajo, pensaba en ella, en su boca, en sus tetas bonitas y redondas, en su piel de porcelana, el

movimiento se hizo más frenético ahora nena, di que sí por favor, ahora, no puedo... no puedo dejar de pensar en ti, tus piernas abiertas para mí, tu sudor, mi lengua en ti, dentro de ti, más, más una corriente que venía del centro de la tierra lo atravesó como un rayo ¡Dios, más! más, mierda, mierda, más, más ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Placer, dolor, fuego todo lo recorría desde la punta de sus pies hasta su cabello. Su polla estaba hecho de hierro candente ¡maldita sea, si, si! ¿Hace cuánto no deseas de esta manera a una mujer, Russell? Con su mano en su sexo entendió que realmente nunca lo había hecho: desear tanto hasta sentir que su médula era líquida y ardiente.

Cerró los ojos con dolor y la imaginó, imaginó su boca cuando ella se viniera con él ¡Duro, Arden!, ve con tu nena, más, más sí, sí, sí, se siente tan bien, más, más ¡Dios, no te detengas!, estás tan duro más. Gime para mí, vente para mí ¡buena chica! ¡Eres tan deliciosa!, me haces ver los putos ángeles.

El orgasmo más poderoso que había tenido en su vida, lo tuvo allí, su semen salió en un chorro prologando y su grito fue duro y profundo, no le importaba si Rosario lo escuchaba, no le importaba que su simiente quedaba en el agua estancada, nada, uno de sus puños golpeó la pared del baño, no una sino varias veces mientras que el orgasmo lo dirigía hasta el infinito. Ella tiene que ser mía, no me importa cómo pero, ella será mía. Definitivamente loco, obsesionado y al límite.

Una sombra lo cubrió, una sombra venida de una palabra: Patético.

¿Y si ella no es la mujer que yo me imagino?

¿Y si es otro de mis sueños alcohólicos?

¿Y si ama a otro? ¿Y si le soy tan indiferente como dice? ¿Y si no soy para ella? ¿Y si...soy yo el que me hago ilusiones y ella no es nada? ¿Y si para ella no existo?, ¿Cómo fue que me dijo? Arrogante, megalómano, inhumano. ¿Si es solo mi último acto demente antes de morir? el enorme placer se aplacó ¿y si ella no me desea? Me besó, yo lo sentí, yo sentí eso pero si no fue nada, hoy sus ojos me miraban como si yo solo fuera un espacio, algo que le molesta, ¡Maldición! Y la rabia volvió a aparecer ¿Cómo se atreve a aparecer así? ¿Cómo? Todo estaba fuera de control necesito control.

Comió desafortadamente aunque le dolía la mandíbula para masticar. Rosario tenía miedo.

—¿Está bueno, señor?

—Mucho —sonrió.

Para la mujer fue como ver salir el sol, nunca en sus siete años de trabajo lo había visto sonreír y alentada por su renovado apetito, se atrevió y le sirvió más. A la media hora, el doctor Levy le recetaba píldoras para el dolor y ungüento para la hinchazón.

—Estarás mejor en unos días, ¿siempre tienes que estar dándote golpes

contra el mundo?

—Si el mundo me ataca, yo lo golpeo, esa es mi filosofía, doctor.

—No es una muy buena.

—Pero sirve para mí ¿cómo cree que he duplicado el imperio de mi familia? ¿Teniendo compasión? Yo devoro todo, nada se me niega. Lo que quiero, lo tomo.

Levy lo sabía, desde que nació había sido un devorador y un condenado.

—¿Y si algo se te niega?

—Lo destruyo.

—Un día habrá algo que no se te dé, y vas a ver cómo tu mundo se viene abajo.

El aludido hizo una mueca cínica.

—Vamos doctor, no me venga con eso.

—Hay una ley, no sé si creas en Dios, pero hay una ley.

—¿Qué? ¿La del karma?

—No, la del caos: algo se saldrá de tu control y no sabrás manejarlo. Va a ser muy divertido ver eso y quiero vivir para verlo.

—Espere sentado, doctor.

—Soy un hombre paciente —el viejo sonrió, siempre tenía ese tipo de conversaciones con él.

El buen doctor conocía la historia, estudió medicina en la misma universidad donde Cameron intentó una carrera de arquitecto, el padre del muchacho no la había podido terminar pues, al ser el único heredero de una compañía en expansión no tuvo escapatoria y debió cambiar las aulas universitarias por una oficina de gerencia y fue testigo, en primera fila, de cómo la vida de padre e hijo fue convertida en una tragedia por culpa de Ella.

—¿Las has visitado?

Lo vio fruncir el ceño.

—No quiero visitar tumbas, no estoy para eso, todas ellas están muertas, todas ellas me odian.

—Al menos, la de Faith.

—No, la de ella, menos.

Llamó a Ryan, el encargado de vigilar el edificio de Mae y quedó tranquilo con el informe que recibió.

—¿Puedo preguntar a quién vigilamos?

—No. Solo haz tu trabajo.

—Sí señor.

Ahora que estaba satisfecho, que el dolor se había aplacado, pensaba con cabeza fría.

Debo saberlo todo ¿tienes secretos Marilyn? ¿Quién eres? ¿Quién eres?

«—Yo también tengo mundos oscuros» —se acordó de aquello.

¿Qué mundos? ¿Qué fantasmas?

De nada servía ser Arden Russell sino sabía pensar fríamente. Agarró su portátil y se metió a la intranet de la empresa, busco en archivos y puso Baker, aparecieron veinticinco personas, pero solo una era ella. Una foto preciosa lo miraba desde la pantalla, eran los ojos de una chica que veía tímidamente la cámara. Sonrió como niño en Navidad.

—Allí estás, nena.

Estampó la imagen, salió su linda cara impresa en el papel. Le dieron ganas de besarla. Eres un idiota cursi, hace medía hora te las dabas de ser el dueño del mundo y aquí estas con ganas de besar una imagen de alguien a quien ni siquiera le importas. Henry pagaría millones por ver esto.

Leyó su ficha personal, descubrió que su nombre era Marilyn Baker Gerard, que nació un seis de febrero eres una bebé, Baker, que era originaria de Aberdeen ¿Dónde carajo queda ese lugar?, que su padre, Stuart, era un juez y que su madre fallecida, se llamaba Aimé Celine Gerard... ¿Celine Gerard? ¡Por supuesto! usó el nombre de su madre en Las Vegas.

Allí, frente a sus ojos hambrientos, el pequeño e íntimo mundo de Marilyn Baker se abrió como una caja china, sus padres, su pueblo, sus estudios, su amor al arte y a los libros, hasta sus rasgos físicos y su tipo de sangre, cosas anodinas para cualquiera, pero no para él, maravillado por aquella chica de cabello negro que parecía llena de colores y sorpresas.

¿Cómo diablos llegaste a ser mi secretaria? ¡Espera! Eres una chica inteligente ¿no es así preciosa? Voy a disfrutar esto contigo, Baker ¡no sabes cuánto!, no tienes idea.

Adjuntado con sus datos había dos cartas, una de Stella Miller y la otra de Thomas Ford. Las leyó ávido de saber más, en ambas hablaban de su

capacidad de trabajo, de su deseo de aprender, de cómo estaba dispuesta a ayudar a sus compañeros de trabajo, de su compromiso; en ambas, las dos personas que la recomendaban, la amaban.

¡Eres un idiota, Russell!, sabes que Susy no la hubiera traído sino supiera lo buena que es para todo y lo único que hiciste fue subestimarla todo el tiempo ¡Dios! Yo corregí sus cartas, una estudiante de Arte y Literatura, debió pensar que soy un completo imbécil.

En la ficha personal estaba registrado cada una de sus liquidaciones de sueldo, había entrado ganando cuatrocientos dólares a la semana como archivadora, después, como ayudante de Thomas, subió a seiscientos ¿Qué? se quedó asombrado al ver como hubo días que trabajó hasta las tres de la mañana. ¿Qué hacía trabajando hasta esas horas? Es un bebé y los bebés duermen... ¿y la universidad?

Había más horas extras y la carta de recomendación de Thomas, estaba colmada de elogios cariñosos y se explayaba hablando de su compromiso con el trabajo, de la lealtad y del compañerismo. ¡Dios!, ella lloraba en su funeral como si hubiera perdido un padre, yo no fui capaz de verla... ¡Idiota cara de culo! ¡Insensible!, lo eres ¿no es así, Russell? Ella lo sabe, ella te lo dijo.

También estaba el contrato de asistente, 12 de agosto. ¿Qué paso ese día? Diablos no me acuerdo, ¿qué pasó? Su café, temblaba como una hoja, ¿Cómo es que no me acuerdo? ¡Claro, Russell! Porque eres un estúpido ciego, ¿M? Merlina Addams, la gárgola y ella lo sabía ¡idiota hijo de puta! Tratando de acordarse, cayó en cuenta que para esa fecha los sueños perdidos de su adolescencia habían reaparecido, casi veinte años sin soñar con ella y de pronto ¡Pum! ¡Allí estaban de nuevo!

—¿Ya la conociste? Escuchó a Ashley hablar de manera fantasma.

Hermana, dulce tornado, tu fe en la vida me asusta.

Claro que la había visto, estuvo allí, sentada a diez metros de él, siempre, todo el tiempo.

No te dejaré ir, no, señor.

«—No quiero tener nada que ver con su empresa, patético.»

Las palabras estaban ahí, las de ella y las del doctor Levy: la ley del caos, Marilyn Baker, con su actitud desafiante, con su juventud, venía a llevarlo por caminos desconocidos.

—¿Con que tú eres mi caos? ¡Bienvenida seas a mi vida!

—Mimí ¡socorro!

—¿Qué pasa, Peter?

—No entiendo una mierda de Chesterton, ¿qué carajo es esto?, hombres con nombres de días de la semana, diálogos sobre el caos. Es hermoso pero, demasiado crípticos, ¿Por qué hay ángeles justicieros? no entiendo nada de ese maldito libro, así nunca podré hacer el ensayo. ¿Quién demonios me mando a tomar optativas de literatura? Soy pintor, solo leo libros porno, no de estas cosas tan extrañas ¿Soy tan bruto, Mimí?

—No, cariño, no lo eres.

—¡Socorro! Mimí es sábado, ¿ya lo terminaste?

—Me falta poco.

—Eres tan nerd, ¡te odio!

—Vente para acá, trae comida china y yo te ayudo.

—¿En serio? Ok, ya no te odio.

—Te ayudo, pero no te lo hago, Hoffman, el idiota, está buscando cómo echarme de la universidad.

—No, tú me guías y ya.

—Ven, entonces.

—Amarra tu gato, me odia.

—¡Oh, Peter!, deja de comportarte como una Prima Donna, mi Darcy es tierno como una motita de algodón.

—Tierno mi trasero, Mimí, ¡machos celosos, no, gracias!

—Solo lo tengo a él para que le dé drama a mi vida no pienses en su boca ahora, Marilyn.

—Eso es porque tú no quieres

—No empieces con tu morbo.

—Amas mi morbo, amore, no lo niegues.

—Cállate y trae tú flaco trasero, la comida china y tus notas de Chesterton.

—Sí, general.

El socorro de su compañero de clase le vino como anillo al dedo, necesitaba dejar de sentir la presencia de ese hombre en su casa. Aún todo golpeado es

hermoso, ¡su rostro tan concentrado escuchando el concierto! ¡Qué espectáculo! Se había pasado la mañana, mientras limpiaba su departamento, elaborando teorías. Todo hubiese sido distinto sí, al menos, se hubiese dignado en ser mi amigo, o más amable, pero siempre fue tan rudo, oscuro y despectivo conmigo, mirándome como si yo fuese un adefesio, una cosa insignificante. Arden, ¡yo existo! Intentaba explicarse lo que había pasado en la mañana ¿Qué? ¿De un momento a otro estás excitado conmigo?, como si yo no supiera... ¡es tu ego el que habla!, esa noche en Las Vegas yo me negué a ti y tú, en tu mundo de príncipe heredero, no entiendes que una mujer como yo se te niegue. ¿Te gustó besarme? Yo beso bien, lo sé, al menos mis besos son reales, yo beso con el alma, lo hago, no sé hacerlo de otra manera, probaste mi alma en tú boca ¿nunca lo habías hecho? ¿Nunca una mujer te besó como si el mundo fuera a explotar mañana?

La chica se sentó sobre la alfombra de yoga y se dispuso a hacer cien abdominales, pero una extraña energía la llevó hasta los ciento cincuenta, era la rabia y la libertad al sentirse emancipada del tirano y, al mismo tiempo, el desconsuelo porque no lo volvería a ver ¿cómo puede ese hombre producirme tal contradicción de sentimientos?

Se puso unos pantalones de chándal y una camiseta con el logo de Iron Maiden, herencia de su madre, como muchas de las cosas locas que Aimé usaba y que guardó porque siempre le parecieron extraordinarias. Colores, texturas, diseños que nunca pasarían de moda.

—Hey, Mimí, ¡Caray! ¿Iron Maiden? Running Free, ¿Quién pensaría que eres de ese tipo? ¡Me encantas!

—¡Viva la Dama de Hierro!

—Te traje la comida china.

—Gracias, voy por los platos.

—Yo no quiero, mi novio cocinó hoy y me comí todo, ¡incluso, a él! —hizo un guiño coqueto.

—¿Cuándo me presentarás a Carlo?

—Hoy, si quieres ir a bailar con nosotros —Mae puso cara de duda—. Eres tan rogada, te he invitado cientos de veces y siempre dices que no. Al menos, si supiera que tus sábados están ocupados con sexo salvaje, me callaría, pero te quedas aquí, cuidando a ese Otelo que tienes de mascota, vas a terminar como la vieja de los gatos... Anda, vamos a bailar.

¿Por qué no? se preguntó, adoraba bailar, con su madre bailaba todo el tiempo «bailar, bebito, hace libre el alma, no importa cómo te muevas, no importa si lo haces bien o mal, baila y liberas tu espíritu, los antiguos lo hacían, era casi como una manera de orar con sus dioses.»

Sonrió, su mami siempre hablaba en los mejores momentos.

—¡Vamos!

—¿En serio?

—Ajá, verás, sé moverme —soltó una carcajada.

—Presiento que si nena, vas a ver, Carlo hace arder la pista, a veces hasta parece heterosexual, es grandioso.

—Pero primero, Chesterton.

—Diablos, estos ingleses locos, son tan cáusticos, cínicos, y sin embargo, escriben tan bello.

—Eso es lo que los hace especiales, almas reservadas pero con el diablo adentro.

—¡Viva Inglaterra! Al menos dieron material para soñar.

—Así es, mi amigo.

Tenía toda su música guardada bajo llave, se paró frente a la puerta, era como abrir un umbral al pasado, a su niñez, a su inocencia. Se acordó la primera vez que vio un violoncelo, tenía tan solo tres años, pero era un recuerdo tan vivido que ni siquiera el tiempo lo había esfumado, ese enorme monstruo de hermoso color caoba, invitándolo a jugar, recordó como él, tan pequeñín, lo tocaba maravillado, mientras que el instrumento se alzaba casi devorándolo. Su primer amor, una pasión que lo envolvió desde niño.

«—La técnica, Arden, es muy importante, para muchos, es lo único, lo fundamental. Pero yo te lo digo: la técnica es solo apariencia si no la usas con pasión. ¡La pasión lo es todo! Toca el cello, pulsa cada cuerda de este magnífico instrumento como si de eso dependiera tu vida. Haz que cada nota que saques sea un latido de tu corazón hermoso que se mueve por la pasión.»

Esas eran las palabras de su maestra Rondha, la que le enseñó todo lo que sabía sobre el cello y la que puso cara de decepción cuando un día, lleno de rabia, pateó el hermoso y costoso Wyss.

«—No me interesa ser el próximo gran chelista del mundo, la música es una mierda, la odio y la odio a usted.»

«—No digas eso, niño. Tú eres una obra de arte, eres mi obra de arte, lo que nunca pude ser yo. No te niegues, Arden, mi amor, no te niegues ¡tú tienes el talento y la pasión!... ¡la pasión!»

«—No sea ridícula. La pasión, ¿la pasión? No la quiero, usted y su puta pasión de mierda, se pueden ir a la porra. No volveré a tocar ¡jamás!»

Rondha Pozzuoli aquella emigrante italiana, profesora de música, que le dedicó casi diez años de su vida exclusivamente a él –y todo para que un día, con la patada a un cello, lo tirara por la borda– desapareció de su vida, sin saber que el mismo día en que su alumno predilecto renunciaba a sus sueños y a sentir pasión por la vida, también iniciaba su camino de la destrucción. La burbuja que recubría su vida de belleza, explotó; la música ya no lo salvaría de su ira, no más, Tara Spencer, ese día exacto, caminó hacia él y su mundo se llenó de rencor.

Temblaba, pero no desistió, poco a poco se acercó y abrió la enorme discoteca. «Por si algún día sientes nostalgia, querido... simplemente, tu música te estará esperando» así había justificado Jacqueline su insistencia para que mantuviera la valiosas colección de grabaciones y partituras en su casa. Bach, Beethoven, Boulez, Brahms, Dvorak, Fauré, Prokofiev, Shostakóvich, Vivaldi, todos los compositores alfabéticamente ordenados. Grabaciones de Mstislav Rostropóvich, Pau Casals, Jaqueline Du Pré, Yo-Yo Ma, Mischa Maisky, George Neikrug; más de mil discos, sobre quinientas partituras que, desde que se instaló en el departamento, habían permanecido en una habitación sucia de polvo y nostalgia. Si bien permitió que su madre la instalara, nunca la visitó, ni dejó que Rosario entrara a limpiarla.

El olor a pasado le golpeó la memoria y caminó hasta su primer cello que estaba en medio de la sala, apoyado en un atril, recorrió la madera con sus dedos para detenerse en cada una de las heridas que encontró, evocó la sensación embriagadora que lo afectó cuando pasó el arco sobre las cuerdas por primera vez atravesé un campo minado y salí ileso. Tan difícil, tan hermoso «solo los mejores lo tocan y en tus manos es mantequilla.»

Entre los discos, buscó el concierto de Dvorak, hoy lo había vuelto a escuchar y fue un recordatorio de su niñez, de su amor por la música, de sus sueños, de Rondha. Un recordatorio de la pasión que se había ido y ahora sin aviso, había vuelto como un rayo que cayó de la nada y se plantó ante él, de nuevo. Estaba parado frente a la tormenta, frente al cello, como la primera vez, antes de tocar a su compositor favorito y sentía ¡fuego! Se sentía retado, embriagado, intoxicado. Pasión, Arden, pasión. Volvió el disco a su lugar, quería escucharlo todo, parecía un niño frente a una confitería poco a poco, Arden, poco a poco deja que ella llegue a tu vida, poco a poco, algo suave y tranquilo... quizás, una suite de Bach. Temblaba, la música volvía a su vida, su hermosa, maravillosa música... poco a poco, poco a poco.

Se acostó en el diván y el efecto arrullador de las cuerdas, el cansancio, las medicinas para el dolor y el saber que ya su sueño tenía rostro y nombre lo llevó a dormir en su sala de música como un bebé recién nacido.

Su amiga era una torturadora, le había hecho escurrir el cerebro con ese ensayo, sus ojos le ardían, era casi la seis de la tarde. Se paró frente a la ventana y miró hacia la calle.

—Mimí, hay dos hombres parados desde esta mañana frente al edificio.

—¿Dónde? —Mae vio hacia la calle, pero no vio nada— oye yo no veo nada, esta ciudad te está volviendo paranoico.

—No, nena, en serio, los vi hace dos segundos ¿Dónde están? Te lo juro, dos tipos con caras de matones.

Marilyn se retiró de la ventana y fue hacia el computador.

—Casi terminado, Pete. Mañana le haces la conclusión y agregas los libros que faltan a la bibliografía.

—Chica, contigo a mi lado tendré hasta matrícula de honor.

—Tú eres muy inteligente, lo que pasa es que eres perezoso ¿Cómo vas a hacer cuando te toque pintar enormes cuadros para ganarte la vida?

—No creas, por dinero trabajaré hasta desmayar.

—¡Peter!

—Broma, cielito, ¿Qué vas a pintar en este bastidor? —tocaba la tela que tenía en el atril de la terraza.

—Manos... es para la clase de veladuras, transparencias y trabajos tonales.

—¿Manos?

—Sí, manos enguataadas tratando de tocar un instrumento.

—¡Ay, amiga! Eres tan creativa, tan inteligente ¿Cómo se te ocurren esas cosas? Yo, apenas voy a pintar un ramo de flores. Pero con esta noche de rumba, me voy a vengar... quedarás agotada y ni así me podrás llegar a los talones.

—¡Uy! Me da miedo tu tono.

—Na, conmigo y con Carlo no peligras, iremos a cenar en el restaurante donde él trabaja, después iremos a bailar y te traeré a casa, justo antes de que tu gato se convierta en pantera.

—¿A qué hora salimos?

—Las ocho está bien; ahora, te quitas esos pantalones horribles que tienes puestos y abres tu closet. Marilyn Baker, hoy eres mía.

—Cuidado, Pete, no soy una Barbie, no me vayas a transformar en algo que no soy.

—No, solo sacaré a la ninfa rabiosa que tienes dentro, al menos cuento con tus fabulosos zapatos, después de eso, lo demás se arregla.

La presencia despreocupada de Peter en su vida era algo refrescante, Stella, Suzanne y hasta el mismo Tom, seres que adoraba, no tenían esa cualidad que el chico de veinticuatro años hacía gala, una cualidad que ella necesitaba, la capacidad de la diversión sin responsabilidad, la alegría de alguien que no piensa en el mañana.

Peter desparramaba la ropa en toda la cama.

—¡Dios, Mimí!, eres una criminal de la moda, ¿estás faldas y blusas de diseñador tan grandes? ¡Qué terribles!, ¿son tus uniformes?

—Son, eran para mi trabajo.

—¿Eran?

—Sí, renuncié el miércoles.

—¿Qué? ¡Noo! ¿Fuiste capaz de dejar a ese Sol? ¿Por qué, Marilyn? ¿Por qué?

—Pete, pareces una diva del cine mudo con tanto drama. No lo soporté, le grité y renuncié.

—¿Le gritaste a Arden Eros Dios del Sexo Russell?

Si supieras que faltó poco para que me acostara con él y que estuvo aquí durmiendo en mi cama, morirías.

—Te lo dije, es un idiota.

Bello idiota.

—Debe odiarte.

—No me importa, al menos no lo veré nunca más en mi vida.

—En serio, Marilyn Baker, yo no te entiendo. La mitad del país mataría por estar a diez metros cerca de él y tú te das el lujo de gritarle. ¡Wow! Sí que eres un caso raro.

—Mi amigo, no tienes idea cuánto.

—Bueno, el lunes, en la aburrida clase de Terrence, me cuentas todo, ahora ¡vamos a ver qué hacemos con esta ropa y contigo!

—Hey, tengo buena ropa, no molestes.

—Algunas cosas sirven, lindos vaqueros —Peter estiró el brazo y del closet de su amiga comenzó a escoger ropa— este es perfecto, ahora, mmm una camisa

cómoda, ¡esta me gusta!

— Harás que muera de frío.

—Una buena chaqueta ayudará —escaneó la habitación buscando el accesorio perfecto para su amiga— ¿Qué es lo que tienes en esa caja?

—Accesorios, herencia de mi madre.

—Muestra.

Pete gritó, pero de emoción.

—¡Carajo, amore mío, tu madre era fantástica! ¿Sabes cuánto vale todo esto?

—Son chucherías.

—¿Dónde está tu sensibilidad de artista? Son cosas muy bellas y particulares, tienen vida, hablan, dicen muchas cosas.

—¿Tú crees?

—¡Claro!, te verás maravillosa.

—¿Seguro que no te equivocaste de carrera?

—No, el buen gusto va en mi sangre, estudie lo que estudie, yo seré siempre chic, elegante e impactante —se quedó mirándola de manera clínica.

—Me das miedo.

—Te sueltas esa melena, maquillaje para resaltar tus ojos y boca, unos zarcillos, una pulsera y collares de tu madre, tus Manolo Blahnik rosa y listo, parará el tráfico.

Mae bajó la cabeza.

—No, Pete, yo no soy así, ya no lo soy —lo dijo de manera triste.

El muchacho la tomó de las manos y la miró a la cara.

—¡Ay, amiga, no tengas miedo! solo soy yo, tu amigo —los ojos de Peter chispeaban divertidos, su mejor amigo en aquella ciudad, un ángel excéntrico que era capaz de traerla a la juventud y a la risa—, no tiene nada de malo ser superficial de vez en cuando, no tiene nada de malo disfrutar tu belleza — tomó un mechón de su cabello y lo tiró hacia atrás—, esa perra tiene vida corta, se irá más pronto de lo que crees, así que ámala, abrázala, gózatela. Yo sé que tú eres más que ese cabello lindo que tienes, que esa cara de muñeca con piel de porcelana y que ese culo fantástico que ocultas, ¡yo mataría por tener uno igual! —Marilyn soltó la carcajada haciendo un mohín gracioso ¡qué diablos! Sí, tenía un hermoso trasero, era parte del gen Gerard.

—Estás loco...

—No es malo ser bella, además, eres la chica más inteligente del mundo, la mejor amiga, tremendamente combativa, con una lengua capaz de derribar el más grande ego, Hoffman y Russell la han probado, vamos linda, sal, déjate ver, deja que los demás disfruten de ti, aquí encerrada no veras el mundo ¿quieres ser artista?, ¿pintora?, ¿escritora? Prueba la vida, sal a la calle, vive; maquillaje, zapatos...cosas, no son tú, pero déjalos estar, son parte del carnaval.

Marilyn se abalanzó y lo besó tiernamente en la mejilla.

—¡Qué diablos! Has de mi lo que quieras ¡Hoy vamos de rumba!

—¡Esa es mi chica!

A la media hora, Marilyn se veía frente al espejo, su madre, la hermanastra y su ninfa lobuna aplaudían. Tenía veintitrés años finalmente. No estaba vestida de manera sofisticada, a excepción de sus zapatos, se veía joven y divertida, un dejo de Aimé apareció en su rostro, solo le faltaban los ojos avellana de ella y el rastro de sus pecas, pero allí estaba, su madre, bonita, salvaje, dispuesta a comerse el mundo.

—Pete, eres un artista.

—No, lo que pasa es que llevas ocultándote tanto tiempo que no sabes que eres dinamita —le pasó su chaqueta, la roció de perfume y dijo— hacia ti vamos ¡Nueva York!

—¡Dios!, siento que me llevas a la perdición.

—¡Exactamente!

Se sentía como un completo idiota sentado en su auto, no sabía qué hacer. Inventaba miles de escenarios, se veía en su puerta con algún estúpido pretexto diciéndole cualquier cosa, quizás la verdad.

—Marilyn, puedes creer que estoy loco pero por alguna razón cósmica te soñé desde niño, tu olor, tú... ¡Dios, presiento que sabes delicioso! Tu piel, tu cuerpo, en alguna parte del universo está escrito que somos el uno para el otro ¡haz el amor conmigo, te necesito para respirar! ¡Fóllame ahora! es una súplica, una jodida súplica ¡fóllame ahora!

¡No! ella creería que estaba loco, ¡demonios! ¡Estaba loco! ¿Era posible presentir a una persona así? No, eso solo pasa en los libros, en las películas tontas... pero, le pasó a él, por alguna extraña razón que desconocía. El demonio jugaba sus dados del caos con él y como siempre era el maldito perdedor, pero ya no más, jugaba a todo, y por el maldito todo.

Tú ya estabas en alguna parte, en las sombras, en mis sueños, en mis libros, en la música, en todo, hasta en mi vida con Chanice ya estabas tú, de alguna manera yo sabía que mi relación con ella fallaba, falló horriblemente porque no eras tú, «no me amas lo suficiente» me dijo un día, Dios, es verdad, yo no la amaba lo suficiente, había algo que se interponía, tú. Si no hubiera sido tan estúpido, sino hubiera estado tan loco, tan lleno de rabia, tan deseoso de lastimar a mi padre, todo habría sido diferente, estaba tan ciego, debí reconocerte de inmediato, desde aquel día en que entraste en mi oficina tiritando como una hojita, mi hermoso ángel.

De pronto, la vio salir del edificio. Es ella, ¡mírala Russell! se moría de risa, iba tomada de la mano con un chico que le hablaba gesticulando exageradamente.

¿Quién es ese idiota? ¿Su novio! Que cretino eres, ¿acaso creías que ella no tendría un novio? ¿Un amante? Los celos lo consumían, celos de todo ¡mira! Está bonita para él, no con esa ropa de anciana que siempre se pone, se suelta su cabello, ¡se maquilla!

Golpeó frenético el volante del auto, cerró los ojos piensa, piensa, se te va de las manos. Todo el maldito ego, todo su orgullo se fue al piso, siempre contó con el hecho de que ninguna mujer se le resistiera, fuera por su físico, por su dinero, por su poder, por su sexo dispuesto y ¿ahora? Ella salía con otro hombre. Demonios, Baker no tienes derecho... no, eres tú el que no lo tiene, no lo tienes, sientes celos de alguien que te besó y ni siquiera le importó, de alguien que no te conoce, de alguien que te detesta. Y la palabra patético resonó en su cabeza una y otra vez, sin embargo, la desoyó y cuando los vio tomar un taxi y sin pensarlo dos veces, los siguió.

—Estoy impresionada, me gusta.

—Aquí trabaja mi machote italiano.

A los pocos segundos, salió un hombrón de cabello y ojos oscuros, no muy alto, pero tremendamente musculoso, todo lo contrario al delgado y alto Peter, se arrimó a la mesa y le guiñó un ojo al chico.

—Carlo, te presento a Marilyn Baker, ya conoces a su gato.

El recién llegado sonrió y mostró sus dientes relucientes, le tomó una mano e hizo como todo un galán de película antigua.

—Come sei bella, ragazza! e i capelli e come la notte al chiaro di luna —y le dio un dulce beso.

Se ruborizó y lo miró con timidez, el novio de Peter se comportaba como un caballero antiguo, galante, romántico y totalmente italiano.

—Gracias, no entiendo italiano, pero eso sonó lindo.

—¡Que hermosa eres, muchacha! y tu pelo es como la noche iluminada por la

luna —le tradujo Peter—. Y, ¡basta! no sigan con los piropos que me voy a poner celoso —hizo un mohín juguetón— ¿qué nos vas a preparar?

—Primero, ensalada de naranja, arroz a la parrillada, bacalao a la lucana y zanahorias a la scapece, acompañada de un vino blanco.

—Dios, no podré moverme con todo eso.

—No te preocupes, cariño, bailando, todas esas calorías se irán para el carajo, es hora de ser hedonista, además con esa manera tuya de hacer ejercicio deberías comer más.

Durante la cena, Peter contó más de sus graciosas anécdotas y la chica se entretuvo tanto —como no lo hacía en muchos años— que hasta se olvidó de lo que había pasado en la mañana.

Afuera del restaurante, a Arden se lo llevaban los mil demonios, desde el amplio ventanal podía ver todo y con sus pensamientos cruzados por los celos, le pareció una promiscuidad que no solo estuviera con uno cenando, sino con dos ¡dos! Y el otro casi le devora la mano, tenía deseos asesinos, prender el auto y entrar en el restaurante y matarlos ¿qué clase de chica eres? ¡Mierda! No importa, yo he sido un animal, no tengo derecho a juzgar. ¡Señor del Dolor!, odio ese sobrenombre, pero me lo gané a pulso.

Estaba ardiendo de rabia, la miraba, riendo divertida, conversando con ambos hombres, el otro claramente era el chef del lugar. La vio ponerse una de las manos sobre su cara en actitud concentrada mientras el otro hablaba, después la vio comer, mientras que hacía unos gestos sensuales con cada bocado.

Debería irme de aquí, me estoy volviendo loco, ¡no lo soporto!

Había sido un ciego durante tantos años y ahora cuando la luz volvía no podía aguantar el encandilamiento de Marilyn Baker, no la vio durante años y de pronto ella estaba en su ser total frente a él.

Pegado a la silla y al volante de su automóvil, cada minuto era una tortura. Una hora después el tipo de grandes músculos se sentó con ellos a la mesa a conversar, mientras que miraba a Marilyn con ojos maliciosos.

—Te voy a confesar algo, preciosa, siempre creí que eras un gafufa fea y con bigotes.

—Oye Carlo, yo nunca dije eso.

—No, pero siempre decías Marilyn es inteligente, Mimí lo sabe todo, Mimí va a ser una gran artista y yo pensé ¡que chica tan aburrida! Y mírate pareces una diosa.

—Me halagas, Carlo.

—Que sea homosexual no quiere decir que sea ciego, eso de admirar a las donne está impreso en mi ADN de italiano, serías el sueño de mis padres, una mujer hermosa que me de niños sanos, de hermoso cabello oscuro y ojos como el sol ¡que ojos donna, que ojos!

El tema no le gustó mucho a Peter quien siempre le recalca a su pareja el hecho de no tener el valor de enfrentar su sexualidad frente a su familia. Marilyn sabía eso y cambió inmediatamente la conversación.

—Bueno, chicos ¿Dónde me llevarán a bailar?

—¿Qué te gusta bailar?

—De todo.

—Te llevaremos a un lugar muy divertido. Esta noche es para ti, cara mía. En media hora termina mi turno y nos iremos.

Marilyn aplaudió.

—¡Sí!

Efectivamente, a la hora estaban en un gran club que tenía tres pistas de baile con distintos ritmos. Estaba asustada, en tres años en Nueva York nunca había salido, sentía vértigo y emoción, su juventud estaba allí por primera vez en mucho tiempo. Todo ese tiempo escondido en una universidad, en sus libros y en una oficina. El espíritu de Aimé estaba en ella, su madre la empujaba a vivir, a dejar sus demonios atrás y a experimentar sus veintidós años.

La pista vibraba y ella lo sentía a través de todo su cuerpo, cerró los ojos y quiso olvidar sus últimos años, la muerte de seres que amaba, los golpes de Richard en su cara, sus palabras, su soledad, sus lágrimas, un príncipe oscuro y frío que la miraba con desprecio y que se atrevió a besarla. Su ninfa empezó a moverse y la boba de la hermanastra tarareaba la música. Sin pensarlo se lanzó a la pista y llamó a Carlo y a Pete con una señal de sus dedos, una invitación que los hombres recibieron gustosos. Beyonce cantaba Naughty Girl, Carlo tomó sus caderas y Pete bailaba pegado a su espalda.

—¡Yo lo sabía!, eres una mala chica, ¡muévelo, nena! el mundo es tuyo.

Bailar para celebrar la vida, bailar para celebrar la muerte.

La veía bailar desde el segundo piso, se movía sexy, veía sus gestos de diversión, como se mordía su boca, como movía sus caderas llevando el ritmo de la música, sus brazos levantados en un movimiento sensual, como jugaba con su cabello, ella le dolía en todo su cuerpo, sentía nostalgia de todo aquello que no poseía aún. Viéndola bailar podía olvidar el sufrimiento y la soledad de todos esos años, si ella sonreía él sonreía también, toda la gente desapareció y solo quedó ella bailando para él, podía tocarla con el pensamiento, rozar sus mejillas y sus labios, perder sus manos entre su cabello, sentía la sensación

de sus pezones bajo los dedos, escuchar el sonido de su corazón cerca de su oído, meter su lengua en su ombligo, dormir en su vientre, oler su sexo Dios quiero eso, mi boca penetrando su conchita dulce y pequeña, sus piernas atrapando su cabeza, sus manos instándolo a seguir, sus sonidos, sus ojos profundos. Quería hasta beber su sudor, deseaba hasta beber su sangre.

—Quiero besar tus labios.

—¿Mi boca?

—No, tus otros labios.

—Yo también quiero eso.

Pienso en ti, en tu calor, en mí llenándote toda, en tu humedad... no quiero que nada se interponga entre tú y yo, mi piel contra tu piel, mi semen derramado en ti, dentro de ti y sobre ti, nena te deseo tanto que me muero. Di mi nombre, grítalo fuerte, solo mi nombre, tan solo mi nombre, porque el tuyo es la única palabra que quiero pronunciar.

Pero allí estaba rodeada de esos dos hombres que bailaban con ella, de otros que la miraban bailar y él no se le podía ni acercar y se odiaba por eso... Ojalá todo fuera diferente, ojalá yo no fuera lo que soy y no hubiera sido lo que he sido, quisiera ser un hombre conociéndote en otras circunstancias, salir contigo, ir al cine contigo, estar bailando en este instante contigo, pero no, tú tienes una vida en la que parece que yo no entro. Quiero ser otro hombre, Baker, otro menos yo.

Sin embargo no fue capaz de quitarle la mirada, ella era su sueño, la fe de su hermana, su ideal, ella era suya aunque no lo supiera.

Tres horas más tarde, Marilyn estaba rendida, le dolían sus pies de tanto bailar, la mejor noche de su vida, libre, sin preocupaciones, se sentó en la mesa y se tomó su soda, levantó su mirada hacia arriba y casi pegó un grito cuando vio a Arden mirándola como un águila a punto de cazar un conejo.

—¡Dios mío!

—¿Qué? —preguntó, Peter.

—No mires para arriba —pero, más tardó ella en decirlo que él en hacerlo.

—¡No mires! Arden Russell está allá arriba y me estaba observando.

—Mimí, yo no vi a nadie, te lo juro.

—Él estaba allí.

—Carlo mira hacia allá y dime si un hombre altísimo y bellote nos está mirando.

Carlo se paró de la mesa y sin empacho observó el segundo piso de la enorme discoteca.

—No, yo no veo a nadie.

—Te lo juro, Peter, estaba ahí, arriba.

—Pues, ya no está ¿no te lo habrás imaginado?

Si, tiene razón, ese hombre no estaría en un lugar como este, es demasiado snob y estirado para venir a estos barrios. ¡Deja de pensar en ese idiota!, estás obsesionada con él, ¡loca!

—Quizás, trabajé con él durante tanto tiempo que creo que lo veo en todas partes.

—¿Quién? —pregunto Carlo.

—Arden Russell.

—¿Trabajaste para él? No me contaste, Peter.

—Sí, durante tres años he estado en su empresa, fui su secretaria personal.

—¡Wow!, eres una caja de sorpresas donna, el tipo es dueño del mundo.

—Eso es lo que él cree, pero tuve el honor de renunciar.

—Chica valiente, nadie queda vivo cuando se le cruza en su camino —Peter y Mae lo miraron sorprendidos—. Lo leí en un artículo de News Week — encogiendo sus hombros, se justificó.

—Yo sí, sobreviví.

Tres de la mañana, la rebelde.

—Peter, mis pies. No es bueno bailar en tacones de diez centímetros —se quejó, bajándose del taxi que los trajo a su departamento.

—Tenías locos a todos los hombres. Debes aprender que ser sexy no es cuestión de comodidad.

—Yo no soy sexy.

—Si lo eres, donna, todos babeaban, lo que pasa es que ninguno bailó contigo porque estábamos los dos pegados a ti como moscas, yo no hubiera permitido que nadie te irrespetara, las mujeres se cuidan.

—Eres todo un macho territorial italiano, Carlo.

—Ajá —en un gesto rápido, la levantó del suelo y la cargó como una doncella en apuros.

—¿Qué haces? —emitió un grito divertido.

—Si te duelen tanto los pies yo te llevaré hasta tu apartamento.

Tres de la mañana, el tirano.

Cuando ella lo descubrió, sintió pavor y se escondió en un lugar estratégico, donde podía verlo todo pero, donde nadie lo veía. Se sentía en estado suspensivo, si alguien le hubiese preguntado cómo era ella, la habría descrito hasta el mínimo movimiento: sus manos mariposas cuando hablaba, el mohín de su boca, la manera relajada de sentarse, el ritmo de sus caderas cuando caminaba. Los zapatos. Repasó sus descubrimientos más recientes: que las uñas de sus pies estaban pintadas de rosa, que durmió en su cama y olía a cielo... y su sonrisa de niña ¡Oh Dios! ¡Cómo bailaba!

Cuando ella llegó con sus dos amigos, Russell llevaba media hora esperándola dentro de su auto que había estacionado cerca del portal del edificio, cuando vio al hombre musculoso cargarla como si fuera una pluma y entrar en compañía del otro chico, estuvo a punto de salir de su escondite y golpearlo. ¿Qué mierda iba a hacer con esos dos hombres en su apartamento? ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! Tenía una mente tan sucia, que pensó lo peor, él también se había metido con varias mujeres en la cama cuando estaba en la universidad. No lo pienses Russell, ni siquiera lo pienses, ella no es una cualquiera, no lo es, yo lo sé.

—¿Quieren tomar un cafecito, chicos?

—No, amore, estamos muertos, fue una gran noche, ¿no es así?

—¡Maravillosa!, gracias a los dos.

—Cuando quieras, linda, ¿qué te parece la otra semana?

—Peter, ¡no! Estamos en finales, pero dentro de quince días, quizás.

—¡Fantabuloso!

—Buenas noches, amigos.

—Buenas, hermosa.

Arden los vio salir y le volvió el alma al cuerpo, tan solo se demoraron cinco minutos. Observó a los dos tipos con rabia, pero cuando vio que los dos se besaron, soltó una carcajada. ¡Idiota, son homosexuales!, con razón nunca hubo un verdadero roce íntimo. Siempre pensando que todos son como tú, Arden. Miró hacía arriba, vio como la luz de la habitación de la chica se prendió. Ojalá yo pudiera estar allí con ella.

En ese momento no pensaba en sexo, pensaba en la intimidad de compartir el cuarto con una mujer, verla ponerse su pijama, desmaquillarse, cepillarse los dientes, conversar, compartir lo que les había ocurrido en el día, tomar un café, vino quizás, darse las buenas noches, sentir su respiración mientras dormía. Intimidad, nunca la he tenido, con ninguna de las mujeres... necesito intimidad.

Puso la cabeza sobre la almohada y el olor de Arden Russell le llegó en pleno a su nariz él estuvo aquí y dejó su perfume en mi almohada, mañana iré a la lavandería y su olor se irá de mi cama y de mi vida, aquel olor narcótico la hizo dormir más rápido. A la media hora empezó a soñar con él, su presencia magnífica iluminaba la estancia, estaba allí, parado frente a su cama tranquila, nena, yo cuidaré tu sueño se despertó alterada y lo buscó con la mirada, cuando no lo encontró, exhaló resignada ¡Patética! El lunes, el lunes iré a liquidar todo con tu compañía y no te veré más.

El domingo había sido un día muy largo, lo único bueno fue su hermana Ashley que apareció en su apartamento junto con Mathew. Los recibió con una enorme sonrisa y por primera vez en años se atrevió a ser el hermano mimoso que era cuando niño. Hermana y cuñado estaban sorprendidos y bastante extrañados.

—¿Qué te paso en la cara? ¿Te peleaste de nuevo?

—Sí, pero te prometo que será mi última pelea.

—¿De este año?

—Ten fe en mí.

Conversaban, Mathew lo miraba con ojo clínico.

—No sé, mi amigo, pero ¿qué te pasa?

—Nada.

—Algo se pudre en Dinamarca, lo huelo.

—Déjame en paz, Mathew —le dio un leve puñetazo en su brazo.

Ashley ahogó un grito al ver CD de su hermano sobre su cama.

—¿Has estado escuchando música?

—Alguna.

—Ya veo —ocultó su alegría— ¡voy y vuelvo! —se escondió en el baño para llamar a su madre— ¡mamá, ha estado escuchando su música!, hace años que no la escucha, y ¡está comiendo como un ser humano normal! Está de lo más conversador, mamá, y se dejó tocar por mí, ¡es extraordinario mami!

—¿En serio, cariño? Pero no te dejes llevar por el entusiasmo, hija, a veces él es así, luz antes que la oscuridad se acerque. No lo asustes con preguntas, tú sabes que no le gustan, con calma, por favor.

—Estoy feliz.

—Yo también, pero tranquilízate, se lo diré a tu padre pero, te repito, ten calma.

Arden llegó más temprano de lo usual.

Llamó a jurídica y nómina, mando que congelaran la liquidación de Marilyn. Cuando llegó Rebecca la mandó a llamar.

—¡Dios! ¿qué querrá ahora?

La chica entró a la oficina, tenía terror de ser la secretaria personal mientras no encontraran otra. Rogaba por que fuera pronto.

—¿Siéntese señorita...?

La chica intentó no rodar los ojos, nunca se acordaba de su nombre.

—Larson, señor.

Arden hizo una mueca de no me importa. Sin embargo se fijó en la chica siempre está tan nerviosa.

—Quiero preguntarle algunas cosas, pero debe jurarme que esta conversación no saldrá de aquí.

—Sí, señor.

—Cuénteme sobre la señorita Baker.

—¿Perdón, señor?

—Sí, ¿qué sabe de ella?

—No sé a qué se refiere.

Arden tamborileó con sus dedos el escritorio y acuchilló con sus verdes ojos de gato a la pobre Rebecca quien estaba que saltaba por la ventana, ese hombre le ponía los pelos de punta.

—Sí, su trabajo, su vida ¿Quién es? —en un segundo presa de la impaciencia se levantó de su silla de presidencia y como un tigre comenzó a rodear a Rebecca que enterraba sus uñas en sus muslos.

Becca estaba atónita ¿para qué quiere saber? ¿La va demandar? ¡Oh no,

pobre Mae!

—No se preocupe, es por cuestiones de su liquidación —le sonrió, era la primera vez que le sonreía, para la secretaria fue como si viera algo imposible, nunca, nunca le había sonreído. Eso la intimidó más.

—Lo que yo sé es muy poco. A ver, es muy reservada, parece que todo gira alrededor de sus libros, de sus pinturas y de su universidad, nunca habla de sí misma más de lo preciso, es muy ordenada, eficiente y discreta. Susy la adora y su esposo también lo hacía, eran su única familia aquí en Nueva York, cuando el señor Ford murió fue terrible para ella. Un día la vi llorando en los baños con unos tiquetes para un concierto de jazz en el Carnegie Hall, los había comprado para ir con él. Era como su papá, ya que su verdadero padre está muy lejos.

Sola en esta enorme ciudad.

—¿Qué más? Cuénteme.

Rebecca comenzó a llorar como una boba.

—¿Por qué llora? —juntó sus labios en síntoma de furia concentrada.

—Usted me va a despedir.

—¿Por qué carajo la voy a despedir?

—Yo... yo hice algo muy malo con Mae.

—¿Mae?

—Sí, sus amigos la llamamos así.

¿Sus amigos? Yo ni siquiera estoy en esa categoría

—¿Qué fue lo que usted hizo tan malo?

—Su primer día de trabajo con usted fue aterrador, señor.

¡Demonios! ¿Qué hice? La intimide, su café, su ropa, ¿Baker? ¡Merlina gárgola Baker! ¡Mierda! Temblaba, era su primer día conmigo y no fui capaz de ser amable aunque fuera por cortesía... ¡espera! Yo nunca fui amable con ella, nunca le di las gracias por nada, yo le gritaba por todo, la hice sentir tonta e inútil, la hice trabajar de más, le daba órdenes estúpidas tan solo por probarla y ella simplemente callaba ¡me burlé de ella en varias ocasiones! trágame tierra y ella lo sabía, maldición, debiste dispararme. Si me vuelve a hablar será un milagro.

—Ese día fue terrible

¿Por qué no me acuerdo?

—¿Qué pasó?

—Ese día ella estaba muy asustada con usted, no estaba segura si podría con el trabajo, pero Suzanne siempre la alentó, pero precisamente ese día usted tuvo el altercado con Coleman ¿se acuerda?

Arden asintió el hijo de puta ladrón, aún no le he podido sacar la información sobre la maldita fuga.

—Usted lo golpeó y todas estábamos tan asustadas, le aseguro señor que no es buena manera de comenzar un trabajo.

¡Mierda!, un troglodita, eso debió haber pensado.

—Después —Rebecca comenzó a llorar de nuevo.

—Deje de llorar que me exaspera.

La chica hacía hipos.

—Entonces, se perdió un contrato, yo lo traspapelé y empecé a temblar porque usted me despediría... yo, yo tengo mi madre muy enferma señor y este trabajo es lo único que tengo.

—¿Qué tiene su mamá?

—Cáncer, cáncer linfático, es terrible y no puedo perder el seguro, yo lloraba, tenía terror de enfrentarme con usted.

¿Cáncer? Demonios, de lo mismo murió mi abuelo.

—Entonces, Mae se ofreció a decir que ella había perdido el contrato, a riesgo de ser despedida el primer día de trabajo.

—¿¡Qué!?! —dijo un puño furioso contra el aire, Becca saltó de su asiento— ¿usted permitió que se echara la maldita culpa?

—Yo, yo no se lo iba a permitir señor, pero ella insistió, dijo que conseguiría otro trabajo y se enfrentó a usted, es una chica valiente, algo hay muy extraño en ella, una fuerza interior que ni Suzanne ni yo pudimos nunca entender, semejante niña y es un guerrero.

Se acordó de cómo Suzanne lo enfrentó y empeñó su palabra por ella. Ese día el estúpido contrato Finn, contrato que él aplazó ser firmado casi durante un mes y tan solo por demostrar el mando la hizo buscarlo por todo Nueva York ¿Bronx? ¿Brooklyn?, había arriesgado hasta a la señora Ford por arrogante e idiota.

—Finalmente, lo encontró y se lo trajo. Todo el día caminando de acá para allá por mi culpa, yo debí habérselo dicho Señor Russell, pero no lo hice, ella me habría matado si yo le comentaba algo, fui egoísta e irresponsable.

—Lo fue, señorita Larson, uno debe enfrentar sus responsabilidades —dijo furioso si no fuera porque tiene a su madre tan enferma la echaba por idiota— ¿qué pasó después? ¿Hizo algún comentario?

—No, jamás, señor.

—Yo no le caía muy bien ¿verdad?

La chica esquivó la mirada.

—No, usted no le cae bien señor, pero jamás dijo nada. Cuando murió Thomas, varias veces quiso renunciar, pero fue más su compromiso con Suzanne que su deseo de estar aquí la que la mantuvieron, un día la escuché decir algo «soy salvaje lo que pasa es que nadie lo sabe» yo me reí, los artistas hablan extraño señor, pero miércoles cuando se enfrentó con usted lo entendí, entendí porque me quiso ayudar, entendí que soportara la presión, entendí su actitud con usted.

—¿Qué entendió, Rebecca? —la miró de manera amenazante.

—Ella estaba aquí por mera voluntad, no porque de verdad lo necesitara... para ella, este trabajo era absolutamente apático.

Él frunció el ceño e hizo una mueca, agarró unos documentos y fingió leerlos. Lo que realmente deseaba era agarrar a la secretaria sentada frente a él y despedirla.

—Esta conversación, le repito, es entre usted y yo, llame a la señorita Baker y dígame que la espero para que finiquitemos las cosas pendientes. Dígame que es hoy, ¡urgente!

La chica se levantó, una gota de sudor corría por su rostro y corrió lejos del despacho lo más rápido posible. Arden resoplaba ¿indiferente? Claro que lo eras, ahora entiendo tu tono de voz, tu actitud frente a mí, tu frialdad, siempre me contestabas de manera escueta y con monosílabos, nunca contraviniste una orden porque en realidad no te importaba, el miércoles cuando me levantaste el dedo, resumiste tus sentimientos hacia mí ¡carajo! Ni siquiera me odias, te soy absoluta e irrevocablemente indiferente.

Recibió la llamada de Rebeca como a las nueve de la mañana ¿urgente? ¿Qué diablos? No iba a correr que se espere, tengo muchas cosas que hacer, yo ya no trabajo para él, que no moleste.

—Pero, ¿te mueres por verlo? —preguntó su muy puntillosa ninfa.

—¡Cállate!, no, no quiero ver su hermoso y estúpido rostro. No quiero ver sus labios, ni quiero desear tocar su cabello.

Mae no pudo evitar escuchar una larga carcajada de su muy desinhibido alter ego.

Desayunó despacio, jugó con Darcy un rato, empacó su ropa deportiva, después de la biblioteca iría al gimnasio y allí se quedaría por lo menos dos horas, estaría en Russell Corp. a eso de las dos de la tarde. Efectivamente, sacó de la biblioteca, tres libros increíblemente pesados, se quedó allí viendo una exposición de escultura, después se fue para el gimnasio, quería sudar un rato para quitarse la adrenalina y la tensión de tener que verle la cara al dragón.

¡Demonios! ¿Por qué no viene?

Cada cinco minutos se pegaba del telescopio de su oficina para ver si ella venía pero nada ¿qué le vas a decir? ¿cómo la vas a retener? Control, Russell, control, nada, nada se puede salir de tu control.

Faltando casi cinco minutos para las dos de la tarde la identificó entre el gentío, mientras cruzaba la acera vestida como una adolescente, con vaqueros raídos, zapatillas, camiseta y una chaqueta con capucha. Traía una mochila abultada y unos libros en sus brazos.

—Hey, niña pordiosera, no puedes estar acá —Hillary, saltó sobre ella cuando la vio entrar.

—Hola chicas —ignoró las palabras y besó a Rebecca en la mejilla.

—¡Por Dios, mujer! Eres una chiquilla, pero tienes el mismo mal gusto para vestir que tu otro yo de vieja.

La respuesta a ese comentario fueron dos sonrisas falsas. Hillary emitió un soterrado ¡bah! y salió de la oficina.

—¡Dios, Mae!, pensé que no vendrías.

—Pero aquí estoy, dispuesta a que el dragón me ataque.

Becca lo llamó por el intercomunicador

—Señor, la señorita Baker está aquí.

—Que pase —contestó, escueto.

—Él cree que aún tiemblo.

Marilyn, lo haces le puntualizó la hermanastra, a punto de un colapso. La ninfa, se acomodaba el cabello.

Entró, él estaba de pie, sin chaqueta, en el rincón reservado para el atril de su cello eléctrico, vestía pantalón negro, camisa blanca arremangada hasta los codos, corbata azul petróleo, suelta. En las manos tenía el arco del instrumento. Una corriente de frescura con aroma a manzana y canela recorrió toda la oficina y deshizo la primera capa de hielo que cubría a todo y el aire viciado y claustrofóbico, cambió.

—Se hace usted esperar, señorita Baker —la miró sin perderse ni un detalle de su presencia.

—Todas las damas lo hacemos, Señor Russell —ella respondió con ironía.

Arden, mi nombre es Arden ¿tiene que ser tan impersonal? ¡Oh si, idiota! ¿Baker? Siempre la llamabas con tono de burla.

—¡Siéntese! —dejó el arco en el atril y caminó hacia ella.

Marilyn dudó un segundo y fue el tiempo suficiente para que él le quitara los pesados libros, los pusiera sobre la mesa y le ofreciera la silla. Sus libros son tan pesados ¿cómo puede leer todo esto?

La empujó suavemente para que se instalara en la silla, ella se incomodó por el toque. ¿Por qué tiene que tocarme? Este hombre me da vértigo.

Él sonrió tímidamente.

—¿Estudias literatura?

—Arte, pero tomó optativas de literatura —su voz fue suave y se sorprendió haciendo charla con él, la chica tímida emergió en ella, pero su antigua coquetería también al pestañear levemente.

Arden sintió que toda su piel quemaba.

—Con razón los... los libros.

Se sintió incómoda y no lo ocultó ¿Por qué pregunta eso?

—Señor Russell, apresuremos este trabajo, tengo que ir a la universidad.

Control Arden, control, pareces un idiota hasta tartamudeas como un niño. Debes hacer algo para que se quede contigo, cualquier cosa, pero por favor no hagas el ridículo. Con solo parpadear puede hacer hasta que te arrodilles. ¡Cuatro años contigo! ¡Cuatro! y en este mismo edificio. Compartiste su aire y nunca te diste cuenta. Puta tontería ¡amor a primera vista!... si yo no fuera un cretino ciego, ella ya sería mía.

Un rastro de desconsuelo se reflejó en su cara quizás no, solo soy un patético hombrecillo rico con un apellido y nada más. El castillo de naipes de su enorme ego caía estrepitosamente.

—Aquí están los papeles que me acreditan como la persona encargada de sus cuentas y las de su familia, cuando sea conveniente firmaré traspasos, cada uno de los números privados de tarjetas de sus crédito que usted puede cancelar personalmente, las cuatro chequeras, las copias de seguros, y de contratos. No se preocupe, ya las cuentas están pagadas para este mes, de todo, sueldos para sus empleados personales y gastos. Aquí está la agenda que debe cumplir durante todos estos quince días, si usted quiere con su

nueva secretaria la puede cambiar, entregaré el portátil, además iré a sistemas para que cancelen mi cuenta de intranet, el celular ya lo tiene en su poder....

No la escuchaba, tan solo veía el movimiento de su boca, el movimiento de sus manos, la piel de porcelana, su hermoso cuello y el extraño brillo dorado que tenía su pelo oscuro que, húmedo y rebelde, se pegaba por mechones en sus mejillas y ella trataba de quitar.

—Señor Russell ¿me está escuchando?

—¿Qué? —preguntó cuando ella lo sacó de la ensoñación.

—¡Dios! Llevó casi quince minutos hablando sobre todo esto y usted no escucha —se levantó furiosa, agarró su mochila, cuando iba a tomar sus libros, su mano fue aplastada por la de él.

¿A dónde va? ¡No te vayas! Control, Russell ¡control!

—Mae, no te vayas, por favor.

¿Cómo me llamó, hombre insufrible? Mi nombre, por primera vez me llamo por mi nombre, ¡Dios! Su hermanastra, niña fea, quedó en suspenso y la perra loca de la ninfa sonrió ladina ¡Lláname nena, precioso!

—Tengo una proposición que hacerte, Marilyn. Sé mi mujer. Sé mi amante. ¡Desnúdate ahora y se mi amante! Dame una razón para estar más loco de lo que estoy.

Lo miró impaciente. Quería irse, estar con él era insoportablemente doloroso. Le dolía cada músculo, cada vértebra, los labios, el recuerdo de él en Las Vegas, el recuerdo de él en su boca.

—Siéntese, por favor.

¿Por favor?

—Señor Russell, tengo que ir a la universidad.

¿Por qué tienes tanta prisa por huir de mí?

—No te preocupes, tendrás todo el tiempo para ir a tu universidad.

La chica se sentó, agarrando su mochila. No confiaba en la amabilidad de sus palabras, era un extraño territorio para ella. Lo sintió tras de su espalda, se removió de su asiento; si antes su presencia le parecía la de un animal salvaje, ahora le resulta ser como la de un felino prehistórico preparándose para atacar a su presa. La hermanastra se escondía bajo la mesa y la ninfa le hacía señas para que supiera donde estaba.

—Suzanne te ama muchísimo, yo lo sé y su esposo, también te amaba. En tu

currículo están las cartas de recomendación que él y Stella Miller hicieron cuando recomendaron tus ascensos —solo él sabía lo malditamente libre que se sentía tuteándola, una intimidad que deseaba tanto como besarla.

—¿Cartas? Yo no sabía ¿Qué cartas?

—Cartas que hablan sobre tu inteligencia y deseo de aprender, es impresionante que hayas llegado hasta aquí sin la experiencia suficiente para ser mi secretaria, sin embargo superaste todas las expectativas con creces.

¿Qué? ¿Me está halagando? ¿Qué demonios le ocurre? ¡No me tutees! ¡No eres mi amigo! ¡Dios! ¿Podrías ser de nuevo el Dragón? A este hombre amable no lo conozco.

—Confieso que me sorprendí, no sabía que estudiabas algo relacionado con el arte, ser secretaria de presidencia y leer libros sobre Shakespeare, ¿Austen?, Dickens y saber sobre corrientes artísticas no son los intereses típicos para alguien que se desempeña en este oficio, sin embargo has hecho muy bien tu trabajo. Yo, yo... no tengo mucha paciencia.

Déjame tocarte, hueles tan delicioso.

—¿Cuál es el punto, señor Russell?

Arden.

—Mi punto es: no tengo tiempo para buscar secretaria, no quiero lidiar con entrevistas y gente nueva, Rebecca no tiene la piel dura para este trabajo.

—¿Qué le hace pensar que yo la tenía?

—Me soportó durante un año, eso es buen indicio.

Algo raro pasa aquí, su tono es condescendiente y suave, si me hubieras hablado así con un poco de amabilidad ¡Oh, ángel! hubiera sido tuya en Las Vegas solo por mero agradecimiento.

—Yo, yo te pido disculpas por ser el asno que soy.

Las entrañas de la tierra se fracturan, Arden Russell está pidiendo disculpas.

—No me pida disculpas por algo que va con su naturaleza, señor.

El hombre cerró los puños e hizo una mueca de dolor, esas palabras eran un golpe bajo, una verdad dicha sin tacto, la muestra absoluta de la indiferencia que ella sentía por él. Se sentó en el sillón de su escritorio, puso sus manos abiertas sobre la mesa y la miró a los ojos.

Mae aguantó un suspiro, él era alucinante es como consumir una droga, todo se distorsiona contigo mirándome más todavía cuando una sonrisa coqueta aparecía en su rostro; algo juguetón se movió dentro de ella, sus dos nenas,

nina y hermanastra, se sentaron a ver el espectáculo de su sonrisa y aplaudieron felices y extasiadas. Si te sonrojas y empiezas a jugar con tu cabello como una niña bobá, Marilyn Baker, te tiras del puente Brooklyn.

—Vuelva a mí, digo, aquí.

—¿Qué?

—Vuelva a ser mi secretaria.

—Señor Russell, ha corrido demasiada agua bajo este puente, lo que pasó aquí el otro día sobrepasó mis límites, fui grosera e impertinente, pero usted tiene un carácter de los mil demonios. Yo no puedo trabajar para usted.

—¿Por qué?

—Porque no, porque yo no soy la persona idónea para esto, usted necesita a alguien que entienda la naturaleza de este trabajo.

—Usted tiene el compromiso, las agallas para enfrentarse a mí. Susy lo hacía todo el tiempo, no crea que ella y yo no nos peleábamos y se lo digo, era refrescante ver cómo podía decirme las cosas, eso lo necesito, no quiero a alguien arrodillado y temeroso frente a mí.

Arrodillada sí, pero de otra manera. ¡Controla tus pensamientos, idiota!

—Necesito que alguien me ponga límites, ser La Máquina agota, tú eres... en términos de literatura si quieres que lo exprese así, mi dialéctica, mi contradicción, te doblaré el sueldo si quieres, te daré más tiempo para estudiar, contrataré a alguien para que te ayude; yo necesito de ti, eres la única que sabe manejar mis cosas, no confío en nadie, hay muchas cosas de mí y de mi familia que no estoy dispuesto a arriesgar, si Susy confió en ti con fe ciega yo, yo estoy dispuesto a confiar también, lo que pasó el viernes fue una prueba de tu discreción, hay gente allá afuera que hubiera vendido mi historia de estúpido borracho por miles de dólares, no lo hiciste. He sido grosero y sin embargo fuiste a ese bar de mala muerte por mí, eso es algo que valoro.

Marilyn lo veía, nunca lo había escuchado hablar tanto, estaba asustada.

Russell, solo te faltó suplicar.

—Señor Russell ¿usted cree que este es el sueño de mi vida? ¿Quedarme aquí? No, yo quiero otras cosas, llegué a este trabajo por accidente, porque mi padre me enseñó a ser responsable con todo, porque personas hermosas confiaron en mí pero, no es lo que quiero, yo soy mujer del aire libre, no de una oficina, yo leo a Keats y a Dylan Thomas, no contratos.

Si no te quedas conmigo, te encadenó.

—Yo no te voy a quitar eso, te lo aseguro —desde su enorme estatura se

inclinó para mirarla a los ojos ¿por qué jamás fui capaz de ver estos ojos? Arden has convencido a jefes de estado, a inversionistas, a dueños de grandes bancos—. Tus libros son bienvenidos, tus horarios también al igual que tus sueños, la empresa no te quitará nada, es más, Russell Corp. tiene becas para sus trabajadores, puedes acceder a ellas para postgrados y doctorados.

—¿De qué le sirve una estudiante de artes a esta empresa?

—Simple, para darle la humanidad que una máquina como yo le ha quitado.

La hermanastra de Cenicienta, niña estúpida y cursi, sacó un pañuelo y se secó los mocos ante semejante declaración. Por primera vez en todo ese año, ella le ofreció su sonrisa tímida y aniñada al Todopoderoso Señor de la Torre.

¡Bingo!

¡Caray! Él puede mover el mundo. Si sabe que estoy que me derribo me hará papilla.

—Marilyn, yo sé que puedes conseguir otro trabajo, pero ya conoces esta empresa, hace cuatro años trabajas aquí, has hecho buenos amigos, conoces todo el proceso, quizás aquí encuentres inspiración para tu trabajo —le guiñó un ojo como si fuera un adolescente tratando de conseguir que la chica de sus sueños lo mirara.

¡Es tan pagado de sí mismo!, siempre consigues lo que quieres ¿no es así Señor Ogro? Tomó su mochila y se levantó rápidamente.

Demonios ¿Qué hice? Es tan impredecible que me marea.

—Usted sabe cómo negociar, lo admiro, en verdad. Yo no soy nada.

Lo eres todo, todo, lo sé, no me equivoco, te reconozco ahora, años contigo y te reconozco, te reconozco.

—Yo, yo te necesito, eres como Susy fortaleza, Russell, control tengo mucho trabajo, mucho. Tú, Rebecca hasta Hillary son en este momento mis manos y mis brazos, intentemos ver cómo nos va como equipo ¿no te gustan los retos, señorita Baker?

Salvajes. Guerreros. Mae se acercó. No miedo, no miedo, él no come gente. Tomó sus libros de la mesa.

Si un espectador cualquiera fuera testigo la escena de una manera objetiva, vería a una niña enfrentada a un hombre que le dobla la estatura, una niña que se pone de puntillas para poder encarar a ese Todopoderoso hombre; vería a ese mismo hombre apretando sus puños, rígido, con su mandíbula tensa y un leve temblor tratando de controlar su necesidad de respirar.

—Lo pensaré, señor Russell, mañana tendrá mi respuesta.

—¿Por qué mañana? ¿Qué tienes que pensar?

—Pros y contras. Si no va a tener paciencia con mi sí o con mi no, hasta aquí llegamos. Estamos negociando —y la seductora adolescente que durante años tuvo a su pueblo comiendo de la mano, apareció.

¿Quieres volverme más loco de lo que estoy? Me tendrás pegado al techo con tu respuesta ¿Con que también te gustan los retos? Voy a adorar todo el proceso, voy a volverme loco, vas a convertirme en una llamarada, ¡vaya! ya he perdido la guerra sin siquiera dar una batalla, nena, me encanta eso.

En este momento, el espectador testigo estaría ardiendo en flamas o quizás, carbonizado por la cantidad de chispas que saltaban en la oficina producto de la electricidad que el enfrentamiento entre los personajes provocaba.

—Negociemos —estaba a punto de estallar pero, se controló.

—Mañana, si me ve aquí a las ocho, sabrá que acepté.

—Ni un minuto más, ni un minuto menos. No sé esperar, señorita Baker.

—Qué pena, toda dama se hace esperar, señor Russell —le repitió.

Te he esperado toda mi jodida vida...

Afirmó su mochila, tomó sus libros, se puso la capucha, dio la vuelta sobre sus talones y se fue.

Arden estaba a punto del colapso, le faltaba aire, ella tan cerca, quemándolo, fue demasiado. Corrió hacia la gran ventana que siempre permanecía cerrada y la abrió de par en par, debía respirar, una gran corriente de viento lo golpeó de lleno, fue la gran metáfora de lo que era Marilyn Baker en su vida: una enorme y poderosa tormenta. Tomó su telescopio, esperó tres minutos y la vio de nuevo. Esa niña desesperante y bonita, con su cara inocente y pícara, con su temperamento impredecible y valiente, con su cuerpo demoníaco, su intelecto poderoso lo tenía al límite de todo.

Arden Russell rey del mundo y lo único que quería era ser dueño de Marilyn Baker, si llegaba a obtenerla, sería su más grande victoria.

En la universidad, en pleno salón de clases, Marilyn no ponía atención a lo que el profesor hablaba, estaba muy lejos, encerrada con un dragón en su cueva.

¡Carajos! ¿Quiere que yo vuelva a trabajar con él? ¿Por qué? Yo no puedo volver allí, él me desespera, su ego me asfixia, su obsesión por el control me exaspera, ¿acaso este hombre no conoce la incertidumbre? No seas hipócrita Marilyn, quieres ir, quieres estar ahí con él, escuchar cómo te da órdenes como un general, sentir su olor, su voz, ver como desespera con su cabello. La voz de su estúpida hermanastra la instigaba Oh si, Bla. Bla. Bla: «no me gusta estar aquí, señor Russell», «este no es mi lugar bla, bla, bla» Tu vida siempre

han sido las palabras: «este no es mi sueño», ¡no jodas, Marilyn!, amabas cada día. ¡No mientas!, estar cerca de él es lo más cercano del sol que has estado... él te quema, toda esa palabrería en esa oficina y él fue tan... ¿cómo decirlo? mmm ¿humano? Al igual que esa noche en Las Vegas «la necesito», «vuelva a mí, aquí» la ninfa, socarrona, reía ¿Qué tienes que perder? ¿La cabeza? Ya la perdiste un día en ese ascensor, idiota ¿te acuerdas?, ¿el alma? Sí, eso era: el alma, el corazón. ¡Tonta!, ¡ridícula!, ¡melodramática!, debiste estudiar contabilidad para no soñar con ese tipo de idioteces.

Si pudiera –y ellas tuvieran una existencia real–, les rompería el cuello flacucho a esas tontas que siempre hablaban en su interior.

Peter quien la conocía bien la esperó a la salida, la abordó, malicioso.

—Mimí, gatita sexy ¿Qué te pasa? Houston a la luna.

—No me pasa nada, Peter.

—Hey, Mimí, soy yo, Peter, tu amiga del alma, te pasa algo, yo te conozco.

Ella lo miró resignada, nada sacaba con ocultárselo a su amigo.

—Hoy, Arden Keith Russel me pidió que volviera a ser su secretaria ¿puedes creerlo?

Peter abrió los ojos de manera desorbitada.

—No ¿en serio? Y tú dijiste que sí inmediatamente, supongo.

—Supones mal.

—Mimí, amor mío ¿Por qué le cortas las alas a mis ilusiones? A veces sueño contigo y con Arden Divino Russell viviendo un tórrido y caliente romance, ¡por favor!, ¡por favor! es lo más cerca que voy a estar de vivir algo así. Hummm, desnudos, sudorosos, sucios, ¡déjame soñar!

—Pues, quédate en los sueños Peter, porque conmigo no contarás.

—Vamos Mimí, el diablo siempre espera ¿Qué hay de malo en eso?

—Ese tipo de hombres no son para mujeres como yo —lo dijo a punto del llanto.

De pronto, la cara del chico se puso muy seria.

—¡Oh no, Marilyn Baker!, ese hombre te gusta.

La chica bajó la cabeza, sus ojos amenazaban unas lágrimas.

—Me... me gusta mucho.

—Amiga, vamos a tomarnos una buena botella de vino y me cuentas todo.

En un lugar apartado Marilyn Baker Gerard, por primera vez confesó lo que ese hombre le provocaba, fue como extirpar una gran larva parasitaria que la consumía; le contó sobre la primera vez que lo vio en el ascensor, sobre como todo en él la perturbaba, como a veces soñaba con su voz, su perfume, con el tacto de su ropa, de sus abrigos que ella durante un año había acariciado a escondidas mientras que él no estaba. Le contó como algo en ella se resistía, se rebelaba ante ese hombre, pero que al final del día, agotada del esfuerzo de decir con todo su cuerpo que no, solo quedaba ella soñando con zapatos de cristal y vestidos vaporosos.

—Nena, lo siento, fui desconsiderado.

—No, Peter, yo sé fingir muy bien.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé.

—Él, alguna vez te ha —tomó aire y entrecerró los ojos para mirarla— insinuado algo.

Marilyn se removió en la silla y bebió un sorbo de su copa.

—¿Lo ha hecho? Dime la verdad.

—¿Y qué si lo ha hecho? ¿Crees que voy a sobrevivir?

—¿Por qué siempre te tienes que estar subestimando por todo? ¿Acaso no crees que seas digna de alguien como el Señor del Castillo?

—Ese no es el problema, no lo es. No sé si seré capaz de aguantar algo así. Yo estoy demente.

—¿Qué?

—Peter, yo le entregaría el alma a ese diablo y él me destruiría.

—Tal vez no.

—Lo haría. Sería una lucha, eso me dejaría exhausta, agotada, destruida. Yo no podría, no podría.

—Mi pobre bebé, tanto soñar con libros y sin embargo, en la realidad, la posibilidad te aterra.

—¿Lo has visto?, él es tan grande, tan hombre, todo se lo traga, se devora el mundo como quien se come un bocadillo. Cree que tiene derecho a todo.

—¿Entonces? ¿Qué vas a hacer con la propuesta de trabajo que te hizo?

—Aceptarla.

—No te entiendo.

—Mi mamá un día me dijo que debíamos ser salvajes, anárquicos, que en un mundo de sistemas, de leyes, de Ardenes Russells comiéndose el mundo, debía haber desorden, ilegalidad, para que así pudiera haber justicia, eso me tienta.

—¿Te vas a vestir de súper chica para traerle justicia al mundo? Eso es muy, muy sexy... ya te veo metiéndote en el baño de tu oficina para sacarte este horrendo uniforme y salir con una mini roja y zapatos ídem.

—No, mis intenciones no son tan nobles. Es por mí, para demostrarme que estoy más allá de cualquier influjo siniestro.

—¡Diablos, Marilyn!, ¡que críptica te pusiste!

—Si realmente quiero ser libre, amigo, tengo que demostrarle a Richard que estoy más allá de sus botas y sus golpes.

—¿Golpes? ¿Richard? ¿Qué no me has contado? Estoy a punto de llorar por lo que dijiste —con la servilleta, se secó una lágrima imaginaria pero, su actitud era muy seria— ¿Quién eres? ¿Qué eres? ahora mismo pienso que eres una extraña para mí y eso me duele.

Despavorida, huyó de los ojos interrogantes de su mejor amigo, no midió sus palabras y lo asustó. Para calmarlo, le tocó la mejilla con gesto dulce.

—Literatura, mi amor. No te preocupes, yo voy a estar bien, muy bien.

Era una guerrera y para eso se disponía, al otro día, a las seis de la mañana, Marilyn Baker se uniformaba de nuevo y volvía a la batalla.

Después de que Mae se fue de su oficina tuvo que salir corriendo a cualquier parte, estaba asfixiado, hacía más de diez años que no perdía el control sobre todo lo que le sucedía y lo odiaba; por eso, estar suspendido en un sí o no era una sensación muy extraña, pero no le importaba. La chica era “su chica” y le parecía tan impredecible y fuerte que hasta el vértigo que le producía el no tener certeza con ella, le gustaba; sabía que nada iba ser fácil, pero cuando se le paró enfrente y le dijo «Estamos negociando», su corazón de piedra se hizo trizas, había una oportunidad.

Jacqueline, casi se fue de espaldas cuando lo vio llegar un lunes a las cuatro de la tarde a su casa.

—¿Qué pasó, cariño? Mira como tienes la cara, Ashley me dijo que te habías peleado. Oh, tu precioso rostro todo mal herido, ven, yo te hago curaciones —

rememoró las veces en que lo había curado tras una pelea.

—No, Jackie. Estoy bien, el doctor Levy ya me recetó, tú sabes que he sobrevivido a peores cosas.

Esas peores cosas, ella las había visto, sufrido y llorado con su hijo. Los recuerdos pasaron por su mente y se le ensombreció la mirada.

—¿Cameron?

Su madre odiaba ese tono que él siempre utilizaba para referirse a su padre, tácitamente, aquel tono lo acusaba.

—No está, salió con Mathew, están tratando de comprar la casa de al lado, quiero ampliar.

—Esta casa es demasiado grande para ti y para él.

—Quiero una casa más grande para que mis hijos tengan donde quedarse, además, hay rumores de nietos.

Arden frunció el ceño, furioso.

—No pongas esa cara, tú sabes que Ashley y Henry quieren hijos, no cierres la posibilidad de que algún día también lleguen los tuyos.

—Yo no tendré hijos, no quiero la responsabilidad de que cuando adultos me culpen de sus desgracias.

—Arden Keith Russell respétanos, Cameron hizo todo lo posible.

—Y lo hizo mal.

—Hay cosas que se salen del control de las personas, el amor, el deseo, la vida y la muerte, no somos Dios, deja de culpar a tu padre por lo que pasó con ellas.

El gesto de niño regañado que hacía cuando era pequeñito y le llegaba a la cintura a su mamá, apareció; movía un pie en síntoma de impaciencia, a su madre le pareció más que adorable en su hijo de treinta y tres años.

Aún es un niño.

—¿Ya almorzaste?

—No.

—Son las cuatro de la tarde, ¿Qué quieres que te prepare?

—Lo que quieras, todo lo que cocinas es rico.

—Fantástico, además debes aconsejarme, con la ampliación de la casa, ¿me ayudas?

—Lo que quieras, necesito ocupar mi mente en otras cosas que no sean negocios.

—¿Pasa algo?

Me pasa todo.

—No, solo que estoy cansado.

La acompañó a la cocina, Jackie era su oasis. Hablaron de todo, ella lo amaba, su niño rebelde y maravilloso, el hijo de su corazón.

Quiso tentar la suerte y le preguntó.

—¿Quieres escuchar algo de música?

—Sí, espera, mami, yo lo hago.

Casi se desmaya. Nunca permitía la música a su alrededor, al menos la que él amaba. Soportaba el rap de Henry o la música pop de Ashley, pero nunca, jamás la música que él amaba. Y lo que más la emocionó fue la palabra mami, no la decía desde que tenía quince años.

Jacqueline Russell lo observó durante toda la tarde, tantas cosas por decirle, tantas caricias que se negaba y todos esos perdones que jamás otorgaría. A las siete, cuando el auto de Cameron llegó a la casa, Arden se despidió y salió de allí, evitando cruzarse con su padre en el camino, y desapareció como alma que lleva el diablo.

—¿A qué vino?

—No sé, algo raro le pasa, está nervioso pero tratable. Estoy muy contenta, tal vez esté cambiando.

Pero Cameron contaba con el horror de saber que su hijo era como un mar en calma antes de la tormenta, sabía por experiencia que algo violento y oscuro ocurría en su interior y la visita de la tarde era el preludio.

Llegó a su apartamento, Rosario se había ido a visitar a sus hijos a Brooklyn, solo estaba su perro Rufus quien, apenas lo vio, movió la cola y ladró fuertemente, la mano de su amo en el lomo lo tranquilizó, dio tres vueltas sobre sí mismo y se echó sobre la alfombra para seguir durmiendo. Miró su teléfono ¿Qué pasaría si la llamo? Después cayó en cuenta que no tenía su celular personal, ella era de otro mundo ¿si voy a su universidad?... ¡escúchate, Russell, eres un acosador! No, no iría, al menos, no ese día.

Prendió su computadora, revisó el correo de la empresa y la apagó, se fue a la biblioteca y comenzó a revisar lo que tenía en sus estantes necesito leer más,

ella debe saber cosas que yo desconozco, ¿Arte? ¿Literatura? ¿Cuál fue el último libro que te leíste, Arden?... ¿"La Montaña Mágica"? o ¿"Moby Dick"? tú, seguramente ya te los habrás leído. ¡Dios! Veintitrés años ¿Qué te la pasaste haciendo en tu adolescencia, nena?, y bailas tan bien.

Se fue a su dormitorio, intentó dormir un rato y lo estaba logrando cuando escuchó su voz «ángel despierta, te deseo... ahora, ¡ven, vamos!, hace tantos días...» se despertó de un tirón, estaba sonriendo como un niño púber ella debe aceptar, debe hacerlo, es una buena oferta de trabajo. Le doy todo, buenos horarios, tiempo, ayuda, dinero. Hasta no le daría trabajo, solo quiero su presencia en mi vida: no te desvanzcas, Marilyn Baker, dame una oportunidad, una sola.

Faltaban minutos para la media noche, se levantó, tiró agua sobre su cara, quiso beber un trago, pero no, no lo haría, me ha visto borracho dos veces, debe pensar que soy un alcohólico de mierda. Recordó Las Vegas, el beso, la visión borrosa de ella semidesnuda cuando vuelva a verte desnuda será sobrio nena, sobrio Se estaba haciendo muchas ilusiones, desde el sábado no dejaba de pensar en ella... quiero creer que dirá que sí, si dice que no, no sé que pasará conmigo ¿qué hago contigo? ¿Cómo llego a tu corazón, Baker? Respiró fuertemente y a su mente vino el pequeño apartamento, acogedor, limpio, lleno de pintura, música y libros, ella estaba recogida en aquel lugar, su espacio. Su lujoso apartamento, era tan grande e impersonal, no había escogido nada de lo que allí estaba, ni siquiera su cama, contrató un diseñador, le pagó mucho dinero y después se instaló allí sin importar como lucía. Sintió la sensación caliente de sus cobijas y de su olor sobre la almohada, se acordó de ella durmiendo en su sofá mientras que él ocupaba su cama.

Estaba enérgico, ansioso, sobre estimulado, con un soplo nuevo de vida así que se dirigió hacia su piscina y se puso a nadar como loco esperando a que llegara la mañana.

A las siete, se miraba al espejo, la hinchazón había cedido, aún le quedaban las marcas de los golpes en su cara, pero se iban desvaneciendo poco a poco.

Estaba consciente de que era hermoso -Chanice le inculcó ese ego de pavo real-, su belleza fue la herramienta más eficaz para llevar mujeres a la cama, pero ahora estaba tan inseguro como si fuera un niño con acné. Ashley se encargaba de cambiar su ropa cada temporada, ella conocía sus gustos, su amor por las chaquetas, los abrigos, Rondha le inculcó el amor por los guantes un músico cuida sus manos como su tesoro, ya no tocaba el cello, pero la costumbre se le quedó, no entendía cómo sus manos no estaban destrozadas después de las innumerables peleas callejeras que tuvo.

Ni un minuto más, ni un minuto menos. No llegaré a las ocho, llegaré a las nueve, quiero llegar y verla sentada en el escritorio ¿y si no? ¡No pienses, Russell, no pienses! Ten fe, por primera vez en muchos años, Arden, ten fe.

Llegó a las nueve de la mañana, detuvo el ascensor por varios minutos Control, control, respira fuerte, control caminó con parsimonia, su respiración se cortó cuando no la vio en su escritorio, pero la recuperó de inmediato

cuando, dos pasos más, se dio cuenta que estaba agachada, buscando algo en uno de las archivadoras, miró su culo lindo, tuvo que hacer de tripas corazón para no agarrarlo. Rebecca parecía feliz, y Hillary, resignada. Se paró frente a ella. Marilyn volteó, una mueca de dolor mostró su cara, pero él estaba demasiado feliz para reconocerla, estaba vestida como siempre, no supo pero eso le gustó. Contuvo una sonrisa.

—Buenos días, señorita Baker.

—Buenos días, señor Russell.

—Bienvenida.

—Gracias, señor.

Miró a Rebecca y le dijo.

—Respire tranquila, Becca, ella ya está aquí —pero lo dijo más por él que por la chica.

—Café, por favor.

—Ya se lo llevo, señor.

Entró a su oficina y por poco brinca como un idiota Henry, algún día yo seré tu payaso, te burlarás de mí hasta el día que me muera.

Minutos antes, Mae lo esperaba, escuchó como el ascensor se abría, rodó los ojos sabiendo de ante mano que luciría como una estrella de cine caminando a cámara lenta ¡Somos Guerreros!, ¡somos guerreros! él te destruirá si sabe que lo deseas como el infierno. Fingió que buscaba algo en la archivadora, sintió una mirada en su trasero. Estaba allí, mordió su lengua para que el dolor la hiciera ser dura frente a esa cosa preciosa que estaba de pie detrás de ella. Tenía el cabello más salvaje de lo usual, su abrigo oscuro, sus guantes en el cuello tenía puesta desordenadamente una bufanda de un color borgoña. La saludo y bromeó con Rebeca, ella miraba hacia el piso.

—Café, por favor.

—Ya se lo llevo, señor.

Lo vio desaparecer tras de la oficina.

—Se ve raro —dijo Rebecca.

—Yo lo veo igual, frío como el hielo.

Entró a la oficina, él no se había quitado su abrigo, ni su bufanda, ni sus guantes. Puso el café en el escritorio.

—Gracias, Marilyn, gracias por aceptar.

—Lo hice más por mí que por la empresa, señor Russell.

—Lo importante es que estás aquí.

—Bien, debemos acordar el nuevo trato, debemos empezar por un límite.

Él frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Usted es el señor Russell y yo soy la señorita Baker, usted no es mi amigo, es mi jefe, no me llame Mae, no me tutee. La amistad es un terreno que usted y yo no vamos a recorrer.

—Por ahora.

—No, nunca. No soy Suzanne Ford, no tengo carácter para eso. ¿Quiere franqueza? yo se la daré, ¿quiere mi discreción? la tendrá, ¿quiere mi capacidad de trabajo? no lo decepcionaré, pero la amistad en alguna parte del camino perdió la oportunidad, señor Russell. Si acepta, yo seguiré aquí, sino, me iré.

Estaba furioso, ardía como un volcán.

—Como usted quiera, Baker.

Hizo el movimiento de quitarse el abrigo y en la rabia se le trabó con sus guantes y su bufanda.

—¡Demonios! —básicamente, se arrancó las prendas y tiró los guantes con impaciencia, su secretaria los recogió y se las puso sobre el escritorio, hizo el ademán de irse.

—Quédese, tenemos mucho trabajo atrasado, quiero revisar unas cuentas, el contrato en Brasil, así que traiga todo aquí, se quedará conmigo casi toda la mañana ¿a qué hora se va para la universidad?

—Entro a clases a las seis de la tarde.

—Bien, entonces se irá a las tres, ¿le parece?

—Sí, gracias.

Cuando Marilyn entró de nuevo a la oficina con papeles y la cafetera, se dio cuenta que su jefe le había organizado un espacio en su escritorio, no cuestionó el hecho y sin demora, se sentó y comenzó a instalar sus cosas. Él, recostado en su sillón, la miraba como un cazador a su presa, cada movimiento, cada gesto era registrado, la rabia que sentía por las palabras que había pronunciado no se le había quitado pero, se controlaba. Se dio cuenta por qué la ropa que la chica usaba había sido la fachada perfecta, el uniforme grande era ideal para alguien que no quiere ser visto y funcionó

como una real coraza hasta que la descubrió por azar. ¿Por qué? ¿Por qué hizo como esos actores que cada vez que enfrentaban un personaje se mimetizaban hasta perder su esencia y se convierten en lo que la ropa les exige? ¿A qué le tenía miedo Marilyn Baker?

—¿Café, señor?

—Sí.

Le sirvió. Él se fijó en sus muñecas y en sus manos, manos de escritor, de pintora, de niña que toca guitarra; blancas, de uñas cortas y dedos delicados.

—¿Quién le enseñó a preparar este café?

—Mi padre —la respuesta fue escueta, con ella le dijo tácitamente que no deseaba preguntas de índole personal.

A la hora, él leía un tedioso contrato, cada vez que daba una cifra o un dato soporífero miraba su cara, nunca vio un solo gesto de fastidio o tedio. Soy un maldito bastardo egoísta, cláusulas, enmiendas, excepciones. Tu mundo no es este, pero no me importa, no me importa.

—Léalo, señorita Baker, en voz alta, quiero ver quiero ver si tiene errores o faltó algo.

—Octubre, 24, el siguiente contrato entre las partes Russell... Solomon... hotel, Brasil... párrafo uno...

Se paró a unos pasos detrás de ella, se concentró en su cuello y dejó que su imaginación volara y se permitió tocarla lentamente, desatar su cabello, olerlo, sentirlo debajo de las palmas, entre sus dedos, halarlo suave y firme para hacer que levante su mentón e inclinarse lentamente para desabrochar cada uno de los botones de su blusa, en su mente, ella lo besaba, lo mordía de la misma manera como lo hizo en Las Vegas. Escuchó un gemido fantasma, que lo incitó a continuar, metió su mano por la pretina de su falda para volverla a sacar y obligarla a subir la incómoda prenda. Seguramente usa bragas de algodón. Se la imaginó moviéndose desesperada por la fricción que le provocaba al jugar con su clítoris ¿Cuál será el sabor de tu coñito mojado?... se la imaginó sonriendo asombrada cuando, como un animal sediento, se llevara a la boca sus dedos y lamiera los jugos que ella le ha regalado. Tengo que estar dentro de ti, clavado en tu interior, viviendo entre tus muslos ¿harás lo que yo desee? Tendrás que hacerlo, nunca, nunca he deseado a nadie de manera tan cruda y total. Si no te tengo, moriré de hambre y de frío. ¡Ven...ven por mí!

De pronto, un sonido; un maldito, estúpido e inoportuno sonido lo trajo de nuevo a tierra ¿Qué diablos es eso? Era un celular.

Mientras leía el documento para su jefe, la energía fantasma que pululaba en el aire llegó hasta Marilyn, sin entender por qué, sintió una oleada de calor, pero se negó a mover una sola pulgada de su cuerpo y, estoica, resistió la

asfixia, el fuego y el dolor por algo que la apretaba. Siguió la lectura hasta que escuchó la música del tono de su celular, se inquietó ¿Quién me llamará? No quiso voltear, quería evitar la mirada, llena de furia que su jefe le daría porque el aparato interrumpía la dinámica del trabajo, pero el celular, siguió sonando.

—Disculpe, señor —se paró como un rayo.

—Conteste.

—No, no lo haré, es mi teléfono personal.

—No me importa, conteste.

Mae miró la pantalla, era Peter.

Se retiró a una esquina de la oficina.

—Peter, cariño, ahora no, estoy en el trabajo.

—Oh muñeca, ¡no!, sal de ahí... ¡ahora!

—No puedo.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—No.

—¿Él está ahí contigo?

—Sí.

—Ya veo ¿Estas presta para que él te destroce?

—No sé.

—Mira, tú eres fuerte, muy fuerte, solo tienes que pararte firme ¿tienes la armadura de guerrero bien puesta?

—Absolutamente.

—¿Y el cinturón de castidad?

—¡Peter!

—Una nunca sabe, preciosa. Esta noche hablamos.

—Sí, hasta la noche.

—Te amo amiga, estoy contigo.

Tuvo que ser fuerte para no derrumbarse y empezar a llorar como una tonta.

—Yo también.

¿Qué estoy haciendo? Arden escuchó la última parte de la conversación Huye mientras puedas, niña, huye ¡ya!

Cuando la secretaria volteó, lo tenía a él, con la mirada dura, respirando en la nuca, solo su determinación evitó que evidenciara las ganas de llorar que tenía.

—¿Tiene usted muchos amigos, Baker?

El Baker sonó como un golpe duro.

—¿Qué?

Su aroma era asfixiante.

—Amigos ¿Tiene muchos?

Su cercanía, brutal.

—Tengo los necesarios.

Dos pasos y se alejó.

—Yo no tengo ninguno ¿sabe?

¿Por qué me habla así?

—Los amigos, señor Russell, vienen y se instalan en la vida de uno cuando se sienten acogidos. No hay magia, solo dedicación y deseos de estar con ellos.

—¿Los ama usted?

—Los amo muchísimo.

Los celos brutales y salvajes de Arden llegaron como oleadas de dolor que se iniciaron en la punta de sus dedos y lo recorrieron hasta llegar a su cerebro. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar ¿amigos? ¿Amantes? ¿Qué ocultas con tu estúpida ropa? ¿Te desnudas para todos ellos? ¿Te dejas penetrar por todos ellos? Quería matar a alguien, no era racional en ese momento.

—¡Váyase, hemos terminado el trabajo!

—Falta que revisemos dos contratos más, señor.

—No, yo lo haré, quiero estar solo.

La chica se retiró de la oficina con la sensación de haber estado en un ring de boxeo y con la consciencia de que faltó poco para ser derribada. Él es duro como la piedra y su presencia me lastima.

La sensación de Russell no era mejor, sabía que no le pertenecía, y que en cualquier momento, con toda su juventud y libertad a cuestas, ella podía irse y dejarlo con miles de palabras guardadas en su boca. Sabía que era idiota sentir algo tan brutal por alguien que ni siquiera conocía, que era irracional creer en sueños, premoniciones, perfumes, sabores, sensaciones que por años había tenido pero, la presencia absoluta de Marilyn Celine Baker hizo que todo se volviera una furiosa realidad y embotara sus sentidos hasta convertirlo otra vez en adolescente. Su frío raciocinio le decía que era un loco, que era un hombre al límite y que necesitaba poner su soledad al lado de alguien que le recordara que aún era un ser humano. La había conocido hacía un año y le fue indiferente en todo sentido, ¿por qué ahora apareció y sofocó su existencia?

¿Quién era? ¿Era la mujer de sus sueños? Esa última pregunta le pareció a este Arden Russell –cínico y escéptico–, una idiotez. “Mujer de sus sueños” era una frase ridícula, digna de historias de amor que leían las mujeres con escasamente dos años de elemental, frase de gente tonta que, por soñar con amores de rosas y chocolates, no enfrentaba la realidad.

La parte salvaje del pandillero y anarquista que habitaba en él, se burlaba.

¡Ni siquiera te la has follado, Russell!, antes de volverte loco, espera, al menos, saber si ella tiene el carácter para soportar tu sexo ardiente ¿Amor? No lo conoces, a ella, tampoco. Pero algo de su temperamento de niño tierno, que tocaba el cello, que amaba a sus padres, que lloró durante una semana cuando su primera mascota murió, que cuando se acostó por primera vez con una mujer le pidió matrimonio, creía que Marilyn era la mujer de sus sueños. Necesitaba creer en eso.

Aquella noche en la que penetró por última vez a Valery –y la follaba con dolor y goce perverso– supo que su alma estaba al borde del limbo. Conocía muy bien la sensación de estar ad portas del mismísimo infierno, por supuesto que la conocía, su rabia con el mundo y su necesidad de lastimar lo hicieron sobrevivir lejos de la condenación. Pero, cuando su voluntad se desgastaba, de nuevo volvía a las orillas y la droga, la sangre, la muerte –la cual había buscado varias veces– lo volvían a llamar. Bastaba que Tara le susurrara «tú eres mi bebé, eres como yo» para que un terror añejo se instalara en él y su voluntad se debilitara.

Quizás, los sueños con ella lo habían salvado. La matemática del destino le había traído a Marilyn a su vida y no reconocerla al principio fue la manera de hacerle saber que no estaba preparado para ella aún, pero ahora, su corazón, su alma, su espíritu, su cuerpo estaban listos, no había un cómo ni un por qué, pero estaban listos. Listos para amar y para dejarse devorar por la pasión, cuando la vio entrar esa mañana, su corazón se lo dijo.

Capítulo IV

El Príncipe & La Hermanastra

Él estaba listo, pero su historia amarga, su miedo a la felicidad lo hizo dudar.

«¿Y, si ella no me ama?» No, esa pregunta no lo podía paralizar, aunque ella no lo amase, no se detendría, esa era la verdadera naturaleza del amor, amar sin importar ser amado, amar de manera irremediable, amar en la vida y amar en la muerte. Ya había tenido suficiente del otro amor y estaba preparado para conocer la otra cara de la moneda, aun así, su espíritu egoísta no se podía abstraer de sentir una ira inmensa, unos celos devastadores y la impotencia de no poder manejar su destino ¿Por qué la matemática del caos le ponía frente a esta mujer?

Se fue hacia el intercomunicador y la llamó.

—Señorita Baker, venga por favor, no hemos terminado aún, traiga de nuevo los contratos, necesito de usted.

Trabajaron todo el día, sin siquiera mirarse a las caras este hombre es bipolar. Para la secretaria ese resto se deslizó de manera melancólica, su voz había cambiado, su actitud corporal también, estaba ausente, se equivocaba, se impacientaba y de nuevo volvía a aparecer el adolescente triste. Para ella fue aterrador, no supo cómo comportarse ni qué decir, varias veces lo vio cruzar sus brazos sobre el pecho, aferrarse de los hombros y elongar los músculos de la espalda, como hacían los nadadores antes de lanzarse al agua, otras tantas, cerrar los ojos y suspirar. No pudo evitar preguntar.

—¿Está bien, señor?

La respuesta, la dejó fría.

—No, no estoy bien.

—¿Llamo al doctor Levy?

—No.

Entonces, él le brindó una sonrisa triste y vino a ella la voz de aquel hombre que conoció en Las Vegas.

«¿Has sentido, Celine, que en medio de una multitud estás más solo que nunca? La gente miente todo el tiempo, parece que es la única manera de sobrevivir. Todos hablan y hablan, pero ninguno tiene una conversación, es

demasiado atemorizante, ¿sabes?, la intimidad de las palabras.»

«Me gusta caminar, pero cada día lo hago menos, estoy atrapado en una oficina.»

El poder es algo solitario, y la belleza aleja y aliena a las personas; él, mirando las grandes ventanas de su oficina era la imagen de un dios solitario, incapaz de comunicarse con alguien.

—Por favor, Peter, no quiero hablar ahora, no hoy, háblame de Carlo, cuéntame un chiste, hazme reír.

—¿Fue tan terrible?

—Doloroso. Pero, ahora no, Peter, ahora no.

Liam era su investigador privado, un ex oficial de FBI, que vio la oportunidad de usar todo lo que sabía en beneficio propio, es decir se volvió el sabueso de los ricos y poderosos quienes necesitaban sus servicios de husmeador de secretos.

—Quiero que investigues esta mujer. Te mando todos sus archivos, viaja a su ciudad, investiga, ten cuidado, su padre es juez. Lo quiero todo, todo. Además, quiero que tu gente le tome fotos, todas las que pueda.

—¿Algo más?

—No.

Si, definitivamente el diablo se había apoderado de él.

Los días transcurrían envueltos en una calma aparente; él, desesperado, se veía a veces como un loco, plantado frente a su apartamento horas y horas hasta que la veía llegar de la universidad, con sus libros acuestas y su amigo. En un día de máxima desesperación llegó hasta NYU siguiéndola y estuvo dos horas espiándola oculto en la cafetería, la chica y su amigo estuvieron conversando y hojeando libros con un aire despreocupado, el chico tomaba notas y ella, con una actitud que, celoso, interpretó como coqueta, le daba indicaciones. Le pareció que en ese espacio era otra mujer, muy diferente a la que todos los días llegaba a su oficina a trabajar y, agonizaba. En su paranoia estaba seguro que dos mujeres vivían en ella y que él las amaba sin esperanza: era casi una niña, inteligente, hermosa ¿cómo iba a enamorarse de un hombre tan oscuro como él?

Lo que no tenía nada de calma era la negociación del acuerdo sobre la

inyección de capital a “Emerick Editores”, Arden tuvo que soportar a Dante en reuniones que se le hicieron eternas a pesar que las chispas explotaron por todas partes y tuvo que mantener sus reflejos activos.

—Catanzaro está desesperado, nunca creyó posible el acuerdo y dio por segura nuestra ruina inminente.

—Es bueno saber que al viejo Guido no se le da todo lo que quiere, mi editorial en sus manos sería un verdadero depósito de basuras —un aliviado Geoffrey Emerick confesó su temor principal.

—Esperemos que se quede tranquilo, es un hombre muy desagradable —acotó Dante.

—Todos los días aparecen en sus pasquines noticias de la familia —el tono de Henry era de queja.

—Fueran noticias, pero es pura mierda.

Arden iba a seguir con su diatriba contra la Editorial Proietti pero se frena cuando Marilyn abre la puerta y entra seguida por dos chicos de servicio.

—Debo confesar, señorita Baker, que una de mis dichas de hoy es probar esta delicia de café que usted prepara.

—Gracias, señor Emerick.

—Geoffrey, con el señor me haces sonar como un viejo.

—Muy bien, Geoffrey.

—Mi padre te está coqueteando, Mae —la hermosa sonrisa de Dante apareció.

¿Mae? Él si puede y yo no.

—Es verdad, cariño, un viejo puede soñar.

—Es un honor, Geoffrey —el hermoso tono rojizo de ella apareció en su rostro.

—Veras Mae, cuando éramos jóvenes, Geoffrey arrasaba con todo Nueva York —Cameron golpeó el brazo de su amigo.

—¡Oh sí, yo las mataba! El problema era que cuando aparecías tú, Cameron Russell, todas se olvidaban de mí.

La rabia y crueldad de Arden salió a la superficie y no desaprovechó el comentario para escupir veneno.

—¿De veras, padre? —tomó la taza y bebió un trago— Y tú ¿Te olvidaste de todas? —volvió la taza a la mesa— ¡Tomar y desechar!

El comentario fue terrible, todos estaban incómodos. Dante miró con fuego encendido a su contrincante.

—Yo que pensaba que el único que tomaba y desechaba eras tú.

Marilyn, quien ya entendía la dinámica de la relación de ese par de gigantes, tomó la delantera.

—Dante, escuché que John White va a escribir un nuevo libro ¿es verdad?

Dante. Y yo solo soy el maldito cabrón Russell.

—Es maravilloso, Marilyn, es una historia de amor en plena Segunda Guerra Mundial, es lo más triste, desolador y hermoso del mundo.

—Esas son las historias de amor que me gustan —la chica lo dijo sin poder controlar su emoción.

—Padre, ¿sabías que Mae es estudiante de arte y una magnífica lectora?

Lo dijo lo suficientemente alto como para que Cameron y todos los demás escucharan.

—¿En serio? ¡Qué maravilloso! ¿No es impresionante, Arden?

Pero el sujeto en cuestión veía rojo él la llama por su nombre ¡Yo no! era una rabieta de niño malcriado él sabía que estudia artes ¡Yo no! celos de un hombre enamorado... Son amigos.

—No es por nada, Cameron, pero he tratado de sonsacar a la señorita Baker para que sea mi secretaria. Thelma es muy aburrida, ¿no te enojas, verdad?

De pronto, un sonido seco interrumpió la charla, era el sonido de algo que se rompía, un lápiz en las manos del presidente de la compañía era la pobre víctima.

—No, por supuesto, Marilyn es libre de hacer lo que quiera, pero te lo aseguro, Dante ¡pelearemos por ella! —hizo un gesto simpático con la mano empuñada— ¿no es así, hijo?

Yo, mataría por ella.

—Soy una mujer de compromisos, Dante.

—Mae, aun así, mi “Fat Boy” te espera.

¿De qué mierda están hablando?

El eco fantasma de una risa resonó en su mente ¡Cállate, Chanice!

—No me tientes, Dante.

—Déjate tentar, el viaje es maravilloso.

El viejo Emerick estaba más que feliz, su hijo viudo —su esposa, esa mujer que destruyó la vida de Dante, llevaba doce años muerta y nunca lo había visto interesado en otra cosa que no fuera el dolor del luto—, coqueteaba con la chica y eso lo tenía extasiado.

—Te invitamos a almorzar, señorita Baker ¿Qué te parece?

No, no, no, no, no, no, no.

Marilyn se asustó, de una manera automática miró de reojo a su jefe, vio sus ojos verdes entrecerrados, un año con él y sabía que eso no era una buena señal, además no confiaba en aquella coquetería de Dante, estaba segura que también estaba siendo usada como el peón del juego entre esos dos y lo que menos le interesaba era estar en medio, ella tenía su batalla particular todos los días y estaba cansada.

—Se lo agradezco, Geoffrey, pero el señor Russell y yo tenemos mucho trabajo.

—¡Muchísimo! —el dragón corroboró, con fuerza.

—Al menos, para almorzar, linda.

—Ella almuerza aquí, conmigo.

—Eres un esclavista.

Piensa lo que quieras maldito, soy un esclavista, un explotador, un tirano, un monstruo, pero ella y su tiempo, son míos.

—Optimizo mi tiempo, salgo temprano por la universidad —ella tuvo la necesidad de explicar.

—No importa, Marilyn, tienes una vida más allá de Russell Corp., mi moto y yo te estaremos esperando.

Otra palabra más, y te despellejo.

Pero Geoffrey insistió.

—¿Te gusta John White? Vendrá la semana que viene a una firma de libros, es un tipo excéntrico y no le gusta mucho la publicidad. Si quieres, podemos mandarte una invitación para que lo conozcas y puedas conversar con él.

—¿John White? ¡Sería maravilloso!

—¿Te mandamos las invitaciones aquí o a tu casa?

—A mi casa, Dante, y ¡muchas gracias!

—Dame tu teléfono.

¿Quieres a John White? ¡Lo secuestro!, y te lo llevo a tu casa, y lo obligo a que hable contigo por días, pero no le des tu teléfono, por favor, por favor, por favor.

Pero todo fue inútil.

—Muy bien, deja que lo grabaré en tus contactos —escribió su número en el celular de Dante— ¡Qué emoción!, mi papá estará feliz, a él le encantó su primer libro.

—¿“Generación Di Maggio”? Entonces, a tu padre le encanta el béisbol.

—Exactamente, ese es “su” libro.

—Tu padre debe ser alguien interesante como tú.

Ella bajó su cabeza y empezó a jugar con un pequeño mechón de su cabello que, rebelde, pendía libre a un lado de su mejilla.

¡Esto es suficiente!, no lo soporto, un segundo más aquí y hago correr la sangre de ese estúpido por esta oficina.

—¿Estamos aquí para presenciar tus tácticas de apareo o para hablar de la estúpida editorial?

Todos se le quedaron mirando.

—No seas grosero, hijo

Marilyn se le quedó mirando. No había palabras para eso, allí estaba el dragón en pleno, pero no dejaría que la afectara. Él la desestabilizaba, los últimos días habían sido su pequeña victoria, pasito a pasito había sido capaz de atravesar aquella trinchera y ahora un solo gesto y él lanzaba sus bombas sobre ella.

—Traeré más café, señor Russell, ¿necesita algo más? —sonrió dulcemente.

¡Ni un solo maldito gesto!, es de piedra, al menos si tuviera una reacción, aunque fuera de fastidio, pero nada. Definitivamente, me ignora.

—No, gracias.

A la media hora, la chica despedía a los asistentes a la reunión, tratando de obtener más información sobre la firma del libro, se detuvo a conversar con Dante; dentro de la cueva, el león rugía.

—¡Señorita Baker!

—Renuncia, linda ¿cómo lo aguantas?

—Es cuestión de voluntad, Dante, voluntad.

Arden, se miraba en el espejo del baño de su oficina y trataba de controlar su rabia, odiaba a Dante Emerick con todo su corazón, lo odiaba; Chanice había sido suya y él se la llevó, Faith había sido suya y él se la ocultó. Su última secretaria, Shelley, fue su amante y ella filtró información —estaba seguro había ido a parar a manos del maldito ese— y, ahora, no ocultaba sus intenciones de llevarse a su secretaria a trabajar con él.

¿Ella? ¡No! sobre mi cadáver ¿se lo digo? Le digo que él utiliza a las mujeres en mi contra, que las manipula como le da la gana, ¡Oh sí, Russell!, díselo y ella creerá que tú eres un idiota ¿qué le dirías? Que estás celoso como un Otelio, que si él te toca lo matarías, que un solo roce de él te hace arder de furia ¿le importaría? No a ella no le importaría, son amigos, se tratan con familiaridad, mientras que a ti te trata como si fueras una piedra en el camino.

No se atrevió a preguntarle sobre su amistad con Dante, pero si preguntó algo que le atormentaba.

—¿Los Emerick le ofrecieron trabajo?

—Sí, Dante me ofreció trabajo en su editorial, como su secretaria.

Maldito lagarto.

—¿Hace cuánto?

—Unos meses.

—¿Por qué no acepto? Ese es un trabajo perfecto para usted, no tendría que soportarme a mí —hizo una mueca triste.

Marilyn arreglaba unos papeles No acepte porque... ¿Por qué? Porque quiero respirar tu aire, porque quiero saber cuan fuerte soy.

—Porque no soy irresponsable, señor, yo no dejo mis trabajos tirados, aunque debo confesarle que hace un mes lo pensé; pero, aquí estoy de nuevo, frente a usted y no se preocupe que no voy a abandonarlo, al menos hasta que usted me despida —ella le sonrió abiertamente.

¡Dios, le sonreí! Yo le sonreí y él no ha hecho un comentario terrible.

Sonríe para mí y te doy la maldita empresa.

—Como le dije un día, yo valoro la lealtad.

—Lo sé señor. Susy me lo dijo también.

—¿Cómo está ella? No la he llamado en las últimas semanas, he estado pensando en otras cosas.

En ti, solamente pienso en ti.

—Está bien, si se cabe decirlo, Thomas era su otra mitad, está tratando de sobrevivir sin él.

—Debe ser impresionante amar así ¿no cree?

—Sí —su respuesta fue seca y cortante como siempre cuando él de manera sutil trataba de hacer una conversación íntima.

Arden descubrió que ella tenía un pequeño ritual, apenas tenía un respiro subía a la azotea y después de largos minutos, bajaba renovada y continuaba trabajando, ese día estuvo atento a sus movimientos, así que cuando la vio tomar el ascensor que iba al helipuerto, la siguió y cuando llegó a la terraza, se parapetó para espiarla. Mae estaba parada en el pasillo que dejaban los dos helicópteros, con los brazos abiertos, recibiendo el viento helado como si la abrazara hace mucho frío y no traes una chaqueta, te vas a resfriar se soltó su cabello y cerró los ojos en una especie de celebración personal ella es libre como el viento y yo la encierro en mi lúgubre oficina, por eso viene aquí, viene a liberarse de mí, de mi megalomanía y de mi arrogancia. ¿Esta es tu manera de confirmarte que nadie te posee?, apuesto que todos los días vienes a trabajar con la certeza de que no dependes de mí y permaneces sentada casi ocho horas a mi lado porque sabes que no te toco, que no puedo tocar tu espacio, ni tu vida, ni tu alma... ¿cómo dijo Rebecca? Ella es salvaje... ¿no podía ser peor? la amo y ella está lejos de todo, en otro planeta, en otra galaxia, en otro universo.

Las fiestas de final de año comenzaron, el feriado de Acción de Gracias fue una tortura, ni siquiera se atrevió a preguntarle dónde estaría, pero supo por las chicas que ella estaría en casa de Stella Miller.

—¿Arden, vienes a casa?

—Sí, mamá, voy.

—¿Quieres que te prepare algo especial?

—No, no te preocupes ¿quieres que lleve algo?

—Cariño, con tu presencia me basta, solo quiero a mi hijo conmigo.

En la casa Russell todo era alboroto, sin embargo, Ashley y Jackie estaban de

nuevo preocupadas, los días de sosiego del hijo y hermano mayor se habían acabado. No estaba el hombre violento y enfurruñado que contestaba con monosílabos, pero estaba aquel de aspecto desencajado que no quería ninguna conversación y para ellas, ese era el más problemático.

El patriarca siempre comenzaba la cena dando un pequeño discurso sobre el acto de agradecer, pero esta vez Henry interrumpió.

—Padre, este año quiero ser yo, quien diga el discurso.

—No, por favor papá, la última vez que dijo un discurso, habló de cómo su equipo favorito ganó, agradeció por el queso cheddar y por las porristas de los Lakers y por la ropa interior de Victoria's Secret.

Bianca hizo un gesto de disgusto.

—¿Victoria's Secret? Eso explicaría el catálogo en tu oficina.

—¡Cállate Ashley! —gritó a su hermana y luego miró a su esposa— mi vida, tenía veinte años y todavía no te conocía.

—¡Eso espero!

Mathew soltó una sonora carcajada.

—No digas nada, Matt —hizo callar a su cuñado sin dejar de mirar a Bianca—, el catálogo es de tu hermano, tiene una obsesión con Adriana Lima.

—¿Con que sí? —Ashley pellizcó a su marido de manera nada cariñosa.

—¡Auch!, tú sabes que mi única obsesión eres tú, corazón.

Arden se impacientaba con todo, nunca participaba en las tontas discusiones de su familia y ya quería irse, creía que nadar en su piscina le quitaría el desasosiego que lo invadía.

—Papá, esta vez voy a ser serio, te lo prometo.

—Claro, hijo, la palabra es tuya.

Henry tomó aire y trató de ser solemne, pero estalló en una carcajada.

—¡Dios, termina ya! —la voz del hijo mayor resonó como un relámpago.

El gigante empezó:

—Yo, yo quiero dar las gracias, por mi familia, porque todos estamos bien. Por mi padre que siempre ha sido un ejemplo a seguir.

El hermano mayor, como león furioso, rugió por lo bajo, pero solo Cameron y Jackie comprendieron el gesto.

—Quiero agradecer por mamá quien es la mejor madre del mundo, mami te amo, por la loca de mi hermana quien no comprende la relación de un hombre con Victoria's Secret y un balón.

La susodicha sacó la lengua a su hermano.

—A su esposo, quien se merece una medalla por estar con semejante loca, eres lo único cuerdo que ella ha tenido en su vida. Matt eres un buen amigo, trajiste a mi vida a Bianca, mi sol, y me faltará vida para agradecértelo.

A Bianca quien era conocida por ser un hueso duro de roer, se le aguaron sus ojos por las palabras de Henry.

—Eres mi nena sexy y lo sabes —de pronto, la voz de Henry se quebró—. También quiero agradecer por mi hermano el ogro, eres mi héroe, Arden, me enseñaste todo lo que sé.

El aludido le hizo un desabrido saludo tocándose la frente con la copa que tenía en la mano.

—Familia, yo, yo quiero darles las gracias a todos y decirle que estoy a punto de explotar de felicidad porque hoy, Bianca me dio la mejor noticia del mundo: ¡vamos a tener un bebé!

Ashley gritó, la madre no pudo contener sus lágrimas, Cameron se fue hacia su hijo, lo abrazó y palmoteó su espalda, Mathew envolvió dulcemente con sus brazos a su hermana y le dio pequeños besos en su frente, sin embargo Arden, se quedó quieto en su silla.

—¿Y qué de bueno puede tener esa noticia, Henry?

La alegría de la familia se esfumó frente a semejante comentario.

—¿No te alegras por mí, hermano?

—¿Alegrarme? Escasamente sabes anudar los cordones de tus zapatos y pretendes criar un niño.

—Hijo, por favor —rogó la madre.

—Alguien tiene que tener la cabeza fría en esto. Henry tienes veintisiete años y eres un niño demasiado mimado para eso ¿te ves cambiando pañales?, ¿despertándote en las noches cuando el bebé llora? ¿Un bebé, Henry? ¿Estás preparado cuando él o ella se enfermen? ¿Sangren?

Su hermano no entendía lo que decía, estaba asustado por el tono de voz con que le hablaba, pero también, rabioso ¿Por qué no se alegraba? ¡Su primer sobrino!

—¿Quieres escucharlo cuando esté triste y tú solo mueres por ver el fútbol?, ¿cuándo te hable de la muerte de su mascota favorita o de sus libros de

cuentos que alguien le rompió porque quiso castigarlo?

—¿Tienes que ser tan cruel? —Ashley lo increpó.

—Parece que eres lo único capaz de ser —Bianca se enfundó sus guantes de boxeo, lo hacía por su esposo y por su hijo, no dejaría que el arrogante presidente de Russell Corp. destrozara la alegría infantil de su marido— ¡Vamos, Arden! Evítanos todo este parloteo ridículo y confiesa que te mueres de envidia. Tú nunca serás capaz de amar a un niño y menos, engendrarlo. ¿Y, sabes por qué? porque tu incapacidad de amar es absoluta, ¡Idiota Máquina!, ¡Estúpido Señor del Dolor!

El rostro de Arden se congeló, furia y dolor ciego quedaron fijos en él un niño... Faith.

—Bianca, no te alteres y, por favor, cuida tus palabras —el padre interrumpió la discusión que se avecinaba—. Te lo ruego, hijo, si no eres capaz de compartir esta alegría con nosotros, vete.

Sin pensarlo dos veces, se paró de la mesa y se marchó sin despedirse.

—¡Oh, mamá! yo pensé que había cambiado un poco.

—Parece que no, cariño, parece que no.

Faith, a la fecha, tendría catorce años, Jackie y Cameron lo sabían y entendían el por qué la mención de un bebé en la familia afectó tanto a Arden, pero, por un juramento no podían explicarlo así que no discutieron cuando la reacción fue atribuida al extraño y difícil carácter que tenía el mayor de los hermanos.

Él, en el cementerio, frente a una pequeña tumba que en la lápida decía Faith Russell, lloró por primera vez después de trece años.

—Todo sobre ella está en esta carpeta, señor Russell. Informes y fotos, todo como usted lo pidió.

Liam le mostraba satisfecho, en la pantalla de la tableta, el fruto del trabajo que había realizado en exclusiva durante un mes.

—¿Algún cabo suelto u otra cosa que investigar?

—No, pero fue difícil averiguar sobre su vida en Aberdeen, su padre es una institución allí y nadie tiene algo que contar sobre Stuart Baker y su princesa.

¿Princesa? Por supuesto que lo es.

—¿Princesa?

—Sí, señor, era la niña mimada del pueblo, la mejor estudiante, la chica más

generosa y popular de su escuela, era casi intocable. Dejó mucha envidia, mujeres que entrevisté aseguraron que ella se creía mejor que nadie. Otras dijeron que era tímida e inteligente, en el registro escolar hay felicitaciones por primeros lugares en concursos de dibujo, competencia de ajedrez y de talento, toca la guitarra. Eso sí, nadie sabe dónde está, unos me dijeron que en Hollywood porque quería ser estrella de cine, otros que estudia guitarra clásica en Julliard, hasta me dijeron que estaba en Japón, dibujando caricaturas; solo una me dijo que no le importaba, que lo único que quería era que ella jamás volviera.

Arden leyó el informe, todo estaba contenido allí, descubrió que la relación más estrecha la tuvo con su madre con quien vivió después del divorcio, vivió con ella hasta los catorce años, fecha en que su madre se volvió a casar, esta vez, con el dueño de una agencia especializada en representar a deportistas profesionales. La madre, periodista especializada en arte, era una mujer inquieta que no duraba más de dos años en el mismo trabajo ni en la misma ciudad, aceptó que su hija volviera a Aberdeen a vivir con su padre y a terminar la secundaria. Un informe forense: la madre y el padrastro muertos en un accidente de tránsito. Marilyn, a la fecha, tendría dieciséis años. Testamento y documentos bancarios: cuando cumplió dieciocho, recibió la herencia que le dejó Trevor, el esposo de su madre. Un seguro de vida cuantioso, un lote de contenedores en Nuevo México, un título de propiedad de una casa en Miami; también estaban los certificados de pago de la universidad, además de inversiones realizadas en los últimos cuatro años. Leía y releía entre líneas todo, en especial los informes de cuando vivió con el padre y de sus años primeros años en Nueva York, buscaba una información en especial: el nombre de un novio. Ese dato no lo encontró pero si se percató de como las calificaciones del último año de la secundaria bajaron en picada pobrecita, mi amor, la muerte de la madre debió haberla dejado devastada.

Las fotos que le habían tomado eran de una mujer con su ropa oscura que trabajaba de 8 a.m. a 3 p.m. y de una chica de jeans y capucha que vivía entre la biblioteca, la universidad y el gimnasio; tan diferentes entre ellas que le pareció casi esquizofrénico. Fotos y más fotos de ella entrando y saliendo de una consulta psiquiátrica ¿Por qué vas?, con sus dos amigos el del restaurante y el de la universidad, paseando por la ciudad. Dejó de mirar la pantalla y revisó el sobre que Liam le había dejado y se encontró con cinco revistas de la universidad que contenían artículos escritos por ella, los informes de calificaciones y el archivo que le llevaba su consejero educacional. Después de revisar y leer todo, más de una vez, sintió que estaba igual que al comienzo: Marilyn Baker era una chica joven, hermosa, inteligente y misteriosa. Todos esos datos reunidos eran nada, su sed de ella era tanta que, aunque la bebiera toda, nunca sería suficiente porque siempre querría más.

John White se había enfermado y no asistió a la firma de libros, cosa que decepcionó tremendamente a Marilyn, Dante la llamó para explicarle.

—Pero, prometió que vendrá para Año Nuevo ¿estarás en la ciudad?

—Sí, este año papá vendrá.

—¿Solo ustedes dos?

—Somos una pequeña familia, Dante, y nos gusta estar solos, hablamos, comemos, nos damos regalos y ya.

—Deberías venir conmigo, tengo una familia enorme y divertida.

La oferta la incomodó, el hombre al otro lado del teléfono se dio cuenta.

—¿Estoy yendo demasiado rápido? —ella no contestó pero él interpretó su silencio—. Lo siento.

—No, no te preocupes.

—¿Cuándo me vas a aceptar, al menos, una charla en un territorio neutral?

—¿Contigo existe la neutralidad?

—No, pero lo puedo intentar, vales la pena.

—Me halagas.

—Lo mereces, al menos, yo sí sé tú valor, no como el idiota con quien trabajas.

—No pido halagos.

—Le duele decir algo bueno sobre alguien.

—No quiero hablar de eso. Si te soy sincera, no quiero estar en medio de la pelea a muerte que ustedes dos tienen.

—Mae, si yo te he hecho sentir eso, lo siento. La pelea entre él y yo es cosa de nosotros y ninguna otra persona debería afectarse. Te lo repito, lo siento.

Marilyn no entendía por qué, de un tiempo a esta parte iban a las reuniones fuera del edificio en automóvil, un trayecto que en helicóptero se demoraba de 30 a 40 minutos, él prefería hacerlo en coche sabiendo que se corría el riesgo de triplicar, como mínimo, el tiempo de desplazamiento. Permanecer encerrada, con él, mientras el chofer conducía, en un espacio reducido, era una tortura, podía sentir su respiración, su aroma embriagador y se sofocaba, los trayectos se hacían agotadores, pues toda su energía estaba concentrada en evitar mirarlo y resultaba en vano, pues terminaba descubriéndole nuevos gestos: los dedos de las manos entrelazados mientras los índices sostenían su mentón, su cara en absoluta concentración ignorando el latido de una venita azul que tenía en el párpado izquierdo, el tamborileo de sus dedos sobre su Rolex mientras trataba de controlar su impaciencia, el gesto bailarín de sus manos cuando se acomodaba su mechón blanco, todos gestos cargados de

sensualidad oscura que retenía en su mente, para después, llegar a su casa y a golpear de lápiz y carbón, traspasarlos a su croquera.

—Si yo escribiera poesía, le haría un poema veía a la hermanastra sentada, con un lápiz en la boca, buscando las palabras para describirlo Tu belleza es dolorosa... no, hummm ¿traumática?

Y, al lado, la ninfa.

—Es divino, perfecto y follable y ese mechón de su pelo me excita como loca.

—¡Por amor de Dios, cálmate tonta!

Marilyn Baker tenía razón, si esos viajes por la ciudad iban a ser diarios, además de sofocada y agotada, terminaría loca. Afortunadamente, la voz grave de su jefe disipó la discusión que tenían en su cabeza la ninfa y la hermanastra.

—El jueves, a las ocho de la mañana viajo por el día a Nassau. Es algo urgente, despeje todos mis compromisos. Sé que su horario es hasta las tres de la tarde pero, como su universidad ya terminó las clases, necesito que me acompañe.

—Soy su secretaria, no necesita recordarme mi deber, iré con usted.

Faltaban diez minutos y Arden moría de impaciencia, estaba todo listo para partir y Marilyn no llegaba. Furioso, la llamó al celular pero el aparato aparecía sin cobertura.

—Rebecca, ubique urgente a la señorita Baker y dígame que mi tiempo es oro y que su atraso está demorando mi viaje.

—Señor, ella ya está camino a Las Bahamas, tomó el avión que salía a la 7:10, estaba preocupada por unos detalles.

—¿Cómo que tomó un avión?

—Perdón, señor, si usted no le mencionó que se irían juntos en el jet de la compañía, ella hizo lo que debía, siguió el protocolo y compró pasajes de ida y vuelta.

¡Mierda!, es verdad. Yo solo quería estar con ella unas horas. Te las arreglas siempre para no estar cerca de mí.

Cuando llegó a Nassau, ella lo esperaba en el aeropuerto.

—Buenos días, señor, espero que haya tenido un buen viaje. Todo está listo para la reunión, le reservé una habitación en el hotel por si necesita disponer de un espacio privado.

—¿Tomó una para usted?

—No, señor, no lo creo necesario, trabajaremos todo el día y mi avión de vuelta sale a las ocho.

—¡Hágalo!, no permitiré que usted esté esperándome en el lobby.

—No habrá tiempo, señor. Son dos reuniones, la de ahora y otra que comienza a las cuatro.

—Bien, entonces, almorzaremos en la marina a eso de las dos de la tarde.

—No podrá ser, señor. Erik Van Bronckhorst está en la isla y me pidió que lo contactara para un almuerzo y como usted necesita hablar con él, hice una reservación en el Café Matisse.

¡Diablos! eres tan difícil.

—Muy bien. Cancele su tiquete de avión, viajará de regreso conmigo.

¡Por supuesto que no!, dos horas metida con él en ese avión, ¡jamás!

Todo estuvo medido en tiempos exactos, logró coordinar todo para que su jefe tuviera un día de trabajo muy productivo. Casi al finalizar la última reunión, su celular recibió una información de su jefe: «Cena a las ocho, en el hotel, el avión saldrá a las diez». Pero ella no apareció, al celular del impaciente jefe llegó un mensaje de voz: «Señor, la aerolínea no quiso hacer el reembolso, así que lo espero en Nueva York». Arden agarró fuerte el aparato y lo estrelló contra el suelo.

—Entre más te niegues, más te deseo.

—Theo, cancela la cena y avisa al piloto que salimos de inmediato.

El Señor de la Torre estaba perdido, nada de lo que hacía para favorecer el contacto con su secretaria le daba resultado, los tediosos viajes en automóvil para estar con ella y lograr un espacio íntimo y privado habían fracasado, la ponían de mal humor y todo intento de conversación chocaba de inmediato con un cuerpo rígido y un rotundo no que le decía con ojos atormentados. El viaje a Bahamas fue lo peor, había surgido de improviso y lo leyó como una señal del cielo y, ni cinco minutos pudo estar solo con ella. Pero, no se rendía, el dragón insistía en su empeño y la fiesta de Navidad le ofrecería otra oportunidad para intentarlo de nuevo.

Reunido con su madre y hermana, explicó sus intenciones para la fiesta de Fin de Año: repartir entre los trabajadores cien regalos mediante un sorteo. Bonos de dinero, vacaciones en el Caribe, tabletas, teléfonos, electrodomésticos, cruceros por el Mediterráneo y un automóvil, todo para premiar la constancia y lealtad de sus trabajadores será la excusa perfecta, recibirás un regalo mío que no podrás rechazar.

La gran sala de eventos, ubicada en el octavo piso, estaba decorada con cintas de terciopelo rojas, con multitud de lucecitas blancas y muchas bolas doradas, sobre el escenario había un gran pino natural, decorado con flores y luces de colores; rodeándolo, estaban las cien cajas de regalos; a todos los trabajadores les repartieron, un día antes, una pulsera que con un código que les permitiría participar en el sorteo. A las tres de la tarde, la familia en pleno se presentó en el salón, los aplausos y vítores mutaron a un “ooh” de asombro cuando los asistentes se dieron cuenta que, quien cerraba la comitiva real era el príncipe ogro. El momento fue incómodo, pero Henry, arriba del escenario y con el micrófono en mano lo distendió cuando hizo el chiste «el Grinch vino a ver si le tocaba un regalo» y Arden, a modo de saludo, forzó una sonrisa y alzó la copa que tenía en la mano, las mujeres, cual fanáticas, gritaron y aplaudieron entusiasmadas. Marilyn, en una mesa con Rebecca, Stella y otras tres chicas de archivo, miraba de reojo, tratando que el Señor de Hielo no la viera, buscaba un gesto que todavía no hubiese dibujado. La fiesta seguía su curso, hasta que Ashley tomó el micrófono, adoptó el rol de maestra de ceremonia y obligó a su familia a subir al escenario.

—Vamos a empezar el sorteo, en esa gran pantalla aparecerá el código, el nombre y la sección donde trabaja la persona sorteada, solo hay que pulsar este gran botón rojo —aplausos y silbidos de júbilo—. Los primeros diez premios los entregará Matt Allen. Chicas, no chillen que este hombre tiene dueña y es mío.

Entre risas y aplausos, fueron apretando el pulsador todos los miembros de la familia Russell y los trabajadores, recibiendo sus regalos.

—¡Atención! ¡Atención! Quedan cinco regalos: la pantalla led de 70 pulgadas, un crucero por el Mediterráneo para dos personas, 15 días en Nassau, todo incluido, una matrícula para el spa y gimnasio “Energía 24/7” por un año y el automóvil Chevrolet último modelo. Señor presidente, venga, este pulsador está esperando por su toque sexy.

Entusiastas aplausos, silbidos y gritos de admiración se escucharon en el salón.

—Bueno, mucha suerte —dijo de manera tímida, las mujeres suspiraron, era la voz de un ángel, pocos lo habían escuchado hablar en público—. El viaje a las Bahamas —pulsó— Glenn Parker, Seguridad de Planta.

Aplausos y gritos de felicitaciones para el vigilante que trabajaba en el área de estacionamientos.

—Los 15 días en Nassau, bonito lugar —su voz retumbaba y todo era silencio—. Caroline Jackson, Aseo y Mantenimiento.

Por el pasillo central avanzaba una chica menuda que se deshacía en llanto y no quería subir al escenario, Ashley la tomó de la mano y la acompañó para que recibiera su regalo.

—¡Perdón, señor Russell, perdón señora Allen! Es que yo nunca me he ganado

algo, nunca me gano nada —la joven mujer hipaba— ¿Nassau? ¿Y dónde queda eso? ¿Puedo llevar a mi hermanito?

El público rió ante la inocencia de la chica.

—En las Bahamas, tiene sol y playas y, puede ir tu hermanito —una conmovida Ashley la abrazaba.

La chica se soltó del abrazo y de forma imprevista, se abrazó a Arden, él se sorprendió, su primer impulso fue quitársela de encima pero, se controló y de manera torpe, intentó responder el gesto.

—¡Gracias, jefe, gracias!, en serio —la chica hablaba muy pegada al micrófono —. Día tras día limpio retretes y barro los pisos, pero es un trabajo digno y estoy muy orgullosa de trabajar aquí.

Todos aplaudieron, Marilyn estaba conmovida, a Stella se le caían las lágrimas.

—Gimnasio y spa por un año —la voz del presidente de la corporación se notaba ansiosa— Raymond Norton, Recursos Informáticos.

Unas risas y gritos celebraron el nombre, cuando llegó al escenario, todos se dieron cuenta del por qué, era un hombre joven y con evidente sobrepeso.

—¡Hey, Peyton! Te lo cambio por las 70 pulgadas —el chico gordo le gritó a Peyton Glover, el administrativo que se había ganado la pantalla.

—¡Acepto, si incluye una cita con tu hermana Leyla!

La voz del Glover se escuchó nítida y todos guardaron silencio esperando la respuesta, pero el chico no habló, solo negó con manos y cabeza mientras bajaba del escenario. Para quienes los conocían, sabían que Peyton era un Don Juan y que Raymond cuidaba como hueso santos a sus tres bellas hermanas.

—El último premio, el Chevrolet —Arden continuó, pulsó con fuerza, todos miraron la pantalla— Marilyn Baker, mi secretaria.

La chica no daba crédito a lo que oía ¿un auto? Debe haber un error todos aplaudían, las chicas de la mesa gritaban y saltaban, pero ella no se daba por enterada, dio otro sorbo a su bebida y estaba por ponerse a aplaudir cuando escuchó la voz de su jefe que, de nuevo, la llamaba.

—¡Mae! Mae, es usted. ¡Venga, Mae!, es su regalo.

Como un sediento frente al agua, el hombre repitió varias veces lo que le era negado, al menos podía decir su nombre sin que ella le negase el placer. Había organizado todo para que ella tuviera algo especial en esta Navidad y lo había logrado, la chica se veía feliz y bastante sorprendida por la fortuna que había tenido. Subió entre los vítores de Stella y Rebecca y llegó hasta él.

Arden bajó el micrófono para que nadie lo escuchara.

—Se lo merece, feliz Navidad —y sin pensarlo dos veces, la besó en la mejilla. Ella quedó paralizada.

—Yo, yo no sé qué decir.

—No diga nada, solo disfrútelo.

—Gracias, señor.

—¡Esto ha sido fantástico! Todos nos hemos divertido mucho —Ashley al micrófono, retomaba su trabajo de maestra de ceremonia—. Arden K. Russell, prométenos que esto se volverá hacer el próximo año —miró a su hermano, quien, incómodo, se quitó el mechón de la frente y afirmó con la cabeza—. ¡Sí! tenemos la palabra de AKR —en su emoción, Ashley nombró a su hermano con el tag de grafitero adolescente que usaba— y ahora, ¡qué siga la fiesta!

En la familia estaban todos gratamente sorprendidos por lo acontecido, pero Cameron, además, estaba preocupado; los gestos y la presencia de su hijo en el evento no obedecían a su espíritu navideño, él no lo tenía y estaba seguro que detrás de toda la parafernalia, había algo más. Miraba a su hijo, lo conocía como las palmas de sus manos —tanto que podía decir cuando el flujo de su respiración estaba cambiando—, y todos los gestos que había tenido desde el momento en que decidió participar en la fiesta, le hacían sospechar; no sabía precisarlo, pero a su hijo, algo le ocurría y quería averiguarlo.

Había pasado una hora y Marilyn aún estaba aturdida por la sensación del beso en su mejilla. Stella, Rebecca y varias personas cotorreaban a su alrededor, pero ella no estaba interesada en la conversación, todavía no entendía lo que le había pasado, el premio era una posibilidad pero, ¿el beso? Se tocaba discretamente la mejilla mientras miraba a las parejas que bailaban al son de las canciones que el DJ colocaba. Empezó a sonar la canción “Always and Forever”, ella siguió la cadencia del ritmo con su cabeza y a tararearla, de pronto sintió la esencia de “su” perfume y una respiración detrás de su espalda, vio a Stella quedarse mirándola por encima de su hombro, volteó y allí estaba.

—Baile conmigo, Baker —y sin pedir permiso la tomó de la cintura y la arrastró al centro de la pista.

Todos se quedaron mirando, él había bajado de la torre para mezclarse entre los mortales y estaban extasiados con el espectáculo.

—Yo no bailo, señor.

—Si lo hace, no me mienta y no se atreva a dejarme plantado enfrente de todos, yo solo bailo con mi secretaria ¿acaso no piensan que soy una máquina? Pues, es hora de enterrar el mito.

No se atrevió a seguir negándose y se dejó llevar, la sensación de él

apretándola era alucinante, su corazón latía a diez mil por hora, sus sentidos estaban embotados, narcotizados por su olor, por su tacto. La gente que la rodeaba desapareció, la envolvió una energía que la elevaba en espirales monumentales hasta un lugar que no tenía fin, la tierra se detuvo y dio paso a aquella danza de dos seres que de una manera u otra estaban a cada lado del espejo y que sin embargo se tocaban, se chocaban. La sexualidad animal y posesiva de él se enfrentaba al deseo escondido y salvaje de ella. Ambos se sentían en la piel, en los músculos y en los huesos del otro, pero Marilyn lo padecía, sus sensaciones eróticas la desbocaban; su sexo palpitaba, se contraía, sudaba, no tenía certeza pero adivinaba que era su aspiración la que se anticipaba. Penetración, embestidas, orgasmo, todo aquello que había leído en libros y escuchado en canciones, estaba a un toque, envuelto en ese abrazo que era la música cantada por Luther Vandross.

¡Hazlo ya!, ¡hazlo ya!, no puedo aguantar sin ti adentro de mí. ¡Oh sí, perfecto!, ardo, ardo, ¡Dios, todo lo quiero todo ahora!, no me hagas sufrir.

Era una tortura, pero un atisbo de conciencia llegó a ella, puso sus manos entre los dos y empujo duro el musculoso pecho, tratando de separarse pero él no lo permitió, apretó más fuerte y lo sintió en pleno, estaba erecto contra su estómago, la sensación fue excitante y poderosa, era la segunda vez que lo sentía así, sus pantys nadaban, sus pezones parecían dos flechas apuntando. ¿Y si bajo las manos y lo toco?, quiero sentirlo en mis manos. ¡Señor, señor!, dame fuerzas. El Nilo, el Nilo empuja sus exclusas la ninfa loca corría demente por el bosque buscando un macho para aparearse y la hermanastra se carcajeaba histérica por el salón anunciando su victoria: no era la Cenicienta y estaba bailando con el príncipe.

La melodía viajaba por el aire, le hacía el amor con aquella canción, la tocaba, la respiraba, la olía. Para Arden era su única oportunidad; mañana, ella se iría, mañana se olvidaría de él y reanudaría su existencia de secretaria eficaz en su mundo de indiferencia y rebeldía, pero en ese momento sabía que Marilyn Baker le pertenecía... sí, lo sabía. Era la música, la voz del hombre que cantaba, el ambiente, no importaba, ella estaba allí con él, sintiendo su sexo voraz que, si se lo permitía, la devoraría de un zarpazo. ¡Demonios, nena!, no te dejaría un maldito músculo intacto la apretó más fuerte y giró con ella un momento más, un momento más pero la música se acabó y la magia, también; la realidad volvió, estaban en medio de la pista, mirándose a los ojos.

Todos a su alrededor también lo hacían ¡Mae, haz algo!, haz algo o crearán que tienes algo con él y eso no puedes permitirlo –él estaba erecto por ti... contigo– ¡Diablos! Está casi borracho. Este hombre, el alcohol y la mitad de las mujeres del planeta en su cama. Y bien, yo solo soy Baker, ¡nada más! Alzó la cabeza, respiró hondo, convocó el espíritu retraído de su padre e hizo la mueca anárquica de su madre.

—Vaya, la Navidad sí que hace milagros, señor: usted bailó para todos sus trabajadores.

—Imagínese, Baker, crearán que tengo sentimientos.

—No se preocupe, su fama quedará intacta, la magia se rompe a la medianoche.

Así fue que ella se retiró sin dejar en evidencia de que, por lo que duró una canción, fue la elegida. Volvió con sus amigas.

—¿Qué fue eso?

—Nada, el gran jefe solo quiso demostrar que tiene conciencia obrera.

—¿Con ese baile?

—Pasaron los tiempos de los panfletos y las barricadas.

Stella no entendió mucho las respuestas de la chica, pero la dejó ir tranquila cuando, con señas, le hizo entender que debía ir al baño. Necesito mojarme la cara y despertar de esto.

Arden volvió a su actitud de aislamiento, mientras recuraba su cuerpo de aquel tornado de emociones que lo tenían a portas del maldito abismo. Se había comprometido a permanecer hasta el último momento de la fiesta, pero ya quería irse. Su padre se le paró enfrente con los brazos cruzados y con una mirada inquisidora.

—¿Desde cuándo estás enamorado de la señorita Baker?

Cameron Russell se había criado en el seno de una familia tradicional de Nueva York. Su padre, William, era un hombre de pocas palabras y con una débil personalidad frente a su antecesor, Ernest, el fundador de la compañía, quien, apenas su único hijo supo cuánto era dos más dos, lo hizo trabajar en su oficina. A los veinticinco años, ya era el director de la sucursal más grande de la compañía y estaba comprometido con una bella y caprichosa jovencita. Nunca hizo lo que quiso: ser pintor, pintar era su única alegría. Con el pasar de los años, el abuelo de Arden se volvió un hombre amargado y solitario, su esposa —diez años más joven— lo dejó de lado, consideraba que con haber tenido su hijo cumplió su parte del contrato matrimonial y se dedicó a disfrutar de las ventajas que el apellido Russell le ofrecía. Cameron adoraba a su madre como se podía adorar a una muñeca fina, rubia y fría; nunca fue cariñosa, nunca fue la mejor madre del mundo pero al menos con ella la relación era mucho mejor que con su padre. A los doce años supo que su padre tenía una amante y de inmediato hizo alianza con su madre y, si la relación con William era mala, después de descubrir el secreto, se convirtió en imposible. Las máximas palabras que de él obtuvo fueron «Cameron, haz lo que quieras» y eso fue lo que hizo, a los quince años, comunicó que no trabajaría en la empresa familiar y a los diecinueve, se fue a la universidad a estudiar arquitectura.

Entonces, llegó Tara Spencer y el mundo del heredero Russell quedó al revés ¿Qué podía hacer un joven que solo había tenido frialdad en indiferencia en su

vida ante el volcán de pasión que ella le trajo? Nada, y se dejó llevar. De su mano recorrió el sexo, la pasión, el desenfreno, la libertad y la locura, la amó con la fuerza de los veinte años, pero aquel volcán pasional fue también su tortura. Con el amor llegó un hijo, un niño de cabello rubio y gatunos ojos verdes, quien le robó el corazón y los sentidos. Por él, Cameron replanteó muchas cosas, entre ellas, la relación con William. Poco a poco la relación con su padre –quien enamorado de su nieto tuvo la oportunidad para conciliarse con el mundo– cambió, el viejo sintió compasión por su hijo, se dio cuenta de que había tenido que presenciar una vida de total frustración y soledad sin tener la culpa y que ahora sufría por Tara y la impotencia de saber que era imposible luchar contra aquel monstruo que lo consumía. Lo mismo pasó con Cameron quien empezó a ver el verdadero rostro de su padre y también, la frialdad de espejo de su madre; aunque jamás la juzgó, reconoció que era hija de una crianza superficial e hipócrita; amparada en el deber ser, y aunque era conocida la existencia de la amante, ninguno de ellos se planteó el divorcio y siguieron con la vida de apariencias a la que estaban acostumbrados.

La amante de años que tenía William Russell era su misma secretaria –sí, su padre cayó en la vulgaridad propia de alguien en el poder–, Lorna Stanford. Ella fue la persona que dio tranquilidad y amor en el sosiego de un apartamento, que además de ser su casa habitación, fue un atelier donde William se dedicó a la pasión de su vida: la pintura. El hombre carecía de talento, pero sentía que respiraba cada vez que, con sus pinceles, dejaba sus trazos brillantes y naif en la tela. Cuando William murió, Cameron descubrió todo el mundo oculto que su padre tenía con la secretaria; ella, con su temperamento leonino, se lo dejó claro: «—Yo sé que no tengo derecho, en esta historia yo soy la villana... soy la otra, la amante, la querida, la que se esconde y acepto mi papel, nunca he querido escalar las altas cumbres de la familia Russell, solo quería mi tiempo con él y William me lo dio, ahora que ha muerto ya no me queda nada. Se lo aseguro, de mi boca no saldrá una palabra, la imagen de patriarca de William y del apellido Russell quedara intacta. Aquí tiene mi renuncia, me voy de esta empresa»

Al año, murió su madre, todos dijeron que de tristeza por los años perdidos en superficialidades, porque se empeñó en ser infeliz, por negarse a su hijo en su intento por castigar al padre. Cameron decidió que haría cualquier cosa para que su chico no sufriera la historia de sus padres. Para él, el acto de egoísmo más grande lo realizó su padre, que sacrificó su familia, a Lorna, la mujer que amaba y sobre todo a sí mismo. Sí, su viejo era un hombre débil y se juró que nunca seguiría su camino y que cada día lucharía para trascender ese dejo melancólico, solitario y cruel de su familia.

Mas, el extraño karma se descargó contra su pobre muchacho, su niño dulce tuvo que enfrentar los ojos de medusa de su madre y la amenaza de aquel monstruo en su sangre, resistir el amor malvado de una chica y sobrevivir la frustrada paternidad adolescente. Su bebé de dulce sonrisa, su chico que tocaba el cello y que adoraba el aire libre, se convirtió en un ser terrible, violento, salvaje, un hombre lleno de rabia, de rencor y de soledad. Él daría su sangre, si pudiese, para traerlo de vuelta, pero cada día se hacía imposible, porque no hablaba ni abría las tremendas compuertas de ese castillo de acero en que se había encerrado. Sin embargo, aquel día vio algo que no había visto en muchos años, fue un gesto mínimo que evidenció vulnerabilidad, una

actitud corporal que le mostró una pequeña grieta en aquel muro; su hijo estuvo nervioso y vibrante cuando la señorita Baker subió al podio para recibir su premio ¿Desde cuándo Arden Russell besaba a alguien? Lo siguió observando, su manía frenética de acomodarse el mechón de cabello que caía sobre su frente se puso peor y sus ojos se concentraban en un punto específico: la secretaria; no se sorprendió cuando lo vio dirigirse hasta ella y arrastrarla a la pista, para bailar. Nadie, ni siquiera su familia se dio cuenta, pero él sí, pues vio en aquella actitud el carácter demoníaco de Tara ¡Dios! tuvo terror, ni siquiera con Chanice vio eso.

Se la tragará viva, pero será peor si se ella se niega.

Apenas terminó el baile, se le acercó.

—¿Desde cuándo estás enamorado de la señorita Baker?

La pregunta de su padre fue como si le cayera un alud de hielo encima, se quedó mirándolo directo a los ojos.

—Dime, Arden Keith Russell ¿desde cuándo estas enamorado de la señorita Baker?

Toda mi maldita vida.

—¿De qué demonios estás hablando? —contestó.

Endureció su gesto y se puso en actitud de lucha.

—Te conozco como la palma de mi mano, estás enamorado de esa chica.

—¡Déjame en paz! —caminó hasta salir del salón, su padre lo siguió.

—¿Ella lo sabe?

—¿Saber qué? —se dio vuelta y lo enfrentó— ¡Deja de seguirme, con un demonio!

—Que la amas.

—¿Yo enamorado?... y ¿de ella? ¡Maldición, Cameron!, es... es una insignificante secretaria —estas palabras le dolieron como si estuviese blasfemando.

—Entonces ¡despídela!

Cameron no era un hombre cruel, en su vida solo había despedido a cinco personas, pero por su hijo haría cualquier cosa, eso lo constataron Tara y Chanice. Arden se paró en seco, cerró sus puños y volteó hacia su padre, era como un toro ciego, loco, a punto de embestir cualquier cosa que se interpusiera en su camino.

—Si la tocas, destruyo la maldita empresa, piedra por piedra y te juro que ni tú ni Jackie me volverán a ver en el resto de la vida.

Cameron se enfrentó con el rostro de su hijo, se miraron de hito a hito, sentía su respiración furiosa... ¡allí estaba él!... ¡Allí estaba ella, Tara!

—¿Es tu amante?

Esa pregunta, en vez de ponerlo furioso, lo liberó, ya no tenía por qué mentir, no tenía justificación; el enfrentamiento casi físico, la conversación violenta y la actitud de protección feroz de su padre lo liberaron de todo.

—No, para ella solo soy su jefe, nada más. Ni siquiera me permite una mínima conversación personal.

—Si ella te lastima, se va lejos, ¡no quiero otra Chanice en tu vida!

—¡No tienes ningún puto derecho! ¡Ninguno! Tú, nunca más me apartarás de alguien. Soy un hombre, y soy el dueño de mi podrida vida. No soy un chico como cuando alejaste de mí a Chanice, como cuando apartaste a Faith o como cuando quitaste a mi madre del medio.

Una sombra de dolor cubrió el rostro del padre, amaba tanto a su hijo que por amor a él, prefirió ser depositario de su odio que contarle la verdad. No, su chico no sufriría más.

—Yo ¡Dios! ¡Olvídalo! ¿Le has dicho a Marilyn algo?

—No, y no quiero hablar contigo de eso, tú corrompes todo lo que tocas.

—La señorita Baker es una buena chica, pero si ella no te ama, es mejor que se vaya, es una tortura para ti, hijo, que ella siga trabajando a tu lado.

—¡No! ¡No! La necesito conmigo, no me importa si me detesta, si le soy indiferente. ¿No te das cuenta?, mi vida es un infierno con ella a mi lado, pero sin ella es la muerte. Yo solo quiero... un poco —el gesto de su rostro fue abrumador para Cameron, era un hombre rogando por su vida—, un poco de ella para mí papá, un poco.

Hacía más de quince años no se dejaba tocar, su padre rogaba por un leve contacto, un pequeño toque que le permitiera volver a sentir que aún tenía aquella relación con ese niño tierno y dulce que fue —con el cual jugaba al balón y al ajedrez y compartían largas charlas sobre música y cine—, por eso, cuando Arden vio que levantaba la mano para tocar su mejilla, saltó de inmediato.

—¡No me toques! No quiero una compasión que nunca has tenido, eres un maldito hipócrita —se alejó e hizo una seña con su dedo apuntándolo— yo te conozco, a mí no me engañas, tú y tu imagen de santo redentor se pueden ir a la mierda. Pero, te repito: no toques a Mae... si la apartas de mí ¡te odiaré más! —se alejó para subir al ascensor de presidencia.

Un viento frío recorrió la columna de Cameron, a su memoria llegó la risa cruel de su primera esposa, ¡Dios! Es como ella, igual, siempre en los extremos del mundo, con él no hay tonos grises, tantos años protegiéndolo de todo, hasta vendí mi alma al diablo para que no lo tocara y sin embargo todo fue en vano. Tara, debes estar muy feliz en el infierno, cumpliste tu venganza: estás en su sangre. Ella, demente, seguía burlándose de él —¡Es mi bebé, Cameron!, ¡él es mi bebé! ¡Mío!

Arden, en su oficina y a oscuras, resoplaba de ira. ¿Qué derecho tiene? No soy un chico, soy un hombre ¡Maldito hipócrita! Pensó en Marilyn ¿Cómo pude ser tan estúpido? Bailar con ella delante de todos y dejar que él me viera, entonces se dejó llevar por la reminiscencia del momento cuando la tenía atrapada en sus brazos, era una sensación dolorosa pero lo llenaba de vida: cuerpo fibroso y cálido, movimientos sinuosos y, a pesar de la diferencia de alturas, lo bien que calzaban sueña, idiota, ese fue el único contacto con ella y el beso en la mejilla. Al hombre que tenía sexo duro como práctica habitual, casi le explota el corazón cuando dejó sus labios en la mejilla de su secretaria, y quiso más, y forzó el baile, ella era una chica educada y jamás le haría un desplante frente a todos no me respetes ¡Ámame! No quiero tu fría cortesía de trabajador, quiero... quiero. Ruidos en su puerta lo sacaron de su introspección, alguien, desde afuera, intentaba entrar a su oficina.

—¡Maldición! ¡Si está con llave es porque quiero que nadie entre! —salió de su sillón directo a la puerta, sacó el seguro y abrió— ¡No quiero que estés aquí!

Al otro lado de la puerta no estaba su padre, estaba la señorita Baker, pálida y a punto de desmayarse, el intentó sostenerla por los brazos pero ella, en un acto instintivo, lo rechazó y buscó el apoyo de la muralla.

—Lo siento señor, de verdad lo siento. Yo, yo, yo no sabía que estaba aquí, me voy, lo siento.

Maldito asno idiota ¡La asustaste! Mi pobre nena.

—¿Qué hace aquí, señorita Baker? La fiesta no ha terminado.

—Vine a adelantar un trabajo, dentro de tres días es Navidad y como me voy de vacaciones, entonces, pensé dejarle a usted y a Becca un poco de trabajo adelantado.

—¿Vacaciones? Es decir, la semana de Navidad y Año Nuevo, el dos de enero nos veremos otra vez. Será solo una semana.

—No, no señor, llevo años trabajando aquí y nunca he tenido vacaciones, acuérdesse que usted me dijo que podría tomar tres semanas. Fue parte del trato cuando regresé a trabajar.

El eximio negociador de contratos había fallado, estaba tan desesperado porque ella volviera que no le importó ofrecer tamaña regalía, si le hubiese pedido el sol, él se lo hubiera dado Tres semanas ¿Qué voy a hacer sin ti estas

tres semanas? Voy a estar en coma. Le permitió entrar en su oficina, Mae se sorprendió de ver todo a oscuras ¿Qué hacías metido aquí en esta oscuridad? Arden prendió la luz, ambos quedaron encandilados, no supo porque, pero ella le sonrió.

—Gracias, señor.

—No puedo permitir que usted se caiga, de pronto me demanda —lo dijo en tono de broma, pero ella no volvió a sonreírle, es más tomó el comentario a mal. Tomó unos papeles que habían quedado sobre la mesa.

Quédate un poquito ¿Qué le digo? ¿Qué le pregunto?

—¿Se quedará en Nueva York o viajara a otra parte?

—Me iré con papá, le debo un viaje.

—¿Dónde? —ya estaba pensando mandar a Theo a que la vigilara, pero de nuevo su mutismo le cerró las puertas.

Ella lo miró, era Navidad, sentía el espíritu festivo y quiso bajar un poquito las defensas con él.

—Gracias por el auto, señor Russell.

—Tuvo suerte si me hubieras permitido te hubiera dado un Ferrari.

—Sí, soy una chica con suerte —su tono fue irónico—. Bueno, feliz Navidad, señor, que Santa le traiga muchos regalos y bendiciones.

Solo te quiero aquí, conmigo, es lo único que pido.

—Lo mismo le digo, Marilyn.

—Estaré en mi escritorio, dejaré encaminado los documentos de Traffic Bell y me iré, buenas noches.

La única respuesta que recibió fue un oscuro buenas noches de un hombre que se perdió mirando su cello y cuyo mechón blanco le tapó la mitad de la cara.

Tres semanas, tres semanas, no te veré en tres semanas, pero debo alejarme, alejarme de ti, desintoxicarme de tu presencia, pensé que iba a ser más fácil, pero cada día contigo es peor, debo ser fuerte, fuerte, ya pronto terminaré mis estudios y me podré ir.

Se instaló en su escritorio, abrió el primer cajón y lo primero que encontró fue la carpeta de la reformulación de su tesis.

«—¡Oh, Mimí! Tú estás peor que todas las hermanas Brontë y la Austen juntas. Tu drama con Arden Russell es digno de un libro de esos que escribían

ellas.»

Las palabras de su amigo retumbaron en su cabeza y fueron el disparador para decidirse sobre qué trabajar en su tesis, su primera opción era una monografía sobre Berthe Morisot, la pintora impresionista y todas las cortapisas sociales que existían para las mujeres en la cultura de la época, pero ahora, lo dicho por Peter adquiría sentido, de alguna forma necesita exorcizar la pasión que sentía por su jefe y que mejor que hacerlo como ellas lo hicieron, escribiendo.

Estaba llegando al final de su recorrido y la perspectiva la asustaba un poco, tenía para un año más en Russell Corp. y después, tendría que buscar trabajo en lo que había estudiado, su grado académico la facultaba para trabajar como maestra de arte o en un museo, también podría explorar la posibilidad de arriesgarse a escribir sus propias historias e ilustrarlas, todo eso antes de seguir el posgrado que ya tenía pensado. Tres años trabajando como secretaria en la empresa eran suficientes, había transformado a los amigos encontrados allí en su familia, pero Thomas y Susy ya no estaban, Stella, Becca, y todos aquellos que la saludaban en la mañana y que la respetaban por ser la secretaria y la voz que filtraba el hielo del jefe aunque estaban siempre pendientes de hacerle su día agradable, ya no le eran suficientes. Se había auto impuesto trabajar con él –que la besaba todos las noches en sus sueños, que la acompañaba con su perfume y con su voz, que le destrozaba los nervios, que la sacaba de quicio, que bailó con ella esa noche y le hizo sentir el poder de su sexo en su vientre– y estaba apenas sobreviviendo. Su alma de artista chocaba con su racionalidad de joven mujer que tenía el terror impuesto a fuego por una experiencia traumática en un bosque y en ese estrellón, quien sobrevivía era la hermanastra, la chica que teniéndolo todo, tenía que vivir resignada a que otra sea feliz con su príncipe: Arden Russell.

Terminó las indicaciones que había prometido dejarle a Rebecca, tomó su carpeta de la universidad y salió de la empresa, les deseó feliz Navidad a todos y se fue a casa, a trabajar y a esperar que su padre viniera. Al día siguiente frente a su edificio estaba su auto nuevo, un Chevrolet Impala plateado con un bello lazo rojo.

—¡Dios! Esto debe costar una fortuna, ¿yo que voy a hacer con un auto así? Ni siquiera tengo licencia.

Aun se acordaba del Beetle descapotado que su padre le regaló cuando cumplió sus diecisiete, amaba su escarabajo amarillo, aún estaba en el garaje de su casa, le prohibió a Stuart venderlo, representaba su juventud de niña despreocupada que escuchaba música a todo volumen camino a su escuela.

Se montó en el vehículo y lo prendió, el motor rugió, su madre estaba tras ella « ¿lo oyes, bebito? Los caminos nos esperan» olía a nuevo, a lujo, a comodidad. En una esquina vio una figura adorada ¡Stuart!, se bajó corriendo del carro. Y se fue a abrazarlo, casi un año sin sentir a su papá tan cerca.

—Oye.

—Oye —ese era su saludo, resumía la alegría de verse— ¿tu vuelo no era en la

tarde?

—Mentí, quería darle una sorpresa a mi chica.

—Es una maravillosa sorpresa, pa.

Arden, como lobo en celo, la espiaba, quiso estar en el momento de la recepción del coche y se escondió para ver cómo reaccionaba, cuando la vio correr hacia el hombre, reconoció de inmediato la figura es su padre, él también está loco por ella.

—Pa, mira mi nuevo auto —le dijo mientras agarraba su maleta.

—¿Compraste un auto?

—No, me lo gané en la empresa, hicieron un sorteo de Navidad y yo me lo gané.

—¡Wow!, es impresionante, Motita —se fue hacia él y lo auscultó con la mirada de un experto— espero que tengas cuidado al manejar en esta ciudad, hay mucha diferencia entre Aberdeen y Nueva York, aquí hay gente irresponsable, locos, drogadictos, te pones tu cinturón de seguridad y conduces despacio... —y su padre siguió con la perorata, Mae lo dejó mientras sonreía, era bueno tener a su papá con ella.

Le dio la sorpresa de un viaje al Gran Cañón del Colorado, sabía que siempre lo había querido visitar.

—¡Imagínate, pa!, iremos y haremos el descenso por el río, iremos a las reservaciones, pescarás, hasta montaremos en mula, y viajaremos en parapente. Tú y yo, Stuart, será divertidísimo.

En la expresión de su hija, Stuart vio a Aimé, siempre queriendo más, siempre aventurándose a todo, sin miedo a nada. Fue su necesidad de seguridad, de estabilidad y de sosiego lo que hizo que entre él y su mujer poco a poco las cosas se fueran deteriorando.

—¿No te gusta papá? Si quieres lo cancelo y nos quedamos aquí.

—Ni se te ocurra, niña, ¡nos lo merecemos!

—¡Sí! Aventura.

Dejó a Darcy con Peter, Carlo se encargaría de malcriarlo, le daría carne en filetes y a la vuelta con su ama, estaría más caprichoso que nunca.

Estaba tan agotado que no quería huir en esa Navidad, se impuso ser normal y se arrastró a casa de su padre aunque fuera para hundirse en los festejos y en el tedio. Le ayudó a su madre con la decoración del árbol, se sentó con su

hermano a ver el partido de fútbol, aunque escasamente hablaron –Henry seguía estando furioso con él, las palabras crueles que le dijo el día en que anunció que esperaba un hijo todavía retumbaban en sus oídos– permaneció a su lado y soportó callado todas las maldiciones que echó al televisor porque su equipo iba perdiendo. El menor de los chicos Russell era, en su musculosa existencia, un niño tierno que tuvo que crecer bajo la sombra del titán de su hermano mayor. Nunca sintió envidia, ni celos, pues Arden lo cuidó más que nadie y lo alentó en todos sus proyectos, por eso le dolía el comentario lleno de sarcasmo que hizo sobre el niño y la responsabilidad que se venía con el embarazo de Bianca.

—¿Una cerveza?

—No, gracias —sin mirar a su hermano, Henry se puso de pie y se fue de la sala.

No intentó salir tras de él ni tampoco, explicarle.

Ser padre lo sorprendió a los diecisiete, cuando era un maldito desastre y con su novia vivían más obsesionados con la heroína que con otra cosa. Chanice era una chica linda, caprichosa, con deseos de ascender en la escala social y él estaba loco por ella. Cuando supo que tenía un bebé recién nacido, casi se muere, corrió como loco y llegó al hospital cargado de furia, le gritó a Chanice, le rompió la cara a Dante y forcejeó con los enfermeros que no permitían que cruzara la puerta de neonatología donde estaba su hija prematura. Su padre y Susy lograron detenerlo mientras Geoffrey detenía a su hijo.

«—Dile a Dante que si se mete con mi bebé, lo mato. No lo quiero cerca, no quiero sus putas y sucias manos en Faith.»

«—¿Faith?»

«—Es el nombre de mi niña.»

«—Es un lindo nombre.»

Días después, su hija se fue, él quedó mirando una incubadora con un escarpín rosa en sus manos y con un odio profundo hacia todo el mundo, pero sobre todo, hacia él mismo. Con su mundo colapsado y con la furia de mil volcanes desapareció por más de dos años y cuando volvió su odio reconcentrado se transmutó en una incapacidad para comunicarse con el mundo.

En la mesa, mientras todos cenaban, él se concentraba en mirarlos como se mira algo detrás de un cristal empañado, eran su familia y los amaba; era con su padre con quien tenía una relación enfermiza, culposa: lo odiaba un día y al otro lo amaba, su padre había sido su protector, su amigo, su cómplice, pero también había sido un maldito mentiroso, un hipócrita y un idiota absoluto. Había intentado perdonarlo miles de veces, pero no era capaz, fue su Judas y verdugo, lo había traicionado, dos veces y eso fue más fuerte que

cualquier lazo de sangre. Jacqueline, ella fue su incondicional, siempre protegiéndolo, amándolo, nunca hubo nada que pudiera derrocar el amor que por Arden sentía, ni siquiera sus propios hijos. Ella era su madre, ella lo vio crecer y lo cuidó cuando estaba enfermo, lo llevó a su primer día de escuela, le contrató a Rondha, su maestra de cello; toda su niñez estuvo ligada a ella y aunque en sus peores años estuvieron alejados, fue Jackie la que corrió a socorrerlo a Londres cuando llamó desde un hospital por un accidente que lo tuvo al borde de la muerte. Ella le tuvo paciencia, lo cuidó, alimentó y lo trajo de vuelta a casa. Sin embargo, Arden se quedó en su negra burbuja y no permitió que nadie entrara a ella.

—¡Qué maravilla, hijo!

—Sé que te gusta leer, siempre estás diciendo que no encuentras buenos libros.

—¿Los compraste tú, mi amor?

—Sí, solo que Mae me hizo una lista.

—¿Mae? —preguntó Ashley.

—La secretaria de Arden estudia literatura —contestó Cameron pendiente de los gestos de su hijo, pero él no movió ni un músculo.

—Ella me encanta, es tan simpática, tan, no sé algo hay en esa chica que me parece muy lindo.

—Dile que gracias, que es una dulzura ¿todos son historias de amor?

—No sé, supongo.

—“El fin de la aventura”, “Expiación”, “Seda”, “El amor en los tiempos del cólera”, “Muerte en Venecia”, “El ángel sin cabeza”, “El lobo estepario”. Me leeré todos estos libros, creo que lloraré como quinceañera. Todos son libros muy trágicos.

—Si te gustan esos libros donde todos mueren o sangran, estarás feliz.

—El amor es un asunto de sangrar y morir ¿crees en ese tipo de amor, hijo?

—¡Oh, sí, papá! cortarse las venas o volarse la tapa de los sesos es algo muy romántico, lo sabes mejor que yo.

Ashley que no era ninguna tonta sintió como el aire de la reunión cambió y sus padres se pusieron nerviosos.

—¿Saben? Estoy cansada de que ustedes hablen de manera misteriosa, nos excluyen a Henry y a mí de todo como si fuéramos un par de idiotas, no podemos tener una reunión donde al final se den ese tipo de comentarios, ¡por favor! Al menos finjan que estamos en una familia normal y que

disfrutamos de estar juntos, no sé qué va a pasar cuando mi sobrino venga al mundo, ¿lo van a someter a esto? Porque te lo juro, Arden, que el año que viene, Bianca, Henry, Mathew y yo haremos reuniones aparte, sé que no quieres estar aquí, pero por favor ten un poco de compasión.

Todos se quedaron en silencio. Como siempre fue la madre quien devolvió a su familia a la normalidad.

—Hijo, dile a Marilyn que en compensación por los libros, la invitaré a almorzar, es hora de una atención con esa chica, siempre está pendiente de todo, ya aseguró a todos los trabajadores de la construcción, es increíble. ¿Será apresurado invitarla en dos días?

—Ella no está.

No quiero que la nombren, no hoy, no hoy.

—¿Cómo que no está? —el padre preguntó, alarmado.

—Se fue de vacaciones con su papá, no volverá en tres semanas —un trago de hiel recorrió su garganta.

Solo Cameron vio el desconsuelo en los ojos de su hijo.

Se quedó en la casa de sus padres, en su viejo cuarto de adolescente. Le había ordenado a Jackie que quitara todo rastro de que algún día él vivió allí, solo necesitaba una cama para dormir.

Su padre lo sorprendió con la guardia baja y con la puerta entrecerrada.

—Ella volverá.

—¿Quieres que tengamos una relación cordial padre? Te exijo, no, te demando, que no la vuelvas a mencionar, ella es mía, solo a mí me interesa, solo a mí, no quiero hablar de ella contigo, ni con nadie, tú no tienes derecho a meterte, hazme un único favor, no le digas a Jacqueline o a mi hermana.

—¿Qué pasará si ella se quiere ir? ¿Si conoce a un hombre con quien se quiera casar?

—¡Fuera! Después dicen que yo soy el cruel, ¡fuera!

Mierda Navidad, mierda Año Nuevo, malditos días, ¡malditos días!

Los días pasaron eternos y lentos. Ella se despertaba con la sensación terrible de que alguien la llamaba desde muy lejos. Una noche, en un hostel del Cañón del Colorado se despertó llorando, había soñado con un niño pequeño, parado en la orilla contraria de un río, quien le hacía un gesto desesperado y le gritaba «no me dejes, vuelve, vuelve, estoy solo, vuelve, vuelve, vuelve» y se

quedó angustiada para el resto del viaje pero, fingió como siempre frente a su papá.

—No sé porque tanto afán de volver, pa ¿te aburres conmigo?

—No, mi Motita de algodón, lo que pasa es que cuando me fui había un problema tremendo en el pueblo, dudo que el bobazo de Finch pueda resolverlo.

—¿Qué problema?

—Richard Morris.

Contuvo un grito, tensó dolorosamente sus músculos y, convocó la fuerza de su carácter para que su papá no viera el horror en su rostro.

—¿Richard Morris?

—Sí, el chico problema del pueblo ¿te acuerdas de él?

Aún siento el dolor de sus golpes.

—Vagamente.

—El año pasado golpeó a un hombre en un bar, casi lo mata, sus padres le pagaron una fuerte suma de dinero para que retirara los cargos, lo metieron a un centro de rehabilitación, pero allí no duró mucho tiempo, y de nuevo a las calles, volvió a la violencia, hace como un mes estuvo en un incidente de vandalismo, incendió la tienda de artículos deportivos, robo en el supermercado y casi estrella su auto contra un bus escolar, está fuera de control, es muy peligroso.

Mae sabía cuan peligroso era; temía por su papá, de una manera u otra presentía que aquella violencia era la manera de llamar su atención.

«—El día que me dejes, odiaré a todo el mundo».

Dio gracias a Dios, por primera vez de que aquellos golpes la hubieran alejado de ese ser, quien sabe dónde estaría ahora, tal vez muerta.

—Ten mucho cuidado, Stuart, no quiero que te ocurra nada, yo quiero papá por mucho rato.

—Tranquila, linda, yo tengo súper poderes.

—Pa, el único súper poder que quiero es que vivas muchos años.

—¡Por supuesto!, quiero ver como mi chica triunfa, pintora o, ganadora de un Nobel.

—Papi —rió.

—Por favor, Marilyn Baker, amenazaste con escribir un libro desde que tenías ocho años, estoy esperando.

—¿Escribir? ¿En serio? Yo quiero pintar. Escribir se me da, lo sabes, pero me falta mundo, conocer más, leer más, estar segura de sí soy capaz, tener en mi vida algo obsesionante que me dé la capacidad y el deseo de crear, pintar, escribir, no sé.

—Un amor, quizás.

—No.

—Hija, yo soy un tipo chapado a la antigua, pero debo entender que eres una joven extremadamente bonita —cosa que heredaste de mí, por supuesto—, inteligente, debe haber un millón de hombres esperándote, entendí que en Aberdeen todos esos niños que babeaban por ti eran unos tontos, pero ahora, estas terminando la universidad, trabajas en la cumbre de Russell Corp., debe haber alguien que entienda que tú eres un tesoro, mi amor.

En las cumbres de Russell Corp. solo estaba él, ese sol que la quemaba.

—Papá, no estoy interesada, tengo mucho trabajo y estudios, ni siquiera sé cómo voy a hacer para enfrentarme a una tesis de grado.

—Entonces, renuncia a tu trabajo.

—¡No!

—El dinero de Trevor se ha duplicado gracias a Tom, que Dios lo guarde, no tienes que trabajar, al menos seis meses, yo podría ayudarte también, me siento un poco culpable, he sido el que menos ha colaborado con esto de tus estudios, todo lo has hecho solita.

—Somos guerreros, pa.

Stuart la miró con ternura, se levantó de su asiento y besó el espeso cabello de su chica.

—Claro que sí, mi amor, ¡guerreros! Pero no tienes que serlo siempre hija, mi pequeñita dura y fuerte.

Decir que estuvo en coma fue poco, solo le faltó arañar las paredes de desesperación, en las noches se paraba durante horas frente a una botella de whisky y tenía la tentación de perderse allí. No lo hizo; se dedicaba a nadar hasta que sentía que se le desintegraban los dedos en el agua, tuvo que decirle al doctor Levy que le recetara algo para dormir, pero a los dos días de tomar los somníferos se despertaba como si hubiese corrido una maratón y estaba más irritable —si es que era posible serlo más— y nervioso que nunca. La tentación le ganó una noche y desde un teléfono celular anónimo la llamó,

quería escuchar su voz.

—Sí, hola ¿Quién? —ella habló con voz de sueño

Pero inmediatamente colgó.

¡Idiota!, ¡idiota! ¿Qué diablos te pasa? No puedes seguir viviendo así, demente, maniático, has perdido contacto con la realidad y con tu hombría. Con Chanice no fuiste así, a ella la maltrataste, la utilizaste, te aprovechaste de su amor malsano y egoísta por ti. La amaba, si, ¿pero cómo? Después de muchos años supo que el amor por ella nació de la misma necesidad de corromper algo junto con él. Chanice siempre estuvo dispuesta a ir cuesta abajo, pero siempre con su maldita agenda oculta. Pero él, idiota niño, no supo hasta cuánto de ese amor que ella sentía por él era también su deseo de ascender hasta su familia. Lo peor era que él la utilizó para dañar a su padre, ella fue su instrumento de venganza, una chica que era la imagen de todo aquello que su padre odiaba, la pobre chica pertenecía a eso que en América se llama basura blanca. Todo después se convirtió en una pesadilla y la única víctima fue Faith.

Los días con su papá fueron los mejores en muchos años, ahora ella era más adulta para tener una relación un poco más franca y de buena conversación con su padre, se divirtieron como nunca lo habían hecho, pues la dueña de la diversión siempre fue Aimé, sin embargo su papá tenía un sentido del humor maravilloso y un poco cínico. Lo peor siempre eran las despedidas, lo despidió con la promesa de que la próxima vez irían a ver todas las temporadas de béisbol.

—Cariño, para la próxima quiero que me des la sorpresa de que estás por explotar el mundo.

—Stuart Baker, no me presiones.

—No, señorita, me lo debes y a tu madre también, sé que donde esté, ella también espera.

—Papi —lo abrazó muy fuerte— a veces quisiera no tener que separarme de ti, eres mi mejor amigo en el mundo.

—¿De aquí hasta el cielo, Motita?

—Hasta el cielo y dos vueltas, papá.

Ambos se levantaron a la misma hora, ambos se miraron al espejo y vieron sus rostros ansiosos. Hoy te veré pensó él. Hoy te veré de nuevo pensó ella. Ambos conectados. Tres semanas de separación y era como si hubieran estado en las antípodas del mundo durante eones de tiempo y, sin embargo,

se susurraron en sueños y se buscaron atravesando guerras, dolores, golpes, muertes y soledades, las mismas que hoy los separaban en el mundo real.

Arden llegó a la seis de la mañana, nunca había llegado tan temprano, pero no quería que Marilyn llegara de sus vacaciones directo a la locura de la oficina así que presionó a Becca para que el día antes dejara todo perfecto y quería asegurarse. Faltando cinco minutos, se paró frente a su telescopio y esperó por su nena. A las siete en punto la vio llegar, con su uniforme de trabajo, con sus lentes, tratando de esquivar el mundo; algo le llamó la atención, ella se paró frente al monumental rascacielos y se quedó mirándolo, había algo imperceptible y melancólico en su rostro.

—No, no, no, Marilyn Baker no empieces a despedirte tan pronto, aún no, aún no.

Las palabras de Cameron retumbaban en su cabeza: «si ella se va, si se enamora de un hombre y si se casa», otro hombre tocándola, besándola, escuchándola hablar, un hombre en su boca, en su piel, en su sexo, en su alma. Contó los tres minutos para que ella subiera y sin más ni más la esperó afuera de su oficina, miró hacia el ascensor de presidencia, pero ella llegó en el otro ¿Por qué no utilizas mi ascensor? Todo, todo en ella se niega ¡todo!

Marilyn lo vio parado cerca de su escritorio, la hermanastra y su ninfa resoplaron fuertemente, durante esas tres semanas estuvieron viviendo bajo el agua y cuando lo vieron, las dos saltaron hacia el oxígeno ¡Wow! Gritaron ambas ¡Como mejoras cada día, guapo!, ¡tres semanas y es como si tu belleza se perfeccionara, príncipe! Le sonrió de manera tímida y le hizo un gesto de saludo desde lejos con la cabeza.

—Buenos días, señor.

La miró de arriba abajo cálmate idiota, ella está aquí también le ofreció una sonrisa, nerviosa y confusa.

—Buenos días, señorita Baker ¿cómo le fue en las vacaciones con su padre?

No me importa que me diga que no me meta en su vida, quiero saber.

—Muy bien, señor, gracias.

—¿Puedo preguntar dónde fue?

Si le cuentas no va a pasar nada, él solo quiere una simple conversación, algo cortés.

—Al Cañón del Colorado.

—¿En serio? Es hermoso.

Estamos conversando, conversando ¡diablos!

—Oh sí, mi viejo se divirtió muchísimo, hicimos rafting, montamos en mula, en parapente, fue maravilloso.

¿Rafting? ¿Parapente? Eso no es seguro.

—¿Pero, hubo alguien protegiéndola, protegiéndolos?

—Oh si, y con solo Stuart tengo, él todavía cree que soy una bebida.

Eres una bebida, una pequeña bebida.

—¿Y su auto nuevo? ¿Cómo le pareció?

—No me lo he estrenado.

¿Por qué? ¿No te gustó? Te compro otro.

—Lo que pasa es que no he renovado mi licencia de conductor y he de confesarle señor, que me gusta mucho el metro.

—¿El metro? ¡El lugar más inseguro de la ciudad! Allí matan y violan mujeres.

La sola perspectiva hizo que se le enfriara el alma.

—Quizás, pero yo me voy por el ladito, señor —ella batió sus pestañas de manera inconsciente como lo hacía cuando hacía algo pícaro y no quería que nadie la regañara. Arden casi se arrodilla, su corazón dejó de latir y tuvo que dar una orden brutal a su cuerpo para no arrojarle sobre ella y besarla como un loco desesperado.

—Espero que renueve su licencia lo más pronto posible —lo dijo con un tono furioso.

Ahí vamos, Arden ogro Russell, de nuevo a la guerra.

—¿Mucho trabajo señor? —su tono coqueto cambió y volvió a ser la secretaria fría de presidencia.

—No, no mucho.

—Parece que no me extrañó —lo dijo en tono de burla.

Casi me muero.

—¿Debería, M?

—No, parece que usted se las apaña bien solo.

—¿No me diga que usted sí me extrañó?

Di que sí, y seré tu puto esclavo.

—¿En serio? ¿A usted, a sus gritos y a todo el estrés que conlleva trabajar aquí?

—Mi megalomanía, mi arrogancia.

Ella le sostuvo la mirada casi de forma insolente.

—Las vacaciones son para descansar, señor, y eso fue lo que hice.

El aire de tranquilidad del principio se enrareció de nuevo y volvieron a ser dos extraños.

—¡A trabajar, Baker! ya basta de ser tan personales.

Arden giró sobre sus talones con sus manos en los bolsillos, entró a su oficina y como niño caprichoso, pateó el piso. Al segundo, en su cabeza escuchó la voz de Jacqueline tratando de consolarlo:

—¡Cálmate!, todo está bien.

—No, madre, no todo está bien, nada esta putamente bien, otro año y todo comienza de nuevo, no voy a sobrevivir. Si sigue este maldito infierno, me largo.

El trabajo empezó como siempre de manera monótona y triste, todo se hundía en el silencio de ambos, en órdenes de trabajo, en «sí, señor», en «café, por favor», como si fueran una secretaria y un jefe cualquiera. Eso era la superficie, pero en el fondo de ambos, el fuego ardía.

En los sueños de Arden se volvieron regulares las fantasías sexuales sobre cómo poseer a Marilyn, se hicieron frenéticos, esa fue su manera de sobrevivir a la indiferencia que la chica imponía todos los días. Él y toda su experiencia erótica se quedaban cortos frente a todo lo que le deseaba hacer: miles de lugares, posiciones, caricias, besos, palabras, horas y horas en el mero disfrute de su cuerpo desnudo y que Dios lo perdone, soñaba con sexo duro y sin restricciones. Con todas aquellas mujeres con quienes había tenido relaciones, con todas, era poder, dolor, control pero, con ella, estaba seguro que sería placer puro, agonía total. Pero cada día ese barco zarpaba a territorios lejanos y él se veía en la orilla, viéndolo partir.

En la oficina, dictaba por enésima vez el maldito contrato Solomon, estaba harto de Rachel, quien discutía cada una de los puntos y comas que él quería imponer.

—Abogados estúpidos, tiburones hambrientos a punto de atacar. Esta mujer es la peor.

Pero, bien que te acostaste con ella, apuesto que no le pusiste tanto problema a que te mordiera.

El muy oportuno Dante llamó a la secretaria a las diez de la mañana, en plena refriega por la redacción del documento; el jefe, cuando el celular sonó, le hizo el gesto de permitir la llamada de índole personal, ella miró la pantalla Dante, si contesto ¡la guerra! y la ignoró.

—Conteste.

—No, no.

Pero de nuevo el aparato volvió a sonar.

—Por amor de Dios, Baker ¡conteste!, vamos a estar todo el día aquí, no puede desconectar su teléfono personal, si no quiere hablar con la persona dígame que la llame a la casa o más tarde.

Ella tomó el teléfono y sin quitarle le mirada, contestó.

—Dante.

¡El hijo de puta! ¿Maldición, por qué abrí la boca?

—Sí, ajá, ¡maravilloso! Mándalas a mi casa ¿pero, es seguro esta vez?... No, ¿Cómo crees que vaya a hacerle preguntas? Yo solo iré y babearé como una tonta... Nos vemos allí, gracias... No, de verdad, ¡hasta pronto! —volteó hacia la ventana y se topó con los ojos verde muerte tan propios de él.

¡Dios mío, retumban los cielos!, me va a matar con esos ojos.

—Parece que Dante Emerick está enamorado de usted —arrastraba sus palabras como la hoja de una espada a punto de cortar cabezas.

—No, no... es un buen amigo.

¿Un buen amigo? ¡Maldito infeliz!

—A mí me parece un animal en celo.

Si de los ojos de él salían rayos y centellas, los ámbares de ella, con ese comentario, echaron fuego.

¡No le hagas caso!, no le hagas caso, él extiende su odio por Dante sobre ti; si fuera otro hombre, le parecería hasta ridículo, ¿Quién se fijaría en una gárgola? Pues, mire, señor Dragón.

—De pronto, me convierto en la señora Emerick y termino siendo su socia, ¿no sería divertido, señor?

Salió de la oficina con la velocidad de un rayo.

Es idiota que yo tenga que ser el peón de estos dos, como si tuviera algo que

ver en sus idiotas peleas de príncipes luchando por la corona, ¡par de niños tontos!

Las palabras de ella casi lo enloquecieron, sabía que eran una broma, su tono de voz se lo dijo, pero no tenía absolutamente nada de humor para eso, de ninguna puta manera, así que agarró su portátil y lo estrelló contra los vidrios del ventanal, los vidrios irrompibles no sufrieron daño, lo que sí quedó destrozado fue la computadora. A los cinco minutos, Marilyn entró de nuevo y vio lo que había sido una computadora de última generación hecha trizas en el suelo, no dijo nada, solo se quedó mirando a su jefe que estaba sentado en su sillón como si lo hubieran clavado.

¡Dios, era una broma! ¡Idiota, Mae!, ¿por qué no mides tu lengua? Sabes muy bien que él no soporta ninguna mención de Dante en su oficina.

—Al menos, se puede salvar la memoria.

Él no contestó, solo la miró con sus ojos de gato, Marilyn le sostuvo la mirada.

¿Qué? Diablos al menos despídame, ¡grítame!, pero no me mire así.

—¿Qué hora es?

—La una.

—Tómese el resto del día libre.

—¿Por qué?

Porque estoy a punto de hacer una locura contigo, mujer insoportable, rebelde, lengua sagaz. Una palabra más sobre ese puto de Emerick y te encierro en esta oficina hasta que envejecas.

—Hoy no necesita estar aquí, ya su trabajo está hecho, solo necesito a Hillary para que conteste el teléfono, ¿no necesita ir a la universidad?

—Sí, pero...

—¡Vaya! —interrumpió— la universidad es primero.

El tono de Arden cambió, ahora era un tono taciturno y cavernoso.

¡Me va a volver loca! Primero, quiero matarlo y ahora, solo quiero tocarlo, acariciarlo.

—Sí, señor, hasta mañana.

Pero él no contestó.

John White era un hombre de mediana edad, muy pequeño y delgado, fumaba como una chimenea, pero nadie se atrevió a decirle nada, ya que su voz compensaba su falta de estatura. Tenía un fuerte acento bostoniano y mirada de lince. Había sido corresponsal de guerra, y había viajado por todo el mundo, pero ahora tan solo quería vivir en el campo con sus perros y sus flores, Dante le contó que era difícil comunicarse con él, ya que detestaba los celulares y las computadoras y que era de ese tipo de escritores que todavía trabajaba en cuadernillos y con lápiz. Quiso presentárselo pero ella se negó rotundamente, no tenía el valor de estar presente frente a alguien que representaba su ideal de artista. Todos empezaron a preguntarle cosas y como buen escritor, era reticente a explicar el proceso mismo de escribir; para él era un proceso profundo, casi metafísico que comprometía su corazón, su intelecto, su alma, una verdadera simbiosis de músculos y de disciplina que le costaba compartir con extraños.

«Los dos únicos temas que le deben interesar a un escritor son: el amor y la soledad; del resto, nada importa. El primero nos salva del segundo, pero a la vez puede profundizarlo. Amar a alguien es un acto solitario. Debemos quitarnos de la cabeza el concepto que amar es un acto de voluntad que compromete a otro; el otro está allí para reconocernos, pero no está allí para completarnos, lamento decirlo, pero eso de la media naranja es una falsedad. Toda esa literatura sobre ese ser que nos complementa, miente, no, para que en verdad sea una historia de amor, ese otro debe estar ahí para mostrarnos cuan deficientes somos, ese otro nos debe dejar hambriento, debe hacer que surja nuestra animalidad e irracionalidad, debemos desligarnos del mundo del ideal platónico y solo vivir en la conciencia del deseo jamás satisfecho, pues en esa búsqueda casi carnívora por fundirnos con ese otro que es a la vez un desconocido está todo. Profundizar en el amor, es también profundizar en la soledad, pero al adentrarnos en ella amando a alguien, también podemos sobrevivirla... estamos solos con ese otro universo que nos colapsa, que nos ataca, que nos da conciencia, una conciencia cósmica, pero aun así sabemos que estamos solos. Es esta la gran tragedia del amor, pero en esta tragedia reside la literatura. Ahora, todos los escritores vivimos enamorados de los amores inconclusos, troncados, dolientes, donde los personajes se nos muestran imperfectos, desprovistos de las miles de máscaras que en estado de legalidad es decir social o en ley siempre estamos dispuestos a representar. El amor y el sexo nos quitan todo y nos dejan desnudos, no solo físicamente sino espiritualmente, nos enfrentan con eso que los filósofos llaman el ser, las palabras en la literatura nos dan las herramientas para acceder a ese ser, pero el amor, nos abre las puertas y al abrirlas nos encontramos con el universo. Adoramos escribir historias de amor que nos dejen devastados y conmovidos, porque hay una belleza tal en ese sentimiento de melancolía a la cual Víctor Hugo llamó la alegría de estar tristes, porque así, en medio de la soledad, del amor contrariado y doloroso somos bellos; es una estética del alma. Cuando no amamos somos nada, no existimos, pero cuando amamos a alguien, una fuerza brutal nace, algo explota, es como sentir que el universo nace en nuestro interior es como... el Big-Bang»

Allí, en esa sala, escuchando a ese hombre, dos personas entendían de lo que se hablaba, una de ellas se escondía tras los estantes de la librería y espiaba a la otra quien, animada por las palabras, soñaba. Ambos sentían la fuerza y el

poder del sentimiento que, poco a poco y como una chispa divina, se había instalado en su interior: era la génesis, el universo nacía, ambos estaban a punto de explotar; inevitablemente, la química de sus cuerpos estaba cambiando para dar paso a algo que ninguno iba a ser capaz de controlar.

Para Mae, las palabras de White la hundieron más en su obsesión romántica. Si no soy capaz de amar de esa manera, mejor me quedo en el olvido. Marilyn Baker él no te mira, no lo hace.

—Un penique por tus pensamientos.

—No valen tanto, Dante.

—Claro que sí, apuesto que en esa cabeza hay mundos por descubrir.

—Quizás, son mundo aburridos.

—No, no lo son. ¿Quieres cenar conmigo hoy? No una cita, solo como dos amigos que comparten su amor por leer.

—Lo siento, pero hoy no, en serio, hoy no.

—Los escritores tienen ese efecto ¿no es así? La nostalgia.

—Sí ¿Has amado a alguien así?

La pregunta lo tomó por sorpresa, sus ojos azules fueron expresivos y tristes.

—A mi esposa, la amé así cuando tenía veinte años.

—¿Esposa?

—Soy viudo.

—¡Oh! ¡Tan joven! lo siento, no lo sabía, en verdad, discúlpame.

—No te preocupes, Marilyn, fue hace mucho tiempo —una mueca de dolor cruzó por su rostro.

—¿Cómo se llamaba? Si es que puedo preguntar.

—Chanice.

La furia de verla acompañada por su enemigo se alivió cuando comprobó que se retiró sola y en el auto que él le había regalado. La siguió hasta su casa, se sorprendió al ver lo bien que conducía, manejar en Nueva York era cosa de locos, pero ella se defendía muy bien. Sí, ella era fuerte e independiente, pero eso no disminuyó sus deseos de protegerla.

El escritor tenía razón, nunca en su vida se había sentido más enamorado y más solo como ahora. Nunca había estado más salvaje, más irracional y más

hambriento que con ella, todos los días eran agotadores, tener que contenerse para no atarla a su piel le estaba consumiendo sus fuerzas.

La vio entrar a su edificio, esperó a que encendiera la luz de su departamento y permaneció en vigilia por quince minutos, quizás veinte, hasta que las luces se apagaron. Así debió sentirse Romeo frente al balcón de Julieta, desesperado por verla.

De vuelta al trabajo, lo que para él era eficiencia y productividad -y una manera segura de estar siempre con ella- para ella era una locura, le dolían los pies y la cabeza, no tenía respiro entre agendas, reuniones y conferencias, apenas podía con la universidad ¡Dios, paren el mundo que me quiero bajar! nunca se había trabajado tanto en esa oficina como en esos días, hasta Hillary se vio en la obligación de ser útil y no estorbar.

Eran las once de la mañana y ambos se encontraban en una reunión de negocios. Hablaban de la compra de una pequeña compañía en Atlanta que estaba interesada en vender más de la mitad de sus acciones y participar como socios, Arden no deseaba una pequeña parte, lo quería todo, tener gente opinando sobre sus decisiones le resultaba fastidioso. El movimiento de su mano era casi hipnótico, parecía un prestidigitador a punto de sacar una carta escondida en la manga, todos lo miraban hechizados, sobre todo, las secretarias. Algo juguetón saltaba en el interior de Marilyn, esa era su hermanastra que, como niña pequeña, bailaba frente a ellas y le decía él es mi jefe, es mi jefe... ¡Mío!, ¡Mío! ¡Mío! ¡Carajo, Mae! ¿Acaso tienes diez años? Carcajeaba en su interior.

Su celular vibró, discretamente miró quien era, casi se cae de su asiento ¡Cameron Russell! Se paró de inmediato, los ojos felinos de su jefe la observaron.

—Sí, señor.

—¿Marilyn?

—Sí.

—¿Mi hijo está cerca?

—Sí señor, en la reunión sobre la compra de “Firesdrone”.

—Mae, es algo urgente.

—Señor, usted sabe lo que ocurre cuando se le interrumpe.

—Es una tragedia familiar, Bianca perdió el bebé hace como una hora, Henry está como loco, necesitamos a toda la familia reunida, estamos en el Presbiteriano, yo sé que eres la única con la que él no se va a enojar.

Conmigo vive furioso todo el día. Con esa noticia terrible me va a destripar. Pobre Henry, estaba feliz con lo de su niño.

—Está bien, señor.

—Por favor, cariño, por favor, todos estamos muy tristes.

—Lo siento, señor, veré que hacer.

Guardó su teléfono y se acercó con decisión a la cabecera de la gran mesa.

—Señor Russell, un momento.

Arden se apartó, no le gustó el rostro de ella, algo andaba mal.

—¿Qué pasó, Baker? Está lívida —puso cara de piedra, estaba en frente de casi veinte personas, no quería que nadie viera que si ella respiraba él lo hacía también.

Control, control.

—Su padre me acaba de llamar, señor, hay una emergencia familiar.

El corazón de Arden dejó de latir por medio segundo.

—¿Qué pasó?

—Su cuñada perdió el bebé, su hermano está muy mal, lo necesitan.

En medio segundo agarró su maletín y sin decir adiós salió corriendo de la reunión, Marilyn recogió su abrigo y corrió tras él, quien la esperaba en el ascensor.

—Venga conmigo.

—No, no, señor, es su familia, yo no debo estar ahí.

—Por favor, la necesito, por favor.

Era su tono de niño vulnerable, solo la había escuchado una vez, pero era tan terrible, tan desolador, que por esa voz ella iría a través de un campo de batalla. Se metió al ascensor con él. Llegaron al estacionamiento, ese era buen momento para llamar a Theo o a Ryan, pero no los quiso. Trató de sacar sus llaves, pero se le lió y terminaron en el suelo.

—¡Demonios! ¡Mierda! ¡Mierda! —resopló.

Ella recogió las llaves.

—Váyase al asiento del pasajero —inconscientemente, ella le guiñó un ojo— seré su chofer, yo conduzco.

Arden asintió, abrió el auto y dejó que ella guiara el vehículo. Estuvieron en silencio durante todo el viaje, la mente de Arden estaba en blanco, su

hermano pequeño no tenía por qué pasar por eso, no tenía. La culpa le rumiaba por dentro. Cuando llegaron al hospital, estaba su mamá esperándolo.

—Hijo, es terrible, la pobre Bianca está deshecha, tuvieron que sedarla.

—¿Qué paso?

—Se estaba sintiendo mal desde esta mañana, pero no le quiso decir a tu hermano para no preocuparlo pero, a las dos horas ella lo llamó y... ¡Dios, Arden! tu hermano está muy mal, mi dulce niño está muy mal.

Jacqueline miró a Marilyn.

—Ella me trajo, no fui capaz de conducir.

Miró a la chica y le sonrió con tristeza.

—Gracias cariño, conduce como un loco.

—Estaba muy nervioso —dijo la chica, a modo de justificación.

—¡Vamos! —tiró de la mano Arden pero él no se movió— No, no, hijo, él es tu hermano.

—Marilyn, acompáñeme.

—No se preocupe, señor, me quedo aquí, esperándolo.

—¡Me preocupo y usted viene conmigo hasta el final! —la agarró de la mano y la arrastró tres pisos arriba, la madre estaba tan entumecida que ni siquiera se fijó en el gesto posesivo de su hijo con la secretaria.

Cuando llegaron, la chica hizo el amago de quedarse fuera del cuarto, pero las manos de él no la soltaron. En la habitación todos estaban reunidos esperando a que Bianca llegara de cirugía, las caras lo decían todo. Henry, furioso se quedó mirando a su hermano.

—¡Fuera! No te quiero aquí —el hermano mayor reconoció en Henry aquel viejo dolor de un niño de diecisiete años que había perdido un hijo, sabía que el dolor de su hermano era igual, quizás peor.

—Lo siento, Henry.

—Tú no sientes nada, eres una puta roca ¿estas contento? Ahora todos somos tan infelices como tú —se abalanzó sobre su hermano, pero Mathew lo detuvo.

—¿Quieres golpearme? ¡Vamos! Me lo merezco, no me voy a defender, suéltalo Matt, deja que se desahogue conmigo.

Fue entonces que Ashley gritó.

—¡Basta ya, par de tontos!, aquí acaba de pasar algo terrible ¿Qué quieres, Henry? tu mujer está enferma, nosotros estamos destrozados y ¿Tú, Arden? Puedes dejar el maldito melodrama una vez en tu vida, ¿Por qué soy yo la única que piensa que aún somos una familia? En este momento lo único que importa es Bianca.

—Ella tiene razón, mi hermana se va a despertar muy mal, amaba ese niño. Olvídate de Arden y preocúpate por Bianca, ella te necesita.

Parada en la puerta, una incómoda Mae era testigo de todo aquel drama ¿Los ricos son diferentes? Parece que no, todos están devastados, yo no debería estar aquí.

Henry miró a su cuñado y luego a su hermano.

—Estaba sangrando por todas partes, el baño está lleno de sangre y yo no pude hacer nada, me paralicé como un idiota, iba a ser un varón, ella estaba tan feliz.

Arden se acercó a su hermano menor, sabía que no tenía la furia ni la capacidad para odiarlo —no estaba tan podrido como él— y lo abrazó.

—Ven, vamos a comer algo, tienes que estar fuerte cuando tu mujer se despierte ¿quieres? Yo te acompaño, hermano.

Mae, diligente, abrió y sostuvo la puerta para que los hermanos Russell salieran, Arden lo abrazaba por la cintura mientras que Henry apoyaba la cabeza en su hombro.

—Vendrán niños, hermano, niños fuertes y buenos como su papá.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

—¿Palabra de boy scout?

—No, es la palabra de Arden Russell.

—Esa me gusta más.

Marilyn se quedó mirando ese par de descomunales hombres que se alejaban por un pasillo, el uno apoyado en el otro, era la escena más tierna que ella había visto en la vida. Escuchó la voz de Susan «era el niño más dulce del mundo»

—Muchas gracias por traerlo —el patriarca de los Russell la sacó de sus pensamientos.

—De nada, señor.

—Él es difícil, sé un poco amable con mi hijo, puede que te sorprenda —le habló con una mirada enigmática y preocupada.

La camilla que traía a Bianca sedada llegó a la habitación, el médico hablaba con Jackie y Cameron en el pasillo, Matt salió en busca de Henry, y cuando Marilyn pretendía alejarse para darle intimidad a la familia, Ashley la invitó a entrar. La chica rubia y casi tan alta como sus hermanos, había dado muestra de su carácter cuando enfrentó a ellos, así que la secretaria aceptó la invitación sin dudar, los ánimos no estaban como para enfrentarse a la princesa de hierro.

—Mira lo bella que es, al verla, se puede creer que no necesita nada, pero sí, ella quiere ser madre y la mejor esposa para el buenazo de mi hermano, ¡si hasta se imaginaba tejiéndoles estambres a sus nietos! ¿Sabes? Ella es una chica ruda.

La asistente de presidencia no lo podía creer, ella estaba allí escuchando revelaciones íntimas por boca de la misma hermana de su jefe, la mujer que siempre la trataba de manera extrañamente cálida.

—¿Ruda?, a mí me parece extremadamente sincera, directa, solo que habla un poco fuerte, pero eso no es malo. Espero que logre su sueño de ser madre, ella y Henry hacen una bella pareja.

—Eres una muy linda persona, Marilyn. Siempre que te veo, yo me pregunto ¿qué hace esta chica aquí? Me pareces tan... no sé, peculiar, de una manera exótica y buena, es como si en vez de secretaria estuvieras destinada a otra cosa y ¡me encanta!

—Gracias, señora.

—¡No, Marilyn Baker!, no la llames señora —Matt volvía a la habitación—, eso la aterra, me culpa de convencerla de abandonar el pecado y convertirla en una mujer decente. Según ella, debimos haber sido amantes por lo menos unos cuatro años.

—¿Ves? Casi doscientos años para que la mujer tuviera algo de libertad y vienen estos hombres de las cavernas y todo lo tiran por la borda —Ashley se abrazó a su marido, lo besó en la mejilla, pero lo dejó cuando vio entrar a sus padres— ¿Qué dijo el médico, mamá?

—Que todo va estar bien, que aparentemente no fue algo propio de ella y que en tres días estarán todos los análisis médicos.

—¿Dónde están Henry y Arden?

—Ya vienen, hablaban con el ginecólogo de Bianca, cuando me vine.

A Marilyn se le hacía cada vez más difícil controlar su incomodidad por estar

en esa habitación, deseaba salir corriendo, no quería saber lo que le pasaba a esa familia, para ella estaba muy bien que siguieran siendo lejanos, inalcanzables, de papel maché. Ella era una empleada, una simple secretaria que estaba a punto de irse de la empresa, su rol era trabajar no establecer lazos de simpatía con la familia de su jefe.

—¿Cómo va en la universidad, Marilyn? —ahora era Cameron quien se acercaba para conversar con ella.

—Bien, señor, ya terminé materias —la chica, resignada, contestó educadamente.

—¿Bien? Conociendo tu capacidad de trabajo, debe ser maravilloso, ¿sobre qué versará tu tesis?

—Dentro de una semana tengo la primera cita con mi asesor, todavía falta acotar el tema.

—Y ¿qué harás cuando te titules?

—Trabajar en lo que estudié.

—¿Quieres ser maestra? ¿Pintora? ¿Crítica de arte? Quizás trabajar en una editorial, mi amigo Geoffrey estará feliz de tenerte —la voz de Cameron guardaba una ansiedad contenida.

—¡Oh, no! ¿Nos piensas dejar, cariño? —Jacqueline se incorporó a la conversación— mi hijo no soportaría a una nueva secretaria.

—Por favor, mamá, la cuestión es al revés: ¿Quién aguantaría semejante bestia? —Ashley no se había perdido palabra—. Mi hermano es un ogro, pero, Mae, mejor un ogro conocido que otro por conocer.

Marilyn sonreía incómoda ¿Por qué permití que me arrastrara hasta aquí? Quiero alejarme de él y aquí estoy hablando con todos ellos, no quiero esta intimidad, no la quiero. Entre más lejos de mí mejor, así será más fácil irme.

—Necesito salir, estaré afuera si necesitan algo de mí.

A la media hora, Bianca despertó. Henry estaba pendiente, cuando ella abrió los ojos, él le sonrió y sus hermosos ojos azules resplandecieron, delicadamente llevó una de sus manos al rostro.

—Lo siento mi amor, en verdad, lo siento.

—No —la besó tiernamente— no digas nada, vendrán más niños, te lo aseguro, estoy dispuesto a trabajar por ello.

Bianca comenzó a llorar y en ese momento Arden no soportó estar allí. Salió, se sentó en una de las sillas del pasillo, al lado de Mae; cinco minutos de silencio y se paró tomando de la mano a su secretaria.

—La llevaré a casa.

—No, no es necesario.

—Sí lo es, ¡vamos! Hoy fuiste mi salvación, déjame hacerlo por ti.

Estaba cansada, todo el desgaste emocional la había agotado y quería llegar pronto a su casa.

—Lo que diga, señor.

—Esta vez, yo conduzco.

El camino fue silencioso, Arden pensaba en su hermano, en el niño que no nació, en su propia hija, en el cómo de alguna manera su hermano estaba más cerca de él de lo que jamás pensó. También en ella allí, a su lado, siendo al menos, su amiga. En un semáforo, se detuvo, cruzó los antebrazos sobre el volante y dejó caer su frente, Mae se quedó mirándolo sorprendida por el momento de debilidad todo el mundo sobre de él.

—Siento lo de su hermano.

Él no contestó, solo condujo seguro hasta que llegó a la casa de la chica y detuvo el coche, ella observaba las manos aferradas al volante, su ceño fruncido, su cara inescrutable Es solo un hombre, un hombre, ¡Dios, que no me arrepienta de lo que voy a hacer!, pero...

—Arden —él volteó como si un trueno retumbara en su oído, ella lo había llamado por su nombre— ¿Quiere tomar algo? Un café... —Dios, no soy buena compañía hoy, nena, no lo soy— ¡Está muy tenso! —me llamas desde tu universo y yo contesto, voy hacia ti.

—Está bien —como si tuviera alternativa, como si yo te pudiera negar algo.

La siguió en silencio escaleras arriba, aunque tenía ascensor, la chica prefirió la escalera para llegar al cuarto piso. El apartamento olía a una mezcla de trementina y flores frescas; de una esquina salió Darcy quien maulló fuertemente y fue hacia su dueña haciendo todo el jugueteo territorial que solía hacer cuando ella llegaba, pero al animal no le gustó el intruso y lo amenazó.

La amas, ¿no es así pequeña fiera? Te comprendo, yo tampoco la compartiría.

—Es algo celosillo —se disculpó con una sonrisa y encogió los hombros—. Darcy, cariño, no molestes a nuestro invitado.

Fue hacia el ventanal y lo abrió completamente.

—Siéntese, señor.

No, no, no. Soy Arden, Arden.

Se sentía perdido en aquel lugar, tantas veces se había imaginado volviendo a donde vivía ella —estar allí, sentarse uno frente al otro, conversar, compartir— pero hoy, estaba aterrado. Marilyn se mostraba cálida y amable, pero él no podía sacarse la imagen de su hermano llorando como niño en la cafetería.

«—Tenía tanto miedo, tanto miedo, hermano, creí que ella moría. Y yo, solo atiné a pensar que si Bianca moría ya no habría nada para mí, nada.»

Los minutos pasaban y ninguno de los dos hablaba. Él está aquí en mi casa, en mi mesa y va a tomar mi café en mi taza. La hermanastra miraba por lo bajo y la increpaba Marilyn Baker, el infierno te llama y tú corres como loca hacia él.

Le sirvió el café, él se quitó sus sempiternos guantes y tomó un sorbo, le dio una mirada triste y profunda a la chica, quien le contestó con una sonrisa. Arden cerró los ojos y se llevó la mano hasta su mechón y despejó la frente. Palabras, las palabras le venían a la boca, tenía necesidad de hablar, hablar con ella, sin pretensiones, sin el poder arrogante de por medio, sabiendo que podía confiar, que esa niña secretaria artista que le servía su café y lo cobijaba en su casa, tenía voluntad y sensibilidad para escuchar todo lo que lo ahogaba.

—Mi hermano Henry nació cuando yo tenía cinco años, era un bebé ruidoso y enorme, cuando llegó a casa yo sentí tantos celos que me negué a cargarlo, solo veía un paquetito celeste que chillaba escandalosamente y que me quitaría a mi mamá. Me acuerdo de eso ¿sabe? Me acuerdo hasta del olor que tenía su cobija —trató de sonreír, pero le salió una mueca—. Jacqueline se dio cuenta y con esa psicología tan típica de ella, poco a poco fue metiendo al bebé en mi cuarto, en mis juegos y en todo lo cotidiano. El pacto de amor se selló el primer día en que lo cargué en mis brazos, estaba en su corralito y se puso a llorar, yo con mis casi seis años, lo alcé para consolarlo, Henry me miró y se puso a reír, desde ese día no nos separamos más, le enseñé a montar la bici y a jugar béisbol, me acompañaba a mis clases de cello. Cuando Ashley nació, ambos enloquecimos, era tan bonita y tan graciosa —tomó un sorbo de café—. Mis hermanos son tan diferentes a mí, ellos son buenos, yo he sido siempre el maldito, cuando crecimos, todo se volvió difícil, es decir yo hice todo mal, pero aun así ambos estuvieron ahí, sobre todo Henry. Ashley era muy pequeña aún —otro sorbo—. A veces llegaba golpeado o me desaparecía por días y él siempre estaba pendiente de mí, no se lo agradecí nunca, a veces hasta lo odiaba, su cariño me asfixiaba, su lealtad era insoportable, algo en mí lo envidiaba —en su mirada la chica detectó culpa— era el niño dorado, el mejor deportista, buen estudiante, muy sociable, tenía cientos de amigos. A mí me tenían terror, yo maldecía y golpeaba a cualquiera que lo tocara. La primera vez que le rompieron el corazón, oí a la chica; me fui a su casa y le rompí los vidrios de su ventana. Estúpida manera de protegerlo, la chica no le habló más y se le redujo el número de amigos. Tener un hermano violento no va con la popularidad, pero igual me seguía por todas partes y nunca, nunca me hizo algún reproche —se tomó el último sorbo y dejó la taza a un lado—. Siempre, siempre fue así, cuando volví, me abrazó tan fuerte que casi me ahoga, yo solo le respondí con un gruñido. Él no había cambiado, yo estaba peor, cuando hablan mal de mí decía: «no lo conocen, él

es bueno», pero no lo soy, cuando alguien me critica, él está ahí apoyándome. Hace como tres meses le dije que era un idiota, que era un inmaduro y que no podía traer un hijo al mundo. ¡Bonitas palabras para darle apoyo a un hermano! Soy un maldito bastardo y sin embargo hoy, hoy como siempre, me perdonó... y yo no lo merezco.

El mundo se detuvo, Arden Keith Russell le hablaba como un ser humano.

—No diga eso, él lo ama.

—No debería, me hubiese gustado que me golpeará, así me sentiría mejor.

—Él comprende que lo que usted dijo ese día no era lo que reflejaba su pensamiento.

—Se lo dije porque en verdad lo creía.

—Cuando yo tenía trece años le dije a mi madre, que la odiaba, se lo grité tres veces en la cara. Mi madre, Arden, era un ser mágico, un hermoso caballo salvaje, nada la detenía, siempre cambiábamos de ciudad, decía: «El mundo es enorme, mi amor, nunca te detengas, se hace camino al andar», yo estaba cansada, tenía buenos amigos en la escuela, me gustaba la ciudad, pero ella como siempre decía que en otra ciudad tal vez estaba nuestro destino, yo le grité, le dije que era una egoísta y que la odiaba, ella se quedó mirándome y lloraba, pero a mí no me importó y se quedó en su trabajo, un trabajo que odiaba. Al poco tiempo descubrí que su jefe la acosaba y que aguantó las insinuaciones y el maltrato del baboso tan solo por mí, así que yo misma hice las maletas. Ella olvidó mis palabras de odio porque sabía que yo la amaba más que cualquier cosa en el mundo, cuando ella murió me atormenté bastante tiempo pensando en cómo fui capaz de decirle semejantes cosas, pero hoy estoy segura que me entendió y perdonó de inmediato.

—Eras una niña.

—Sí, pero yo sabía lo que decía, el amor de mi mamá siempre fue más fuerte y los amores así, siempre perdonan.

—¿Incluso si los hieren miles de veces? Yo he herido tanto a mi hermano con mi indiferencia, con mi crueldad, no lo respeté como hombre, como padre, como mi amigo, subestime su cariño hacia mí, su lealtad, me he burlado de su ternura, de su capacidad de perdón, yo... yo.

Lo siento, mi amor, no puedo estar aquí, no con toda esta mierda por dentro, no con toda esta rabia, contaminó tu casa, tu vida. Se paró, puso sobre su rostro la máscara de frialdad y de dureza que siempre ponía para defenderse de todos, se volvió a meter en su burbuja de hielo. Se puso sus guantes.

¡No!, ¡no! todavía no, hermoso, todavía no, quédate un poquito más. No vuelvas a ser ese monstruo arrogante, no, ¡por favor!

—Creo que hoy he abusado de usted, Baker, debe disculparme, gracias por el

café.

Con la velocidad de la luz, él desapareció tras de su puerta dejando a Marilyn sumida en la angustia. Él estuvo aquí, aquel niño estuvo aquí y fue real, en un momento fue real, fue mi amigo, fue solo un hombre... ¡por favor!, ¡por favor, vuelve!, vuelve, baby, vuelve. Al día siguiente ella lo esperó, pero no apareció, durante varios días estuvo pendiente de un ascensor que no se abrió; era como si la tierra se lo hubiera tragado.

Arden estaba en las montañas de Catskill, en su cabaña. Después de salir del apartamento de Mae, fue a su casa, dio instrucciones a Theo y a Rosario, nadó cuatro veces el largo de su piscina, tomó la maleta y seguido por Rufus, emprendió el viaje, necesitaba aislarse de todo para analizar fríamente lo que le pasaba, se sentía extraño, débil, sin capacidad de reacción, todo se salía de su control y eso lo volvía loco ¡No soy un jodido niño que llora por los rincones y anda pidiendo consuelo! Había hablado de su vida privada ¿Te asustaste, bebé?, se sentía miserable por la tragedia de su hermano y no dejaba de pensar en Chanice y Faith. Todo lo que planeó en Londres para su vuelta a la familia estaba fracasando, desde que descubrió a la chica sentía que su vida estaba convertida en el mismo caos, todo los días y a cada rato, pensaba en cómo llegar a ella, pero sus intentos fracasaban, tenía metida esa mujer hasta la médula y, aunque sabía la razón, de poco le servía si no tenía el control. Sí, la amaba de una manera tan brutal que su pasión por ella incendiaría el mundo si fuese posible, pero poco o nada servía sentir así, Mae era tan joven y él se sabía demasiado corrompido para tener siquiera derecho a intentar estar en su vida.

El hombre, dentro de su locura, buscaba el fundamento para no ir tras de su espejismo, ponerle cadenas y atarlo a su cama: Mae y su vida limpia, con sus libros, sus dibujos, su guitarra, su gato celoso, su padre y sus amigos, con su libertad, su rebeldía, y todo el conjunto de cosas particulares y bonitas que rodeaban su vida. Su manera de bailar, sus zapatos eróticos, su lengua mordaz, su cuerpo tonificado, su inteligencia tremenda y... veintitrés años. ¿Él? ¿Cuál era su equipaje? un corazón hecho pedazos, la cordura pendiente de un hilo, impositivo y voraz; su inventario no podía ser peor, así y todo quería encarcelarla para que nadie la tocara, arrancarle su individualidad para que nadie más sintiera admiración por ella, sentía que debía contaminarla con su pasado y su furia para que todos supieran a quien pertenecía ¡Control! ¡Control! Si intentas eso, tu espejismo se esfumará. Estaba trastornado, era un hombre de decisiones y no podía permitirlo, quedar en la nada era huir o dejar que ella se vaya ¡Nunca! ¡Nunca!

Después de correr montaña arriba, Arden Russell decidió como enfrentaría su vida de ahora en adelante, en palabras más precisas, como se iba a relacionar con Marilyn Baker y todo se reducía al hecho de que no intentaría nada con ella. Haría un esfuerzo heroico pero, solo se conformaría con disfrutar de su presencia, de su voz, de su perfume y amarla desde la distancia. Era un hombre voluntarioso y sería capaz, aunque en las noches tuviera que arrancarse la maldita piel, exorcizar sus sentidos y tragarse su lujuria, lo haría.

Se miró en el espejo retrovisor –el pelo largo y la barba tupida le daban un

aspecto de anacoreta—, encendió el motor de su vehículo y emprendió el viaje de regreso. Ya no necesitaba pensarlo más, volvería, volvería a ella.

¡Maldición! Necesitaré todas mis fuerzas para resistir y no tocarla ¡Control, Russell! ¡Control!

Para Marilyn Baker, el sol volvió a salir en las cumbres de Russell Corp.: el Señor Dragón apareció bello, con el pelo extremadamente corto y recién afeitado.

Duele, él me duele en todo el cuerpo.

—Baker.

—Señor

—¿Cómo ha estado esta oficina sin mí? —muerto, todo ha estado muerto—. Apuesto que usted la maneja mejor que yo.

—No, señor, aunque Mathew lo reemplaza bien, usted es quien maneja el rompecabezas; yo, pues yo solo coloco las piezas —lo vio sentarse— ¿puedo preguntar cómo está?

Agonizando.

—Estoy mejor, gracias, cuénteme qué ha pasado. Póngame al día.

Ella estaba contenta de verlo, no importaba que fuese frío y distante como siempre, días atrás, en su sala de estar, le había permitido conocer algo del otro yo que a todos ocultaba y si bien sabía que fue un momento de fragilidad, sentía una extraña felicidad al saber que existía.

—Lo más urgente es Brasil, la abogada me tiene como loca, la construcción ya comenzó, los socios y la constructora ya se trasladaron a Río de Janeiro, Matt estuvo a punto de viajar, solo para poder golpearlos —hizo una sonrisa extraña—. En fin, lo esperan a usted para finiquitar el último proceso del contrato, debe ir a Brasil.

—¿Cuándo?

—En dos días.

—Bien, que sean tres. Empaque sus cosas, libros, pinceles y, su guitarra si quiere, nos vamos a Brasil.

—¿Qué?

—Lo que escuchó, ¡nos vamos a Brasil!, usted es mi secretaria y donde estoy yo, está usted. Y, señorita Baker, viajamos juntos en el jet de la empresa.

—Pero...

—No quiero peros, se va conmigo, yo mismo la recogeré en su casa.

¿Yo con él? ¡Ábrete tierra y trágame!

—¿Está de acuerdo?

—Sí, señor, usted ordena.

—Buena chica, me gusta que no se le olvide que mis órdenes siempre deben cumplirse.

Ella sonrió, mamá Aimé la retaba a preguntar.

—¿Y si no se cumplen?

—Baker, Baker —su hermosa voz bajó dos tonos— ¿aún no sabe de lo que soy capaz?

Antes de irse para Brasil, Marilyn volvió donde Cleo, quien la miró con ojos sonrientes y la saludó alegremente. Ella se sentó en su sillón y se quedó mirándola. La terapeuta correspondió su silencio durante varios minutos, hasta que habló:

—¿Tienes algo que decirme?

—No sé. Hemos estado durante tres años en esta situación y todavía no supero el trauma con Richard.

—Esto es así, a veces creo que avanzamos, que por fin has salido del caparazón donde te has escondido y de pronto, vuelves y te sumerges otra vez.

—Mira, yo soy fuerte e independiente, pero siento que Rocco, de alguna manera, sigue gobernando mi vida, mis acciones, hasta mi manera de vestir...

—A ver, Mae ¿qué te detiene realmente?

—¿La... culpa? Richard me golpeó, me dijo estúpida mosca muerta y después, me declaró su amor y, entre lágrimas, me dijo que no podía vivir sin mí. Yo estoy en Nueva York... él, sigue haciendo locuras en el pueblo, eso hace que me sienta culpable.

—¿Por qué? ¿Cuál es tu culpa?

—Yo lo empujé a todo eso, yo lo provoqué.

—Te estás arrogando una tremenda responsabilidad.

Mae se paró del sillón y caminó por el consultorio, se detuvo frente a la ventana y miró a la calle.

—Yo y mi juego de vanidad. Era una niña obsesionada con el amor romántico y de pronto llegó este chico con todos los estúpidos estereotipos y fue una tentación, yo quería ser su chica, la súper chica que lo salvara de la droga, de la pandilla, pero era una contradicción: amaba su dejo rebelde. Me sentía una reina cuando ese pandillero lloraba por mí y me dedicaba estúpidas canciones en la radio. ¿Ves que tengo culpa? y me gustaba pero, de pronto el juego se volvió peligroso, él quería más y yo me alejaba, me negaba. Él se volvió más violento por mi culpa.

—Otra vez la culpa.

La chica bajó la cabeza en señal de vergüenza.

—Supo que yo no lo amaba realmente. Él lo supo antes que yo, que todo era un juego y se volvió loco, él se enamoraba más y más de mí y yo no quería nada.

—¿Se volvió loco?

—Quiso someterme con el sexo. Sin el sexo, yo mandaba... con el sexo, él se convertía en el titiritero.

—¿Y tú eres demasiado libre para permitir eso?

—Usted no entiende. No hablo del amor, hablo de la pasión. Soy artista, tengo una naturaleza salvaje e indómita, tengo que sentir pasión para querer. Rocco no me apasionaba y su venganza fue esto: yo insegura y con mucho miedo de mí.

—¿Tanto así?

—Soy el Nilo.

—Mae, no me hables en metáforas literarias.

—Si me salgo de mi cauce, arraso, si me quedo... soy tanto o peor. Como no lo amaba todo habría terminado en odio, pero como no me acosté con él, también terminé destruyéndolo.

—Así que el sexo es el principio de todo... ¿aún eres virgen?

El tremendo sonrojo de la chica cubrió sus mejillas.

—Ya veo, no te acostaste con él y te niegas a acostarte con alguien, no quieres desear y tienes miedo a que te deseen, por eso te ocultas y niegas tu naturaleza.

—No quiero ser consumida.

—¿Consumida por quién?

—Por un dragón.

—Marilyn, no más literatura.

—Se lo aseguro, ese dragón del que hablo no es ninguna metáfora.

Cleo soltó una carcajada.

—En fin —la mujer suspiró paciente— ¿entonces, qué piensas hacer?

—Negarme y usar esa energía en la pintura, en la literatura —sonrió, resignada.

—Una artista maldita en pleno siglo XXI. ¿Por qué no te animas y vives la vida?

—Porqué él es peor que yo, me comería viva.

—Mae... eres inteligente, talentosa y bella ¿Qué más quieres?

—No entiende, Cleo, en este momento yo soy Richard Morris, estoy enamorada de alguien que tiene todo el poder de destruirme...

—¿Y él, te ama?

—No, y no importa, si en un universo posible eso fuera factible, la destrucción sería peor si me amara.

—Marilyn Baker, ¿por qué no dejas de ser tan estúpidamente racional?

—No permitiré que él me consuma.

—¡Ay, querida! Ya perdiste, ya estas allí y te está quemando.

—Sí, pero él nunca lo sabrá, ¡nunca!

El profesor Conrad Klingenberg era el académico de más renombre en toda la universidad, experto en Literatura Comparada y en las grandes escritoras del siglo XIX, todos querían hacer la tesis de grado con él pero, tan solo aceptaba a un alumno por año. Las estupendas calificaciones de Miss Baker y el pre proyecto presentado le fascinaron y de inmediato aceptó a la chica para dirigirla.

Cuando Marilyn entró a la oficina del profesor, de inmediato se sintió transportada al mundo mágico de los libros, una mullida alfombra amortiguaba los pasos, un gran escritorio, lleno de libros, apuntes y con una vieja Olivetti en el centro ocupaba mayormente el espacio, en un rincón, una mesa simple con una silla y una computadora portátil, sobre la repisa de la chimenea, una hilera de búhos de distintos materiales y colores, el hombre

estaba de pie, de espalda, buscando algo entre los libros.

—Buenas tardes, profesor.

Klingenberg se dio vuelta y se quitó los anteojos.

—Marilyn Baker, la chica que hizo enfurecer al tonto de Hoffman. No se lo digas a nadie pero, haberle parado los pies a ese misógino te dio puntos extras a la hora de elegirte —le hizo un guiño que le recordó a Thomas.

—Vaya, nunca pensé que tendría que agradecerle algo a ese señor.

—No le agradezcas, la lógica de tu argumentación fue impecable y eso es mérito exclusivamente tuyo ¿o no?

—Supongo.

—Nada de suponer, señorita, a mí me gusta trabajar con certezas.

La firmeza que usó en esas palabras activó la vena rebelde de la chica.

—Pues, quiero hacer la mejor tesis de título que usted jamás haya dirigido.

—¡Eso me gusta! Nuestras chicas tuvieron que vencer muchos prejuicios para publicar, hay que estar al nivel de ellas para realizar la tesis que propuso, señorita Baker.

Ella sonrió tímidamente.

—Espero no defraudarlo.

—No lo harás, yo leo bien a las personas, cuando se tiene ese brillo en los ojos y casi no se habla, es que siempre hay algo más.

—¿Más?

—Mucho más, Heathcliff y Darcy son la prueba de ello —Conrad otra vez le guiño un ojo— ¿Cuándo empezamos?

—Cuando usted quiera, maestro. Si es pronto, ¡mejor! necesito graduarme lo más luego posible.

—Bueno, lo que tú vas a hacer es muy difícil —la invitó a sentarse en un clásico sofá—, equiparar el arte con la literatura, el amor y el sexo en el siglo XIX apoyada en los grandes íconos de la literatura inglesa y en la pintura requerirá mucho trabajo, pero quiero ver hasta donde llegas. Nos veremos cada quince días, te voy a dar mi correo electrónico para que me mandes tus apuntes y tus inquietudes, si trabajas en la presidencia de Russell Corp. serás una chica muy ocupada.

—Eh, sí.

—Conozco a Jackie y a Cameron desde hace años, antes de que nuestros hijos crecieran, la señora Russell era la traductora de mi esposa. Helena, mi bella y tozuda esposa por más de cincuenta años, es griega y se niega a hablar inglés, dice que no sabe, pero yo estoy seguro que sí. Lo que pasa es que es una tramposa, le gusta que le hable en griego porque así ella me gana en las discusiones.

Mae estaba impresionada por la calidez con que el temido profesor Klingenberg le conversaba.

—Chica lista su esposa.

—Ya la conocerás, solo tráele un búho y tendrás su amistad eterna —mostró la repisa de la chimenea— ¿Cómo está Arden? Hace fácilmente unos veinte años que no veo a ese muchacho.

No estaba preparada para esa pregunta, su corazón se aceleró y sintió que el rubor se le subía a las mejillas. El hombre tomó unos apuntes que estaban sobre la mesa y la miró de soslayo.

—Lo conoces, ¿verdad?

—Soy su secretaria, pero no, no lo conozco. Tenemos una relación laboral, es solo mi jefe.

Conrad esbozó una sonrisa casi maquiavélica.

—La última vez que lo vi fue cuando dio un recital de cello, aquí mismo, en esta universidad, tenía doce o trece años. Después, solo supe de él por historias que contaban mis hijos, parece un personaje de novela.

—Lo es.

El profesor se puso de pie, encendió un habano y la miró con sus pícaros ojos cristalinos

—Coordina el horario de trabajo con mi secretaria, exijo puntualidad y asistencia. Eso es todo por hoy.

—Muchas gracias, profesor, buenas noches.

—Marilyn Baker —cuando la chica se volvió a verlo, él le cerró un ojo—, no te olvides de Jane Eyre.

Mae no entendió el significado de las últimas palabras, le sonaron como si fuese una sentencia pero, no se iba a detener a analizarla. Estaba agotada, la sesión con Cleo y la entrevista con Conrad fueron, para ella, una verdadera gimnasia emocional y necesitaba relajarse.

—También tengo internet, Peter, ya busqué ‘ropa para llevar a Río’

—Humm, Carlo compró algo para ti. Pero me dijo que conociéndote como te conoce mejor no lo desempaqués sino hasta llegar allá.

—¡Dios! le tengo miedo a tus regalos y a los de tu novio.

—No es nada del otro mundo, pero como vas a Río, son necesarios —la miraba con cierto resquemor.

—Habla ya, Peter, te conozco, te estás mordiendo la lengua, ¡dispara!

—Tú y él en Río ¿Estás segura?

—No va a pasar nada, para Arden Russell soy tan interesante como un documental de bioquímica.

—No hablo por él, hablo por ti.

—Yo voy a estar bien, tengo bien puesta mi máscara, soy experta en fingir frente a él, yo sé que si alguna vez se me cae, él se burlará de mí. Es un hombre difícil, hasta su misma familia le teme, él los ama, pero siempre termina lastimándolos. Tiene la naturaleza del alacrán.

—Mimí, cuídate.

—Soy fuerte, no sé porque creo que si sobrevivo a Arden Russell, sobreviviré a todo.

Estaba feliz, le temía a estar feliz, pero ¡diablos! Lo estaba, ocho horas de viaje con ella en el mismo avión ¿cómo voy a resistir tenerla tan cerca? A veces quiero hasta morderla y marcarla como mía. Mae, Mae, si supieras los hermosos orgasmos que he tenido pronunciando tu nombre ¿qué voy a hacer contigo? A las seis en punto pasó a recogerla, ella lo esperó en el piso de abajo, no quería que él subiera.

—Baker ¿está preparada?

—Como siempre, señor.

—Bien.

Ella no había estado nunca en un jet privado, era todo lujo; cuando el piloto cerró la enorme puerta del avión, Mae se asustó, se sentó en un asiento lo más lejano a su jefe y fingió leer unos documentos. Él la miraba, estaba fascinado con ella, cada día descubría cosas nuevas que le gustaban más, esa mañana, por ejemplo, descubrió que jugueteaba con su cabello, se lo llevaba a los labios y hacía pequeños rizos con él.

—¿Quiere algo de comer, Baker?

—No, no señor.

—Le dará hambre, es un viaje de muchas horas.

—Le aseguro que si tengo hambre, se lo diré.

A las dos horas de viaje y debido al nerviosismo, el estómago de la chica reclamaba comida, Arden lo supo y sin preguntárselo le llevó un enorme sándwich de roastbeef con mostaza y rúcula.

—Gracias, señor.

—No quiero que muera de hambre.

Quiero alimentarte, que comas de mi mano.

La observaba comer, de pronto un poco de la salsa del sándwich le recorrió las comisuras de su boca y ella sacó la lengua para limpiárselo, esto hizo que la bragueta del pantalón le apretara ¡Dios, el mínimo movimiento y me tiene a punto de correrme frente a ella! tuvo que pararse e irse al baño y esperar allí que su excitación se calmara.

—¿Conoce Brasil, señorita Baker?

—No señor, es la primera vez que voy a viajar al extranjero.

—Pero, apuesto que viaja con su mente a todas partes.

—Sí, los libros hacen eso.

Yo te llevaría a la Luna, a Marte, a donde quisieras.

—Después de Río, hay que viajar a Paris, Milán, Frankfurt y Londres.

—Mi madre decía que el mundo era un lugar para disfrutar.

—Su mamá era alguien especial.

—Lo era —un tono triste cruzó la cara de la joven.

No, no, no, no quiero que estés triste, siempre que trato de hacer conversación contigo, todo termina mal.

—¿Sabe hablar portugués?

—No, no señor ¿usted? «Seis idiomas y no soy capaz de comunicarme con nadie, eso me dijo en Las Vegas».

—Sí, lo sé hablar, es un idioma muy sensual.

Ella sonrió con sarcasmo, era su manera de enmascarar la inquietud que él le provocaba.

—El único portugués que he oído está en un disco de bossa nova.

Arden hizo su mueca arrogante vas a ver nena lo que quiero hacer contigo y tú no te darás cuenta.

—Eu quero ver você, quero ver você nu na minha cama e fazer você gritar de prazer.

No supo cómo pero aquellas palabras cargadas de una sensualidad agresiva hicieron que sus pantis saltaran.

—Suenan interesantes.

No sabes cuánto.

—Muy interesantes.

La memoria de ella en Las Vegas lo golpeó, durante meses hizo el esfuerzo para que la bruma de la borrachera se despejara y pudiera acordarse de algún detalle mínimo de su cuerpo semidesnudo, de pronto se acordó de sus pezones suaves y erectos, de un pequeño lunar en su hombro derecho, de la leve curvatura de sus senos inclinados hacia él cuando lo besaba.

No puede ser que ese beso tan pecaminoso que nos dimos en Las Vegas hubiese sido algo indiferente para ti... o, ¿acaso eres como esas mujeres que parecen abadesas, nadie cree que disfrutan del sexo y son capaces de matar a un hombre de éxtasis?

Los celos enfermizos se le subieron a la cabeza y sin medir la reacción, pateo su maletín, se sentó frente a la mujer y la miró con ira encendida, Mae saltó sobre su asiento e hizo algo que solo hacía cuando quería calmar a sus padre o a Richard al hacer alguna picardía, sonrió como niña pequeña, batió sus pestañas tímida y juguetona.

¡Me vas a matar! Apuesto que logras lo que te da la gana haciendo eso ¿lo haces con todos? Monstruo, no sientes nada por mí, te burlas y dices: tú no me tocas, Russell, me importas una mierda y yo, como un maldito idiota, sigo soñando contigo. Te arrancaré las pantis y te haré mía hasta quitarte esa rebeldía que tienes conmigo.

Antes de hacer una locura, Arden se paró de su asiento y se metió a la cabina del capitán. Marilyn respiró cuando se liberó de su presencia, relajó los músculos que le dolían de la presión de tenerlo en frente, pero el sosiego no le duró mucho porque minutos después, de nuevo lo vio parado frente a ella.

—Vamos a repasar los archivos del convenio, Baker.

—Sí, señor.

No supo por qué el «Sí, señor» lo puso peor.

—¡Arrodíllate!

—Sí, señor.

—¡Abre las piernas!

—Sí, señor.

—¿Te gusta?

—Sí, señor.

—¿Te gusta mi verga grande y fuerte?

—¡Sí, señor!

Tomó una bocanada de aire y se fue hacia el pequeño bar y se sirvió un vaso de vodka, abrió su portátil y empezó el trabajo. A las tres horas de vuelo, una turbulencia y Mae tembló de terror, otra turbulencia y el grito de angustia de la chica se sintió en todo el avión.

—Lo siento, señor, me he portado de manera ridícula, la verdad es que los aviones me aterran.

—Tranquila, estamos en manos de profesionales.

—Sí, señor.

Otro «sí, señor» y me tiro sin paracaídas.

En la limusina que los llevaba al hotel, se dedicó a no perderse detalles de lo que veía tras la ventana, estaba ansiosa por llegar y liberarse de la sombra agobiante del dragón, estaba emocionada, quería caminar por las calles, se había traído una cámara fotográfica para tomar todas las fotos que pudiera, se las había prometido a su papá y a Pete. Ver el paisaje a escala humana y no desde un avión la hizo olvidarse que estaba sentada al lado de Russell y dejó salir a la niña interior que guardaba celosamente y ante cada color reluciente que le presentaba el paisaje, soltaba una exclamación ahogada mira, disfruta, saborea, este es el mundo que mamá quería que conocieras. A su lado, Arden miraba, el único paisaje que le interesaba, el cuello de Mae Baker, blanco, largo y suave. Silencioso, gimió de placer cuando una pequeña gota de sudor hizo un caminito y se perdió entre su blusa, la tentación de pasar su lengua para atraparla chocó con la promesa que había hecho y en un esfuerzo monumental miró hacia otro lado y anuló su deseo de lamer el recorrido de esa gota salina en la piel de la mujer.

Cuando llegaron al hotel, lo primero que vieron fue a Rachel Foster, que con un vestido color salmón escotado y plataformas blancas, más parecía una modelo de portada que una alta ejecutiva. Mae se miró a sí misma, aunque no tenía puesto su uniforme, la ropa que usó para viajar era sin gracia. Arden y la mujer se saludaron de manera cortante, ese gesto le pareció a Marilyn muy extraño así debe tratar a todas sus amantes, tiene sexo con ellas y luego las desecha.

—¿Cómo estás, señorita secretaria del rey del mundo? —Rachel la saludó amablemente, tenía algo a su favor, era extremadamente encantadora.

—Muy bien gracias, señorita Foster.

—Llámame Rachel, me haces parecer una ejecutiva neurótica de Nueva York

¿cómo les fue en el viaje?

Una tortura.

Aterrador.

—Bien —contestaron ambos.

—Debo decirte una cosa, Arden, los socios de la firma Solomon están que retumban, te esperan en una hora.

—Pues, que retumben, Baker y yo estamos muy cansados.

—Pero...

—Pero nada, esperaron un año, que esperen un día no los va a matar.

Rachel tensó sus músculos, el hombre era duro como el pedernal.

—¿Nadie te dice que no, Arden?

—Te sorprendería, Foster.

Las Master Suite estaban en el sexto piso, una al lado de la otra, tenían unos enormes ventanales que daban directo a la playa que estaba al cruzar la calle. A penas el mayordomo salió de la habitación, Arden se tumbó en su cama, estaba agotado por la tensión que le significó tener a Marilyn a su lado y rápidamente, se quedó dormido con el sonido del mar de fondo y un sabor que se le perdía en su boca.

Mientras tanto, Mae hacía todo lo contrario, se bañó rápidamente, se fue hacia su maleta y desempacó, se puso un vestido blanco, de tirantes, con pollera amplia y vaporosa que le llegaba hasta los tobillos, unas sandalias plateadas y se soltó el cabello, abrió el regalo de Carlo y gritó divertida al descubrir un mini bikini blanco ¡Dios! están locos si creen que me voy a poner esto lo escondió en su maletín, sacó el mapa de la ciudad, un diccionario y salió a la aventura acompañada de su cámara.

En lobby del hotel se encontró con la escultural Rachel.

—¡Marilyn!

—Hola otra vez —la chica la saludo intimidada.

—Vaya, te ves bien con ese vestido, en serio, ¿cómo hiciste para zafarte de las fauces de ese tirano que tienes como jefe?

—Es mi jefe hasta las tres y son las seis de la tarde.

—Russell cree que maneja el mundo, lo peor es que lo hace ¿A dónde vas, chica rebelde?

—Quiero conocer Río.

—¡Vamos! Yo invito, conozco bien la ciudad, ya verás lo buena anfitriona que soy.

—¿Estás segura? No quiero molestar.

—Conozco esta ciudad como la palma de mi mano, aprovechemos que La Máquina se hace el interesante y no tendremos reuniones hasta mañana. ¿Qué dices?, tú y yo, tomando caipirinhas, dejando que los bellos garotinhos nos conquisten.

Rachel le caía bien, no tenía las ínfulas de muchas mujeres bonitas, era cálida y exageradamente cordial.

—Si no es problema para ti, me parece perfecto.

—¡Sí! Vamos en mi moto, es lo mejor.

—¿Tienes una moto? ¡Yo amo manejarlas! —el espíritu de su mamá saltó en ella.

—Sí, es lo mejor para disfrutar del paisaje... humano.

Marilyn se rió del guiño divertido que hizo la chica, pero cuando vio que la moto era un scooter, se sintió decepcionada.

—¡Esto no es una moto!

—¡Oh chica, 'Easy Rider', no te quejes! —Rachel le pasó el casco que sacó de un pequeño compartimento— tiene un motor potente y dos ruedas así que califica, y en castigo por la ofensa, tú manejas.

Su madre le tiró un beso en asentimiento, su ninfa se puso su pantalón de cuero y la hermanastra hacía ruido de motor rum, rumrum ¡todas están locas! y yo, que soy ellas, ¡peor! ¡Bah! ¡No importa! Al menos puedo ser esto por unas horas.

—Acepto, será divertido.

Salieron de Barra de Tijuca hasta Copacabana. Rachel era divertida, conversadora y una gran lectora, lo que hizo que todo fuera muy relajado para Marilyn, recorrieron la playa y un mercado de artesanías en donde se compró collares, zarcillos, un búho hecho de caracolas para la colección de Klingenberg y otras cosas pintorescas para Peter, sus amigos y hasta una borla muy colorinche para su gatito Darcy.

—Vamos a Ipanema, allá hay un lugar donde hacen las mejores caipirinhas de la ciudad.

Se sentaron en un restorán al aire libre, querían disfrutar de lo cálidos que

eran los cariocas. Estaban acostumbradas al ritmo frenético de Nueva York, un lugar donde la gente no se miraba y siempre iban de prisa.

—Me encanta Brasil, cuando esté vieja viviré aquí.

—No te veo en esta ciudad.

—Te sorprendería lo que quiero en la vida. Todos mis deseos son inversos a mi vida de abogada, lo único que quiero es hacerme muy rica y no preocuparme más por el dinero y estar en las playas semidesnuda dejándome besar por el sol y por un hermoso moreno que me frote bronceador. Tienes que ir a las playas Mae, este lugar es el paraíso de las cirugías plásticas y la silicona, claro está que tú nos las necesitas, tienes un bello cuerpo.

—¡Tú sí que eres preciosa!

—Sí, pero eso no me ha servido para nada, mírame veintiocho años y sola, yo siempre creí que para esta época ya tendría un esposo y dos preciosos bebés.

Marilyn estaba sorprendida, Rachel no parecía ese tipo de mujeres que soñaban con esposo y niños; pensó en Bianca la cual tenía el mismo sueño ¡vaya! uno cree que la belleza da todo por sentado.

Rachel la miró a los ojos y su cara reflejó malicia.

—¿Cómo es trabajar para Míster Adonis Intocable?

—Difícil.

—Es un animal ¿no es así? —el alcohol ya estaba surtiendo efecto en ella— todas las mujeres de Nueva York están obsesionadas con él, menos tú, pareces libre de su influjo maligno.

Si supieras Rachel, si supieras que cada día a su lado es una agonía.

—Eres una chica dura, hay que serlo para soportarlo, es tan arrogante y engreído, he conocido mujeres que han enloquecido por él, una amiga fue su amante por más de un año y solo le ofreció sexo alucinante. La tonta de mi amiga creyó que si no lo presionaba, si le daba una relación libre de todo compromiso, poco a poco él se interesaría, estaba jugando un juego muy peligroso; lo que ella no sabía es que él jugaba mejor. Pensó que daría el gran golpe cuando le dijo que lo amaba y que las citas para follar como dementes ya no le bastaban, entonces, él se burló como lo hacía con todas y le dio costosos regalos, un Aston Martin, un collar de diamantes y jamás lo volvió a ver. No teléfono, no saludos, nada, pasó a ser una inexistente. Él no quiere amor, porque él no sabe dar eso.

Yo no tengo porque escuchar esto, no le hace bien a mi paz mental.

—¿Esa amiga eres tú, Rachel?

—No, Mae, pero me hubiera fascinado ser. Lo que cuentan de él es... aún con la historia de mi amiga yo estuve obsesionada igual que todas. Pero, él jamás, jamás me ha tocado.

¿Qué? y ¿el vestido y las flores? ¿Me está diciendo que nunca se acostó con él?

—Él lo sabía, sabía de mi obsesión y jugaba conmigo, me hacía creer que yo le gustaba, siempre me hablaba de seductora manera, cuando yo creía que estaba a punto, a punto de tenerlo él se iba con esa sonrisa de muerte que tiene, el muy bastardo. Hace como un año y medio mi deseo por él era cegador y casi me le tiro a los pies como si yo fuera una puta barata, estábamos empezando este proyecto del hotel ¿te acuerdas? En su oficina, hasta me ofrecí para hacerle sexo oral ¡Yo! ¡Yo! que he rechazado modelos y actores de cine ¿sabes que me dijo? —imitó una voz de hombre— «Espera, muñeca, pronto te daré lo que quieres» casi salto de la emoción, esa noche me mando flores, «para una mujer que siempre me hace reír».

¡Eso lo escribí yo!, debe haber creído que él se burlaba de ella.

—¡Perro!, yo lo hacía reír. No, se burlaba de mí, pero yo no sabía, no lo sabía en aquel momento, días después me mando un vestido hermoso de Versace.

Me acuerdo

—¿Sabes que decía la nota?

No bragas.

—No bragas, pensé que era lo más sexy y excitante del mundo, yo creí que iba a tener el cielo entre mis piernas.

—Rachel, no me cuentes más.

Pero la chica estaba borracha y con la carga de una tremenda soledad en sus espaldas.

—No, tú me das confianza. Me citó en un hotel, yo lo esperaba con mi hermoso vestido escotado hasta el infinito; entonces llegó, se sentó frente a mí y me hizo bailarle.

¡Cállate!, ¡cállate, por amor de Dios!

—Después, hizo que me desnudara, yo esperaba que él hiciera lo mismo, pero nada pasó, se quedó mirándome con esos ojos verdes y crueles que tiene ¿sabes que me dijo?—otra vez impostó voz grave— «me aburres, Rachel, esto es lo único que tendrás de mí» se acercó, tocó mi cabello y se fue; yo me quede allí paralizada, en aquel hotel de mala muerte con mi deseo destrozado y mi autoestima en el suelo, pero ¿sabes una cosa Mae? con eso mi deseo hacia Arden Russell desapareció. De una manera u otra, él me hizo un favor, si algo hubiese pasado en ese hotel, yo estaría como mi amiga Carol, soñando

con que ese hombre vuelva al menos para una revolcada más.

—Lo siento, Rachel.

—No, querida, hombres como ese necesitan algo de crueldad en su vida, yo no soy capaz de eso, la crueldad yo la utilizo en las cortes, no en mi vida. No lo odio ni nada, para mí, él entró en la categoría de estatuas de museo: vas, lo admiras y te vas.

Hubo un silencio incómodo entre las dos.

—Perdón, Mae, él es tú jefe, le debes lealtad y discreción, él no es malo, él es...

—Un escorpión.

—Exacto, esa es su naturaleza.

Entonces, el niño que vi en Las Vegas, el niño que vi en mi apartamento hablando de su hermano ¿Quién es? ¿Quién es?

—¡Basta de Arden Russell y vámonos al Corcovado! Las luces de la ciudad se ven espectaculares de noche.

—Creo que es mejor que volvamos al hotel.

Las palabras de Rachel le habían afectado más de lo esperado y tan solo quería volver a su habitación a llorar.

En el hotel, Arden se despertó adolorido y con frío, a pesar de la siesta, no logró relajarse del viaje —la presencia de Marilyn tensionó sus músculos al máximo en su afán de controlarse— y el aire acondicionado lo estaba congelando. Miró la hora, eran las ocho treinta de la noche, se metió a la ducha y con el agua caliente cayendo sobre su cuerpo finalmente se relajó.

¿Qué hago? ¿La invitó a cenar? Seguramente dirá que no, pero nada pierdo con intentarlo. La llamó a su habitación, pero ella no contestó, tocó varias veces y nada. Marcó los números del celular y fue enviado al correo de voz ¡Diablos! llamó a recepción, y les dijo en perfecto portugués que lo comunicaran con la habitación de Marilyn, la respuesta fue la misma: ella no contesta ¿Por qué no contestas? ¿Dónde mierda estás? Bajó al lobby y salió a la calle a fumarse un cigarro, cuando a lo lejos la vio, venía con Rachel ¡En una moto! y ella conducía. Respiró duro, sus ojos se empequeñecieron de la rabia ¿cómo está vestida? El puto vestido se le sube hasta la cintura ¡Dios! Mira sus piernas Russell, el puto cielo tiró el cigarro al suelo y lo pisó con rabia ¡todos la están mirando! furia, furia ciega y sin control, se dirigió hacia las mujeres y no midió sus palabras.

—¿Dónde demonios estabas?

Rachel, todavía chispeante, contestó con risa.

—Divirtiéndonos, Russell, ya que tú no lo haces.

La vista del hombre estaba concentrada en Mae, ella lo ignoraba, el impulso primario que le brotó era categórico: agarrarla del cabello, llevársela a su habitación, meterla en unos de esos idiotas vestidos que siempre se ponía y dejarla encerrada

—Vaya Baker, pensé que la diversión no era cosa suya.

¿Por qué siempre tiene que ofenderme?

—Yo siempre me divierto, señor Russell, lo hago con la gente que me agrada.

Y yo no te agrado ¿verdad?

—¿Sabías Arden, que tu joven secretaria sabe más de motos que un mecánico? Y maneja de maravilla, prácticamente recorrimos la ciudad en mi Vespa, ¡fue maravilloso!

—Me imagino.

Se miraron a los ojos

¿Motos? eres un demonio salvaje, yo te he de parecer muy gracioso.

No soy tu esclava, no lo soy.

—Me voy a mi habitación, estoy muy cansada, con permiso señor, Rachel fue maravilloso, la conversación me sirvió de mucho.

—Oh, Marilyn, estaba tan mareada que de pronto se me fue la lengua.

—No te preocupes, dijiste lo preciso.

—¿Mañana, después de las reuniones, vamos a la playa?

—¡No! —gritó Arden— no tiene tiempo.

¡Mírame, Arden Animal Prepotente Russell!

—Claro que sí, tengo unos bikinis que me quiero estrenar.

—¡Fantástico! ¡Ya verás! te presentaré algunos amigos que te van a encantar.

Cállate idiota, te voy a arrancar la lengua.

Sin darle tiempo de nada, se fue hacía su habitación.

¿Qué se cree?, piensa que todos debemos caminar al ritmo cruel e inhumano que él marque. Es una máquina, no le interesa ser un humano y, cuando lo es, se avergüenza de ello. ¡No!, ¡no!, ¡no!, tú no me tocas, ¡fuerza, Baker!, él no

puede controlar tu vida, te irás muy pronto, muy pronto.

A los cinco minutos, unos fuertes golpes que amenazaban con tumbar la puerta la asustaron; abrió y apareció de pleno frente a ella.

—¿Cómo se le ocurre andar en esa cosa a estas horas de la noche? ¿No sabe que Río es una ciudad muy insegura?

—Yo soy una chica grande, señor Russell, me sé cuidar, he vivido sola en Nueva York por tres años y si sobrevivo a esa ciudad, sobrevivo a todas.

—Y ¿la moto? Si se accidenta ¿qué le digo a su padre? No sabe en el puto lío en que me puede meter.

—He montado en moto desde que tenía doce años, unas más grandes y más potentes que esa, no se preocupe señor, soy responsable de mis actos, y debo recordarle que mi trabajo con usted termina a las tres de la tarde, lo que haga después de ese horario está fuera de su control. Si me mato en una moto, no será su culpa y el seguro se encargará de los trámites mortuorios. Entre las ocho y las tres soy su secretaria, después de eso, soy Mae. Con permiso, estoy agotada, me voy a dormir, buenas noches —y le cerró la puerta en su nariz.

Estaba aturdido y furioso. Una moto, con Rachel que es una alcohólica, con ese vestido que con el viento se le veían hasta las bragas, ¡maldición, sino estuviera loco ya te habría echado!

La acción de cerrar la puerta fue, paradójicamente como abrir la llave a su llanto, desde hacía más de dos horas estaba esperando llegar a su habitación para liberarse de su angustia y llorar. Las palabras de Rachel fueron fatales, ella quería llorar «citas para follar», «él solo quiere destruir todo a su alrededor», «quiere jugar, quiere lastimar», y yo, como una idiota, esperando por él, soñando con él, sintiéndome feliz cuando regresaba a la oficina. ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida!

Como siempre, escondió la cabeza en la almohada y lloró hasta que se durmió.

Tenía tanto frío y era de noche, podía escuchar el rumor de los árboles, el cri-cri de los grillos que poblaban el bosque y le parecía enloquecedor, ella corría a través del follaje y su garganta le dolía, huía de una carcajada que la perseguía. Sombras, sombras por todas partes y una de ellas la agarró del tobillo, trastabilló cayó, peleó con fuerza, pero no gritó, una lluvia helada y pesada le lastimó la piel. Resiste, sigue luchando, todo era resbaladizo y muy frío, se libera y corre a la luz, a los brazos de Stuart, estaba a dos pasos de él cuando su padre se transforma en Richard, quien, desnudo, demente, la toma del pelo y golpeándola le dice: ¡Eres mía, mía, mía, nadie, te querrá como yo!», «¡tú mosca muerta, ser insignificante y estúpido!», «¡no tienes derecho a soñar, no sueñes!»... « ¡Eres mía y vas a morir si te niegas!».

Un grito terrible estremeció todo el sexto piso del hotel, era el grito de alguien que clamaba por su vida. Arden escuchó aquello y su sangre se enfrió

¿Nena? ¡Dios mío! Salió corriendo y tocó la puerta como si sus manos fueran un par de martillos.

—¡Marilyn!, ¡Mae!, abre ¿estás bien?

Pero ella no contestó.

—Si no abres la maldita puerta, la derribo de un golpe.

Ella estaba oculta en el baño, hacía más de un año que no soñaba con Richard y la noche terrible que vivió con él y, ahora, ese hombre golpeando su puerta quiero a mi papá, él es el único que me hace sentir segura, ¡Stuart, papi!

—Mae, abre la puerta, por favor, abre la puerta.

Se acercó a la puerta y trató que su voz sonara normal.

—No se preocupe, señor, estoy bien.

—Si no abres en cinco segundos ¡derribo la maldita puerta!, soy capaz de hacerlo, Baker.

Este hombre no se cansa, ¡déjame en paz!

Abrió la puerta y se enfrentó a él quien, sin pedir permiso, entró a su habitación.

—¿Por qué gritaste? —la cara de ella era de terror, tenía los ojos hinchados de llorar y temblaba como una hoja.

¿Grité?

—Una pesadilla, señor.

Arden no pudo aguantar más y sin que ella lo viera venir, tocó su rostro con un gesto dulce. Solo dos veces en toda su vida había estado tan asustado y esas veces siempre había pasado lo peor.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, señor —ella se retiró del contacto ardiente de las manos en sus mejillas.

No te alejes, no te alejes, yo solo quiero protegerte.

—¿Está segura?

—Sí. Por favor, discúlpeme si lo desperté pero, es mejor que se vaya a dormir, señor, mañana hay mucho trabajo.

La mirada de la chica era vacía, su voz, oscura; hizo un gesto vago con la

mano, se aferró a la puerta y comenzó a cerrarla. No lo quería cerca, estaba seguro pero, él quería decirle «yo estoy cerca, cualquier cosa, cualquiera, tú me llamas y yo vengo» pero no dijo nada y se fue a su cuarto. De espaldas, uno junto al otro, apenas separados por la pared que dividía los cuartos, habitación con habitación, tan cerca, tan lejos... jefe y secretaria... el príncipe y la hermanastra.

Se maquilló ese día, no tanto para parecer bonita sino para tapar una noche de insomnio terrible, tenía una coleta y un vestido azul claro sin mangas, Arden la vio llegar y en el auto no se atrevió a preguntar cómo estaba.

La construcción del hotel estaba a media marcha, era un lugar hermoso, en una playa casi desierta, donde tres hoteles más estaban siendo también construidos y un complejo de casas de multimillonarios, la mayoría estrellas de cine y diseñadores.

Cuando llegaron estaba Rachel esperándolos acompañada de unos siete hombres, la mayoría abogados y arquitectos. Como siempre saludó a Arden de manera cordial pero indiferente, en cambio, recibió Marilyn con un beso en la mejilla.

—Tengo una resaca terrible, Marilyn, creo que me voy a morir ¿cómo te terminó de ir anoche?

—Bien, también cansada.

—Hoy será un día muy largo, ven te voy a presentar a los socios de la firma Solomon.

Mae no tenía ánimos de nada, mucho menos para presentaciones oficiales, el importante era él, no ella.

Los hermanos Travis y Bradford Solomon, los ingenieros David Callagham y John Steven –todos de unos cincuenta años– y el arquitecto Robert Colton, un joven rubio de risueños ojos azules. Estaban expectantes, necesitaban urgentemente el apoyo de Russell, el proyecto era un sueño de la familia Solomon pero faltaba el capital y el millonario neoyorkino todavía no firmaba el contrato.

Robert era un chico tímido, sin embargo, se acercó a la chica y le sonrió.

—Hola, mucho gusto.

Ella contestó con un frío “hola”.

En la construcción, una gran mesa los esperaba y de inmediato todos empezaron a hablar sobre términos, contratos, construcciones. Arden atendía a todos, pero a ella no le quitaba la mirada sabía que no quería estar allí.

Cerdo egoísta.

El mayor de los Solomon lo invitó a mirar desde el planchón la vista de lo que sería el hotel y sus alrededores, se paró en solitario a observar, Marilyn se quedó en la mesa y comenzó a dibujarlo, le resultó tan artístico verlo recortado contra el cielo azul intenso y el verde selvático del paisaje, que no se resistió al impulso, estaba vestido de blanco, con una camisa abierta de lino, parecía tan casual, tan diferente al hombre de guantes y ropa Armani, el viento lo golpeaba, desordenándole el pelo y decidió que era la imagen perfecta para convertirlo en un mascarón de proa representando a un fiero vikingo.

Es hermoso, cruel, intocable y me lastima.

—¿Es tu primera vez en Brasil?

—¿Eh?

—Tu primera vez —era el arquitecto.

—Ajá.

—¿Ya fuiste al Pan de Azúcar o las playas? Son hermosas.

—No, todavía no.

—Este, si quieres, yo te llevo.

—No sé, quizás. Gracias, es que tengo mucho trabajo.

—No todo es trabajo.

—En este momento sí, señor Colton —la voz del dragón retumbó en el cuello del muchacho que casi se desmaya—, si quiere flirtear mire hacia otra parte ella es mía.

Aquel tono demoníaco hizo que despertara de su tristeza y melancolía, eso siempre él lo lograba, hacer aflorar su lado rebelde, en ese momento lo odiaba.

¡Maldito arrogante!, pero si le digo algo, es capaz de dejarme aquí todo el día solo para sacarme de quicio.

Fue así que guardó silencio y se concentró en su trabajo. Como a las tres de la tarde, los invitaron a recorrer la tremenda estructura, él como siempre adelante, mientras que Rachel y los ejecutivos lo seguían como perros falderos, pero ella no quería ver hormigón armado, estructura de acero y vidrios, así que de manera callada, se fue quedando atrás y tomó otro camino, bajó por el montacargas y salió de la construcción, le hacía falta conectarse con algo que no fuera él. Caminó varios minutos, el calor era intenso, la ropa se le pegaba a la piel y tenía mucha sed. Se fue hacia unos galpones buscando

sombra y algo de agua; de pronto escuchó la voz de un hombre y de una mujer que hablaban, al principio no prestó mucha atención, pero después fue el tono de la voz de ambos fue lo que le causó curiosidad, a pocos pasos y tras una columna, pudo descubrir a una pareja tocándose de manera desesperada, el hombre besaba a la mujer de la forma más provocativa e indecente que ella había visto en su vida, y la mujer se dejaba. Era violento, sin embargo, pudo descifrar ternura en la lujuria de aquellos dos seres. Las manos del hombre recorrían todo el cuerpo de su amante quitándole la ropa hasta dejarla absolutamente desnuda, la mujer intentaba hacer lo propio, a ella le pareció que estaba presenciando un ritual pagano.

Debo irme, no puedo ver esto.

Pero, su curiosidad voyerista la clavó en el piso y se negó a abandonar su atalaya, estaba segura que se hallaba frente un acto de amor primitivo y verdadero.

Susurraban y cuando hablaban, sus voces eran cálidas, enardecidas, excitadas; por momento, tiernas y cantarinas, pero siempre, apasionadas. Le parecieron palabras secretas de dos personas que se amaban con locura y ferocidad, parecían dos bailarines que se acoplaban en un baile rudimentario y hermoso, ambos susurraban palabras que Marilyn no entendía pero el solo sonido estaba cargado de una sexualidad devoradora, ella gritaba de placer, el hombre se movía de manera lenta mientras que hablaba quedo, la mujer gemía y sollozaba por cada palabra que aquel hombre le decía, ¿qué le diría? supuso que cada palabra era un ruego, una oración y una alabanza.

¿Qué hago aquí? Soy una verdadera ladrona robando esta intimidad.

Pero, era incapaz de moverse, menos cuando los suspiros se transformaron gritos alentados por las embestidas, la escena era inquietante, bordeando lo brutal y violento, sin embargo, tenía poesía y nada le pareció más armónico que ese acoplamiento salvaje del cual era testigo, vio el amor en su esencia real y cuando el orgasmo de ambos llegó, ella solo quería llorar. Entonces, se acordó de aquella terrible tarde lluviosa en el bosque, donde presencié una escena igual, pero diferente, los de su memoria se maltrataban como dos animales hambrientos y malvados, más que bailarines eran bestias inhumanas a quienes el amor y la belleza no los tocaba.

Cuando todo terminó, el hombre acostó a la mujer en el suelo y la besó con ternura y agradecimiento.

Llegó a la terraza y se dio cuenta que todos la buscaban, el dragón la miraba con ojos oscuros y con cara de piedra, no supo por qué pero, empezó a reírse frente a todos ellos.

—¿Le gustó lo que vio, señorita Baker?

La chica se sorprendió con la pregunta, pero su ataque de risa se prolongó cuando se dio cuenta que Bradford Solomon le preguntaba por las playas.

—¡Sí, sí, maravilloso!, señor Solomon ¡Maravilloso!

Su rostro estaba caliente, sabía que estaba roja como un tomate y que sin duda, su jefe se aprovecharía de eso.

—Creo que iré a ver las playas, tal vez descubra que le produce tanta felicidad a mi asistente.

—No, no, señor Russell, las playas son hermosas. Lo que me produce risa es... ¡pensar que me pagan para estar aquí! —se sonrojó más y sonrió de una manera tan sensual que Arden tuvo una erección inmediata.

Parece que viniera de hacer el amor con alguien, ¡mierda! ¿Dónde estabas?, ¿estabas con alguien? En dos pasos se acercó a ella y la olfateó, como buen conecedor del sexo y sus humores sabía de inmediato si algo había pasado pero, ella olía como siempre, divino. A mango, a vainilla, a sándalo y a sal de mar y le pareció más sexy que nunca, sabía que algo había cambiado en ella.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—Esa no es una respuesta.

—Lo es, señor. Simple dialéctica, usted preguntó y yo contesté —sin saber por qué, lo miró a la cara, le sonrió abiertamente y se fue.

Ya en su habitación del hotel, la chica se paró frente al espejo y de una manera metódica, se desnudó, se miró de manera clínica y le gustó lo que vio, sus senos no eran muy grandes pero eran proporcionados y erectos, tenían una bella curvatura y sus pezones tenían una tonalidad rosa pálida. Su vientre era plano —el ejercicio había hecho maravillas— su cintura, pequeña; se dio la vuelta y miro su trasero firme y voluptuoso, sus piernas eran lo mejor, las había heredado de su madre «un hada cariño, eres un hada» los rayos del sol habían iluminado las hebras claras de su cabello oscuro y su piel blanca había sido receptiva al aire marino ¿Por qué te escondes Mae Baker? Tienes miedo de que alguien te desee, pavor que alguien te toque, ¿por qué tantos miedos?

Las voces de Cleo, de Peter y de Carlo revoloteaban en su cabeza.

Todo Brasil era sensual y se notaba en el aire, al llegar al hotel esa tarde una escuela de samba estaba promocionando entre los turistas el carnaval carioca, las mujeres bailaban casi desnudas, con sus pieles bronceadas, todas tan cómodas con sus cuerpos y sus sexualidades, se comparó y se dio cuenta que ella se escondía en un caparazón, tenía veintitrés años y no sabía ni siquiera lo que era tocarse ella misma. El sexo le había maravillado desde pequeña, sabía que era un ser sexual, pero estaba bloqueada, Richard borró todo con su violencia y ella, con su culpa, le cerró las puertas a todo.

El sonido de su celular la sacó de su ensoñación, era él, el ogro oscuro y hermoso que dormía a metros de ella; desnuda, caminó hacia el aparato, su ninfa estaba en su salsa en medio del calor y con ganas de ir al sambódromo, también le guiñaba un ojo y la tentaba ¡Prueba!, ¡prueba!, no te vas a acostar con él, pero juega, Baker, sabes que somos capaces su vanidad de antaño y su malicia salieron de nuevo y se sintió perversa ¡soy una mujer, Russell!, ¡una mujer!

—Señor —contestó con voz ronca.

Algo en la voz de ella lo excitó más de lo que estaba.

—¿Baker?

—Dime.

¿Dime? Se quedó en silencio medio segundo, tosió nervioso Vaya, Russell.

—Baja al restaurante, trae los contratos y los planos, hay que revisar unos puntos y aprovechamos de cenar algo.

Di que sí, di que sí.

—Muy bien, voy a bañarme y estaré allí, señor.

Señor, amo, maestro, ¡demonios! ¿Bañarse? Nena, ¡déjame enjabonarte por todas partes!

A la media hora la esperaba como adolescente cachondo en su primera cita, la vio llegar y casi se desmaya, ella tenía el cabello húmedo y suelto, con un vestido sin hombros, suelto, de color azul noche y con unos zapatos de vértigo negros, altísimos y un collar multicolor que le hacía ver más largo su cuello. Tenía la boca maquillada de un rosa profundo y los ojos delineados. Le sonrió con su acostumbrado batir de pestañas y aire tímido.

—Señor.

—Baker.

Estás hermosa, maravillosa, apetecible.

—Traje todo lo que usted que pidió.

—Está muy obediente.

—Soy obediente, señor.

—Yo diría más bien que usted es una rebelde, siempre está dispuesta a retarme.

—Usted me incita a la rebelión, señor.

Sigue diciéndome señor y te monto delante de todos en este restaurante.

—Veamos —puso cara desafiante— yo soy Arden y usted es Mae—caminó hacia ella— ¿va a rebelarse?

Ella lo miró fijo y esbozó una sonrisa.

—Arden.

—Marilyn —la chica sintió el aliento cálido y un gruñido gatuno cerca de ella, su sexo la jaló de una manera insoportable.

Sonrió, algo de lejos vino a ella «Richard, no eres tanta cosa, apuesto que tras de esa fachada de niño malo hay un tierno y lindo gatito» eso le había dicho aquella noche en el baile de la preparatoria, unas palabras y lo tenía comiendo de su mano.

—¿Cenamos?

¿Qué haces? ¿Qué haces? Huye, él es odioso, va a creer que lo vas a seducir, ¿Por qué te pusiste este vestido? ¡Idiota! No sabes jugar los juegos del sexo, él es el maestro, si te seduce serás como las otras, ofreciéndote como una puta, teniendo recuerdos amargos, citas para follar, él no ama, él destruye, un escorpión ¡Después no digas que no te lo advertí! La hermanastra odiosa se apareció pero, ella la paró en seco eres una cobarde, hipócrita ¿Qué importa? ¡¿Qué importa?!

—¿En qué piensas, Baker?

—En nada en especial.

¿Quién te entiende? Vienes vestida para matar y ahora te comportas como la reina de hielo, debo buscar un mapa para entenderte.

Arden, como caballero, le ofreció la silla y de una manera imperceptible la olió como un animal a su presa. Ella empezó a jugar con su cabello de manera nerviosa.

—¿Qué problemas detectaste en el proyecto?

No quiero hablar de idioteces ahora, quiero hablar contigo.

—Para que tenga éxito, tendrán que comprar toda la península y eso subirá el costo.

—Pero, para usted... para ti, eso no es problema.

—No.

—Debe ser interesante querer algo y conseguirlo.

—Las cosas, sí. Con las personas es más difícil.

—Pero, hay gente dispuesta a venderse.

—Si es verdad, la gente se vende, dinero, sexo, poder.

—¿Amor?

—Supongo —dijo de manera melancólica.

—Es tan cuestionable la gente que se vende como la que compra.

—¿Sigues pensando de mí lo que me dijiste esa tarde en la oficina?

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué?

La hermanastra, chica lista, respondía mientras simulaba revisar los planos, porque si digo lo que pienso de ti ahora, estaría entregando a tu naturaleza de dragón, mi cabeza en una bandeja de plata la ninfa no se quedó callada, mientras admiraba el leve bronceado que su jefe tenía en la cara, sentenció ¡Haz que hable él!, ¡qué él te diga!

—Dímelo tú,... tú sabes exactamente quién eres Señor del Dolor.

—¿Quieres que me avergüence de ello? ¿Qué me arrepienta? No puedo cambiar quien soy, soy un maldito idiota, un arrogante, lastimo a quien me rodea, y también tengo algo que comprar, yo daría todo por tener algo que se me niega.

—¿El proyecto Solomon?

A ti, tonta, a ti, si te lo digo la poco de hombría que me queda se va para la mierda.

—No. Mejor dime ¿qué es lo que tú vendes?

Oh sí, Señor Todopoderoso, apuesto que tú crees que puedes comprar hasta mi alma, ¿estás interesado en mí porque no te ofrezco lo que todas?, soy un animal raro para ti.

—¿Vender? ¡Por supuesto que nada! Mis parámetros éticos distan mucho del vender y comprar del que hablas.

—¿Ética? —hizo una mueca cínica— ¡Vaya! sí que eres una niña ingenua. Entonces, dime una cosa que no vendas.

—Mi libertad, no estoy dispuesta a ceder nada. Valoro mucho mi individualidad, mi creatividad, mi espíritu salvaje y no estoy dispuesta a ser poseída por nadie.

La hermanastra se reía ¡hipócrita! Hipócrita y mentirosa.

—¿No?

—No. No soy una cosa, no soy una gárgola, soy una persona

¿Qué hago aquí como una idiota?

Arden se movió incómodo en su asiento, estaba furioso.

—Bueno, ya veo, señorita Baker, cenemos y después, terminaremos con los malditos papeles.

¿Señorita Baker, Dragón?, ¿no te gustó? la hermanastra de nuevo Demuéstrale que no estás bajo su poder, finge, finge, finge.

Se sentía como una total imbécil, se puso el hermoso vestido con la intención de comprobar si era capaz de seducirlo un poco y todo salió mal, él no es Richard, él sí es un hombre peligroso, ¿crees que estas preparada para jugar con fuego? No, no tienes ni idea, por eso finge, Mae, finge.

A las dos horas, todo había terminado, la cena transcurrió en silencio, solo hablaban tratándose de usted y de trabajo. Ella se paró de la mesa, le dio las buenas noches y se fue hasta su dormitorio.

—Mami ¿Qué hago?

—Día a día, cariño.

—Esto es una tortura, trato de avanzar y doy siempre un paso hacia atrás.

—Hada, eres mi hija, fuerte hasta el final, has atravesado campos de batalla, no te rindas ahora, si lo haces ¿Entonces, qué quedará?

—Nada.

—¡Exacto, mi chica valiente!

Mae se fue hacia su maletín, sacó la cajetilla de cigarrillos y se fumó uno, uno solo, por su deseo de lucha, uno por su deseo de sobrevivir, uno por su autoestima que debía ser rescatada, uno por la rebeldía provocada por aquel hombre Dragón, uno porque sabía que negándose, él la respetaría, un cigarrillo porque en seis meses ella se iría para siempre. Abrió las ventanas de la habitación, la brisa era maravillosa y se llenó de aire marino; en contradicción vital, prendió el cigarrillo, aspiró el humo y celebró ese pequeño pedazo de ella que aún seguía intacto.

Lo que no sabía, era que desde la ventana de al lado, en total oscuridad, había un hombre demente viéndola.

¿Qué vendo? ¿Qué vendo? Mi alma, Mae Baker, mi alma para que, desde tu mundo salvaje, me ames a mí... para que tengas compasión conmigo. Un poco, Marilyn, tan solo un poco de ti para mí. Mírate, fumando, montando en moto, viviendo sola, no necesitas a nadie, a nadie. Desde tu mundo silencioso observas y callas, pero todo lo sabes, ¡todo!, y me lo haces saber, y me dejas en el caos.

A las seis treinta de la mañana, el celular de la chica comenzó a vibrar.

—No la necesito hoy, Baker.

—¿Quiere que me haga cargo de algo en especial?

—No. Usted no es necesaria hoy, tiene el día libre. Disfrute de Río.

Móntate en tu moto, camina sin mi ¿no es eso lo que quieres?

—Gracias, señor —pero él ya había colgado.

Esto no es personal, esto es trabajo y es perfectamente posible que pueda no necesitarte. Estaba dispuesta a ser fuerte, estaba dispuesta a no dejarse vencer, estaba dispuesta a enfrentarse a todo y ganar pero, escuchar la voz de Arden Russell con ese tono distante y melancólico hacia que todas sus defensas se fueran al piso.

Tanto hablar de rebeldía, salvajismo y ella cada vez más, se sentía como un gato acorralado por unos lobos. Tenía miedo de dejar salir su tigre interior, de alzar sus exclusas, de hablar, de escribir, de amar a alguien. Ella amaba a alguien, un hombre bellísimo con instinto de fiera ¿qué sería de Mae Baker si alguna vez ella ofrecía su cuerpo tierno a esa bestia? Seguramente la despedazaría.

«—Mi amor a veces se necesitan soluciones desesperadas, si algo te atemoriza, busca la solución en ti misma, busca no huir, pero a veces es bueno desviar nuestros temores, sal de la casa, camina y deja que la gente te rodee, amigos, música, bailar... bailar, el sol, el viento, todo eso purifica.»

Unos golpes a su puerta la sacaron de la evocación de su madre, abrió y allí estaba Rachel con unos bikinis diminutos que no dejaban nada a la imaginación, Mae se sintió como si fuese la hermanastra idiota y fea que miraba a su hermana, la princesa, que tenía el mundo a sus pies.

—Hola chica.

—Hola —¿un hada? ¿Preciosa? ¡Mis calzones! Rachel y su cuerpo perfecto arrasaron con el buen recuerdo de reina de hielo de la preparatoria.

—Como nuestros jefes nos dejaron tiradas por irse en sus correrías de machos abastecedores, te vengo a invitar a la playa, me dijiste que íbamos a ir ¿recuerdas?

—Sí, pero...

—Pero ¿Qué? trajiste vestido de baño.

—¿Yo, contigo?, no gracias. Tú opacas a una modelo de Sport Illustrated.

—Oh, por favor, Mae ¿no te has mirado al espejo? Eres linda.

—Linda, eso se le dice a la flor que compete con una rosa imperial.

Rachel suspiró impaciente.

—Mis tetas no son reales, mi quijada tampoco, me he pasado haciendo toda mi vida a dieta porque la familia de mi madre me heredó unas caderas capaces de derribar una puerta, odio hacer ejercicio, por eso pago miles de dólares para que me hagan masajes reductores, ya me hice una liposucción y estoy a punto de volver donde el cirujano para que me retoque la nariz, así que no me pongas peros.

Mae sonrió ante la sinceridad de la mujer ¡qué diablos!

—Tengo unos bikinis nuevos, nunca me he puesto nada de eso, y viví en Miami mucho tiempo.

—¿Entonces? ¿Qué esperas? aquí en Río, todos andan medio desnudos, no estamos en Estados Unidos donde todo el mundo es hipócrita y les da miedo ver un pezón, aquí nadie se preocupa de eso, hay playas nudistas, podemos ir sí quieres.

—¡No!

—Vamos, ponte el condenado bikini y suéltate el cabello

A los cinco minutos Mae se escondía en una toalla enorme, estaba avergonzada y a punto de renunciar de tomar el sol en bikinis en la arena carioca.

—¡Quítate eso! No seas tonta.

Marilyn dejó caer la toalla y se tapó la cara en signo divertido de timidez.

—¡Wow!, si yo tuviera un cuerpo como ese andaría desnuda ¿Dónde carajos tenías escondido todo eso?

—Me estás avergonzando.

—No, no soy mujer de decir halagos, soy una envidiosa absoluta, pero chica, esas piernas y ese vientre son de exposición ¿haces ejercicio?

—Un poco.

—Niña, vamos a causar paros cardíacos ¡vamos!

Bajaron a la playa de la Barra, para disfrutar de la mañana, a medida que caminaba por la arena y sentía la aprobación en las miradas, Mae fue adquiriendo confianza, el sol calentaba su piel y se sentía libre, de la misma manera como cuando bailaba. Buscaron una sombrilla, unas reposeras, bebidas refrescantes y se dispusieron a disfrutar de la playa, a las dos horas el sol estaba picante y el agua la llamaba, se paró y corrió como niña pequeña al mar, el agua era más fría de lo que esperaba, pero se sentía deliciosa, tenía una necesidad mágica de ser expiada por Yemanjá, ser leve como una plumilla, ser feliz con aquellas cosas sencillas y bonitas que daba la vida y sacarse todo el lastre que arrastraba en su vida.

Arden volvió al hotel mucho antes de lo previsto, no intentó llamar a Marilyn ella no desea verme ¿para qué coños insisto? Debe estar en la playa. Se quitó la camisa mierda de calor abrió la ventana que daba directamente a la playa, dio un vistazo y volvió dentro por unos prismáticos, no se detuvo hasta que la encontró ¡desnuda! está putamente desnuda delante de todo el puto mundo y le pareció una visión gloriosa, alucinante. Estaba recostada sobre la reposera, con un brazo detrás de su cabeza —cubriendo apenas sus partes íntimas con tres pequeños triángulos de resplandeciente tela blanca—, charlando con Rachel. Como un poseso perverso, ajustó la mira de sus lentes, se acercó a ella, observó todos sus detalles y se sintió en la gloria: su piel perlada con gotitas de sudor cayendo por el valle de sus pechos, cerró los ojos y con la punta de su lengua recorrió el mismo camino sabes a sal y a flores, bajó hacía el triángulo encerrado entre sus piernas y, en su fiebre, dejó su cabeza allí ¡necesito olerte!, soy un animal hambriento...y besó sus muslos... y acarició sus nalgas ¿Por qué no te tengo? Yo, el patético rey de Nueva York, ¿soy muy poca cosa para tí? Volvió a fijar su foco en los pechos creo que explotaría si meto mis manos entre la diminuta tela y juego con tus pezones calientes se movió inquieto, le molestaban sus pantalones esta es la única manera que voy a tenerte, Mae Baker. La imagen salió del foco, alejó los prismáticos y se dio cuenta que se puso de pie, su pene lo hizo lo mismo es una diosa y no es para mí.

Cuerpos, miles pasaron por su vida, pero el de ella le parecía único, lo apreció como de una belleza limpia y clara, que lo llamaba, que lo enloquecía. Bajó la bragueta y como un adolescente que mira la foto de la chica que le gusta, comenzó a acariciarse frenético en busca de una liberación rápida. Como un descarado voyerista se concentró en la figura de la chica, cintura, caderas, muslos; jadeaba agónico, estaba siendo arrasado por su imagen y el orgasmo llegó con la fuerza de mil huracanes. Se vio así mismo derramando su simiente en su vientre plano y un perfecto te amo salió de su boca te amo ¿cómo te lo digo?

Ajena a lo que pasaba en la habitación del sexto piso del hotel, Marilyn jugueteaba con el agua, saltó un par de olas, se dio chapuzón, un par de brazadas y volvió a la arena. Cuando llegó a su tumbona, un moreno atlético y con un minúsculo bañador le ofreció la toalla, era amigo de Rachel, y después, se ofreció a ponerle la crema protectora.

—No te preocupes, es inofensivo y un tipo decente —Rachel argumentó para

que aceptara.

Incómoda, se recostó y permitió que el muchacho le diera masajes con el protector solar, cuando al fin se estaba relajando la sombra de un dragón furioso llegó a su lado, sintió como si una carga brutal de energía llegara sobre ella.

—Baker ¿novio nuevo? usted no termina de sorprenderme, iluso de mí que pensé que para usted, Río era una tortura.

El moreno de inmediato tomó distancia, la chica se sentó, se puso sus gafas para el sol y lo encaró, allí estaba él, compitiendo con el sol de igual a igual, mostrando los músculos de su abdomen ya que tenía la camisa totalmente abierta, su cabello rubio se veía blanco con la luz potente del sol, no llevaba gafas y sus ojos brillaban como dos esmeraldas. «Baker ¿novio nuevo?» Él cree que todas las mujeres somos unas cualquiera. ¡Claro, si así las trata a todas! Pero, no harás que me salga de mis casillas, ¡no señor! Haciendo un esfuerzo, le sonrió —¡Qué sorpresa, jefe! ¿No estaba usted con los socios?

—Sí, Arden, ¿no venían ustedes hasta la tarde?, al menos, eso tenía entendido.

—Imprevistos de mierda.

—¡Vaya, parece que no estamos de buen humor!

Ignorando el comentario ácido de Rachel, se dirigió a su secretaria.

—¿Se va a quedar mucho tiempo aquí?

—Usted me dio el día libre y esta playa es maravillosa.

—Odio la obsesión de mujeres bronceándose, parecen lagartos en un desierto.

—Yo amo el sol —contestó Mae. Aimé, como siempre, hablando por ella— lo que pasa, señor, es que usted ama estar en su fría oficina, eso va bien con su carácter.

Russell la miró con ojos enfurecidos, metió sus manos dentro de los bolsillos del pantalón, se dio media vuelta y con pasos de elefante, se perdió en la playa.

—¡Dios, Mae, que valiente! Nadie ha sido capaz de decirle eso y salir vivo.

Pero la chica no dijo nada, tan solo lo vio alejarse con aquel dejo solitario y despreciativo que él tenía.

Los días siguientes pasaron entre los dos con una frialdad profesional, Mae llamó a su papá y le mandó fotos de lugares turísticos, también habló con Peter, conversaron de todo, pero nada con relación al Todopoderoso, su amigo sabía que ella estaba agonizando a pleno sol.

En la última noche en Río, los hermanos Solomon organizaron una fiesta de despedida en el hotel, Brasil se había impregnado en la piel de Mae con una sensualidad divertida y caliente, lo que le ayudó a soslayar la indiferencia en que el dragón parecía haberla dejado, no hablaba nada personal con ella y prescindía de sus servicios como secretaria cada vez que podía, lo único malo era que Robert Colton, el arquitecto, cada vez que la veía, se comportaba como un cachorrito ansioso que solo buscaba cariño.

—¿Vas a venir? —preguntó Robert.

—No sé.

—Vamos, Marilyn, va a ser divertido, contrataron el show de una escuela de samba.

Arden, desde el lugar en que presidía la última reunión, miraba a Colton con absoluto desprecio, a la chica no le gustó, era la misma mirada que Richard le daba al pobre Larry Wallace —el niño bueno y tierno que pretendía ser su novio en la secundaria—, era intimidante, como si auscultara al más insignificante ratón y le pareció ridículo.

—Está bien, Robert —aceptaba, aceptaba no a Robert, no a Larry, aceptaba el hecho de que no debía mirar hombres peligrosos y literarios como Arden Russell, debía mirar hacia otro lado, chicos simples, agradables, aquellos chicos a los cuales podías presentar a papá y a tus amigos, hombres con los cuales podía tener una relación de flores frescas y palomitas de maíz.

¿Vas a ir a bailar?, eso será mi muerte, ya te vi bailar y fue presenciar un poderoso acto erótico.

Se vistió de manera sencilla, con vaqueros capri, camisa blanca, sin mangas y unas sandalias de amarrar con un gran lazo que se anudaba en sus tobillos. Se puso un cintillo rojo en el cabello, unos largos zarcillos de colores, se miró en el espejo, le gustó su imagen fresca de una chica cualquiera que salía a divertirse. No permitió que Robert la fuera a buscar, ella quería llegar sola al salón.

El show había comenzado cuando llegó al lugar, Colton apareció sonriente con un coctel sin alcohol en su mano y se lo ofreció.

—Toma, te pedí un «Brasil» ¡Te ves preciosa con el cabello suelto!

—Gracias.

Avanzaron por el salón evitando chocar con las espectaculares bailarinas de tocados y espaldares de plumas multicolores que danzaban alegres marchinhas; Rachel, sentada en una mesa al borde de la pista, la saludó alzando una copa, la chica ya estaba media ebria, los socios alemanes de Solomon estaban como locos, perdidos entre el bamboleos de caderas y pechos de las garotas, que semidesnudas batían sus cuerpos en movimientos lujuriosos frente a ellos. Colton trataba de hablarle, pero ella estaba

demasiado ocupada sintiendo la música en su sangre y disfrutando del sonido de los tamtan, repiques, birimbao y guitarrillas.

Se lanzó a bailar a la pista como siempre lo hacía, sin pensar en nada, su cuerpo hablaba por ella, en medio de aquella danza despreocupada, sintió un palpito, se giró atraída por una fuerza extraña y vio al ser demencial que ocupaba sus noches, parecía una estatua viviente que se la comía con los ojos, era magnético y la llamaba. Todo en el aire se conjugaba, los sonidos, los olores, la música, el calor, la noche, la lujuria, la belleza... Brasil, el llamado de la selva... y se movió hacia él al ritmo de la música, bamboleó sus caderas y sus hombros con erótica cadencia y le dio la sonrisa de Lolita nada inocente que solía dar, era tal la cercanía que pudo sentir su aliento celestial sobre ella.

—¿Qué hace, Baker? —su voz era ronca, tenía el corazón en su entrepierna.

—Bailo para usted, señor.

La iba agarrar del brazo para llevarla arrastrando a su habitación y amarla hasta que se le escurriera la médula, pero ella juguetonamente se alejó batiendo su culillo. Entonces, Robert Colton se acercó y la tomó de su cintura de manera tímida.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida, Mae, eres una persona real, es refrescante ver eso en una mujer hoy en día, gracias por aceptar mi invitación, la verdad es que soy malo con las mujeres, siempre sudo como un caballo y me da por tartamudear, además te soy sincero, ese jefe tuyo me intimida, parece que se fuera a devorar a todos con la mirada, es difícil competir con alguien a quien todas llaman un Adonis, yo solo soy un simple mortal.

Las palabras de Robert la sacaron de su trance y la aterrizaron en el mundo real. ¡Dios! estaba coqueteando con ese hombre como si fuera una más de esas mujeres que se mueren por él. Muerta de vergüenza, se giró para verlo, pero él ya no estaba, se había ido.

—Quiero sentarme.

—¿Te sientes mal? ¿Te traigo algo?

—Agua con hielo, por favor.

Apenas el chico le dio la espalda, salió corriendo, buscó un ascensor y lo tomó hasta el sexto piso. No lograba tranquilizarse, al salir del elevador, se quitó el cintillo y desordenó su pelo, estaba por abrir su puerta cuando llegó hasta ella una voz profunda que la dejó congelada.

—No empiece lo que no sabe terminar, Baker.

Ella gritó y él se plantó delante de ella

—No juegue con fuego si no está dispuesta a quemarse —y se estrelló contra su boca de manera desesperada, ella no supo cómo pero aquel beso sin aviso la dejó sin aliento, no tenía fuerzas para alejarlo— ¿Te divertías excitándome como un niño? —y la volvió a atacar— ¿y excitando a todos esos babosos que te miraban? —otro beso, esta vez, más salvaje que el anterior— ¡Colton mañana es hombre muerto!

La tocaba por todas partes, ella no escuchaba nada, la pasión y el deseo la convertían en mantequilla, el beso de Las Vegas no era nada si lo comparaba ¡Dios, necesito respirar! Se zafó de su boca pero, de inmediato le metió dos de sus dedos y ella, instintivamente empezó a chuparlos.

—No puedo esperar tener tu boca en mi polla... y poner mi boca en tu coñito dulce.

¡Santo Purgatorio! que boca más sucia y más maravillosa.

Sacó sus dedos de la boca y se agachó un poco y regó unos pequeños besos en su cuello, en su pecho, en su seno por encima de la camisa, bajo más y beso su vientre, metió las manos por entre la ropa y la apretó duro, provocando en ella un grito de excitación. Metió la lengua en su ombligo e hizo pequeños círculos para después morderla suavemente.

—Arden, me vuelves loca, vuelve aquí, vuelve aquí, tu boca, por favor, por favor —no importaba que estuvieran en pleno pasillo y que las cámaras de seguridad los registraran como animales salvajes en celo. Él se levantó desde su portentosa estatura.

—Hueles tan delicioso.

—No tanto como tú —Mae lo agarró del cabello, arremetió contra su boca y mordió su labio inferior. Un sonido gutural y profundo salió de ella, Arden llevó las manos a su cintura y la elevó.

—Pon tus piernas a mi alrededor —ella le obedeció y el beso violento, alucinante continuó— solo de imaginar moviéndome dentro de ti me está volviendo loco.

—¡Es lo único que quiero!, lo único, tú, tú dentro de mí... llévame a la cama, ya, ¡ya!

Arden la cargó hasta su habitación, con una patada cerró la puerta Gracias a todos los malditos dioses del cielo, la voy a ver desnuda, voy a enterrarme en ella, soy un puto suertudo de mierda.

—Marilyn, necesito tocarte, sentirte, toda... ¡Dios! —la depositó sobre la cama y se quedó mirándola—. Eres tan hermosa que dueles.

—¡Tócame, tócame! si no lo haces, me muero —la sesión de adorarla con la boca empezaba de nuevo, su hermanastra y su ninfa, ninfómanas irremediables, gemían en unísono, su erección la empujaba con violencia

De pronto, voces desde lejos la turbaron.

«Mía, mía, de nadie más.»

«Mosca muerta.»

«Frígida estúpida, no eres mujer para nadie.»

«Él no hace el amor, él asesina con su sexo.»

«Él no ama.»

«Él no quiere amor, destruye, se burla, las mujeres son desechos, basuras.»

«Citas para follar, él juega.»

«Mosca muerta... frígida, estúpida, no eres mujer para nadie.»

Como si le pegaran una fuerte bofetada, ella despertó de aquel sueño alucinante, él intentaba quitarle sus vaqueros no, no, esa es su manera de vengarse, él solo quiere humillarme cuando se dé cuenta que soy virgen se burlara de mí. Con la fuerza de sus manos y lo empujó.

—¡No! ¡Quíteme las manos de encima!

Él se paralizó, respiraba con dificultad, el rostro de ella no era la del segundo anterior, lo miraba de manera fría e indiferente.

—¿Qué?

—Le dije que me quitara las manos de encima, esto es un error, un error.

—¿Cómo el de Las Vegas?

¡Demonios!

—En Las Vegas no pasó nada.

—¿Nada? Me besaste como lo hacías ahora.

—No pasó nada y si pasó fue un estúpido error, yo, yo... no lo amo a usted, es el calor, la bebida. Yo no quiero sus manos encima de mí, ni su boca, ni nada suyo ¡suélteme!

Arden se puso su máscara de hierro, máscara para ocultar su rabia, su decepción y la excitación demoníaca que tenía. Se bajó de ella y la miró con ojos de hielo.

—¡Váyase de mi cuarto, ahora! No se preocupe, entre usted y yo no pasó nada.

—No, no pasó nada —guardó su dolor, era en este momento cuando papá Baker aparecía. Se paró, arregló su cabello y su camiseta, respiró profusamente— vamos señor Russell usted y yo estamos más allá de la vulgaridad y del cliché jefe y secretaria, al menos podemos respetar eso.

—¡Fuera! ¡Váyase! Usted y su lengua de serpiente.

Mae caminó hacia la puerta fingiendo tranquilidad, cuando salió de aquella habitación, ya no tenía por qué fingir, agarró la tarjeta de su habitación y corrió hacia su cama y como siempre el maldito ritual de enterrar su cabeza en la almohada para ahogar su llanto.

Es lo mejor, es lo mejor, es lo mejor; de otra manera, él me mataría, ¡lo haría!

Cuando ella dejó la habitación Arden se daba la cabeza contra la pared de manera literal No te ama, no te ama, ella no siente nada... nada. Llamó a recepción y pidió una botella de whisky y se emborrachó hasta perder los sentidos. Se despertó con un dolor de cabeza terrible, pero el sabor de ella, sus gemidos, el tacto de su cuerpo estaban pegados a él. Cuando lleguemos a Nueva York, Marilyn Baker esto va a terminar, voy a morir de amor por ti, pero no puedo estar cerca, me desgarras el corazón, me absorbes, tú, tú me matas.

Palabras, tan solo palabras, todo se perdía, todo. Las escenas de la noche anterior se repetían en la mente de ambos. Pero estaban agotados, agotados de pelear cada uno con sus fantasmas, con sus miedos, con sus deseos, con sus frustraciones, eran dos combatientes que venían de una larga batalla perdida.

Al día siguiente, en el aeropuerto de Río, ambos ni siquiera se dirigieron la palabra. Ella intentó encontrar un vuelo comercial para su vuelta, pero todos estaban copados, así que se hizo su antiguo moño y volvió ponerse su ropa sin gracia, saber que volvería a estar en el avión con él la tenía mortificada, pero se había resignado y no quería hacerle saber lo importante y decisivo que fue lo que había ocurrido.

Arden tenía el cabello mojado, peinado, con su mechón blanco incluido, perfectamente ordenado hacia atrás, vestía su típico traje oscuro, pero sobre su camisa blanca no llevaba corbata, en ambos, la ropa era la imagen del estado de ánimo que los embargaba, el príncipe y la hermanastra volvían a Nueva York y el sol, y lo que pudo ser, quedaba definitivamente atrás.

El espíritu guerrero de la chica estaba a punto de claudicar, el gesto categórico del dragón —que ella interpretó como «no me mires, no respires, siéntate ahí y calla»— la tenía en las cuerdas. La noche anterior no había pegado un ojo, sentía su cuerpo como si miles de pequeñas agujas lo azuzaran, lo único que quería era llegar a su casa y olvidar. Necesitaba protegerse, retomar fuerzas y el mejor lugar era su pequeña morada llena de sus libros, su pintura, su música y su guitarra, con las fotos de las personas que amaba y con la compañía sobre protectora de su gato.

Mientras tanto, Arden se ahogaba, no quería pensar, no quería sentir, concentraba toda su fuerza en algún punto específico de su cuerpo, y en ese punto, presionaba hasta el dolor. Siempre había sido así, cuando la impotencia lo cegaba, buscaba una especie de sosiego en el dolor físico, por eso eran las peleas y el nadar hasta que no podía dar otra brazada: torturar la materia para poder apagar las voces interiores que lo herían profusamente.

El piloto avisó que salían del espacio aéreo de Brasil y para los dos, de alguna manera fue como si la espada de Damocles cayera sobre sus cabezas.

Muy pronto estaré en casa.

Pronto, Marilyn, pronto te irás de mí.

A las cuatro horas de viaje y en medio de ese silencio agobiante, el pobre cuerpo de Mae no dio para más y cayó en un sueño profundo y pesado. Arden la vio adormecerse, y se sintió liberado, dormida la podía observar mejor, mirarla sin que ella se incomodara y le hiciera el gesto de ausencia de siempre, le daba la libertad para espiarla hasta en los más mínimos detalles. Soy un maldito voyerista de mierda y disfruto de un acto íntimo del ser lejano que amo. Sería lo último, esa era su intención, así que grabó en su memoria el ritmo acompasado de su respiración, la forma sutil en que subía y bajaba su pecho, el latido de su corazón vibrando en la vena de su cuello, la piel reluciente, la pequeña capa de sudor en algunos puntos de su cara, su cabello más claro por la acción del potente sol de la playa, los dedos meñiques libres a pesar de que tenía las manos entrelazadas en la falda.

Se acercó más, quería comprobar si todavía olía a mar y frutas dulces, pero retrocedió preocupado porque ella se retorció y emitió un pequeño quejido, se quedó quieto, ella siguió durmiendo. Minutos más tarde, el cuerpo se le puso rígido, empuñó las manos y los sonidos de su boca se hicieron más claros. Estaba teniendo una pesadilla.

—¡Por favor, no!, no me toques, me haces daño.

¿Con quién demonios está hablando?

—No, no, no, por favor, no, ¡déjame!, ¡déjame! —su voz sonó fuerte y clara.

Dios está sufriendo ¿qué hago? ¿La despierto?

Ella peleaba contra un fantasma, empezó a dar puños al aire y a gritar con todas las fuerzas de su alma.

—¡Socorro, Stuart! ¡Auxilio! ¡Richard, no!

La tomó por los hombros y la sacudió.

—Marilyn ¡despierta!

Pero ella seguía luchando, el sueño era profundo, lágrimas corrían por su

rostro.

—¡Vamos, nena, despierta! —en un acto desesperado la abrazó muy fuerte— ¡mi amor, despierta! yo estoy aquí, ¡despierta!

Abrió los ojos y se quedó mirando el rostro que tenía en frente y mientras trataba de recuperar el ritmo de su respiración, empezó a hacer hipo como niña pequeña.

—Yo, yo... lo siento, en verdad, lo siento.

Parecía una niña después de perderse en el bosque, que solo escuchó el sonido aterrador de las voces de la noche y de las leyendas de brujas, lobos y duendes que lo habitaban. Arden le colocó sus manos sobre sus mejillas.

—Ya pasó. Chiist... ya pasó, tuviste una pesadilla.

Mae suspiraba, trataba de poner palabras en su boca, pero no podía, las imágenes terribles venían a su cabeza. No entendía por qué si en su vida todo iba mejor, volvía su terrorífica pesadilla, se sentía muy lejana a la chica que escapó de Aberdeen, consideraba que teniendo un trabajo importante, que viviendo sola y que estando a punto de titularse, era suficiente para superar su historia con Rocco, pero no, la pesadilla se ponía peor. Miró la cara de Arden, se fijó que su pelo otra vez caía desordenado a la cara y, aunque trató de evitarlo, nuevamente se puso a llorar. Él, en un gesto opuesto al del Señor del Hielo, le tomó el mentón y le besó la frente.

—Ya los monstruos se han ido —besó sus sienes—. Nada te hará daño —besó sus mejillas y tuvo el sabor salino de sus lágrimas—. Todo está bien, yo estoy aquí —besó su mandíbula— chiis, ya se han ido.

Los besos pequeños eran reconfortantes, las palabras tranquilizaban, poco a poco el alma de nuevo vino a su cuerpo. Los labios cálidos en el rostro la llevaron de vuelta a su hogar, con Stuart y Aimé estoy bien, segura, fue una tonta pesadilla pero, la voz, no era la de su padre y aquello no era su hogar; era Él quien la besaba, era Él quien le daba palabras de confort y quien la abrazó hasta la sofocación. Marilyn se tensó y se quedó mirándolo con ojos de desconfianza.

Arden vio su expresión y sintió como si lo hubiesen pillado en algún acto terrible. Se paró al instante y volvió a su expresión de hielo.

—Lo siento, Baker.

—No le di permiso para que me tocara, ya eso quedó muy claro señor.

—No necesita repetirlo.

Se sentó en el sillón, pero al medio segundo, se paró furioso y la encaró.

—¿Por qué con usted todo es tan difícil?

—¿Disculpe, señor?

—Hace que me sienta una mierda ¡siempre!

—No quiero hablar de eso.

—Basta de comportarse como el avestruz, Marilyn.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

—¡No!, ¡no! esta vez no me va a callar con sus frases cortantes y directas.

—¿Qué frases cortantes y directas? Le digo lo que siempre quiero decir, entre usted y yo no hay nada de qué hablar.

—¿Qué ocurrió en Las Vegas?

—Nada.

—Miente.

—No pasó nada.

—¡Miente!

Lo miró directo a los ojos en una actitud desafiante, abrió la boca pero, de inmediato la cerró, bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Lo que usted diga, señor.

Pensó en obligarla a hablar pero, perder el control no estaba en sus formas y se fue a la suite, no salió hasta que la voz del capitán del vuelo anunció el aterrizaje.

Los guardaespaldas de Russell esperaban en la losa, eran cerca de las dos de la tarde pero el día estaba extremadamente oscuro y frío. Los hombres saludaron, pero solo recibieron respuesta de la secretaria. Arden era una pira ardiendo.

—Hay que llevar a la señorita a su casa.

Marilyn tomó su equipaje y no hizo caso a la orden de su jefe, empezó a caminar buscando una salida cuando sintió una mano de hierro que le tomaba el brazo.

—Usted viene conmigo.

—¡No!

—¿Quiere hacer una escena? Por mí no hay problema.

Trató de zafarse, pero él era más fuerte.

—Suba al maldito carro.

Los guardaespaldas estaban acostumbrados a los arranques de humor de su jefe y se hicieron de la vista gorda, dejaron que ella prácticamente fuese arrojada a la parte posterior del lujoso Vanquish. Mae se arrellanó en el asiento y él se sentó a su lado.

—No tiene ningún derecho.

—¿Cómo cree que me convertí en el rey de esta ciudad? —contestó, cínico.

Mae hizo un gesto impaciente y malgeniado.

Lucha lo que quieras, no me importa, pero no te vas a ir sola. Eres capaz de montarte en el maldito metro.

¡Maldito cabrón! ¿Qué se cree? ¿Mi dueño?

—¿Usted cree que todo debe girar a su alrededor? No soporta ver que algo no esté bajo su control, la palabra no, no existe para usted.

De una manera violenta se lanzó hacia ella, casi a milímetros de su cara.

—Usted no sabe nada de mí.

—Y le aseguro, señor, que no me interesa en lo más mínimo.

De la misma manera como se acercó a ella, se alejó, el resto del trayecto se la pasaron en silencio como dos seres en orillas diferentes. Cuando llegaron a su casa, no esperó que el vehículo detuviera totalmente, tomó sus bolsos y se bajó de forma casi peligrosa, ni siquiera se despidió. Subió rápidamente a su apartamento, abrió la puerta y allí dentro de la seguridad de su casa, gritó de rabia, de frustración, todos los mantras guerreros de su padre y las mil rebeldías de su madre estaban contenidas en ese grito. La hermanastra tenía los guantes de boxeo y quería golpear a cualquiera.

Arden era un animal en caza, se fue a su apartamento, inmediatamente se quitó lo que tenía puesto, se duchó rápido y se cambió de ropa, todo vestido de negro, se colocó un abrigo y sus guantes. Cuando Rosario lo vio casi salta de susto, el hombre tenía el aspecto de un ángel vengador.

—Señor ¿Cuándo llegó?

—Hace una hora, adiós.

—¿Se va?, pero...

La dejó con la palabra en la boca, bajó corriendo por las escaleras, debía botar todas sus energías porque si no, terminaría matando a alguien, eligió

uno de sus autos y se lanzó a pleno en la autopista. En menos de diez minutos llegó a la casa de Marilyn Baker, subió como alma que lleva el diablo y con furia, golpeó la puerta.

Marilyn saltó frente a la fuerza de los golpes, se aprestaba llamar a Peter para que le trajera su mascota pero, cuando volvió a escuchar los golpes violentos, fue hacía la puerta abrió sin sacar las cadenas de seguridad, casi se desmaya cuando lo primero que vio fueron aquellos ojos verdes jade de largas pestañas que la miraban de manera oscura y fiera.

—¡Abra la puerta!

—¿Qué hace aquí?

—¡Abra la puerta!

—Usted no me puede obligar.

—¿Qué, Mae? ¿Me vas a demandar por violación de morada?

Ella lo sabía, él era el poder, todo lo arrasaba, nada se le negaba, pero su espíritu guerrero estaba de vuelta; ella, su ninfa y su hermanastra loca tenían los guantes puestos. ¡Dale, Bombón!... ¡en esta esquina...! La madre le daba ánimos.

Abrió la puerta e inmediatamente se alejó unos metros y liberó la entrada.

¡Demonios! ¿Y esa ropa que tiene?

Round 1

—¿Qué pasó en Las Vegas? ¿Qué pasó en Brasil?

—Lo que usted sabe.

—¿Entonces, no lo niegas?

—No, ya no tiene caso.

—¡Tú!, tú, ser infernal, me besas y luego actúas como si nada.

Round 2

—¿Qué quiere que diga, señor?

—Arden, ese es mi nombre —voló hacia ella con instinto asesino, Mae sintió su aliento en la cara y eso la hizo flaquear un poco no, no, no, no.

—¿Qué? Usted, usted, viene a mi casa como si tuviera derecho, como si algo importante ocurriera entre nosotros dos, como si fuera mi dueño, ¡vamos, Russell! ¿Acaso ninguna mujer le ha dicho que no? ¿No? Obsérveme, yo le

digo que no.

—¿Y el beso?

—¡Dios! deje de actuar como niña adolescente, no son mis besos lo que lo tienen así, es mi negativa hacia usted lo que lo tiene loco.

—Eso no es verdad.

Round 3

—Arden Russell el Todopoderoso Señor de Hielo, durante tres años he trabajado para usted, todos le temen, a todos intimida, y ¿yo? una insignificante secretaria, lo resistía. La primera vez que lo vi fue en el ascensor del personal que llega hasta el piso quince, y fue tan arrogante que ni siquiera supo que yo estaba en el cubículo ¡Y no había nadie más! A su lado, yo solo era un maldito espacio vacío. Cuando llegué a su oficina, ese primer día, fue infernal, y solo se burló de mí, yo estaba tan asustada pero, eso le gusta ¿no es así? La pobre Rebecca vive aterrada y ella calla porque necesita el trabajo, Hillary no es el mejor ser humano del mundo, pero usted se regodea haciéndola sentir una idiota ¡toda su familia vive a su alrededor y usted no los aprecia! cuando pasó lo de su hermano Henry, yo pensé que había algo rescatable, pero no.

—Eso no tiene nada que ver con lo que pasa entre nosotros dos.

El ascensor, daría mi maldita alma para retroceder a ese día y empezar de nuevo

—¡Todo tiene que ver!, ¡todo!

Round 4

—Si hubiese sido un poquito más humano, más cálido, más amable, yo... ¡yo hubiera sido suya en Las Vegas! y... y ¡tan solo por agradecimiento! —la furia de la chica aturdía su lógica—. Ese día estaba tan borracho que ni siquiera me reconocí, para usted yo era una de esas mujeres con las que se acuesta —las palabras brotaban anárquicas y sin censura—. Su sonrisa coqueta, su cabello, sus ojos, son su carnada ¡todo está ahí para lastimar!... usted es una máquina, no siente nada.

—¿Cómo se atreve a juzgarme? No sabe nada.

—¿Qué tengo que saber, Señor del Dolor? —le escupió esas palabras con fuego.

Arden Russell bajó la cabeza, respiró profundo y la miró de manera oscura, la maldita frase lo dejó helado, tensó su mentón y habló.

—¡Qué fácil le resulta juzgar!, y con esa lengua inteligente que usted tiene, nada queda fuera de su alcance —ironizó—. Entérate bien, niña súper

inteligente, tú solo ves la fachada, pero nada más —se apoyó en los talones y alzó su porte mucho más todavía—. Lo que pasó en Las Vegas fue real para mí, por primera vez en muchos años me sentí comunicado con alguien, estaba borracho pero, tengo destellos de aquella conversación y sé que solo fuimos usted y yo, Keith y Celine ¿se acuerda? no con mi dinero, ni mi poder, y con todo el circo que me rodea, solo yo —retrocedió un poco y volvió a la carga—. El día que sucedió lo de mi hermano, me trajo aquí, estuve sentado en esta mesa y todo fue verdadero. Y, lo de Brasil, casi me enloquece —hizo una pausa y respiró profundo—. Yo... yo debí, tuve que haber sido ser mejor tan solo para que usted llegara a mi vida, pero... pero, el infierno arde dentro de mí y no sé cómo comportarme. Yo solo golpeo y pido explicaciones después.

—¿Para qué me da explicaciones cuando ya ha matado todo lo que alguna vez pude sentir por usted?

—¿Sintió algo por mí, Marilyn?

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—La tiene toda.

Ella era Mohamed Alí dispuesta a ir hasta el final

—Usted era el príncipe azul de mis cuentos, todo, todo, lo que yo deseaba de niña usted lo encarnaba, hasta su nombre era perfecto, pero con una mirada, una sola, me di cuenta que usted es el monstruo de la historia. Lo que siente por mí, o lo que cree sentir por mí es deseo de control, yo, yo «Merlina Adams» bajé el telón de su castillo, no estoy bajo su influjo y me rebelo —levantó su mentón y echó hacia atrás sus hombros—. Russell, míreme, míreme bien, ese beso en Las Vegas fue mucho más para mí, yo quería saber si todavía creía en los cuentos de hadas, quería saber si todos esos libros que me he pasado leyendo toda mi vida podían ser reales para mí, pero ¿sabe?, ¡me rebelé! descubrí que ya no me interesaba. Lo de ayer, en Brasil, fue mi terquedad, mi deslumbramiento por esa historia de finales felices y una estúpida negación de toda esa historia del Señor del Dolor: citas para follar, mujeres alucinadas con usted, flores como condolencias, autos lujosos como recompensas por el silencio, joyas como premios de consolación y ¿qué queda después? Comentarios a oscuras, mujeres en los baños hablando de usted y de cómo las lastima, especulaciones, mujeres esperándolo en hoteles de mala muerte. Mujeres, que a pesar de saber lo que les espera, aún sueñan con usted y con que al final su corazón muerto, reviva.

—¡Cállese! —finalmente, todo su pasado de animal carroñero se le presentaba en la boca de ella ¿qué podía decir?, nada lo redimía— ya ha dicho suficiente, parece que usted lo sabe todo, se presenta ante mí como un ángel vengador.

La voz de una de sus amantes resonaba en su cabeza «vas a ver como la justicia kármica se hace cargo de ti: amarás y te odiarán, y no podrás lastimarla, porque ella estará más allá de tú poder»

—Usted está más allá del remordimiento, Señor Russell, yo solo soy una insignificante secretaria.

Lo eres todo, todo, todo, todo, pero no tengo redención, no tengo derecho, toda mi maldita vida se resumen en este día, Chanice, mi madre, Cameron, Faith.

Mae estaba helada como un cadáver.

¡Dios! ¡Dios!, ¿cómo fui capaz de decir todo eso? Tengo miedo de ti, simple terror, mi maldita lengua voraz, mi maldita lengua fue capaz de mentirle y no demostrar nada ¿a qué viniste? ¿A lastimarme? ¿Necesitas saber por qué no me controlas? Ese te asusta; yo, esta hormiga, se atreve a rebelarse ante ti, me aterra comprobar, Arden Russell, que quizás esa fue la única manera para que me miraras desde tu torre.

—Mañana tendrá mi carta de renuncia.

Él se disponía a irse, volteó y la miró, para después ver un punto fijo.

—No, quédese hasta junio, le aseguro que le hablaré solo lo estrictamente necesario, necesito que entrene a Rebecca, la comunicación será por canales oficiales, no volverá a viajar conmigo, cuando entre a mi oficina lo hará con Hillary o con la misma Becca. Quiero que se vaya sin ningún rumor, usted debe irse como lo que fue una gran secretaria, alguien digno de confianza, trabajadora, sin mancha; todos sabrán que se irá porque mi empresa no le brinda las expectativas que usted tenía. Eso será todo, señorita Baker.

Hubo un silencio que para los dos fue casi una eternidad.

—Sí, señor.

Round 6

Antes de irse Arden se volvió hacia ella, se acercó a su rostro y la miró con ojos de niño solitario, ojos con los que la besó desde la punta de los pies hasta la cabeza, de manera absoluta y total.

—Marilyn Baker, mi corazón estaba muerto hasta que tú llegaste a mi vida.

Y sin decir adiós, Arden Russell desapareció tras de su puerta.

Knock-out

La pelea terminó y ella quedó tendida en la lona, temblando, escuchando el eco de las últimas palabras que le dijo, golpe bajo, golpe terrible, golpe traidor ¿qué haría ella?, lo de siempre: levantarse y sobrevivir después de escuchar aquellas determinantes palabras «mi corazón estaba muerto hasta que tú llegaste a mi vida»

Arden Russell, excelente jugador. Sí, él sabía. Golpe bajo, golpe terrible,

golpe traidor.

Llegó a su apartamento, era un hombre derrotado; cada una de las palabras de Marilyn se le habían quedado en la mente como si hubiesen sido cinceladas, cada una de ellas lo atormentaba, pues cada una hablaba de un hombre que había tomado decisiones equivocadas en su vida, un hombre que se lanzó al mundo para destruirlo, para acabarlo y que nunca pensó en las consecuencias que sus acciones traerían a su vida. Su personalidad arrogante, indiferente y cruel lo llevó un día a un ascensor donde ella lo estaba esperando y simplemente no la reconoció ¿Qué habría hecho aquel día? La respuesta era sencilla y demente, la hubiese tomado y no la habría dejado ir nunca, la habría encerrado en un lugar donde solo él pudiera tenerla, mirarla, disfrutarla, habría peleado hasta con el sol por atreverse a tocarla. Pero su maldita ceguera, su necesidad compulsiva de que nadie lo tocara hizo que la ignorara. Todas las mujeres de su vida, incluida Chanice, habían sido meros instrumentos de lujuria, placer, poder y, hasta de rabia; con ninguna de ellas había sentido la necesidad de posesión absoluta que tenía con ella. Mae era un enigma que se le resistía en todo.

En su frenesí post pelea creyó que el mismo día en que ella puso un pie en su oficina comenzó la rebelión, que con su putamente inteligente cerebro descubrió que al negarse, el mundo de control del que se ufana se iría al carajo. Ella daba un « ¡No!» como respuesta y de él quedaba nada; si hubiese sido otra mujer no le hubiese importado su indiferencia, es más hasta hubiese dado gracias por no hacerle perder el tiempo pero, era ella... ella decía que no y le restregaba su libertad.

Se devanaba los sesos tratando de encontrar la manera de revertir la situación; podría explicar todo, decirle cómo había sido su vida antes de ella, cómo había pasado de ser un niño dulce a ser un gigante enojado y cruel, quizás ella tendría compasión pero, no, él no era hombre que aceptaba la caridad. Arden quería deseo, quería un sí dado con la boca, con el cuerpo, con el alma, deseaba su libertad, esa libertad de amarlo a pesar de todo porque sentía que él ya la amaba así; era un bruto muy estructurado y sin corazón y ella era su caos, su fuego, su latido.

Cada una de sus amantes fue el recorrido hacia su propia destrucción, y hacia ella. Marilyn Baker se le presentaba como el no premio que había al otro lado de la meta, el presagio anunciado de manera metódica por cada una de esas mujeres que amaron y que no fueron amadas. Él, que con ninguna se permitió ternura porque con ella la desearía, que con ninguna se permitió conversación porque con ella las tendría, que con ninguna se permitió intimidad porque ella se la daría, ahora se estrellaba contra una chica diez años menor y veinte centímetros más baja que le gritaba en su cara el más gigante y rotundo no; era la ley del caos, del karma, de la estúpida retribución, del sembrar y el cosechar que se aplicó en él como un castigo justo y ejemplificador.

Como esas figuras trágicas de una clásica novela rusa –auto flagelándose con el hecho de no volver hacia lo que amaba y donde lo amaban–, subió hasta el tercer nivel de su departamento y se encerró en el cuarto al que nunca dejaba que nadie entrara, fue hasta el último estante en el que guardaba sus discos y

se quedó mirando el rincón más secreto de su secreto espacio: la esquina donde estaban una cómoda y una cuna blanca con un cobertor de conejitos azules, abrió un cajón del mueble y sacó unos escaarpines rosa, los volvió a su lugar de inmediato, abrió otro cajón y sacó unas fotos y se puso a mirarlas: Chanice cuando aún no era una drogadicta sin remedio, Dante, su mejor amigo, aquel día en que fueron al concierto de Green Day, Tara, su madre, cuando tenía quince años y no era esa arma de destrucción masiva, Faith, durmiendo en la incubadora, Rondha, su maestra y él, vestido como un niño bueno, cuando tuvo su audición en Julliard. Dejó las fotos en el cajón, tomó su billetera, buscó la foto de Mae y la puso ahí, se quedaría junto a las otras, como recuerdo de esas cosas que jamás fueron, y como pieza final a su patética vida.

Se fue hasta el ventanal y abrió las persianas, afuera, la azotea y las luces de la ciudad, giró y fue hasta su cello —un costoso Wyss que le dio su padre en el cumpleaños número trece—, lo sacó de su funda y se quedó mirándolo, hacía años que no lo tocaba, acarició el cuerpo del instrumento, pulsó las rudas cuerdas, estaba desafinado, buscó una silla y se sentó, abrazó el instrumento, algo se fracturó dentro de él, el cello era parte de su piel y cuando lo dejó de tocar fue como si lo hubiesen desollado. Cerró los ojos y se quedó unos minutos tratando de recordar como afinarlo, Rondha vino a su mente «Las palabras son hermosas, los poetas tratan de encontrar el punto clave para poder expresar sentimientos, pero la música es el verdadero lenguaje, no hay nada que lo iguale, todo, todo es expresado por la música, amor, pasión, rabia, dolor, melancolía, toca y sabrás la manera como se expresa el alma.»

Y fue así como las notas fueron saliendo y a su alma llegó “El Cant dels Ocells” y empezó a tocar, allí estaba expresado todo, la muerte de su esperanza.

El día comenzó como siempre, Mae llegó a las siete de la mañana, hacía meses que estaba despidiéndose, pero aquel día se hizo oficial, ya estaba a portas de irse para siempre de aquel lugar. No había dormido bien, las palabras martillaban en su cabeza «mi corazón estaba muerto hasta que tú llegaste a mi vida» ¿Y si ella se había equivocado? ¿Si ella se había precipitado a condenarlo? Juzgar a todos por las meras apariencias ¿si ella era como esas personas que cazaron brujas? Pensó en una de sus heroínas, Elizabeth Bennet de Orgullo y Prejuicio, ella juzgó mal al señor Darcy, siempre lo criticó, para ella fue más importante lo que se decía de él que conocerlo en verdad, no permitió una conversación o una explicación, simplemente odió su ser frío y orgulloso, no fue hasta la carta cuando el mundo de aquel hombre se abrió para ella.

¡No! Arden no es Darcy; si, no lo era. ¡Basta ya! y deja de comparar tu vida con una novela, esta es la vida real.

Se sentó en su escritorio y comenzó el día, a los minutos llegaron sus dos compañeras de trabajo.

—¿Cómo te fue en Brasil?

—Bien.

—¿Hace mucho calor?

—Sí.

—¡Qué envidia, Mae! me hubiera gustado ir —Rebecca preguntaba de manera despreocupada, sin entender el hecho de que Mae no quería hablar de eso.

A las nueve, llegó. Su expresión era indefinible, pero su olor resultó más narcótico que nunca, desde que lo tuvo tan cerca todo en él se había potenciado al millón.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —su contestación fue monocorde y apática— Baker, Rebecca vengán a mi oficina, hay que coordinar el trato con Firesdrone.

—Sí, señor —Rebecca frunció el ceño, lo bueno de no ser secretaria asistente de Arden Russell era que no tenía que verle la cara sino tres o cuatro veces al día, él casi nunca la llamaba a la oficina y ¿ahora?

—¿Café, señor?

—No.

Aquel no fue el comienzo de la nueva rutina entre Arden y Mae. No se hablaban sino cuando había un tercero y esas eran conversaciones cortantes y vacías, no se miraban a los ojos, nunca estaban a solas en la oficina.

Dos días después, algo extraordinario ocurrió en el piso de presidencia: sacaron el cello blanco, eléctrico, y lo reemplazaron por uno tradicional de brillante color caoba, Marilyn trató de no mostrar curiosidad pero cuando entró con Hillary y Becca a ver la orden del día, lo observó a hurtadillas, el instrumento estaba en una esquina de la impersonal oficina y su presencia imponente —como su dueño— llenó el espacio. Un viernes en la noche antes de que las tres secretarías terminaran sus labores, el sonido oscuro del cello vibró en el aire del último piso, las chicas saltaron ante el sonido ronco y profundo que venía desde la oficina presidencial. Rebecca caminó en puntas y puso su oreja en la puerta —¿Es él?

Si, era él, Marilyn apretó los puños y trató de no llorar, la música era hermosa, venía desde el centro mismo de un huracán y se adentraba en su sangre. Arden Keith Russell tocaba. Tocaba para ella.

Frente a la familia, Arden ni siquiera intentaba interactuar de manera cordial, tocaba el cello, sí, pero se había vuelto mucho más silencioso y oscuro. Su padre intentaba hablar con él, pero como siempre la contestación era seca o sarcástica, trató de averiguar con Mae, pero tampoco obtuvo respuestas. La certeza de que algo ocurría la obtuvo el día en que, estando en la oficina con

su hijo, vio como llamó a Hillary para darle una orden.

—¿Y la señorita Baker? —preguntó apenas quedaron solos.

—No preguntes.

El patriarca entendió que la chica terminaba su ciclo en Russell Corp. y optaba por su profesión, que la apatía por el trabajo y por su muchacho era más fuerte que cualquiera compensación económica que la empresa podía ofrecerle y trató de consolarlo.

—Es hora de que ella se vaya, Arden.

—¿Temes un crimen pasional?

—Deja la ironía, yo solo me preocupo por ti.

—Demasiado tarde.

—Ella te lastima.

—Es mi puto problema.

—¿Qué será de ti?

—Nada, todo seguirá igual.

—O, peor.

—¿Y qué? sobreviví un día, puedo sobrevivir de nuevo.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? Yo puedo volver por unos meses, Henry, Mathew están preparados para ayudarme.

—¡El gran y piadoso Cameron al rescate! —hizo una mueca como risa—. Dejemos esta idiota conversación, no soy un niño ni un cretino que muere de amor. Si tiene que irse, que se vaya y todo volverá al mismo punto. Fin de la historia.

Pero Cameron sabía que eso no era verdad, el temperamento de su hijo era extremo, no moriría de amor, pero se congelaría como un cadáver.

Mientras tanto, ella se hundía en su tesis, trataba y trataba de sacarla adelante, pero estaba atascada. Se sentaba durante horas y ni una sola palabra salía. Peter trataba de distraerla, pero siempre se negaba.

—¿Qué pasó en Brasil?

—No pasó nada, escasamente hablamos.

—No te creo.

—Créelo, apenas hablamos —ella le sonrió para tranquilizarlo, si podía mentirle a Stuart que era el ser más intuitivo del mundo, podía mentirle a cualquiera, incluso al Señor de la Torre y a su amigo.

El deseo de viajar de Rebecca se cumplía, iría de viaje de trabajo a Europa. Desde que su jefe volvió de Brasil estuvo trabajando codo a codo con él y cada vez le tenía menos miedo, Baker era buena maestra. Su madre ya estaba mejor y su novio Craig estaría pendiente de ella mientras el viaje durara.

—El jet saldrá a las siete de la tarde. Matt, por seguridad, ordenó la reserva en un hotel boutique de las afueras, hay helipuerto así que no habrá problemas de desplazamiento. Rebecca tiene una carpeta con todos los datos del lugar y el itinerario. Me permití poner dos paquetes de regalos, un guante de béisbol autografiado para el hijo de Thorton —cuando estuvo aquí el niño, escuché que lo pidió pero el padre no pudo conseguirlo— y una edición de lujo de “Tom Sawyer” para la señora madre de Van der Leben, ella adora a Mark Twain —era la primera vez que en un mes estaba solos en la oficina, él no quitaba la vista de su ordenador y ella entregaba la información en forma monótona— le expliqué todo a Rebecca, ella sabrá cómo proceder en estos dos casos.

—Gracias, Baker.

—¿Ya ha pensado en ella como su asistente, señor?

—Sí, cuando regrese del viaje, lo haremos efectivo.

—Muy bien.

Silencio agobiante.

—Si no tiene nada más que decir, se puede retirar.

—Buen viaje, señor.

No le contestó, giró su sillón y miró la ventana, ella se quedó un segundo esperando la respuesta, pero al ver que le dio la espalda, salió de la oficina con la certeza de que en una semana más abandonaría Russell Corp. y que a él lo sacaría de su vida.

¡Dime algo!, quiero hablar contigo, aunque sea discutiendo, quiero que tomes mi café, que vuelvas a decirme lo que me dijiste esa noche. La hermanastra puso tierra a su angustia con una lapidaria sentencia: hasta en los cuentos de hadas, los príncipes son para las otras.

Llegó a su departamento agotada y con una sensación de derrota que no conocía, tomó un té y se acostó. Su lado ninfa no aceptaba el fracaso, ella quería seguir soñando con que el dragón príncipe si era para ella por lo que se sobrepuso a la hermanastra y con coqueta malicia, se metió en la cama y se quedó a la espera.

—¡Más!, ¡más, por favor!, por favor, por favor.

Una sensación cálida y húmeda la empezó a recorrer desde su cuello.

—¡Dios! amo tu lengua recorriéndome por todas partes.

Y la recorría, su respiración se detenía por cada centímetro hasta volverla loca para de nuevo volverla a atacar. Aquella lengua juguetona serpenteaba de manera lujuriosa.

—Nena, me gusta el sabor de tu sudor, pero esto me gusta más ¡oh Dios! — sintió la intromisión de una de sus manos en su sexo— aquí, aquí, este es mi alimento, dulce, dulce, dulce—movía dos de sus dedos con el mismo ritmo que su lengua, el movimiento continuaba y ella golpeaba con su cabeza la almohada, el placer era sofocante— estás tan mojada para mí —los dedos enloquecieron, gritó.

—¡Esto es fantástico!

—¿Te gusta, mi amor?

—¡Lo adoro!

—¡Soy una roca!, estoy duro como una roca solo por ti.

Su lengua empezó a bajar lentamente para después volverse a detener en su ombligo, sintió la punta de ella allí deteniéndose enloquecedoramente para luego continuar en círculos una y otra vez.

—¡Por favor!, ¡por favor!

—¿Por favor qué, nena? —su mano atacó con furia su clítoris y ella se arqueó como posesa.

—¡Quiero!... quiero...

—No, no, mi dulce bebé, grita para mí, ruégame y estaré satisfecho.

—Yo quiero, yo quiero...

Con las manos, le separó sus piernas y la lengua avariciosa se instaló donde antes habían estado sus dedos.

—Coñito dulce, delicioso, mío ¡mírame, Baker!, mírame como te devoro entera.

—¡Señor! ...¡oh, sí! sí, sí, me gusta, me gusta mucho, ¡tu lengua es mía!

—Toda tuya, nena, solo tuya—el clímax se acercaba.

—Espacio, ángel, que me matas. ¡No!, no así, yo quiero... ¡Dios!

—¡Grítalo, Baker! ¡Vamos!

—¡Yo quiero ser tuya!

—¿Qué cosa? No te entiendo.

—¡Quiero ser tuya!

—¡Más fuerte y con todas sus letras!

Sintió como él la mordía, el rumor de su risa perversa en la entrada de su sexo la enloqueció

—¡Arden Russell, quiero que me penetres hasta que olvide mi nombre!

En ese momento dejó de mover su lengua demente, llegó a su boca y, la mordió con fuerza.

—No tenías por qué gritar Baker, soy tu esclavo

El eco de una risa ronca y lujuriosa en su memoria la despertó agitada.

El pelo excesivamente corto de Mathew dejaba ver una pequeña cicatriz en la nuca, estaba inclinado revisando el último párrafo de un memo en el escritorio de Marilyn y solo por eso, ella se dio cuenta.

—Marilyn, estos ingenieros recién egresados son muy pegados al dogma, si no explicas punto por punto lo que queremos, perderemos dinero. Agrégale especificaciones y después me lo llevas para la última revisada.

—Muy bien, de inmediato.

—Hilary, te vas a caer en esos zapatos, eres una secretaria, no una drag queen en carnaval.

—¡Por favor, Matt, que jefe insoportable te vuelves! haces que desee al innombrable de vuelta.

—¡Madura, mujer! Ya no eres la niña que correteabas por el campo con mi hermana.

—No es cuestión de madurez, es de estilo.

A las diez de la mañana, Cameron Russell llamó a Mae preguntando a qué hora venía su hijo, ella le informó que estaría en Nueva York a eso de las cinco de la tarde.

Medio día, otra llamada de Cameron.

—Marilyn ¿sabe qué pasó con el celular de mi hijo? Llamo y llamo y no contesta y la secretaria, tampoco.

—Lo más probable, señor, es que hayan desconectado los teléfonos. A él no le gusta que lo llamen durante el vuelo.

—Bueno, esperaré a que llegue.

Las cinco de la tarde y la chica todavía estaba sentada en su escritorio, se había impuesto tener listos todos los documentos para entregarle sus responsabilidades al jefe apenas lo viera instalado en su oficina.

—¿Todavía aquí? —Matt había salido de la oficina con un tazón en la mano.

—Termino esto y me voy, ¿necesitas algo?

—Café, ¿queda?

—Dame, yo te lo preparo.

—Eres muy amable, Marilyn, y una excelente secretaria.

Iba a responder cuando el teléfono sonó.

—¿Está Arden ahí, Marilyn? Son las seis y todavía no llega a casa.

—Quizás la negociación se complicó, señor, y eso debió atrasar el viaje.

—Sí, tienes razón. Vete a descansar, linda.

—Sí, señor, buenas tardes.

—¡Espera un minuto! mi esposa te manda saludos, quiere invitarte a almorzar mañana. Marilyn, debes aceptar, ella quiere darte las gracias por todo este tiempo en que cuidaste a Arden.

Ya se lo dijo.

—Bueno, señor, dígame que acepto.

—Desde ya te advierto que tratará de convencerte para que te quedes.

—Eso es imposible, estoy en proceso de tesis y debo preocuparme por mi práctica.

—Es terrible, Mae —el tono de Cameron Russell en esta frase la dejó inquieta.

—Es la vida, señor.

—Tú y Susy son irremplazables, mi hijo lo sabe.

—Nadie es irremplazable.

—Pero, hay gente que es indispensable en el corazón de las personas.

Se fue a su casa, debía mandarle un correo a su maestro sobre los libros que estaba consultando, además debía ponerse al día con unas lecturas, por eso desconectó su celular y su teléfono, empezó a leer, a eso de las tres de la mañana se levantó sobresaltada, se había quedado dormida sobre la mesa y había soñado con Aimé montada en el Camaro de Trevor. Su corazón era un caballo al galope, en la pesadilla, su madre estaba sonriente, con un viejo sombrero tejano sobre su cabeza y agitaba la mano «yo te llamo, bebé, mañana estaremos en Detroit y cuando vengas tú y yo nos iremos a la playa, será divertido». Esas fueron las últimas palabras que le escuchó a su mamá por teléfono, dos días antes del accidente la había llamado para contarle sobre el viaje; la nostalgia de aquellas palabras la desgarraban, su madre y la imposibilidad de ir con ella a la playa, su mamá no la vio graduarse, no la vio convertirse en una mujer y nunca la vería recibir su título en la universidad.

Cuando entró al edificio, el portero la miró de forma muy extraña pero no dijo nada y cuando llegó a su oficina, se sorprendió al no ver Rebecca y si a Hillary que lucía extremadamente nerviosa.

—¿Qué pasa, Hillary?

La cara de la chica le dio pánico, un golpe imaginario llegó a su pecho dejándola sin aire.

—Mae ¿no has visto las noticias?

—No —le temblaba la barbilla.

Hillary empezó a llorar.

—Un avión de pasajeros Paris - Nueva York, con doscientos sesenta pasajeros se estrelló en el mar esta madrugada.

Marilyn no captaba, solo sentía el estupor de una gran tragedia.

—¿Y por qué lloras?

—¡Dios! Arden y Rebecca están en el listado de pasajeros.

De pronto el mundo se detuvo y se volvió oscuro y aquel golpe que sintió en su pecho se convirtió en una garra que sin piedad le destrozó el corazón.

—Eso no es posible, ellos viajaron en el avión de la compañía —articuló temblando.

—No sé, Marilyn, nadie sabe nada, el piloto del avión de la compañía está aún

en Francia, parece que tuvo un desperfecto y no despegó, y tú conoces a Arden, no tiene paciencia para esperar. Toda la familia está en la oficina, están destrozados, los medios de comunicación están como locos, en minutos todo esto será un hervidero de periodistas...

La chica veía como su compañera de trabajo movía la boca, pero no escuchaba lo que decía. ¡No! Rebecca y él, no podía ser, él era inmortal, él era Todopoderoso ¡Dios mío! Mi corazón estaba muerto hasta que tú llegaste a mi vida ¡Por favor no! ¡Por favor no! Yo debí estar con él, yo... yo debí morir con él.

Sin medir las consecuencias, abrió la puerta de la oficina y atrajo todas las miradas, el cuadro era desolador, toda la familia Russell estaba allí, Jacqueline y Ashley lloraban como dos niñas pequeñas, mientras Bianca trataba de consolarlas, Henry, con una expresión de aturdimiento terrible, estaba junto a su padre. Todo su dolor se lo tragó como una hiel espesa que contenía miles de agujas que le rastrillaban la garganta ¿quién era ella para demostrar dolor frente a toda la familia? Ella no era nadie, apenas una extraña a quien le pagaban un sueldo para desempeñar un trabajo ¿Qué era ella? Nada.

Jacqueline se abalanzó en sus brazos y lloraba.

—Mi hijo, mi niño está muerto, Mae.

Marilyn no sabía qué hacer, tenía miedo de abrazarla, un toque íntimo y ella se desmoronaría como un pompón de azúcar.

—No. No entiendo, el avión... yo... yo

Cameron la miraba, no debía estar furioso con ella, pero lo estaba, le atormentaba que su hijo quizás hubiese muerto con la amargura del desamor en su corazón.

—Hace quince minutos hablé con Michael, es nuestro piloto más capacitado, me explicó hubo problema con el avión, que Arden no quiso esperar hasta que se solucionara, que lo obligó a conseguirle dos asientos en el primer un vuelo comercial. No quiso arrendar otro avión porque eso significaba una espera de tres horas más y él quería llegar pronto —el padre de familia hablaba lentamente, con un dolor controlado— el avión hizo escala en Lisboa y a la hora de despegar se perdieron todas las señales ¡Dios! en el Atlántico.

—Apenas supimos la noticia, Mathew voló hasta las Azores en un avión militar —Ashley estaba deshecha—. Mae, ¿podrías prender tu celular y revisar si tienes alguna llamada de mi hermano o de Becca?

—Sí, por supuesto.

Las manos de la chica tiritaban, difícilmente podía sostener el celular y menos, encenderlo. Henry le ayudó.

—Hay llamadas de todos nosotros, pero ninguna de Arden ni de Rebecca.

Jackie sollozó y rompió de nuevo en llanto, Cameron la abrazó.

—Calma, cariño, nuestro chico es fuerte, quizás están en una balsa, o nadaron hasta la costa de una de las islas —se lo decía más para él que para alguien de su familia.

—La madre de Rebecca ¿Alguien le ha informado ya? —la secretaria controlaba el temblor de su voz.

—Yo —dijo Henry— hablé con el novio de la chica, está con ella.

Se sentía impotente, aterrada, sentía que su cuerpo estaba siendo torturado lentamente y que era incapaz de coordinar el pensamiento con sus palabras.

Debí estar con él, debí apretarle su mano ¡nunca debí gritarle! Debí decirle que sí... ¡dame fuerzas, Señor!

¿Y si voy a buscarlo?... ¿Cómo se verá su rostro sin vida? su rostro bello, ¿y, sus manos?, ¿cómo habrán quedado sus hermosas manos?

Quiero gritar, quiero gritar, quiero gritar hasta que se me escape el alma y morir.

—¿Por qué no llamaron a Monsieur Dassault? Él les habría pasado de inmediato un jet y... —cerró la boca, tomó aire y continuó— Señor Russell, señora, yo tuve la culpa!, ¡yo!... ¡yo!

—No es su culpa, señorita Baker.

La vibración de su celular la despertó del letargo ¡él, él!, ¡que sea él! Era Stuart.

—Papá.

—¡Dios mío, mi Motita!, casi me vuelvo loco ¿estás bien?

—Si papá no, no estoy bien, mi corazón está muerto. No, yo no viajé, fue la otra secretaria, Rebecca. No, no sabemos. Papá, más tarde te hablo. Sí, yo también te amo.

Los teléfonos sonaban, la empresa estaba en caos, todos hablaban, Stella subió hasta presidencia e interrogó a Marilyn quien hablaba con monosílabos, era un zombi impulsado por una fuerza misteriosa que la hacía respirar, Susy llamó también. Ella con su estoicismo la tranquilizó un poco, pero nada, nada podía calmar el fuego interno que la consumía.

«El avión cayó a mil kilómetros de las costas de Portugal y a unos seiscientos de las Azores, con doscientos sesenta pasajeros, la mayoría eran pasajeros de origen norteamericano que estaban de turismo en Francia, ya se han dado a

conocer los nombres de los tripulantes y personas que lo ocupaban, entre ellos sabemos que estaba el reconocido CEO Arden Keith Russell presidente de la mitológica empresa Russell Corp. y su secretaria quienes tomaron el vuelo a último minuto. Todos los organismos de rescate se han movilizad para poder llegar al lugar donde ocurrió el siniestro»

«Arden Russell presidente de la empresa fundada por su abuelo Ernest Russell contaba con treinta y tres años de edad, siendo uno de los empresarios más jóvenes del país»

«En los años veinte fue una de las empresas que sobrevivió a la crisis, el hijo William Russell presidente en los años cincuenta y sesenta mantuvo a Russell Corp. en equilibrio, pero en los ochenta su hijo Cameron la llevó a nuevos estándares, en el 2004, Arden Russell, a los veinticuatro años de edad tomó el mando de la compañía, sobre él se han tejido innumerables mitos: arrogante, inteligente, fuerte y misterioso»

Todos hablaban, podía escuchar los ecos de millones de voces que lo juzgaban, dando sus teorías, todos con sus morbosos comentarios sobre quien era él y nadie, nadie sabía. Arden Russell se movía entre las brumas del mito y del misterio, un personaje en las sombras.

Durante una hora, permaneció sentada en la oficina, tratando de mantener su postura de oscura secretaria sin derecho a participar en el dolor que se alzaba como una ola por todas partes, la chica se inventó trabajos que la mantuvieran ocupada pero, inevitablemente terminaba pensando en aquel hombre con quien había compartido casi dos años de su vida. Respiró su aire y escuchó su voz en todos los tonos y de mil maneras diferentes pero, nunca le prestó verdadera atención a sus gestos de hombre solitario, estaba más obsesionada con la máscara que mostraba; por ese deslumbramiento ignoró todos aquellos pequeños signos que hablaban de un ser complejo que se escondía en aquella torre de cristal y que no permitía que nadie se acercara.

En medio de la culpa, repasó cada gesto y fue descubriendo –en la bruma de la muerte– a un hombre que luchaba contra un mechón blanquecino en sinónimo de impaciencia y desazón, a alguien con la imperiosa necesidad de mantener la cordura en un mundo que siempre lo tenía al borde de todo, que su mueca arrogante era la manera de disfrazar su poca capacidad para reír de una manera franca, porque parecía no saber cómo hacerlo. Su telescopio, sus guantes bellos, su conexión con la música, sus silencios; los abrazos con sig mismo, su mirada perdida, cada palabra pronunciaba en Las Vegas y las que dijo aquel día de la muerte de su sobrino no nato, todo eran códigos, signos, palabras de alguien que se quería comunicar desesperadamente con alguien y romper su aislamiento. ¿Y, ella? Mae Baker, en la claridad que le aportaba el dolor, se representó como una estúpida niña caprichosa que se tapó los oídos y cantó lalalalá para no escuchar. Ella y su miedo, ella y el mundo apuntándole con el dedo.

Les llevó café a todos, ¡café! Era lo único que podía hacer, café que él se negó a tomar en el último mes, el café, lo primero que la unió con ella, cafés melancólicos, cafés solitarios... café como espacio único de la indudable vulnerabilidad de ambos.

La imagen de Jacqueline era terrible ¿Cuántos años tenía? Era joven, pero en ese momento parecía una anciana, no era la imagen de la mujer sofisticada y hermosa que siempre proyectaba, no, era solo una madre enfrentándose a la muerte de su hijo. Estaba sentada cerca de la gran ventana y cerraba los ojos, mientras Cameron hablaba con Mathew.

—No me importa, él es mi hijo y su secretaria, mi responsabilidad.

Henry se movía de un lado a otro para después quedarse quieto y mirar el espacio vacío de la silla de su hermano, Bianca le acariciaba la mejilla y lo consolaba. Ashley tomó el teléfono de su padre.

—Matt, no permitas que renuncien a la búsqueda. Yo sé que está bien, aunque no aparezca en la nómina de los rescatados.

Pero era la madre quien parecía una estatua.

—Su café, señora.

—Gracias, cariño, siéntate aquí conmigo.

—No quiero molestar.

—No molestas, linda... tendremos que dejar el almuerzo para otro día.

—Por supuesto.

—¿Ves esta oficina? Es enorme, traté de hacerla más personal, pero él no quiso, mi hijo era... es complicado, esta oficina no es su lugar, nunca lo fue —ella calló, dio un vistazo y el espacio le pareció tan frío que cuando respiró sintió que se congelaba— todo el mundo sobre sus hombros y él es tan fuerte, tanto. Este no era el destino que yo quería para él —ni yo ni su padre—, pero se empeñó. Está oficina lo absorbió pero fue su forma de mantenerse de pie, y se encerró en este ascético mundo y nadie fue capaz de rescatarlo. Yo quería flores, fotos, un equipo de sonido para su música, un color diferente, pero era el no, su única respuesta, lo único real de aquí es este telescopio y ese feo cello electrónico que, menos mal, ya cambió por el que le regaló Cameron, vale una fortuna. El telescopio —Jacqueline se estremeció por un segundo— se lo dieron cuando tenía catorce años, se quedaba horas mirando las estrellas... horas —la mujer calló y se llevó una de sus manos a la cara y así se quedó por eternos minutos— ¿Sabes que es un excelente nadador? En su piso mandó a construir una piscina olímpica, él es capaz de nadar por horas. Él no está muerto, no puede estarlo.

La hiel volvió a la garganta de la chica, en el pecho sentía que unas manos de hierro la estrujaban ¿Qué hago aquí? Quiero irme, quiero irme de aquí y no volver jamás.

—Señor —se dirigió al padre—, necesito irme ¿me permite?

—La pobre niña ha estado aquí en medio de todo Cameron, ha atendido teléfonos, correos, está agotada.

No, No, tenga compasión de mí, señora Russell, yo soy una maldita egoísta, no, por favor. Si supiera lo mala que fui con su hijo, me mataría.

—¡Váyase!, nosotros nos iremos al departamento de mi hijo —su voz fue amarga, en ese momento la chica le molestaba.

—Gracias, señor.

—Y, no venga mañana.

—Sí, señor.

Salió corriendo del rascacielos y condujo como loca hasta llegar a su casa. Subió las escaleras, abrió las puertas del apartamento y respiró como si no lo hubiera hecho en todo el día, trató de buscar dentro de sí un punto en que apoyarse para no caer derrumbada, no podía llorar, no quería, estaba inmersa en un cuento de horror que la desgarraba y del cual no era capaz de salir. Estaba en medio de la sala, pero en su mente el lugar era un acantilado donde ella, en el borde y a merced de una borrasca, balanceaba su cuerpo hacia atrás y adelante, pretendía adormecer sus sentidos, escaparse, correr, gritar en silencio, pero no llorar.

La hiel se aglutinó en su garganta, los cuchillos la despedazaron y no lloró.

«Estoy solo.»

«Vuelva a mí.»

«No hablo con nadie.»

«Somos tú y yo.»

«Soy malvado.»

«Usted es mi contradicción.»

«Soy una máquina.»

—¡Mae, abre la puerta! —era Peter.

Pero ella no contestó.

—¡Abre la puerta, Mimí!

Ella no escuchaba, el viento atronador en el acantilado no lo permitía.

«Quiero ser tu amigo, yo no tengo ninguno.»

—Marilyn, escuché las noticias, yo sé que estás ahí.

«Quiero estar solo.»

—Mimí, no deberías estar sola.

«No estoy bien.»

—Por favor, linda, soy tu amigo, sabes que te amo.

«Soy inhumano. Soy un monstruo, un maldito, lastimo a todos, yo no merezco nada... mi corazón estaba muerto hasta que tú llegaste a mi vida.»

—Cualquier cosa, amiga, solo llámame.

Pero ella solo oía el viento que desde el mar le traía el eco de un hombre pidiendo auxilio.

Jane Austen, Emily y Charlotte Brontë le hablaban de lo mismo, la miraban desde sus páginas y le gritaban *carpe diem*, aprovecha el día. Todas ellas abrazaron la locura en su corazón y la plasmaron en sus escritos, fueron mujeres que presintieron el amor de una manera demoníaca y lo alentaron en todas aquellas personas que las leyeron. Amantes, amores difíciles, hombres complejos, seres aciagos: Heathcliff, Darcy, Rochester, deseos inconscientes de mujeres que entendieron el concepto de vivir en peligro; no amores tranquilos, no amores de fragilidad y suspiros, no amores de príncipes azules, sino amores violentos, amores que dieron apertura a los sentidos.

¿Y, ella? a esa altura del dolor, su crítica era lapidaria y se consideraba una idiota, una imbécil, que leyendo sin entender y soñando sin saber, le dijo a Richard que lo amaba presionada por el ideal del amor romántico, pero sin entender el significado y todas las consecuencias que eso traería a su vida.

Tanto miedo, tantos noes y se quedaba rezagada del mundo, tanto miedo a la belleza trágica de un amor capaz de arrecriarlo todo y todo estaba vacío; él estuvo ahí, frente a ella y, por miedo, lo ignoró. ¿Qué hubiese importado si él no la amaba? ella lo haría, ¿qué importaba si él la dejaba?, ella lo habría tenido, un día, un segundo y habría guardado ese momento en el tiempo. Él habría sido su posibilidad de cielo, su tesoro, su inspiración, su calor en noches de frío, su consuelo en momentos de soledad, su maravillosa posibilidad de llevar las palabras que la atormentaron de niña a la realidad de su corazón.

«*Carpe Diem quam minimum credula postero*» ¡Sí! «Aprovecha el día, no confíes en mañana» la frase favorita de su mamá, hasta el último día vivió con esa frase en su corazón; rebelde, salvaje, anárquica y hermosa, ella su hija y, adorando como la adoraba, la traicionó. Traicionó cada palabra, cada conversación, traicionó el desafío de enseñarle a montar moto, traicionó la rebeldía de los cigarrillos, traicionó la anarquía del cabello largo y la libertad de

su mundo trashumante.

Carpe Diem; pero, ella, con el muro de sus miedos, prefirió encerrarse en la seguridad de la pintura, de sus libros, de la guitarra y negarse a todo.

La familia decidió quedarse en la Torre de Cristal, para Cameron era más fácil controlar la tempestad desde el atalaya símbolo del poderío Russell y se instaló en la oficina de presidencia que en cosa de minutos quedó habilitada con pantallas conectadas a canales de noticias y una central de comunicaciones; muchos esperaban por el desastre, ver a la poderosa familia derrumbarse bajo la fuerza de semejante tragedia pero él no lo permitiría. Con el teléfono en la mano y con el viejo recorte de diario enmarcado de fondo —donde estaba el fundador de familia, Ernest Russell—, el actual patriarca se hizo cargo de la emergencia.

Su abuelo seguramente, habría actuado igual a él, y su padre William también, así que mantenerse imperturbable y duro como la roca ante semejante circunstancia estaba en sus genes. Aunque; por dentro estuviese desangrándose, sabía que debía estar lúcido y frío, el temperamento Russell lo exigía.

El doctor Levy, por expresa orden de Cameron, acudió para asistir a Jackie que no lograba controlar su ansiedad. Ashley tomada de la mano de su madre —quien melancólica solo atinaba a mirar el telescopio—, hablaba en susurros por teléfono con su esposo Mathew, quien había partido hacia el lugar del siniestro: —¡Por Dios, Mathew, insiste, molesta a todos, no te rindas! Mientras no aparezcan sus cuerpos, tenemos esperanzas —cortó la llamada y se detuvo a mirar las pantallas— ¡Jodidos periodistas! Estoy entre tirarles aceite hirviendo o mandarles café y donas.

—¡Hija!

—¡Ay, mami! es que si no hago algo, me matará la espera —sonrió a su madre con ternura.

Jackie, quien ahogaba lágrimas y culpas, solo atinó a suspirar profundamente.

En el otro extremo, Bianca se paseaba de un lugar a otro, mientras que Henry monitoreaba los noticieros del mundo; fiel a su naturaleza, la exuberante morena, rogaba por que el cabrón de su cuñado no estuviese muerto, sabía que su esposo no lo soportaría. Henry sentía que tenía una deuda con su hermano, no sabía el por qué pero, desde niño, la risa, la alegría y el mundo de ganador que siempre lo rodearon, fueron una cruz, pues sentía que Arden —a diferencia de él—, carecía de ellas.

—Café y donas estará bien —la voz y la actitud de Cameron indicaron acción — yo mismo bajaré y organizaré un punto de prensa, hay que terminar con las especulaciones y darle tranquilidad a toda la gente que trabaja en Russell Corp. Henry, hijo, tú te quedas aquí, yo bajo con tu madre y tu hermana.

—Papá, no abuses de tu salud, tú te quedas acá con mamá. Henry y yo lo haremos.

—¡No! Es mi hijo, soy el jefe de esta familia y mi corazón está bien.

A la media hora, en el hall del edificio y en cadena nacional, Cameron Russell, con voz firme y clara, explicaba que en el sitio del suceso ya estaba amaneciendo y que se reanudaría la búsqueda, que su hijo era un excelente nadador y que jamás dejaría que a una persona bajo su responsabilidad algo malo le pasara: —Hasta que no tengamos noticias no podemos especular, es imperante mantener la cabeza fría en semejante situación, no solo hablamos de Arden Russell y de Rebecca Larson, su secretaria, estamos hablando de cientos de familias que en este momento sienten el mismo dolor y tristeza que nosotros —respiró profundo y endureció su voz—. En esta tragedia todos somos iguales, soy un padre que tiene a su hijo desaparecido y les pido que me traten como tal, no es aceptable que sometan a mi familia a un circo mediático aprovechándose de este momento coyuntural por eso pido, más bien exijo, compasión.

Hizo una pausa y buscó en sus bolsillos, hacía casi veinte años había dejado de fumar, por lo que el acto de encender un cigarro asombró a todos —lo había tomado del escritorio de Arden cuando buscaba el arma de Tara que su hijo guardaba—, el aroma y el humo colmaron sus sentidos, el recuerdo de la sonrisa de un niño lo golpeó en la memoria y el destello de ausencia que cruzó por sus ojos azules se vio en las pantallas de todo el mundo.

No te lles a mi hijo aún, Tara...no aún ¡maldita seas!

Henry seguía la intervención de su padre por la televisión y cuando lo vio con el cigarro en la mano, se presentó de nuevo ante él la imagen del hombre que llegaba a casa con olor a tabaco y que compensaba su ausencia leyendo cuentos a la hora de dormir. Como todos, se sorprendió al verlo fumar pero justificó el acto y encontró que la imagen que captaba la televisión era la misma imagen de su hermano: alto y altivo, con los ojos azules mirando frío, con el pelo entrecano que con la luz de los focos parecía plateado. Su padre nunca fue el hombre duro y cínico que su hermano era, pero al verlo con los periodistas hablando duro descubrió a un Cameron que desconocía y reconoció al progenitor de La Máquina, el presidente de Russell Corp.

Helicópteros, equipos de rescate franceses, ingleses y portugueses eran las imágenes que las cámaras del mundo repetían. Pestañeó y recordó a su hermano enseñándole a jugar beisbol, alentando su niñez, viéndolo ir y venir entre la rabia y el silencio. Una corriente de adrenalina hizo eco en su corazón: si no había noticias pronto, él mismo trazaría el maldito océano Atlántico y lo recorrería cuadro a cuadro. Arden habría hecho eso por él.

La bocanada de aire que salió por sus pulmones lo volvió la realidad, Bianca posó una mano sobre su hombro y Henry besó los nudillos y el anillo de boda.

—¡Mierda!—Bianca gritó con fuerza, enfatizando su grave voz de acento canadiense— ¡es él!

El grito levanta a Henry de su silla, en un nanosegundo la imagen de su hermano aparece en un televisor, es captada por los periodistas de una cadena que está apostada en las afueras del penthouse donde vive; lo vio como un espectro furioso, con aquel gesto de desprecio típico, gritando con sus ojos de tigre un ¡púdranse! a quienes lo filmaban. Al minuto, la imagen se hizo viral y la conferencia de prensa de Cameron se convirtió en una locura.

—¡Está vivo!

—¡Está en su departamento!

—¡Arden Russell, regresó desde la muerte!

Las pantallas, divididas, mostraban las dos imágenes: Arden Russell entrando al edificio y la cara de Cameron, impávida, escuchando los gritos de los periodistas.

—¡Ay, hijo, dime que es él! —la voz de Jackie, pastosa por los sedantes, susurró esperanzada. Ashley se unió a los gritos.

En el hall, el patriarca perdió por un segundo la compostura, tomó el celular y marcó a su hijo Henry.

—¡Demonios! Sí papá, es él, es él, ¡está vivo! sí, sí, yo me adelanto—colgó, Jackie lloraba, al tiempo que Ashley la abrazaba, el esposo y padre fue hacia ellas y las besó con alegría.

En pleno maremágnum, Theo apareció entre la multitud con el resto de los guardaespaldas, Cameron ordenó tener los autos estacionados, todos corrieron las cámaras se apagaron, mientras que se escucha la locura que se levantaba, todos querían la exclusiva, preguntaban sin orden al padre quien necesitaba salir de allí.

—¿Está seguro que es su hijo?

—¿Habló ya con él?

—¿Cómo sobrevivió?

—Si antes era La Máquina ¿ahora sería Míster Titanio, el sobreviviente?

Imbéciles ¡es mi hijo!

—Se dice que fue un atentado, él tiene muchos enemigos.

Cameron se detuvo y el genio de Ernest y William Russell afloró y centelló en su gesto.

—No busquen en mi hijo una excusa para llenar minutos de pantalla con sus especulaciones, tampoco intenten hacer un show gracioso con esto, si en realidad hubo un atentado el FBI tendrá que investigarlo.

Volteó y caminó junto a Theo hacia los ascensores.

—Henry va en camino, señor.

Asintió con la cabeza y giró hacia donde habían quedado los periodistas.

—Entiendo porque mi muchacho los odia, saca estas alimañas de mi edificio, no los soporto.

La policía estableció un anillo de seguridad en torno al lugar y la seguridad del edificio trabajaba para que los curiosos no se acercaran a la entrada.

—¡Debimos venir en helicóptero!

Bianca tomó su mano y la frotó con suavidad.

—Tranquilo, cariño, ya estamos aquí —besó su mejilla y con un gesto típico de ella levantó la ceja con malicia— ¡los tiburones debieron vomitarlo!

Henry volteó para regañarla pero vio el rostro divertido de su esposa y entonces él rió también, ella no era fan de Arden, sin embargo los secretos de Bianca y su pasado vengado por el presidente de Russell Co, hicieron que entre ambos hubiese una tregua de agradecimiento silencioso por parte de ella.

—O, él se los comió a ellos.

El Ferrari rojo con el salvoconducto policial entró hasta el estacionamiento, para el hermano menor, el tiempo que duró su traslado en el ascensor hasta el apartamento fue eterno sin embargo, no lo suficiente como para preparar todas las palabras bonitas que quería decirle apenas lo viera.

La puerta estaba entre abierta, la empujó sin timidez e hizo pasar a Bianca, la sala estaba en penumbras pero pudo ver a Arden sentado, con una copa en su mano y le pareció estar frente a un rey del tarot.

—¡Estoy vivo, señores!—dijo amargo y cínico, levantando la mano que sostiene la copa— ¡esto merece una fiesta!

—¡Imbécil!

Henry dio tres zancadas y llegó hasta él, lo tomó de la solapa, lo obligó a levantarse y con la fuerza de un oso, lo abrazó. No esperaba que Arden devolviera el abrazo, solo se quedó allí aferrado a él como si jamás lo había abrazado. En la acción, la copa saltó lejos.

Henry soltó el abrazo y Arden respiró profundo al tiempo que un gesto irónico se dibujó en su cara.

—¡Hogar dulce hogar!

El menor de los hermanos le dio un sonoro beso en la cara.

—Ricitos, eres un hueso duro de roer —hizo una voz chistosa— ¡Arden Russell, “Duro de matar”1, 2, 3 y 4! —rió, encantado— nos diste un susto de muerte.

—No creo que pueda resistir otro abrazo como este.

Se separó del hermano y cruzó mirada con su cuñada, quien se había mantenido a una discreta distancia.

—Me alegro que estés bien, en serio —la voz de la mujer se quebró— nos tenías a todos preocupados.

—Lo sé —indicó con su dedo hacia el ventanal—, el maldito mundo está ardiendo.

Henry lo tomó por los hombros.

—Y tú eres un hombre al que le gusta mirar como el bosque se quema ¿no es así?

—Está vez no, esta vez no —buscó otro vaso y se sirvió el whisky—. Es una tragedia lo que ocurrió.

El menor de los hombres Russell tomó la botella, Bianca trajo dos copas, necesitaba un buen trago.

—¡Santo Cielo!, ¿cómo llegaste aquí? ¿Qué ocurrió? Matt está en Madeiras. En Europa todo es una locura, hablan de atentado, de secuestro, no han encontrado aún los restos del avión.

—Yo...

Interrumpió sus palabras cuando vio cómo sus padres y hermana irrumpieron en el apartamento.

Las mujeres se tiraron a sus brazos, llorando; él, incómodo por el drama, las recibió y trató de calmarlas, pero su mirada estaba fija en Cameron quien se quedó quieto, mirándolo con un brillo extraño en los ojos.

Se deshizo de los abrazos y avanzó hasta quedar frente al hombre viejo que, a pesar de sus esfuerzos, temblaba, ese día había atravesado el purgatorio, creyó que no lo volvería a ver y allí estaba, alto, titánico, sin ningún rasgo de ser un náufrago.

—¡Quiero que seas un niño, Arden Keith Russell, para castigarte por hacernos esto!

—Tú nunca me castigaste de niño, padre.

Fue una frase fría, con un dejo de reproche que impulsó a Cameron a darle un abrazo, no le importó la prohibición le impuso hacia trece años, no le importó si Arden lo apartaba, fue hacia su muchacho y lo estrechó. Su cordura dependía de eso.

El hijo se dejó abrazar pero luego puso distancia.

—Estoy bien, ¡basta de abrazos!

—Creímos que estabas muerto.

Arden resopló y se apartó un metro de su padre.

—Ya te veías descansando de mí.

—¿Cómo se te ocurre? —el viejo se levantó en su estatura y empuñó la mano — ¡No te atrevas a pensar en eso! —lo abrazó y le susurró al oído—. Quiero la oportunidad de resarcirme, hijo, ¡déjame ser tu padre de nuevo!, sé que puedo hacerlo.

Arden iba a contestarle que a sus treinta tres años ya no necesitaba un padre que lo rescatara, que ya era tarde y que cuando perdió la esperanza en él, dejó de esperarlo, pero el rostro de Jackie silencio su respuesta..

—¡Ay, Dios mío, todavía no puedo creerlo! —Jacqueline, con un quejido lastimero, preguntaba desde la puerta— ¿Qué pasó, mi amor? ¿Qué milagro es este?

Arden se deshizo del abrazo de su padre y caminó los pasos hacia ella.

—No es un milagro.

Se paró frente a Jacqueline y ella lo tocó, tocó su rostro como para reconocerlo, llevó las manos a su cabello y jaló el rebelde mechón con cariño, apoyó la cabeza en su pecho y llenó de aire sus pulmones con ese aroma a niño pequeño que ella amó tanto, acarició sus manos que temblaban un poco y entonces, ella comenzó a reír.

—Mi bebé está bien, está aquí y es un milagro, aunque no lo quieras reconocer —lo abrazó de la cintura— y es aquí donde se va a quedar, con su mamá.

Segundos que parecieron horas, todos respiraron tranquilos mientras que Jacqueline se aferraba a su hijo para no dejarlo ir.

—Mathew te manda un abrazo, mañana llega en un vuelo privado —Ashley apagaba su celular— ¿y, Rebecca, dónde está? ¿Cómo llegaste aquí?

—¿Qué demonios ocurrió Arden? Todos estábamos como locos.

—Michell nos contó del desperfecto de la nave y cómo tuvo que conseguirte

los pasajes de vuelta.

—¿Por qué apareciste en la lista de los pasajeros y estás aquí?

Arden, de la mano de su madre, fue hasta el sofá y se sentó, respiró profundamente y comenzó a explicar.

—Rebecca está en su casa, con su novio y con su madre, yo mismo la pasé a dejar. Henry, hay que revisar el contrato con la compañía que nos vendió el jet, no tiene dos años y ya presenta desperfectos. Bueno, como dijo Michell, nos vinimos en un vuelo comercial, pero tuvimos que bajarnos de emergencia en Lisboa, Becca estaba mal. Ataque al colon.

Todos se miraron en complicidad, para ellos fue obvio que el ritmo de trabajo impuesto en el viaje terminó con la chica en el hospital.

—¡Diablos, Arden! Reventaste a la chica en su primer viaje ¿por qué no llevaste a Mae? —chilló Ashley.

Un par de latidos en su párpado izquierdo evidenciaron que la mención de su nombre lo había afectado pero, rápidamente se recuperó, así había sido durante todo el viaje, intento sobre todas las cosas no perder su precario control, pero, igualmente hizo fracasar las reuniones de trabajo y se pasó más tiempo en el bar que en alguna oficina; en su estupidez, entregó su celular a Rebecca y la obligó a no pasárselo para así evitar la tentación llamarla y decirle que la amaba de tal manera que su sangre era hierro hirviendo que corría por sus venas; su mal humor fue evidente y la pobre muchacha sufrió un estrés permanente desde que salieron de Nueva York.

—La internaron unas horas y me quedé con ella en la clínica —se encogió de hombros—, contacté a Montebranco da Costa ¿recuerdas, Cameron, al banquero lusitano, dueño de un castillo en Alemania? pues, me ofreció su avión para traernos de vuelta a casa. Rebecca estaba sedada y yo, me olvidé del mundo, nos enteramos del accidente cuando llegamos al JFK.

—¡Y no llamaste! —el grito fue de Henry.

—Los teléfonos estaban descargados.

—¿No te diste cuenta de la locura mediática?

—Solo al llegar aquí.

—Eres Arden Russell, el mundo cree que moriste en ese terrible accidente ¿y no te preocupa? —la alegría del encuentro en Ashley se estaba convirtiendo en rabia— a veces pienso que no tienes compasión con nadie, al menos, llamar de un teléfono público a mamá y papá.

La mirada azul acero de Cameron y la azul tranquilidad de Jackie se cruzaron con la de su hijo mayor, sabían que era experto en hacer daño y alargar agonías, era su naturaleza.

—Henry, saca un comunicado contando que Arden y Rebecca están bien y citando para una conferencia de prensa para mañana —el padre tomó la palabra— ¿A qué hora llega Matt?

—De madrugada.

—Bien, él nos podrá decir que podemos hacer como Russell Corp. para ayudar a las familias de las víctimas, hay que dar gracias porque estás aquí, muchacho.

Arden le ofreció a su padre aquel gesto de ironía cínica que solo guardaba para él.

—Estoy vivo, padre ¿no es maravilloso?

—Hijo, por favor—rogó la madre.

—Creímos que estabas muerto, toda la empresa ha estado en vilo y la gente, muy triste.

—¿Todos? —a su mente vino la imagen más persistente en aquellos días desastrosos— me imagino la maldita fiesta, celebrando al librarse de mí.

—No digas eso, eres la columna vertebral de la compañía.

—No soy imprescindible, padre.

—Para mí sí, hijo, para todos.

Una mueca siniestra emergió en su rostro retando a Cameron, diciéndole con ojos centellantes y crueles: No me digas, que gran maldito chiste. El peso de lo que venía para él en la oficina le cayó sobre sus hombros Marilyn Baker estaría más triste por su amiga que por mí. Se arrastró hacia el baño, la tensión del viaje lo tenía adolorido y solo quería su cama, pero aceptó cenar, compartir un rato con la familia y vio las noticias tratando de encontrar la manera de ayudar a los parientes de toda aquella gente. Jacqueline no se apartó de su lado, lo tenía atrapado de su mano y no lo soltó hasta que lo dejó en la cama.

—Carga su celular Ashley mañana será un día tremendo, Henry llama a Geoffrey, dile que quiero varios periodistas en el lobby del edificio, tú y yo daremos la primicia y después todos nos iremos a descansar.

—No, yo me quedo con él.

—Jacqueline mi amor, déjalo descansar, fue toda una odisea lo que pasó, hay que llamar a Rebecca para ver como está y prepararla para la avalancha de periodistas que van a llegar a preguntarle cosas.

Ese era Cameron Russell un general dando órdenes para calmar la tormenta.

¡Dios! no quiero despertar, ¡haz que el dolor se vaya!, la realidad es mi pesadilla.

El repicar del teléfono fijo era incesante, no dejaba de sonar, una y otra vez y su cuerpo se negó a moverse hasta que el rin rin le taladró la cabeza. Como pudo, llegó hasta el aparato y levantó el teléfono.

—¡Peter, por favor!

—¡Mae! ¿Ya viste la televisión?

—¡Dios, amigo! No quiero ver nada.

—¡Prende el maldito televisor, carajo! ¡Está en todos los noticieros!

—¿Los encontraron? —su voz era un susurro.

—Mi amor, ¡está vivo!

Un fuego sofocante la recorrió desde la punta de los pies hasta la cabeza, su corazón corría una maratón, algo tremendo amenazaba con partirla en dos, corrió como loca hacia su pantalla, la encendió y pudo ver que todos los noticieros pasaban una y otra vez la noticia que decía que Arden Russell y su secretaria estaban vivos y de regreso en sus casas. Estaba mareada, la pesadilla había terminado, pero el dolor persistía en su cuerpo, corrió al baño y sin poder controlarlo, vomitó y fue como dejar salir una piedra enorme que le apretaba el pecho.

¡Está vivo, gracias Dios!, ¡está vivo!, no me importa si no me habla, no me importa si me odia, no me importa lo que sea, ¡está vivo!, ambos están vivos, ¡Rebecca y él están vivos!

De pronto, un coro formado por la hermanastra, la ninfa y su madre empezaron a susurrar al oído Carpe Diem, Carpe Diem, Carpe Diem, luego, lo dijeron más fuerte Carpe Diem. Carpe Diem, Carpe Diem, para terminar gritando¡¡Carpe Diem!!¡¡Carpe Diem!! ¡¡Carpe Diem!!

—Ya las escuché ¡Por amor de Dios!

Se fue como loca a su maletín y allí sacó el celular, temblaba y de manera casi frenética oprimió la tecla de llamada.

Soñaba con el enorme pasillo del avión, una mujer de mirada cansada lo observaba silenciosamente y un anciano le sonreía, estaba allí viéndolos a todos, escuchando sus voces, oyéndolos respirar. En el sueño se veía con las manos agarrotadas rasguñando los codos de los asientos, temblando por la resaca de dos días y tratando de no pensar en el final, solo quería llegar a

casa, ver a su familia y si ¡demonios! verla a ella. Un largo, largo camino.

Un sonido llegaba desde lejos, se despertó ¿Qué diablos? Era su celular, eran las once de la noche, parpadeó con fuerza, de pronto el sonido cesó y volvió su cabeza de nuevo a la almohada.

Debía ser su mamá o Ashley, siempre eran así cuando algo les abrumaba, y lo que había pasado las dejó agobiadas y sabía que insistirían una y otra vez con el teléfono para comprobar que no era un sueño, sobre todo Jackie. Alzó de mala gana uno de sus brazos para llegar a la mesa de noche donde se estaba cargando su celular, el sueño que le pesaba se espantó cuando leyó
SECRETARIA PERSONAL LLAMANDO

Como un rayo se paró de la cama.

¿Me está llamando?

¿Me está llamando? ¡Diablos!, ¡mierda!, ¡mierda! ¿me estás llamando?

—¿Baker?

Al otro lado de la línea, la chica, no atinaba a contestar.

Su voz hermosa contestando mi llamada, su voz perfecta en el teléfono.
¡Ángeles!, ¡música!, ¡belleza!, ¡sensualidad! ¡Vida tras este bendito aparato!

Era como si Dios le hubiese contestado, tenía tanto miedo por creer que aún estaba en un sueño terrible donde iba a despertar y encontrarse en medio de un funeral y de pronto ¡allí! la voz de él, y no pudo contestar, tan solo un quejido emitió, un quejido profundo, el puño de hierro que apretaba su corazón la liberó.

—¡Arden! —suspiró con fuerza y colgó.

Y con él ocurrió lo mismo: la voz lo había tocado desde la distancia, él era un Ulises atendiendo feliz al llamado de las sirenas.

¿Qué diablos fue eso? Marilyn ¿me extrañabas? ¿Pensabas que estaba muerto? ¿Estabas de luto por mí?

Abrió su armario, se vistió con lo primero que vio, agarró las llaves de su Bentley y salió como loco, corría hacia ella. Su voz lo había dicho todo y el suspiro, ese maravilloso suspiro lo acarició por todas partes. Trataba de no sonreír y que su corazón no latiera como campana pero, ese « ¡Arden!» lo llenaba de vida. Corría, corría hacia la esperanza, corría hacia la luz, corría hacia su boca, corría a sus brazos.

CAPÍTULO V

El Dragón & La Ninfa

Golpes, golpes en su puerta. Golpes y ella temblaba como una hojita.

Golpes y los pasos hasta la aldaba se hicieron eternos.

Se afirmó sobre sus piernas y tiró duro de la manilla, ahí estaba, parado, hermoso, con su mechón sobre la frente, con barba de dos días y con sus ojos mirándola de una manera oscura.

—¡Arden! —dijo su nombre como un bebé su llanto de vida— ¡Dios!

Él se abalanzó hacia ella, la alzó —Mae se abrazó como hiedra— la llevó hasta el sofá y, eufórico, comenzó a besarla. Ella seguía pegada, estaba loca, quería besarlo, tocarlo todo, le daba piquitos en el cabello, la cara, los párpados, en la mandíbula.

—¡Estás aquí!, ¡estás aquí!, ¡tócame!, ¡bésame!

El ímpetu de la chica lo tenía alborotado, al fin, pudo afirmarle la cara con las dos manos y mirarla directamente a los ojos.

—Nena, estoy aquí, finalmente —y arremetió con un beso largo, suave, mojado, lento, lento, sabía a melocotones, a café recién hecho, a azúcar moreno; no tuvo dudas, el beso que lo traía de vuelta a la vida tenía el sabor a Mae Baker.

Sus lenguas se encontraban, serpenteaban, con la respiración de uno se alimentaba el otro, las lágrimas de ella caían silenciosamente, pero el beso continuaba como una danza oscura, pesada, erótica, para después volverse demente, ansiosa y frenética. Él se retiró de esa boca, sintió un dolor, esa boca era la vida.

—No, no, no te vayas, ángel, vuelve, vuelve.

Pero él hizo lo de Brasil, metió los dedos en su boca, Mae entendió, y comenzó a sorber y a lamer como si fuera la más deliciosa y perfecta paleta de helado.

—Eres tan hermosa, ¡Maldición, Baker!, te necesito tanto, tanto —sacó sus dedos y volvió de nuevo al baile de sus lenguas, tarareaba, con una de sus manos empezó a tocar su cuello y siguió el recorrido por sus hombros mientras que el beso se hacía más profundo, bajó lentamente por su pecho y pidió permiso para tocar.

—Sí, sí, por favor.

Tocó suavemente, su pezón estaba erecto, él lo sentía tras la camisa, lo apretó y ella gimió como gatito.

—Sonido maravilloso.

Bajó su mano y la metió entre la camisa.

—Eres tan suave, nena —besó su cuello, la pequeña cavidad de la garganta, sacó su lengua y jugueteó allí un rato, besó sus pechos con reverencia, bajó más y besó el valle de sus senos.

—Hueles a gloria.

—No te detengas, no te detengas... estoy muriéndome aquí —ella vibraba como una guitarra, agarró su mechón y lo acarició mientras que lo alentaba continuar— mi cuerpo te necesita.

Él subió su camisa y le besó el vientre, su barba la rozaba, provocando mil sensaciones; encontró el ombligo y respiró sobre él, su aliento era caliente y prometedor.

—Este será uno de mis lugares favoritos —Arden le dio una sonrisa coqueta— ¡No! todo tu cuerpo será mi lugar favorito, ¡todo mío, Marilyn Baker!

—Y el tuyo, el tuyo...—pero no pudo terminar la frase, besos picoteados la recorrían desde su ingle hasta su sexo.

—Aquí voy a vivir el resto de mi puta vida, ¡maldición!

Ella se quedó mirándolo ¡Dios! ¿Puede ser esto más erótico? Él, mirando mi sexo como si fuera un altar.

—¡Jesús!, ¡qué será de mí!

Una risa escapó de su boca; los ojos de Arden eran oscuros y cargados de pícaro maldad.

—Me vuelvo loco de pensar en tu sabor.

—Yo solo quiero el tuyo en mi boca.

Un gruñido salvaje y como tigre al ataque vuelve a su boca. En medio de aquel beso ella abrió los ojos. Es tan hermoso, y me besa a mí, ¡es mío!, ¡es mío! con sus dos manos atrapó la cabeza rubia, sus ojos se encontraron y el beso sexual se vuelve tierno y casto, cuando termina, solo quedan las miradas.

—¡Perdóname!

—¡No!, ¡no!, ¡no!, nena, necesitamos hablar.

—No, yo no quiero hablar, solo quiero tu boca —ella se lanzó sobre él y lo besó de manera delirante, pero Arden la apartó.

—¡Baker! —la amenaza sexy salió de su boca— estoy duro como una roca, quiero estar encima de ti, tu encima de mí, cabalgando en ti y dentro de ti, pero, pero, tenemos que hablar —pero ella no hizo caso y continuó el beso, le mordió la punta de la lengua y él gimió, estaba en pleno vértigo, estaba a punto de caer, el animal rugía.

No, no, no, demonios Russell escúchate, quieres tirarla hasta que el puto sol explote, pero no, no, sé un caballero, por primera vez sé un caballero, pero mierda esa lengua me va a matar, mi corazón está punto de detenerse y mi polla se incendia ¡Detente!, detente.

—¡Baker! —gritó él, divertido.

—¡Señor! —contestó ella, incitadora.

—Ese “señor” tuyo me excita como un demonio, pero quiero hablar.

—¡Yo no! yo no, ¡moriste!, ¡moriste!, para mí estuviste ardiendo en un avión, perdido en el mar —comenzó a revisarlo minuciosamente— tu cara, tus manos, tu cuerpo...

—Mae, no iba en ese avión.

—¡No quiero hablar!, no quiero hablar —y sin poder evitarlo, empezó a llorar.

—¿Ves? tenemos a hablar.

—Todo cambiará mañana.

—Sí, Baker, mi precioso pajarillo, todo cambiará mañana.

El aliento masculino directo en su cara era embriagador, la miraba de frente y le confirmaba que todo cambiaría, lo sabía, lo supo desde el mismo momento en que él entró a su casa barriendo su boca con un beso: ahora era de Arden Russell, ya lo había decidido y estaba feliz. Sentada a horcajadas sobre sus piernas, lo miraba de manera juguetona y cada vez que él iba a abrir la boca, ella simplemente se la tapaba con un dulce besito.

—Mae, deja de hacer eso, me vuelves loco... hablar —beso— Mmm —beso— ¡hablar! —un beso más profundo— ¡Diablos! Siempre tienes que llevarme la contraría, mujer.

—¿Te acuerdas de nuestro beso en Las Vegas?

Nena aún estoy excitado con eso.

—¿Qué beso? Yo no me acuerdo —le dio su mirada oscura y traviesa.

—Yo te besaba como una loca —Mae se removió sensualmente— mordí tu boca y hacías algo con tus manos que yo... —ella suspiró frente a él y sacó su lengua para recorrerle la suya.

—¿Qué quieres, Baker? —la agarró de sus caderas y la levantó con fuerza para recostarla sobre el sofá— yo deseo hacerte cosas sucias y pervertidas nena —le mordió el labio inferior.

—Descríbelas para mí, cada una, cada una, señor.

—Nena, no hay palabras.

—Inventa nuevas, chico súper listo.

—¡Dios! ¿Quién eres?

Rugió salvaje, necesitaba marcarla. Se lanzó a su cuello y la mordió lentamente, Mae gritó de placer, no sabía qué hacer con sus manos, solo atinó agarrarlo de sus nalgas y apretarlo duro.

—Eres tan bello, tu olor me enloquece, tu boca me tiene al borde y tus manos, tus manos en esos guantes, yo...

—Y no sabes las maravillas que sé hacer con ellas.

Rieron de manera lujuriosa

¿Yo estoy haciendo esto? Hablo como si me hubiese acostado con cientos.

Arden la besaba.

Me volverá loco, en este momento quiero tomarla contra la pared y quedarme en ella hasta que todo me duela o hasta que me muera, pero no, no. Tú serás mía, Baker, pero...

Se paró como un rayo, tenía una erección de dimensiones monstruosas, pero se tapó con la chaqueta y se alejó varios metros.

—No, no, no, he esperado meses... ¡meses!

Marilyn batió las pestañas, tomó su cabello e hizo aquel gesto de coquetería tan propio de ella.

—No hagas eso que no respondo ¡por favor! ¡Por favor! linda, soy un animal, pero hoy no, hoy no.

Ella hizo un gesto de rendición, levantó sus manos y le guiñó un ojo.

—Lo que usted diga, señor.

Abandonó el sofá y empezó a perseguirlo con pasos lentos, él se alejaba de ella ¡Control Russell!, un segundo y la tomarías sin compasión.

—Yo, yo soy difícil.

—¿No? ¿En serio? no me había dado cuenta.

—Mi amor, detente.

¿Mi amor? ¿Mi amor? Ella se paró en seco, toda la maldita poesía que había leído en su vida no se comparaba a eso, estaba asustada.

—Yo soy todo lo que me dijiste aquel día, y soy peor, ¡mucho peor! no conoces sino la superficie.

Ella lo había juzgado, no quería sus explicaciones.

—No digas nada.

—Hay cosas oscuras que no llegarás a entender, mi vida es una mierda absoluta, yo, yo he jodido con la mitad de mujeres de esta ciudad.

—No quiero escuchar.

—He lastimado a muchas personas y lo seguiré haciendo es mi naturaleza Mae, estoy furioso y demente.

—¿Qué quieres? ¿Qué salga corriendo frente a tu oscuridad?

—No, yo no te lo permitiría, te alcanzaría y te amarraría.

—¿Entonces?

—Quiero que sepas que el camino conmigo será...

—¿Oscuro y terrible?

—Te querré poseer.

—Lo sé.

—Te voy a dominar.

—Lo sé.

—Hasta tus huesos serán míos.

—Yo te aseguro que me rebelaré.

—Eso me excita más.

—Yo te juzgué terriblemente, no sé cómo fue tu pasado, pero el mío no es tan claro.

—Ese es el problema nena, yo quiero hasta poseer tu pasado; mientras que el mío será mi vergüenza, el tuyo será mi obsesión. Yo te quiero toda para mí, tú me provocas hasta la demencia, tu rebeldía me enerva y no quiero que nada te toque, no quiero que nadie pronuncie tu nombre, solo yo, Baker. El mundo allá afuera está loco pero yo soy peor. Todo lo que me rodea será un obstáculo, mi familia, mi apellido, mi dinero, mi pasado, allá afuera, conmigo será todo muy, muy difícil. Adoro tu casa pero, de puertas hacia fuera, todo será terrible.

—No me importa.

—Todos señalándome, la mayoría de ellos me detestan.

—No me importa.

—¡Pero a mí sí! Todos ellos se tiraran sobre ti como barracudas, no quedaran contentos hasta que te dejen tirada en la calle y desmembrada como un pajarillo.

Sabía lo que él quería decir, lo sabía muy bien ¿Quién era ella? Su secretaria, un oscuro personaje en una historia llena de clichés estúpidos. Ella no tenía las armas para defenderse y no tenía las ganas. Ella era una simple niña que se había atrevido a mirar el sol de frente y ahora, no iba a retroceder.

—Solo seremos tú y yo.

—Odio eso, odio eso de mi vida. Quisiera ser alguien normal, ir a buscarte en la universidad, salir a cenar, caminar contigo, pero no puedo, sería exponerte a situaciones de mierda solo porque estás conmigo. Yo quiero...

—¡No te preocupes!, solo seremos nosotros, si quieres, renuncio al trabajo y...

—¡No! No me quites eso, la maldita oficina tiene vida cuando estás ahí, sin ti, es un espacio muerto.

Marilyn bajó la cabeza, resignada, no había reproche en el gesto; solo era la conciencia de lo difícil que sería todo.

—¿Te arrepientes? Suena todo tan vulgar —el rostro ensombrecido del hombre tenía una impronta de niño.

—No, así son las cosas.

Ambos se miraron largo rato, la lujuria del primer momento había sido ensombrecida por la realidad terrible que se albergaba de puertas hacia fuera.

—Estoy cansada, Arden, ya no quiero luchar contra ti. Todo lo que tú representas es tu equipaje, veré hasta qué punto mi espíritu salvaje aguanta todo.

—Si me dejas, muero, pero antes ¡exploto el mundo!

Dios, no, no, no, esas malditas palabras dichas de nuevo, estoy en el mismo punto, en el mismo punto, él me quiere dominar, yo lo amo más que nada, pero estoy en el mismo punto, él me va a matar.

—Yo, quiero que sepas que habrá algo de mí que no podrás controlar. No me importa el secreto, no me importa, lo acepto, pero si intentas controlarme me rebelaré y, nos destruiremos.

—Yo necesito el control.

—Yo necesito mi libertad.

—Pero ambos sabemos que hay algo tremendo entre tú y yo, somos como dos universos que chocan de manera irremediable.

—Lo somos.

Arden se fue hacia ella y la besó con desesperación. La besó por todo el tiempo que la había esperado, la besó con la fuerza de sus celos, de su locura, de su deseo, metía su lengua en ella y Mae le contestaba con igual furia. Para ella ese beso sellaba su futuro, con ese beso ella se comprometía a él, comprometía su cuerpo, su tiempo, sus pensamientos, pero ¿su alma? Lo besó con miedo, lo mordió con fuerza, hasta que al final la falta de aire y el agotamiento físico los dejó mirándose a la cara.

—¿Estás cansada?

—Un poco ¿y tú?

—Sí.

Tomó aire y resopló, era un niño con su primera novia real, de alguna manera ella se le escapaba, fue hacia la puerta.

—¿Nos vemos mañana? —él preguntó con el terror de que ella dijera que no.

—Nos vemos mañana.

Apoyó su espalda en la muralla viendo como él abría la puerta y se iba. Pero a los diez segundos, la puerta tronaba y Marilyn lo vio de nuevo allí, con su sonrisa perfecta y maliciosa, saltó sobre él y de nuevo un beso orgásmico y demente, esta vez, en pleno pasillo. Él la separó con desgana y volvió a sonreír.

—Nena, yo quiero comportarme contigo como un caballero, de verdad, quiero

decirte cosas lindas pero —su mirada vagó por todo su cuerpo con hambre, un ronroneo gatuno escuchó en su oído. Él hizo un movimiento casi copulatorio con ella envolviendo su cintura, la puso contra la pared, Mae se sonrojó y abrió sus ojos y le correspondió con la misma mirada de hambre— pero tú me provocas cosas, yo, yo quiero cogerte duro y fuerte, hacerte correr con mis dedos y mi boca, quiero enterrar mi verga y hacer que digas mi nombre hasta que no puedas pronunciar una palabra ¿Ves? Soy un pervertido Si con solo esas palabras me tiene a punto... su ninfa ya estaba pensando en el tamaño del látigo y la hermanastra estaba pensando seriamente en cambiar su aburrida lencería.

—¿Pervertido? eso me gusta a mí.

¿Lo dije? ¿Lo dije? Aguanta Egipto, aguanta, el Nilo destruye todo.

—Mejor me voy, hoy no estoy en mi mejor momento.

—Pero, llegaste hasta mí.

—Baker, Baker.... —la bajó de sus brazos y la besó en la frente— ¡Adiós! —dijo de manera arrogante— ¡Mañana veremos!

Ella entendió el juego, empezaba la lucha.

—Quizás mañana no quiera que me beses, señor — respondió coqueta y con su boquita estirada.

Arden rugió

—¡Suplicarás!

—¿Hasta que esté satisfecha? —se mordió la boca.

Se alejó y la señaló divertido.

—¡Diablo!, eres un diablo.

Se fue en su auto, estaba asustado hasta los malditos huesos por no tener nada pasaba a tener todo, y eso le daba pavor. No sabía cómo hacer para que el amor de su vida permaneciera a su lado y ella era tan libre, tan rebelde, tan perfecta.

«—No la mereces.»

«—No la mereces.»

«—No la mereces.»

Voces de mujeres que no quería recordar le gritaban en su cabeza

«— ¡Idiota!, idiota, ni siquiera te dijo que te amaba».

Esa voz la reconocía, era la de Chanice.

—No lo hizo, no lo dijo, ni yo se lo dije a ella. La amo y tengo miedo, la adoro y me asusta, la deseo y me aterra este deseo; no, no me dijo que me ama... no lo hizo.

«—No te ama, Russell»

—Pero no me importa, la obligaré, todos los días de su vida, ¡la obligaré!

«— ¡No la mereces!»

—Aunque me hunda en un infierno de celos y de posesión, yo no renunciaré a ella. Iré al infierno, iré al puto infierno, feliz porque la tengo. Soy un idiota, me porto como un animal, pero la vida me da esto, y si me lo quita, yo, Arden Keith Russell destruiré el mundo. Ella no me dijo que me amaba, entonces yo amaré hasta su silencio.

Mae se miraba al espejo, tenía el pelo revuelto, sus ojos destellaban y su boca estaba hinchada por los besos lascivos que aquel hombre le había dado, lo sentía en todo su cuerpo, su piel estaba sensible, excitada y aturrida.

—Yo, Marilyn Baker, seré la amante de Arden Russell, yo seré su amante, seré su amante no pienses, Mae, Carpe diem, lo tendrás, lo tendré hasta que su excitación por mí se calme serás su presa, él intentará cazarte. Sí, yo soy su presa.

Se miró el cuello y ahí estaba el chupetón sexual que él le había dejado.

—Seré su propiedad y no me importa su boca pagana, sus besos dementes, yo soy la hermanastra a la cual la malvada bruja le ha dado una oportunidad de vengarse de la estúpida princesa.

La palabra amor venía a su cabeza, no importa, lo haría por Jane Austen y por ese Darcy creado en su cabeza, Jane, Jane, niña buena y victoriana, solterona perpetua. Lo haría por Emily y su Heathcliff, y esa obsesión con hombres oscuros y malditos que se esconden en los bosques de Inglaterra y son tan salvajes, que no temen sacar a su amada de la tumba. Lo haría por Charlotte y Rochester, por esa niña fea criada en un orfanato donde nadie la quería y sin embargo fue capaz de rebelarse frente a aquel hombre venido en la oscuridad de la noche con su endemoniado caballo negro, y se atrevió a amarlo.

A los quince minutos su celular timbró, era él, contestó inmediatamente.

—Hola

—Hola.

—¿Estás en cama?

—Ajá...

—Mm... ¿Soñarás conmigo esta noche?

Una sonrisa pícaro se dibujó en su cara.

—No sé, quizás.

Mae no supo que esa respuesta ensombreció su cara.

—Eres malvada, Baker.

—A veces lo soy, señor —en ese momento, Darcy saltó sobre su cama de manera juguetona y se aprestó a morderle dulcemente los dedos de los pies, Mae grito divertida.

—¡Hey!

—¿Con quién estás allí? —el tono era amenazante.

—Tengo todo un macho en mi cama.

Gruñó tras el teléfono.

—Es mi gato.

—No tengo sentido del humor.

—Tendrás que competir con él, es celoso y me tiene bajo su poder.

—¡Maldito!, pelearé si es necesario.

—Perderás.

—Será un duelo a muerte, me comportaré cual caballero andante.

—Arden Príncipe Azul Russell, yo merezco la lucha.

—Mereces el mundo, nena.

Él es el experto, Mae, tú solo eres una niña jugando con el lobo.

Darcy la mordió durísimo, era como si presintiera que en ese momento él no era el protagonista en la cama de su dueña.

—Darcy ¡no me muerdas!

—¡Maldito suertudo!

—Solo reclama su territorio.

—Ahgg, dile que pierde el tiempo, ese territorio es mío.

Por unos segundos ambos se quedaron en silencio.

—Solo tuyo.

—¿De verdad es mío?

—Totalmente tuyo, Arden Russell.

—No me mientas, amor, no lo soportaría, puedo soportarlo todo, pero nunca una mentira tuya.

Todo el mundo miente, eso me lo dijiste en Las Vegas, él juega en un mundo donde todos tienen sus cartas marcadas.

—¿Me mentirías tú?

—Lo haría para protegerte.

—¿Para protegerme de quién?

—De mí.

Esa noche, ambos soñaron, ella se soñó parada frente al gran bosque oscuro de su pueblo, mientras se aprestaba a adentrarse en él, y Arden soñó con música, música que llegaba desde una parte muy lejana y que desconocía.

A la mañana siguiente, Cameron le informó a su hijo que los periodistas lo esperaban en la sala de conferencia.

—Quiero a Mathew y a Henry conmigo.

—Yo también voy —Cameron calló por unos segundos al ver la cara de molestia de su hijo— ¿es tan malo que quiera dar gracias por qué tú estás vivo?

—Habrías descansado de mí, Cameron ¿no sería maravilloso? —el tono de su voz fue amargo y cruel.

—No digas eso, si fueras padre sabrías el dolor que significa perder un hijo.

Arden sonrió con amargura.

—Yo sé lo que es perder un hijo.

—Perdón, no quise decir eso.

Como siempre padre, creyendo que tus dolores son más grandes que los míos.

Marilyn Baker, se levantó con el cuerpo adolorido, toda la tensión acumulada en los últimos días se le había descargado en sus músculos. Se paró frente al

espejo y por primera vez miró su ropa de oficina con ojo clínico y de chica vanidosa. Quería ir bonita, quizás cambiar un poco el uniforme parco de oficina, quizás soltarse el cabello y colocarse sus hermosos zapatos rojos, pero desistió de la idea, de un momento a otro cambiar su aspecto sería contraproducente para todos, sería el primer indicio de que algo pasaba siempre que una mujer está enamorada se le nota en su forma de vestir y en la cara, además sería más contraproducente para ella ¿Cómo se comportaría él con mi cabello suelto y mis zapatos de ochocientos dólares? Se disponía para ser un secreto, entre más bajo fuera su perfil, mejor sería para la pareja.

Llegó al edificio y lo primero que vio fueron los camiones de las distintas estaciones de televisión, decidió ir a la sala de conferencias, entre cables y equipos pudo identificar Cooper, que estaba en la testera probando el sonido, el auditorio estaba lleno de periodistas que trataban de ponerse de acuerdo con sus camarógrafos, sonidistas y productores; que la familia en pleno compareciera ante la prensa en sí mismo era una noticia y nadie quería perderse la mejor toma. Por el sonido ambiente, se escuchó la voz de Hillary que leía las instrucciones sobre la conferencia y apenas terminó, aparecieron por una puerta lateral, los hombres de la familia.

—Esto no tiene desperdicio, ¡filma todo!

—La Máquina, el Seal, Teddy y el Patriarca, todos juntos, esto es una maravilla ¡que George no le quite la lente a míster simpatía!

La chica ponía oído a todo lo que los periodistas comentaban, pero lo que era un murmullo incesante, se convirtió en un griterío, antes de que se diera inicio a la conferencia, todos los periodistas comenzaron con los despachos en directo con la exclusiva de tener en sus cámaras a Arden Russell.

Marilyn solo tenía ojos para su Señor de la Torre, ahora que tenía la libertad de mirarlo sin esconderse, se deleitó con todo lo que veía, su ropa impecable, sus lentes oscuros y sus guantes. No se había rasurado y eso le daba un aire de alguien venido de las estepas y en su rostro tenía una expresión hosca y molesta.

—¡Oh vamos, baby! sonríe, no es tan malo.

Arden, oculto tras sus lentes oscuros, la miraba, su lucha interna esta vez era por no saltar sobre la mesa, correr hasta ella y besarla, cualquier movimiento en falso, cualquiera y ella será la comida de las pirañas. Tomó su celular, le mandó un mensaje:

Estás hermosa hoy.

Espérame en el ascensor cuando todo termine.

Vio el mensaje y sonrió, se introdujo en medio de cámaras, cables y batahola, hasta quedar en la primera fila. “Poca Paciencia” Arden se paró de su asiento, y aunque tenía micrófono, gritó voz en cuello.

—Señores, ¡Silencio! no hay conferencia si siguen con este desorden.

Mi pobre gigante enojado. Hubiese sido un magnifico general romano ¡caray! ¡Qué mandón! Es, es ¡adorable! Como si fuera una fan, Marilyn Baker, pasó toda la conferencia pendiente de los gestos de su jefe.

—¿Qué le diría a todos aquellos que dicen que su “no accidente” fue una estrategia para desestabilizar el mercado y obtener ganancias?

Él respiraba profundo, ella lo miraba y decía, «eso, baby, respira profundo, es un idiota, sonrío y déjalo sin argumentos»

—Yo no tuve un “no accidente” simplemente, no tuve un accidente. La línea área debió sacar nuestros nombres del listado de los pasajeros. Ellos deben dar explicaciones. ¿Que fue una estrategia? Los que piensan eso no tienen idea de la ética Russell ni de cómo funciona el mercado. Soy un jodido cabrón, no un asesino.

—Pero, usted viajó a Paris a negociar con los chinos la construcción de represas en Suramérica y el negocio fracasó.

Mae se asustó, recordó el primer día de trabajo con él «No, ángel, no, es una provocación»

—¿Entonces, qué? ¿Hice explotar en el aire un avión para que nadie se entere de mi fracaso? ¡Maldición, Mathew, sigue con esto tú! no soporto tantas estupideces.

Lo vio pararse, ella, de inmediato caminó hacia la salida, pero se quedó quieta cuando se escuchó otra pregunta.

—¿Pensó en su familia? Ellos lo creyeron muerto.

Se giró y lo vio responder con su mejor cara mortífera.

—No, pensé en todas las familias de las personas que iban en el avión —hubo silencio en toda la sala—. La conferencia ha terminado, gracias a todas las personas que se preocuparon por mi secretaria y por mí, lamentamos lo ocurrido, nuestras condolencias a las familias y, a todos ustedes: al menos tengan compasión con la gente que murió, yo no soy el importante, ocurrió una tragedia, al menos actúen como si les importara.

—En la página de la empresa está la declaración pública, no podrán entrevistar a nadie ni filmar notas dentro del edificio, gracias por venir —Cooper despedía a los periodistas.

Las quejas se escuchaban por todos lados, Mae entendió a lo que él se enfrentaba cada día, era una figura pública y todos trataban de hurgar en su vida tan solo porque su imagen vendía.

—¡Idiota! se cree el dueño del mundo y pretende darnos lecciones de moral,

¡ojalá se hubiese muerto!, eso sí sería una noticia —dijo un periodista que se encontraba a su lado.

Furiosa, caminó hacia el tipo y chocó con él con la fuerza de sus cincuenta y siete kilos de furia, le tumbó la cámara.

—¡Oiga, señora! Fíjese por dónde camina.

—Lo siento, me enredé en un estúpido... cable.

En medio del salón, Cameron hizo esperar a todos los jefes de divisiones y una vez que todos los periodistas desalojaron el lugar, tomó la palabra.

—Solo quiero decir que mi familia y yo estamos muy agradecidos por su preocupación por todo lo ocurrido en estos días, sé que en los corazones y en las oraciones de todos estuvieron mi hijo y Becca. Quiero que transmitan este agradecimiento a todo el personal, siempre es un honor trabajar con ustedes, muchas gracias.

Todos aplaudieron, en ese momento Arden sonrió de manera tímida y agradecida.

—Gracias... yo... ¡ah, carajo, a trabajar! —y en un gesto inusitado comenzó a despedir a cada uno con un apretón de manos.

Con el saludo al último jefe de división la inquietud de Arden se evidenció cada vez más, por enésima vez se acomodó su mechón y exhalaba entrecortado.

—Buena conferencia, nos vemos después, tengo gente esperándome en la oficina —Matt salió del salón.

—Jacqueline te espera a almorzar hoy —Cameron se calzaba su abrigo con ayuda de Henry.

—Hoy hay mucho que hacer hoy.

—Arden, no le vas a decir no a tu madre, no durmió anoche de lo feliz que estaba.

—Sí, Arden, mami estaba clueca, su pollito regresó a casa —le revolvió el cabello— ¡aféitate! pareces un loco.

De manera juguetona, Arden le sacó la lengua a su hermano.

—¡Conejito!

—¡Ricitos!

El padre sonrió, un atisbo del niño que algún día lo amó aparecía de vez en cuando. Se despidió de Henry y quedó frente al hijo gruñón que miraba hacia

todas partes menos, a su cara.

—Hijo, cuando volviste, nací de nuevo y estoy tan feliz de tenerte conmigo, siento que puedo tener esperanza contigo, esperanza de que vuelvas a ser mi muchacho.

Arden levantó su rostro, sus perfiladas cejas se unieron en aquel gesto de furia contenida.

—No las tengas, padre.

—¿No habrá perdón?

—No, nunca podrás devolverme mi alma ni veinte años de mi vida, a menos que tengas la capacidad de hacerme inocente de nuevo.

El viejo, cansado, bajó la cabeza, sabía que su niño de ojos de tigre no volvería, y que en algún punto, él —su propio padre— fue quien provocó su muerte.

—Eres mi corazón, hijo.

—¡Nunca mejor dicho!, tu corazón enfermo —hizo una pausa y tomó aire—. Entonces, ¡extírpame, padre! —el sarcasmo con que dijo la frase dejó helado a Cameron.

Así, de esa manera, el padre entendió que su hijo seguía siendo aquel lobo herido que esperaba en la noche para atacar, y supo que él era y sería siempre la presa.

Arden quedó solo en el pasillo, Mae apareció y caminó hacia él con una sonrisa juguetona, pasó por su lado y no dijo nada, se fue hacia la zona de ascensores, eligió el de los funcionarios, él hizo un gesto para que tomara el elevador de presidencia, pero no obedeció, es más, entró al ascensor y apretó para cerrar las puertas, el hombre sonrió y negó con la cabeza, en un movimiento rápido, llegó hasta donde estaba la chica y puso el pie para evitar que el ascensor cerrara.

—Perdón, señorita ¿puedo subir? Voy a presidencia —le sonrió con coquetería.

Marilyn lo miró extasiada, trató de hacer el chiste del león de la Metro, pero la voz no le salía, ¡Ay, mi Dios! se acordó. La hermanastra, mientras se limaba las uñas, le habló ¿cómo no se iba a acordar si se lo gritaste todo en el round tres?

—Perdón, señor, ¿me permite besarlo? Si no le como la boca ahora mismo, voy a creer que usted es un sueño.

No terminaba de decir esas palabras cuando por el rabillo del ojo vio cómo la mano enguantada se alargaba, sintió el pequeño tirón que indicaba que el

ascensor se detenía, la misma mano tomó su cintura de manera posesiva y supo que no era un sueño, lo supo.

—Estoy enloqueciendo aquí —ignoró su pedido y la besó en su cuello.

—Buenos días, señor —ella trató de pillarle la boca.

—Buenísimos días, nena —el beso continuó en su cuello y encontró el lugar donde la marcó la noche anterior— ¡me gusta esto!

—¿Qué? ¿Ser un troglodita y caníbal?

—No, marcar lo que es mío, me pregunto si algunas partes de tu cuerpo son tan suaves como este lugar —Mae sintió su lengua hacerle un recorrido largo y tortuoso hasta detrás de la oreja.

—Si esto es un sueño, señor —su sexo palpitaba al ritmo de su corazón, pestañeó coqueta y trató de poner cara triste y lejana—, ¡lástima! nunca tendré su boca para comprobarlo.

Las dos últimas sílabas las dijo a medias porque sus labios fueron absorbidos por él cuando arremetió contra su boca, ella, desesperada, incitaba su lengua para que lo atacara como una serpiente mitológica.

La mano de Arden fue hasta sus pechos, paró el beso y la miró con intensidad.

—Todos duros para mí —la caricia se fue haciendo más intensa, la movió hacia la pared, hizo un movimiento fuerte con la pretina de su falda, desabotonó la camisa y comenzó a quitarse sus guantes— quiero tocar, lo necesito.

Algo en el instinto de auto preservación de Mae la trajo a la realidad.

—Ángel —él la pellizcó por encima de su blusa— me vuelves loca, pero, pero, cuando vean que el ascensor no asciende...

Él seguía tocándola por todas partes, estaba haciendo el intento de subirle la falda.

—¡Arden! —ella gritó y golpeó sus manos como si fuera una institutriz que castiga a un niño caprichoso.

—¡Rayos, Baker! ¿Por qué me quitas la diversión?

—Porque estamos en un ascensor y yo no quiero que todos vean como nos divertimos tú y yo ¿quieres que todos vean mis senos?

—¡No! Son míos, si alguien los va a ver soy yo, al resto, ¡les arranco los ojos!

—¡Eres peor que Darcy!

Se acercó a su boca y la mordió levemente.

—¡No tienes ni puta idea!

De mala gana apretó el botón para llegar al piso de presidencia.

—Y de ahora en adelante, en mi ascensor.

—¡Si señor! —contestó juguetonamente, imitando el asentimiento marcial.

—¿Te burlas de mí, Baker? —el tono de su voz fue oscuro.

—¡Si señor! —y el de ella, alegre.

Una sombra de risa apareció en el rostro de aquel hombre adusto, un algo entrañable y tierno calentó su corazón. Nadie lo hacía reír, presentía que descubriría cosas en aquella chica que apenas conocía y que eso lo haría... ¿feliz?

Arregló su uniforme, el cabello y rogó a todos los cielos que no se le viera en la cara su excitación. Las puertas se abrieron, jefe y secretaria salieron con actitud de piedra.

—¿Becca, qué hace usted aquí?

Apenas vio a la secretaria detrás del escritorio, le gritó. La pobre chica, se puso pálida y después se sonrojó.

—Yo, yo estoy trabajando, jefe.

—No, no, no, el médico dijo tres días de licencia, recoja sus cosas y vaya a hacerse los exámenes.

—Pero...

—Pero nada ¿va a discutir conmigo, Rebecca Larson? Baker y yo nos las apañaremos bien ¿no es así, Marilyn?

—Sí, señor.

—Ahora ¡váyase!

—¿Cómo estás Arden? —Hillary lo saluda alegremente.

—Bien —apenas contestó— ¡café, Baker!

—Ya lo preparo, señor —el corazón de la chica saltó de alegría.

—Hillary, llama a Theo, que te mande un chofer y un carro, acompañarás en todos sus trámites a Larson, no te separes de ella hasta que tenga todos sus

exámenes médicos y hayan almorzado juntas.

—¿Yo? ¿Por qué? No soy su niñera.

—Tienes razón —la secretaria florero estaba tan sorprendida por esas palabras que pasó por alto la ironía con que fueron dichas—. Entonces, me haces el informe de cuantas horas no se trabajaron en esta empresa durante mi ausencia. Separada por departamento e individualizada por personas.

—¡Noo! llamo a Theo, Becca, espero que estés lista cuando vuelva.

Apenas el jefe entró a la oficina, la amiga de Mae recuperó el habla.

—No sabes cómo se portó conmigo en Portugal, fue, fue...

—Como un caballero andante.

—¡Exacto!, siempre preocupado por mí, estuvo conmigo en el hospital, siempre me preguntaba cómo estaba, los mejores médicos. ¡Ay, Marilyn! me enfermé de puros nervios, no estaba preparada para la responsabilidad de ser su secretaria personal, no sé cómo tú pudiste viajar con él y no enfermarte —la miró risueña y se encogió de hombros—. Bueno, si sé: ¡eres una guerrera! —la tomó de las dos manos y la llevó a un rincón— ¡Dios! Él salvó mi vida, estaba enferma en ese avión y, sin importarle nada, hizo que nos bajarán en Lisboa, y ahora estoy viva —comenzó a llorar— toda esa gente muerta y yo en un hospital donde no entendía nada de lo que hablaban, enferma por histérica y él —indicó hacia la puerta de presidencia que estaba cerrada— preocupado por mí, pasamos la noche en un una clínica privada y hablaba con los médicos y las enfermeras, después, me traducía. Te juro que si tú me preguntas ahora quien es este hombre, no podría decirte “La Máquina”, no podría. Después de mi experiencia en este viaje con él, yo no sabría que decirte.

¿Quién es? Parece que nadie lo sabe.

—Me alegro que estés bien, Becca —la abrazó y le dio un beso en la mejilla—, yo estaba muy preocupada por ti, amiga.

—Pero ¿sabes? Aprendí una cosa

—¿Qué?

—Soy más fuerte de lo que yo pensaba. Yo también soy una guerrero.

—Claro que si ¡somos guerreros! Ahora vete, hazte todos los exámenes y haz rabiarse mucho a Hillary.

Ni bien la chica se fue, preparó la taza de café y entró a la oficina.

—¿Por qué demoraste tanto? Estaba a punto de salir a buscarte.

—Hablabas con Becca, creo que le estas empezando a caer bien.

—¿Estás loca, Baker? Yo le caigo bien a todo el mundo.

—¡Oh, sí! Eres el míster simpatía, lo dijo un periodista.

—A la única que le quiero caer bien es a ti, el resto me importa una mierda — la tomó de la cintura y la sentó en sus piernas, probó la bebida— adoro tu café, lo extrañé durante muchos días.

—Yo extrañé preparártelo.

—¡Bésame, Baker!

—¡Sí, señor!

Y lo beso tiernamente, su barba le hacía cosquillas.

—¿Por qué no te rasuraste? Pareces una bestia.

—Soy una bestia, niña —la besaba por la barbilla, haciéndola chillar de risa.

—Me haces cosquillas.

—Estaba de afán, solo quería venir a verte. Tengo implementos de aseo en el baño, mi madre siempre está pendiente de todo eso.

—Tu madre es una dulzura, estaba aterrada con lo de tu accidente.

—Siempre está asustada conmigo, cree que moriré en cualquier parte.

Una sombra de tristeza pasó por la cara de ambos.

—Es una tragedia lo del avión.

—No dejo de pensar en ello, el viaje a París fue un asco, Larson se portó a la altura —le sacó dos horquillas del pelo y las trenzas cayeron—. Algo pasó en el avión, ella empezó con los malestares y yo no lo pensé dos veces, bajé y eso nos salvó la vida. Antes, nunca hubiese bajado... ¡Pobre gente que se quedó en el avión! Casi todos eran familias con niños.

El rostro se mostró melancólico, miles de periodistas en el mundo matarían por ver como Arden Russell mostraba empatía por algo más que su poder.

Hay algo bueno en ti, ángel... lo hay.

—¡A ver, señor hermoso! Vamos al baño que lo voy a rasurar —pasó su mano por el cabello rubio— me gustan los rizos que se forman en tu pelo cuando crece —y se detuvo en el mechón, en un gesto juguetón, se lo tiró, tratando así de despejar las imágenes de aquel trágico accidente y evitarle que pensara en la culpa por haber sobrevivido.

Arden hizo un gesto infantil.

—¿En serio?

—Ajá, tengo que quitarte esa imagen de hombre sexy de las cavernas.

Con sus dos manos tiraba de él, que ofrecía una mínima resistencia, en el baño, se quitó su chaqueta y su camisa, fue inesperado descubrir que usaba como ropa interior una camiseta blanca, sin mangas, le pareció sensual y masculino, también vio la parte de un tatuaje, una impresionante serpiente, que parecía reptar hacia su cuello ¿por qué no la vi antes? Una nalgada suave la sacó de sus cavilaciones.

—¡Cálmate, Russell!

—Solo quería comprobar que no eres un sueño —se lo dijo muy serio— quiero tocarte, olerte, besarte, lamerte. Soy un loco, Baker.

—Pues, tenga cuidado, estoy trabajando y yo soy muy responsable.

Le dio un corto beso erótico, lo cubrió la cara con espuma y comenzó a rasurarlo con sumo cuidado. Estaba terminando la mejilla derecha cuando la detuvo tomándole suavemente la mano.

—¿Qué?

—¿Sabes que no hay vuelta, verdad?

Ella le sonrió.

—Lo sé.

—¿Y...?

—Yo también estoy loca.

La tomó de la cabeza, firme, con las dos manos y se vengó de su beso erótico con uno más largo, y después le restregó la mejilla enjabonada en su cara. A pura voluntad, la chica se impuso sobre el juego erótico y volvió a ponerle espuma en la mejilla que faltaba y siguió rasurándolo mientras entonaba una melodía.

—¿Qué cantas?

—Una canción que mi madre me cantaba cuando yo era una niña.

—Me gusta.

—¿Te gusta, Señor Intérprete de Bach?

De nuevo las sombras cubrían su cara.

Arden, siempre digo cosas que no te gustan.

—Mírate, el hombre más feo sobre la tierra ¿qué hago yo contigo?

—¿No estás segura de estar conmigo?

—¡Caray, ángel!, definitivamente no tienes sentido del humor.

—No, no lo tengo.

Le agarró el cabello.

—La primera vez que te vi, casi muero, la cosa más deliciosa sobre esta tierra decían, yo no les creí, pero wow, de verdad, nada se compara contigo.

Le subió la blusa y le dio besos pequeños en su vientre y la acariciaba tiernamente.

—Eres tan hermosa.

—¿Aún con esta ropa?

—Nena, me gusta así, toda cubierta para el mundo, solo yo sé lo que se oculta tras todo eso —la mordió— yo y miles de idiotas turistas en las playas de Río de Janeiro, no te vuelvas a poner esos bikinis, si te los veo, los quemó.

—Solo me vestiré bonito para ti.

—¿Te pondrás esos zapatos altos para mí?

—Solo para ti.

—¡Dios, nena!, no puedo esperar a ver como es un orgasmo tuyo, estoy seguro que debe ser la cosa más hermosa de la tierra.

Se sonrojó como un tomate.

—Yo quiero que tú me des muchos orgasmos, muchos, será mi recuerdo para siempre, tú en mí.

—Mi boca en ti —aspiró su olor— saboreándote, oliéndote, bebiendo todo lo que tu sexo dulce va a darme, comiéndote.

Marilyn con los ojos cerrados y su cabeza echada hacia atrás escuchaba aquellas palabras.

—Yo también quiero eso, quiero estar desnuda contigo, sentir como me besas y muerdes, quiero darte placer, tomarte con mi boca y hacer que grites.

Lo dije, lo dije, ¡voy a aprender!

—¡Joder! Nena, creo que me voy a morir.

La levantó con fuerza para después tumbarla en el suelo del baño.

—Voy a durar horas contemplando tu cuerpo desnudo, voy hacer que te corras, una y otra vez.

—¿Me harás suplicar?

—Vas a pedirme piedad.

Él sobre ella, llevó sus brazos por encima de su cabeza y apretó sus manos con fuerza, apartó con una de sus rodillas las piernas de la chica, mientras que subía su falda. La besaba mientras imitaba el movimiento de copulación, Mae sentía como la presionaba con su sexo. Estaba tan excitada y lo vio dilatar su nariz.

¡Es un lobo!

—Puedo sentir el olor de tu sexo, dulce —aspiraba—, almendras. Mae Baker ¡hueles maravilloso!, mmm si, azúcar y miel.

—Sigue hablándome así y no tendrás que tocarme para provocarme un orgasmo —la anticipación era agonizante.

—Sé hablar, pero mi lengua sabe hacer otras cosas mejores.

—¡Yo quiero! ¡lo quiero, todo!

Arden iba a lanzarse sobre la ropa interior de la mujer, pero en un momento fugaz vio toda la geografía que lo rodeaba. No, no ella merece algo mejor que follarla en un baño como una mujer cualquiera, no tengo condón y ¡diablos! no quiero condón, ¡caray!, hace más de dos años no tengo sexo con una mujer, estoy oxidado, ella es tan ardiente y yo estoy tan excitado que me puedo venir al solo rozarla.

Se incorporó quedando de rodillas frente a ella.

—¿Qué pasa?, ¿no te gusto? —el tono de su voz era de terror, pero la diabólica mirada de él le dio la respuesta.

—Mi amor, eres la cosita más follable sobre la tierra, estoy tan duro como el riel de un ferrocarril, pero ¡míranos!, esto es un baño. Yo no quiero así, no quiero, no, al menos, nuestra primera vez. Después, te haré el amor en cualquier parte pero, ahora, no.

Ella se irguió, miró a su alrededor.

—Tienes razón, debemos sacar nuestra relación de esta oficina, de este edificio.

—De Russell Corp.

—Solo quiero que seamos Keith y Celine.

—Sí, solo tú y yo.

La ayudó a pararse, él se puso su camisa y esperó a que ella se arreglará su vestido.

—Debemos trabajar, señor.

—¡Diablos!

—¡Oh, sí, Diablos! —rió e imitó su gesto de niño caprichoso.

—¿Quién lo diría? Me estoy convirtiendo en un caballero.

—No, no, no, quiero a Arden Dragón Russell.

—¿Dragón?...

—Grande, mágico, bello.

—¿Erótico? ¿Pervertido? ¿Obsceno?

—¡Sí! Toodo eso.

—Señorita Baker ¿no ha escuchado usted eso de que lo peor de los deseos es que de pronto se te convierten en realidad?

Así fue como comenzó el día de trabajo, se sentaron como siempre, uno frente a otro, comenzaron a desarrollar la agenda. Cuando Hillary volvió y entró a la oficina, se encontró con el mismo cuadro de siempre, dos personas que escasamente se hablaban, una chica concentrada frente a un computador y un hombre enorme hablando y hablando.

—El trabajo está atrasado.

—Tu padre no quiso que estuviera aquí.

El gesto de Arden fue oscuro.

—Cameron Russell siempre manejando al mundo.

—Estaba preocupado por ti.

Tiene miedo que hasta mi manera de morir se le salga de las manos.

Mae se fijó como la mención del nombre del patriarca lo perturbó, había visto el gesto muchas veces, pero hoy, cuando ya no temía observarlo, ese gesto se

le manifestó en su totalidad.

—Mi padre es...

—Es un buen ser humano, Arden.

—¿Lo es?... ¿Soy bueno yo?

—¡Sí!

—No, no lo soy, lo sabes muy bien —lo dijo con voz ruda—. Soy al que todos temen.

Mae se estremeció, él era perverso, lo sabía. Arden se paró frente a la gran ventana, agarró su telescopio, pero no veía a ninguna parte.

—¿Te asusté, no es así?

—Un poco.

—Ya no puedes correr, ni huir de mí.

—¿Quién dijo que voy a correr?

—Algún día vas a hacerlo y yo me volveré loco.

¡No!, ¡no!, ¡háblame como lo hacías hace un momento!, quiero que sonrías para mí.

—Si algún día intento correr, me atas a tu cama y se acabó el problema.

Él volteó y la miró por encima del hombro de manera perversa, y sonrió.

¡Allí está!

—No me tientes, Baker —se acercó como un felino— podría hacerlo ahora para no correr riesgos —se inclinó hacia ella y la abrazó— podría desnudarte y no permitir que nadie te viera, yo te bañaría y te alimentaría, puedo decirte que sería muy feliz con eso.

Ella soltó una carcajada.

—No estoy bromeando, Baker.

No, no lo está haciendo.

—¿No?

—No.

Sus ojos estaban oscuros.

—Siempre estaré de cacería contigo.

Algo en el interior de Marilyn se removió ¡Huye ahora!, ¡huye antes que él te esclavice!

Como si hubiese leído su mente, se levantó furioso, apretó sus manos, las metió en sus bolsillos y su voz retumbó.

—Terminemos el trabajo, no quiero nada pendiente.

—Muy bien —Mae reprimió una lágrima, buscó entre sus notas y volvió a ser la secretaria— lo próximo, una conferencia con el vicepresidente del DTBank, está en Dublín, en sus últimas declaraciones pidió frenar la creación de paraísos fiscales y el control sobre el origen de los capitales de las empresas offshore, de inmediato comunico.

—Bien —acomodó hacia atrás su mechón albino y frente a ella, puso su expresión de piedra.

No te ama idiota, no te ama... ¿Qué sientes por mí, Mae? ¿Curiosidad? ¿Excitación? ¿Quién demonios eres?

Ajena a todo lo que le ocurría a Arden, la secretaria conectó la videoconferencia y se retiró, dejándolo solo en su oficina. No la volvió a llamar. Al medio día, Henry llegó como un huracán.

—Hola chicas ¿mi hermano?

—En su oficina, ¿en qué otro lugar podría estar la Máquina? —Hillary y su desatino; creía que su cercanía con Bianca le daba derecho a tener confianza con todos los miembros de la familia.

Henry la ignoró.

—Oye, Mae —la chica lo miró sorprendida— ¿te puedo llamar así?

—Claro.

—¿Podrías hacerme un enorme favor?

—¿De qué se trata?

—Necesito que vayas a Tribeca y me traigas unos documentos privados. Debería ir yo pero tenemos el almuerzo con mamá.

—Lo haré, Henry.

—¡Cielo santo, Mae! gracias, son muy importantes para mí y solo en ti puedo confiar, eres un ángel. ¿Por qué no dejas al hombre de las tinieblas y te vienes conmigo?

—No, no puedo hacerlo.

—Claro que sí, yo mismo le diré.

—¡No, por favor! ¡Arde Troya!

—Es una broma, niña, ¡me mata! tú le caes bien, aunque no te lo diga.

Camino a casa de sus padres, Arden no prestaba atención a lo que decía su hermano ¡Soy un idiota!, ¡un grosero!, ¡un canalla!, ella, ella siempre se rebela conmigo y yo la asusto como un imbécil, debe estar convencida que soy un estúpido. Agarró su celular y la llamó, en ese momento no le importaba si su hermano lo escuchaba, pero ella no contestó.

—¡Maldición!

—¿Qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

—No vayas a llegar con esa cara a la casa, mamá está emocionada y tú, con esa cara, dañarás la fiesta.

¿Dónde estás? ¿Tienes que apagar el puto aparato?

En la casa Russell todo era algarabía, pero él no ponía atención.

—¡Eha, hermano!, aterriza ¿Dónde estás?

—Estoy aquí, Ashley, solo pienso en el trabajo todo acumulado.

—Deberías descansar, cariño, unas vacaciones te vendrían muy bien.

—No, no es hora de descansar.

El mismo rostro que Cameron había visto unos días antes, allí estaba de nuevo.

—Arden, debería tener una chica, el sexo ayuda, sobre todo a los ancianos como tú —Henry se burlaba.

Arden gruñó, iracundo.

—Una novia, Arden —la hermana pequeña insistió desde otro ángulo— le haría bien una chica a esta familia.

—¿Y yo, qué demonios soy? —levantó la voz Bianca herida en su orgullo.

—Tú eres un camionero de boca mugrosa —contestó Mathew— estamos hablando de una chica que cuando hable no diga mierda cada cinco segundos.

Todos soltaron la carcajada, Bianca le mostró el dedo de en medio a su hermano, quien le guiñó un ojo en complicidad y cariño. Cameron era el único que no reía.

—Dejen tranquilo a su hermano.

—Sí, déjame tranquilo pequeña jirafa.

—¿Me juras que si la encuentras seré la primera en saberlo?

—Será muy curioso ver eso —la esposa de Henry batía su cuchara mientras hablaba— Arden Russell enamorado, debe ser aterrador.

—¡Bianca! —su hermano rodó los ojos impaciente, siempre era el llamado a controlar la lengua de su hermana.

—¿Qué? ¡Todo sabemos cómo es!, ¡por favor! —hizo un alto para tragarse lo que tenía su boca— ¡Ya siento lástima por quien se atreva!

—¡Cállate mujer! —gritó Henry con más risa que verdadera rabia— pero sí tienes razón, cuando éramos niños andaba con sus juguetes gritando ¡Mío! ¡Mío! No me dejó jugar con nada suyo hasta que yo tuve como diez años.

Los padres guardaron silencio, ellos lo habían visto enamorado una vez y no fue algo bonito de ver. Durante aquel tiempo se mostró huraño, grosero y cruel con la chica.

Pobre Chanice.

Extrañamente el pensamiento no fue producido por los padres, fue el mismo Arden quien lo pensó. Chanice fue su instrumento de venganza, una piedra en el camino que no le importó destruir, ella lo amaba, ¡muchas mujeres lo amaron!, él las destruyó a todas. ¿Voy a destruirte a ti también, Marilyn? Se paró de la mesa y se disculpó para ir al baño, marcó de nuevo el celular, pero nada. ¿Su teléfono privado? Ni siquiera me lo ha dado. ¡Rebelde!, ¡rebelde!

Miraba el reloj con desesperación ¡al fin! el almuerzo había terminado, besó a su madre y hermana y salió corriendo a la oficina, pero no la encontró, fue a su archivo en la computadora y vio el número privado de su celular y marcó. Timbró, timbró casi seis veces hasta que ella con voz solemne.

—Señor.

—Soy un idiota hijo de perra, nena.

Ella no contestó.

—¿Me odias?

—No, no te odio, ni siquiera estoy enojada contigo, ese eres tú.

—El cretino más grande sobre la tierra.

—Bueno, no te discuto eso —lo dijo riéndose— pero, así me gustas.

—¿Dónde demonios estás?

Y ahí vamos de nuevo...

—En Tribeca.

—¿Por qué en Tribeca?

—Le estoy haciendo un favor a tu hermano Henry.

—¿Acaso no tiene su propia secretaría?

—Es un favor personal.

—¡Ni personal ni nada!, no, no, tú eres Mi secretaria. Él ¡que se pudra! Ven pronto... ¿sí?

—Son las tres de la tarde, me demoro una hora más.

Hubo un silencio entre los dos.

—Te invito a cenar a mi casa ¿Qué te parece?

—¿De verdad quieres que vaya a tu casa?

¿Cómo lidiar con alguien así?

—Eres bienvenido siempre, yo también quiero verte, estoy ansiosa por verte, por tocarte, por besarte.

Una sonrisa de perversa anticipación cruzó la cara de Arden Russell.

—Estoy excitándome con eso, nena.

El clítoris de Mae saltó ante su voz de cogida perfecta ¿Cómo es que su voz me pone así? Caray soy una puta secreta, me pregunto si todas mis heroínas de novelas románticas habrán sentido como se mojan con el solo sonido de voz de los hombres que amaban ¿y las princesas? ¡Diablos, sí!

—¿Cuán excitado estás?

—Hasta el dolor y ¿tú?

—Estoy tan caliente que exploto

¡Mi Dios!, ¡mi Dios!, ¡mi Dios!, yo estoy diciendo esto por teléfono.

—¡Lucifer!

—¿Te gusta mi voz? —hasta su voz era diferente

—¡Me fascina!

—¿Tendremos sexo algún día por teléfono?

—Nena, romperemos records.

—Deberás, entonces, comprarte una empresa de telecomunicaciones.

—Ya la tengo, señorita Baker.

—¡Uy! —pícara y juguetona Marilyn se aprestaba a mostrar su lado más humorístico— ¡llámame Gatúbela, nene!... miau —maulló como gatita.

—Júrame que siempre tras el teléfono estarás desnuda.

—Ya lo estoy.

—¡Demonios!

—Desnuda en tu cabeza ¡mal pensado!

—Siempre estás desnuda en mi cabeza.

—¿Me veo bien?

—Absoputamente perfecta.

—Pues, soy mejor.

—Eres Satanás bajo esa ropa, señorita Baker.

—Soy un angelito, señor Dragón.

—Pues, yo soy el puto diablo y en honor a ti voy a masturbarme hasta que solo queden mis huesos.

Marilyn dejó de respirar, así era él, con la boca sucia y de pensamientos infernales.

—¿Algún día me dejaras mirar?

¡Dios! ¿Yo estoy diciendo eso? ¿Lo estoy diciendo?

—Te dejaré gozarme, niña, voy a permitir que me intoxiques, me envenenes y me mates, ya no puedo esperar, Marilyn.

—No esperes, Dragón.

Un pequeño silencio, una promesa de sexo, saliva, sangre, placer y agonía.

—Voy a hacer que tu sexo arda hasta el día en que mueras, Mae.

—¿Es una amenaza, señor Russell?

—No, es una puta promesa.

En su apartamento, excitada y asustada, la chica trataba de racionalizar, poco a poco Arden se acercaba a su piel y a su sexo, finalmente estaba siendo fiel a su naturaleza que era igual o peor que la de aquel hombre que le prometía arrasar el infierno a punto de sucia y poética lujuria. El rostro de Richard apareció frente a ella «eres una mosca muerta ¿Qué le vas a decir? ¿Qué hablas como una puta tras el teléfono, pero que en realidad eres una virgen sin experiencia?, un hombre como ese quien se ha follado a la mitad de la ciudad ¿se va a conformar contigo?»

Hasta cierto punto ser virgen había sido su orgullo, no un orgullo nacido de una visión hipócrita y juzgona del mundo. En un mundo sexuado como en el que vivía, mantenerse virgen era una manera de rebeldía, ella era peligrosa, se había negado a tener sexo solo por ser parte del grupo o de la moda, se negó a tener sexo por no tener que ser parte de ese grupo patético de mujeres que contaban su primera experiencia sexual como algo terrible y melancólico. Se negó a tener sexo con Richard porque él seguramente no era —y ella lo presentía— el amor de su vida.

De una manera práctica sabía que aunque el hombre que fuera su primero no tenía por qué ser su esposo (nunca pensó en Rocco como su esposo) ella al menos tenía que sentir deseo ¿deseó a su novio? Sí, si lo había hecho, pero el hecho de que él tuviese esa obsesión maligna con ella la hizo desistir de acostarse con él, supo —cómo le había dicho a Cleo— que hacerlo sería un terrible error, lo deseaba pero de una manera idílica, es decir, infantil, era como desear un beso francés, pero nada más. Ella descubrió lo sexual que era por medio de sus libros, de sus escritos, sabía la fuerza del Nilo que corría por su ser, sabía lo hambrienta que estaba, pero era como si su hambre no encontrara un punto fijo, su alimento y ¿ahora? Estaba él y se sentía desatada, desinhibida e indecente...

¿Cómo se enfrentaría a él? Con su inexperiencia, con mucha teoría pero sin nada de práctica, con su deseo de niña tonta, con su miedo al dolor, a la vulnerabilidad de la desnudez, con la sensación de su miembro dentro de ella, ¿sería ella capaz de enfrentar el hecho de que quizás su no saber lo haría desistir? Pensó en todas esas mujeres, sus amantes sus “citas para follar” Quiero que él me haga el amor, pero también quiero sexo duro, no importa si se aburre, una noche, una sola noche y valdrá la pena.

Se miró al espejo, se había vestido de manera sencilla, no como la secretaria oscura, sino como la chica de veintitrés años que ella era. Un vaquero, una blusa amarilla de tirantes, su cabello salvaje y pesado cayendo sobre sus caderas y ¡oh sí! Los Ferragamo rojos, un poco de maquillaje y el infaltable Chanel número 5.

—¡Oh, Susy! ¿Qué estoy haciendo?

Escuchó su puerta y saltó de miedo. Allí estaba él muy serio, con los brazos hacia atrás. Tenía unos pantalones de jeans desgastados, una camiseta con el logo de ACDC y una chaqueta estilo motociclista.

—Hola, señor.

Arden no contestó se quedó mirándola con hambre.

—Pasa.

—No hay vuelta atrás, Mae —su mirada era profunda.

—No la hay, ángel.

Mae se lanzó a darle un beso, pero él puso enfrente de su rostro un pequeño ramo de flores y chocalinas que escondía tras su espalda.

—Dicen que a las chicas les gusta esto.

—Gracias, señor, me gustan mucho —contestó taciturna, joyas, autos, vestidos para sus amantes; premios de consolación.

—Porque si no te gustan, te compro otras.

—Me encantan, son hermosas —sonrió, con picardía.

De nuevo, la mirada oscura y lujuriosa, apareció en él.

—Ahora sí, mi alimento —fue hacia ella y la besó con el hambre y la premura de siempre— ¡eres tan hermosa, mujer! —la alzó hasta el mesón de la cocina y allí la sentó para continuar el beso desesperado.

—¿No tienes hambre?

—¡Mucha!, mucha, mucha hambre.

La besaba por el cuello, Mae se arqueó y él la recostó en el mesón, los pequeños besos continuaron su recorrido por su pecho quedándose en los senos que estaban duros y apuntaban como flechas hacia arriba, mordió uno de los pezones por encima de la camisa, metió una de sus manos por debajo de la ropa y acarició su vientre para seguir con su seno derecho, jadeaba como loca, respiraba fuertemente, llegó de nuevo a sus labios, continuando el movimiento en su seno, ella hizo un gritillo sexual en boca.

—¡Arden!

—Vengo a cumplir mi puta promesa —la tomó de la cintura con la intención de quitarle los pantalones.

Una voz de alerta sonó en la cabeza de Mae ¡tengo que decirle!, tengo que decirle juguetonamente ella puso uno de sus tacones sobre su pecho.

—Comida, comida...

Mas, él se resistió.

—Eso es lo que voy a hacer... ¡comer!

—¡Arden!

—¡Qué! —rió con impaciencia. Se separó de ella y la elevó en sus brazos— no creas que me he rendido.

—No quiero que lo hagas —se bajó del mesón—, la comida está en el horno y está caliente.

—¿Ves? ¿Cómo no quieres que ande todo cachondo cuando me hablas de comida caliente?

Mientras ella abría el horno, él le tocó el trasero y lo acarició con su muy, muy enorme erección, su ninfa maldita estaba presta a mirar si era tan grande aquella maravilla cálmate, cálmate... ¡cálmate, sucia!

—Te hice arroz florentino, con ensalada y compre vino y... ¡y frutas! —pero, él seguía acariciándola de esa manera tan lujuriosa que ella estaba a punto de un desmayo—. ¡Duraznos! ¡Fresas! ¡Cerezas!

¡Socorro! Estiró su mano y tomó una cereza, se deshizo del abrazo ardiente, puso su cara de niña linda y con voz temblorosa, dijo:

—¿Quieres una cereza?

Arden puso una expresión demoníaca y traviesa. Rápidamente metió una de sus manos por la entrepierna de Mae y apretó fuertemente. Ella saltó de agonía y conmoción.

—Claro que quiero cerezas.

¡Sagrado Batman!... La boba, cursi y mustia hermanastra gritó su mantra de sorpresa y lujuria. Tímidamente, ella le puso la cereza en la boca y él mordió, haciendo que el jugo de ésta se derramara por su barbilla, Mae no resistió y pasó su lengua por ella.

—¡Más!, ¡quiero más! —otra cereza y él mordió uno de sus dedos como una bestia tierna.

—¿Arden, que vamos hacer tú y yo?

—¡Comer, nena!, ¡comer! Estoy hambriento —iba hacia otra ronda de besos, pero ella se le escapó.

—¡Siéntese, Russell!, le voy a servir mi gran arroz florentino.

Arden pateó el suelo, divertido.

—Es difícil negociar contigo.

Mientras comía, ella lo observaba está en mi casa, en mi mesa, comiendo mi comida.

—¿Te gusta?

—Maravilloso —hacía sonidos con cada bocado, disfrutando cada mordida—
¿Tú no comes, nena?

—Me gusta verte comer.

—¡Come! Mujer, el placer debe ser de ambos.

Mae estaba nerviosa, le sirvió el vino y temblaba. Arden se dio cuenta, la tomó de sus manos y besó sus nudillos para calmarla.

—Tranquila, tranquila.

—Tú, en mi casa.

La sentó en sus piernas y apartó el cabello hacia atrás.

—Me encanta tu casa, aquí estas toda tú, tus dibujos, libros ¡Mierda, los veo y me siento como un analfabeto!, tu música, como huele a ti por todas partes, las fotos, hasta el maldito gato me gusta.

—¡Dios! Darcy debe estar furioso.

—Yo invado su territorio.

—¡Que se pudra! —dijo ella, imitando su voz— aquí hay un nuevo dueño.

La expresión de él cambió radicalmente, de nuevo aquel gesto de tristeza.

Quiero que me ames, dame un sí con todo tu ser ¡dámelo, Mae!, si no lo haces, te mataré en el intento.

—Repítame lo que me dijiste en el avión, cuando fuimos a Brasil —salpicaba su cara con besillos tiernos y lujuriosos— una corriente de agua fría me recorrió la espalda cuando te escuché eso de «Eu quero ver você».

Tomó la cara pícaro y coqueta de Mae entre sus manos y con el mejor acento lusitano, le dijo:

—Eu quero ver você, quero ver você nu na minha cama e fazer você gritar de

placer.

—El escalofrío otra vez —le besó la boca y mordió suave el labio inferior—, tradúcelo, por favor.

—Quiero verte, quiero verte desnuda en mi cama y hacerte gritar de placer.

Marilyn pestañó rápido, tenía que hablar y buscaba las palabras pero, la boca de Russell en su boca la hizo olvidarse de todo, el ambiente se volvió caliente y pesado, los besos, aún más. Arden quería hacer el amor con ella.

¡Putá madre! ¿Hacer el amor? ¡Estás perdido, completamente perdido! Primero seré tierno y luego, duro. Voy a clavarla hasta que agonice, crucificarla hasta que suplique clemencia ¡Mierda! No traje condón, hace tanto tiempo que... ¿Y si me porto como un adolescente eyaculador precoz? Mi placer será su placer, me duelen hasta los testículos ¡mierda, no quiero condón!, no, ella no es como las demás, quiero sentirla ¡toda!

Los besos se hicieron peligrosos, lenguas, saliva. Se cogían con la boca.

—Arden ¡Dios! Yo... ¡Yo tengo que decirte una cosa!

Los sentidos de él estaban embotados, ni siquiera cuando consumía heroína las sensaciones eran tan fuertes, estaba desesperado. La alzó y la llevó hasta su cama, la besaba por todas partes, su cabello como una cortina extendida de manera sensual, sus labios carnosos y expectantes, sus senos que lo esperaban, toda ella era. Vio sus zapatos.

—Quiero follar hasta tus zapatos, sueño con ellos por encima de mis hombros.

Señor, es ahora o es nunca, ahora o nunca ella agarraba los cobertores de su cama.

—Arden ¡Soy, soy virgen!

Las palabras llegaron hasta sus oídos desde lejos, muy, muy lejos, una risotada siniestra lo abofeteó no la mereces, no la mereces, no la mereces...

—¿Qué?

—Soy virgen.

Arden se apartó de manera violenta ¿Virgen?... ¡diablos! La voy a lastimar.

—No es una enfermedad.

—Eres tan hermosa ¿cómo?, es decir, yo en lo único que pienso cuando te veo es hacerte el amor hasta que mueras.

—Las cosas se dieron así, nunca nadie me excitó como tú lo haces.

—Pero, hablas tan sexy.

Ella le dio una mirada perversa.

—Tengo mucha imaginación, tú me provocas... ¿no te gusta que sea picarona?
—suspiró, coqueta.

—¡Dios, Baker! Me pones enfermo de deseo, ¿nunca tuviste un novio?

Primero muerta que contarle lo de Richard, es mi pasado, él no existe, no voy a permitir que su fantasma arruine todo.

—Larry, pero fue un novio de secundaria —contestó secamente.

Caminaba de un lado a otro como animal enjaulado, la cara de Chanice estaba frente a él, burlándose.

—Me muero por tocarte.

—Es lo que quiero —sonrió con timidez.

—Nena, yo...

Mae se acercó, le levantó la camisa y comenzó a besar su pecho, jugaba con su lengua, el leve vello que lo cubría la excitaba más.

—Soy buena aprendiendo, muy, pero muy buena... ¡la mejor!

Pero, él solo escuchaba las voces de su pasado Arden Russell ¿tierno? Tú, señor del Dolor, ¿acaso has olvidado de lo que eres capaz? Los besos continuaban, ella mordió una de sus tetillas, para después hacer círculos con su lengua.

—Yo te esperaba, ángel; sin saberlo, te esperaba. No me imagino a nadie que no seas tú.

—No digas eso —Arden agarró las muñecas y la apartó.

—¡Yo soy tuya!

—No sabes, no sabes de lo que soy capaz.

—No me hagas rogar, es lo que quiero.

—¡No! —la apartó, agarró su chaqueta, y se la puso rápidamente—. Eres demasiado para mí.

Salió corriendo de allí, sin importarle que Mae sollozara tras sus espaldas. Manejó como un loco, en él había dos sentimientos contradictorios, el del neandertal que quería pararse en Central Park y aullar como un loco lleno de

satisfacción ¡Mía, solo mía!, y de nadie más pero de otro lado estaba la bestia folladora que había sido desde que era un adolescente y que arrasó todo lo que se movía.

«—Nunca me he acostado con nadie.»

«—Que ternura.»

Jennifer la primera con quien había tenido sexo. Aún se acordaba como aquella chica tres años mayor que él, prácticamente lo violó en uno de los baños de la escuela. Pensó que moría cuando se enterró en ella. Se vino al instante y ella se burló del pobre niño inexperto.

«—Niño, por esa maquinaria que tienes yo te perdono, ¡voy a enseñarte cosas que no te imaginas!»

Así fue como comenzó todo. Solo tenía trece años, parecía un loco, su obsesión por la música fue reemplazada por su obsesión con el sexo caliente y dispuesto de esa chica. Creyó que la amaba, la seguía por todas partes, la llamaba todo el día; un día, en medio del sexo frenético en la oficina del conserje, casi con lágrimas en los ojos le pidió que se casara con él, aún era un niño tonto y romántico, absolutamente fascinado con todo el placer demente que ella le ofrecía, pero la crueldad de ella hizo carne en él.

«—Por favor, niño, eres demasiado fofo para mí. Quizás, en unos años...»

A los días supo que ella se acostaba con la mitad de la escuela. Muerto de rabia, de dolor y como un estúpido niño despechado, le dañó su auto y en su casillero le puso una rata muerta y escribió PUTA. Y, fue así como comenzó el hambre feroz que lo asfixiaba, Jennifer Smith había desatado el animal en él y se convirtió en el niño malo de la escuela. Cuando su madre Tara apareció con la heroína dio la puntada final a su vida y pasó de la obsesión a la demencia.

«—Mi nombre es Chanice.»

«—¿Te han follado, Chanice?, no me interesan las putas vírgenes.»

«—No, no soy virgen.»

«—Porque te voy a llevar a la mierda.»

«—Te amo Arden.»

«—Eres una idiota.»

«—Daría todo por ti.»

«—¿Has consumido coca?»

«—Sí quieres seguir conmigo, te atenderás a mis vicios.»

«—Lo que quieras.»

Se acordaba como la penetraba en los salones de la triste escuela pública donde estudio el primer año de preparatoria. Quería a Chanice, ella lo había aceptado tal cual era, demoníaco, drogado y cruel, pero la usaba, como se usa un baño público.

El día que le dijo que la amaba, estaban en un viejo y sucio callejón mientras que la follaba como perro.

«—¿Me amas?»

«—Sí.»

«—¿Entonces, porque te las tiras a todas?»

«—Porque necesito la puta variedad, no creas que voy a ser exclusivo con tu coño, Chanice.»

La ofendía cada vez que podía, mientras que ambos se hundían más y más, ella no era una buena chica y el constante maltrato de él la convirtió en un monstruo.

«—Te odio, maldito, ¡no mereces nada!, nada, solo eres una polla grande, lleno de puto dinero, ¡te odio!»

«—Me importa un culo lo que pienses.»

Pero él la necesitaba, la amaba, era la única capaz de seguirle el ritmo: se peleaban, se drogaban, tenían sexo como un par de bestias y después, otra vez peleaban hasta llegar a los golpes. En su mente enferma de adolescente desbocado, la convirtió en el arma perfecta para lastimar a su padre.

Ella, hija de una mesera y viviendo en un departamento social, cuando descubrió que su novio era hijo de un millonario, se juró resistir todos los desplantes, es más, disfrutó ampliamente provocar, con su golden boy, a Cameron. En la casa de los Hampton, tuvieron sexo en su escritorio, fumaron marihuana en su auto, se emborracharon en la cena familiar y cuando fueron expulsados de la casa, rió como loca cuando entre maldiciones, Arden chocó deliberadamente el Mercedes favorito de su padre. Qué decir de la noche que tuvieron sexo en su cuarto de niño, no le molestó que su chico la utilizara para decirles a todos, con un orgasmo furioso, que ya no era niño y que tenía el puto control de su vida, aunque viviera en Juneau, con una madre loca que siempre lo llevó a medirse más allá de sus límites.

Chanice era un monstruo igual que él, pero no le importaba, estaba demasiado enervado con la droga, con su rabia y con la imagen de Tara y su sangre corriendo en el maldito baño. Y, llegó Dante, su amigo de niñez, su compañero de juergas y de heroína; y después, llegó Faith y todo se fue al puto demonio.

... Y su sexo ardiendo como extensión misma de la necesidad de dominio y dolor, explotó y fue su manera de herir, de maltratar, de torturar; fue asqueroso y placentero, brutal y violento. Todo lo probó, hasta llegar a no sentir nada. Las parejas en cuestión eran un simulacro, tan solo se reducían a ser un pedazo de carne, todo era una aberración, encontrar placer en lo detestable lo bajaba al infierno y no le importaba, era su castigo, era su manera de acallar el llanto.

Ni siquiera tenía aquel sueño de niño púber, el sueño de la dulce chica preciosa que le calmaba en sus noches afiebradas, ella era la única conexión con la pureza que nunca tuvo, la soñó, la buscó y luego, Chanice y el maldito veneno en su sangre que acható todos sus sentidos y espantó su delirio. Se convirtió en el rey de los infiernos, en el Señor del Dolor y no paró; cientos de mujeres en su memoria, bellas, jóvenes y no tanto, el único requisito era: dejarse follar por el diablo.

«—Follo, no amo, si te interesa, llámame, sino, no me hagas perder el tiempo»

«—Nos veremos de 7 a 9 de la noche, lunes, jueves y sábado, no laves ropa interior.»

«—No llamar.»

«—No exigir.»

«—Citas para follar.»

«—No dramatismos baratos.»

«—No compromiso.»

«—No sueñes conmigo.»

«—Eres cruel, Arden Russell.»

«—No sabes cuánto.»

«—Te amo.»

“Te amo” le dijeron muchas. “No me interesa” les dijo a todas.

Carol, fue una de las que no siguió las reglas, un día llegó con una colección de música rusa de regalo: grave error.

«—La compré para ti”

«—¿Quién te dijo que quiero música?»

«—Yo, yo pensé»

«—¿Quién te dijo que pensaras?»

«—Arden yo quiero ser más para ti, tiempo, quiero tiempo, dame más, quiero más»

Aquellas palabras lo desesperaban ¿qué querían?, ¿amor?, ¿ternura? Él era la Máquina. Pero, con Valery, un animal peor que él, hizo que el terreno seguro del infierno se fracturara y sintió que estaba siendo enterrado y allí fue cuando paró; con toda su hambre, paró; con toda su necesidad, paró; con su deseo de algo más, paró y aun así seguía siendo el animal de siempre.

El sueño idílico de su niñez apareció de nuevo ¡Dios! y llegó su rebelde secretaria; ella, Marilyn Baker, que con su café y su perfume lo trajeron de vuelta, y que con su virginidad, lo juzgaba. Tu pureza me avergüenza ¿Cómo ser puro ante ti, Mae Baker? Abrirás tus piernas y me darás tu sexo, ¡no la merezco!, ¡maldito idiota! ¿Virgen? ¿Desde cuándo es importante eso para ti?, ¡es ella! ¡Solo para mí!, ¡Cromañón!, ¡hombre de las cavernas! ¡Maldición! todas esas cosas que hice me alejan de ti. Te haré daño, te lastimaré. Marilyn Baker, ¿qué demonios hago contigo?

Ella se limpiaba el maquillaje, había llorado casi una hora ¿Por qué me rechazas?, ¿cómo te comprendo? No tengo experiencia, él necesita otras mujeres, ¿qué le ofrezco? mi deseo, no es suficiente, mis sí sin restricciones, todo mi cuerpo, mi necesidad, mosca muerta ¡frígida!

Ya estaba en su cama cuando escuchó el celular, corrió como loca ¡es él! contestó:

—Arden, yo, ¡perdóname!

—Marilyn Baker, si me vuelves a pedir perdón, no respondo de mí, ¡soy yo!, ¡soy yo!

—Yo quiero...

—No, nena, no quiero hablar ahora, yo solo quiero, que pongas el teléfono a tu lado, solo quiero escucharte respirar, dame eso hoy.

—Está bien, pero...

—¡No!, no, yo solo quiero escucharte respirar, saber que eres real, que existes solo para mí.

—Solo para ti, solo, solo para ti.

Al día siguiente en el ascensor, ella esperaba sus besos salvajes y violentos, pero él le dio besos castos y puros. Lo sintió temblar y vacilar frente a ella. Sus guantes eran ahora la manera de alejarse de su piel, pero ardía de manera lenta y dolorosa, el monstruo que habitaba en él le decía tómala, cógela en este ascensor, limpia su sangre y ponla en la puta torre como un maldito estandarte.

Los pequeños rituales que los unían en el ámbito del trabajo adquirieron tonos de romance secreto, en algunas ocasiones ella se atrevía a tocarle el cabello o abrazarlo por detrás y quedarse allí minutos oliéndolo y dejando que su precioso olor se le impregnara en su ropa y en todo su cuerpo. A veces era él que le besaba las manos o el cuello, o simplemente cuando le dictaba una carta acariciaba su espalda dulcemente. Marilyn sabía que algo ocurría, pero lo que pensaba no se acercaba ni siquiera al ojo del huracán violento que se levantaba en el interior del dragón.

El rechazo la acercó a ese sentimiento terrible que Richard le dejó, aunque lo que él deseaba era desgarrar su virginidad para marcarla como su territorio, Russell hacía todo lo contrario, su virginidad era el enemigo y eso a ella le dolía como la condenación; su deseo eran tan tremendo que todos los noes que la habían salvado de su primer novio se habían esfumado tan solo con las palabras fogosas que Arden le había dicho pero, quería más, quería el toque de su dios rubio, y él, la rechazaba. No sabía cómo actuar, pero estaba dispuesta a seguir esperándolo y, mientras tanto, un maldito elefante rosado se instaló entre los dos.

De manera imperceptible, fue cambiando su apariencia, el riguroso peinado fue cambiado por unas trenzas más relajadas que dejaba parte de su pelo suelto.

—¡Adoro tu cabello! —le dijo—, es hermoso.

Pero, de allí no pasaba.

Frente a él, ella batía sus pestañas de manera coqueta, a veces inconscientemente, pues cada vez que lo hacía solo se acordaba de cómo la había besado en su vientre y había tocado su sexo de manera lasciva. Ella no sabía lo excitado hasta la locura que Arden estaba, tampoco sabía que en las noches pensar en ella le hacían tener unas erecciones dolorosas y difíciles de controlar.

La tensión del ambiente y la claustrofobia de la oficina era tal, que ella se soltaba uno de los pequeños botones de sus muy pulcras camisas y se metía una de sus manos para sentir algo fresco. Arden la miraba por lo bajo, estaba siendo víctima de la seducción más inocente y aterradora que había sentido. Lo único que los salvaba era la cantidad enorme de trabajo que se les había venido encima y que los dejaba exhaustos a los dos, pero aun así, allí se gestaba un deseo agudo, ardiente, líquido que estaba por desarmar la timidez de ella y el control de él.

—Esta noche voy a visitar a mi director de tesis, si quieres nos vemos en mi casa cuando yo llegue.

—Nena, no puedo.

Ella sabía que mentía.

Le aburro, si fuera como una de esas mujeres a las que él está acostumbrado

seguramente me tendría agotada y crucificada en mi cama. No voy a rogar, pero, ¡por favor, Arden!, ¡por favor!, por favor...

—Está bien.

Ella se acercó y de manera violenta agarró su cabello, lo besó de manera salvaje, hasta dejarlo sin aliento.

—Sueña conmigo, señor Dragón.

Cuando abandonó la oficina, Arden apretó los puños hasta llegar al dolor, quería arrancarse la piel para que no doliera como lo hacía. Llamó a su entrenador personal y le ordenó que apartara tres horas. En la azotea de su edificio golpeaba un saco de entrenamiento, Steven, el entrenador, lo sostenía y tuvo que convocar toda su fuerza para que el gigante no lo tumbara. Tenía rabia y aquel estúpido costal de boxeo era la metáfora de la persona a quien deseaba golpear: él.

Después, la piscina, nadar y nadar para ahogar los pensamientos que le decían que afuera había miles de hombres mejores que él dispuestos a matar por ella.

«— ¡A ti no te interesan las putas vírgenes!»

«—Cállate Chanice.»

«—Dime, ¿qué serás tú en su vida ? Ni siquiera un recuerdo... no la tocaste, no la follaste. Las mujeres siempre nos acordamos de eso, pero ¡ni siquiera eso tendrás!»

«—¡Primero, muerto!, primero muerto.»

La fue a buscar a la universidad, y como al principio de su historia con ella, esperó para espiarla. La vio salir con el chico con quien siempre reía.

Yo nunca te hago reír, nena.

—Te ves diferente, Mimí.

—¿Diferente? —Mae trató de mantener la calma frente al intuitivo Peter.

—Más bonita.

—¿Eso crees? —sonrió triste— él no me ve bonita.

—Mucho, mi madre dice que cuando una mujer está enamorada se ve diferente.

Bajó la cabeza.

—¡Oh, lo siento!, ese hombre sigue ocupando tu cabeza. ¡Por favor! mira

hacia otro lado, en esta universidad hay cientos de chicos que preguntan por ti, eres un mito en este lugar, muchos me han preguntado si tú y yo somos novios – ¡cómo si no se me notara lo alternativo que soy!– Pero me siento halagado, sal con chicos, acéptales una invitación a bailar. Marilyn, ¡mira hacia otro lado!

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—No quiero.

—Él te hace daño ¿sabes? Ese tipo no me cae bien, él y su mundo de dinero y mujeres fáciles...si mirara hacia ti sabría que tiene un tesoro al lado.

Ya miró pero, ni así.

—Cambiemos de tema, Peter, por favor. ¿Carlo?

—Tenemos problemas.

—¿Sigue empeinado con no contarle a sus padres lo de ustedes?

—Odio que sea tan hipócrita, es homosexual desde que tenía diez años y quiere mantener las apariencias frente a sus padres y familia. Se siente culpable.

—¿Culpable? ¿Crees que se avergüenza de ti?

—No, se avergüenza de ser él, que es mucho peor, yo sé que si hubiera una oportunidad Carlo cambiaría y sería un heterosexual más, no le gusta, lo odia y de esa manera se odia a sí mismo y yo no sé cómo hacerle cambiar de opinión, ¿sabes? Yo tengo sueños, quiero un compañero, alguien con quien salir a la calle y que me tome de la mano y que no se sienta ridículo por amarme, quiero un apartamento para ambos, un lugar donde tú puedas ir y sentir que tengo una familia propia.

Mae lo miró con ternura.

—Cariño, tú lo tendrás, te lo mereces. ¡Claro que sí! si yo fuera hombre me enamoraría de ti —una sonrisa dulce Mae le ofreció a su amigo.

—¿Cómo así, Marilyn Baker? Yo pensé que ya estabas enamorada de mí y que lo que sientes por el súper sexy Russell es solo un arrebató, tú me amas ¿no es así?

—¡Absolutamente!, y de una manera enloquecida.

—¡Bien!, porque lo merezco.

—Claro que si mi amor, mereces lo mejor —lo abrazó con dulzura— vamos a

tomar una cerveza, necesito tu ayuda para ver como arreglo las correcciones que me hizo el profesor Klingenberg.

—Ese Kling asusta.

—Te sorprendería lo cordial que puede llegar a ser.

—Yo me atrevo a saludarlo solo cuando va con la esposa a su lado, ella lo humaniza.

—¿La conoces?

—¿Acaso conozco a esa dama de porte imponente y de belleza clásica, pero clásica, clásica de la Grecia Clásica? ¡Ay, Mimí! Te olvidas de mi ojo catador de la perfección humana ¿por qué crees que te elegí como mi amiga? —el chico le hizo una mueca divertida.

—¿Por qué trabajo con Arden K. Russell? —ella siguió la broma.

—¡Oh, no! ¿cómo se te ocurre? Yo hablo a nivel humano, ese está a nivel Dios.

Al día siguiente, la enorme presencia de Dante Emerick ocupaba todo el espacio; Arden Russell, inflamado de rabia, veía las miradas que Dante Emerick le echaba a su mujer.

«—¿Tu Mujer? Arden, ella no es nada, ¡nada!, quizás él haga lo que tú no haces, quizás él la coja duro como hizo conmigo.»

¡Maldita Chanice!

Todos escuchaban los reportes de las nuevas revistas que se habían editado en Venezuela, Brasil y España. Dante estaba desesperado por hablar con la chica, se aburría sobremanera con esas tediosas reuniones de números y cifras; pero, sobre todo, por tener que soportar la presencia de Arden Russell, su más grande decepción. El momento oportuno para escapar del tedio lo percibió cuando su padre se entreveró en una discusión con Cameron y Arden por las cifras de circulación y se acercó a Marilyn quien hablaba con Hillary. Mae lo vio venir ¡Oh Dios, no! de manera automática miró hacía Arden quien echaba fuego por los ojos sí las miradas mataran yo ya estaría muerta, Dante no te acerques, Dante no te acerques. Pero, cuando Arden le dio la espalda y se desentendió de la cercanía de Emerick, algo muy doloroso la estremeció. Está aburrido, hoy ni siquiera me esperó en el ascensor la hermanastra, molesta, la increpó ¿Qué haces, Mae Baker? ¿Esperar que él te toque?

—Hola, Mae —la hermosa sonrisa, relució en su rostro.

—Hola, Dante —contestó de manera casi inaudible

—¿Cómo has estado?

—Bien, gracias por preguntar —trataba de hacerle saber que estaba

demasiado ocupada con el trabajo.

—Eso es porque no me permites más ¿Cuándo vas a aceptarme una invitación?

—Algún día, Dante.

—Soy un tipo persistente, cada día estás más bonita, pareces una princesa de cuento con esas trenzas.

Ella se sonrojó.

—No sabes lo seductor que es ese sonrojo tuyo —acercó la silla— te voy a hacer una confesión, he estado pensando mucho en ti, eres lo más agradable de esta oficina, si no estuvieras aquí sería como venir al infierno.

—Gracias —ella seguía esperando la mirada de Arden pero él ni siquiera se dignaba en hacerlo. El grandote percibió la incomodidad de la chica.

—Este no es un buen lugar para hablar, necesito un territorio neutral —le habló en susurros—. Te voy a contar algo, va a ser una cosa maravillosa, mi padre está de acuerdo conmigo, vamos a lanzar un concurso de nuevos escritores, hay tanto talento por ahí y no lo sabemos, dentro de un mes lanzaremos las bases del concurso ¿no te parece genial?

Así obtuvo toda la atención de la chica quien se sentó a su lado con ojos de esperanza.

—¡Es magnífico!, a veces pienso que hay muchas obras maestras escondidas en viejos escritorios porque jamás tuvieron el apoyo para ser publicadas.

—Eso pienso yo, te imaginas un Kafka a quien alguien hubiese publicado antes de morir.

—Sí, eso hubiese sido hermoso. Tal vez encuentres un Joyce o un Proust por ahí.

—¡No! ¿Otro Joyce? ¿Pretencioso y que nadie entienda?, no gracias, con él basta y sobra —el guiño pícaro de Dante surgió— ¿no te gustaría participar? El concurso durará un año, vamos chica, yo sé que tú escribes, yo lo sé.

—No, Dante, yo no, yo soy... ¿Quién soy?

—He estado en este negocio muchos años, reconozco a los escritores a leguas.

—¿Y a ti, no te gustaría escribir? —la atención de la niña maravilló a Dante.

—No, soy un buen lector pero nada más, yo nunca me atrevería a cometer escritura.

Ella soltó la carcajada, fue en ese momento cuando los ojos del dragón se clavaron en ella, sintió como si mil cuchillos la atravesaran, se removió en su asiento, nerviosa y se paró de la silla.

—¿Quieren café? —habló duro y todos a excepción de uno aclamaron con alegría que sí.

Arden agonizaba, los celos hacían que le doliera todo el cuerpo, no podía ni resistir que ella hablara con él, aunque la verdad era que no resistía que ella hablara con otro estúpido adolescente, y la he tratado como un idiota pero, las miradas de Dante hacia Mae lo tenían a punto de la combustión. La reunión continuó y ella no aparecía por ninguna parte.

—Mañana los esperamos en la editorial —Geoffrey Emerick estaba emocionado por el buen resultado de la idea de las subsidiarias en otros países, finalmente veía como le darían una buena paliza a Guido Catanzaro.

—Hace tanto tiempo que no vamos, me encanta el olor del papel y tinta de todos esos libros por salir ¿no es maravilloso Arden? —su padre preguntó, pero el hijo estaba más expectante de que ella apareciera por la puerta que de otra cosa.

—¡Oh, sí! ¡Magnifico!— dijo con ironía.

Dante cerró la boca, no quería pelear, tan solo tosió y agregó.

—Lleva a Mae, seguramente le encantará el lugar.

Cerró los puños ¿Crees que la voy a dejar para ti, maldito Dummi?

Cuando todos se fueron esperó que ella volviera, pero nada, a los quince minutos salió para ver si estaba en su escritorio, pero nada ¿Dónde estás? ¿Dónde estás, nena?, se acordó de la azotea es allí donde escapas de mí.

Fue hacia el helipuerto y allí estaba mirando el paisaje de Nueva York. Mae sintió su mirada electrizante, volteó a mirarle, pero rápidamente volvió de nuevo su rostro hacia la ciudad.

—Me gustaría saber en qué piensas.

—Pienso en muchas cosas, Arden ¿ya se fue Dante?

La mención del nombre de Dante lo encendió hasta la furia, no era racional, no lo era.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te interesa?

—Por amor de Dios, Arden, ¡sácame de tu pelea con él!

—¿De qué hablaban? —la agarró del brazo fuertemente.

—De nada, aunque, al menos, él quería conversar conmigo, no como tú que has estado evitándome.

—Yo no hago eso.

Ella, ad portas del vértigo, lo enfrentó desafiante, a él y al viento.

—¿No? actúas como si yo tuviera lepra, desde que te dije que era virgen te has portado como un completo idiota.

—Yo, yo...

—¡Odio eso!, vivo en un mundo donde ser virgen parece ser un pecado mortal, yo solo quería sentir lo que siento por ti ¿es eso tan malo? ¿Qué? ¿Hubieras querido que llegara a ti después de acostarme con mil chicos? ¿Qué hubiese sido la puta de mi secundaria teniendo sexo con todos los chicos en los salones de clase y en los baños?

¡Demonios!, yo lo hice...

—Yo no quiero hacerte daño.

—No me voy a quebrar.

—A veces, el sexo no es como en las novelas que tu lees, es algo violento, complicado, requiere valor, esfuerzo, desprenderse de nociones rosas de besos tranquilos y tiernos.

—Yo sé eso, sé en lo que me meto contigo, sé que has tenido muchas amantes, lo sé, pero yo quiero. Me haces sentir como una tonta, me haces sentir como si fuera una beata idiota que no merece nada, de la que todos se burlan por el solo hecho de que es virgen, eso me lastima —ella empezó a llorar.

—No llores, yo te deseo como nunca he deseado a nadie en mi vida, cada día a tu lado es un infierno, entras al ascensor y te deseo, veo tu boca y te deseo, veo como caminas y te deseo, tu manera de hablar, tu voz, tus movimientos, pero yo... ¡Demonios, Baker!, no sabes en lo que te estás metiendo. No quiero hacerte daño, soy un hombre enorme, fuerte y tú eres frágil, rompes mis esquemas, me llevas a un mundo de incertidumbre que detesto, no sé cómo comportarme contigo, sin embargo me muero de celos el pensar que otro te toque.

—Yo no quiero que nadie me toque, solo tú —ella se acercó lentamente— soy virgen, Arden, pero eso no quiere decir que no sienta, no soy inocente, te lo dije en Las Vegas. Yo soy el Nilo.

—¿Qué? —su extraña manera de hablar siempre lo confundía.

—El Nilo se sale de su cauce una vez al año, deben haber exclusas para contenerlo, yo soy eso, toda mi vida he dicho no, porque sé que cuando las esclusas se levanten voy a volverme loca y eso es lo que quiero contigo,

quiero fuego, quiero alucinar contigo, quiero estar excitada contigo —le hablaba a un paso de distancia—. Yo no sueño con besos tiernos y cautos, no quiero eso; yo soy salvaje, Arden, quiero ser salvaje contigo, quiero hacer cosas contigo que ni siquiera están en los libros, no soy de ese tipo de chicas tontas que leen algo de sexo y creen que se está blasfemando o que al leerlos piensan que están enfermas y que los escritores son el demonio, sucios y groseros, el sexo es salir de la vida normal, de las reglas y yo estoy harta de seguir las reglas, de ser la niña buena, eso no me valió de nada. Ahora que te conocí quiero ser una niña mala y quiero aprenderlo contigo. ¡Mírame bien! —retrocedió dos pasos—, yo soy libre, señor Dragón y decido ser libre contigo.

Arden escuchó en silencio, estiró su mano hasta tocarle la cara, ella se abalanzó y lo abrazó con fuerza, sentía su corazón a punto de explotar, ya no había vuelta atrás, ya no la había, por mucho que se negara, llegaría algún momento en que el animal amarrado que en él habitaba no aguantaría más, día a día las cadenas se iban debilitando.

Él la tomó del mentón y la obligó a mirarlo a la cara, el rugido salvaje que lo caracterizaba salió de él hasta estremecerla, chocó su boca con la de ella y la besó desesperadamente.

—Soy un troglodita, un hombre de Neandertal, adoro que seas virgen, te lo voy a confesar, quisiera irme para el maldito centro de Nueva York, en plena Quinta Avenida y gritar como un demente que solo yo voy a estar allí —las palabras fueron dichas en un tono bajo, con sonrisa canalla incluida.

—¿Entonces?

—Nena, yo nunca me he acostado con una virgen.

—¿No? —preguntó maliciosa.

—Sigue, Marilyn Baker, sigue seduciéndome y no saldrás virgen de esta puta torre.

—No me tientes —delineó con sus dedos el centro de su pecho, jugueteando con los botones de la costosa camisa haciendo el intento de desabrocharlos, unos a uno.

—No, no, no —levantó su mano en amenaza.

Ella soltó una carcajada.

—¿Ves? Tú eres la que tiene el poder aquí —caminó unos pasos hacia ella— ¿estás segura, Baker?

—Si —una sonrisilla tierna y unos ojos niños relucieron.

—Debo decirte algunas cosas sobre mí —su voz dos tonos más bajo.

—Mi curiosidad intelectual es una hipérbole, señor —lo dijo seria.

—Debes prepararte para mí —amenazaba.

—¿Prepararme? —Mae ladeó la cabeza.

—Lo mío también es una hipérbole.

¿De que esta...? Oh oh oh...

—¡Oops!, me gustan los graaaaandes retos, señor —habló de manera seductora
—. ¿Te das cuenta?, es el Nilo quien habla por mí.

—No será fácil.

—No me importa, seré paciente.

Como si tuviera la fuerza de un oso la levantó y la abrazó, ella acurrucó su cabeza en su cuello, y aspiró su olor hermoso.

—Voy a tener tu olor en todo mi cuerpo.

—Nena, tendrás mucho más, pero poco a poco.

—Sí, señor Dragón —su voz sonó mínima, como si fuera la de una niña.

La bajó de su abrazo brutal y por primera vez frente a ella mostró el rostro de Dios del Placer.

—¿Te has tocado, Baker? —levantó una de sus cejas de manera fascinante.

La pregunta la tomó por sorpresa aquí empieza...

—No —contestó, tímida.

¡Diablos! no sé si estoy perturbado por lo inocente o excitado. La besó de nuevo con fiereza.

—¿Nunca has tenido un orgasmo?

—Solo cuando sueño contigo.

—Arggg, eso es lo más sensual que me han dicho, niña perversa ¿me contaras tus sueños?

—Algún día, señor.

—Algún día te pediré que me los representes —su mueca malvada y arrogante surgió— paso a paso.

—¿Cuándo comenzarán las lecciones, señor?

—¿Lecciones? —la miró extrañado—. Por lo que yo he comprobado, tú, diablilla, no necesitas lecciones.

—¿Entonces, qué necesito? —la expectativa de Mae hacía que sus ojos destellaran lucecitas amarillas.

—Lo que necesitas es conocer algunos trucos, algunas prácticas que te permitan disfrutar, de otra manera, podría ser contraproducente. Yo no quiero follarte, yo quiero hacerte el amor.

La intensidad de la mirada con que la recorrió puso nerviosa a la chica.

—¿Me dirás los sucios secretos de las princesas?

—¿Qué?

—“Y tuvieron buen sexo” en lugar de “y vivieron felices”.

La frescura con que se lo dijo le causó una risa socarrona que ella apagó con un beso tierno.

—¡Realmente eres una diablilla!

Más tarde, en la oficina, ella sonreía como niña pequeña, su corazón latía a mil, mientras sentía como él la miraba en total silencio. Las palabras no existieron, pero el calor y la electricidad en la habitación lo decían todo. Arden Russell la miraba lento, de manera casi perezosa, porque estaba maquinando lo que iba a ser la noche.

—¿Qué? —ella sonreía y arrugaba la nariz como gesto juguetón.

—Estoy pensando como ampliar el capital de mi tesoro —con un gesto enérgico despejó el mechón de su frente.

¡Santos infiernos!

—Yo, yo, ya vengo —dos pasos hacía la puerta ¡Sagrado Batman! Esto está pasando.

—Eso es lo que quiero, Baker, ¡que te vengas! —unos ojos verdes jade, una respiración profunda y una amenaza tierna dicha con voz de seda, puro sexo en simples y demoledoras frases.

¿Cómo puede hablar así? Salió corriendo

—¿Qué te pasa, Mae? —preguntó Rebeca.

¡Dios, se me está notando!, ¡me muero!

—Nada.

—No te estás quieta y me mareas —Hillary, sin dejar de mirarse al espejo—, pareces como si fueras a tener sexo o algo así.

¡Diablos! y después todos dicen que es tonta.

—¿Qué?

—¡Na! conociéndote... ¡naa!

¡No tienes ni idea!, yo llegaré a la meta Hillary, a ti ni siquiera te permitieron participar, ¡caray! Sueno como una niña adolescente cuando compite por quien besa al niño de la escuela.

—Baker —lo escuchó tras ella.

—Señor.

Su mirada era ferviente y oscura.

—Saldré, vendré en una hora, usted puede ir a almorzar.

Y salió tintineando sus llaves, les sonrió a todas como niño pequeño.

—Y a este ¿qué le pasa? Está medio simpático ¿a quién irá a destripar hoy?

—No seas tonta, Hillary, él no va a destripar a nadie, hablas como si fuera una bestia.

Lo es.

A las dos horas, apareció con cara traviesa, se veía como un chico que había hecho una tremenda maldad. No se atrevió a preguntar pero, la expectación la tenía al borde.

El resto de la tarde fue agonizante, se le caían los papeles, se comía las uñas, se mordía la boca hasta el dolor, casi riega el café, se tropezó con las sillas, Arden estaba muy divertido. A las cuatro de la tarde ella se preparaba para irse, entró a su oficina, él miraba por su telescopio, ese acto de ver el mundo a través de aquel aparato le parecía el acto más melancólico y solitario del mundo.

—Mira, tanta gente y solo contigo me comunico.

—Deberías salir más, hacer amigos.

—Yo solo quiero estar contigo, el resto no me importa, todos quieren un pedazo de mí ya sea dinero, prestigio o una maldita noticia para poner en sus diarios.

—Allá hay gente buena, también.

—No, no la hay, solo tú —recorrió su cuerpo con hambre— y esta noche confío en poder comprobarlo —se acercó como una pantera, levantó su mano y con un dedo trazó un agonizante recorrido desde la punta de su nariz, pasando por su boca, llegando hasta su cuello quedándose en su garganta haciendo leves círculos en ella, para después bajar hasta el centro de sus pechos y bajar hasta el vientre, su sonrisa era enigmática y perversa. Mae quería que continuara, palpitaba por todas partes, la caricia en el vientre fue intensa, metió su mano por la camisa— tienes una piel tan hermosa, de porcelana y es solo mía.

—Arden —su voz sonaba como un ronroneo, él se acercó y respiró duramente en su ombligo, ella estaba que gritaba.

—Ahora, señorita Baker —se alejó bruscamente— es hora de que se vaya, su horario ha terminado.

—Sí, señor —estaba más que frustrada.

—Aquí están las instrucciones —le pasó un sobre—, debes seguir las al pie de la letra.

—Sí, señor—la sangre de Mae hervía como en un caldero, su voz era tan mandona y sensual y ella jadeaba frente a la expectativa

—¡Buena chica!

—¡Sí, señor!

—Me enloquecen tus “Sí, señor” —y cuando ella volteó, le pellizcó su trasero.

—¡Salvaje!

—¡Exacto!

Cuando contaba con trece años, su madre incendiaria se enfrentó con toda la escuela cuando descubrieron que ella leía “Sexus”, convocó a maestros, peleó por los derechos de su hija y escribió un artículo en el periódico donde trabajaba sobre la sexualidad y el arte, Marilyn recordaba el título del artículo que casi le cuesta el trabajo a Aimé: “Sexo y negación”, en el cual su madre llamaba a los maestros hipócritas por negar la sexualidad adolescente, por hacerlos sentirse avergonzados de sus cuerpos y de esa manera, empujarlos a tener relaciones sexuales sin responsabilidad.

«Bombón jamás te sientas avergonzada, el sexo es una decisión individual, personal e íntima. Todos los que han leído libros de Miller, Sade, Anais Nin, creyendo que son seres inmorales y enfermos, solo se han quedado en la superficie, no han sabido ver más allá, el arte y el sexo son trascendencia, ellos solo se han quedado en el morbo, el que niega el sexo es el que más piensa en él»

Sentada en el auto, en la casi penumbra del estacionamiento de Russell Corp., Marilyn Baker temblaba, entendía que siguiendo paso a paso las indicaciones que venían en aquel sobre, todo el mundo oscuro de aquel hombre poderoso se abriría ante sus ojos y traspasaría esa aura erótica para que el dueño de la ciudad —y comandante de los sueños eróticos de todas sus mujeres—, tuviera el poder que nunca otro hombre tuvo sobre ella.

Marilyn Baker:

Así comenzaba la carta, con aquella letra elegante, estilizada, escrita en tinta marrón y seguramente, con el hermoso estilógrafo de punta de oro, regalo de su hermana. Mae respiró sofocada, Arden Keith Russell era en sí mismo y en sus más mínimos detalles un hombre repleto de rutinas encaminadas a la poesía y al sexo.

Hoy será tu bautizo, mi amor, entrarás en mi mundo como la niña extraña, salvaje, independiente e inocente que eres pero, saldrás siendo mía, saldrás siendo la tigresa que sé que vive en tu interior.

¡Demonios, Baker! Entiérrame tus garras, porque te amenazo, yo enterraré las mías en tu carne con mucho placer y no solo mis garras, eso te lo juro.

Di que sí, Baker, di que sí y sin miedo, deja a este pobre Dragón gozar con el regalo que tu cuerpo asesino guarda para mí. Comienza a matarme Marilyn, no puedo esperar a morir de placer viendo tu hermoso coño rosado abierto y jugoso.

Lee bien las instrucciones nena, si aceptas marca mi número de teléfono, y dime que sí. Solo esa palabra y me tendrás a tus pies como un maldito esclavo.

—¡Dios!

En la hoja cuatro, instrucciones básicas.

Hotel Hilton, habitación 206.

Seis de la tarde.

Viste como mi secretaria.

No me hables, mi amor, hoy solo quiero escuchar tus gemidos.

Atentamente,

D.

—¿D?

Mae sofocó una risa nerviosa, D de Dragón, él lo sabía, aceptaba el apelativo jugando con su mente literaria.

—Dragón hermoso, fiero, maldito y mi amante.

Releyó la carta, escuchando el latir de su corazón que bombeaba sangre y fuego por sus venas quemando sus entrañas y haciendo dilatar su sexo que desde el momento en que lo conoció se contraía con solo verlo respirar.

Puso en marcha el auto saliendo de la enorme Corporación y cuando estaba en la calle, sintió que desde arriba los ojos de fuego verde vigilaban sus pasos, era él esperando un sí.

Recordó la leyenda negra sobre Arden que recorría la ciudad, leyenda que ella no ponía en duda; él jugaba con las mujeres, las citaba en hoteles y las usaba para después burlarse de todas, para olvidarlas; las palabras de Rachel taladraban su interior, « es un escorpión, un maldito y venenoso escorpión » y sin embargo, algo en ella ansiaba su veneno, era igual que todas las mujeres que murmuraban y que conocían al Señor del Dolor, todas ellas comprendían quien era, y sin embargo ninguna dudó nunca en ir hacia él y dejarse destrozarse.

—¿Y si él me está dando la oportunidad de negarme? ¿Puedo decirte que no, Arden Russell? ¿Tengo el poder de negarme?

La hermanastra, sentada en el asiento trasero, la observaba con ojos severos, ella se negaba a la condena de vivir escondida en los rincones de un palacio donde todos alegremente vivían y con el ceño fruncido le decía que no estaba dispuesta a marchitarse viendo como la vida pasaba frente a sus ojos, diciendo que no a la pasión por Arden Russell.

—Yo voy a tu encuentro, Dragón y te entrego mi confianza total.

Abrió las ventanas del auto y dejó que el aire frío llenara sus pulmones, la ninfa inconsciente en ella prendió la radio y una canción palpitante inundó la atmósfera, con la nueva certeza adquirida, los gritos de la niña perdida en el bosque corriendo se fueron de su memoria, ahora estaba cantando a todo pulmón, sin importar que en uno de los semáforos, un hombre la mirara descaradamente, con ojos de malicia, ella era Marilyn Celine Baker, una gata de ojos amarillos y cabello salvaje que tenía una cita con un señor Dragón y no se iba a asustar porque un viejo lujurioso la mirara con deseo.

Tomó el celular, marcó el número, espero tres segundos, lo escuchó respirar,

haciendo que aquel sonido profundo mandara espirales de placer por cada una de sus millones de células.

—Sí.

Y colgó.

Esperaba en su apartamento repleta de preguntas, Nueva York vista desde su ventana era una jungla excitante, en las bombillas de la ciudad estaban los ojos de aquel hombre que medía sus pasos y la invitaban a no claudicar. Tuvo la tentación de llamar a su padre simplemente para escucharlo hablar y así despedirse en silencio de la hija que había criado, sin embargo, se abstuvo, entendió que aunque ese día era un parte aguas para ella, aún podía mantener la hija mimada y adorada para Stuart. Cargó a su precioso Darcy quien en sus brazos era el animalillo tierno y vulnerable que un día aciago ella rescató. Jugó con él y su borlita durante un rato; era la niña que en pocos minutos entraría en un hotel y vería los ojos de un Satán que la deseaba.

Y de nuevo estaba en la autopista, siendo seguida a poca distancia por un Bentley que muy bien conocía.

—¿Miss Baker?

En el hotel, un enorme y elegante hombre afroamericano, que olía a cítrico y de unos maravillosos ojos celestes, la esperaba en la recepción con una rosa roja.

—Sí.

—Su tarjeta, mi nombres es Sigfried, lo que necesite, por favor, pídalo, estamos aquí para complacerla —los ojos del hombre chispearon.

Lo sabe.

—Gracias.

—Ellos son Rose y David, la acompañarán hasta la habitación.

Una pulcra mujer y un impecable muchacho, correctamente uniformados, frenaban las elaboradas puertas del antiguo ascensor esperando a que ella subiera. Tomó la tarjeta, se despidió del gerente y subió al habitáculo, desde que puso un pie en el hotel, el terrible pensamiento de «citas para follar» trató de copar su mente, afortunadamente la actitud guerrera de su Ninfa y hasta de la hermanastra, lo lograron mantener a raya.

Cuando llegaban al 206, el muchacho se ofreció para abrir la puerta, pero ella se negó

—Gracias, pero yo lo haré.

—Tenemos órdenes de dejarla instalada —la mujer, de fuerte acento sureño,

le insistía.

—No, yo puedo hacerlo, gracias.

Se dio media vuelta y abrió la puerta, ante sus ojos se presentó una habitación más grande que su departamento, cerró la puerta y, abrumada, comenzó a recorrerla. El recibidor, con una mesa redonda sobre la cual había un florero de cristal con dos perfumadas orquídeas blancas, una botella de champaña sin abrir y dos copas, con los muebles —un sitio y un sofá— de estilo, con dos hermosas lámparas de pie y murallas tapizadas, se impresionó con el lujo y entró en pánico, dio un paso atrás, podía salir, correr y no volver, pero un comando de elite la apuntaban con una gran bazuca ¡Hazlo! ¡Hazlo y seremos unas ratas que se pudren en un castillo!

No sin esfuerzo abrió la botella de champaña, se sirvió una copa y se la bebió de un solo trago, la hermanastra y la ninfa lobuna respiraron tranquilas y se dejaron impresionar con aquel decorado y la teatralidad de la antesala que era follar al estilo Russell.

¿Qué me espera? No es hora de volver atrás, él te permitió elegir y tú ya decidiste, no eres inocente aquí quieres esto y no temes a nada.

Hubiera sido más sencillo en mi apartamento o en un pequeño hotel, pero no, siempre es así contigo, baby, ¿por qué me preparas esto? No tienes que darme tus lujos, tu dinero loco no me halaga.

Su mente de chica sencilla no entendía que el Dragón estaba midiendo la capacidad de aceptar su modo de vida, además de darle la bienvenida a un sueño que lo había mantenido en pie, él tejía la red con la que la envolvería, templaba las cadenas con las que deseaba atraparla y Nueva York le ayudaba a seducirla.

Avanzó por la habitación hasta llegar donde estaba una enorme cama de madera labrada y se sentó a admirar la gran lámpara de cristal que pendía del techo, las paredes, los muebles, los tapices, la alfombra, el espejo que estaba adosado a una muralla creaban un ambiente que bien podía ser de un palacio real, en una esquina, sobre una pequeña mesa había una fuente con frutos del bosque y otra de carnes frías, tomó una de las fresas que madura se deslizó por su paladar no sin antes dejar un rastro de jugo por su barbilla, volvió por la botella y la copa y se sirvió de nuevo.

Una nota sobre la mesa.

Gracias por venir,

yo me encargaré de que nunca te arrepientas.

La excitación iba en crescendo, sintió un golpe de ese olor que la volvía loca, bebió champaña, sintió calor y una gota de sudor cayó por su cuello, se asomó a la ventana y por el reflejo de los cristales vio una sombra siniestra que se deslizó tras ella y con una mano enguantada la tomó del mentón y la besó

hasta dejarla sin aliento.

—No pude aguantarme —y el beso se tornó sofocado, ella pegada a su pecho, estaba mareada, caliente y feliz.

—Arden.

—Chíiis, no tienes que hablar, Baker —su lengua fue hasta la gotita de sudor perlada y bebió de ella—, solo gemir de placer.

—Pero... —un dedo negro de cuero tapó sus labios

—Obedéceme, aunque sea una vez, M.

Ella sonrió con malicia, fue hacia su boca pero una fresa jugosa se estacionó frente a ella.

—Come.

Juguetona, abrió su boca, y la punta de su lengua salió de sus dientes blancos.

—Esa lengua, Baker, te aseguro que algún maldito día te cobraré lo que me haces.

Pero ella ya estaba en sintonía, las copas de champaña y su ansiedad la tenían dispuesta.

¿Quieres jugar? pues, juguemos, baby.

Un sonido salió de ella, mientras mordió la fruta.

—Mm, mm, mm.

—Vas a matarme.

Él se alejó, ella quiso seguirlo y besarlo hasta que sus labios murieran, pero antes de dar un paso, le puso su mano oscura frente a ella; hubo un cambio en su actitud, era el señor Dragón, el jefe de la enorme torre.

—No te muevas, mi amor, no hagas nada aún, quiero gozarte y quiero que me lo permitas, y lo único que necesito es que me digas sí, sí con tu cuerpo.

Ella se alejó

Sus dos conciencias esperaban, la hermanastra se mordía las uñas, la ninfa vulgar se sentó en la esquina de la cama y se aprestaba a ver el show.

—¡Ve hacia el espejo!

Marilyn obedeció.

—¡Mírate!

Ella se recorrió de arriba abajo, estaba ruborizada y su boca hinchada por el beso que mordió su boca como si fuera fresa.

Arden se situó tras ella, eran diferentes, ella se perdió en el trasfondo de abrigo negro y ojos verdes que la arropaban y que en movimiento rápido la abrazaron como si éste fuera un enorme cuervo que con sus alas la cubría.

—Quiero que te veas con mis ojos —las manos enguantadas atraparon su cuello y su aliento caliente golpeó su mejilla, Marilyn tiró su cabeza hacia atrás— quiero que veas lo putamente hermosa, lo follable y sexy que eres. ¡Mírate, Mae Baker!, Marilyn Mae Baker, amo tu nombre, es pornográfico y adorable —los ojos pardos de ella eran líquidos y transparentes, las manos de él, enormes y oscuras, se abrieron como dos garras y fueron hasta sus senos que amasó con pasión, las respiraciones de ambos se agitaron—. ¡Estos son míos! —arrancó dos de sus botones con fuerza, Marilyn gritó quedo mientras le introducía una mano por su blusa y le levantaba el sostén tocando sus pezones—, no tengas miedo de mí, esto, te lo aseguro, será el maldito viaje de tu vida —mordió su barbilla—. Sueño contigo todos los días ¿sabes? —susurró en su oído— me encanta correrme con tu nombre en mi lengua —la chica parpadeó— no te hagas la inocente, sabes que mis noches terminan contigo y mis mañanas comienzan contigo. Tengo que controlarme para no violarte encima de mi puto escritorio, sobre todo cuando quieres matarme por odioso, ese momento es la gloria, porque me imagino que te monto hasta que te quito tu expresión de “no me jodas, cabrón malnacido” —ella soltó una carcajada—. Sí, así como ayer cuando nombraste al cretino de Emerick, te juro que un segundo más y te arranco tu florecita, mi amor —la presión sobre los pezones se hizo urgente, Marilyn se movió contra su pecho, la imagen de ambos en el espejo era lasciva, se rozó contra él desesperada, se encorvó un poco y gorjeó ante los pellizcos y jalones pequeños de la punta de sus senos, loca hizo una movimiento sorpresa extendiendo sus brazos hacia atrás tocando, palmeó los muslos de su amante y con su culillo respingón friccionó la verga dura que la punzaba, ambos gimieron y caminaron en un baile complicado de manos y bocas, ella gritó el pequeño y ardiente espasmo que aquellas manos le habían arrancado, quería más, quería todo y, fue entonces cuando él malvado se separó dejándola como un atleta en medio de una carrera.

—No vine a poseerte hoy, aunque esté ardiente como un volcán y duro como un puto adolescente.

Con los lentes cayendo graciosamente por su nariz, un mechón de su cabello pegado a su frente, y teniendo el fantasma de un orgasmo que se construía con lentitud en su cuerpo, ella lo miró con curiosidad.

—Vine a verte desnuda, nena, quiero verte desnuda, quiero olerte, mimarte, quiero que salgas de este hotel sabiendo que lo que te doy hoy es un preámbulo de lo que te ofrezco: el puto mundo y yo seré tu esclavo —lo vio caminar hasta el salón contiguo como un orgulloso león, desapareció por un segundo— ¡Haremos arte, nena! —lo escuchó gritar, ella rió y tomó más champaña, era un carro loco cuyo motor hacía rum rum en su cabeza.

Cuando Arden volvió a la habitación, traía un pequeño bolso en sus manos y, a pesar de estar enguantado, abrió fácilmente y extrajo una cámara.

—Voy a filmarte mientras te das placer.

Algo en ella tembló, su cuerpo tiritó entre el miedo y la locura, fijó su mirada en el rostro de Arden, había algo malvado en él y eso la excitó todavía más.

—¡Hazlo, nena!, déjate pervertir por mí, no temas.

Marilyn auscultó allí, era tan alto y poderoso, vestido de negro muerte y con un aire de maldad soberbia. Era él, más que Rochester maldito y que Darcy solapado y cínico; considerablemente más oscuro, con un arma en su escritorio y que cuando caminaba, el universo iba a su ritmo. Él era mucho más, era quien llevaba la batuta de sus sueños húmedos y quien, a los dos días de conocerlo se metió en su cuerpo y le habló a su sexo.

La ninfa se levantó y se contoneó dándole una palmada en su trasero nos quiere desnuda, no podemos hacerlo esperar. ¿No era lo que deseábamos? ¡Muévete, tonta!

Ella se irguió y le sonrió perversa, la prohibición dada por su jefe no le importa y fiel a su naturaleza, le habló.

—¿Sin música, señor Dragón?

—Solo la de tus gemidos, cariño.

La lucecilla roja de la pequeña filmadora se encendió, en aquel ojo había algo tan obsceno como el mismo hombre que lo manipulaba.

Bueno, y ahora somos actrices porno.

¡Wow! ¡Sí! Y no era la ninfa la que gritaba. Una liberada Mae se quitó la chaqueta de su uniforme de insípida secretaria y con ella, toda la ropa se deslizó lentamente por su cuerpo, la noche caía en su totalidad en la ciudad y la habitación iluminada con la enorme lámpara se tornó cálida, prenda a prenda y botón a botón.

Arden, cámara en mano, se acercó a ella, amaba su piel que brillaba por el sudor y por la excitación, era un maldito loco y quería eyacular sobre ella y exigirle que tomara su semen con su lengua, por primera vez en su vida ser un pervertido asqueroso sería algo que lo alejará de su culpa y su odio.

Ella se mostraba desatada frente a la cámara, solo la cubría su coqueta y mínima ropa interior de algodón, caminó hacia él con seguridad, tiró besos a la cámara y él simuló un rugido de león.

—¡Suéltate el cabello!

La melena espesa cayó sobre sus hombros.

—¡Sacúdelo!

Lo hizo y era salvaje como una leona.

—Recuerdo la primera vez —él se acercó con la cámara unos centímetros de ella— que lo vi suelto, me imaginé que estabas tomando mi verga y que esa sombra oscura caía sobre mis piernas —alargó su mano libre hasta sostener un mechón de hermoso pelo— ¡Perfecto! ¡Quítate todo!

Una sombra de duda pasó por un segundo en el rostro de la chica, pero los ojos verdes que ardían frente a ella le quitaron el miedo, volteó elegante, caminó en puntas, tomó otra copa de champaña, al pasar, se vio en el espejo y le pareció que su cuerpo estaba muy bien tonificado por el ejercicio, se sintió segura y en un movimiento rápido su sostén cayó en el suelo.

Adiós a la niña.

Encaró la cámara y sus pezones coral apuntaban hacia él, sin mediar nada, llevó sus manos a la pretina de las bragas ¡no pienses en nada!, ¡si no es él, es nadie! y los deslizó por sus piernas. Era su primera vez desnuda frente a un hombre y deseaba que fuera el único.

Arden Russell dejó de filmar.

—¡Joder! Eres una criminal, Marilyn. ¡Ve a la cama!

Hizo una pausa, instaló la cámara en el trípode y ajustó el ángulo, se sirvió una copa de champaña y fue hacia la mujer que, desnuda, lo esperaba como una pantera a punto de atacar, se tomó todo el tiempo para mirarla, su observación era contenida, lujuriosa y repleta de una lascivia peligrosa, bebió de la copa dejando una gota que vertió en el ombligo de Marilyn, el líquido frío hizo que ella rugiera y que sus pezones se contrajeran; para él, aquello fue un clic que detonó todas sus terminaciones nerviosas y, vestido como estaba, se lanzó sobre ella, con su lengua irrumpió en su vientre, ella gritó y corcoveó.

Con la misma rapidez que se dejó caer sobre ella, se retiró y volvió a tomar la cámara.

—¡Tócate, Mae!, muéstrame cómo eres capaz de hacerte feliz.

Ella jamás se había tocado las partes secretas de su cuerpo, es más, después de la debacle con Richard, su sexo era algo que ella negaba, pero, la presencia del señor Dragón endemoniado y su filmadora, la animaron. Había perdido la vergüenza, con sus piernas se impulsó hacia el centro de la cama, su mano derecha recorrió el camino que la lengua de su amante, lo sintió pegajoso, era la champaña pero bastó que su ninfa loca le dijera que era semen para que se desatara y se convirtiera en una sucia actriz de cine triple X, abrió las piernas y con dos de sus dedos tocó aquel punto que jamás se había tocado, lo sintió hinchado y húmedo.

—¡Hazlo Baker, te lo ordeno!, esto quedará para la posteridad, ¡es puto arte, nena!

Ella comenzó lento, tocó su capucha y saltó ante la sensación que esto le causó, pero siguió frotando.

—¡Más duro y toca tus tetas, nena!, tienes que hacer que tu coño se vuelva jugoso para mí —se acercó para tomarle un primer plano de su rostro—. Hoy, voy a follarte en mi cabeza toda la noche, mi amor, y quiero tener en mi mente tu cara mientras lo hago.

Ella frunció su boca, sacó la lengua, humedeció sus labios y le tiró un beso.

—Veré esto hasta que mañana sienta que no has sido un puto sueño, así que ¡tócate!, piensa que son mis dedos los que te cogen, que es mi lengua la que te lame y mi boca la que te come.

¡Santa boca!

Los dedos de Marilyn presionaron su clítoris, el dedo del corazón llegó hasta el centro del pequeño pistilo y punzó duro, gritó como si algo la azotara, todo estaba caliente a su alrededor, y los dedos comenzaron a moverse rápidamente, tenía los ojos cerrados sintiendo como las sensaciones la agobiaban.

—¡Dios!

—Más duro, ayuda con tu otra mano.

Abrió los ojos y el cuervo enorme y negro la miraba con ojos de hambre.

—Quiero devorarte.

Se lanzó sobre su boca y como si fuera un acto reflejo, la mano de Mae aumentó de inmediato la presión sobre su sexo hinchado, la habitación se llenó de sonidos ahogados, la lengua intrusiva estaba en su boca y se movía golpeando el paladar, ella aprendió rápido e imitó con su lengua los mismos movimientos; la cámara siguió filmando; Arden sintió el olor a sexo joven y creyó morir, le dolía el cuerpo como si le cayera hierro ardiente, sin embargo, insistió, quería que ella se acostumbrara a su cuerpo, que no temiera, porque después, él partiría su cuerpo en dos como si fuera un rayo.

Marilyn Baker convulsionó, un orgasmo había llegado y había calcinado su visión, no podía parar, tenía su vagina expuesta, sus piernas abiertas se afirmaron para sostener los embates de placer, su boca terrible la mordió y, obnubilada de placer, se encorvó y giró, apartándose de aquel león que rugía y la mordisqueaba. Ahora, su atlético trasero apuntaba hacia arriba, en esa posición, buscó la cámara y, maliciosa, sonrió, se sentía poderosa y quería que su señor Dragón perdiera la cordura.

—Eso es, Baker, dame tu culito precioso, toca tu coño para mí —buscaba los

mejores ángulos—, eso es, pequeña, así, así.

Gritó.

Algo la levantó de su cintura, el mundo a su alrededor era naranja, un ojo rojo miraba en las tinieblas, algo estaba dentro de ella, era un animal, una larva que la lamía, la punzaba, la devoraba, algo nacía, se movía y la follaba con locura, no eran sus dedos, no era su mano, eran los guantes negros, era un hombre de ojos imposibles, era el sueño; los libros y las tinieblas de esos libros tormentosos; era ella que nacía, que nacía, que nacía, era Marilyn Baker gritando a todo jodido pulmón en el cuarto 206 del hotel más costoso de toda la ciudad.

Ella aulló y él rugió.

—¡Sí! ¡Dios! voy a enloquecer, ¡ayúdame!

—¡Eres mía, maldita sea!

La mordió con furia controlada en el cuello y el mundo explotó como si la bomba H saliera de su sexo. El tiempo se detuvo, uno y otro orgasmo producido por una voz ronca que la alentaba y la morbosidad inquietante de la cámara que la filmaba la habían enceguecido, cayó y se desmadejó.

Arden la recorrió con la cámara de pies a cabeza, no quería perderse ni un detalle del post orgasmo.

—Voy a morir con este recuerdo en mi cabeza.

—¿Es lo que querías, señor?

—¡Oh no, Marilyn!, mi sed de ti apenas comienza, ¡preparate!

Apagó la cámara y la dejó sobre la mesita de noche, luego, fue hacia ella y la cubrió con una manta. Ella no reaccionó, estaba agotada, trató de hablar pero, no tenía fuerza, sentía que era una princesa de un cuento gótico que cayó sobre una cama de pétalos de rosas bajo la mirada intensa de un gigante de belleza fatal y deslumbrante.

Lo que para ella fue medio segundo, en realidad fue media hora, él se ha ido, recuerda el beso de despedida durante el sueño. Sobre la mesa de noche, un mensaje.

Un baño de tina te ayudará a recuperarte, yo la preparé para ti, ¡úsala!, además, vestido y zapatos, dignos de una diosa ¡póntelos!

Entraste como mi secretaria, ahora sales como mi dueña, por eso, cuando camines, siente que el mundo te pertenece.

La tina enorme de mármol la esperaba, Marilyn descansaba, le resultaba conmovedor saber que él la preparó para ella; era una reina, se sentía

Cleopatra comiendo uvas mientras se bañaba.

Al secarse, sintió que a pesar del jabón, aun persistía la loción de él en su piel. Fue por el vestido y no pudo reprimir el grito de asombro cuando se dio cuenta que era un Valentino rojo de seda con una abertura de vértigo y un escote profundo, un nuevo grito cuando vio los zapatos y otro cuando descubrió la delicada gargantilla de oro que tenía como colgante una D hecha en oro y diamantes, le pareció tan hermoso que no dudó en aceptar el regalo.

Miró a su alrededor y se habló a sí misma.

—¡Qué me dices, Ninfa loca!, él quiere que salga de esta manera vestida a la calle.

La respuesta fue instantánea.

—¿Por qué no?

Se vistió y caminó hasta la ventana, miró hacia abajo y el auto negro estaba aguardando en la esquina de la avenida.

—¿Es esto lo que quieres, baby? —lo entendió, él quería su aceptación, quería que ella se aceptara también— ¿qué harás, señor Dragón, con este monstruo que estas creando?

El elevador se abrió lentamente, el sonido de los tacones resonó en el frío y lujoso piso del hotel, el manager de misteriosos ojos celestes y actitud de robot la vio caminar hacia él.

—Espero que todo haya sido de su agrado, Miss Baker.

—Todo fue perfecto, gracias —sonrió juguetona y coqueta, el hermoso y corpulento hombre hizo un guiño inquieto.

Tú también lo entiendes.

Las puertas del hotel se abrieron, eran solo las ocho de la noche y el bullicio de la ciudad era intenso; autos, gente, ruido, luces de neón, un Nueva York mudable y atropellado le daba la bienvenida. El aire la saludó, dio un paso fuera del hotel y el auto negro se movió. Miró el vestido rojo que caía por su cuerpo, olía a lavanda, mandarina y a costosa loción masculina, su vientre burbujeaba por el champaña y por los orgasmos. Caminó, la hermanastra se hizo a un lado, Marilyn Baker levantó su mirada, había sido una extraña en aquella ciudad, se había escondido siempre, era hora de caminar por sus calles y lo hizo, y avanzó sin atender las miradas que la observaban, sin atender que era una mujer hermosa vestida en un llamativo traje rojo y que todos la admiraban.

Había sido bautizada.

Caminó la Ninfa seguida por el Dragón vigilante en su lujoso auto negro, se

sentía feliz, se sentía segura y no hizo caso a la hermanastra asustada que trataba de decirle que estaba poniendo un pie para que se lo ataran con cadenas.

A las once de la noche su celular sonó.

—Estoy viendo tu película, nena y no puedo parar —su voz era urgente y su respiración agitada—. Eres una obra de arte, pero quiero más.

—¿Más, baby?

—Sí.

—¿Repito mi actuación?

Él rugió

—¡Oh joder, sí!

Y a la media hora el apartamento trepidaba.

Al día siguiente cuando se prestaba para irse a su trabajo, al abrir su puerta encontró un ramo de rosas blancas ¿Para mí? En la tarjeta estaba la letra elegante de su amor ¿A qué horas?

La tarjeta decía:

Para ti,

mi pequeña cereza azucarada.

¡Oh Dios, Dios! ¿En qué me metí?

Llegó a las siete de la mañana a trabajar, no se imaginaba que cara le pondría, estaba aturdida con lo que había pasado en la noche anterior. Él escuchó los sonidos que fue capaz de emitir, ¡qué vergüenza! su ninfa y su hermanastra, recién estrenadas en orgasmos y demás delicias, estaban bailando can can sin ropa interior. Subió al ascensor de presidencia, pero cuando llegó al piso veinte, el elevador se detuvo y abrió sus puertas para que él, en toda su gloria maravillosa, entrara acompañado por Henry y Mathew. Arden no movió ni un músculo cuando la vio.

—Baker—fue su saludo

—Señor —ella respondió.

Henry, como siempre, fue cordial.

—Hola, Mae.

—Hola, Henry, Mathew.

—Marilyn, siempre es agradable verla.

—Gracias, señor.

La chica se acomodó al fondo del ascensor, Arden comenzó a sacarse sus guantes y se ubicó a su lado, los acompañantes se instalaron delante de ellos, dando la espalda y, en esa intimidad creada, los dedos de su jefe comenzaron a rozarla a la altura de su cadera, el estado de nervios le provocó un ataque de risa en pleno ascensor. El dragón volteó y se le quedó mirando, divertido.

—¿Cuál es la risa, Baker?

—Disculpe, señor —pero no era capaz de contenerse, el intenso rubor se le subió a las mejillas.

Henry y Mathew fueron contagiados de la risa de Marilyn.

—Cuéntanos el chiste, Mae.

—Sí, cuéntenos el chiste, Baker —la voz de él era oscura.

Ella se mordía la boca ¡Que pesado!, él lo sabe y como siempre, juega conmigo.

—No es nada, señor.

La mueca peligrosa se dibujó levemente en su cara.

—Quien se ríe solo, de sus picardías se acuerda, Baker.

¿Con que quieres jugar, chico malo?

—Es cosa de un gatito juguetero que anoche estuvo muy divertido.

Henry y Mathew no entendían un carajo de lo que ella se reía, pero ver la cara de la chica que casi siempre era tan seria los hizo sonreír.

—¿Tienes un gato, Marilyn?

—Uno lindo y tierno, que se cree un fiero dragón —lo dijo arrastrando las palabras y con una vocecilla suave y aniñada.

Arden se paró en puntas, sabía de lo que ella estaba hablando y no era precisamente de su mascota ¡me va a matar! dejó que Henry y Mathew salieran del ascensor y en un segundo la miró con cara de malvado y, masticando las palabras, le dijo por lo bajo.

—Me las pagas, Baker.

—¡Sí, señor!

Y la chica salió corriendo hasta su oficina, a preparar café para su jefe.

Pero esa mañana todo estuvo como de locos, los tres hombres no salieron de la oficina y ella se la pasó de arriba abajo dando órdenes para cumplir con todo lo que requerían. A las doce apareció Cameron y arrastró a sus hijos a un almuerzo de negocios.

Arden trabajaba concentrado, pero solo por su fuerza de carácter fue capaz de demostrar que no estaba desesperado por tocarla, su naturaleza adictiva hablaba, mas, se controlaba. Sabía muy bien por lo vivido en el pasado, que sus necesidades y obsesiones destruían muchas cosas, ahora pretendía ser cuidadoso y proteger lo que amaba. Mae lo llevaba al límite de todo, con ella nunca le bastaba pero ella necesitaba espacio, necesitaba tiempo, amigos, libertad... su soledad. Sabía que para tenerla, tenía que dejarla ser.

—¡Qué mierda de mariconada es esa de si amas a alguien...! ¡Tú, Mae Baker, ni siquiera un milímetro volarás lejos de mí!

A esta altura de su vida, Arden Russell era pura racionalidad, sabía que si la enfrentaba en una lucha, la naturaleza indómita de ella aparecería y se alejaría, así que su suerte estaba echada, la dejaría volar atada con un hilo invisible.

En la 'era Chanice', cuando se dio cuenta que ella le importaba, se contuvo, estaba asustado, no sabía cómo manejar lo que sentía y no quería que lo hirieran así que optó por lastimarla en vez de decirle lo que verdaderamente sentía, no valió de nada, pues Chanice lo lastimó de igual manera, claro está que él se lo merecía. En los días en que Faith estaba en el hospital lloraba como un niño pequeño recordando cómo fue culpable de que aquel bebé inocente estuviera allí, no pensó en las consecuencias de lo que hacía, tan solo quería lastimar a quien se le pusiera en frente y allí estaba Chanice, su novia comodín, su cachorrito impresionable, siempre dispuesta a secundarlo y a soportar todos sus desplantes.

Ella, desde el mismo momento en que lo descubrió, solo tuvo ojos para él, era un sueño ser la novia del niño más rico y guapo de la escuela y aceptó gustosa el precio que tenía que pagar: AKR era maravilloso hasta en sus crueldades.

Ambos eran niños rotos y eso fortaleció más una relación enfermiza que los llevó por el camino de la degradación y el daño. Él debió tenerle un poco de compasión, pero no la tuvo y la usó para agredir a Cameron. La chica era bella pero muy lejos de los parámetros sociales de la aristocracia neoyorkina cosa que fue perfecta para provocar al culposo padre.

En los ires y venires del Arden adolescente, todas las malas decisiones tuvieron una víctima inocente y el infierno con toda su fuerza cayó sobre él.

Con Mae quería que todo fuera diferente, ya era un hombre y, aunque todavía no manejaba del todo sus emociones, sabía lo que quería y cómo obtenerlo; también sabía que debía cuidarla porque tenía pánico que el destino estúpido y trágico de su familia llegara hasta ella y la contaminara. Después de tantos

años en la ofuscación, de tener una vida sin vida, apareció Marilyn y, aunque estuvo a punto de echarlo a perder pudo reconocer en ella un regalo que le abría un mundo nuevo, lleno de oportunidades. Sentía que podía otra vez tener pureza, ternura, risa, conversación, música y, quizás su posibilidad de comenzar de nuevo. Era su oportunidad de volver a los diecisiete y tener la esperanza de reconciliarse con el niño que un día fue y, quizás, ser como un adolescente, tonto, inseguro, celoso, de mano sudada y de adicción al teléfono –ya amaba el maldito aparato–, de flores y de chocolatinas, de cine y de besos en la oscuridad. Pero, también sabía que ese monstruo maldito que se parapetaba en su interior, y que siempre estaba listo a atacar, saldría en algunas ocasiones y pondría todo su esfuerzo en llevarlo al mundo que trataba de dejar atrás.

—Ella es mi oportunidad de poesía.

«—¿A qué estás jugando? ¿A ser feliz?»

—¡Déjame tranquilo!

«—Tú no mereces nada... ¡nada! Sueña, sueña con ella, porque si la tocas, no descasarás hasta que la destruyas.»

La fuerza de ese pensamiento lo hizo rugir un ‘¡mierda!’ frente a su padre, hermano y cuñado que se preocuparon por su cambio de humor.

—¿Qué te pasa, hermano?

—Nada.

—¿Tanto te preocupa la reunión con la editorial Emerick?

¡Oh, no! ¡Demonios! Se me había olvidado. No deseo verle la cara a ese bastardo, hoy no.

Cameron intuyó el pensamiento de su hijo.

—No, Arden Russell, debemos ir, en este momento esa editorial es parte de todos nuestros negocios, hay miles de cosas que revisar, los auditores harán su primera revisión y necesitamos estar todos, Henry, Mathew, tú y yo, estaremos casi quince personas y no es sano que vayas con esa cara de ogro gruñón, ¡diablos, Arden, se profesional frente a Dante y a su padre!

—Nunca he podido entender el odio que se tienen ustedes dos ¿no eran muy buenos amigos cuando eran niños? Aun me acuerdo de ver a Dante en nuestra casa, vestido con esas ridículas camisetas de pandillero de cuarta. Cuando te fuiste esos meses a estudiar al extranjero, él llamaba todos los días y preguntaba por ti y después ¿Enemigos a muerte? Eso es muy raro.

Cameron y Arden se miraron de manera cómplice, la decisión de mantener a Henry y a Ashley fuera de toda la basura que se escondía bajo las finas alfombras Russell había salvado a sus dos hermanos de la verdad dolorosa y

podrida que, sin embargo, asfixiaba al padre, a Jackeline y el hijo mayor.

—¡Por favor, Henry! Una cosa es ser amigos de adolescentes y otras es ser amigos en la mayoría de edad, las cosas cambiaron y ya está.

—¿Fue una chica? —preguntó divertido—, eras un gran conquistador de mujeres ¿le quitaste una novia o qué?

No, él me quito la mía.

Mathew no pestañeaba, el silencio siempre fue su manera de conocer a la gente, para él la gente hablaba con los gestos, lo que salía de su boca casi siempre eran mentiras, pero sus gestos lo decían todo. Arden siempre fue el más difícil de leer, era hermético, calculaba cada movimiento y en los momentos al límite se podía vislumbrar algo de una personalidad subyugada por una cantidad de demonios interiores que parecían susurrarle al oído.

Dos gerentes de finanzas, uno de producción, una gerente comercial y otra de relaciones humanas los esperaban en el piso veinte, a Arden le estaba costando controlar su ansiedad, si por él hubiese sido, habría hecho una pataleta como niño pequeño y se habría encerrado en su oficina con su muñeca de porcelana, pero no podía ¡maldita y estúpida responsabilidad!

—Debo ir a mi oficina, Cameron y voy en auto.

—¿Tu secretaria, va ir? —su padre lo medía mencionándole a Mae— Dante y Geoffrey la invitaron especialmente.

Arden conocía el juego y contestó con sequedad.

—Ella es mi secretaria, debe ir conmigo, es su trabajo.

Subió a presidencia y olía a café recién hecho, ella conversaba con un cadete y otras tres funcionarias, no se dio cuenta que él la miraba detenidamente.

—Baker, la reunión con Emerick Editores.

Mae se giró y sonrió como niña pequeña.

—Sí, señor —volvió hacia los empleados— confío en ustedes y buena suerte con el trabajo.

—¡Baker, a la oficina!

Se cepilló los dientes rápidamente, se lavó el rostro para así poder espantar el tedio y el deseo de no hacer nada necesitas vacaciones, Russell. Cuando salió del baño, ella lo esperaba con una taza de café en su mano y una sonrisa traviesa.

—No pedí eso.

Mae puso la taza sobre la mesa y antes de que pudiera exhalar el aire que había tomado un beso urgente, primario y hambriento le devoró la boca.

—Hola.

Mae no contestó, sus piernas estaban como gelatinas, su corazón se había parado y el oxígeno se había ido de su cuerpo.

—Necesito respirar, con este beso y lo de anoche no llegaré a los veinticinco.

La volvió a besar intensamente, su padre lo esperaba, pero el maldito mundo se detenía, recordó lo de la mañana y la mordió levemente en el cuello.

—¿Gatito lindo? —lamió su mentón— ¿gatito tierno? —mordisqueó su oreja— ¿Qué se cree dragón? —la giró y palmeó su trasero

Marilyn sentía que su corazón se le salía del pecho. Era una niña emocionada y temblorosa, levantó sus hombros de forma infantil acompañada con un gorjeo dulce.

—¿No gatito?

—Nop.

—¿Fiero dragón?

—Sí y mucho, haré que tu cuerpo pueda recibirme sin peligro —su cara era tan seria que parecía que hablaba de la crisis mundial.

—No soy debilucha —le guiñó un ojo— ¡hago mucho ejercicio!

Ambos se quedaron en suspenso, por la mente de los dos el futuro de sexo sin control y apocalíptico fue una ráfaga premonitoria. Arden la recorrió con hambre.

—Me gustaron tus gemidos de anoche.

Ella se apartó y tapó su cara.

—¿Te avergüenzas?

—Nunca, lo que pasa es que... tú haces que yo me porte mal.

—¡Por supuesto!, es mi objetivo.

—No quiero ser niña buena, quiero hacer todas las maldades contigo.

Se iba a lanzar a besarla de nuevo, pero el maldito teléfono sonó, era su cuñado.

—Arden, no voy en helicóptero, me voy contigo. Te estoy esperando en el estacionamiento.

—Estoy bajando.

Colgó.

—No quiero que vayas a la editorial.

—No voy —respondió con dulzura—, me quedo aquí y te espero.

Pero él sabía que ella se moría por ir, seguramente se enamoraría del lugar eres un egoísta, idiota, los ojillos de Marilyn relucían por el deseo de ir, pero sabiendo cómo eran las relaciones de él con Dante y cómo la acosaba constantemente era mejor abstenerse.

—No, vamos, te necesito allí.

Ella dio un brinquito de felicidad.

—No te pongas tan contenta, Baker, vamos a trabajar.

—Sí, señor.

Apenas pusieron un pie en el estacionamiento, se apartaron; previamente, en el ascensor, habían hecho como dos actores profesionales y entraron en personaje representando a dos seres que solo los conectaba la indiferencia del uno hacia el otro.

—Baker, adelante, con Theo.

Mae, que no esperaba que en el viaje los acompañara Mathew, se sentó al lado del chofer desilusionada —además de ignorada por un jefe que hablaba y hablaba con el cuñado—, sacó de su cartera una pequeña libreta y un lápiz y se puso a dibujar. Cuando se bajó, le pasó a Arden un papel doblado y siguió de largo. Él abrió la hoja y se encontró con un tierno dragoncito furioso, que sacaba la lengua y mostraba el dedo del medio. Aunque su cara no movió ni un músculo, Matt le preguntó si algo malo pasaba.

—No, todo está bien —y siguió hasta donde los esperaban.

El edificio corporativo de la Editorial Emerick estaba en Staten Island, lo conformaban una serie de tres edificios: la imprenta propiamente era una planta rectangular de dos pisos, otro edificio que parecía un bloque de acero, concreto y vidrio de cuatro pisos donde estaban las oficinas de la editorial y la estructura más innovadora, que era un pabellón luminoso de dos pisos, en el que funcionaba una biblioteca, sala de conferencias y la Fundación Cultural “Tamika Emerick”, no solo era la sede principal, era también el centro donde se imprimían los libros y revistas principales, era enorme.

Los seguían a Arden como si fuera el capitán del barco, ella se rezagaba,

estaba fascinada con el sonido. En las dos primeras plantas estaban todos los trabajadores, enormes imprentas, toneladas de papel, el olor era maravilloso. Era una niña en una tienda de juguetes.

Geoffrey y Dante los esperaban, el muchacho perseguía a la secretaria con su mirada, las oficinas estaban en la parte superior, éstas eran espaciosas, llenas de luz y con vidrios que permitían ver todo lo que ocurría en los dos pisos inferiores, tan diferente del espacio encerrado y hermético de la oficina de presidencia de Russell Corp. Arden sabía hacía donde dirigía su Némesis la mirada y sin pensarlo lo empujó con el hombro izquierdo.

—Disculpa — le dio su mirada asesina.

—Fíjate por donde andas, Russell.

Mae llegó de último, estaba emocionada. No vio llegar el beso en la mejilla que el hombre enorme y albino le dio, estaba conmocionada Arde Troya, la Segunda Guerra Mundial es un juego de niños, mejor me siento lejos.

—¿Cómo estas, Mae?

—Dispuesta a trabajar, señor Emerick — corrió al lado de su Dragón antes que éste le diera la mirada de mil cuchillos que siempre solía darle cuando estaba furioso.

Dante se sentó a su lado haciendo caso omiso a la reacción de la chica.

—Te tengo un regalo Mae, más tarde de lo doy, te va a encantar.

Caray ¿cómo respondo? No puedo ser grosera, ¡pero, oh zambomba! me quiere matar, odio esto, me siento como el trofeo de este par de locos. No estoy haciendo nada ángel, créeme, soy tuya, solo tuya.

—Gracias, Dante.

—Te haré un recorrido por toda la planta, te va a gustar, estamos haciendo la edición de lujo de la poesía de William Blake, es hermosa.

Con toda la fuerza de sus celos y temores, Arden movió la mesa, mientras que la miraba con ojos de depredador en busca de su presa.

—¿Podrían callarse ustedes dos? Si no lo saben, estamos trabajando —a la voz de mando, todos callaron.

No debió traerla aquí, Dante gusta de esta chica, no puedo creer que la historia se repita, no puedo hacer nada, si la aparto de él, me odiará más y no lo volveré a ver, al menos ella no es como Chanice pensaba Cameron, quien en las reuniones con los Emerick, era donde aprovechaba para analizar cada una de las reacciones de su hijo, era en esos momento cuando el muro mostraba las grietas. Se consume de celos.

Todos se prepararon para ver la presentación en forma de documental sobre la empresa Emerick y sobre las nuevas editoriales fundadas en diferentes países. Las luces se apagaron y la presentación comenzó.

En la oscuridad, Mae podía sentir la mirada de fuego que la traspasaba, era una sensación asfixiante, eléctrica y a veces dolorosa. De manera imperceptible levantó un poco la silla y la acercó a él quien estaba en el sitio principal de la enorme mesa de la sala de juntas, estaba tan cerca que podía oler su colonia, lentamente deslizó su mano derecha y tocó su pierna dándole una suave caricia, se quedó en la rodilla y apretó dulcemente, él tomó su mano también pero lo hizo de manera ruda y posesiva, entrelazó sus dedos y allí la dejó. La mano de Arden estaba helada, la furia y los celos que sentía hacía que toda su temperatura corporal bajase, era como si toda su presión arterial fuera traspasada por la nieve. Así pasaron los siguientes treinta minutos.

Las luces se prendieron e inmediatamente ella intentó soltarse de su amarre pero él prolongó el enlace un poco más, finalmente accedió, pero instantáneamente puso su pie sobre su pie y allí se quedó.

Entonces, la reunión dio comienzo. A la hora y media, todos estaban agotados de cifras, cuentas, revisiones, acuerdos y demás. Como pudo se liberó de la presión y se paró para mirar a los pisos de abajo, quería ir, hacer preguntas, saber, todo era maravilloso.

Con los ojos puestos en los papeles pero con su mente en ella se sintió culpable este es su mundo, debe estar como niña en confitería, ella debería estar trabajando en un lugar como este, poder disfrutar de los libros, del papel y yo marcando mi puto territorio, mírala Russell está desesperada por bajar y ver como es la tierra de Oz... ¿Qué hacer?...debo confiar, debo confiar ¿eres mía Mae? Soy tan idiota en creer que puedo hasta poseer tu mente, que puedo hacer que solo desees lo que yo deseo...solo tiene veintitrés años y yo, yo soy diez años mayor, años de diferencia y cientos de experiencia en mí, soy un viejo harto de vivir.

Se paró de su asiento y dijo fuerte.

—¡Por favor, Dante! Llévate a la señorita Baker a ver la planta, está desesperada por ver, no quiero tener una niña decepcionada por no poder disfrutar sus caramelos.

Ella se quedó asombrada

Lo hace por mí, sabe lo que eso significa Sus ojos pardos brillaron de alegría y trató de ocultar una sonrisa. Supo el gran esfuerzo que él hacía, sobre todo por Dante quien se paró de su asiento feliz de poder mostrar su reino.

—Vamos, pequeña, te va a encantar —trató de tomar un brazo de la chica, pero ella de manera cortés se desprendió de él.

El paseo por la instalación fue sumamente divertido para Marilyn, a otra chica

en su lugar no le hubiese parecido así, pero ella amaba los libros. Desde niña su relación con ellos era de una pasión absoluta, adoraba ir a comprarlos, desempacarlos y en el recorrido de la librería a su casa olerlos, acariciarlos, era como una sensación casi erótica, ¡Caray! Y ahora ella entendía un poco mejor sobre ese asunto. Acariciar los libros era como tocar a Arden Russell, algo lleno de misterio, secretos y sabiduría, era como acariciar un amante.

Vio la edición de la poesía de Blake, era hermosa, incluían sus propias ilustraciones; a la chica estudiante de arte –y con aspiraciones literarias– le resultaba fascinante tener entre sus manos el libro del poeta y pintor. La campanilla de su pequeño sueño resonó dentro de su cabeza.

—Es hermoso, Dante.

—Lo patrocina la fundación de mi abuela.

—¡Debe costar una fortuna!

—Es un tiraje pequeño, principalmente para coleccionistas. Hoy día nadie lee a los viejos poetas

—Es una pena.

—Sí, en realidad las personas creen que hablar sobre el amor, la muerte, la belleza son cosas que ya no van en un mundo indiferente como el de hoy. Hay tanta maldad y frialdad que parece que no hay salvación.

—¿Por qué tanto pesimismo?

—No sé —la mirada de Dante era melancólica—, solo creo que es difícil ser salvado.

¿Qué les pasa a estos hombres? Ambos parecen cruzados por la misma sensación agónica de tristeza.

Pero el gesto de tristeza cambió y surgió el hombre de la sonrisa maravillosa de blancos dientes que a todas les encantaba.

—¡Espera aquí! —a los minutos él apareció con un enorme libro de tapa negra — ¡Mira! Es el nuevo libro de John White “El Trasegar del Fuego”, te lo conté hace unos meses, una historia de amor en plena Segunda Guerra Mundial, puedes oler la dinamita, la pólvora, hasta puedes escuchar el sonido de las bombas. Una pareja que hace el amor bajo el bombardeo en Varsovia, es hermoso y, lo mejor... ¡lo firmó para ti!

—¡No! ¿En serio?

Mae casi le arrancó el libro de sus manos y allí estaba la dedicatoria del escritor, de su puño y letra. Con su mirada de artista, la letra le pareció pequeña, caótica, llena de pequeños detalles que indicaban una personalidad neurótica.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! Dante, en verdad, ¡gracias! —Mae abrazó el libro como si fuera un oso de peluche, se lo llevó a la nariz y olió entre sus hojas— ¡Amo el olor que tienen cuando son nuevos!

—Entonces, White estará feliz sabiendo que una chica ama tanto su libro — abrió una caja de cartón y sacó el libro de poesías recién embalado—, toma, otro regalo.

El primer impulso de Marilyn fue darle un abrazo pero, no lo hizo, solo recibió el texto, sonrió emocionada y reiteró sus gracias; era un ratoncito de biblioteca expectante frente a las horas de lectura que tendría.

De vuelta a la sala de reunión, se sentó de nuevo en la mesa y dejó los libros a un lado. Arden, desperdió su oportunidad de quedarse callado.

—¡Vaya, Baker!, parece que llegó Navidad.

Ella resistió la tentación de mirarlo y se quedó en su lugar retomando su trabajo, total, ya sabía que tendría su mandíbula tensa y su vena del cuello palpitando.

—No, señor, no fue Santa, es una atención del señor Emerick.

—¿No tienes un regalito para mí, Dante? Sabes que adoro tus sorpresas.

—¿Desde cuándo te interesan los libros?

—¿Qué demonios sabes tú?

La gente estaba volviendo del café, los que entraron primero alcanzaron a percatarse del ambiente tenso; Mae, en un acto desesperado, se quitó un zapato y con el pie desnudo, comenzó a frotar la pierna de su jefe hasta que lo notó algo más relajado.

Solo tú puedes calmar el animal en mí.

Al final de la tarde todo había concluido, los dos viejos patriarcas conversaban animadamente mientras que los príncipes herederos no tenían humor para nada. Marilyn, confirmaba la agenda programática con la asistente de Dante cuando se dio cuenta que Theo y los otros guardaespaldas comenzaron con la parafernalia de los autos, preparando la salida.

—Arden, me voy con Cameron, en veinte minutos debo estar en casa, mañana hablamos.

—Hasta mañana, Matt —se despidió de su cuñado con un apretón de mano— ¡Baker, nos vamos! —lo dijo en voz baja y cortante.

La chica se despidió a la rápida, tomó sus cosas y las de él y salió de la sala,

harían el viaje de vuelta solos y él aun tensaba la barbilla y su piel irradiaba hielo. Theo, atento, apenas la vio, fue a ayudarla con los bolsos.

—¿El señor Russell?

—La espera en el auto.

Respiró profundo, entró y se sentó junto a él.

—¡Ponte el cinturón de seguridad!

—Sí, señor —contestó, parca.

Impaciente, tocó el claxon apurando el auto de sus custodios, maldijo entre dientes y, apenas tuvo espacio, aceleró su vehículo de cero a ciento cuarenta y siguió la marcha.

—Por favor, baja la velocidad.

Con sus dos manos golpeó el volante, miró los libros que descansaban en el regazo de la chica, sus ojos eran de un niño triste.

—¿Te gustaron sus libros?

—Sabes que me gustan los libros, ángel.

—Yo podría darte la biblioteca pública si quieres —su tono era indefinible, aquello le pareció a Mae entrañable, soltó un poco su cinturón de seguridad y se acercó a él, puso su cabeza sobre los hombros un momento.

—Me encanta la sensación de tu ropa, hoy hueles mejor que ayer —se levantó un poco y empezó a besar su cuello.

—Marilyn, estoy conduciendo —trató de estar enojado, pero la boca sobre su piel era enervante— ¡Baker!

—Mmm —el beso continuó hacia su oreja, sacó su lengua y la delineó de manera tortuosa, respiró en su oído y habló— todo el día he estado pensando en ti, mi señor, en lo que pasó anoche, en lo que me hiciste hacer, en mis sonidos, en ti, imaginándote, tus manos preciosas en mi gatito.

El frío de la piel de él fue desapareciendo, la lengua de ella era maravillosa, estaba casi a punto de no odiar a Dante Emerick, estaba a punto de no odiar a nadie, ni siquiera a él mismo.

—Yo solo quería estar contigo hoy ¿es mucho pedir?

—No, para el auto, señor Dragón. Un minuto y ¡tócame, por favor! ¡Un besito! unito.

Paró el auto al borde de la carretera, se soltó su cinturón de seguridad y se

lanzó a ella, el beso fue cariñoso, lento, la besaba con desamparo y ansiedad.

—Odio a Dante Emerick.

—Lo sé —no se atrevía a preguntar las causas de odio entre ellos dos.

—No quiero que te regale nada.

—Son libros, Arden.

—Son todo lo que tú eres.

—No, yo soy mucho más, y ese más es lo que soy contigo, señor.

Ahucó la cabeza en su cuello y la acarició con la nariz.

—Los sonidos que hiciste anoche fueron puro sexo, mi amor, aún tengo los ecos de ellos en mis oídos.

—Yo creo que todo el hotel se asustó al escucharme.

—Se asustarían más si escucharan otros.

¿Otros? Tosió nerviosa.

—¿Otros?

—Lo que sentiste ayer es un mero preludeo, nena.

Pero un extraño sonido interrumpió el ambiente, era el estómago de Mae que aullaba de hambre.

—¿Qué fue eso? —preguntó, con una risa.

—Mi estómago ¡qué vergüenza!, no almorcé.

La miró enojado, en realidad, muy enojado.

—¿Por qué, demonios?

—No sé, estaba esperándote.

—¡Diablos, Baker!, yo estoy aquí para que todas tus necesidades sean resueltas, todas y eso incluye alimentarte, ¡vamos a comer!

—¡Yo quiero más besitos! —se estiró en su asiento como una gatita sexy.

—Serán tu postre, primero, comida y después, ¡vamos por más práctica! —la voz de animal sexual insaciable se hizo presente.

La hermanastra se abanicaba frenéticamente y su ninfa ya se imaginaba la

lencería. Mae para no pensar en ellas, se fue hacia la radio, pero el aparato no ayudaba, la primera canción con la que se topó fue “Slow”, entornó los ojos, pero decidió no cambiar la estación y también se jugar niño lindo y empezó a cantar mientras que sus chicas interiores hacían coro, su voz era el tono ronco de una niña que intentaba parecer sensual.

Arden la miró entre enojado, divertido y definitivamente hambriento, ella batió las pestañas inocentemente.

—¿Qué? ¿No te gusta Kylie? —y siguió cantando.

La segunda canción no ayudó, todos los astros del cielo estaban confabulados para que en ese auto el calor fuera insoportable, “Fever” y Ella Fitzgerald cantando, no ayudaban.

—¡Me encanta esa canción! —Marilyn tiró los libros hacia atrás, su niña de diecisiete años que seducía a su novio con canciones insinuantes salía de nuevo.

—Sus gustos musicales son muy eclécticos, señorita Baker.

Pero ella lo ignoró y siguió cantando juguetona, se sentía libre y llena de deseo. Él redujo la velocidad y fijó los ojos en la carretera.

—Nena, si no te quedas quieta, te voy a coger hasta hacerte estallar en mil pedazos y no me importará si no estás preparada —no la miraba, pero su voz era intensa—. Y si vuelves a cantar, te follo en este carro hasta que nos detenga la puta policía y salgamos en el Guinness record por fornicar como conejos.

El sexo de la joven palpitó, el deseo, el anhelo, la sangre que corría como lava ardiendo y su espina dorsal traspasada por un fuego líquido doloroso con esas palabras, su boca estaba seca ¿Darcy le habrá hablado así a Lizzy Bennet? ¡Diablos, Jane! eso hubiese sido alucinante.

La siguiente canción fue la venganza de Mister Russell, empezó con unos acordes sugestivos de una guitarra, él le guiño un ojo y las tres chicas en ese carro gritaban cual fans locas frente a un enorme, malote y divina estrella de rock, “Fire” de Bruce Springsteen; su mamá siempre decía que esa canción hacía que las pantaletas de las chicas se sintieran bailar, el comentario de su mamá la ponía incómoda siempre, pero ahora, Aimé sabía de lo que estabas hablando todo se puso peor cuando Arden Russell, Todopoderoso, Señor De Hielo, Dueño Del Mundo, circunspecto y malgeniado hombre de las nieves empezó a cantar.

¡Piedad!, ¡santa piedad bendita! su voz era ronca y divina esto no es real, no es real, me voy a despertar y me voy a encontrar en mi cama abrazando un insulso peluche viejo en vez de tener este dios amenazándome con un orgasmo con el poder de una bomba atómica.

La voz era fuerte y viril, mientras la de ella era destemplada, el oído de

músico puro en Arden lo hacía cantar hermoso, en los tonos más bajos era seductor y en el coro cantando “fuego” junto con la entonación oscura y gimiente podían derretir un iceberg.

—¡Juegas sucio, Arden Russell!

Él se volteó levantando su ceja cual sátiro lujurioso.

—Nena, no tienes idea de lo sucio que puedo ser.

¡Oh, madre mía!

Llegaron a un exclusivo restaurante, Theo —que venía en la comitiva atrás de ellos— recibió las llaves del carro de su jefe y corrió para abrir las puertas del lugar, inmediatamente un hombre muy elegante les dio la bienvenida con toda la pompa y el servilismo que el Todopoderoso señor requería. Ella, con casi dos años trabajando con él, aún no tenía ni la más mínima conciencia de la cantidad de dinero y poder que desplegaba, pero, situaciones como estas le demostraban que si Arden movía un dedo, todo el tablero del mundo podía agitarse con este mínimo movimiento.

Dijo que necesitaba un apartado, un apartado le dieron, dijo que necesitaba atención preferencial y una mesera rubia, delgada que parecía más una princesa europea los atendió, dijo que le dieran el mejor vino de la casa, y apareció un Romaneé Conti 2003. Ella estaba intimidada y no pudo disimular su incomodidad me hubiera conformado con una hamburguesa y una coca cola.

—No tienes por qué sentirte mal, nena, es solo comida y un vino, no es nada más.

—Tu dinero me intimida es...—se acomodó en su silla y tomó aire—. Para una chica de un pueblito pequeño cuyo mejor restaurante era el de la señora Travis y su mejor plato era papas a la francesa con pollo al limón es un cambio brusco, es todo.

Arden levantó una de sus manos y las llevó hasta las trenzas, desató el moño y las acomodó delicadamente a cada lado, le quitó los lentes que tapaban su rostro y abrió de su blusa los dos primeros botones.

—Eres una linda niña, yo solo quiero alimentarte bien, que sepas que en el mundo hay cosas que tú mereces —se acercó lentamente— deseo vestirme de seda, regalarte todos los zapatos del mundo, darte joyas, quiero mimarte, hacer de ti una nena malcriada y caprichosa, lo que te di ayer es nada nena, quiero que reines en mi mundo.

Unas lagrimitas fluyeron en los ojos de la chica.

—Yo no estoy acostumbrada a esto, baby, tu dinero me da miedo.

—Es solo dinero, Marilyn, solo dinero.

—¿Por qué yo Arden? Hay mujeres mejores, más bonitas, con más experiencia, más interesantes...

—¡Chiiist! —llevó uno de sus dedos a la boca—, créeme, no las hay.

Mae temblaba, la pregunta se le atragantó en su garganta, pero debía hacerla.

—¿Han sido muchas, Arden?

La postura de él cambió inmediatamente, no quería hablar de eso, le avergonzaba como el infierno.

—Lo siento, no debí preguntar.

—No me enorgullezco de eso.

Los celos llegaron a ella como ráfagas de fuego.

—¿Alguna en especial? ¡Por favor, quíereme!

—¡No! —la contestación fue seca y cortante— ¡ninguna! —los ojos de él brillaron—. Ninguna me hizo sentir como tú, te miro en este momento y quiero pasar mi lengua por todo tu cuerpo y me imagino tu sabor, quiero untarte de miel y pasarme todo un día devorando cada gota, quiero alimentarme de ti, quiero comprarte juguetes divertidos y enseñarte a jugar.

—¡Arden! —sus muslos se contrajeron y la sensación de dolor hermoso la recorrió desde la punta de los pies hasta la nuca.

—¡Mírate!, tu pecho danza para mí, sé —y todo su aliento la bañó— que estas llena de contracciones, que tu sexo me respira y me espera, que tu piel arde, yo sé leer tu cuerpo.

—Es que escribo para ti —tomó un mechón de su pelo y comenzó a jugar, sonrió, la malicia apareció en su cara— ¡explícame tus técnicas de entrenamiento!

Lo mismo que hizo en la oficina de los Emerick, lo hacía ahora, pero no con el mismo propósito, si antes era para aplacar al león, ahora lo hacía para que saliera. Lo acariciaba con su pie, suave y provocativamente. Sus miradas eran intensas. Arden resopló con fuerza

—Te haré el amor con cada uno de mis dedos y con mi lengua, le haré el amor a tu boca y a tus senos, le haré el amor a tu piel, a tu culito lindo, a tu coñito suave. Te haré el amor sobre cada superficie de la tierra, horizontal, vertical, inauguraremos cada espacio de tu casa, de mi casa y de Nueva York y de todo el puto mundo si es posible, inventaré posiciones nuevas solo para ti y luego de hacerte el amor con pasión, Marilyn Baker-Gerard, te follaré tan duro que no sabrás ni cómo te llamas.

Marilyn Baker hija de Aimé y Stuart, estudiante de Artes Liberales, chica de veintitrés años, con un gato llamado Darcy y con un metro setenta de estatura, ya no existía, había muerto en medio de esa poesía explosiva y profana.

—Creo que no sé ni cómo me llamo ahora

—Marilyn Afrodita esclava sexual y dueña del hombre más afortunado sobre este maldito planeta Baker.

¡Quiéreme solo a mí!

¡Quiéreme solo a mí!

Ambos pensaron lo mismo, conectados con el cuerpo, con el alma, conectados desde antes de los tiempos, perdidos durante veintitrés años, reencontrados, asustados, llenos de infiernos personales, de soledades y de fantasmas.

La cena llegó para ambos, afortunadamente, porque estaban a punto de explotar el restaurante. Ostras y filete Wellington fue la cena y el vino más exquisito y ridículamente caro del mundo. Arden estaba divertido y excitado viendo a su chica comer algo que nunca en su vida había comido, ver su lengüita pasar por las ostras hizo que la bragueta de su pantalón tallara hasta el dolor, para Mae verlo comer de manera experta esos moluscos fue el epítome de toda sensualidad Señor, déjame disfrutar unos días, solo unos días... dame eso, dame eso.

—¿Satisfecha, Baker?

—No, aún no —rió y un poco de vino se derramó por su barbilla— ¡ups! discúlpame creo que eso del glamur no es para mí —tomó la servilleta para limpiarse.

—No, no, yo lo hago —la limpió dulcemente— ¿ves? a veces puedo ser un príncipe.

—Eres un príncipe, ángel.

—De la tinieblas.

—Así me gusta a mí.

No, no te gustaría saber cuántas tinieblas hay en mí, nena ¿Cómo salvarte de todo eso?

—¿Les gustaría un postre? —la mesera rubia y alta se paró enfrente de ambos, Mae pudo ver los ojos de comida que ella le puso a Arden ¡Mueve tu culito flaco y relamido! vete lejos de aquí rubia teñida, él es mío, ahora.

—Yo quiero postre —Arden dijo dirigiendo sus ojos verdes a la chica de las trenzas de niña y cuerpo de mujer. Ella sabía que no hablaba de comida.

—Sí, yo también.

—¿Coulant de chocolate?

—¡Chocolate!

De manera seca, despidió la rubia que estaba a punto de dejar su etiqueta y empezar hacer la danza de los siete velos frente a él, la hermanastra estaba que se paraba y golpeaba a la mesera como si fuera una vulgar peleadora en piscina de lodo.

La conversación empezó a fluir entre ambos, trataron de que nada de lo que hablaban estuviera sobre el terreno del deseo demoníaco que a ambos los hacía jadear.

—¿Cuándo decidiste que querías estudiar arte?

—A los seis años, mi madre me regaló un libro sobre los impresionistas y yo quería ser como ellos, con atril, paleta y todo.

—¿Y, cuál fue tu primer libro?

—Uno del doctor Seuss, “Como el Grinch robo la Navidad”, creo que me lo aprendí de memoria.

Arden sonrió como niño pequeño.

—¡Vaya, Baker!, el mío era “Huevos verdes con jamón”, Jacqueline me lo leía todas las noches, yo me dormía escuchándola.

—Debiste ser el niño más lindo del mundo, con ese mechón claro sobre tu frente.

La mueca de ironía se hizo presente.

—Ni me acuerdo de eso ya, fue hace mucho tiempo.

¿Por qué estás tan triste siempre?

—¡Mira que viejito! Eres gruñón, estas todo lleno de arrugas.

—Baker, la edad es algo que va con el alma. Yo estoy viejo; tú, en cambio, eres una niñita y con esas trenzas...

—Y aun así, me quieres pervertir.

—Yo soy el Grinch ladrón de regalos, mi amor.

Ella quería jugar, una conversación divertida y él siempre se iba hacia otra parte. El postre llegó.

—¡Rico!, rico, tendré que hacer un montón de ejercicio con toda esta comida que estoy metiendo en mi cuerpo. Eres una mala influencia, Russell.

Sí soy muy mala influencia, nena. Si no fuera tan egoísta, te diría que corrieras fuera de mí... ¡lejos!

No, no, niño triste... ¡no!

—¿Cuál es tu libro favorito?

—“Los hermanos Karamazov”.

—¡Dios! Ese es todo un libro, Dostoievski es el favorito de Susy.

—Ella fue la que me lo regaló, tenía trece años cuando me lo dio.

—¿Trece? Esa no es edad para leer eso, ¿siempre fuiste un niño tan precoz?

—Siempre.

—¿Y el cello?

Su rostro cambió de manera radical, se alejó unos centímetros de ella y no contestó. El espíritu inquisitorio de Mae saltó al ataque.

—Yo no entiendo, Arden Russell; durante toda esta semana has tratado de sonsacar todos mis secretos, hasta los más inocuos y de pronto yo te hago una escueta pregunta y tú, simplemente no contestas. Quizás yo también quiera guardar secretos.

Frunció el ceño, evidentemente no le gustó la actitud de la chica, fue directo a la puerta del privado y le hizo un gesto a Theo y volvió a enfrentarla ahí vamos, señor Dragón egoísta.

—¿Ah sí? Y nunca contestas nada... ¿Muchos secretos, Mae Baker?, ¿muchos esqueletos en tu armario?

—¡Quizás!

—No tienes derecho a guardarlos de mí.

—Tengo todo el derecho, mis fantasmas son míos.

—No, te equivocas, son míos ¡Míos! Debes decírmelo todo, todo, quiero saberlo todo —se acercó de manera rápida, no le importaba donde estaban— ¿cómo se llamaba tú primer novio?

—Ya te lo dije, Larry —miente, miente.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos años.

—¿Dos años? ¿Y nunca te toco?

—No como tú crees.

—¿Entonces, cómo?

—¡Por favor, Arden!

—¿No me digas que fueron solo besos inocentes? Ningún hombre quiere inocencia contigo ¿tocó tus tetas?

—¡No!

—¡Mientes!, ¿tocó tus nalgas?

—¡Noo!

—¡Mientes! ¿Tocó tu sexo?

—¡No!

—¡Mientes!

—Yo no miento.

—¿Esqueletos en tu armario? —respiró con furia y acercó aun más su rostro a ella— ¿Bailaste con él de la manera tan lasciva como tú lo haces?

Para Richard, para Richard lo hacía ella se quedó paralizada.

—Lo hiciste ¿verdad? —se alejó unos segundos pero, volvió a la carga— ¿Cantaste una de esas canciones?

Canté, sí, yo canté.

—Lo hice.

Dio un puño sobre la mesa.

—¿Dejaste que te besara como yo te he besado?

—Nunca nadie me ha besado como tú.

—¡Mientes!, ¡mientes!, tu puto pasado me pertenece ¡Tienes que decirme todo lo que escondes!

Su rebeldía de la chica guerrera brotó desde el fondo y lo enfrentó sin miedo.

—¿Y qué escondes tú, Arden Russell?

—Mierda, dolor. Si te lo contara todo, saldrías corriendo lejos de mí.

—¿Qué te hace pensar que tal vez yo no tenga también cosas que te hagan huir de mí?

—¡Dímelo!

—¿Para qué? A mí no me importa tu pasado.

La tomó de su muñeca fuertemente.

—Yo estoy loco, Baker. Soy una bomba a punto de estallar, estoy tan obsesionado contigo, con todo lo que tú eres que te he convertido en mi detonador —la soltó del agarre—. Quisiera saber; no, quiero saber si esta obsesión enfermiza que siento tú también la padeces. Quiero saber si tú sueñas conmigo como yo lo hago contigo, si pasas todo el día pensando en mí; yo lo hago y me muero de celos —recuperó algo de la calma perdida—. No quiero que me ocultes nada de tu historia —besó las marcas que su apriete dejó en la muñeca y se alejó unos centímetros—. Yo te observo, soy como una águila y tú eres mi presa, sé que vuelas hacia otra parte, ¿vas hacia tu pasado? ¡Bórralo! porque lo detesto si no es conmigo —la tomó del mentón y otra vez se quedó a milímetros de ella—. Yo quiero ser el chico que te habló por primera vez de amor y de sexo, quiero ser el primero que bailó contigo, quiero ser el primero que tocó tu cabello, quiero ser el primero a quien tú le cantaste esas malditas canciones, quiero ser el primero que mordió tu boca. Yo quiero ser tu pasado —soltó su mentón y le susurró al oído— ¿Te ha gustado algún chico de la universidad? ¿Alguno te ha invitado a salir? ¿Le has mostrado esos zapatos sexuales a alguien más? ¿Has permitido que alguien huela tu perfume? ¿Le has dicho palabras de amor a alguien más? ¿Has soñado con que alguien te toque? ¿Has fantaseado con alguien más? ¿Has deseado que te penetren como lo has deseado conmigo?

—¡Nunca, jamás!

—¿Entonces, qué ocultas? ¿Qué?

El silencio fue brutal.

—¡Contesta! ¿Qué?

Ella suspiró, está lista para el contraataque.

—Tú no eres el único que tiene la exclusividad de la miseria, Arden Keith Russell —con las dos manos apoyadas en la mesa y con su espalda pegada a la silla le hablaba con tono medido— ¿Por qué no tocas el cello cuando todos dicen que eras un genio? ¿Con cuántas mujeres me he de encontrar por ahí que han probado tu pene ardiente? —la calma aparente del inicio ya no existía — ¿A cuántas has masturbado en un hotel? ¿A cuántas has filmado? ¿Qué tan brutal es el sexo que das para que te llamen ‘Señor del Dolor’? ¿Cuánto dinero has gastado en tus famosos regalos de consolación? —la voz se le quebró— ¿A todas traes a estos restaurantes? ¿A todas les has hablado como

a mí? ¿A quiénes y a cuántas has amado? —ella lloraba—. Dime, Arden Keith, dime ¿por qué odias a Dante Emerick?, ¡no! mejor dime ¿por qué odias a todo el mundo? —con furia, se secó sus lágrimas.

Odio a todo el mundo, menos a ti, no me dejes caer ¡maldición!

La atmósfera era cargada, los celos de ambos contaminaron el aire juguetón del principio. Sin aviso, se lanzó hacia ella y atacó su boca con furia, Mae se negó.

—No te rebeles conmigo, Baker, ¡no te atrevas! —y volvió a su boca, pero ella frunció sus labios— ¡abre tu puta boca!, ¡ábrela!

Fue entonces que Marilyn, con violencia, se sentó sobre él —no le importó arremangarse la falda para lograr su cometido—, le jaló el cabello con fuerza y lo mordió en el labio inferior con fiereza.

—¿Te gusta así? ¿Eh? —ella comandaba el beso— ¿te gusta así? —besaba y mordía—. ¡Nunca! yo, Mae Baker, nunca, ¡oye bien, Arden Russell! —le tiró el pelo de la nuca obligándolo a mirarla—, nunca he deseado a nadie como a ti, ¡jamás!

—Nena, estoy loco.

—Yo también ¿no te das cuenta? Soy tu maldito igual, somos iguales, señor Dragón.

—¿Entonces? Yo...

—¡Cállate y bésame!, hoy los fantasmas no existen, las sombras ¡qué se larguen!, nuestros pasados ¡fuera!, hoy no, hoy no...

Y, siguió besándolo hasta que el punzazo de la erección la hizo desprenderse de él y bajarse de su regazo. Como pudo, se arregló su falda, se puso sus lentes, ató sus trenzas y volvió a su actitud de niña buena de siempre y, con una calma casi teatral, comió su postre de chocolate mientras, él daba órdenes a todo su cuerpo para que se calmara y regresara del estado de delirio.

—¿Con que “Huevos verdes con jamón”? Es mucho mejor mi Grinch.

Te amo.

Te amo.

—¡Jamás, nenita!, ¡nunca! —sacó un papel de su bolsillo— y a este dragón,— apuntó hacia el dibujo— le falta un mechón blanco y unos rizos.

Y así continuaron durante una hora más, hablando de todo y de nada, solo eran ellos dos, Celine y Keith que se encontraban en una mesa comiendo un postre de chocolate.

Estaba un poco borrachilla, el vino la tenía en un estado de risa contenida. Ya no se acordaba de la discusión que habían tenido, solo se acordaba de la sensación de su boca insaciable sobre ella; las trenzas, que había anudado con fuerza una hora antes, ahora caían de manera graciosa sobre el cuello y sus lentes parecían deslizarse de su nariz. No hablaban, ella tarareaba una cancioncilla y él estaba muy pero muy serio.

—¿Por qué tan serio?

—Solo observaba el paisaje.

Ella tontamente miró a los lados nadie, solo tres parejas y no nos ven ¿de qué habla?

—¿Te estás burlando de mí? —ella hizo un puchero tierno, que hizo que el corazón de Russell se derritiera cual mantequilla.

—Nunca, Porcelana.

—¿Porcelana?

—Muñeca, Diosa Griega, Niña Coletas, Melocotones, Lirio.

Mae lo miraba de manera divertida.

—Yo también te tengo sobrenombres.

—Los míos para ti, no son sobrenombres, son verdades absolutas pero, a ver, dime los que me tienes.

—¿Seguro?

—Ajá.

—Arden Príncipe Azul; Arden David de Donatello, Arden Dragón de la Montaña —lo dijo impostando la voz—, Arden Señor del Hielo, Arden Mechón de Luz Russell, Arden Rey del Universo, Arden Guardián del Castillo, Arden Ogro Terrible, Arden Gigante Enojado, Arden Heathcliff Darcy Rochester —reía como niña— Arden Oteló Shakesperiano, Arden Lengua Traviesa, Arden Dios del Sexo.

—Ese me gusta, continúa —realmente estaba divertido al menos, no es Señor del Dolor.

—Arden Mi Sol, Arden Ángel Bello, Arden Dueño de Mí, Arden Dueño de Mi Gatito.

Él emitió un rugido sordo.

—Y, y —puso cara de actriz porno— Arden el Señor de las Películas Calientes Coppola.

No terminaba de decir la frase cuando él se paró de la mesa, la tomó de la mano y la sacó del restaurante mientras Theo, pagaba la cuenta.

—¿A dónde me llevas?

—Tenemos que entrenar, Malvada Baker.

¡Recórcholis!

La empujaba por la calle y era la metáfora de lo que ocurría, estaba siendo arrastrada de manera inexorable hacia el ojo del huracán. Se sentía indefensa, pequeña, vulnerable frente a esa fuerza de la naturaleza, lo peor era que su cuerpo, su alma y su mente decían sí. Ella se paraba en frente y lo único que deseaba era ser arrollada por esos miles de caballos de fuerza, por ese viento violento que arrasaba todo a su paso.

La metió al auto de manera no muy cortés, ella chillaba de risa, encendió el auto, Marilyn iba a poner música.

—¡No te atrevas!

Contuvo la risa y un Oh.

—¡Theo! —gritó como un loco.

—Señor.

—¡Largo!

Manejaba como un loco por la ciudad oscura, Mae deslizaba su mirada por aquel hombre esto me está pasando a mí, me pasa a mí, ni en mis más locos sueños. Lo amo tanto que daría todo por él, ¡todo!

Arden dio una vuelta en U y llegó a un parqueadero en Manhattan, era enorme, quince pisos de ascenso tortuoso.

Me gustaría que estuvieras aquí, mami y decirte que me he enamorado del alguien hermoso y terrible ¿Qué me dirías, mamá?

«—La vida es esta, bombón, solo está, tómala o déjala»

—Gracias mami, siempre cuento contigo.

La llevó hasta el último piso y frenó el vehículo en un ángulo donde las cámaras de seguridad no los podían ver.

—¿Eres mía, Baker? —él volteó a mirarla y sus ojos eran desesperados y oscuros.

—¿Por qué preguntas si ya lo sabes? —se lo dijo descaradamente.

Arden desactivó su cinturón de seguridad, se bajó del auto, se quitó el abrigo y lo dejó, displicente, sobre el capó. Mae —coqueta y ansiosa— lo miró cruzar volando por el frente, se acomodó de lado y lo esperó sonriente. Él abrió la puerta, sacó de un tirón el cinturón de seguridad y acondicionó el asiento en posición recostada.

—¿Confías en mí? —la besó con vehemencia, juntó su frente con la de ella, sus ojos eran verde líquido.

—¡Sí, señor!

—Entonces, Baker, abre tus piernas y observa cómo te hago gritar; no sabes, ayer estuve a punto de morir; hoy, voy a beberte.

—¡Oh, Dios! —ella hizo lo que se ordenó, podía ver su necesidad, su fuego, su carnalidad me desea a mí, a nadie más, ¡Dios! que esto sea verdad, no te pido más.

Las enormes manos agarraron las femeninas caderas, las levantaron y con la maestría que da la experiencia, subieron la falda hasta la cintura y de un solo jalón, arrancaron bragas y pantimedias, luego, algo torpes y nerviosas, terminaron de disolver las trenzas y tiraron lejos los lentes de secretaria fea.

Ella gritó, nunca en su vida había sentido el vértigo placentero de sentirse tan osada y tan indefensa; él bajó la mirada hacia su sexo, la contemplaba extasiado perfecta, ella es perfecta y es toda mía.

—Nadie, nadie ha estado aquí.

—Esperaba por ti, señor Dragón.

—Eres tan hermosa, no puedo ni pensar el día que tenga mi boca en tu coñito caliente —la volvió a besar de nuevo y su lengua sugería los mismos movimientos que él haría un día con ella.

—Ahora, Mae Baker —acarició tiernamente la superficie de su pubis—, me vas a contar que cosas te gustan.

—¿Eh? —ella estaba embotada con la leve caricia y el beso abrumador—
¿Qué?

Fue entonces que su mano lujuriosa bajo hacia todo su sexo, separó los labios tiernos y con uno de sus dedos presionó con fuerza su clítoris, un gemido pequeño salió de la boca de ella.

¡Dios! toca mi sexo ¡lo está tocando!

—Estas empapada mi amor, por mí —el movimiento lo repitió lento, de manera tortuosa— vamos, sé una niña buena y dime qué cosas te gustan ¿te gusta el chocolate? —lento, lento.

—Sí, sí, sí. Oh, ah —se mordía la boca, ella entendió el juego— me gustan las caricaturas los sábados en la mañana —temblaba.

Dos dedos, y el movimiento rítmico continuaba, su meta era llevarla a los límites del vértigo. Con la otra mano en su cuello y la obligó a mirarlo.

—Niña buena ¡mírame! ¿Qué más?

—Me gusta el cereal con yogurt de manzana y... y... ¡Arden!

—¡Dime más! —ella era hermosa, su aliento, su sexo tierno y suave, sus palabras entre cortadas.

—Leo el periódico y el horóscopo —reía, nunca le había contado eso a nadie— y ¡ah!, yo... yo... ¡tus dedos son maravillosos!... y... ¡hummm!

—¡Qué más! —no apartaba sus ojos de ella.

—Me... me gusta pintar con luz natural y... y me gusta bailar en mi casa a solas —los dedos de él aceleraron los círculos infernales que le estaban haciendo ver manchitas destellantes y multicolores.

—Sigue...

—Me gusta el 4 de julio para ver los juegos, piro... pirotec... ¡oh!, así, así... más, más —sus caderas empezaron a moverse y obligó la presión sobre los dedos de él y sobre la palma de la mano— amo a los animales y... y tocar mi guitarra, el... el otoño, ummm —de la chica salían sonidos incoherentes que lo volvían loco— ¡amo tu perfume!... y tus guantes... tu, tu voz mandona y las ondas que se hacen en tu pelo cuando está largo.

Con la otra mano Arden buscó el centró de su sexo e introdujo un dedo mientras que continuaba torturándola con la otra, ella gritó descontrolada y arqueó su cuerpo.

—Eso es delicioso. Así, sí, sí, sí.

—¡Dime más! —la orden fue ronca y sexual.

—¿Qué más quieres?, me voy a morir aquí —ella lloriqueaba y gemía, pero él no se detenía e introdujo un segundo dedo y otra vez el grito primario y animal.

—Estas tan apretada, mi amor.

—Yo, yo te tengo dentro de mí.

—No, todavía no, esto no es nada, nada, Baker —por un momento sacó sus dedos y jugueteó de arriba abajo con su sexo, los movimientos de los dedos eran ahora furiosos, y ella se movía junto con ellos, Mae abrió la boca necesitaba respirar.

—Huelo tu sexo, nena, melocotones en flor, el mejor perfume del mundo —y volvió a introducir sus dedos de nuevo y fue entonces que como ejecutante de música, el mejor, acopló los movimientos de ambas manos—. Me gustas tú, me gustan tus sonidos.

—¡Ah!, por favor, por favor...

—Eres tan suave —pegó su frente a la de ella— me gusta tu pubis y el velloncito que lo cubre —lento, lento, lento en círculos, arriba y abajo y a los lados.

Los sonidos de ella iban en crescendo, su calor corporal era insoportable, ella no sabía que era más sexual si sus manos o los ojos de él que no permitían que ella mirara a ningún lugar.

—Así, así, así, Dios, más, más, sí, sí, ¡señor! ¡Más fuerte!, más, más...—sus dedos, sus manos expertas, tocaban, hurgaban, penetraban, se movían de mil formas... dulce, fuerte, violento, sin compasión y el sexo de la chica convulsionaba, Arden sintió como las paredes de la vagina se contraían y apretaron con fuerza en sus dedos puta delicia, así será cuando yo esté dentro de ella. Mae alzó sus brazos y tocó el techo del auto y empezó a golpear con fuerza; una sensación crecía, se elevaba, su vientre le dolía, su cuerpo se preparaba, se abría, se desintegraba, caía, se meneaba, se consumía, estaba enloquecida; el orgasmo llegó y la inflamó como una llama.

—¡Aaah! ¡Me muero! —el movimiento fue tan brutal que se liberó de la mirada de fuego cuando volteó de un lado a otro la cabeza en agonía y cerró los ojos. Lo necesitaba y con saña se tiró hacia él y logró darle un beso, luego cayó rendida y solo se animó cuando Arden, traviesamente, empezó a chupar lentamente sus dedos.

—Mm mm, esto es lo mejor que yo he probado.

—¡Dios! Arden... eso... eso...

Y con eso llegó otro orgasmo que la volvió a sacudir soy el Nilo, soy el Nilo... el mundo ha desaparecido ahora fue él quien buscó el beso, fue tierno, dulce y suave, el sabor de ella en su boca la situó en un mundo fuera del tiempo. Mae aún tenía las contracciones del placer recibido, ya no era coherente, era un ser exuberante que se afirmaba en ese instante de mero sentidos y goce.

Ambos jadeaban, volvieron a juntar sus frentes y se miraron como si aquel momento pudiera durar para siempre, con sus manos ella le acarició la cara.

—Tan hermoso, tan perfecto, Dragón.

—Soy perfecto para ti, mi Porcelana.

—Pero tú, tú... ¿no necesitas...? Eeeh, solo he sido yo... Arden, quiero que sientas el mismo placer que yo.

—¿No te das cuenta, Baker?, tu placer es mi placer, verte venir es lo más bello, erótico y putamente sensual que yo he visto. No hay nada, nada que se compare con eso.

—Quiero tocarte también, desesperadamente ¿me enseñaras cómo acariciarte? —se acercó a su oído y le habló de manera queda— yo quiero cogerte con mi boca y hacerte gritar como lo haces conmigo.

Arden aulló de placer, muchas mujeres le habían dicho lo mismo, pero nunca, nunca fue tan hermoso y peligroso como ella lo decía.

—Vas a ser mi muerte, Marilyn Baker.

—Tú me deslumbras, Arden Manos Mágicas Russell ¿Me enseñas? ¿Me enseñas? —sus labios estaban cerca de su mejilla.

—Pronto, pronto, te enseñaré a usar esa lengua divina que tienes y el día que tú lo hagas, me volveré más loco de lo que estoy.

Ella le dio besitos por su cara.

—Loco, loquito...

—Demente.

De camino a su casa, dormitaba como una niña, la mirada de Arden era melancólica: su pequeña niña salvaje se abría al sexo, presentía que el esperar un poco no sería por mucho tiempo, ella era fuego y estaba disfrutando descubrir las chispas, las llamaradas... él necesitaba desesperadamente llegar a ella, estar en ella, estar en casa, pero decidió no apurarse, él era un Ulises pasando mil batallas, miles de monstruos para llegar a Ítaca, a su Penélope; a Mae Baker y a su reino.

Como dos adolescentes se intentaban despedir, pero era difícil hacer que sus bocas se despegaran la una de la otra.

—Baker, son las once de la noche.

—No, todavía no, aún, aún estoy suspirando por lo que pasó esta noche.

—¿Solo suspirando?

—Hirviendo ¿no te vas a aprovechar de mí? estoy un poquito borracha con ese vino que me diste.

Se moría por quedarse, no deseaba ir a su apartamento frío e impersonal que él llamaba casa.

—Mae, yo me muero por quedarme pero, ¡no! Tengo voluntad —hizo un mohín de niño— yo debo comportarme como un caballero.

—Yo no quiero un caballero, el caballero no es mi dragón, el caballero no es mi entrenador personal.

En la puerta del apartamento la arrinconaba contra el marco.

—Tú eres mi obra maestra y voy a cuidarte, pulirte hasta que estés lista.

—Eres un genio ¿No te aburres de hacer esto conmigo?

El caballero se fue para la porra, y apareció Satanás. Agarró los brazos de la chica y las puso por encima de la cabeza.

—¿Crees que me aburro de oírte gemir por mí? ¿Crees que me aburro de oler el perfume de tu excitación? ¿Tú crees que me aburro del ronronear de tu gatito? ¿Crees que me aburro de cómo me esperas? ¿Crees que me aburro de ver cómo tus senos se ponen erectos cuando te toco? ¿Crees que me aburriré de tu sabor? No me conoces, niña ¡Apenas estoy comenzando!... ¿te aburrirás de mí?

Pasó su boca por la mejilla y dejó un rastro de besitos a lo largo de su barbilla.

—Yo no me aburro de practicar, señor.

—¡Diablos! —dijo entre dientes— voy a disfrutar arrancar tu inocencia, Baker y el puto demonio que soy, lo va a gozar más.

Un beso sin tregua empezó a ralentizar el ambiente, Arden estaba por perder la poca cordura que le quedaba cuando vio en el suelo del pasillo los libros que Dante Emerick le regaló, los celos lo atacaron y la besó con más violencia; la atacaba con furia, tanto que para sostenerse ella tuvo que aferrarse con todas sus fuerzas y poner sus piernas alrededor de él. Ambos estaban absolutamente conscientes de que no tenía sus pantis, cuyos jirones habían quedado en el auto.

Él soltó su boca y la puso contra la pared.

—¿Te gusta Dante Emerick?

—¡No!

—¿Por qué eres tan amable con él?

—Porque siempre ha sido amable conmigo.

—Parecen muy íntimos —su expresión de piedra y rabia se dibujaba en su rostro, con fuerza.

—Tenemos cosas en común.

—¿Qué cosas?

—Los libros, las motos y nada más.

—Él quiere algo contigo.

—Pero yo no, además eso de íntimos no es una buena expresión para Dante y para mí, íntimos somos tú y yo ¿crees que permitiría que él me hiciera las cosas profanas que has hecho conmigo?

Para Arden el solo pensar que Dante escuchara los sonidos de placer que ella emitía le hacía incendiar la sangre como si fuera hierro derretido.

—¡Lo mataría!

—Cariño, no. Dante es, es un conocido, ni siquiera amigos somos, yo nunca he aceptado una salida con él.

—¿Te ha invitado a salir? —rugió como león agonizando.

—Sí, pero yo nunca lo he aceptado.

—Me mata pensar que alguien se acerque a ti sin mi permiso.

No quería pelear, la confrontación en el restaurante fue demasiado para ella.

—Arden Russell yo sé decir no, te dije no muchas veces y eso que me moría de deseo por ti.

—Debiste decirme que si en Las Vegas, ya tendríamos muchas prácticas adelantadas —besó su cuello y pasó su lengua húmeda y reptil hasta llegar al lóbulo de su oreja.

—Una dama se hace esperar, señor Russell.

—Claro que sí, mi amor, eso aumentó mi deseo ¿ves? Definitivamente más inteligente que yo, mi impaciencia por ti me hace perder las perspectivas —la bajó de su cuerpo— ahora, abre esa puerta y vete a dormir, mañana tenemos mucho trabajo.

Ella suspiró resignada.

—Bueno —levantó su manita hacia su boca— sueña conmigo, señor Dragón.

—Siempre, Baker, siempre —le guiñó un ojo con malicia.

Lo vio irse.

La vio en la puerta, despidiéndose.

Desde hacía varios días el despedirse era como si un cuchillo los desgarrara a ambos, se respiraban, se necesitaban, la piel empezaba a hacer el camino a

ser una, a fundirse; Platón hombre sabio habló de aquel mito, del ser que buscaba su otra mitad, ese ser andrógino que sancionado por Zeus fue separado. Allí estaban ellos dos, la mitad de cada uno, reencontrados, después de años eternos de separación. Día a día estar separados era casi como ser castigados; habían esperado tanto tiempo, aquel recuerdo olvidado de esa unión en otra vida que aparecía en los sueños de él y en la nostalgia producida por los libros de ella, ahora, de nuevo juntos, hacía imposible la separación.

A los diez minutos, una llamada.

—Baker, mañana estará tu auto en frente de tu casa, conociéndote, eres capaz de irte en el metro.

—¿Sin llaves? Russell ¿Cómo mandarás mi auto sin llaves? Las mías las tengo en mi maletín. Además ¿Por qué no dejas que esta chica se divierta? Yo aaamo el metro.

—Tengo mis métodos, soy un hombre de muchas tácticas, esta noche creo que te demostré algunas ¡Y, claro que dejo que te diviertas! Es más, ¡yo soy muy divertido, Baker!, soy el puto rey de la diversión ¿Qué te pasa? Pero, aun así, tu pasión por el metro no me gusta.

Marilyn no aguantó la risa.

¿El rey de la fiesta, señor Dragón?

—¿Eres el rey de la fiesta? —vocalizó su pensamiento.

—A veces, puedo ser divertido.

—Te he visto reír muy poco, pero cuando lo haces, es bello.

—Tienes que enseñarme a reír.

—¿Qué puedo enseñarte yo que tú no sepas ya?

—¡Enséñame a ser feliz, Baker!, ser feliz me asusta como el diablo, hoy te tengo conmigo, mañana quizás, salgas corriendo.

—No soy una cobarde.

—No, no lo eres, es por eso que sé que te irás, tu alma indómita se rebelará un día contra mí, y yo Arden Rey del Infierno, no seré capaz de retenerte.

—Y ¿si eres tú el que me abandona? Tal vez el fuego se extinga, la novedad te aburra, ese algo que te excita de mí se vaya. Tú eres el viento, yo solo soy una llamita pequeña que lucha por mantenerse, pero tú lo arrasas todo.

Un silencio entre los dos.

¿Cómo decirte que te amo? Sin temor a perder la poca cordura que tengo, ¿cómo decirte que dependo de ti? Sin temor a ser un títere en tus manos, ¿Cómo podré confiar en ti cuando yo sé que eres más fuerte de lo que tú crees? Baker, aún necesito un poco de mi control para mantenerme.

—¡Dios, Arden! ¿Puedes explicar que nos pasa a ti y a mí?

—No lo sé.

—Es aterrador.

—Lo es, nena, lo es.

Besos pequeños recorrían su pecho, la sensación era deliciosa, el olor de ella fluctuaba en el espacio, los besos bajaban lentamente.

—Abre los ojos baby, abre los ojos, soy yo mi amor, ¿te gustan mis besos?

—Me encantan.

Escuchó su risa de niña y los besos dulces continuaban tortuosamente por su vientre, la sensación caliente y suave de su mejilla recostada y su lengua maliciosa y juguetona.

—Soy yo, mi amor, soy yo, abre los ojos.

Ahora los besos bajaban a su sexo, ella respiraba sobre él.

—¿Te gusta? Arden, yo sé cómo hacerte feliz, muchachote, solo yo.

—Solo tú, Mae, solo tú.

Pero de pronto, todo cambió, la risa que escuchaba no era la de ella, era otra, y esta vez era una risa histérica y demente

—¿Mae? Maldito idiota, ¿ella? Inútil virgen de pueblo ¡abre los ojos, Arden Russell!

Allí parada frente a él estaba Chanice con sus ojos de loca, mirándole desde su infierno.

—¡No mereces ser feliz! no lo mereces, ¡me lo debes maldito hijo de puta! se lo debes a Faith, ¡tú la mataste! ¿Acaso no te acuerdas? Nos mataste a ambas.

Arden se despertó sudando y temblando.

—¡Déjame en paz, Chanice!, ¡ya basta! ya basta.

Esa mañana allí estaba su auto, frente a su casa. Uno de los guardaespaldas le trajo las llaves...

—Mandó a decir, señorita, que no irá hasta el mediodía, debe ir a Staten Island, dice que por favor le mande por correo el informe de la concesión Watson y que tenga listo el informe para el señor Akechi.

¿Por qué no me lo dijo por teléfono?

En su celular había un mensaje simple.

Por favor, almuerza.

¿Qué le habrá pasado? Ella le tenía terror a sus estados mercuriales de ánimo.

Esa mañana Arden se había levantado con un humor de los mil demonios, Chanice en sus sueños, Chanice en su vida; más bien, no en sus sueños y sí en sus pesadillas.

No me voy a dejar vencer por ti, Chanice, no me vas a ganar ¿Vienes a quitarme lo único que tengo? ¡Nunca! Ella me pertenece, si sigues atormentándome iré hasta el infierno y te destruiré de nuevo.

Al medio día llegó a la oficina y ella no estaba por ningún lado, se fue hacia el helipuerto y la vio sentada con su pelo suelto al aire, en el suelo. Sintió la necesidad de inmortalizarla y con la cámara de su celular le tomó varias fotos sin que ella se diera cuenta. Mae volteó y le sonrió con alegría, se iba a levantar del suelo, pero antes de que lo hiciera él se sentó a su lado.

—Hola, señor hermoso —no era para menos, allí estaba él con un traje azulino, una camisa blanca con rayas grises y una corbata azul marino, era perfecto.

—Hola —besó su cabello— siempre me pregunto qué haces aquí.

—Me siento libre.

—¿Libre de mí?

Ahí vamos de nuevo.

Quería besarlo pero él se negó.

—No, hoy vamos a jugar.

El deseo palpitó en su interior y sus ojos brillaron de emoción.

—¿Cómo anoche?

—No, eso fue un ejercicio.

—¿Fui buena?

—Deliciosa.

Intentó besarlo, pero él se levantó de un tirón.

—No me hagas rogar.

—Hoy no habrá besos.

Las chicas estaban decepcionadas, la ninfa hacía pucheritos como niña a quien le habían quitado su bombón.

—¿Por qué?

—Quiero castigarte —de manera maquiavélica, Arden llevó la mano a su sexo y lo acarició por encima de su falda.

—¿Castigarme? —tomó un cadejo suelto de su cabello y lo enredó para llevarlo a la boca, la niña y sus pucheros, ahora se le hacía la boca agua.

—No hagas eso, Baker.

—Sí, señor —pero lo volvió a hacer.

—¿Ves? Voy a castigarte por hacerme sufrir de deseo.

—Pero, yo estoy dispuesta a complacerte, señor lindo —Mae no supo cómo, qué fuerza interna la llevó a hacer aquel movimiento, pero sin aviso tocó su pene y lo agarró duro.

¡Virgen sagrada! ¿Yo estoy haciendo esto? ¡Sí! Me siento poderosa le sostuvo la mirada y empezó a acariciar, lo sintió crecer bajo sus manos, era una sensación nueva, aterradora y maravillosa.

—¡Vaya, muchacho!

—Eres perversa.

La orden de no besarla se le olvidó y estrelló su boca contra la de ella, su lengua hizo pequeños movimientos juguetones y chasqueó, provocándole cosquillas.

Control, Russell control y de una manera brusca, se separó.

—¡Vamos a ver cuánto aguantas, Baker!

—¿Me retas, malvado Señor de la Torre de Cristal? —empequeñeció sus ojillos

ámbar emitiendo chispas eléctricas por ellos.

—Ajá.

El lado rebelde y anárquico de Mae Baker se hizo presente.

—Bueno —dijo indiferente— al menos tengo a alguien más para besar y no es tan rogado como usted, señor.

Ella lo sabía, lo sabía, él no tenía sentido del humor, no lo tenía. La tomó del brazo y la haló hacia él.

—¿De qué putas estás hablando? —resoplaba como toro en plena corrida.

—¡No seas niño, Arden!, hablo de mi gato Darcy.

Pero estaba furioso.

—No es gracioso, Marilyn.

—Yo no soy de tu propiedad.

—¡Lo eres!

—Te lo dije cuando empezamos

—Yo también te lo dije: tú me perteneces —la alzó con fuerza y la llevó a la pared de la pequeña puerta que daba hacia la escalera de emergencia de la azotea.

No tenía por qué hacerle eso, ella lo sabía, no le gustaba jugar al maldito juego de los celos, le importaba un rábano si solo era su gato, nada, nada. Ella era hermosa, era inteligente, dulce, cariñosa y presentía que iba a ser una diosa en la cama, cualquiera, todos los hombres del mundo matarían por ella, y ¿quién era él? ¡un idiota! Con una sola señal ella podría tener a quien le diera la gana, su cabello suelto, su bonito cuerpo en sus vaqueros, sus malditos zapatos, su lengua inteligente y divertida, su piel sin defectos, sus ojos vivaces ¿Quién era él? ¿Qué tenía él para ofrecer? Su locura, su rabia, sus celos enfermizos, ¿Quién era él? Un hijo de puta con mucho dinero, un cabello rebelde, un tipo guapo, unos autos costosos, una polla grande y eficaz, pero más allá ¿Qué? La empujó contra la pared, con la mano izquierda le agarró sus dos manos y las puso sobre la cabeza, con la derecha tomó la pretina de su falda y de un tirón la arrastró hacia él.

—¡Arden! ¿Qué haces?

—Reclamar lo que es mío, para que no se te olvide —la mordió en el cuello con fuerza, con un movimiento brusco la volteó y puso su pecho contra la pared para volver a tomar sus manos con fuerza, se apalancó con su pierna derecha, con la rodilla tocó el trasero de Mae, llevó su boca al oído de ella y le susurró.

—Desde que entraste en esa oficina, ¡eres mía! —con la mano libre empezó a rozar su cuello—. Desde que me hablaste, ¡eres mía! —su mano continuó hasta el centro de su cuello, a un punto de la garganta—. Desde que me serviste el primer café, ¡eres mía! —Mae no sabía si temblaba de miedo o de excitación—; desde que me desafiaste la primera vez, ¡eres mía! —desabrochó tres botones de su blusa y le introdujo la mano en el pecho—; desde que te toqué en Las Vegas, ¡eres mía! —tiró el sostén para que uno de sus pechos quedara al descubierto, ella emitió un gemido mientras que Arden empezó a acariciar un pezón de manera ruda—; desde que bailaste para mí en Brasil, ¡mía!, ¡mía!, ¡mía! —desató sus manos, pero Mae las dejó sobre la pared casi arañándola. La otra mano de Arden acarició el otro seno.

—¡Cristo! —ella puso su cara contra la pared, su cuerpo se arqueaba, no tenía voluntad, lo amaba ¿Qué podía hacer ella?

—Cuando que me llamaste aquel día en que creíste que había muerto, firmaste tu rendición —terminó de desatar la blusa— desde que me dejaste entrar en tu casa y besarte como un loco, me perteneces —el refriego en su seno se hizo salvaje— desde que me permitiste tocarte y escuchar cómo te corrías, yo soy tu dueño.

El cuerpo a ella ya no le respondía, solo obedecía a los toques dominantes de Arden que insistía en demostrarle el poder que tenía sobre ella.

Apoyó la cabeza de la chica en su pecho, tomó sus delicadas muñecas y acomodó sus brazos alrededor del cuello de él y la sostuvo, abrazándola.

—¿Qué no eres mía? El contrato, Baker, lo firmaste con cada uno de tus orgasmos para mí —la talla grande de su falda permitió que él deslizara una de sus manos buscando evidencia— ¡no te atrevas nunca a decirme que no es así! —estaba furioso y loco, tomó algo del fluido orgásmico y sacó su mano mojada para que ella lo viera.

¡Eres un maldito!, destruir es lo único que sabes hacer, no eres capaz de un acto de ternura, el mismo egoísta de siempre. Es tu naturaleza de escorpión, eres hasta capaz de destruir lo único que amas, ¿no es así, Arden Russell? ¿No es así?

Como si una fuerza poderosa lo jalara de su chaqueta, se despegó de ella, se quedó mirándola con ojos de miedo; en medio de la turbación Mae, al verlo a la cara, se encontró con un hombre con ojos de niño aterrado.

—Lo siento, Baker, ¡perdón!, el animal que vive en mí no se controla cuando se trata de ti, estoy... ¡perdóname!

Aquí estoy casi desnuda y dispuesta y él solo me pide perdón ¿De qué tienes tanto miedo? Se acercó a él e intentó acariciar su rostro, pero inmediatamente se alejó y salió corriendo escaleras abajo.

Mae se arregló su ropa, mientras que una lágrima solitaria surcaba su rostro ¿Tengo yo la fuerza para sobrevivir a esto? ¿Cómo me comporto contigo?, una

parte de mí se quiere alejar y la otra desea vivir pegada a ti como si dependiera para respirar, ¿qué sería de mí, Arden Russell si te dijera que soy tuya desde el mismo momento en que te vi en ese ascensor y olí tu aroma? ¿Qué harías conmigo?

Su parte salvaje y subversiva se negaba a dejarse controlar, el deseo de insurrección que Arden le generaba era lo que Mae creía a él más le obsesionaba. Cada día, Arden le daba pistas del por qué ella debía correr, pero era a su vez su naturaleza de guerrero la que la hacía quedarse, luchar y tratar de sobrevivir. No había escapatoria de eso estaba segura, moriría con él y moriría sin él.

Todo aquel día se evitaron, escasamente se hablaron, ella lo esperó hasta la seis de la tarde pero él no dio muestras de vida. Lo que no sabía era que Arden estaba pegado de su telescopio para poder percatarse de que ella se había ido, supo que estuvo dos horas más de su horario, allí, cerca de diez metros de distancia, esperó y esperó y finalmente la vio salir con su auto.

—¡Perdóname!, soy un idiota, no contestes Mae, solo quiero decírtelo— fue su primer mensaje.

A las diez treinta otra llamada, ella comprendió que Arden solo necesitaba pedir disculpas, sabía lo difícil que era para él hacerlo, jamás lo había hecho.

—Marilyn Baker, no sé qué hacer contigo ¿qué quieres que haga? ¿Cómo me comporto? No soy tú príncipe, no lo soy, soy un salvaje, no quise ofenderte, no quiero lastimarte, pero estás más allá de mí, vuelve, vuelve a mí.

Escuchó con tristeza, estaba abrazada a su almohada mientras la música de su madre que la hacía sentir mejor se escuchaba.

Le dijiste que sí, tú le permitiste entrar en tu vida, sabes muy bien que él es otra cosa, lo sabes ¿acaso no querías literatura? Pues, ahí está, total, completa, siniestra... pero ahí está, mañana volverá de nuevo a sentarse en su trono y a gobernar el mundo, pero ahora él solo se disculpa, lo amas como una loca, disfruta su pasión violenta, mañana... mañana verás cómo sobrevives.

Agarró el celular y marcó. Dos segundos y escuchó su respiración agitada.

—Arden Russell, estoy aquí, no me he ido a ninguna parte, reconozco el contrato y digo que sigue vigente, yo no renuncio tan fácil, estoy aquí, baby, te siento conmigo, yo vuelvo a ti mañana y pasado mañana y así, hasta que seas tú quien renuncie a mí.

Y su corazón latió de nuevo.

—¿Vuelvo a ser tu señor Dragón? —su voz ronca y grave se hizo oscura y maliciosa.

—Claro que sí, Dragón, Señor y Todo —cerró los ojos, aceptando lo inevitable

—. Tengo una copia de lo que filmaste, ¿quieres escuchar cómo me divierto? ¿Quieres que haga algo especial para ti? verás, tengo la cámara conmigo.

Una sonrisa liberó el rostro de piedra de Arden tras el teléfono.

—¡No! Solo yo puedo verte allí, solo yo, tu sexo es mi territorio, pero, aún tengo un reto que imponer.

—¿Qué quiere usted, señor Russell? Hoy me siento particularmente perversa.

—Eres veneno para mi corazón, Baker ¿lo sabes? maldito y glorioso veneno — era ese hombre que había dejado de consumir, pero que siempre añoró la adicción y el vértigo, ahora con ella en su sangre volvía esa sensación de felicidad perversa en sus venas y ¡demonios! ¡Bienvenida sea!— y eso que aún no te poseo, cuando pase ¡maldita sea! voy a explotar como un puto volcán, vas a sentirme en todas tus jugosas y húmedas partes ¡todas!

¿Cómo puede hablarme así? Es un personaje de una novela que no puedo dejar de leer, y sé que va a dejarme devastada. ¡No importa! ¿Cuándo en mi vida volveré a tener algo así? Jamás.

—Arden.

Escucharla así, lo ponía duro, sino fuera por el temor a romperla correría y la crucificaría hasta morir.

—¡Chíiss, Baker!, estamos jugando.

—Ok ¿A qué jugamos?

—¡Cómprame un beso! ¿Qué tienes que ofrecer? Mañana me dirás tu OPA, ¿qué me darás a cambio? Hasta que no me ofrezcas algo tentador, nada de besos, nada de entrenamiento, nada, mañana volveré a ser Arden Idiota Insufrible Russell. Duerme y piénsalo.

Y colgó.

Mae se quedó mirando el teléfono, ese era el poder que tenía sobre ella, el poder de la expectación, el poder del placer en sus manos, en su boca, en su lengua, el poder de saber cómo hablaba su cuerpo. De pronto una intuición maravillosa surgió ¿y si lo que él le planteaba era que ella también podía tener ese poder? Él abría la puerta a la posibilidad de jugar de igual a igual.

Yo no sé jugar los juegos del sexo, no tengo ni la más mínima idea.

La hermanastra agarró su cuaderno de Barbie color rosa y empezó a planear como jugaría, ella la miraba y la ninfa le susurraba a los oídos cosas lujuriosas y terribles, el bombillo de la imaginación apareció como en caricaturas sabatinas.

¡Oh, Arden Russell! vas a ver, ¡yo sé negociar!

A la mañana siguiente acentuó su apariencia de vieja solterona, el terrible y enorme uniforme una talla más grande fue colocado sobre su cuerpo con toda la intención que mostrara lo poco atenta que era con su apariencia, la falda larga y negra era un atentado contra la forma curva de su cuerpo, sin embargo verse ante el espejo fue causa de risa, estaba jugando bien, le quitaba al dragón el bamboleante compas de sus curvas. Los zapatos Oxford la hacían ver menuda; anudó su cabello en la moña furiosa que hacía días no se hacía, nada de maquillaje y las gafas horrendas que frente a él no usaba.

¿Con que quieres jugar, Arden mi amor Russell? Yo te voy a sorprender.

El efecto que produciría en él mirar la puerta del ascensor y ver que ella no bajaba la hizo llegar más temprano ese día, un cosquilleo excitante la recorrió, estaba jugando de tú a tú con el dios del sexo ¡Sí! quizás ella podría superar al maestro.

Escuchó el timbre del elevador privado que lo anunciaba y corrió a esconderse a los baños.

Arden, como lobo, la buscó con la mirada por el enorme espacio de la oficina, no la encontró, se fue a su escritorio y dejó la puerta abierta, los siguientes minutos estuvo pendiente del ascensor. Rebeca llegó cinco minutos antes de su entrada, Hillary lo hizo quince minutos después, pero ella no llegó.

—Larson, ¿sabe por qué su amiga Baker no ha llegado?

Ella lo observó y algo de la energía furiosa de él le enchinó la piel.

—No, señor.

Iracundo, azotó la puerta, iba a llamarla, pero se dio cuenta que colgado de la manilla interior había un sobre de manila marcado con un beso rosa.

ENTENTE

Entre el señor Dragón y yo.

Inmediatamente la ira se drenó y una sonrisa surgió en su cara refunfuñona.

Miércoles 7.30 a.m.

Bajo los términos de este entendimiento, Señor Russell, hoy hemos de jugar el juego que usted mismo impuso: no besos, no caricias.

Por mi lado, la otra participante en el juego, digo que usted se dirija a mí como su secretaria, nada de palabritas calientes ni azucaradas, mucho menos, “nena”.

Yo, Mae Baker, no le diré baby, ni dragón.

En la oficina, con tu divino aroma enervándome, solo trabajaremos y, al final

de la jornada, sabrá usted de mi movida.

Marilyn Baker

Secretaria personal de Arden perdedor de este juego Russell.

Al final, el dibujo del tierno dragoncito vestido como Rambo, con el mechón de pelo y levantando la bandera blanca de rendición. Arden estaba fascinado y estuvo a punto de soltar una carcajada; niñez, inocencia y perversión, guardó el papel, otro dibujo de su mujer para la colección particular que pensaba emprender.

La hora de la nota le indicó que estaba en la oficina, la llamó por el intercomunicador.

—¿Necesita algo, jefe? Estoy buscando un papel.

—¿El documento de una entente, señorita?

El corazón de la chica dio un brinco.

—Algo así, señor Russell —puso la voz más profesional que pudo— ¿me necesita?

Como el oxígeno, nena.

—Baker, por favor, mi café, ¡no tengo todo el tiempo del mundo! —gritó desde la oficina.

Hillary y Rebecca se quedaron pasmadas, desde hacía varios días habían descansado del ogro temible, ahora y de la nada, volvía a aparecer.

—¡Carajo! Y yo que pensé que estaba un poco más simpático, definitivamente, es un idiota.

—¡Cállate Hillary!

Hillary trataba de organizar sus pechos nuevos dentro de su blusa, dos tallas menos, los pobres botones parecían hacer una lucha hercúlea por aguantar las bombas de silicona que estaban por reventar.

—Bueno, al menos eres tú la que se lo tiene que aguantar.

—Sí, así es, por favor ¡cállate! Rebecca, ve por favor, a contabilidad, necesito las revisiones fiscales de los tres últimos meses de Arizona y Vancouver.

La chica la ignoró, estaba en otro planeta, Mae ya la conocía, cuando la chica se comía la uñas de manera compulsiva, era porque algo le preocupaba.

—¿Becca?

—Lo siento, Mae, ¿qué me decías?

—¿Qué te pasa?

—En el almuerzo te cuento, aquí hay mucho chismoso —dijo dirigiéndose a Hillary, quien se burló de ella con un ¡Já!

—Como si tuvieras una vida muy interesante, Becca, ustedes dos son lo más aburrido del mundo, ¿Qué? Mae, se supone que los uniformes deben darnos clase para este trabajo, pareces una tía vieja y solterona.

No prestó atención ya estaba acostumbrada a las tonterías de Hillary y se fue con el café. Entró a la oficina revestida con el propósito de ser inmune a su jefe, para su fatalidad, ese día estaba vestido como para matar, un pantalón gris, con una camisa de algodón blanca -se había desabotonado el cuello y aflojado la corbata- y tenía su cabello hacia atrás. La miró con sus ojos de hielo, puso el café cerca de él.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días, señorita Baker ¿los informes de gestión de las empresas del oeste?

—Rebecca ya fue por ellos, señor.

Una mirada cómplice y fugaz los conectó.

—Bien, hoy revisaremos eso, además mi madre y mi hermana necesitan las cuentas de gastos domésticos, mi madre está terminando la casa y quiere que usted la llame para algo relacionado con unos seguros que deben volver a hacerse. A ella le gusta trabajar con usted, no con Recursos Humanos.

—Sí, señor, ¿algo más?

—No, estoy esperando una oferta que se me va a hacer al final del día.

Ella ocultó una sonrisa.

—¿Algo interesante, señor?

—Ya veremos, Marilyn Baker —su gesto duro y seco no dio a entrever que le dolían los músculos por la tensión de tenerla frente a él.

Arrogante, perverso, señor malo.

Toda la mañana se fue entre revisiones, llamadas a todas partes del mundo y una conversación con Jacqueline, quien insistía en hacer cumplir la cita para almorzar.

—Vamos, querida, tienes que aceptar, estoy terminando los libros que le recomendaste a mi niño para que me regalara. Un día de estos vamos tú y yo

de compras de libros, mi hija Ashley me hace comprar libros de autoayuda y aquí entre nos, no me agradan. Mi bebé tiene otros gustos literarios, dime que sí, linda.

Había intentado huir del cariño de Jacqueline y ahora que las cosas habían cambiado, le aterraba que en cualquier conversación la pasión sin control que sentía por 'el niño' se le saliera con una sola frase, estaba tentada por saber, se moría de ganas por preguntar.

—Uno de estos días, señora.

Esta frase le dio la oportunidad que la matrona del clan había esperado.

—El viernes ¿Qué te parece?

Caray, es igual de tramposa que su hijo.

—Este, bueno, yo...

—¡El viernes, Marilyn!, le diré a mi chofer que te recoja.

—Pero, tengo mucho trabajo.

—Dile a Arden que vas a almorzar conmigo.

¡No!, ¡no!, ¡no! Creeré que lo estoy presionando y que estoy rompiendo nuestro acuerdo secreto, las otras mujeres lo presionaron igual.

—Pero...

—Pero nada, linda, ¡el viernes!

—Creo que estoy embarazada.

Mae se quedó pasmada.

—¡Por Dios, Becca!

—Estoy muy asustada, tengo veinticinco años, no estoy preparada para ser madre.

—Pero, tú te vas a casar con Craig.

—Sí, pero acaba de terminar la escuela de derecho, estamos pensando en comprar una casa, muebles ¿con qué dinero vamos a mantener un bebé? Mi madre está saliendo de una larga enfermedad.

—Tú te cuidabas.

—Sí, pero las malditas píldoras tienen un dos por ciento en que no son efectivas y yo estoy en ese dos por ciento.

Nunca en su vida Mae había estado interesada en eso de la planificación familiar, pero hacía unos días la idea le rondaba, era su oportunidad.

—Hay otros métodos.

—Craig y yo tenemos una vida sexual activa. Es excelente, de gran calidad, pero no cantidad.

Mae estaba ruborizada, con Arden seguramente serán las dos, la sola probabilidad hacía que su corazón bombeara a millón.

—Debiste pensar en otra cosa para asegurarte ¿el condón?

—Marilyn, tú sabes que el condón es seguro, pero... él es mi novio, yo lo amo, sé que es fiel —Becca rió— no es lo mismo.

¿No? ¿Por qué? ¿No se siente lo mismo?

—Sí, el condón es diferente.

Como si tú supieras mucho, tonta. ¡Toma nota, Mae!, toma nota.

—Sí, debí ponerme la pila, es más seguro.

—¿La pila?

—Sí, es más costosa pero más segura. ¡Oh, Mae! que voy a hacer, tengo terror de contárselo a mi madre y a Craig

—¿Crees que él te rechace?

—No, más bien lo volvería loco, creció en una familia de ocho, desde que empezamos nuestro noviazgo habla de tener hijos, adora los niños, pero este no es tiempo, la otra semana tiene dos entrevistas con famosos bufetes de abogados, además yo ni siquiera he tenido un perro ¿qué sé yo de cuidar bebés?

—Pero ¿si estás embarazada?

—Lo tendré —Becca sonrió tiernamente— estoy putamente asustada, pero es mi bebé, amo a Craig con todo mi corazón, el problema es que ¡Ay, Dios, estoy terriblemente asustada!

—¿Ya fuiste al doctor?

—Mañana, no sé si querer un resultado negativo o positivo amiga.

Abrazó a su amiga y le dio un besito en la mejilla.

—Sabes que cuentas conmigo —empezó a hacer un bailecito— ¡voy a ser tía!, ¡voy a ser tía!

Las dos chicas reían y lloraban.

—¿Has pensado tener hijos en algún futuro?

La pregunta la tomó por sorpresa, no había pensado en eso nunca ¿hijos? De pronto la imagen de un niño rubio y ojos verdes en su vida iluminó su cara.

¡Idiota! ¿Hijos? ¿Con él? Ni siquiera han tenido sexo y ya te ves embarazada. ¡Cuidado!, no le gustaría, quítate esas ideas de la cabeza, se sentiría presionado ¿Cuántas mujeres habrán tratado de atraparlo con esa estrategia? ¿Hijos? ¡Qué manera tan terrible de que él se quede contigo!, ¡deja de soñar! y prohíbete la imagen de la pequeña casa en la pradera... ¿él? Arden Russell no tiene hijos, no con mujeres como tú.

—No, yo no quiero hijos.

—Serías una maravillosa madre, me cuidas a mí, cuidas a Susy, a Stella, hasta el ogro precioso de nuestro jefe depende de ti; claro está que nunca lo reconoce, pero yo lo sé, en el viaje a Europa se le escapó una frase.

—¿Qué dijo?

Trató de controlar su curiosidad, pero no pudo.

Mi señor malo y triste.

—Le estaban agradeciendo los regalos y él dijo: «Las gracias deben ser para Mae, ella le pone alma a esto.»

—¿Mae?

—Ajá, él es un hombre raro, pero en el fondo, pero muy, muy en el fondo es, es...

—Complejo.

—Mucho, ¿puedes creer? Todavía no cumple los treinta y cinco y ya maneja el mundo, loco del control.

Maestro de juego.

—Después de dos años con él ya, más o menos, lo conozco.

—Su familia te adora —la chica hizo una pausa para lograr la total atención de su amiga— ¿te piensas ir pronto, verdad?

—No lo sé.

—No me dejes sola con él, yo aún le tengo miedo.

Becca, cariño, algún día me iré, mi fantasía se irá algún día, cuando todo se acabe, estar allí será mi destrucción.

—No pensemos en eso ahora ¡vamos a tener un bebé!

—Mañana lo sabremos.

—¡Sí!

En ese instante decidió buscar un médico, más pronto que tarde ella tendría que pensar en planificar también.

El resto de la tarde, se la pasaron trabajando, Cameron llegó y se quedó en la oficina por más de una hora. Cada vez que entraba a la oficina el hombre mayor se quedaba mirándola y le hacía preguntas, nada del otro mundo, tanteaba terreno y, ante cada uno de esos intentos, el hijo endurecía la expresión. Después, llegó Henry con su esposa Bianca, Mae aún se sorprendía con la dinámica de ese matrimonio, mientras que Henry era un cascabel, ella era directa y seca, mientras que él se reía como niño en carrusel, a ella le era difícil sonreír, pero era hermoso verlos juntos, ella era el espíritu de lucha y él eran los músculos de una sola entidad.

Así llegaron las cuatro de la tarde y ella, silenciosamente, salió del edificio; Russell, en mitad del camino hacia su casa, la llamó.

—Baker, haces trampa, esperaba tu propuesta ansiosamente.

La voz era escueta y contenida, era ese jefe de antes, frío y seco pero, tácitamente, hablaba de alguien que esperaba ser igualado en un juego.

Marilyn sonreía.

—El día no ha terminado señor, no me doy por vencida también sé jugar. Dentro de diez minutos leerás lo que te propongo.

Todo el día había dado órdenes a su cuerpo para no tocarla, para disculparse mil veces, para llevarla a su auto y repetir la lección, para que ella volviera a cantarle esas canciones lujuriosas que sabía. Esa lucha lo tenía agotado, estaba a punto de renunciar al maldito juego.

—Cuénteme, Baker ¿cuál es su propuesta? Muero por saber —su voz de hielo poco a poco se derretía.

Se detuvo frente al semáforo, se miró en el espejo retrovisor, en un momento sus ojos pardos chispearon, era los ojos de la mujer enamorada y excitada, se relamió los labios.

—¿Te acuerdas de mi ropa?

La introducción le gustó, la pregunta lo intrigó.

—Nena, yo siempre me fijo en como vistes, para después imaginarme como desvestirte.

No me vas a ganar.

—Baby —tomó aire—, falda negra, 60 dólares; blusa, 150 dólares; zapatos, 200 dólares. Ir a trabajar sin ropa interior, toda excitada frente al Dios del Sexo, ¡no tiene precio! —soltó una carcajada.

—¡Mierda, nena! Vas a volverme loco.

—¿Más?

—Endemoniado es lo que estoy, pensando de tu sexo desnudo.

—No bragas, Dragón, no sostén... ¿oyes como rujo? ¡Miau!, ¡miau!

Arden casi se cayó de su asiento, se quedó sin respiración, ella, ella, casi desnuda frente a él todo el día. Temblaba frente a su teléfono.

—Diosa, tiemblo como un puto niño, ¿nada de bragas, ni sostén? He muerto, ¡asesina!

—Soy mala, ¡ven y repréndeme! Mejor, ven y haz de mí una niña buena poniéndome mis pantis, creo que he ganado mi beso de buenas noches hoy.

—¡Indecente!

—Mucho.

En su apartamento reía como niña pequeña, estaba colorada como un tomate, no supo cómo fue capaz de manejar, caminar, ser secretaria, hablar con Jacqueline Russell, con Rebecca, darle la cara a Cameron, a Henry y a Bianca sin nada de ropa interior. La fricción la volvió loca y él, con sus ojos

encapuchados y sedientos, esperando.

Tocaron la puerta ¿Tan pronto? Solo han sido cinco minutos, debió conducir como un loco, un día de estos se va a matar en ese auto Corrió como una chiquilla a la puerta, pero la cara que vio no era la que ella esperaba.

—¡Stuart!

—¡Motita!

Allí estaba su papá parado frente a su puerta, se había hecho un nuevo corte y parecía diez años más joven. A pesar que no era la sorpresa que esperaba, estaba feliz de verlo.

—¡Qué lindo verte! Entra, entra.

Stuart la abrazó.

—¿Cómo estás?

—¡Feliz! ¿Por qué no dijiste que venías?

—Quería sorprenderte —estaba un poco nervioso, ella lo conocía muy bien.

—Debiste decírmelo, para recogerte en el aeropuerto.

—No soy un viejo, yo sé defenderme en esta jungla.

Stuart se sentó a la mesa de comedor, la chica llevó la maleta a la habitación donde, debajo de muchas cosas, tenía una pequeña cama.

—Me voy a quedar poco tiempo linda, espero no incomodarte, yo sé que eres una chica muy ocupada, pero hay algo que necesito decirte personalmente.

Ella se asustó, cuando su padre hablaba en ese tono algo no muy bueno venía después.

—¿Ya comiste? ¿Quieres que te sirva algo?

—Café caliente, linda, si no es mucha molestia.

Fue hacia la cocina y en ese momento se oyó los golpes en la puerta.

¡Diablos, Arden!, no, no, no... ¡carajo! No tengo ropa interior, estoy sin pantis frente a mi papá y afuera está él... ¿Qué demonios estoy haciendo?... de nuevo me escondo como si tuviera diecisiete años y tengo un amor secreto. No, no. Ahora tengo un amante.

Sin poder evitarlo, vio como Stuart se levantó de la mesa y abrió la puerta. Allí estaba Arden perfecto como siempre, su expresión se endureció, respiró profundo y se pasó las manos por su cabello. Ambos parpadearon.

—¿La señorita Baker? —su voz era monótona y dura, nadie hubiera podido entrever que estaba muy asustado— su cuerpo estaba preparado para tocarla y besarla hasta que sus músculos se cansaran, pero allí estaba el padre de la chica y se sentía como frente a un pelotón de fusilamiento.

Vio a Mae aparecer detrás de su padre y mirarlo con una expresión entre miedo y diversión, le dijo lo siento de manera muda, e instantáneamente se mordió la boca como niña pillada en una travesura.

Stuart lo reconoció de inmediato y lo miró de arriba abajo.

—¡Marilyn, te necesitan!, entre por favor.

—No, no es necesario, puedo esperar aquí.

—¡Por supuesto que lo es! —Stuart quería conocer al ogro jefe de su hija, no iba a desperdiciar esta oportunidad, no era una petición era una orden, alargó su mano y se presentó— Stuart Baker.

—Arden Russell, mucho gusto.

Al juez no le gustó la mano fría del jefe de su hija, le dio la impresión de un hombre sin corazón y prepotente.

Para Mae, la situación era entre cómica y aterradora, los dos hombres más importantes de su vida, uno frente al otro, en su pequeña casa. Nunca pensó que tendría a los dos en el mismo espacio, desde su ángulo, los veía del mismo porte, le parecieron portentosos; un sentimiento de orgullo la embargó, con amores diferentes, ellos eran dueños de su corazón.

—Yo solo vine por unos papeles, mañana vuelo a Texas y necesito hablar unas cosas personalmente con la señorita Baker.

¿Te vas?

Lo miró desconsolada. Lo que no sabía es que él venía a decirle, a rogarle que se fuera con él, quería unos días con ella en un terreno neutral, donde pudieran huir del mundo claustrofóbico y de miles de ojos que los observaban.

—¿Me puede esperar unos minutos, señor? Me voy a cambiar, ya le traigo los documentos.

Se le engarrotaron las manos, sabía que su nena estaba sin ropa interior y la deseó de una manera enfermiza, se acomodó su largo abrigo, no podía permitir que el padre de la chica viese la tremenda reacción que tenía.

¡Mierda!, esto es ridículo, me siento como un perverso, ¡espera! Eres un perverso, estas aquí frente a su padre y tienes una erección del tamaño de una montaña.

Desapareció para ir a su cuarto.

Stuart lo miraba de manera casi clínica.

—¿Desea tomar café, señor Russell?

—No, gracias, señor Baker —estaba incómodo— ¿hace cuánto está en Nueva York? —preguntó para hacer conversación.

—Vine de sorpresa. Debo confesar que es usted más joven de lo que se ve en televisión. Ese mechón blanco le agrega años, parece mayor.

—Soy mayor.

—Mmm. Mi hija nunca habla de usted, ella es una chica discreta.

—Lo es, y yo la amo. Señor Baker, vengo a robarme su niña su hija es una gran secretaria.

—Es una chica responsable, buena y trabajadora, debe saberlo.

Tras esas palabras, lo que Stuart Baker dijo fue: si algún día sé que maltratas a mi bebé, vengo y te despescuezo, estúpido arrogante y prepotente.

Arden comprendió el tono de las palabras del hombre y sonrió por lo bajo darías la vida por ella ¿no es así? Pues, yo también.

—Por favor, dígame a Marilyn que la espero abajo, no quiero importunar.

Salió como alma que lleva el diablo Demonios, soy el Grinch ladrón de regalos, aquí estoy yo, frente a ese hombre decente, yo, frente a él, el tipo más dañino del mundo soñando tocar a esa niña de porcelana, el tesoro de Stuart Baker, yo, con mis manos perversas y sucias. Si supiera, ya estaría muerto con una bala entre mis cejas.

—¿El señor Russell, papá? —salió con unos papeles en las manos.

—Dijo que te espera abajo.

—¿Le dijiste algo, pa?

—Por supuesto que no, yo no asusto a la gente, Motita.

—Si lo haces, Stuart. Miras a la gente de arriba abajo con esa actitud de papá león.

—Vamos Mae ¿Quién soy yo para asustar al Señor Todopoderoso? —sonrió de manera escueta—. Ok, sí, soy papá león.

—¡Oh Stuart! él es mi jefe mi amor y mi todo... no soy la niña que tú crees, papá espérame unos minutos, le dejo los documentos y voy comprar algo para la comida, tengo solo lechugas y zanahorias, ¡ponte cómodo!

—¿Por qué carajo viene aquí? ¿No se supone que este no es tu horario?

—Stuart no tienes idea de lo que es trabajar en esa compañía, así es todo el tiempo —odiaba mentirle, odiaba hacerle eso a su papá, el mejor ser humano del mundo.

En la calle, dentro del auto, Arden la esperaba. La vio salir con vaqueros y trenzas de niña buena, le abrió la puerta y ella se le lanzó a besarle como si de eso dependiera la vida.

—Conduce dos cuadras más abajo, es capaz de venir a vigilarme.

—Él te ama, nena.

—Sí, pero ya soy una chica grande; además, quiero besarte por los dos días que no lo he hecho.

—La próxima vez que te deje de besar por mis idiotas imposiciones me golpeas, Baker.

Soltó una carcajada mientras él prendía el auto.

Pararon dos cuadras más allá del apartamento, ella soltó su cinturón de seguridad y se sentó a horcajadas sobre él.

—Lo siento, vino de sorpresa —y lo besó en la boca.

—No es tu culpa —tocó sus trenzas y la separó un poco— estaba deseoso por hablar contigo sobre tu oferta.

—¿Solo hablar? —lo volvió a besar.

Arden hizo el gesto característico de niño desilusionado y caprichoso, sus ojos verdes brillaban y su mueca perversa se dibujó en la cara.

—Eres una niña muy traviesa. Venía con mi mente puesta en tu falta de ropa interior ¿cómo me haces eso? Toda desnuda frente a mí y no me lo dices.

—Pues, ahora llevo unas braguitas muy lindas: rosadas, con corazones, ¡una ternurita! —se removió lentamente sobre él.

—Vas a volverme loco, te lo dije.

—Yo pensé que ya estabas loco.

Se besaron con desamparo. Algo que Mae venía notando desde hacía varios días era un ligero sonido que Arden hacía cuando su boca se estrellaba contra la de ella, era un sonido pequeño, no de deseo, ni de excitación, sino un sonido de alivio, una pequeña fractura en ese muro de hierro, era el sonido de algo solitario y dulce. A veces, las palabras capaces de explicarlo casi todo, no eran capaces de definir cierto ritmos en el alma de las personas, esas cosas

imperceptibles –que existen, pero que escapan a la comprensión mental de las personas–, ese algo era aquel sonido, el sonido de la necesidad, de la absoluta constatación de que ella estaba allí solo con él, que el mundo se iría para el carajo, pero que ella estaba con él, unida a su boca, unida a su alma, unida a su vida, salvándolo, perdonándolo, redimiéndolo, dándole una oportunidad para empezar, era el sonido de la gloria ganada tras una larga espera.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas para Texas?

—Era una sorpresa, quería que fueras conmigo, una semana, nos libraríamos del frío y de todos, tú y yo fingiendo trabajar y dedicados a tu entrenamiento personal.

—¡Rayos! Yo que estoy tan entusiasmada con tu manera de tonificar mis músculos.

—No puedo esperar una semana.

—Ni yo.

—Quiero tocarte, besarte hasta que me duela la boca, quiero escucharte gritar de nuevo, quiero oírte ronronear como un gatito.

—No creo que pueda aguantar más esto, quiero más, más.

—Yo también, hoy venía preparado para que avanzáramos un poquito nena, esto de esperar no está sirviendo, yo, yo me voy a casa hambriento, con mi verga en dolor, yo quiero estar dentro de ti, ya, necesito tu sabor en mi boca, no quiero nada más, no quiero trabajar, no quiero pensar, quiero estar desnudo contigo, moverme dentro de ti, embestirte, quiero mi semen dentro de ti, marcarte como un lobo hambriento, quiero comer, chupar, lamer... lo siento mi chica inteligente, repleta de belleza y de obras de arte, llena de libros la cabeza, acostumbrada a lindas y dulces palabras, pero yo Arden Russell, solo pienso en cosas sucias y perversas, tú mereces poesía, dulzura, bonitas frases.

Ella sonrió traviesa y dulcemente.

—Yo no quiero eso, Russell, tu lengua perversa me excita, me promete cosas que yo sé que vas a cumplir, tu lenguaje de sátiro malvado es lo que yo quiero. Tú sabes, las mujeres somos seres diferentes, vivimos en ambos lados del mundo, entre lo oscuro y lo claro, lo claro quiere poesía, romances tranquilos, mañanas tiernas, besos castos, pero lo oscuro... lo oscuro nos llama, tú sabes mejor que yo. Muero cuando me dices cosas tremendas al oído, yo no quiero poesía dulce, te quiero a ti, dime cosas sucias y profanas... dime poesía explosiva que me saque de este mundo de ternura fácil y tranquila, yo no quiero ser Mae niña tierna Baker, lo he sido por veintitrés años. Yo quiero el fuego de tus entrañas.

El rostro de malvado de Arden apareció en todo su esplendor, muchas

mujeres lo habían visto, era el rostro del depredador y del caníbal, de la máquina de follar que dejaba secas y sin vida a todas las que se topaba, el hombre que obsesionó a Chanice, Rachel, Carol, Amanda; la diferencia era que con todas ellas, cada palabra fue mera apariencia. Por primera vez las palabras que iba a decir eran con esencia, sentido, fiereza; palabras demoleedoras de los sentidos; palabras dichas desde el hambre, del deseo y de la carne; eran las palabras del obseso, las palabras del mal, capaces de convertir una niña linda con niñez de peluche, hija de un papá protector, con sueños de princesa en una hada erótica, transmutar a una niña rota, temerosa de la piel, nombrada mosca muerta en una mujer obsesionada con un príncipe azul.

Arden se relamió los labios, la tomó por la cintura y acercó su boca al oído de Mae Baker y de allí salió fuego de la boca del dragón.

—Mi boca en tu coño te hará ver la cara de los ángeles y burlarte de ellos. Serás una chica mala que va al cielo.

A ella se le cortó la respiración.

Le habló de sus dedos dúctiles, movibles, prensiles.

—Temblarás con cada penetración y movimiento.

Se aferró mas a él, buscando un roce.

Le habló de sus manos.

—Cada parte de tu piel será una extensión de tu sexo y con cada caricia te haré venir una y otra vez.

Agitada, lanzó un gemido.

Le habló de cosas tremendas.

—Rogarás para que te muerda, cogeré tus tetas duras y veras mi placer al correrme en ellas, probaré tus jugos y diré que nunca he probado mejor vino; acariciaré tu hermoso, divino y perfecto culito y lo dispondré para mí; sabrás cual es mi sabor, te agotaré hasta la muerte, te haré resucitar en medio de un orgasmo feroz, prenderé tu columna vertebral y sentirás mi verga como hierro ardiente hasta que te partas en dos y, después Mae, verás cómo te convierto en una diosa y me darás una puta razón para estar vivo, un día, una noche dentro de ti hará que valga la pena una eternidad en el infierno.

En la cabeza de una niña que ya no lo era, ninfa, hermanastra y ella, desvarían.

—¿Cómo te llamas?

—¡Qué importa!

—¿Cuántos años tienes?

—¡No me acuerdo!

—¿Cuál fue el nombre de tu primera mascota?

—¡No sé!

—¿Cómo se llaman tus padres?

—¡Ellos han muerto en este momento brutal!

—¿Cuántos libros has leído?

—¡Todos ellos que se vayan para la porra!

—¿Dostoievski, Tolstoi, Mann, Faulkner?

—¡Que importan!

—¿Qué idioma hablas?

—¡No te acuerdas!

—¿Cuál es tu color favorito?

—¿Color?

—¿Qué sueñas ser?

—¡Nada!, ¡nada!, solo soy un animal, quiero cazar, ser libre, andar desnuda, trasegar por la tierra, comer carne cruda.

Ese es el poder de tus palabras, Arden Keith Russell, palabras para el delirio, palabras que destrozaron mi ser racional y cuerdo, palabras venidas desde otra parte y que no es un libro.

Temblaba.

—Yo, yo, yo ¡oh Dios!, ¡Dios!

Lágrimas gruesas como lluvia de fuerte tormenta caían por su rostro, su pecho iba a explotar, sus músculos se tensaron, su corazón latía con la fuerza de la bomba H, su alma se desintegraba y su cerebro entraba en fiebre. Desabrochó sus vaqueros y metió su mano en su sexo húmedo, tomó un poco del efecto apasionado que aquel hombre y sus palabras sacrílegas lograron y untó los labios de él con ese unguento erótico y de nuevo aquel sonido, aquel sonido que derretía su corazón, ese que la unía con alguien que parecía llamarla desde el otro lado del universo.

Se despidieron llenos de melancolía.

—Una semana.

—Una semana.

Será como estar muerto.

Me duele la piel sin ti.

Frente a la puerta, Mae tuvo que esperar unos cinco minutos para recuperarse, quería llorar como niña pequeña, el mundo se detenía, se preguntaba hasta donde tendría fuerza para no explotar.

—¿Ya se fue?

—Umhum —ocultó su cara en su cabello.

—Es un tipo intimidante.

—Lo es, a veces es hasta aterrador y lo amo, lo amo, lo amo... he perdido la razón.

Esa noche Mae cocinó pescado, sirvió cervezas y habló del pueblo y de sus amigos, de las prácticas de tiro y no ignoró lo serio y nervioso que estaba su padre. Cuando Stuart comenzó a tamborilear la mesa, ella no aguantó más.

—¡Dígame, Señor Baker!, ¡confiese!

—Este, Mae —sudaba.

—¿Estás enfermo? —le dio pánico.

—No, claro que no, tengo la fuerza de un caballo.

Respiró aliviada.

—¿Entonces, señor juez?

El padre agarró una silla y se sentó lo más cerca de su hija que pudo, la miró con solemnidad desde sus ojos oscuros.

—Tú eres lo más importante que yo he tenido en mi vida.

Ella lo sabía, pero oírsele decir a su papá era algo extraño, él jamás, jamás hablaba de sus sentimientos con nadie.

—Tu madre me dio el mejor regalo del mundo; yo, la amaba como un loco ¿pero quién no lo hacía? Ella era distinta, yo era un tonto y aburrido hombre de pueblo y Aimé era hermosa y peligrosa, vino a mí con sus pecas y sus ojos

azules, vino a mí tarareando una canción sucia y divertida, era el cielo y yo creo que me amó a su manera. Nunca, te lo aseguro, ni ella ni yo pensamos que nos casamos porque tú venías en camino, lo hicimos porque así queríamos, viniste tú y yo me enloquecí, renuncié a mi antigua vida y me dediqué a ustedes, quería que tuvieras una vida bonita, cómoda, tranquila pero, para Aimé nunca fue suficiente, ella quería más y yo tontamente no lo vi, creí que dándole una casa, un nombre y estabilidad ella estaría feliz. Pero no, esa fue la ilusión que yo me hice, porque en el fondo sabía que ella estaba incómoda. Un día llegué a casa y tú llorabas en la cuna y ella lloraba contigo, no sabía que te pasaba, estabas limpia, llena, sana, pero llorabas, te cargué y tú dejaste de llorar. Discutimos, ella estaba cansada, no de ti, nena, estaba cansada de intentar ser algo para mí, ser algo que ella no era, se estaba muriendo encerrada en esa casa, encerrada en la idea de ser la esposa ideal, la madre perfecta y no tuve las fuerzas para retenerla. A la mañana, a ti te di un baño, te puse ropa bonita, ese chalequito blanco, esponjadito, que te hacía parecer una motita de algodón, y a ella, le preparé un desayuno espectacular para después, sentarme a su lado, conversar y dejarla ir, ¿quién era yo para retenerla? Aimé, ese caballo loco e indómito, te tomó en brazos y se fue. Yo me quedé con mi vida tranquila de simple tinterillo de pueblo; años, Mae, años en que mi pasión por Aimé ardió y me mantuvo vivo, trabajando, progresando, cuidando el hogar por si alguna vez, por si en algún momento decidía volver. Cuando regresaste tú, fue maravilloso y mi vida tuvo sentido. Mi hija volvía y este viejo se sintió el hombre más feliz de la tierra.

—Papá —precisamente hoy, hoy, cuando mi mundo está al borde del precipicio, me dices esto.

La chica no fue capaz de contenerse y las lágrimas reprimidas durante horas empezaron a salir, lloró por ella, por su madre, por su papá, por los amores nostálgicos y hermosos, por las palabras de fuego, por la ausencia de él, por el terror de verse como Stuart amando una ilusión.

—Cuando ella murió fue como si el mundo estallara a mi alrededor, Aimé no podía morir, pero sin embargo me vi en una morgue, en Detroit, reconociendo su cadáver y el cadáver de una ilusión. Lo único que me quedaba eras tú.

—Y me fui también.

—Sí, Motita, pero es diferente, yo no te podía retener, estoy muy orgulloso de mi chica, en ti la semilla de tu madre vive y eso es maravilloso, estaría tan orgullosa, me la imagino enloqueciendo a todo el mundo contándole como su bombón ha conquistado Nueva York.

Ambos rieron.

—Hace como un año soñé con ella, la soñé de dieciocho años, vestía un ridículo pantalón de pana y una camisa de un color chillón, estaba apoyada en el árbol que hay en el jardín de nuestra casa, me miraba muy divertida, después se alejó, se despidió de mí diciendo adiós con el brazo y se fue. En ese momento, Mae, supe que finalmente yo había dejado ir a Aimé Gerard.

Hubo un silencio, un silencio en honor a la mamá y a la esposa.

—Se llama Diane, tiene treinta y cuatro años, tiene un niño pequeño, cocina muy bien, es una chica tranquila, le gusta ser ama de casa y creo que me quiere.

Mae despertó, un balde de agua fría le cayó encima, su papá tenía novia, Stuart Baker, callado, reservado, casi mudo, tenía novia.

—¿Estás enamorado?

—Me siento solo, Motita, quiero tener una familia de nuevo.

—¿Eres feliz?

—Lo estoy intentando.

—Si tú eres feliz yo también lo soy —besó su mejilla con fervor—, te mereces eso y más papi, eso y más.

El hombre respiró aliviado, brindaron con cerveza por el noviazgo y luego, se fueron a ordenar la habitación donde iba a pasar la noche

A las once de la noche el sonido del celular la sacó de su lectura.

—¿Cómo estás?

—Bien —su respuesta fue simple y lejana.

—¿Qué te pasa, Baker?

—Nada, fue un día agotador, papá se acaba de acostar y... estoy bien.

—Cuéntamelo.

—No es nada Arden, no te preocupes, son cosas, cosas.

Todo lo tuyo me interesa ¿Por qué me alejas? Te vas a otro lado y yo como un idiota queriendo alcanzarte, odio tu mutismo, odio tus mundos secretos, odio tus silencios que me apartan de ti, es como si me dijeras que yo no tengo derecho a nada.

—Podrías contármelas.

—Mejor duerme, el viaje es largo, yo te mando por correo lo que necesites, me llamas cuando llegues.

—No, tengo mucho trabajo, hasta el miércoles, señorita Baker —colgó.

¡Dios, Arden!, no tengo ánimos de pelear contigo hoy.

Ninguno de los dos llamó, era mejor así, aquel silencio, era la manera de

sobrevivir.

Papeles. Correos. Reuniones. Almuerzos estúpidos. Gente hablando a su alrededor. Millones de dólares. Noches vacías, sin su voz. Soledad. Recuerdos. Su voz, su piel, su olor, lejana, miles de kilómetros entre los dos, todos esos secretos, el pasado, otro mundo. Cameron, su rabia, sus celos enfermizos, mundos lejanos, maldito John White y su discurso sobre el amor y la soledad, «amar como un acto solitario», «conciencia cósmica» púdrete White, tú y tu filosofía ¡mírame! Estoy enfermo ¿cómo me salvo? ¿Estética del alma? ¡Mierda! Me pudro aquí.

Esa mañana, el chofer que lo llevaba a la reunión se atrevió a poner música, lo quería desollar, durante todo el viaje, puso canciones, canciones que hablaban de amor, de piel, de despedidas. Él lo miraba como se mira una presa a punto de ser despellejada ¿Por qué no pone otra cosa? En ese momento extrañaba el terrible gusto de Henry por la música, o las insulsas canciones de Ashley, pero no, el maldito viejo, se le ocurría poner canciones de amor; el colmo fue cuando los acordes de “Night the White Satin” se escucharon en el auto, los coros del ‘te amo’ eran insufribles.

—Apague eso.

—¿Señor?

—¡Apague el maldito aparato!

Pero, en medio de la junta el corito insufrible de la canción retumbaba en su cabeza así que, sin dar explicaciones, salió de la reunión, se quitó la corbata, tiró el maletín en el auto, desabotonó su camisa y a las tres de la tarde se largó a recorrer las calles de Austen como un demente hasta que casi a las siete de la noche se metió en un bar y se emborrachó hasta perder los sentidos.

A la medianoche, viendo sus fotos, no aguantó más y la llamó.

—¿Arden?

—¡Vaya, Baker!, me haces el honor, apuesto que no te acordabas de mí.

—Siempre me acuerdo de ti, todo el día, cada minuto.

—Mientes, lo sé...

—¿Estas ebrio?

—¿Te preocupas por mí, Baker?

—Claro que sí, tomar no te hace bien.

—No, eres tú la que no me hace bien, tú, mi amor ¿Por qué no me has llamado?

—Porque pensé que estabas enfadado conmigo.

—No, no estoy enfadado, ¡estoy furioso! El mundo no me gusta ¡tanto ruido y tú no me llamas!, ¿a caso no me necesitas?, ¿no me necesitas?

—Duerme, yo te llamo mañana ¡te lo prometo, mi ángel!

—¡No prometas nada!, no prometas nada, no quiero tus promesas, no quiero nada, me vuelves loco, un día me haces creer que yo, que yo soy algo importante, y al siguiente es como si yo fuera una mierda en el camino. Un día me haces creer que me deseas y al siguiente ni te acuerdas de mí... eres perversa.

—¿Qué quieres de mí, Arden Russell?

—Todo.

—Lo tienes.

—No, no tengo nada, no poseo nada, soy un bastardo, hijo de puta dueño de nada.

—Ve a dormir.

—¿Ves? ¡nada! ¿Contra quién tengo que competir, Marilyn Baker? ¿Quién te susurra al oído? ¿Qué te impide llegar a mí?

—Nadie, soy yo la que me he ofrecido a ti, tú eres el que se ha negado.

—No hablo de tu sexo, hablo de tu alma ¿me la darás algún día?

Hubo un suspiro de ella y el sonido de ese respirar fue como si le dijera que no.

—Ya lo has dicho todo, Baker. Buenas noches —su tono era de burla— no me llames mañana, no quiero escuchar tu voz.

Mae quedó en el limbo ¿Cómo se lidiaba con un borracho que estaba a miles de kilómetros? Tomó su croquera y comenzó a dibujar una mujer de palitos, con coletas a cada lado, parada en el borde de un vaso de agua. Escribió la palabra 'Yo' y con una flecha, la unió al dibujito.

Dos días antes se había despedido de su padre con la promesa de que iría a Aberdeen para conocer a Diane. Estaba feliz por Stuart, no le gustaba para nada que él estuviera solo, al menos podría comer de manera decente y alguien lo esperaría en casa si ella te hace infeliz, me dices yo voy y te defiendo, Pa.

Rebecca llegó con los ojos rojos de llorar, no estaba embarazada y eso la

decepcionó, Marilyn la abrazó y le prometió siempre estar con ella. Ese mismo día apartó una cita con el doctor, a pesar de que fue tremendamente incómodo hablar sobre el inicio de su vida sexual, salió de ahí con la seguridad que le dio la pila como método anticonceptivo y con la responsabilidad de hacer una pregunta «Arden ¿ya te hiciste la prueba VIH?» ¡No! ¡Qué horror! Con todas esas mujeres en su vida en ese momento supo que tenía celos de cada una de ellas y se atormentó con preguntas ¿Con cuántas habré de encontrarme por ahí? ¿A cuántas tendré que verles la cara y constatar en un gesto que él se las había llevado a la cama?

Temblaba de solo pensarlo, pero rápidamente, se repuso. Las últimas palabras que cruzó con él fueron tan secas y cortantes que llamarlo al teléfono hubiese sido un error. Aún quería guardar algo de sí misma, Arden Russell se la quería tragar por completo, él mismo se lo dijo, se lo advirtió «Todo me pertenece, todo» ¡oh no!, ¿Qué sería de ella? ¿Qué quedaría de ella? ¿Cómo se recuperaría de ese contrato de casi esclavitud que él le proponía? Además, él también tenía secretos que ella no se atrevía a preguntar.

Día viernes y el almuerzo con Jacqueline se concretaba, la señora Russell llegó a la oficina y prácticamente la arrastró fuera de ella, lo más aterrador del mundo fue que la llevó hasta la gran casa del reino. En su vida había visto algo más enorme y lujoso. Jacqueline preparó el almuerzo, ella misma lo sirvió.

—¿Sabes linda? yo soy una mujer a la antigua, me gusta atender mi casa, mi esposo y mis niños, yo cocino. Mi esposo no lo entiende y mis bebés tampoco, pero ¡ay de mí que no sea yo la que prepare la cena!, los mimé demasiado, y aquí entre nos, me encanta.

Marilyn no sabía que pensar, una mujer madura, de belleza natural, moviéndose como reina entre sus criados, cocinando para ella y llamando sus bebés a gente adulta, con vidas propias.

—Ashley siempre fue un torbellino, nunca se está quieta, quiere saberlo todo, pregunta todo el día, habla sin parar, ¡todo el día!

—Sus hermanos la adoran.

—Sí, tú ves la estatura de mi niña, pero para ellos era la pequeña y la protegían de todo. ¡Pobres novios! era de lo más gracioso ver como cada uno —y tuvo muchos— se tuvo que enfrentar a esos gigantones, sobre todo a Arden quien los intimidaba con esos ojos verdes que tiene —sonrió con ternura—. Lo que Henry y Arden no han podido entender es que Ashley se puede defender sola, es una chica fuerte.

—Ella es muy amable y encantadora.

—Con la gente que le cae bien y a ti, te adora.

Tuvo que hacer un esfuerzo para tragar sin atorarse, tomó un sorbo de agua, la anfitriona se percató de la incomodidad de la chica y cambió de tema.

—Henry, con sus veintisiete años, todavía parece un chiquillo. Siempre está de buen humor y es muy deportista. Todos se ríen de mí porque tengo una vitrina de cristal donde guardo todos sus trofeos: desde la medalla que se ganó a los cuatro años en una carrera hasta el trofeo gigante que se ganó como el mejor jugador de fútbol de la liga universitaria.

Mae se lo imaginaba como el niño dorado de toda fraternidad y fiesta del campus.

Después del postre, Jackie la invitó a un recorrido por la casa. En un rincón de la sala había fotos de todos ellos, desde que eran unos bebés hasta el presente. Inconsciente, buscó una foto de un lindo bebito rubio de ojos verdes y allí estaba, la cosa más mona y dulce del mundo, abrazando una cobijita con dibujos de perritos.

—Tuve que pelear con él para que se dejara quitar esa cobija, estaba rota por todas partes, pero la adoraba, Arden se apega de las cosas y hay que luchar a muerte para que se desprenda de ellas.

Otra foto de él, aparecía con unos siete años y sin un diente, riendo a la cámara de la manera más simpática y dulce del mundo, un niño sin privaciones y con una vida dulce de mera felicidad. Luego tres fotos más, hasta llegar a una que la dejó sin aliento, un adolescente con una mirada adusta y furiosa, a quien parecía haberlo obligado a tomarse esa imagen, tenía una chaqueta de cuero negra, una camiseta blanca y fumaba un cigarrillo, la risa había desaparecido de su hermoso rostro y la expresión de ira contenida se reflejaba en toda su postura, era lo más hermoso y aterrador que ella había visto en su vida.

—Es hermoso, ¿no es así, Mae? Mira su cabello, tan precioso y salvaje, con ese mechón claro tan rebelde, para mí, es su rasgo más bello —respiró con resignación—. En esa foto, del niño que tocaba el cello y que adoraba a Fluffy, su mascota, no queda nada... aún tengo la esperanza de volver a ver ese niño algún día —la mirada de Jacqueline se remontaba a esa época donde todo era felicidad para su hijo—, yo quiero que descanse, que vuelva a hablar con sus hermanos como lo hacía antes, que juegue con su padre al ajedrez, que encuentre una buena chica que lo ame. Sé que en algún lugar hay una chica poderosa capaz de controlar a ese huracán que es mi hijo. Él merece ser feliz.

Quería salir corriendo de allí, esa mujer tan abierta sobre la vida de su familia la hacía sentir incómoda, lo peor fue cuando la llevó de excursión por toda la casa.

¿Cómo no se pierden en este lugar?

Le mostró los jardines, llenos de flores, una enorme piscina que parecía que nadie usaba, canchas de tenis, interminables cuartos para los huéspedes, la enorme biblioteca, el salón de cine y de música. Luego la llevó a las

habitaciones privadas.

¡No!, ¡no!, ¡no!, me quiero ir, yo no debo estar aquí.

Aún estaban las habitaciones de los chicos igual como ellos las habían dejado, una habitación de lo más cursi de la hija menor, repleta de peluches, pósteres de estrellas de cine y de cantantes, la de Henry repleta de balones, trofeos, bates de béisbol y un enorme afiche de Michael Jordan, pero fue la de Arden la que más le llamó la atención, no había nada de recuerdos que lo identificaran, solo paredes desnudas y una cama con edredón blanco, pero aun así, la percepción olfativa de Mae, detectó su hipnótico olor.

Una llamada telefónica obligó a Jackie a salir de la habitación, la tentación de la chica fue muy grande y sin precaución, se acostó sobre la cama y hundió su nariz en la almohada, era algo tan íntimo y bonito, hacerse a la ilusión de ver ese niño dormido con su rostro tranquilo y feliz soñando con música y con su mascota.

Esa noche, en su habitación, se vio a sí misma metida en la vida de Arden Russell, conociendo su casa, su madre, viendo sus fotos, manejando su vida, escuchando su voz, soportando su mundo oscuro y peligroso, esperando por él, preparando su cuerpo para que la invadiera con la fuerza de mil caballos; a él, el dueño del mundo, a quien apenas conocía.

Y se sentó frente al computador.

Señor, mi señor. Mi maestro:

Te necesito aquí, conmigo, ¿Es eso lo que quieres escuchar? Te extraño, desde que te vi partir en tu auto, me dolió la piel.

Te extraño, la oficina es un lugar muerto. Los días son eternos.

Dices que hay tanto ruido a tu alrededor, yo no escucho nada, no quiero, solo tu voz es lo que escucho en mi memoria.

Quiero tus manos, tus hermosas manos en mí. ¿Sabes? Me la he pasado oyendo la canción que cantaste ese día que fuimos al restaurante "Fire". Me consumo, Arden, ¿por qué nos es tan difícil comunicarnos? parece que hablamos desde diferentes orillas.

Hace tanto frío en esta ciudad, me siento sola, pero contigo, estoy ahí, créeme... estoy contigo, pegada a tu piel, mi Dragón. Ya no quiero esperar, no quiero, ¡estoy harta! ven a mí, te necesito conmigo, ven... yo quiero estar desnuda contigo, te deseo tanto que me duelen los huesos ¡por favor! ¿Qué nos define a ti y a mí? No lo sé ¿Qué somos? ¡Qué importa! es el ahora lo que yo quiero: a ti... ¿Por qué alguien como yo, quien siempre ha sabido qué decir, siento que contigo solo es posible el silencio? ¿Quieres mi alma? ¿Tengo yo la tuya?

Mae Baker

Asistente personal de Arden Keith Russell.

Diez de la noche, Texas.

Leyendo el correo....

« ¿Quieres mi alma? ¿Tengo yo la tuya?»

¿Tengo alma, Baker?

soy un monstruo, la quiero recuperar contigo.

Domingo, diez de la mañana, alguien tocó a la puerta, parecía que la iban a derribar. Esperando una respuesta que nunca llegó, no había dormido bien en la noche, así que furiosa –y dispuesta a insultar al causante del escándalo– fue hasta la puerta y la abrió pero, como si hubiese sido víctima de un sortilegio, toda su furia desapareció: ante sus ojos estaba él, con sus rizos anárquicos, sus ojos agotados, apretando y soltando las mandíbulas. Él, venido desde el otro lado del mundo, desde la profundidad de sus sueños de niña, estaba en su puerta.

—¡Estoy tan cansado, nena!, tan cansado, quiero dormir, ¡déjame dormir contigo!, tres días, tres malditos días, déjame dormir contigo, es lo único que quiero ahora, déjame entrar, quiero abrazarte, nada más, solo eso.

Lo besó con suavidad, tiró de su mano, lo llevó a su habitación, le quitó los zapatos, el abrigo y lo acostó en su cama. En silencio, ella se acurrucó a su lado, él hundió su cara en su cabello, la abrazó como si de eso dependiera vivir y en medio minuto ambos cayeron en un sueño profundo. El sueño de dos seres solitarios que finalmente se habían encontrado en medio del caos del mundo.

Un calor se extendía por todo su cuerpo, era un calor maravilloso. Hacía más de una hora se había despertado, pero no había sido capaz de moverse, no quería romper el momento mágico: Arden la abrazaba como si fuera una hiedra, su rítmica respiración la sentía en su cuello, una de sus piernas estaba metida entre las suyas pero, lo más sofocante de todo era su erección la cual sentía entre sus nalgas haciendo que su núcleo palpitará de forma insoportable. Hizo un leve movimiento para poder soltarse de ese amarre tan total, pero lo único que consiguió fue que él, en medio del sueño, la abrazara más fuerte. Se sentía tan pequeña atrapada por ese hombre tan enorme que la dominaba aún en sueños. Sonrió al acordarse del día en que lo conoció en aquel ascensor y pensó en la niña que se encontraba allí, atrapada por la asfixiante fuerza de su presencia, paralizada al ver al hombre más bello del mundo, aspirando su olor, sintiendo que no sería capaz de sobrevivir al impacto de su presencia de hielo –y a su indiferencia de dios inalcanzable– y ahora, él estaba allí, en su cama, durmiendo y ella nunca había sido más feliz... y nunca había estado más asustada. Aprovechó un momento en que él hizo un mínimo movimiento y se deslizó de la cama. La ninfa, la hermanastra y ella babeaban como unas tontas, si era hermoso despierto, dormido era insoportable, parecía tan tranquilo sumido en un profundo sueño, ¿quién

pensaría que aquel hombre tan duro, de hablar fuerte, de tremendo poder, era el mismo que dormía como un bebé? En el sueño, él se quejó levemente y su rostro adquirió una expresión de rabia, ella corrió y le puso una mano sobre la frente; a los segundos, de nuevo el niño dulce dormía pacíficamente entre sus sábanas.

Había hecho un viaje relámpago de Texas a Nueva York solo para verla a ella, había movilizadado de madrugada a una veintena de personas tan solo por estar en su cama unos minutos y descansar. Cuando llegó al apartamento y la vio frente a él, fue como si un sol oculto durante tres días volviera a salir. Era la misma sensación del drogadicto que no consumía durante días y la abstinencia lo tiene loco hasta que se mete un pinchazo y la droga recorre las venas devolviéndole la euforia.

Para Mae la situación no era diferente: lo vio en su puerta y volvió a la vida. Se miró al espejo, parecía una loca con su pelo sin peinar, las ojeras evidenciaban la mala noche anterior y además, no se había bañado en la mañana, aún vestía sus horribles pantalones de chándal y la camiseta vieja. Trató de no hacer ruido, abrió la ducha y se bañó rápidamente, se envolvió en la toalla y sigilosamente saco unos pantalones rectos, una blusa y un chaleco, se fue de nuevo al baño y peinó su cabello cada día está más largo y lo dejó suelto, era domingo, quería verse bonita, se aplicó algo de rímel y de lápiz labial. Fue a la cocina y preparó café ¡Caray, tengo que preparar algo para almorzar! no sabía qué hacer, pensó en qué se le prepara a un hombre que siempre está acostumbrado a comer de lo mejor; tendría que salir y comprar algo para él si despierta y no me ve, enloquecerá agarró su billetera y sobre la mesa del comedor le dejó una nota escrita con una enorme letra: Arden:

Fui a comprar algo para el almuerzo, no me demoro.

Hay café caliente en la cafetera.

Y le dibujó un dragoncito con bufanda, gorra y guantes para el frío.

Se despertó con un delicioso olor impregnado en su cuerpo. Una sensación de niñez olvidada vino a su memoria de una manera que no supo explicar, creyó ver a Jacqueline que lo despertaba con un beso en la frente para ir a desayunar. La cama era cómoda, la cobija estaba caliente y la almohada olía a ella; de pronto, se levantó como un rayo.

—¡Mae!

Y allí no había nadie, tan solo un gato que lo miraba de manera oscura y concentrada desde el tocador. Aún tenía el sopor del sueño delicioso y la sensación del cuerpo de su mujer en los brazos.

—¡Marilyn!

Volvió a llamar, pero ella no estaba por ninguna parte, sintió terror, creyó que soñaba, que aún dormía en la maldita habitación en Texas y que de un momento a otro despertaría con una estúpida resaca y una sensación de

soledad dolorosa. Caminó rápidamente fuera de la habitación y no la encontró, fue entonces que el olor a su café y la nota que estaba en la mesa lo hizo consciente de que sí estaba en su apartamento y que sí había dormido con ella. Tomó el café y tuvo la sensación de que estaba en casa, lentamente recorrió el apartamento, primero fue hacia un marco que desde la primera vez que lo vio le llamó la atención.

—¡Una medalla olímpica! —leyó lo que decía la placa— un juez campeón de tiro, curioso ¿no? —miró al gato que lo seguía sin perderle los pazos—. Tendré que cuidarme de mi suegro, ¿no crees, minino? —verificó la ciudad y el año— ¡Vaya! fue antes de que nuestra ama naciera —la respuesta de gato fue un gruñido y se fue hacia una esquina.

Arden siguió en su afán: el caballete con un lienzo en blanco, un grupo de bastidores arrimados en un rincón, las pinturas, los libros —ordenados alfabéticamente por nombre de autor—, los libros que Dante le había regalado estaban sobre el sofá, tuvo unos deseos enormes de quemarlos, pero se abstuvo, debía ser razonable, no fue Dante Emerick el que durmió en su cama, fue él, ¡él! maldito troglodita, ¡solo yo, nadie más! miró su música, una colección enorme de CDs de todo tipo, sobre todo Rock, Jazz y Blues; sonrió, también había música clásica, Rachmaninov, Liszt, Chopin, Bach, Dvorak Mi amor ¿Cuántos años tienes? Se atrevió y sacó su concierto favorito y lo puso en el equipo de sonido, pero la inspección continuó, mientras que Darcy insistía en seguirlo de manera sigilosa.

—Dime una cosa, Darcy ¿vamos a tener que pelear tu y yo? Porque yo peleo sucio.

El gato maulló con fuerza y lo amenazó con el sonido característico de un animal a punto de matar.

Se sentía poderoso, atrevido y delincuente, volvió a la habitación y abrió los armarios, toda su ropa estaba primorosamente bien puesta, le llamó la atención que el armario parecía tener una división entre la ropa que ella usaba en la oficina y la ropa de la verdadera Marilyn Baker, la una era tan seria y oscura y la otra era la de una chica un tanto desprolija y rebelde esta es mi chica pero escondido estaba el contraste absoluto: sus fabulosos zapatos. Toda aquella ropa, libros música le hablaban de una mujer de maravillosos y enigmáticos contrastes, la intelectual, la artista, la anárquica y la diosa, y a todas adoraba por igual. Tembló cuando abrió un cajón maldito pervertido su hermosa, perfecta, sencilla, dulce y erótica ropa interior, la quería tocar, llevársela a la nariz y oler, pero se apartó cuando presintió que su excitación tomaría el control y haría un desastre allí. Tuvo curiosidad y se fue hacia su mesa de noche y oh sorpresa, ahí estaba la cinta que él había filmado de ella en el hotel.

Su bautizo.

—Pronto esto va a ser todo para mí, no tendré que mirar como un idiota tu cuerpo como si estuvieras tras un vidrio empañado, voy a hacerte mía Marilyn Baker, mi lengua y todo dentro de ti, no puedo esperar.

Miró su camisa, no se había cambiado en dos días, ni se había bañado, estaba tan desesperado por llegar que ni se fijó en eso. Por primera vez sintió pudor, ni siquiera con su fetiche y voyerista observación de las cosas de Mae había sentido vergüenza, pero ir a su baño y ducharse allí, era una intimidad absoluta dormiste en su cama, con ella ¿qué más íntimo que eso? tan solo con Chanice había dormido, miles de mujeres en el sexo, y solo había dormido con una, no, ahora con dos. Se dio cuenta que el baño estaba mojado, que ella recientemente se había bañado también, que todo olía a ella, a su champú y a su jabón, que el agua había caído sobre su cuerpo, que allí había estado ella desnuda a solo unos metros de él y entonces su pene traidor se hizo duro como la roca, no lo podía evitar, llevó sus manos a su polla que le dolía, que exigía la liberación y empezó a tocarse, el agua corría por su cuerpo desnudo, la imaginó allí con él, desnuda, dispuesta, con su cuerpo hermoso; los movimientos de su mano eran lentos quería disfrutar el momento, lento, gemía, lento, arriba abajo, estaba tan urgido, tan hipnotizado que no escuchó que Mae había llegado y que los gemidos de él ya no eran nada silenciosos. Ella se sorprendió —¿Él? ¿Está...? ¡Sagrado Batman!

Escuchó su nombre, salió de su boca de una manera agitada y le pareció la cosa más sensual del mundo ¡Dios! ¡Y cómo gruñía! ¡Las cosas sucias que decía!

—¡Sí! quiero correrme tan duro en tu coño, nena.

El sexo de ella palpitaba, se mojaba, le dolía.

—Umm, nena, eres, eres.

Él gemía con fuerza; tuvo la tentación de abrir la puerta del baño y ver, quería verlo, los gritos de él eran salvajes, su nombre en su boca ya no significaba lo mismo.

—Mi amor, estás tan suave, estar dentro es...

No terminó la frase porque sus gemidos y gritos se intensificaron, la boca de la chica temblaba, él la llamaba desde su placer.

—¡Mierda, nena!, ya, ya. Es, ¡ven! para mí, aah ¡joder!

Mae casi se desmaya, tenía calor, todo era sofocante, su ropa era pesada, había escuchado el orgasmo de Arden Russell en su baño, diciendo su nombre y ella casi desfallece y ¡era lo más hermoso y excitante del mundo!

Se fue hacia la cocina, abrió la llave del grifo y se echó agua en la cara, esperó unos minutos en total silencio, hasta que no se aguantó y fue a la habitación donde lo vio poniéndose sus pantalones, no tenía su camisa, su cabello mojado y unas gotas de agua corrían por su pecho, su aspecto era salvaje, ella lo era más. Arden comprendió, su risa siniestra se dibujó en la cara.

—¿Escuchaste?

—Umhum.

—¿Todo, todo? —sonrió de manera torcida.

—¡Sí y fue, oh, Arden! fue...—ella se le tiró encima como un animal y lo derrumbó sobre la cama, su boca desesperadamente lo besó, su lengua se movía de manera irracional— eres lo más bello que he visto, tus sonidos casi me matan —los besos se repartieron por su cara, su barbilla le hacía cosquillas, sus manos lo tocaban de mil maneras, bajo a su cuello, a su manzana de Adán, a su clavícula— ¿todo por mí? ¿Te corriste para mí?

—Todo para ti, Marilyn ¡todo, completamente! — jadeaba, le faltaba el aire.

Ella estaba sobre él, apretándolo fuertemente, vio cómo su lengua bajaba hacia sus tetillas y hacia círculos y luego lo mordía suavemente, la mano de ella bajo hacía su pantalón y encontró lo que estaba buscando, lo acarició suavemente.

—¡Qué muchacho tan precioso! — reía, volvió a su boca— ¿me vas a mostrar como lo hacías? Quiero ver, quiero verte y que grites mi nombre.

De una manera inesperada y con la fuerza de su metro noventa, la levantó y la puso sobre su espalda.

—¡Niña precoz!, apuesto que te leíste todo los libros perversos del mundo.

—¡Teoría, baby, teoría! Quiero práctica —ella sacó su lengua rosada tras de sus dientes pequeños y lo lamió de manera lujuriosa.

—Falta, mi amor, falta, hay cosillas que quiero que pruebes.

—¡No!

—Quiero torturarte como lo hiciste conmigo —tocó su sexo— quiero que te duela el desearme.

—¡Ya me duele!

—Quiero que sueñes con mi boca en tu gatito, con mi lengua en tu clítoris, quiero que sueñes con los movimientos que ella puede hacer, quiero que desees mis dedos, mi pene enterrado hasta lo imposible.

—¡Ya lo hago!, lo hago, lo hago.

—Quiero más, tu deseo por mí, Mae Baker, debe ser tan fuerte, tan arrasador que sobrepase el dolor y la sangre que te voy a provocar la primera vez. Debes desearme de tal manera que cuando yo empiece mi camino hacia ti, tú solo pienses en el placer, en el clímax, en los orgasmos que tendrás hasta que mueras.

—¡Sagrado Batman!

—No, no. Cuando este allí, tú dirás, ¡más! —acariciaba, imitando los movimientos fantasmas de aquella noche en el carro— ¡más!, ¡más! Dirás, ¡hazme el amor!, ¡penétrame más!, ¡más!, más, dirás; no, gritaras ¡fóllame duro! y eso será música para mis oídos —la atacó violentamente, las manos agarraron fuertemente su cabeza y metió la lengua en su boca, recorrió su paladar, la saboreaba y la absorbía hasta que tuvo que parar porque su propio cuerpo le pidió oxígeno.

—¿Y...?

Él la observó divertido, se paró de la cama y ordenó.

—Ahora, Baker, vamos a comer, no he comido en dos días—, ella se irguió frustrada.

—¡Arden Russell! cuando yo haya tenido mi medalla de oro, ¡te voy a torturar!

Ya lo haces mi amor.

—Promesas, promesas —la vio caminar y le dio unas palmadas en las nalgas, ella volteó y le sacó la lengua.

—¡Que lengua tan rica tienes, caperucita!

Mae hizo un mohín de niña con espíritu de Lolita.

—Para lamerte mejor, señor lobo.

Desempacó las bolsas de alimentos y otras de aseo personal, mientras que él se sentaba en la mesa, sin camisa y descalzo, la imagen era perfecta.

—Te compré una máquina y crema de afeitar, un cepillo de dientes y una loción para después del baño.

—No tienes que gastar tu dinero en mí, trabajas muy duro, debiste sacar mi tarjeta de crédito.

—Pero, yo quiero hacerlo, nene, me gusta —lo abrazó por detrás y miró el tatuaje que se extendía por toda su columna vertebral, era el dibujo de un extraño animal, una serpiente en metamorfosis de un ¿pájaro? ¿Dragón? Los pigmentos de este eran rojos, azul, verde, era hermoso— ¿qué significa?

—Quetzalcóatl. Es la serpiente emplumada, un animal mitológico, es el destino, el guiador del infierno para otros.

—¿Qué significa para ti?

—Que soy peligroso, y que eso no lo debes olvidar nunca —se sentía incómodo con la imagen de ese tatuaje, se lo hizo en medio de sus muchos chutes de la

heroína— ¿qué trajiste para comer? —cambió de tema.

Ella lo entendió.

—¿Te gusta la pasta?

—Me encanta y soy bueno preparándola —se paró de la mesa, le arrebató las bolsas— siéntate, Baker, te voy a alimentar.

—No, tú eres mi invitado, yo quiero hacerlo —lo abrazó por detrás y pegó su mejilla a su espalda.

—No señorita, debo compensarte por violar la santidad de tu baño.

—Yo no me quejo.

Arden tomó sus manos y las besó suavemente.

—Déjame, nena, en realidad soy bueno, es decir ¡excelente!

—Muy bien, quiero ver si en verdad eres tan bueno como dices.

—¡Mujer de poca fe! Yo soy bueno en todo, Baker.

¿Por qué cada vez que habla, siempre creo que es de sexo? Se mordió la boca.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

El recuerdo de una mujer sucia, embotada con vodka, sentada a una triste mesa llegó a su mente, el recuerdo de un chico que se moría viendo como ella vomitaba lo que él le preparaba, el recuerdo de ella sangrando y diciendo malas palabras lo sacaron de ese momento de manzanas y perfumes y lo trasladaron a Juneau y su adolescencia.

—Por ahí —su rostro se tornó oscuro y sin expresión, Mae supo que había tocado un nervio doloroso y calló.

—¿Quieres que ponga música?

—Pero, nada de música lasciva.

—Me quitas la diversión.

—Después, Baker, después.

—¿Cello? —preguntó con miedo, él tensó su quijada y frunció el ceño.

—Cello. Especialmente si es Dvorak.

—¡Sí señor!

Lo vio hacer la cena, sin camisa y descalzo, estaba tremendamente concentrado en lo que hacía y en la música, era como si en su cabeza pudiera repasar cada una de las notas del tremendo concierto, a veces movía los dedos en recuerdo de los momentos de felicidad que él había pasado frente al violonchelo.

—¡Huele delicioso!, vaya soy una chica afortunada, tengo a rey del mundo cocinado en mi cocina, creo que me vas a malacostumbrar.

Él volteó y le guiñó un ojo.

—Te voy a malcriar en todo, ya verás —se acercó con una cuchara— prueba, abre la boca —ella lo hizo y un sonido de éxtasis salió desde su alma.

—¡Es lo más delicioso que he probado, jefe!

Su mirada fue oscura y maliciosa.

—Yo he probado cosas mejores por aquí.

Marilyn se sonrojó.

—No seas malpensada. Me refiero a tu café

—Ah —ella hizo un puchero de falsa decepción, porque sabía muy bien a lo que él se refería.

Él mismo sirvió la cena, movió la silla y le puso una servilleta al lado.

—Arden, es mucha comida, no seré capaz ni con la mitad.

—Debes estar bien alimentada, te necesito con energía y fuerte.

—Yo soy fuerte, hago ejercicio, además mi jefe...

—¡Un idiota!

—Mi jefe me mantiene al cien por ciento; Baker, contratos —imitó su voz—; Baker, ¿dónde están tales documentos?; Baker, la llamada a Japón; Baker, consigne estos documentos; Baker, Baker.

—Tienes nervios de acero, nena, si yo hubiese sido tú, habría agarrado a este pretencioso estúpido y lo hubiese lanzado desde el último piso.

—No creas, a veces me sentí tentada.

—Nadie se me había enfrentado, Mae, eso es refrescante y excitante para mí —la besó, los besos nunca estarían gastados, hacía muchos años no besaba realmente a una mujer—. Bueno, a comer.

La verdad es que ambos estaban hambrientos, todo ese montón de comida fue despachado en media hora, eran casi la seis de la tarde, tenía un vuelo a Texas para la diez de la noche. No quería ir, pero debía, al recordar eso hizo un gesto de impaciencia y despejó su frente del mechón en forma reiterada. Mae lo conocía muy bien.

—¿Estas aburrido?

—¡No! Yo quiero estar aquí durante mis próximos cincuenta años, pero dejé un negocio a la mitad.

—¡Llévame! —aplaudió como una niña entusiasmada—. Es mi trabajo, ¡llévame!, ¡llévame!, ¡llévame!

La idea era tentadora, pero la sola presencia de ella sería una distracción, no podía pensar racionalmente con ella a su lado, su rubor, sus trenzas, ¿Racional? ¿Masculino? ¡Putas, no! Era un loco obsesionado.

—No, nena, es solo un día, llego el martes en la mañana.

—¿Reanudaremos mi acondicionamiento físico?

La miró de arriba abajo, sus ojos se quedaron en su seno e hizo un gesto digno de niño malo a lo James Dean.

—¡Quizás!

Ella no lo dejó pensar y de un movimiento rápido y se le sentó en las piernas.

—No puedes hacerlo eso a una niña, Arden Russell, me das chocolate y me los quitas, me regalas juguetes y no puedo jugar, me enseñas cosillas que me dejan en un estado de locura, me das parte de tu conocimiento, pero te guardas algo, ¡eres un entrenador muy egoísta!

—Baker, te aseguro que no te voy a decepcionar —se quedó suspendido, mirándola, era ella, la chica de sus sueños ¿Quién diría que una premonición o un sueño lo traería hasta la piel de esa niña?, la sentó en la mesa, mientras que hundía sus manos en su cabello, pero se apartó un metro de ella y puso su cara más seria—. Dime una cosa, nena ¿qué cosas has escuchado de mí?

No entendía ¿cosas? Muchas, él era un mito en toda la ciudad, ¿cosas? Muchas, pero en realidad nada.

—¿A qué te refieres?

Arden alzó una de sus cejas y su actitud de hielo cubrió su cara.

—Citas para follar, me lo dijiste un día — saltó de la mesa, recogió los platos y los llevó al lavaplatos— ¡Marilyn!

—No quiero hablar de eso, me incomoda.

Arden se puso detrás de ella y empezó a jugar con su cabello.

—Me he acostado con muchas, más de las que quisiera acordarme, ni siquiera me acuerdo del nombre de todas, no me importaban, solo servían para...

—¿Todo tipo? —no quería verle la cara.

—Sí, hasta pagué por sexo, yo soy un animal sexual, me gusta el sexo y mucho, pero, yo fui más allá y no me preguntes cómo... hice cosas que no están ni siquiera en tus libros.

Marilyn volteó y apuntó sus ojos hacia él ¿qué cosas? Es tan oscuro todo lo que eres, no estoy segura si ahora quiera oírte.

La mirada de aquella niña lo enfrentaba con sus monstruos, con sus culpas, con su propio asco y perversión.

—Tú eres el Señor del Dolor.

Arden sonrió de manera dolorosa.

—Me gane el maldito apodo a pulso, puedo infligir dolor y placer al mismo tiempo, lo que ocurrió en el hotel —él suspiró— fue durante años una marca de cacería, me gustaba excitar y abandonar, contigo fue diferente mi amor, pero las cosas que he hecho Marilyn —sus ojos verdes jade eran oscuros y temibles— yo he follado y follado hasta que me he quedado si medula espinal, a todo, a todos.

—¿Todos?

—Todos.

¡Dioses! ¿Él...?

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque quiero que sepas con quien te estás metiendo.

—Lo sé muy bien.

—No, no sabes.

—¿Crees que me da miedo? No tengo miedo.

—Pues, deberías. Cuando empecemos, yo no me detendré.

No supo porque aquellas palabras tan amenazantes y tremendas hicieron el efecto contrario a lo que él buscaba: terror, no. La excitaron más, esa era la verdadera voz de su espíritu salvaje: no quiero que te detengas.

—Soy una mujer adulta, lo que ocurra entre tú y yo, será porque yo quiera, porque yo lo desee, he escuchado cosas, no tengo ni idea que hay más allá de los rumores, no me interesan, no ahora, Arden. El viernes fui donde el doctor, me estoy preparando. Yo, yo me hice poner la pila, no tendrás que preocuparte por un embarazo ni nada; si quieres, te traigo la orden médica.

Demonios Baker ¿Quién eres? Yo aquí hablando de lo sucio y terrible que puedo ser y tú no te aterras, eso es porque no me conoces bien... aquí estás, dispuesta para mí, ¡oh Mae, no me conoces!, no me conoces.

—¿En serio hiciste eso? ¿Estaré dentro de ti sin nada más que mi piel? eso es ¡Mierda! la cosa más excitante e increíble del mundo: ¡mi nena siempre lista para mí!

—Siempre ¿ves? Yo no tengo miedo, aquella noche, con tus dedos dentro de mí, yo sabía que quería más, no me cuentes de tus amantes, de tus citas para follar, no me cuentes nada, tengo celos de todas ellas, envidia, estoy dispuesta, yo seré lo que tú quieras, lo que quieras —se puso de puntillas y ofreció su boca como ofrecía todo lo demás, ya no había vuelta atrás.

—Debes saber otra cosa.

—No me cuentes más.

Arden agarró sus hombros con fuerza, se inclinó para igualar el tamaño de ella y la miró a los ojos.

—Te dije que me gusta el sexo, pero hubo un momento en que me sentí asqueroso, agotado, vacío, era como masturbarme y no me refiero a ese acto divino que hice hoy en tu baño. Ellas no me importaban, era todo tan fácil y tan solitario, no sabes lo terrible que es llegar a un punto en tu vida donde no tengas deseos, donde todo te aburre, donde lo que antes te gustaba se convierte en un acto mecánico —aspiró profundamente— hace dos años que no me acuesto con nadie.

Mae abrió los ojos y la boca, lo miró de forma incrédula y medio cómica.

—¿No me crees?

—Arden, eres hermoso, perfecto, no me imagino a un hombre que exuda sensualidad como alguien célibe.

Rachel me contó que él no la había tocado ¿cómo?

—No soy un hipócrita, Marilyn, detesto las filosofías de la abstinencia, son idiotas, follar es maravilloso, pero cuando lo haces como si fuera estornudar es la cosa más solitaria del mundo. Yo solo me cansé; a veces, hasta un hombre como yo necesita una ilusión, los hoteles solitarios con mujeres igual de solitarias e igual de aburridas que yo no son un buen afrodisíaco, yo quería otra cosa —lentamente metió su mano entre su blusa— ¡Demonios! ¿No tienes sostén? — ahuecó sus senos y los tocó suavemente— yo quería a alguien cuya

piel me obsesionara — metió su otra mano y amasó los senos de la chica, mientras ella respiraba en su boca— yo quería a alguien que me mantuviera en estado de excitación constante, yo quería a alguien que me hiciera soñar con su boca, tu boca, Baker —la besó y siguió con su tortuoso juego— yo quería a alguien con quien mi lengua se deleitara en su sabor, tu sabor Baker, yo quería a alguien que me retara, yo quería a alguien que me hiciera desearla tanto hasta enloquecer, yo quería a alguien cuyo deseo de poseer fuese tan fuerte que me hiciera soñar. Yo sueño despierto contigo, yo quería a alguien con quien hacer el amor una noche y que estuviera el día siguiente desnuda a mi lado, yo quería a alguien cuyo sexo fuese embriagante y narcótico —pero las palabras murieron, porque estaba demasiado ocupado con su boca, su lengua y sus manos. Ella puso sus manos en los bordes del mesón de la cocina y solo se dejaba acariciar.

Ella se despegó y con voz queda, le dijo:

—Besa mis senos, Arden.

—Lo que quieras, mi niña —subió su blusa y dejó al descubierto sus pechos— ¡son hermosos! —estaba arrobado, eran bellos y firmes.

—¿Te gustan?

Arden sacó la lengua de la manera más erótica del mundo y se relamió.

—Tienes las tetas más hermosas e impresionantes que yo he visto en mi vida —y los atacó, los besó con suavidad al principio, después los chupó haciendo un sonido sordo, mientras que con su boca besaba el izquierdo con su mano pellizcaba el derecho, con su lengua hizo círculos salivosos y mordió la punta de su pezón, para hacer lo mismo con el otro, una y otra vez. Mae gemía suavemente, mientras caía en una nube suave de algodón.

—¡Dragón!

Rió y su aliento juguetón bañó el pecho de la chica.

—Llévame contigo a Texas, baby, ¡llévame contigo! Repasaremos las lecciones, una a una, quiero escuchar lo que hiciste esta tarde, mi nombre sonó —los movimientos de la boca se tornaron violentos— ¡Arden!, eso es tan delicioso —él soltó una de sus manos y la llevó a las nalgas de la chica, estaba a punto de ponerla en el suelo y terminarla de desnudar cuando su maldito, insoportable e inoportuno teléfono sonó desde lejos. Continuó en el amase, pero de nuevo, una y otra vez el maldito aparato.

—Puto teléfono ¡apaguen el mundo! —Mae frente a él apuntándolo con sus pezones era lo único que quería ver, y sus gemidos lo único que quería escuchar, volvió a su boca, pero el ringtone era insufrible.

—Contesta.

—Mejor lo apago.

—No, debe ser importante, siempre lo es.

—Quiero irme a una isla donde no haya ninguna de estas idioteces, estoy enfermo de todo esto.

—¿No te gusta que te llame?

—Eso es lo único que vale la pena de ese maldito celular, el resto es una mierda.

—Contesta —se bajó la blusa con desconsuelo.

—¡Diablos! —fue a la habitación y contestó de mala gana— Padre, no. Sigo en Texas. No, no te preocupes. Sí, Tracy está más por la concesión, pero su hermano no quiere. Llego el martes —hubo un silencio, Mae escuchó sus voz fuerte y furiosa—. ¡Dile que no!, ya recibe demasiado dinero por nada. ¡No me importa! Saluda a mamá. Si, adiós.

Se sentó en la cama, miró a su alrededor, el pequeño cuarto de cortinas color lilas, el espejo y su tocador, la mesa de noche, las pinturas, la fotografía del mar, el closet con su ropa, todo era tan acogedor. En muchos años no se había sentido tan cómodo y con la sensación de pertenecer a alguna parte. Se puso su camisa, las medias y sus zapatos. Marilyn apareció en la puerta y lo vio vistiéndose.

—¿Ya te vas? —su expresión era tan triste.

Él no contestó, solo atinó a asentir con su cabeza.

—¿Me llamas cuando estés en el aeropuerto?

Ella agarró el gran abrigo y corrió a ponérselo; después, lo abrazó con fuerza y se quedó allí más de un minuto en silencio.

—Te llamo cuando llegue.

—¿Lo juras?

La cargó de manera que parecía una niña pequeña y pegó su frente a la de ella.

—Te llamo —la besó con dulzura, ella se aferraba a él, no quería dejarlo ir, Arden caminó a la puerta de la habitación con ella en brazos, cruzó el pequeño pasillo y la sentó sobre la barra de la cocina, llevó sus dedos a la boca los besó y los traslado a la boca de ella— duerme bien, Baker —se miraron en silencio y se dijeron adiós.

Esa noche, en su cama, pegaba su nariz a la almohada donde él había descansado, trataba con fuerzas de absorber todo el olor y guardarlo; la sensación fantasma de sus brazos a su alrededor y su respiración sobre su piel era sobrecogedora. Aquellas pocas horas con él habían sido deliciosas e

íntimas, el mejor de sus domingos ¿Cómo de un día para otro su vida había cambiado tanto? Arden Russell en su vida desde el principio de su estadía en Nueva York hizo que su mundo fuera fluctuando hacía otro lado. Una fuerza oscura la llevó allí, hizo que un día viera un anuncio en la universidad y fuera y pidiera trabajo en Russell Corp., algo la llevó a Thomas Ford y le dio ese padre y amigo, una fuerza oscura hizo que un día quedara atrapada en aquel claustrofóbico ascensor y perdiera la cabeza, una fuerza oscura hizo que una mujer de mirada aparentemente fría viera en ella la hija que perdió y la acogiera como propia, una fuerza oscura la llevó a una oficina donde vivía un hombre de hielo que la poseyó en sueños desde el principio, una fuerza oscura lo desapareció de un radar, se lo llevó de su vida durante tres días de luto, para que al final él apareciera en su casa y le hiciera tomar la decisión del Carpe Diem, una fuerza oscura hizo que aquel ser de nieve se fijara en ella y una fuerza oscura hizo que Arden Russell el Todopoderoso Señor de la Torre estuviera con ella sin camisa en su cocina preparándole pasta con carne y esa misma fuerza oscura hacía que ella lo añorase desde la punta de los dedos del pie, hasta la punta de sus cabellos.

La hermanastra la miraba con ojos de triunfo, al final esa fuerza del destino que juega con el azar y a la vez con el determinismo lo había traído hasta ella, ahí estaba Mae Baker viviendo su propia historia, no la historia de otras, no, su propia historia ¿hacia dónde la llevaría? No lo sabía, no le importaba, no importaba si esa fuerza oscura que la puso en ese lugar, en ese particular momento del tiempo la arrastraba hacía un lugar lóbrego, esa era su vida, ese era su momento, era su oportunidad de poesía.

A las cuatro de la mañana, escuchó el celular y despertó como si un terremoto la sacudiera.

—¡Baby!

—¡Hola, Baker! —rió divertido y con voz oscura.

—Señor ¿ya llegaste?

—Ajá ¿dormiste bien?

—No, dormí mejor ayer.

—Por supuesto que sí, nena, aprovecha los últimos días para dormir Baker, después no lo harás.

—¿No?

—No, dormir estará sobreestimado para ti.

—¿Estas juguetón a las cuatro de la mañana? —se carcajeó como niña que le hacían cosquillas.

—Tuve un buen día ayer.

—Yo también, dormí con un ser hermoso, le escuché decir mi nombre de la manera más ¡um!, me alimentaron y sus besos aún los siento en mi piel.

—Hablas bello, niña. ¡Háblame siempre así!, me gusta.

Un segundo en silencio y sintieron la respiración de ambos que viajó de manera cósmica hacia cada uno.

—¿Todo el día trabajas?

—No arruines el día Mae, me siento perezoso.

—Necesitas vacaciones.

—Sí, algún día descansaré de todo.

No supo porque esa última frase no le gustó, sonaba oscura y sentenciosa, un estremecimiento le recorrió toda su médula espinal.

—Te llamo más tarde, Arden... duerme estas horas, no te estreses y trata de escuchar a los demás.

—Yo siempre tengo la última palabra, Baker.

—¡Arrogante! —lo dijo en broma, pero algo no le gustaba, era como si a ella hubiese venido una iluminación: él, esa oficina, solitario, mirando desde un telescopio, bebiendo como un loco, hablando en claves, mirando hacia otros lugares, empuñando un arma—. Duerme, si son verdaderas todas tus amenazas, duerme.

El día transcurrió en una lenta calma, el trabajo, luego el gimnasio, mandar correos a su profesor de tesis. Cuando llegó a su casa, estaba uno de los guardaespaldas de él esperándola.

—Señorita.

—¿Sí?

—Tengo que entregarle estos paquetes que llegaron esta tarde para usted desde Londres.

Mae miró al hombre de arriba abajo, ella sabía que cada uno de los guardaespaldas-hombres que casi nunca utilizaba- eran como una especie de zombis que no hablaban, a veces parecían hasta no respirar. Eran todos tipos grandotes con pinta de físico culturistas y con lentes oscuros, con aspecto de "Men in Black"; si alguno estaba malicioso sobre la relación entre jefe y secretaria seguramente no lo comentaban entre ellos mismos, era la única regla de trabajar para el Señor Emperador.

—Gracias.

Estaba curiosa. Dos paquetes, uno era pequeño envuelto en un papel rojo, el otro era enorme, con sellos desde Londres y la muy estrafalaria marca Sotebys, abrió el pequeño y casi se va de espaldas.

—¡Dios! “El Grinch”.

Pero, lo más extraordinario del libro es que en su interior estaba la firma del escritor, Doctor Seuss, leyó la fecha de edición: 1957. Lo hojeó con delicadeza, no salía de su asombro.

—¡Debe valer una fortuna! —miró el paquete grande— ¡No puedo imaginar lo que hay aquí!

Lo abrió con mucho cuidado y con algo de terror y efectivamente sus temores fueron confirmados, en una caja acolchada venía un caballete de puro cedro, su corazón latía con fuerza, fue hacia la esquina del armazón y leyó lo que había escrito: Amedeo M.

—¡Por todos los cielos, el caballete de Modigliani!

Pero, había más, una aguafuerte de Goya, dos serigrafías, una de Chagall y otra de Picasso.

La paradoja se instaló en ella: estaba maravillada por los objetos, pero furiosa con quien se los regaló.

Esto es una manera de pelear con Dante Emerick ¿Por qué me tiene que poner en medio? Yo no necesito tus costosos regalos, Arden. No es la manera, ¡no lo es! Los libros de Dante son un regalo, esto es tu manera de controlarme.

6:20 pm

Arden Russell:

He recibido tus regalos, estoy agradecida por ellos, pero no era necesario que gastaras tu dinero ¿sabes cuánto valen? Es exagerado ¿Qué haré yo con el libro, un caballete que debe costar todo el dinero del mundo y esas serigrafías?

6:34 pm

Marilyn:

No me hagas enojar, te dije que te regalaría el museo si pudiera, es un libro, un pedazo de madera y unas serigrafías. No son las joyas de la corona, no pusiste tanto problema para recibir los libros de Emerick ¿Por qué a los míos sí?

6.45 pm

Arden:

Es una fortuna. Es exagerado, yo no los necesito. Te dije que tu dinero me asustaba ¿Por qué te empeñas en intimidarme? No quiero ser desagradecida, ni grosera, pero es demasiado. Yo quiero cosas simples contigo, mis domingos, tú sentado en mi sala, tú y tu perfume, tus besos. No quiero más, si en algún momento te di a entender que era ese tipo de chica, lo siento, pero no lo soy.

8:47 pm

Baker:

Valieron miles de dólares, ¿Qué no entiendes mi necesidad de control? Pues, yo no entiendo tu necesidad de rebelarte y no lo acepto. ¿Dinero? Me he gastado el mismo dinero en cosas idiotas que al otro día desecho. Tú quieres cosas simples pues, te informo que no soy simple, y eso ya tú lo sabes. Mi complejidad viene con todo el paquete, no es hora de sorprenderse, ni mucho menos de correr, si es que piensas hacerlo. Nunca he creído que seas ese tipo de mujeres que buscan mi dinero y si lo fueras no me importaría, pero sé que no lo eres, esa frase suena como si tú fueras una prostituta y eso lo detesto. Es un maldito libro, un pedazo de madera y unos dibujos, nada más. Igualmente, yo también quiero esos domingos, quiero tu café y estar sentado en tu sala escuchando tu música, ningún dinero en el mundo compra eso, yo solo retribuyo tu tiempo conmigo, tus nervios de acero y tu paciencia. ¿Acaso es tan malo eso? ¿Soy un criminal?, una noche en Brasil me dijiste que había cosas que no vendías, ni tu alma ni tu libertad, lo tengo muy claro, demasiado claro. No corras, no huyas, es tarde. Soy un enfermo malnacido ¡quiero todo! y me molesta que cualquier maldita cosa que hago por ti, tú lo malinterpretes. ¿No aceptas los regalos porque te parecen costosos o no los aceptas como signo de que estas ahí para demostrarme cuan idiota y patético dueño de nada soy?

9:10 pm

Y no me escribas mensajes, los detesto, me quitan tu voz. Lo odio, es absolutamente impersonal, dos años de trabajo y era la estúpida manera de comunicarnos y no quiero más eso, ¡jamás!

La rabia fue reemplazada con tristeza, tomó el celular y lo llamó.

—Arden, no quiero pelear, yo solo digo lo que pienso ¿quieres que te mienta? No tomes mis palabras como una negativa hacia ti.

—No me incites a la pelea, Baker. Mañana hablamos.

—No te enfades, señor Dragón.

—Ese es mi problema, nena, siempre lo estoy.

—¿Conmigo?

—Sí.

Un silencio mortal.

—Te mando un beso.

—No, tus besos en este momento no me calman, mucho menos cuando es solo un remedo telefónico de lo que realmente son. Buenas noches, niña.

¡Oh, oh!, eso sonó terrible, todo contigo es una lucha, no quiero ponerme los guantes contigo. Es tan tonto, parecemos dos niños luchando por el control del balón, un día estamos bien y al día siguiente, una pelea. Es algo inútil, yo lucho con tus demonios y tú luchas con los míos. Sombras, fantasmas que te rodean, rumores por todas partes.

Llegó a las nueve de la mañana, vestido de gris impecable. Mae esperaba su gesto hosco y terrible, pero lo que vio fue un Arden sonriente, con su mueca torcida y saludando a las otras dos chicas de la manera más amable vista jamás.

—Buenos días, niñas.

—Buenos días, jefe.

—¿Me extrañaron?

Yo sí, siempre.

—No mucho, Arden —Hillary le dio una respuesta escueta.

—Vamos, no mientan, yo sé que me extrañaron ¿me extrañó, Baker?

Ella se le quedó mirando y yo que esperé tormentas.

—Un poco, señor.

—Buena chica. Las necesito a las tres en mi oficina ¡ya! —a la orden todas corrieron— Hillary ¿tú sabes hablar alemán, verdad?

—Sí, 'Ich spreche Deutsche'.

—'¡Gut!' Necesito que vayas donde Mathew y pidas dos horarios para una reunión con el CEO del Banco de Alemania, luego, te comuniques con Anja Krahn, le dices que las garantías para el préstamo ya están listas y coordina con ella la conferencia.

—Anja Krahn no es la CEO, es la asistente del CEO ¿verdad? —la mujer estaba asustada, su jefe no le estaba dando una tarea de lleva y trae.

—¡Selbstverständlich! —el "naturalmente" dicho en un perfecto alemán le

dejó claro que, aunque le estaba dando una tarea de mayor responsabilidad, no esperaba mucho de ella.

—Rebecca, comunícate con Cooper. No, más bien, ve a publicidad y te instalas en su oficina y no sales hasta que veas la nueva pre campaña del hotel en Río, después, le mandan algo a Solomon. Y usted, Baker, se queda aquí, conmigo. Tenemos que revisar todo lo que hice en Texas y, no quiero interrupciones de nadie.

—¡Si señor! —todas tres al unísono.

Hillary y Rebecca salieron de la oficina y Mae se quedó enfrente al dragón que la miró divertido, sus ojos eran oscuros.

—Hola —se quitó el abrigo.

—Hola —lo vio caminar hacia ella, buscó la silla para sentarse.

—No te sientes, Baker —fue hacia la puerta y la cerró desde adentro, lentamente caminó hacia ella, sus ojos eran ardientes y pesados, ella suspiró — no te muevas o te arranco la ropa —su rostro a pocos milímetros de su cara, de pronto descaradamente sacó su lengua y recorrió su barbilla, ella lo quiso besar, pero él se alejó— ¡tus manos sobre la pared! —Mae obedeció con algo de temor, su mejilla tocó la fría superficie, palpitaba llena de expectación, lo sintió por detrás de ella, pequeños besitos bañaban su cuello—he estado soñando con esto todo el día.

—Pensé que estabas enojado conmigo.

—¡Silencio! —sus manos recorrían su cadera, mientras que él la acariciaba con su excitación— estoy duro como una roca. Marilyn, Marilyn, me encanta tu nombre ¿estás mojada por mí?

—¡Oh sí!

Su lengua jugueteaba con el lóbulo de su oreja, sus manos y su miembro la acariciaban de la manera más lasciva posible.

—¿Estabas pensando en mí?

—¡Siempre!, todo el día, toda la noche.

—Yo también. Lo que hice en tu baño, ayer lo repetí dos veces y ¿sabes que nombre grité?

Mujer Maravilla... ¡ayúdame!

Todo su cuerpo vibraba y su piel ardía como hierro candente.

—El... ¿el mío?

—¡Mae!, ¡Marilyn!, que rico te sientes —de una manera violenta levantó su falda, ella quería voltear— ¡no voltees, Baker!

—Quiero tocarte.

—¡No! —volvió a la fricción rítmica con su miembro duro— me gustan tus bragas, pero creo que en un mes no tendrás ninguna —y, sin aviso, los rompió.

—¡Oh! —sintió el frío por su sexo, pero estaba a punto de contracción.

—Quiero jugar.

—¿No es una práctica?

—No, esto es solo para mi placer.

Yo me muero...

Se alejó unos centímetros, miró por encima de su hombro, él la observaba con malicia.

—Tienes un culo maravilloso, no puedo esperar —se acercó y le dio una palmada fuerte, ella calló un grito de dolor, Arden acarició el lugar de la palmada con ternura— ¡ya no duele, nena! —agarró su espesa trenza, la jaló hacía atrás y la beso con rabia, retiró la boca— ¡abre las piernas! —ella las abrió— ¡más!, ¡más! —Mae no se imaginaba la posición, lo único que sentía era el calor y su centro en dilatación, de pronto en el lugar de la palmada los dientes de él se enterraron— ¡esto es mío! —aspiró— hueles fenomenal.

—Arden, yo pienso en ti todo el tiempo, pensé que ibas a pelear conmigo, yo no quiero ¡oh! —un dedo de él se deslizó por toda su raja y ella se estremeció, quería rasguñar las paredes— Hillary y Becca, afuera.

—Ellas no están —deslizó dos dedos— ¿te gusta?

—Umhum.

Se acercó a ella hasta quedar pegado, su pecho con su espalda. Ella giró la cabeza y sus ojos se encontraron, él se movía y sus manos acariciaban sus caderas, lentamente tocó sus muslos y con sus dos manos llegó hasta su sexo para tocarla con más fuerza.

—Los labios de tu coñito son tan suaves —acariciaba con dulzura— todo me gusta de ti —quitó una de sus manos de su sexo mojado y la llevó a la boca de ella— ¡chupa fuerte! —ella obedeció, mientras sentía que con la otra friccionaba su pequeño botón de nervios— no tienes idea de lo que te deseo, Baker, siento las pulsaciones de tu sexo en mi mano— quiero tocarte tanto — las rodillas de Mae temblaban, pero él la mantenía inmóvil— quiero memorizarte, memorizar cómo te sientes, cómo hueles —los dedos de Arden hacían el movimiento hipnótico y demandante, se movían con urgencia, ella

jadeaba pero los dedos dentro de su boca eran invasivos mientras que los otros dedos la apretaban, la presionaban, se movían de una manera demencial, metió su rodilla y la alzó con fuerza brutal, ella deseaba decir su nombre, pero era imposible, él trasladó sus dedos hacia el centro de su sexo, la posición era casi imposible, la penetró con sus dedos, y allí se quedó por treinta segundos mientras él decía cosas de fuego volviéndola loca y de pronto la atacó con furia.

—¡Arden!

Se fundió a su pecho si es que eso era posible, bajó sus brazos y los llevó a las nalgas y las agarró con fuerza, él insistía en sus dedos en su boca, el orgasmo se empezó a construir en su vientre, Arden lo sintió en el ordeño de sus dedos y paró.

—¿No te gustaron mis regalos? —Mae estaba a punto ¿Por qué se detuvo? él reiteró la pregunta— ¿No te gustaron? —volvió a moverse de una manera inhumana, ella estaba perdida— ¡Yo compro lo que me da la puta gana, Baker! —imitaba los movimientos del coito voraz— ¡Mírame! Es dinero, si no te gustan ¡quémalos!, pero es mi dinero y yo te voy a mimar aunque no te guste —hablaba, los ojos de ella eran hambrientos y expectantes. Él se movía de una manera que ella no supo explicar, sintió como los dedos se doblaban y tocaban algo que si no hubiese sido por la intrusión dominante en su boca, hubiera gritado hasta desgarrarle la garganta— ¡Te repito, Baker! —su voz era como la voz del placer escuchado el domingo— ¿vas a aceptar mis regalos? — se detuvo a un segundo, ella no se movía, estaba allí, agarrada como si él fuese un enorme árbol, respiraba con fuerza, necesitaba la liberación y él se la negaba, pero de nuevo el movimiento, el follar demente con su manos— ¿Te gustaron? —ella entendió, ella entendió, la torturaría todo el día si ella no decía que sí, era insoportable— ¿quieres mis regalos? ¡Dilo! ¿Quieres mis regalos? —afuera y adentro, afuera y adentró, izquierda y derecha, rápido, rápido, rápido y de pronto, nada—. Voy a parar, Baker, dime que te gusta lo que yo te doy, ¡dilo! —él era todo, todo, le dolían los músculos, le dolía la piel, la boca, los dedos de sus pies, su columna se quemaba, era imposible, movió la cabeza asintiendo con fuerza ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! me gustan tus regalos ¡por favor!, ¡por favor!, ¡por favor! Arden sonrió, sacó los dedos de su boca, pero sabiendo el gemido divino y urgente de su nena, cubrió sus labios con su mano y frenetizó con la otra los movimientos en su sexo hasta que la paredes de la vagina de Mae le hicieron casi imposible moverse y fue entonces cuando el orgasmo vino con violencia telúrica, tan solo sofocada por él, acallando el grito que se volvió silencioso y solo percibido en la piel de su mano. La sostuvo por más de un minuto, la besó con lentitud mientras esperaba que el cuerpo de gelatina volviera a recuperar su tono y su forma. La llevó hasta la silla y la besó de nuevo—. Buena chica, deliciosa y mía —le bajó su falda, organizó su blusa y su cabello, se puso frente a ella, quien aún no se recuperaba—. Ahora, ¡tráeme todos los documentos del negocio de Texas!

Jadeaba como si hubiese corrido 10 kilómetros y batido el record, se puso de pie y tuvo que sostenerse un minuto de la silla.

—Sí, señor —llegó hasta la puerta y la tocó con su frente ¿Qué cara iba a

poner frente a sus dos compañeras de trabajo?, sabía que él la miraba, pero no volteó, se quedó allí durante unos segundos tratando de recomponerse, vio las bragas rotas y se agachó para recogerlas.

—Vuelve a agacharte así y comienzo todo de nuevo —el sonido de su risa era divertida y de triunfo, Marilyn lo supo y salió de allí.

Durante las dos horas siguientes, se la pasó repasando la escena de la oficina, cada una de las palabras que le dijo, algo no sonaba bien ¿él la había castigado? ¡Eso era! el sexo era su manera de castigar, él tenía el control, eso era lo que le quiso decir, era diabólico, la torturó con su boca, sus dedos y con su experiencia. Una iluminación vino a ella estaba furioso y me lo hizo saber. ¿Así funcionan las cosas contigo?, ¿yo solo soy una simple chica que te desea y tú lo sabes y te aprovechas? Lo sabe, no espera de mí sino sumisión, detesta mí no. Lo detesta, él me lo dijo ¡oh, Dios!

Lo que empezó a descubrir ese día fue la otra cara del sexo, la del control, la del enganche, la de la dependencia absoluta, también la de la melancolía, una cierta resaca de un acto lleno de intimidad, de necesidad y a la vez de soledad. En esa oficina, con ella pegada a la pared, con sus dedos dentro de ella, parando, moviéndose y volviendo a detenerse era la metáfora de como él manejaba el mundo, esa fue su manera tácita de decírselo. De pronto, se sintió mal.

Tengo derecho a decir no, tengo derecho a hablar, a disentir, a rebelarme. ¡Arden, maldito cabezota! hubiese sido más fácil si hablaras conmigo. ¡Pero, no! tuviste que imponer tu voluntad sobre mí.

Al medio día se escapó para no verlo. Almorzó como un pajarito, mientras que Becca la miraba preocupada.

—¿Estas enferma, linda?

—Me siento un poco mal, eso es todo.

—Ve al doctor de la empresa, quizás tienes gripe, este clima es aterrador y la manera como tú trabajas no es sana.

Mae quería irse para su casa, escapar de él. Veía a su madre frente a ella, moviendo su cabeza de un lado a otro no, no, no ¿no eres mi hija? No es un juego de poder, no lo es o, al menos, sácale la lengua de vez en cuando.

La vio sonreír, esa era su mamá; ni Stuart, ni sus novios, ni Trevor pudieron con ella, Aimé se salía de los esquemas, no para imponer reglas, odiaba las reglas. Su madre, nunca peleó con nadie, nunca le alzó la voz a nadie, a veces se mostraba reservada y algo tímida, eso daba de ella una impresión equivocada, pues la veían como alguien débil, lo que nadie sabía era que ella solo observaba, analizaba y después emitía su No de manera irrevocable, su anarquía no era la de la batalla sin razón, la de imponer la desazón y el descontrol, no, la anarquía de Aimé era aquella que simplemente decía: no tengo por qué ser igual que todos, tengo derecho a disentir.

—Becca ¿me haces un favor?

—Lo que quieras.

—Dile al señor Russell que fui al Midland, si a las tres de la tarde pregunta por mí, dile que te llamé porque me sentía enferma y me fui a casa ¿haces eso por mí?

La boca de Rebecca tembló.

—No tengas miedo, si él me llama yo me enfrento con él, hoy no quiero trabajar, estoy harta —lo dijo más por ella que por la chica.

—Está bien, pero tú sabes que él me mira con esos ojos verdes y parece que leyera mi mente, nunca sé cómo mentirle.

—Entonces —levantó su cabeza y la voz de su madre salió en ella— no le mientas, dile que simplemente me fui a mi casa.

A las dos de la tarde, Arden la esperaba, monosílabos, espacios de silencio entre una frase y otra y la puerta abierta cuando entraba a la oficina. Ella estaba extraña y no era cosa de intuición.

—¿Dónde está la señorita Baker, Rebecca?

La chica bajó la mirada, fingiendo ver unos papeles.

—Ella fue al banco Midland, señor.

Arden frunció el ceño y empuñó sus ojos, se acercó como gato sigiloso cerca del rostro de la mujer y clavó sus ojos siniestros sobre ella.

—¿Segura, Larson?

Por debajo de la mesa, Rebecca se pellizcó la pierna para poder mirarlo a la cara.

—Sí, señor.

La miró con escepticismo e hizo esa mueca de insolencia que era tan aterradora y tan hermosa a la vez. Se fue hacia su oficina y la llamó por teléfono, pero ella no contestó, durante media hora la llamó y nada, le puso un mensaje de texto que no devolvió.

A las tres de la tarde, le volvió a preguntar a la chica.

—Señor, ella me llamó y me dijo que se sentía enferma y que se fue para su casa.

¿Enferma? ¿Enferma? ¡Demonios porque no me lo dijo! ¿Enferma?

—¿Estaba enferma esta mañana?

—Sí, señor, ella se veía rara, usted sabe que ella es una chica que nunca comenta nada señor.

Algo en la voz de Rebecca no le gustó, siempre temblaba frente a él, y ahora lo hacía, ella fruncía la boca y bajaba los ojos mirándose los pies.

—Está mintiendo, dígame qué le pasa a Baker, ella no puede ausentarse del trabajo cuando le da la gana.

Hillary miraba la escena muy divertida.

—¡Vaya, la señorita perfección, finalmente metió la pata! —su conversación en alemán la había empoderado—. No tenía cara de enferma. Simplemente le dio pereza y se fue a su casa, a dormir.

Arden volteó y miró a la cara de la señorita silicona.

—¡Cierra la boca Hillary!, tus opiniones no interesan ¡Cállate! —volvió a Rebecca, a quien el tono de voz de su jefe terminó de amedrentar— ¿qué pasa con Baker?

—No sé, señor —no podía mentir—, no lo sé, ella simplemente me dijo que se iba a casa.

—¿Qué?

—Que estaba harta y que no quería trabajar.

—¿Eso dijo?

—Sí señor.

Se metió a la oficina.

¿Qué diablos pasó? Eres... Baker, me descontrolas. Mapa, ¡necesito un mapa para entenderte! Esta mañana, todo estaba bien, yo le di el mejor orgasmo de su vida. ¡Mierda!, ella no es como las demás, no puedo guiarme por las demás, ella es diferente. Ella es Baker, una mujer venida de un lugar desconocido: blanco, negro, sol y luna. ¿Qué? Eres tan rara y yo quiero leerte y te vas y cierras la boca, y me retas; me das todo y me lo quitas. Yo, yo...

Arden se quedó paralizado, ella era alguien diferente, lo debía aceptar ¡no! Si no era bajo sus reglas, en él hablaban el miedo, detestaba que todo se moviera de manera impredecible, era un buen jugador de ajedrez, se preciaba de conocer miles de jugadas, siempre comprendía y analizaba cómo se manejaba el enemigo...

¡Demonios! Eso fue... ¡cretino!, esta mañana la traté como si ella fuera el enemigo ¡Tenía que subyugarla!, cada uno de esos estúpidos no que me dice,

me ponen furioso ¡Maldición! Todo esto solo por unos jodidos regalos. Ella reía como niña pequeña frente a los libros de Dante Emerick, yo quería que sintiera lo mismo con mis regalos. Ella no es tonta, ella es lo más inteligente y perceptiva del mundo y yo ¡yo y mis celos enfermos! y solo ¡Diablos! Tú lo sabes, Russell, ¡lo sabes! La castigaste, la torturaste, la llevaste al límite con un orgasmo furioso solo para verla subyugada ante ti. La obligué a que me dijera que sí. Yo sé, yo sé: Ella es insumisa, lo sé. Debo entenderlo, debo ¡No! ¡Todas las mujeres adoran lo que yo les doy! y ella. Ella, no quiere nada ¡nada! Ella no se vende, Russell, ¡no lo hace! y aun así tú insistes como un estúpido. Reglas, juegos ¡son tus juegos y tus reglas! ¡es tu puta necesidad de control!

A las cinco de la tarde estaba en su puerta si no me abre la tiro pero no fue necesario, al instante ella le abrió, estaba vestida como una adolescente tranquila, su cabello lucía rebelde, lleno de rizos oscuros, una falda blanca con volantes que le llegaban hasta la rodilla y un top de color rosa, parecía una muñequita de porcelana.

—Desapareciste toda la tarde.

—Eso era lo que quería.

—¿Por qué? —gritó.

Ella se quedó en silencio.

—¿Tú qué crees, Arden Russell?

—Son unos malditos dibujos y un caballete —entró furioso— ¡bótalos, si quieres!

—No seas niño conmigo.

—Lo que yo te doy te parece asqueroso y lo que te da el imbécil de Dante Emerick es fantástico.

—El tema aquí no es Dante Emerick, el tema aquí eres tú y tu necesidad de control sobre mí.

—¡Mae Baker, eres! —se dio cuenta que gritaba y calló—. Tú —ella lo miraba a la cara—. ¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? No necesito que me compres, no necesito que pongas tu etiqueta en mí.

Él se abalanzó sobre ella y la besó con rabia, tomó su labio inferior y la mordió levemente.

—Yo no sé jugar diferente, lo que quiero lo tomo, lo marco y es mío.

Ella levantó una de sus manos y lo acarició.

—Tus juegos de poder no me gustan, utilizas el sexo como arma y yo no sé jugar a eso. Me asusta, mi naturaleza se rebela. Tú andas como loco conmigo tratando de amarrar mi espíritu y yo puedo decir no.

—¡No me lo digas! Cambias mis malditos esquemas todo el tiempo y yo necesito control, ¡control, ese soy yo!

Ella le sonrió con dulzura.

—¿Por qué sobre mí?

Ahuecó su cara contra el cuello de la chica.

—Porque eres Baker. Siempre es así, desde el primer día que entraste a trabajar conmigo y me desafiaste para salvar a Rebecca y qué decir del día en que me levantaste el dedo y me dijiste todas esas cosas —se enderezó y la miró a los ojos—. Tú eres mi presa, pero eres tan astuta siempre, ¡tan impredecible! Yo siempre he utilizado mi dinero, mi poder, mi sexo para obtener lo que quiero y tú, tú pareces más allá de eso.

—Arden, yo te deseo, la sola posibilidad de estar contigo me hacer suspirar, pero hoy me di cuenta que desde el principio es como si el darme placer fuera mucho más que darme placer; lo de esta mañana fue tu forma de demostrarme poder. Hoy, hoy...

—Te castigué.

—Hoy me hiciste saber que el sexo es poder: lo das y lo quitas. Hoy solo fui tu aprendiz y alardeaste conmigo de lo que eres capaz.

—Soy capaz de cosas peores, Baker ¡peores!

—Eso va con el paquete, lo sé. Lo que yo quiero es jugar también — besó su frente y desordenó su cabello—. Tu mechón plateado es fascinante, Arden, me gusta mucho.

Él se apartó.

—¡Tócame, Baker!

Ella lo abrazó dulcemente.

—No, no así Mae, no así.

Lo miró de forma curiosa; en su cabeza, la ninfa volvía del sueño letárgico que la había sumido el orgasmo agotador de la mañana, repasaba su lencería y decidía si el rojo o el negro era bueno para la ocasión.

—Te dije hoy que lo de esta mañana no era un apresto, ahora Baker, ¿estas listas comenzar tu entrenamiento?

Ella se hallaba lista y muy concentrada, como si fuera una atleta que busca una medalla de oro.

—Sí, entrenador.

Arden juntó su frente con el de ella y la miró con ojos de niño tierno.

—Voy a enseñarte como tocarme, Baker... ¿Quieres?

—Sí, entrenador.

—¿Confías en mí?

—Con mi vida.

—Porque, tú tendrás completamente el control, ¡solo tú!

La tomó de sus manos y la llevó hacia su cuarto, la sentó en la cama, ella estaba asustada, la promesa de tocarlo era excitante y aterradora. Vio cómo se quitó los guantes, y se quedó con su bufanda de seda en las manos.

—Voy a taparte los ojos.

—¿Por qué?

—¿Has visto un hombre desnudo?

Sí, sí los había visto, en clase de dibujo, durante tres años, hombres desnudos iban y venían, pero ella se cerró ante la posibilidad de algo sexual cuando vio a Richard desnudo una vez, la imagen era borrosa; el esfuerzo por olvidar había hecho el trabajo de esfumar el tremendo recuerdo de su mente.

—Soy pintora, Arden, además, he visto películas.

—¿Qué tipo de películas?

Ella se sonrojó furiosamente.

—¡Traviesa! —su aliento la bañó con suavidad— lo que viste es nada.

—¿Comparado contigo?, pues, eran modelos.

—Dime que eran unos putos cuasimodos.

Sus celos hervían.

—Eran los hombres más feos de la tierra, ¡espantosos! —hizo un gesto de horror.

Besó sus mejillas con suavidad, el roce de su barba incipiente le hizo

cosquillas.

—A veces, ver un hombre desnudo por primera vez no es fácil, nena. Nuestro sexo es agresivo, tienes que acostumbrarte primero ¿tocaste alguno?

—No, mis manos son virgencitas también.

Arden respiró, no pudo fingir la infinita ternura de aquella niña ¿en qué mundo había vivido?

—¿Confías en mí?

—Tú sabes que sí.

Con la bufanda cubrió los ojos de la chica.

—Por ningún motivo debes tratar de quitártelo.

Ella levantó los brazos, pero él se alejó.

—¡No te quites la bufanda!

—¿Cómo voy a saber que eres mejor que los modelos? —estaba decepcionada.

—¡Baker! —bramó.

—¡Está bien!, me dejo la bufanda.

Los segundos que siguieron fueron insoportables para ella, escuchó el sonido de las prendas de él que salían de su cuerpo.

Él le acercó su camisa a la nariz.

—Hueles divino, como siempre —quiero tocar, yo quiero tocar ¡déjame tocar!

Dejó caer sus zapatos, que hicieron un sonido sordo al llegar al suelo.

—¡Zapatos! —la ansiedad tomó el control de su lengua.

Hizo sonar la cremallera de su pantalón.

—Ese sonido me enloquece y mis manos pican de curiosidad.

—Estoy casi desnudo frente a ti.

—¿Casi?

Él agarró una de sus manos y los llevó hasta la pretina de su bóxer.

—Hoy llevo ropa interior.

¡Oh por Dios Santísimo! ¿puede ser esto más sensual? Mae sonrió como una tonta, de pronto sin previo aviso él metió su lengua dentro de su boca para después dejarla sola con una enorme sensación de hambre.

Ella presintió que frente a ella, él ya estaba desnudo, el calor de su cuerpo penetraba en ella en oleadas brutales, alzó su mano derecha y él la atrapó llevándola a su boca para chupar con dulzura.

—Alza las dos manos.

Ella lo hizo, él la tomó de sus muñecas y la paró con ternura.

—Acaricia mi cara.

Las manos de Mae lo hicieron, recorrieron la hermosa estructura de su rostro, su frente, sintió sus cejas espesas, sus ojos y el grosor de sus pestañas, su nariz perfecta.

—Eres tan bello, nadie es como tú.

Ella recorrió su boca, en su mente estaba aquel rostro que ella conocía de memoria pero que nunca se cansaría de admirar.

—Tengo que sentirte por todo mi cuerpo.

—Se mi lazarillo.

Tengo que sentirte, yo te necesito como el aire ¡tócame! ¡Tócame!

Como si ella hubiese escuchado sus pensamientos, lentamente bajó por su pecho.

—Estás tan caliente que me quemas.

—Tú, tú me pones así.

En la mente de Arden Russell era como si lo tocaran por primera vez, era como tener catorce años y no ser tocado por Jennifer si no por era ella, la niña de sus sueños.

Las manos de Marilyn recorrían aquella geografía, su pecho con el vello erizado y suave, sus pectorales duros y fuertes, sintió las tetillas y con las yemas de sus dedos lo rozó suavemente en círculos.

—Algún día —se acercó y respiró sobre ellas— te voy a pintar desnudo —las besó, las chupó para después recorrerlas con la lengua.

—¡Cristo, nena!

Pero ella no se detuvo, el sonido de su voz la incitó a más y sin previo aviso lo mordió.

—¡Mierda! —rugió— así, mi amor, ¡se siente tan bien!, tu lengua es tan sexy.

—¡Imagínate cuando este en otra parte! —sus chicas internas, alborotadas por igual, aplaudieron ante la promesa de futuras proezas bucales.

El símbolo de su excitación se hizo visible, pero ella, ignorante del hecho, siguió tocando la espalda media; poco a poco sus manos llegaron al vientre y jugó allí un rato marcando los oblicuos, mientras seguía besando su pecho con picoteos lentos y húmedos.

—Me duele desearte tanto. Estoy segura que voy a enloquecer cuando...

No pudo terminar la frase porque fue alzada con fuerza y sentada en el regazo masculino, ella gritó cuando la erección la agujoneó en su centro, era una sensación brutal y peligrosa. Arden acercó su cara al oído mientras respiraba con fuerza.

—Acaricia mi verga. Lo necesito.

—Muéstrame como —ella lo tomó con sus manos ¡se siente tan grande! y quema mi mano. Parece de hierro y gamuza; es duro y suave... ¡esto es él!

—Suave, eso es. Arriba y abajo.

—Quiero hacerte sentir bien —ella hacía el movimiento que él le indicaba, de un momento a otro rozó la punta de su glande y se detuvo allí y con el dedo meñique hizo el movimiento de circular y él, gruñó—. Tanto, que quiero hacerlo con mi boca.

¡El puto cielo!

Arden movió su cadera hasta hacer que ella sintiera todo su poder sobre su estómago.

—¡Más rápido, nena!

Ella obedeció. Más rápido y de una manera que ella desconocía, se atrevió — con su otra mano— a bajar y tocar sus testículos. Los gemidos y jadeos que escuchó fueron mucho más fuertes y eróticos que los que había escuchado dos días antes.

—¡Es un hierro caliente y es mío! ¡Quiero verlo explotar! debes ser divino.

—Sigue hablando nena, es tan bueno lo que haces.

Su muñeca le dolía, pero escucharlo valía la pena.

—Te siento, Arden, te siento palpar en mi mano y nada más importa, porque te tengo en mis manos —tomó de nuevo sus testículos y los acarició suavemente, recorriéndolo hasta llegar a la base.

—¡Más fuerte!, ¡más fuerte!... ella es un ángel y yo soy putamente afortunado y me voy a morir ¡Joder, nena! ya estoy allí.

—Quiero verte ¡déjame!

—No, no. Tú tienes el poder, nena. ¡Más! ¡Más!... más, sí, sí, sí.

Respiraba en su cara, jadeaba con fuerza, necesitaba oxígeno, ella era poderosa con su sexo en sus manos.

—¿Te gusta?

—Sí, así, ¡estoy al borde!

—¿Te gusta, señor?

—¡Sí!

Con todas sus fuerzas el movimiento de su mano se volvió frenético.

—¿Soy buena, señor?

—¡Putamente magnífica!, ¡más, por favor!, ¡no pares!

—Esto es para ti ¡solo para ti!

—Yo, nunca... ¡mierda! ¡Qué belleza!

Sus caras estaban pegadas por sus mejillas, ambos jadeaban.

—No puedo ni siquiera imaginarme como será cuando cada perfecta y gloriosa pulgada de esto, esté dentro de mí.

¡Mierda!, eso fue... ¡la amo!

Y la bomba estalló, y el orgasmo poderoso lo hizo gruñir como una bestia; el líquido viscoso y caliente escurrió por la mano de la chica quien, extasiada por lo que estaba ocurriendo, apretaba más para sentirlo palpitar. Sentía que su cuerpo explotaba en cada pulso, en cada pedazo de piel; conectados así, ella era su eco, era su mismo latido.

Arden la mordía como un gato tierno, su respiración no se había calmado, aun gemía y tenía estertores.

—¿Ves? ¿Ves?, mi amor, eres tú la que tiene el poder, ¡solo tú! yo no soy nada ¡nada! Tú tienes el poder.

Le quitó la venda de los ojos.

—¡Sagrado Batman! —lo auscultó centímetro a centímetro, el hombre más

hermoso del planeta, fijó sus ojos en su sexo, años viendo hombres desnudos y siempre pasó de largo por ellos, cegándose ante sus cuerpos, quizás por esa razón nunca los había captado completamente, ahora con Arden frente a ella, poderoso, erecto y resoplando como un tigre le daba una luz.

—¿Te gusta?

—Todo es tan abrumador—se relamió los labios como loba, la ninfa loca y puta que en ella existía pedía alimentarse de aquel dios, él lo entendió y sonrió con maldad— pero sé que nunca tendré suficiente.

¡Estoy perdida!, ¡perdida! y no me importa.

Arden Keith Russell, desnudo y vulnerable, se abrazó a ella convencido de que había llegado a su vida para salvarlo del horror.

A la mañana siguiente, encontró en su puerta un gran ramo de tulipanes con una nota que decía:

Baker:

Eres deliciosa y estoy hambriento.

Unas partes más que otras, te pido como alimento.

Arden.

La nota era lujuria pura y le encantó; algo excitante y salvaje nacía dentro de ella y no tenía miedo, más bien alentó su deseo, voraz y asesino, quemar los rezagos de una inocencia que quizás nunca existió. Marilyn Baker estaba orgullosa, sintió que encontró su lugar como mujer y le dio la bienvenida a una nueva piel.

Él la amó desde el primer día, ella era la chica más bonita que había visto en su vida, aún podía acordarse cómo ella lucía aquel día en que sentada en la enorme moto roja le sonrió con amabilidad. Su cabello rubio y sus brillantes ojos azules eran una tentación para él. Durante días solo iba a la casa de su amigo para poder verla de cerca; ella lo supo desde el primer momento, fue entonces cuando ella empezó a contarle cosas, las cosas terribles que su amigo le hacía.

Sabía que su amigo era un chico terrible, sabía toda la rabia y el dolor que tenía pues, desde que tuvo catorce años, su vida se convirtió en una total mierda y él, como su mejor amigo, supo por todo el infierno personal que atravesaba. Claro está que para un adolescente como él, que vivía en un hogar feliz donde la vida transcurría entre una familia enorme y ruidosa, los conceptos de dolor y tragedia eran nuevos, por lo tanto no sabía cómo calmar la ira y las ganas de destrucción que su amigo tenía y solo atinaba a seguirlo como perro fiel. Cuando volvió después de un año, aquella ira reconcentrada

se había vuelto algo aterrador y le tuvo miedo, pero no lo abandonó, había algo atrayente y peligroso en todo lo que hacía y se dejó envolver por ese huracán y gurú del peligro que era Arden Russell.

Dante era un niño tierno y tranquilo, pero también era una adolescente harto del control de sus padres y su amistad con el problemático chico Russell le dio todo lo que él quería: libertad, rebeldía, conocimientos oscuros, una vida ilícita y fascinante que no sabía que existía. Arden lo llevó por los caminos del exceso de la droga y del sexo, con él todo era anarquía y adrenalina que adoraba: correr a mitad de la noche porque le habían partido la cara a un tipo en un bar o porque habían robado un Roll Royce para estrellarlo contra la casa de un vecino que se había quejado por el ruido que hacían con las guitarras eléctricas, era el deporte favorito.

Arden le consiguió su primera identificación falsa y lo emborrachó con un vino barato mientras se paraban en lo alto de un edificio y decían malas palabras al viento.

Arden le presentó la primera chica con la que se acostó –una chica alegre, que vivía obsesionada con sus ojos verdes y que para complacerlo le hizo el favor de desvirgar a Dante en una vieja camioneta a la orilla de carretera– lo hizo consumir cigarrillos sin darle tregua hasta que aprendió a fumar.

Arden lo llevó a su primer concierto punk y a punta de patadas y puños, le enseñó a bailar pogo durante toda la noche mientras cantaban a voz en cuello “Fuck authority” o “Separation of church and skate”; con Arden montó su primera motocicleta y con Arden se hizo su primer tatuaje.

El demonio en el que se convirtió durante la adolescencia el joven Russell necesitaba víctimas para arrastrar y Dante fue una presa fácil, estaba demasiado ansioso por dejarse llevar, fue así que el día que lo vio inyectarse heroína, él también lo hizo; su amigo era el epitome de la libertad y la rebeldía y lo adoraba por eso.

Aún podía acordarse de los días en que él y toda la pandilla de adoradores de ese diablo escandalizaron la fiesta de su madre irrumpiendo en las enormes motos y asustaron a todas las damas rancias y estiradas de la sociedad de Nueva York, con sus pelos de miles de colores, piercing, ropa negra y botas con tachas que más parecían pequeños cuchillos prestos a romperle el culo a cualquiera que se le atravesara en el camino. Ese día sus padres le prohibieron la amistad con el muchacho peligroso, pero él se negó a hacerles caso, Arden era hipnótico, carismático y avasallador.

—¿Qué, Dante? ¿Quieres ser el niño tierno de mamá? Estás demasiado grande para estar pegado de sus tetas, ¡que dulzura!

Su risa maligna siempre era el detonante para rebelarse contra la autoridad de sus padres y así, no le dio tregua para nada, cada día era peor y cada día era mejor. Como prueba de su lealtad, lo instó a que abandonara la escuela y emprendieran durante casi dos meses una correría en moto por todo el país, en ese momento Chanice ya se movía y respiraba porque Arden lo hacía, así que fue la tercera en la caravana.

Durante el viaje, entre las brumas de la droga, del alcohol y del sexo sin límites, había algo que alejaba a los amigos y eso era la chica. Dante se enamoró de ella y Arden sabiéndolo, disfrutaba torturándolo, su rabia se había convertido en algo oscuro y temible, lo había convertido en un ángel de la destrucción.

La relación de Arden con Chanice era corrupta y cada día más tóxica, la violencia entre ambos funcionaba como estimulación erótica y no les importaba si Dante estaba presente. Sin querer, fue testigo de cómo el alma retorcida de su amigo poco a poco se alejaba y que entre más lo hacía, Chanice más se obsesionaba y eso lo fue matando por dentro.

Chanice llorando, Chanice gritando por él, Chanice tirada en cualquier parte mientras que su flamante novio desaparecía por días y no decía hacía donde se había ido y él, Dante Emerick, consolándola.

Un día, la chica le contó sobre su vida, una vida amarga de un barrio pobre en la ciudad de los hielos, con una madre alcohólica y un padre ausente; le contó sobre la primera vez que vio a Arden Russell caminar por los pasillos de su escuela pública y como éste, sin pedir permiso, la beso en plena boca, delante de todos.

Para Dante la vida terrible de aquella muchacha fue descubrir un mundo nuevo, él no sabía lo que era el frío o el desamor, no sabía lo que eran navidades solitarias, ni cumpleaños sin regalos; Arden tampoco, porque aunque odiaba a su padre y vomitaba sobre todo el apellido Russell, era el chico más amado del mundo; Cameron le perdonaba todo y Jacqueline siempre estaba dispuesta a recorrer medio mundo para ir por él.

Para Chanice, Arden representaba una especie de sol; ella, una chica del promedio, mala estudiante, quien jamás soñó con ir a la universidad porque sabía que su destino era ser camarera o dependiente en un supermercado, que alguien con la fortuna y la belleza física de Arden Russell le pusiera una mano encima era como si los malditos cuentos de hadas existieran, no importaba que su novio distara del amoroso y tierno príncipe azul de las fábulas. Todo en él era maravilloso, él era su escape a otro mundo, un mundo de dinero, lujo y comodidades al que ella no estaba dispuesta a renunciar, por lo tanto fue capaz de hacer, cometer y perdonar los vicios y la actitud despectiva de su perfecto y horrible novio. Con lo que ella no contaba, era que ese príncipe estaba ya en el ojo del huracán y que poco a poco se iba alejando de ella y de todos y fue así como aquel amor enfermizo se convirtió en odio, despecho y rabia; para Chanice, Arden no tenía derecho a darle el sol y después negárselo y allí estaba él Dante Emerick en medio de aquella guerra silenciosa que ambos emprendieron.

La pobre Chanice Tatham era demasiado ambiciosa y con muy pocas armas para sobrevivir al hecho de que su novio estaba demasiado ocupado con sus propios demonios y no prestaba atención a sus sueños de doncella en apuros, así que puso sus ojos en Dante quien la amaba con cada uno de sus huesos y estaba dispuesto a cumplírselos todos, pero nunca fue suficiente, no lo fue.

Siempre que Arden la despreciaba ella corría hacia él, pero, bastaba una llamada desde cualquier lugar y ella volvía como tonta a sus brazos. Las llamadas eran desesperadas y la convencían de inmediato de que la necesitaba, ella era adicta a él mucho más que a la heroína. Fue así como poco a poco Dante fue cambiando su admiración por odio, los celos, el rencor, la rabia se sembró en su corazón, lo puso en categoría de ex amigo y lo desafió en un pobre intento de proteger a Chanice. Tamaña osadía fue vengada con toda la parafernalia que usaba el rebelde Arden cuando quería dejar claro que algo no le gustaba: llegó a casa de Dante y en medio de una reunión familiar, le rompió la cara.

Ese fue el triunfo de la chica, Dante fue el arma que ella utilizó para manipular a Arden Russell: ella le quitó su amigo, su hermano, su cómplice y Dante, niño tierno y estúpido, no supo cómo manejarlo, porque la amaba con todo su corazón. Él estaba allí para darle a ella todo lo que le pidiera, pero eso a Chanice Tatham nunca le bastó.

En aquella semana la seducción de Arden hacia Mae fue implacable, la besaba como un loco desesperado, para luego callar e irse a sus mundos oscuros, algunas veces la veía con esos ojos de hambre y luego parecía frío como el hielo. Le hacía llamadas dulces y tiernas y luego, la dejaba triturada en mil pedazos con palabras sucias. Le compraba chocolates y se los ponía en su maletín mientras que ella iba a almorzar con Rebecca. Una noche la despertó casi a las dos de la mañana y le hizo escuchar como él se auto complacía y gritaba su nombre vía telefónica.

—¿Ves, Baker? Contigo me he vuelto más corrupto y me gusta —y colgaba dejándola en pleno delirio.

A los cinco minutos llamó y con voz cavernosa, sentenció:

—¿Me deseas, Marilyn Baker? Apuesto que sí, soy todo el maldito sueño de mujeres como tú... soy mucho más. Muere por mí nena, así como lo hago yo por ti.

¡Dios, Dios! mi corazón ha dejado de latir.

Hizo que lo afeitara en el baño de la oficina mientras le amasaba sus nalgas y le susurraba cosas provocadoras.

—Algún día yo te rasurare aquí —y tocaba su sexo de manera descarada sin previo aviso.

Todo en él era demoledor, aquella amenaza que rezaba que iba hacer que lo deseara hasta la obsesión, la cumplía de manera metódica y progresiva.

Ella iba entendiendo poco a poco con quien se metía, si en los casi dos años que hacía que trabajaba en presidencia supo la clase de maquina demoledora que era, ahora, cuando su mundo giraba en torno a él, pudo comprobar

efectivamente cómo movía todo para lograr sus objetivos.

—¡Me importa un bledo! Si no reducen los costos, tumbo la maldita plataforma. ¡El petróleo dejó de ser el gran negocio!

—No podemos reducir más los costos sin tener problemas con los sindicatos, con la opinión pública y los ecologistas, señor.

—Entonces, vayan buscando trabajo en otra parte. ¡Yo no hago negocios para perder dinero!

Los hombres temblaron.

—Lo que pretende hacer es ilegal, anti ético y anti corporativo.

Los ojos del Dragón de posaron frente al ratón que se atrevió a retarlo.

—¿Anti corporativo?, ¿por qué? no veo ningún beneficio económico en mantener una compañía que tiene ganancias mínimas.

—Son cinco mil familias que quedarían sin trabajo.

—Cuatro mil ochocientos setenta y tres. Y lo estoy incluyendo a usted —lo miró con ese aire de Señor del Hielo—. Si no reducen en un 7% el costo de producción, eso pasará.

—Usted no se atrevería.

—¡Pruébeme! —su rostro era de piedra.

La secretaria personal de Arden Russell lo miró con terror, ella lo sabía, lo sabía, no eran amenazas, él lo haría, con solo alzar un puño.

Esa noche se apareció con una cantidad de comida enorme y entró como un huracán a su apartamento.

—Traje películas, nena.

Era cómico, el Señor de la Torre venía a su casa como un adolescente para ver cine con ella.

—No tengo ni idea de qué te gusta.

—Me gustan las que te gusten a ti.

—Yo tengo un gusto perverso.

Ella se rió.

—Lo presentía, Dragón perverso ¿Cuáles trajiste? —intentó mirar, pero él se alejó.

—¡Oopa!

No, no. ¡Se atrevió! ¿Esas?

—¿Trajiste películas pornográficas?

Su rostro tenía una expresión de falsa inocencia.

—Marilyn Baker, yo nunca he visto de esas películas.

Era adorable verlo jugar, no era esa arma de destrucción masiva que mostraba dentro de su imagen de todo presidente.

—No, nene, tú las produces.

—¿Yo? ¡Si soy una dulce paloma! —sus ojos eran oscuros y encapotados. La chica suspiró alzando sus hombros mirándolo con ojos soñadores y ansiosos— ¡no hagas eso! ¡Con un demonio!

—Bueno, entonces muestra tus películas.

Las dos películas en cuestión eran “La naranja mecánica” y “Último tango en París”. Ella levantó una ceja de manera interrogativa.

—¿No me digas que tu héroe es Alex The Large?

Su expresión pícaro lo dijo todo.

—¡Dios! —no sabía porque se sorprendía, sonrió frente a su chico malo—. En cambio esta no me la he visto, mi padre adora a Marlon Brando, creo que se ha visto a “El padrino” como diez veces ¿De qué se trata?

—Es sobre la soledad y una barra de mantequilla.

—¿Eh?

—Ya verás —y le hizo un guiño.

Pero ninguno vio nada, estaban demasiado ocupados en la sesión de besos y manoseo más grande de la historia como para poner atención a Paul y Jeanne que se destruían como dos animales solitarios y copulantes, en París. Claro está que al irse Arden de su apartamento, con los labios y el cuerpo adolorido, Mae corrió a ver la película.

Al otro día, mientras iban en el ascensor, ella, de manera traviesa, lo dejó sin aliento diciendo.

—Vi la película anoche, ¡guau, Russell, qué cosa perversa!, creo que ahora me gusta más la mantequilla.

Las reuniones con Dante Emerick eran extenuantes, complicadas y lo más pesado del mundo. Arden, para evitar que Mae se cruzara con él, exigió que Rebecca y Hillary estuvieran presentes y a ella la mandó a hacer un montón de vueltas ridículas e innecesarias por toda la empresa, la chica accedió de buena gana, no quería estar en medio de aquello. Pero, el Todopoderoso no contó con que el gigante heredero de Editorial Emerick apenas llegó preguntó a Rebecca por ella.

—No se señor, tenía cosas pendientes.

—¿Cuál es tu interés en Baker? —Arden preguntó en voz alta, sin medir las consecuencias.

—No te importa o, ¿acaso eres dueño hasta de la vida privada de tus trabajadores?

¡Imbécil!, pregunta de nuevo y te rompo la cara.

—Mientras estén en mi compañía, sí.

—Vaya, Arden, tú y tu complejo de rey del juego ¿qué? ¿Si me caso con Mae te pregunto cuántos hijos debo tener?

Cameron se puso de pie e inmediatamente se hizo detrás de su hijo que resoplaba como toro en corrida y le puso la mano sobre su hombro.

En algún momento, en un mínimo de tiempo, en un microsegundo Dante Emerick lo supo.

¡Demonios! ¡Está enamorado de ella! Tiene la misma mirada de animal acorralado y agonizante que vi cuando...

¿Y ella? ¿Ella? ¡No! Ella no sabe con quién se está metiendo, ¡no lo sabe!, Mae no es como Chanice, ella... ¡Dios!, la va a corromper.

Los ojos azul acero del hombre auscultaron a aquel que fue su amigo de niñez y de adolescencia; era el único que vio de cerca cómo se convirtió en lo que se convirtió: una fiera hambrienta ¿cómo no lo vio antes?

De una manera casi imperceptible, Dante le sonrió y supo que ya eran dos los que sabían su secreto.

—Cameron, mis padres quieren invitarte a cenar a ti y a Jackie —le habló al patriarca pero sin dejar de mirar con sorna a su examigo.

—Con gusto iremos, Dante —el aludido contestó tenso.

—Arden, quiero hablarte sobre la compra de una tradicional editorial de Buenos Aires, tiene un excelente catálogo. Mañana vendré a mostrarte el

proyecto.

—Mañana no estaré.

—Te dejo el proyecto con Marilyn, ella sabe mucho de estas cosas.

El padre sintió los músculos de su muchacho tensarse hasta el dolor.

—No te preocupes, Dante, yo estaré mañana por acá y con gusto recibo tu proyecto.

Él se paró con todo y su estatura, ignoró a Arden y extendió su mano cordial a Cameron para despedirse.

—Entonces, mañana nos vemos.

Cuando Dante se fue, explotó.

—¡Si la toca, lo mato!

—No seas tonto.

—¡Él lo sabe!, lo sabe y tan solo por joderme la vida hará todo lo posible por llevársela. ¡Sobre mi cadáver!

—¿Quieres luchar por una chica que ni siquiera sabe que existes como hombre?

No podía decirle, no podía permitir que su padre supiera. No podía.

—¡Me importa un pito!

Esa tarde, él la miraba de manera fría, cruel y... sexy. Él era un hombre con una misión y ella lo sabía, su hermanastra se sentaba en frente a mirar el espectáculo y su ninfa chupaba un delicioso bombón de sabor a fresa ¿Qué me va a hacer? Estoy más caliente que el centro de la tierra La carne de Mae bailaba una danza primordial y parecía derretirse ante la expectativa.

—Baker, lleve el portátil, necesito que el señor Davies vea el proyecto y le queden claros los formalismos del contrato, él también irá con su secretaria.

Ese día iban a ver un inversionista, la cita era en uno de los salones de tradicional club privado.

—Sí, señor.

El edificio del club era una bellísima construcción de la Belle Époque, con grandes escaleras de maderas oscuras, lámparas de lágrimas, finas alfombras persas y gruesas cortinas de terciopelo. El ojo artístico de Mae quedó impresionado y reverenció el lugar como si estuviera en un lujoso museo.

El señor Davies era un enorme viejo simpático y coquetón, cuando vio a Marilyn inmediatamente fue tras ella y a la chica no le pareció agradable: le guiñaba un ojo, tomaba su mano y la besaba cada medio segundo y eso la hacía sentirse incómoda. Arden, quien sostenía un cuchillo, soñaba despedazar el cuerpo del maldito y comérselo frente a todos.

Al terminar la cena de negocios Marilyn dio gracias a Dios, sabiendo muy bien que una tormenta de ira contenida venía tras ella.

A varios metros del auto y él caminando tras ella, rugió.

—Eres una mentirosa y yo, un idiota.

Mae volteó hacia él.

—¿Qué hice? —ella intentó sonreír, pero el rostro oscuro apagó su intento.

Arden la tomó del brazo y la arrastró hacia él.

—Lo sabes.

—¿Sé qué, Arden?

—El puto poder que tienes con los hombres: Dante, Davies, todos quieren meterse en tus bragas.

—¡Dios!

—No te hagas la inocente conmigo Marilyn Baker, veo cómo te devoran y lo disfrutas, el maldito viejo quería follarte y tú, tú lo gozabas.

—¿De qué demonios hablas?

La mano de hierro la soltó, dio dos pasos atrás y una de sus manos atrapó su mechón y lo alejó de su cara.

—Yo, yo no te vi durante años y tú caminabas por el mundo con el poder que tienes. Me asquea haber sido tan malditamente ciego y ahora, ahora quiero arrancarme los putos ojos para no tener que ver cómo eres la diosa del mundo. ¡Lo disfrutas! Debo ser muy gracioso para ti, Marilyn. Yo, Arden Russell, que me creo dueño de todo y tú, sigues retándome; coqueteas y yo me desangro. ¡Te burlas de mí!, soy el maldito chiste del día.

Marilyn cerró la boca signo de la rabia que sentía ¿cómo se atrevía? Con el maletín lo golpeó en su brazo.

—¡Maldito idiota! te odio —quiso caminar y agarrar un taxi, pero la fuerza de Arden la arrastró hacia la parte trasera del auto y, sin medir fuerzas, entró con ella en él, la puso sobre sus espaldas, las palabras de “Te odio” lo lastimaron.

No me odies, no lo hagas, no aún.

—¿Me odias? —estaba triste y lleno de terror— ¡lo siento, mi amor! soy un maldito idiota, ¡me muero de celos! —pero, Mae luchaba contra él.

—¡Déjame ir!

—¡No! —afirmó con sus manos la cabeza de la chica e intentó besarla.

—¡Suéltame!

—No me desafíes, Baker, te lo prohíbo —Arden con todo el peso de su cuerpo se instaló entre sus piernas ¡demonios! Estoy tan excitado contigo, niña, no huyas de mí, no lo hagas —puso su cabeza sobre su pecho— nunca he deseado tanto a alguien, yo solo quiero que tú lo hagas también. Yo, yo soy un maldito idiota, perverso. Esa es mi naturaleza, yo no te merezco, pero —levantó su mirada hacía ella, su mirada era oscura y encapotada—, no puedo ser otra cosa, no puedo.

—Lo sé, pero no voy a permitir que me insultes.

—Yo deseo ser lo que tú quieras que yo sea, pero, pero eres más de lo que yo puedo aguantar —ella hizo el intento de interrumpir pero, guardó silencio—. Estoy esperando, no tanto por ser un caballero, no lo soy, estoy esperando, porque debes ser igual a mí, voy a devorarte y tienes que estar preparada para eso.

La voz, el peso, el olor, el sonido desesperado de sus palabras, el deseo insatisfecho, el amor sin control, hizo que ella se levantara, tomara su cabeza con sus manos y lo besara con furia.

—Aún sigo pensando que eres un idiota.

—Lo soy.

La furia de Mae se desvaneció al sentirlo hablar como si estuviera ante un Gran Jurado declarándose culpable.

—Y yo que pensé que hoy tendríamos una sesión porno sexual, ¡matas mis ilusiones, Russell! —le da un beso mordelón.

—¡Maldito sea! —le guiñó un ojo malicioso, dando gracias al infierno que ella no estuviese enojada por sus celos sin control— no puedo decepcionarte nena, no hay juegos hoy, solo soy yo.

—Sí, mucho mejor que cualquier fantasía filmica, Arden malvado Russell —le besó el cabello— todas esas mujeres que te han visto, desnudo, jadeando, deseando que bajas de tu trono de oro —de pronto vinieron a su mente las imágenes de mujeres observando sus ojos de hambre mientras ellas desnudas rogaban porque él desnude sus manos envueltas en guates negros, prometiendo el delirio en sus dedos.

—Bajé para ti, nena, para ser tu esclavo.

—O, mi dueño —sentenció, furiosa.

—No me hagas soñar con el puto cielo Baker, algún día tendrás que decirme amo.

—¡Já! Sueña, Russell, no seré como las demás mujeres de tu vida.

Nunca lo has sido, mi amor.

La oscuridad de su mirada verde furia, la retó.

Siente celos por mi nena, necesito saber que esta bomba que detona dentro mí, es la misma que arde en tu corazón.

—Muchas de ellas sueñan con ser mis esclavas, nena —y no mentía—quieren ser las protagonistas de mis “educativas cintas”—su tono fue divertido, pero a ella no le pareció chistoso.

—¡Idiota! —lo pellizcó con fuerza y con celos.

—¡Auch!... ¡Oh, vamos, nena!, lo que ellas no saben es que yo solo quiero filmarte a ti...

Si yo fuera una de esas chicas, moriría, rogaría por ti, mi ángel.

Ella hizo una mueca traviesa.

—Me van a gustar tus películas Arden, tengo madera de estrella de cine. ¡Marilyn Baker en: una chica insaciable, 1, 2, 3, y remake! —él soltó la carcajada

—¿De verdad?

—Por supuesto, Russell, podría hasta permitir que nos vieran a ti y a mi ¡puro jodido séptimo arte! —su naricilla se movió divertida, sin tener idea de la idea perversa y corrupta que por la mente del Dragón bullía— todas esas chicas que quieren contigo entenderían que ya no hay posibilidad ¡has salido del mercado!

—Eso sería muy cruel, Baker.

—Sí, esa soy yo, la bruja del bosque que ha encantado al terrible dragón y que solo le permite que sea ella la protagonista de sus películas.

La cara de Arden era de antología, ella lo sorprendía, una variedad de pensamientos nada decentes pasaron por la mente de ambos: él, que lo sabía todo y ella, cuyo cuerpo lo intuía todo. Tal para cual, almas gemelas, cuerpos sincronizados en la misma dimensión del deseo y de la locura para colisionar

y provocar el caos .

Se irguió, era tan alto que solo podía estar encorvado en su Aston Martin negro. Alzó una de sus cejas y llevó sus manos a sus pechos acariciando con lentitud tortuosa.

—Dígame una cosa, señorita Baker ¿Conoce usted a fondo Nueva York?

La señorita Baker estaba demasiado ocupada sintiendo las manos crueles de aquel hombre, para pensar en recorrer la ciudad, él volvió a preguntar y de manera inesperada pellizcó uno de sus pechos haciéndola gemir.

—¡Conteste, Baker!

—No, no. Es enorme ¡Dios!

—¡Enorme! ¡Oscura! ¡Peligrosa! ¡Sensual! Vamos, Baker, conocerás esta ciudad como nadie —salió del auto, mientras que ella estaba aún recostada en el asiento trasero, tratando de encontrar el camino de regreso.

Arden encendió el auto y salió del estacionamiento, subió las ventanillas polarizadas y emprendió el camino hacia las grandes avenidas, puso música, algo con lo que después de tantos años estaba de nuevo en contacto 'El concierto de Aranjuez' empezó a sonar, se recostó sensualmente y con el primer acorde desgarrador de la música entendió que aquel hombre de ojos de maldad haría una de las suyas.

No podía esperar.

—Quiero que te toques, Marilyn, quiere ver como tu coño rosado explota y deseo que este auto tenga tu olor.

—Pídelo amablemente —temblaba como una hojita, sin embargo la ninfa que vivía en ella daba vítores de alegría.

—¿Quieres que sea amable? —el auto ronroneaba, el gato perverso que lo manejaba, también—, soy el jefe.

—Entonces, dímelo como mi jefe.

Los ojos se oscurecieron.

—¡Baker, quiero ver tus dedos pequeños jugando con la linda conchita que tienes!, me muero por ver como tu boca se abre lentamente mientras el placer corre por tus venas, quiero tener la imagen de esos labios húmedos e imaginarme como ellos se sentirán alrededor de mi verga. Quiero que toques tus senos y pellizques tus pezones —el auto tomaba la autopista— quiero que me digas cómo te imaginas, cómo crees que será cuando te haga el amor y te folle duro. Quiero que grites y que te corras tan duro hasta que sientas que vas a estallar, quiero que lo digas, me urge escucharte, dormir con ese sonido de tu orgasmo y escucharlo en las mañanas mientras me masturbo con la foto perfecta de ti, desnuda y libre.

Dime que me amas para darte el mundo.

Ella hizo un sonido pequeño parecido a un ronroneo, él la miraba desde el espejo, Mae le devolvió la mirada, el aire del carro era cargado, sus pechos subían con densa calma ¿quieres todo de mí? ¡Oh, la música es hermosa!, él

es más bello todavía.

—¡Oh, Arden!, eso es —la voz lo era todo, la música perfecta, el sexo servido con la lentitud de un buen vino.

Ella empezó a retorcerse, la guitarra sonaba con lentitud y una enérgica belleza. Arden, maquiavélico, sonreía.

—¡Quítate las bragas, Marilyn!

Un parpadeo imperceptible fue la respuesta.

—¡Ahora!

—¡Sí, señor!

Las bragas se deslizaron por sus piernas, su cuerpo se calentaba lentamente, no tenía miedo, a pesar de ser vulnerable, se sentía poderosa. En un acto atrevido alargó la mano con sus bragas y se las llevó a la nariz de Arden.

Gruñó como lobo.

—Quiero comerte, Caperucita ¡abre las piernas!, ¡recuéstate en el asiento! quiero verte en el espejo.

Marilyn cumplió la orden, emergiendo de ella una sensualidad que solo él podía hacer salir de su timidez.

—Perfecta conchita brillante, nena.

—Tuya.

—Mía.

—¿Qué hago, señor Dragón?

Su pecho presa de la excitación dolía.

—¡Tócate, mi amor!

Marilyn deslizó sus dedos por su raja de manera tímida.

—¡Oooh!

—¡Soy yo, nena!

—¡Sí!

—Me muevo lentamente ¿me sientes?

—¡Oh, sí!, si por todas partes, la música eres tú.

—Soy yo, acariciándote, chupándote ¿sientes la punta de mi lengua en tu clítoris?

—Oh, sí.

Marilyn lo miró y él hizo el gesto sexual y malvado de mostrar su lengua en el espejo.

—¡Dios!

—Te muerdo allí, muerdo y gimes.

Ella gimoteaba mientras sus dedos se movían en círculos por la capucha rosada.

—Sabes jodidamente bien.

—¿Si?

—Eres heroína para mí, Baker, mi lengua se masturba en tu sexo.

Mae cerró los ojos, no sentía la velocidad del auto, la música la llevó a un lugar perfecto, un lugar donde él la tocaba, un lugar donde su sexo se abría de par en par, sus dedos... maravillosos, esa boca que aún no había llegado a ella, pero que la tocaba.

—Sigue...

—¿Piensas en mí? Allí, acariciándote, mis dedos en ti, mi lengua en ti.

—Sí, sí.

Su sangre estaba a temperatura ardiente, estaba conectada con su ninfa, la guitarra, la guitarra la sumía en una ensoñación. Ella estaba consciente de que él la miraba, de que conducía como un loco por toda la ciudad, de que ella hacía ruidos tremendos, de que sus dedos presionando su sexo la estaban llevando más allá de todo, se derretía.

—Eres hermosa.

—Y tuya, ¡oh, Sagrado Batman!

Arden soltó la carcajada.

La boca de ella estaba seca, el concierto iba in crescendo y su voz, también. De pronto la velocidad de sus dedos se ralentizó.

—Estoy lamiéndote, nena, trago tus jugos, siente como mi lengua te saborea.

—¡Vas a matarme!

—¿Te gusto así, nena? ¿Sucio?

—Sí, oh sí ¿te gusto yo?

—Me fascinas, me enloqueces, ojala pudieras tocarme, sabrías cuan duro estoy nena, soy de hierro.

Mae abrió los ojos un momento y miró por el espejo, pudo ver su expresión dura, fría, sexy imperturbable.

Él disfruta viéndome así... ¡carajo!

—Mi corazón va a estallar, ¡tómame Arden, soy tuya!

La velocidad se enardeció, violines, guitarra, flautas, oboes, melancolía sensual, fuego sublime, ella iba a llegar, pero la velocidad mermó de nuevo, su cuerpo en llamas gemía ¡voy a explotar! De nuevo, lento, lento. En lo más oscuro de la conciencia de Marilyn Baker algo se levantaba y desperezaba, eso era su demonio interior que por fin pedía más.

—¡Más!, ¡más, Arden! sigue hablando, por favor —ella pudo vislumbrar, en medio del éxtasis, el entorno de neón que rodeaba el automóvil, miles de luces transformadas en cintas de brillantes colores iluminaban su camino al cielo.

—Me deslizo lentamente y te olfateo, mis dedos presionan duro y soplo dentro de tu coño.

Una de sus manos amasaba sus senos, la otra se movía enloquecida dentro de ella, mechones de su cabello se pegaban húmedos a sus mejillas, la boca se abría hacia los gritos.

—Me quedo allí por un momento, y no puedo creer nena que esa maravilla palpita y se contraiga para mí, quiero comerte.

—¡Hazlo!, ¡cómeme!

—Meto mi lengua en tu sexo nena, tsk, mm, dame todo linda, mis dedos dentro de ti y mi lengua también.

El clímax de la música llegaba; de nuevo, la velocidad máxima y ella empezó a gritar, Arden aumentó el volumen de la música; estaba sofocado, embebido, maravillado, su corazón rugía como el motor del auto a toda velocidad. Su cuerpo tenso, sus músculos duros, nada había como eso. Ella, la escuchaba, veía momentos del rictus sensual de su boca, ella se movía en su asiento con fuerza.

—¡Oh, nena, ven por mí!, ven por mí, quiero escucharte ¡ven por mí!

Como si un resorte la empujara hacia adelante y sin miedo al peligro, Mae se abalanzó cerca del cabezal del asiento del conductor hasta hacer que su

respiración tocara la mejilla derecha de Arden.

—¡Arden! ¡Arden! ¡Dios! ¡Dios! —se desplomó en el asiento, su cuerpo había huido, era solo una masa amorfa y gelatinosa que gemía casi de manera suplicante, las réplicas de su orgasmo continuaban, sus ojos miraron hacia fuera, hacia la ciudad, Nueva York: edificios, personas, el metro, puentes, el río Hudson. Los ojos que veían esa ciudad eran otros, muy distintos a los de la chica que a los diecinueve años llegó.

—¡Diablos! Arden Russell, esta es una ciudad divertida —se reía y pataleaba como si le hicieran cosquillas.

—Ahora me gusta a mí, el alma de esta ciudad se ríe en mi auto ¡viva puta Nueva York!

—Oh si, mejor que Disney World, ¡y, cómo me gusta jugar, señor!

—Soy el rey de la diversión, preciosa —el concierto había acabado y a las siete de la tarde, Arden Russell, conducía por plena autopista redescubriendo un lugar que por mucho tiempo lo había atrapado sin piedad.

Sentados en la parte trasera del auto y mientras él jugueteaba con el cabello oscuro de Marilyn, ella, recostada en su pecho, recorría con sus dedos los cuadrados marcados de los abdominales -deteniéndose unos segundos cada vez pasaba por el corazón palpitante de su dragón-; afuera, parecía que todo el mundo hubiese desaparecido.

—Mae.

—¿Mm?

—Dante presiente lo nuestro.

La chica levantó la cabeza y abrió los ojos, asombrada.

—¿Qué? ¿Cómo?

No quería decirle que si había alguien que lo conocía bien, casi tan bien como su padre ese era Dante Emerick.

—No sé, pero él lo sabe, esta mañana estaba desesperado preguntando por ti el maldito cuervo ese, y yo lo quise matar. Él es astuto, nena, no lo quiero a él metido en mi vida.

—Él no importa.

—Me odia y tú le gustas —el tono de su voz era áspero y duro.

—No me importa —ella le sonrió— lo único que me importa está aquí, en este carro.

¿Te importo nena? ¿Te importó tanto como para soportar mi pasado? Él te lo diría todo ¡todo! ¡Mierda!

—Tan solo por mortificarme estaría detrás de ti, eso no lo quiero, él sabe, lo sabe. Somos tú y yo, solos tú y yo, no quiero a nadie detrás de nosotros, no quiero a nadie —la tomó de su barbilla y la miró fijamente—. Te lo dije, linda, todos quieren mis huesos, todos me juzgan y puedo soportarlo; pero esa persecución idiota no la quiero para ti.

—No diremos nada.

—Lo conozco, nena, sé cómo es Dante. El maldito es encantador, se hizo tu amigo en dos segundos y quiere conquistarte, tú eres su clase de chica.

Chanice no lo era, sin embargo.

—Pero, él no es mi clase de chico —ella trató de tranquilizarlo— mi clase de hombre es alguien común y corriente, así como tú —se rió.

Él tragó su veneno, sus ojos eran melancólicos; no tenía ganas de reír. Hubo un silencio tremendo y como llevada por la intuición y la sensación de necesidad ella lo abrazó.

—No te preocupes, ángel, Dante no molestará, además si él presiente algo entre tú y yo le haremos creer que no nos soportamos, nadie nos tocará. Sé cómo fingir, tú solo serás mi jefe, pondremos frente al mundo una capa invisible y nadie creará que más allá de esa oficina hay algo más.

No le gustaba en absoluto esa idea, para nada, pero era su manera de protegerla, había tantas cosas en juego, tanta gente allá afuera con tantos malditos secretos de él para contar, tantos odios, tanta rabia y ella era su tranquilidad, no iba a permitir que algo o alguien la contaminara, con ella podía tener un momento donde ser él no fuera tan terrible.

Como siempre, las flores en su puerta.

¿A qué horas vienes, ángel? ¿No duermes?

Solo quería recordarte que eres hermosa.

Arden.

En este gesto tan simple Mae intuía la ternura de un niño que apenas tenía su primera novia.

Esa mañana Dante Emerick apareció en la oficina, la secretaria lo recibió con una sonrisa amable, sabía que cualquier cambio en su actitud sería darle elementos para que siguiera sospechando.

—Hola, Dante.

—Hola, linda ¿cómo estás?

—¡Mírame!, soy una esclava.

—Literalmente, te aseguro que sería muy feliz —hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta de la oficina de Arden— si volviéramos a la época de la esclavitud.

Ella alzó sus hombros en gesto de resignación pero, no le gustó para nada la actitud de Emerick. El hombre era tremendamente simpático, amable y conversador, pero esa constante actitud agresiva con Arden le resultaba agobiante, siempre le parecía que trataba por todos los medios evitar que alguien simpatizara con él. Ni siquiera Arden, quien claramente lo odiaba, era así, lo de él era más bien indiferencia.

Dante intentó escudriñar algo en la actitud de la secretaria, pero nada, la chica era la misma, ella y su mundo tímido de pequeñas palabras y reservada hasta el extremo. Entró en la oficina. Arden estaba mirando unos papeles, cuando vio al hombre, entornó los ojos y apretó los puños.

—Pensé que hoy me ibas a ahorrar el placer.

—Dijiste que no ibas a estar, realmente deseaba que fuera así, me es más fácil hablar con Cameron que contigo.

—Cualquier cosa por no hacer tu vida fácil me gratifica, cancelé la junta para verte la cara y amargar tu día.

—Siempre tan amable.

Arden sonrió cínicamente.

—Soy amable, me conoces.

—Ese es el problema, te conozco muy bien.

—Yo también te conozco, me harta tu apariencia de niño bueno, te regodeas frente a nuestros padres haciéndoles creer que fuiste una de mis víctimas.

—¡Fui tu víctima!

—Una muy participativa, si mal no me acuerdo.

—Yo era un niño.

—Yo también.

—¡Por Dios, Arden!, eras el niño más dañino del mundo, tú solo querías a quien arrastrar contigo, fue muy práctico que yo estuviera allí, no querías estar solo en tu infierno.

—No estaba solo, tenía a Chanice.

Lo dijo, odiaba admitirlo pero, para lastimarlo, la mencionó. Dante resopló con furia, su rostro se tornó doloroso e iracundo.

—Sí, pero ella me escogió a mí —él sabía que no era así, pero necesitaba su pequeña revancha.

—¡Oh, sí!, y te llevaste a Faith contigo.

La mención de la niña era algo que ambos trataban de pasar por alto, en aquel mundo privado del odio de ambos la bebé era algo que no se tocaba, ambos lo sabían, por lo tanto Arden y Dante hicieron un esfuerzo sobrehumano por no manchar la memoria de la pequeña y terminaron la discusión.

—Traje la oferta de la editorial en Buenos Aires —le tiró los papeles a la mesa — ¿le podrías decir a tu secretaria que me traiga de ese rico café? —miró sin parpadear a su oponente que no movió un músculo, él esperaba un gesto, pero nada.

Mae entró a la oficina, acompañada del chico que traía la cafetera y las tazas; Dante, con su ojo avizor, trató de descubrir algún tipo de complicidad entre su examigo y la asistenta, ellos a penas cruzaron miradas.

—Cruzaría el río gustoso todas las veces que me invitaras a un café hecho por ti.

Ella sonrió tímida y le sirvió, Dante esperaba la reacción de Arden, pero el aludido no movió ni un músculo.

—¿Quiere café, señor Russell?

—No.

—¿Algo más?

—No, Baker.

Y la chica salió como salían todas las secretarias de la oficina de Russell: como esclavas temerosas ante el látigo del dueño de la plantación.

¡Vaya, estaba equivocado!, Marilyn es muy inteligente para meterse con este redomado idiota y él, demasiado ciego para verla.

Para el hijo de Geoffrey Emerick, lo descubierto fue carta blanca para empezar a planear la estrategia de acercamiento hacia la chica, le gustaba y mucho, desde hacía casi un año que estaba queriendo encontrar a alguien que llenara su vida, quería una novia, alguien inteligente y divertida con quien poder hablar, en el círculo elitista donde se movía todas le resultaban demasiadas esnob, por eso, cuando conoció a la joven secretaria intuyó que

ella era la clase de mujer que buscaba.

Cuando salió finalmente de la claustrofóbica oficina, la buscó pero, ella no estaba. Subió hasta la azotea a fumar y la vio sentada, había deshecho sus trenzas y su cabello se movía al viento, tenía cerrados los ojos y su actitud era de introspección. Como conocedor del mundo de los escritores, sabía que era la postura de alguien que se la pasaba escribiendo en su cabeza. Dante intuía lo que todos, solo faltaba que ella lo entendiera.

Mae sintió a alguien detrás de ella y pensó que era Arden, pero cuando iba a sorprenderlo con un abrazo, se dio cuenta de quién era y gritó asustada, casi cae y los fuertes brazos de él la sostuvieron.

—Lo siento, pequeña, no te quería asustar.

Ella estaba decepcionada.

—No te preocupes —quería huir—. Tengo que irme, si él se da cuenta que estoy aquí, habrá escándalo. ¡Baker, no le pago para que mire la ciudad desde mi azotea! —imitó de forma grotesca una voz varonil.

Efectivamente, él supo que ella no estaba en su escritorio y fue tras ella, no esperó el ascensor y subió en dos zancadas las escaleras, se dio un segundo para recuperar el aliento, buscó y vio a Dante al lado de su mujer.

¡Idiota, hijo de puta!, ¡lo sabía!, parece animal cazando.

Se escondió como siempre y esperó, algo dentro de él creía que debía tener siempre a prueba la lealtad de Marilyn; ella era demasiado buena para él, ella era demasiado tierna para él, ella era demasiado y debía ser precavido, en algún momento Baker lo descubriría y huiría.

Dante trataba de tener una conversación con la chica, ella respondía de manera amable pero algo incómoda.

—¿Estás bien?

—Sí, lo que pasa es que estoy cansada, eso es todo, entre el trabajo él mi tesis de grado él y todo lo demás, estoy agotada.

—Es difícil, pero eres una luchadora, no te voy a decir que renuncies, eres demasiado leal a esta compañía, pero en algún momento tendrás que escoger.

Lo sé, debo escoger. Lo sé.

—Sí. Debo bajar.

Dante trató de tomar un mechón de aquel cabello fascinante, pero ella se retiró de manera nada amable y comenzó a trenzarlo; Arden vio la actitud y casi brincó de alegría.

¡Ella es mía, imbécil!, no la toques, solo quiere que yo la toque. ¡Demonios!, eres un animal, Russell. Confía en ella, un poco, confía en ella.

—¿Por qué huyes? Tú me gustas, lo sabes.

Marilyn frunció el ceño.

—Lo siento Dante, pero, no.

—¿Hay alguien?

La chica lo miró fijamente.

—Así es, alguien desde hace mucho tiempo. Él está en mi vida ahora.

El enorme vikingo bajó la cabeza, ese era su destino, siempre ser el que llegaba tarde.

—Hay tipos con suerte. Ojalá, te merezca.

—Esa no es la cuestión, Dante. Yo, yo lo amo.

Ella se lo dijo en susurros, era la primera vez que lo decía en voz alta, se sintió mal pero, decírselo a Dante Emerick en vez de decírselo a Arden resultó más fácil.

—Ya veo.

Hacía treinta segundos que el ogro enojado había bajado por las escaleras, tenía el corazón en la garganta, pero decidió esperarla en la oficina.

La quiero encerrar y no puedo; entonces, confía, ¡confía, maldito idiota!

A los cuatro minutos, Marilyn llegó y, como un huracán, se le lanzó a la boca y lo besó hasta que ambos se quedaron sin aire. Todo iba a estar bien, todo iba a estar bien, ese beso era la señal que debía convencerla.

Si el día anterior fue un infierno de celos para Arden ahora los papeles se invirtieron cuando Mae vio llegar a una mujer muy hermosa acompañada de cuatro hombres más. Audrey Hamilton, desde el mismo momento en que esa mujer entró a ella le cayó mal. Era una mujer de casi un metro ochenta de estatura con un cabello castaño esplendoroso y de ojos dorados, vestida de Chanel de pies a cabeza. Tenía un vestido negro entallado al cuerpo, muy clásico, con cuello Oxford blanco y con mangas que terminaban en puños anchos, del mismo color del cuello, olía a un perfume cítrico y maquillada de una manera discreta, una chica con clase, pero, prepotente y arrogante, hasta Hillary la detestaba.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—La reina de Nueva York, es casi tan rica como los Russell, una heredera de

un monopolio comercial, tiene la mitad de las acciones de Technology Enterprise y siempre ha andado detrás de los huesos del Señor del Hielo.

Inmediatamente, ella y sus dos atribuladas conciencias ardieron en fuego, frente a esa diosa, su uniforme, aunque de diseñador, no podía competir con la exquisita ropa de Miss Hamilton.

Arden la llamó por el intercomunicador.

—Baker, venga por favor.

Entró y la mujer la miró de arriba abajo, era de ese tipo de mujeres que no soportaban compartir el aire con alguien que no fuera de su misma condición social.

Vaya, es una bruja maldita en el más amplio concepto de la palabra.

Su hermanastra practicaba tiro al blanco con la cabeza de la mujer en cuestión. Henry estaba allí y miraba a la mujer de lo más divertido, había sido testigo de cómo Audrey hacía sus prácticas de seducción con su hermano, quien a pesar de los esfuerzos de la mujer, no dejaba de mirarla como si fuera de piedra, no la soportaba. No, literalmente la odiaba. Hubiera sido tan fácil cogerla en cualquier momento, ella siempre se le ofrecía pero, era imposible. Audrey no disimulaba su interés en cazarlo, quería compromiso, Arden era el último bastión que le faltaba para declararse la reina del mundo.

Sin embargo, mantenía una fructífera sociedad comercial con ella, en el ámbito de los negocios todo funcionaba, cada cierto tiempo tenían reuniones de negocios donde él la trataba con indiferencia y ella se esforzaba por conquistarlo, un interés bajo para las ganancias que obtenía.

Audrey, como todas las demás mujeres, había escuchado los mitos del Señor del Dolor y se babeaba pensando en la maquinaria entre sus piernas, no solo por su sexo sino porque sería una alianza entre ambas familias, la cúspide de sus sueños donde ella creía que todo se lo merecía.

Marilyn la veía como se mira un enemigo en batalla —estaba incómoda porque la mujer la ignoraba y solo le dirigía la palabra para pedirle cosas—, se sentía como un soldado sin armas y sin ejército, quería llorar pero, recobró su estoicismo y trabajó tratando de olvidar el sentimiento de inferioridad que le producía esa mujer. Durante una hora la vio moverse por toda la oficina, tan segura de ella, tan seductora con su poder, con sus abogados, con sus contratos, con sus millones, con su belleza — ¡oh, sí! sus chicas querían sangre en la arena— y con su voz ronroneante cuando se dirigía a él.

—¡Oh Arden! debes entender, es una buena inversión.

—Arden, tú eres muy inteligente.

—Arden, debemos hablar más seguido, hacemos muy buen equipo.

—Arden, son solo diez millones, para ti es nada.

—Arden, tú siempre tan esquivo y yo, una tonta que siempre espero.

—Arden, Arden, Arden.

El colmo fue cuando sin previo aviso, ella le tocó su hombro y se lo apretó de manera íntima, Mae saltó, ¿Han sido amantes? ¡Oh no!, no, no ¡mírala, Marilyn! Seguramente ella ha engrosado la lista de sus citas ¡perra! tenía envidia. ¿Dios quién soy? Él rechazó el gesto de manera evidente y la mujer se sintió ofendida, tiró unos papeles sobre la mesa pero, con su furia, calculó mal y cayeron sobre la alfombra.

—¡Usted! —señaló a la secretaria— ¡recoja eso!

La joven tembló, se iba a parar para recoger los papeles, pero de pronto la voz de Arden temible hombre de las nieves Russell gritó.

—¡Recógelos tú! ¿O es que se te va a quebrar el palo que tienes en el culo si lo haces?

Todos se quedaron de una sola pieza, Henry soltó una carcajada y las coequiperas del equipo Baker hicieron un gesto de victoria sobre el pódium.

—¡Arden, no seas grosero! —la voz de la mujer chilló.

—No vengas a mi oficina con tus ínfulas, Audrey. Ella es mi secretaria no tu esclava, así que ¡cálmate!

La mujer ardía.

—Esta reunión terminó para mí. Henry, hablamos mañana —tomó su bolso—. Arden, espero tus disculpas.

Y se fue con un gesto de rabia, dejando una estela de perfume. Mae salió detrás, no se sentía bien y corrió hasta el baño, se miró al espejo y lo que vio no le gustó para nada. Allí estaba ella, simplona, con su pelo recogido, con sus lentes, con su ropa de mujer frígida.

¿Qué ve él en mí? ¿Qué?

Durante el resto del día estuvo triste y Arden lo supo.

—¿Qué tienes?, ¿estás enferma?, ¿estás cansada? —la bombardeaba con preguntas.

—Nada, estoy bien

No, no estás bien, ¿por qué no hablas? ¡Diablos! Habla conmigo, niña.

—¿Vamos a cenar? Te puedo llevar a nuestro primer restaurante —la miró de

manera picara—. Podemos repetir la inducción.

La ninfa aplaudió efusivamente frente a la propuesta, pero ella solo contestó.

—No, Arden, tengo una cita médica.

Arden se asustó ¡lo sabía!, ¡lo sabía, está enferma!

—¿Estás enferma, mi amor? ¿Por qué no me lo dijiste? Yo te llevo.

—No, es mi cita con mi —dudó en decirlo— con mi psicólogo.

Se acordó que en el informe de Ian se hablaba de su terapeuta.

—¿Por qué vas donde un psicólogo?

Lo miró aterrada.

—Es... Tengo problemas con aceptar la muerte de mi mamá.

Ella miente, lo sé.

—¿Segura?

—Sí, fue algo intempestivo, mi mamá fue el ser más importante en mi vida, no he asumido el luto, es eso.

Arden se acordó de las dos pesadillas que él había presenciado, no, no era eso.

—¿Voy a tu casa hoy?

—Si quieres.

—Yo siempre quiero ir, aunque sea para pelear con Darcy —quería hacerla sonreír, pero no tuvo éxito— pero si no quieres, no iré —su tono se tornó hosco y un tanto grosero.

Ella no dijo nada, a las cuatro de la tarde desapareció sin ni siquiera decir adiós. Él la vio irse desde su telescopio.

¿Por qué? Impredicible, extraña. ¿Qué hice? ¿Qué dije? Siempre soy yo quien la embarra, pero hoy nada hice. Siempre te vas a otros mundos en que yo no puedo tocarte, Marilyn Baker.

Se fue hacía su portátil y abrió el archivo donde estaba el informe de Ian, algo, algo se escondía allí, algo muy oscuro que ella encubría y que a él se le perdía. Todo su ego de poder se derrumbaba frente a la incógnita que era esa mujer. Vio sus fotos y en ellas estaba ese dejo de aislamiento y lejanía que le perturbaba.

Llegó a su casa después de hablar con Cleo, quien estaba frustrada por el poco avance de su paciente.

Apenas llegó a su piso lo vio apoyado en su puerta, parecía un modelo posando para un fotógrafo de moda, absolutamente hermoso y letal.

—Hola.

—¿Quieres hablar conmigo, Baker?

Ella no respondió, abrió la puerta y entró. Él la siguió en silencio.

—¿Cómo te fue en la terapia?

—Bien —contestó de manera triste.

—¿Qué tienes?

—Nada.

Arden hizo un gesto de tremenda impaciencia, se abrazó a sí mismo por los hombros y se echó su cabeza hacia atrás.

—Me descontrolas, Baker ¿Por qué todo es una puta lucha contigo?

—No seas grosero en mi casa, Arden Russell.

—¡Perdón! —bajó la cabeza, pero no se iba a dar por vencido—. Me subestimas, yo te conozco.

Ella lo miró y sus ojos oscuros lo retaron.

—Quizás, no lo haces.

—Eso es... ¡con un maldito demonio! —se acercó a ella como un volador y ella huyó de él, haciendo que la mesa intermediara entre ambos— ¡no huyas!

—¡Oh, Arden! Yo no huyo es, es... ¿qué vez en mi? Yo no lo entiendo.

Él la miró confundido ¡Todo!, todo.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Llegó a él y lo abrazó con toda la fuerza que le permitieron sus brazos ¡hueles tan bien! Te amo.

—Hoy, esa mujer.

—¿Qué mujer?

Mae se apartó de su abrazo, el fuego de los celos y de su impotencia brillaron.

—Ella, Audrey Hamilton, ella te miraba como si te fuera a comer con los ojos.

Arden soltó una carcajada y después suspiró, era como si una bomba se hubiese desactivado. Era un sonido de extraña tranquilidad.

Está celosa.

—¡Por favor, M! Audrey es una socia.

—¿Una socia? ¿crees que soy tonta? —levantó su mentón y lo miró desafiante— ¿Te has acostado con ella?

—¡No!

—¿No? Pues ella quiere contigo. ¡Oh Arden! —imitó a la mujer— eres tan inteligente. ¡Oh Arden, es tan grande tu emporio!, y no hablaba precisamente de tu empresa. ¡Oh Arden! ¿Cuándo tenemos una cita de negocios? ¡Oh Arden, mírame las tetas! ¡Oh Arden! quiero tener sexo contigo. ¡Oh Arden! fóllame contra la pared.

La expresión de él era graciosa.

—¡Estás celosa!

Eso enfureció más a la chica.

—¡Por supuesto que sí, Russell! Ella y su maldita ropa, ella y su dinero, todas ellas con su experiencia, ¿qué haces con este gatito feo y triste? Me moría de envidia y yo nunca le he tenido envidia a alguien —sus ojos se llenaron de lágrimas.

Le pareció lo más enternecedor del mundo ver como unas pequeñas lágrimas caían de manera silenciosa por sus mejillas.

—Cariño, nena, no tienes nada que envidiarles, a ninguna —se acercó para besarla pero ella se retiró, de pronto los ojos de Arden brillaron llenos de malignidad, se relamió los labios y la cargó intempestivamente hacia su cuarto, Marilyn emitió un grito de vulnerabilidad. Arden la puso frente al espejo— ¡Mírate! —le soltó el cabello con lentitud—, nadie tiene tu cabello —lo besó; en un abrir y cerrar de ojos se quitó el abrigo y la chaqueta, arremangó su camisa, se quitó la corbata y volvió a ella, su pecho pegado a la espalda de la chica. Mae miraba el reflejo, parecía perderse en su tamaño—. Ninguna tiene tu piel de porcelana —con las yemas de sus dedos hizo una leve caricia desde su mejilla hasta su cuello—, siempre, todo el día tengo ganas de tocarte —con sus dos manos acarició sus hombros como si le diera un suave masaje—. Ninguna de ellas es tan delicada ni huele tan bien —aspiró su perfume, bajó lentamente y tocó sus pechos—. Adoro tus senos, nena, mi lengua hormiguea con solo la posibilidad de lamerlos, chuparlos y amamantarme de ellos —poco a poco la expresión tensa de Marilyn fue

cediendo y fue reemplazada por minúsculos gemidos, ambos miraban su expresión frente al espejo, los ojos verde jade de él eran maliciosos y los de ella de lujuria, se quedó en sus pechos un largo rato, ella tiró su cabeza hacia atrás y con su mirada le suplicó un beso, Arden respondió y la besó con hambre, su lengua era codiciosa, era un beso de lengua y saliva que jugaba y exigía cruelmente, pero se retiró dejándola a ella sin aliento—. Eres lo más hermoso que yo he visto, Marilyn Baker —bajó las manos a su vientre, una de ellas se metió entre la blusa y llegó a su ombligo—. Yo quería tomarte en Las Vegas desde el primer momento en que te vi, nunca he estado más duro por una mujer, a veces creo que mi pene se va a reventar del dolor que me provocas, en las noches sueño contigo, sueño en la sensación de estar enterrado en ti, en tus sonidos, en tu calor, en todos los besos calientes que te voy a dar, yo sueño con tus labios Baker y no solo con los de tu boca.

—Yo también sueño con tus besos allí, allí —su corazón martilleaba, era como si un enorme tambor estuviera cerca de su oído, lo miraba, suplicaba, él era hermoso con su pelo desordenado, con su barba a medio afeitarse, con sus ojos mirándola fijamente, con sus manos que la tocaban y la quemaban.

—Entonces, permíteme besar...tu conchita jugosa Mae Baker.

¡Oh Murciélago Santo! ¿Él? ¡Wow! ¿Yo y no Audrey Hamilton? ¡Yo! Su ninfa temblaba como una loquita y su hermana hacía gestos de pestañas batientes ¿Los príncipes hacen eso? La arrastró a la cama y allí la depositó, el nerviosismo del momento hizo que Mae reparara en la gran foto de Aberdeen que colgaba en su pared y pensó que ya no era una niña, ya no lo era y que estaba allí dispuesta a que un hombre besara su... ¡caray!

—No sabes cuánto te deseo, Baker —mordió su labio inferior, mientras que levantaba la falda hasta la cintura, con su mano derecha acarició su muslo, pasó el brazo por debajo de la rodilla y elevó su pierna, instalándose entre ellas— ¡Eres tan suave! —volvió a su boca y cuando ella menos se los esperaba él metió una de sus manos entre sus pantis— ¡Siempre estás tan mojada!

—¡Siempre! Y es por ti y para ti.

Separó los labios mayores y empezó con sus dedos a tocarla de manera lenta, mientras que su lengua, en la boca, hacía los mismos movimientos circulares.

—Tu coño es tan suave.

—Sí, sí lo es solo para ti.

El movimiento era circular y furioso, las lenguas de ambos eran igual de demandantes. Arden deslizó sus dedos por la raja húmeda y penetró lentamente con uno de sus dedos, Marilyn gritó y arqueó su cuerpo.

—¿Te gusta?

—Aha...

—No, aún no, no te he besado aún —sacó sus dedos de su sexo y se levantó, Mae sintió un dejo de abandono.

—¡Vuelve!, vuelve.

Pero él era perverso, su mirada era la de un animal hambriento, la tomó de sus caderas y la alzó, y de un solo tirón le bajó su ropa interior.

—Abre tus piernas, Baker, abre tus piernas.

¡Santa Madre de Batman!, él va a besarme ¡Dios!, eso es tan caliente que voy a enloquecer.

Ella acató la orden y abrió sus piernas lo más que pudo.

—¡Que preciosura! La voy a tratar tan bien que haré que te corras en mi boca — su mueca torcida prometía, prometía.

—¡Piedad, señor!

—No hay piedad para ti, señorita.

Arden se arrodilló como si estuviera frente a un altar, se acercó y besó lentamente la parte interna de su muslo.

—Adoro tu olor, voy a comerte toda —se acercó peligrosamente hasta su clítoris y respiró sobre ella haciendo que gritara de anticipación; la chica agarró de manera furiosa los cobertores, tenía la sensación de caer en un abismo de emociones que ella no conocía. Arden acarició su cara con los pequeños vellos de su pubis, bajó un poco y su nariz jugueteó para después cepillar sus labios a lo largo de su raja, ella se movía exigiendo más, él la besaba de forma furiosa y chasqueaba su lengua de manera plana, lamiendo, chupando, mordiendo, igual a como se lo había descrito en el auto días antes.

—Mm, Arden, yo, yo tengo que ver —levantó su cabeza para ver aquella mata de cabello rubio trigo que se perdía entre su sexo, creyó morir de placer cuando visualizó su lengua relamiendo toda su conchita deseosa—. ¡Eres hermoso! —pero todo enloqueció cuando la punta de su lengua viajó desde su clítoris hasta su vagina y penetró en ella— ¡Ah! —la sensación de su lengua invadiéndola era alucinante, la sensación volcánica empezaba a nacer en su vientre y le provocó una convulsión.

—No, no te vengas aún, nena —chupaba, se movía de adentro hacia fuera, puso sus piernas sobre sus hombros y la sostuvo fuerte.

Dulce, ¡oh, es dulce!, mi cuerpo se expande, es. Yo, mm, ooh cerró los ojos, todo era delicioso y lento ¡gracias a todos los cielos!

—¡Oh, chiquilla, todo lo que voy hacer contigo! —y volvió a su tortura cruel, de nuevo la punta de su lengua en su botón de nervios, mientras que con dos de sus dedos la penetraba, primero lento, luego adentro afuera, ella gritaba

como loca, círculos, chasqueo de lengua, lamía y chupaba de nuevo, dedos, profundo, Mae en su delirio acarició el rubio cabello rebelde de manera sensual.

—¡Bello! Ángel, eres... ¡no pares!, no pares, nooo —el ritmo duro, lento, fuerte, su cuerpo empezó a temblar, signo de lo que se avecinaba, él lo sabía, sabía lo que venía y ralentizó sus movimientos con su lengua y con sus dedos, Marilyn gritó, sus jugos comenzaron a brotar— ¡Arden!, mm, ¡sí! — él continuó hasta que su cuerpo desfalleció— ¡oh baby, tu boca!, tu boca es... — como un felino saltó sobre ella y emprendió la faena de besarla de manera salvaje, ella sintió su sabor y de una manera que no entendía eso fue lo más sensual del mundo.

—Te vienes tan hermoso, mi amor. Nadie, Marilyn Baker, nadie es más hermosa que tú ¡nadie! ¿Entiendes eso?, no hay en este momento ni nunca, jamás, jamás otra mujer con quien yo quiera estar ¡Nadie! ¡absolutamente nadie! ¿Te quedó claro?

Pero, ella no escuchaba, flotaba en una nube de algodón, los ecos del mundo estaban tan lejos, ella se expandía dulcemente, su pequeño cuerpo vibraba como una guitarra y ella nadaba en un dulce mar de azúcar.

Las flores a la mañana siguiente y la tarjeta.

Aún tengo tu sabor en mi boca.

Arden

El director de su tesis la había regañado de manera profusa por teléfono, quejándose por aplazar dos reuniones; durante la semana, Marilyn Baker no tuvo cabeza para pensar más que en Arden y olvidó completamente su trabajo académico. En su vida, ninguna otra cosa le importaba: él y su voz, sus manos, su risa, su estrés loco, sus ojos verde jade, sus flores, él y sus chocolates, peleando con medio mundo, imponiendo su voluntad tiránica, él y su presencia de huracán en pleno.

Además de ser su asistente y su amante, ella se había convertido en el sostén de su día a día. A veces, lo encontraba resoplando como bestia y ella se le acercaba y le susurraba al oído.

—No gastes tu furia, señor Dragón, que me pertenece.

—Estoy tan cansado, nena. Te juro que a veces quisiera explotar el mundo.

Esa tarde le dijo que tenía una cita con Klingenberg y que tal vez no se podrían ver, él asintió, aprovecharía para visitar a su mamá y llevarle un regalo que le había comprado. Su mamá era igual que Marilyn, alguien que adoraba las cosas simples, dadas con el corazón, de niño le regalaba dulces y los envolvía en un papel lleno de dibujos que él mismo hacía.

—No. No, señorita Baker, no hay que ser muy observador para darse cuenta que usted tiene otras prioridades —la miró por sobre sus anteojos—, y eso, evidentemente la tiene muy feliz.

Conrad no estaba contento, la estudiante bajó la cabeza, sonriendo ¿Qué diría su amada Helena, profesor, si supiera que ocupó mi tiempo con las cosas sacrílegas que hace Arden Russell conmigo? Apuesto que me apoyaría.

—He cumplido con todo, profesor, no entiendo lo que quiere decirme.

—Lo que lleva del tercer capítulo podríamos calificarlo como “trabajo para que Klingenberg no fastidie” —se sacó su gafas y se apoltronó en su sillón—. Aquí veo ideas inconexas y reiteradas, parece que usted está cruzando una etapa de obsesión con algo o alguien y eso la tiene obnubilada.

—Lo siento, profesor.

—No lo sienta, Baker, ¡trabaje! Trabaje en el capítulo —sacó su habano y lo encendió—, y en su obsesión.

—Tengo mi portátil, no volveré a casa hasta dejarlo como usted quiere, profesor.

—Bien, esa es la Baker que necesito —miró su reloj de bolsillo—, voy a una cena con mi mujer y estaré de vuelta en dos horas y media.

El sentido de responsabilidad y su capacidad de trabajo la hicieron terminar a tiempo las correcciones y proyectar el cuarto capítulo. Una vez terminada su sesión de tesis, fue en busca de Peter que la esperaba en la cafetería.

—Ya no te veo, Mimí, me siento abandonado.

—Perdóname, Peter, pero tengo mucho trabajo, te prometo que te llamaré e iremos a cenar donde Carlo.

—No te creo, Carlo dice que cuando una chica abandona a su mejor amiga, en este caso yo, es porque tiene un novio —la miró pícaro— ¿tienes novio?

Mae se sonrojó.

—¡No!

—No te creo ¿Quién es?

—No insistas, Peter, yo no tengo novio tengo un amante y es un dios.

—Lo voy a averiguar y cuando lo sepa, te voy a torturar, al menos, ese capricho por Arden Cosa Rica Russell ya se te está pasando.

La chica hizo un esfuerzo monumental para que no se tradujera en su cara el estado de excitación perpetuo que tenía con su jefe.

Eran casi las ocho de la noche y conducía con tranquilidad su auto; una semana atrás, el parqueadero donde guardaba su coche cerró por orden municipal, por esa razón ahora guardaba su coche tres calles más abajo, no le molestaba caminar hasta su casa, pero estaba cansada y decidió estacionar frente a su departamento, no terminaba de frenar cuando tres tipos se abalanzaron frente a ella. Un hombre de pelo albino y con una extraña cicatriz le apuntó con una pistola.

—¡Baja del auto, puta!

Ella trató de arrancar pero otro de los hombres, un tipo gordo y grasiento se hizo adelante y el otro desde la ventanilla izquierda se lanzó hacia ella haciendo que la mitad de su cuerpo estuviera dentro del automóvil.

—No trates de pasarte de lista, puta —le jaló el cabello haciéndola gritar de dolor— ¡bájate!

Odiaba sentirse indefensa, esos hombres eran Richard, ¡todos! Su espíritu de lucha la impulsó a intentar zafarse del hombre que la tenía del cabello, pero fue peor, él la golpeó en la cara.

—¡La perra resiste, chicos!

—¡Apuesto que quiere verga!

—¡Tiene cara de gustarle duro!

Los tres asaltantes gritaban.

—¡Déjenme malditos! —la cara le dolía y la humedad de la sangre que corría profusamente por su cara, la mareaba.

En un movimiento rápido, intentó cerrar las ventanas y aprisionar al hombre.

—¡Gary, maldito idiota, rompe los vidrios! —como una ráfaga, Mae vio la mano del gordo con una varilla rompiendo el vidrio de adelante, por instinto, gritó y se tapó la cara pero, varias astillas del cristal se enterraron en su brazo derecho y en el hombre que estaba con la mitad de su cuerpo dentro del carro—. ¡Hijo de puta estúpido, no frente a mi cara! —pero la ira se concentró con la chica, la jaló de uno de los brazos y la sacó del auto, le pegó un puñetazo y una patada cuando la chica cayó al suelo.

—¿La mató, Quincy? ¿La mató? ¡Di que sí!

La quijada de Marilyn temblaba, era la misma mirada de Richard: demencia.

—Deja de ser idiota, White, la policía anda tras de nuestros culos, ¡déjala, imbécil y súbete! —los hombres subieron al auto y la dejaron tirada en el suelo, sangrando y muerta de miedo, ni siquiera se dio cuenta que unas personas la asistieron y llamaron al 911. La llevaron al hospital público de la ciudad mientras que dos policías, no muy pacientes, la interrogaban. La

retuvieron un par horas, esperando la evolución de los golpes y la curación de las heridas, Mae temblaba, aún sentía el eco de « ¿La mato, Quincy? ¿La mato, Quincy?» y veía esa pistola apuntándole en la cara.

Diez de la noche, el médico de guardia comprobó sus signos vitales y anotó unas indicaciones.

—¿Tiene a quien llamar para que la recojan?

—Se robaron mis celulares, mi computadora ¡Oh Dios, mi tesis estaba ahí!
—contestaba como si fuera un robot, ese era el espíritu de Stuart, estoico y fuerte papá va a enloquecer y Arden ¡Dios!— ¿Dónde puedo conseguir un teléfono para llamar?

El médico le pasó su celular y llamó a la única persona cuerda y que no haría un escándalo por lo sucedido. Era una suerte que aún fuese temprano.

—¿Carlo?

—¿Si? ¿Quién habla?

—Soy yo, Marilyn, tuve un accidente, ¿podrías venir a buscarme? Estoy en la guardia del hospital que está a unas cinco cuadras de tu restaurant.

—¡Por supuesto, bambina!

A la media hora vio a sus dos amigos correr hacia ella, Peter estaba pálido.

—¡Oh, mi bebé! ¡Mi pobre bebé!

Carlo lo golpeó con el codo, le había advertido que la chica no quería escándalos.

—Lo siento, cariño, pero insistió en venir —Carlo trataba de justificar la presencia de su escandaloso novio.

Sullivan lo miró sorprendido mientras se sobaba la zona del golpe y le hizo un gesto de desprecio.

—Mimí es mi chica y siempre voy a estar aunque ella no lo quiera —se arrodilló junto a la silla de ruedas y miró a su amiga con ojos de dolor—. Tu dolor es mi dolor y nunca te voy a dejar sola, amore mio.

Arden llegó tarde a su apartamento, había estado de lo más divertido con su familia, hasta había tratado de hablar de manera decente con su padre y eso no pasó inadvertido para Mathew, que lo miraba con su vista rayos x.

—¿Qué?

—Nada, Arden, nada —pero, lo miró con cara de «estoy a punto de descubrir tu secreto»

Había llamado a su chica al celular, pero no contestó; dominando su impulso cavernícola, decidió que ella estaba trabajando compenetrada en la monografía con el tutor así que no insistió, supuso que aún estaba con su maestro y que llegaría a su casa, cansada.

No llamó pero no podía dormir, quería verla, se sentía extraño en su propio apartamento, tres pisos de lujo, decorado con estilo y cada día le parecía más frío y le gustaba menos. Su sueño era un departamento pequeño, alegre y decorado con cosas simples pero lleno de vida. ¿A quién engañaba?, no era el lugar, era ella. Definitivamente, se volvía adicto otra vez, adicto a ella, el hecho de haberla degustado había puesto el punto a la aceptación absoluta de su dependencia; su sabor, su piel, sus quejidos, su sexo dulce. Había alargado la espera para poseerla, pero ya no lo resistía más, era hora, era el tiempo, unos días más y reventaría, estaba volviéndose loco. ¡Perdón! estaba loco.

Cogió sus llaves, su perro Rufus ladró con fuerza.

—No te quejes, muchacho, algún día la vas a conocer y vas a enamorarte como yo, te gustará; quizás, hasta su gato te guste.

A las once y media llegó al apartamento, la luz estaba prendida así que se animó a subir, ella permanecía despierta.

Mae estaba a la mesa, tomando un té de manzanilla preparado por Carlo, tenía la cara hinchada y los medicamentos para el dolor estaban empezando a hacer efecto, Peter y Carlo revoloteaban tratando de hacerla sentir más cómoda. Escuchó el golpetear de la puerta, de pronto abrió los ojos aterrada ¡Arden! oh no, oh no pero ya era demasiado tarde, Peter abrió la puerta.

Cuando Peter Frederick Sullivan tenía diez años de edad supo dos cosas básicas en su vida: la primera era que quería estudiar Arte y Literatura y la otra era que definitivamente las chicas no serían su preocupación.

Un día, su madre lo llevo a ver “Sensatez y Sentimientos” y casi muere cuando Alan Rickman, quien interpretaba al coronel Brandon, apareció en pantalla, no supo cuál de los dos lo cautivó más, aquel que tenía una voz profunda o el personaje enamorado en silencio de la no muy inteligente Marianne. Se obsesionó con la película y le rogó a su mamá que le comprara el libro. Nadie entendía cómo el muy larguirucho niño Sullivan hijo de un capitán del ejército prefería leer libros románticos en vez de estar obsesionado con las armas y con los juegos de muchachos. Poco a poco se adentró en otros libros de Jane Austen, “Emma” fue su siguiente y después el muy impresionante “Orgullo y prejuicio”. Todos se asustaron cuando lo oyeron gritar en su casa; el motivo fue el momento cuando Lizzy finalmente le confiesa su amor a mister Darcy, Peter saltó por toda la casa gritando « ¡Finalmente! ¡Finalmente!» Aun así su amor secreto por el coronel Brandon sería insustituible. Cuando fue un adolescente todos sus amores secretos era guiados por aquellos hombres que poblaban su ya muy crecida biblioteca; su gran error fue declarársele al capitán del equipo de natación quien lo golpeó en los casilleros hasta dejarlo sin sentido. Pero esto nunca hizo que Peter claudicara en suspirar por aquellos hombres que poblaban sus sueños de niño

tonto y romántico. Cuando finalmente aceptó que era homosexual, supo que tendría que pelear toda su vida para defenderse de todos los prejuicios y estúpidos miedos que lo rodeaban. Toda su adolescencia fue una lucha para lograr que lo aceptaran y para lograr, aunque fuera una vez, ver consolidados sus sueños de ser testigo un amor que rompiera todos los esquemas. Su cuarto estaba lleno de pósteres de actores, cantantes y demás galanes variopintos que lo hacían suspirar. Nunca, ni en sus más terribles épocas, cuando todos lo rechazaban, dejó de soñar con un amor incendiario aunque no fuese vivido por él. Creía, creía firmemente en que en medio del cínico mundo en que vivía, él vería con sus ojos un amor que confirmaría que Jane, Emily y toda esa pandilla de mujeres locas y geniales no estaban en pleno delirio, creía que vería con sus ojos un hombre y una mujer que harían que todo a su alrededor fuera llamas y locura. Fue así que cuando vio los ojos verdes, maravillosos, temibles, fríos y dolientes de Arden Russell mirando a Mimí Baker herida y llorando como una niña asustada casi se muere de la emoción.

Arden se quedó pasmado cuando el chico le abrió la puerta, pero la quijada de Peter casi le llega al suelo. Marilyn los miraba a ambos como si el mundo se fuera a caer. En una milésima de segundo el silencio reinó en aquel apartamento, el temible Hombre de las Nieves puso su expresión de furia, pero todo se fue a la mierda cuando vio el rostro de su nena golpeado y como un rayo entró sin medir las consecuencias en el apartamento a la medianoche y gritó con voz de trueno.

—¿Qué diablos? —todos saltaron de terror— ¿Quién te hizo esto? —llegó a ella y se arrodilló frente a su rostro y empezó a besarla como un niño asustado, el extraño gemido de desamparo que solo ella había escuchado salió de su pecho—. ¡Ustedes! —quería golpear a alguien.

—¡No, Arden!, ellos son mis amigos.

Peter estaba congelado, pero por dentro gritaba « ¡Oh, por Dios!, ¡por Dios!, ¡por Dios!» Tan solo Carlo fue capaz de contestar.

—La asaltaron llegando aquí.

El puño de hierro de Arden golpeó la mesa, las lágrimas de Mae empezaron a fluir, no había llorado en todo el proceso, tan solo tenía en su mente la voz del hombre que gritaba « ¿la mato, Quincy? ¿La mato?»

El sonido del llanto de Marilyn Baker, era para Arden el sonido de todas las maldita voces de su pasado diciéndole sueña idiota, sueña, ¡jamás serás feliz!

—Mi dulce niña —y volvió a besarla como si de eso dependiera su cordura.

—Los hombres la golpearon, le robaron su auto, y todo lo demás —Carlo seguía tomando la palabra.

Ella hacia pucheros.

—¡Me robaron todo!, ¡todo!, me golpearon y se llevaron los celulares, el portátil que me había dado mi papá, mi tesis, todo, los archivos de la empresa, ¡lo siento tanto, cariño!

« ¡Oh, por Dios!, ¡por Dios!» eran las únicas palabras que Peter repetía en su mente.

—No sientas nada ¡me importa una mierda todo eso! Tú eres lo importante, ¡solo tú!... ¿Te hicieron algo más? —preguntó con furia.

Marilyn no entendía... ¡Oh, no!, ¡no!, ¡no!

—¡No!, solo me golpearon, Arden « ¿la mato, Quincy? ¿La mato?»

El rugido lastimero de animal herido brotó de su pecho, era como si la hoja de una cuchilla lo rasgara de una sola tajadura.

—Algunas personas la socorrieron y llamaron a la policía, fue llevada al hospital y allí la curaron y le tomaron declaración, después nos llamó para que la recogieran. Somos Carlo y Peter, sus amigos.

En medio de la furia no los había reconocido, el chico larguirucho que lo miraba con ojos de conejo asustado fue el que reconoció primero, su amigo de la universidad y el otro, debe ser su novio. Apretó sus puños.

—¿Por qué no me llamaste a mí?

Mae se limpiaba las lágrimas, no sabía que era más peligroso, que sus dos amigos supieran sobre su relación con Arden Russell o que él la mirara furioso por no haber sido el primero a quien llamara.

—No quería molestarte.

El rugido se hizo metálico e implacable. Miró a los dos muchachos en frente; no, no era razonable.

—¡Fuera!

—Arden, por favor.

—¡Fuera!

Carlo agarró del brazo a su novio, él comprendía lo que allí ocurría, sabía que estaban sobrando pero, Peter estaba clavado en el piso.

—¡Vámonos, Peter! —pero Peter no se movió, Carlo fue a la mejilla de la chica y le dio un besito— mañana te llamamos, bebé. Te amamos —arrastró a Peter por todo el apartamento y finalmente el chico dijo:

—¡Oh, mi Dios!, ¡Oh, mi Dios! ¡Mimí!, ¡Oh, mi Dios! —y salió sin despedirse.

Cuando finalmente estuvieron a solas, él, como un loco desesperado, la abrazó sin medir que aquel abrazo la lastimaba; ella se quejó levemente.

—¡Perdón! ¡Perdón! —agarró su carita con sus manos—. No me hagas esto, Marilyn Baker, ¡no te atrevas! Yo, yo... ¡debiste llamarme a mí, con un demonio! ¿Qué hubiera sido de mí si te hubiese pasado algo malo?

¡Moriría!, moriría.

—Baby, no fue mucho, un golpe en la cara y dos o tres vidrios en mi brazo, eso es todo.

—¿Todo? ¿Todo? ¡A ti, nada ni nadie te toca! Tu sangre es mi sangre y tu dolor es mi dolor, ¿no te das cuenta?

—Fui una tonta, no debí resistirme...

Arden palideció.

—¿Te resististe al maldito asalto?

—Yo, yo no quería que me robaran. Mi tesis, el trabajo ¡se llevaron todo! Hasta el dije que me regalaste, ¡todo!

Por tercera vez en su vida tenía miedo, su madre y su hija lo habían enfrentado a la sensación de la más absoluta impotencia, pero ahora era como si ambas no tuvieran la menor importancia. Era como si en ese momento viniera un maldito ejército y le apuntara para gritarle culpable.

—Nada es más importante que tú, mi vida ¡nada! El coche, ¡yo te compré otro!; tu tesis, ¡la vuelves a escribir! y el puto trabajo, ¡que se vaya a la mierda! —descansó su cabeza en su regazo, allí en ese momento, no era ella la que necesitaba ayuda, era él. No era dueño de nada, un momento fugaz y su oportunidad de reconciliación con el mundo se habría ido, el infierno total instalado en su vida. La soledad y la muerte.

Mae le acarició su precioso cabello.

—Voy a estar bien Arden, no fue nada —pero le dolía la cabeza y el brazo, trató de no quejarse pero los pequeños pellizcos de los puntos de sutura le molestaban—, solo estoy cansada, muy cansada.

Se paró y la tomó con sumo cuidado.

—Ven, te llevo a la cama —la cargó como a una niña pequeña, ella se dejó cargar, lo tomó de su camisa fuertemente y puso su cabeza sobre su pecho.

—Siento no haberte llamado primero.

—No lo vuelvas a hacer, ¡nunca!

—Sí, señor.

Le quitó los zapatos y comenzó a quitarle la ropa con sumo cuidado, pero los aguijones del dolor la hicieron quejarse.

—¿Te duele mucho?

—Un poco.

—Voy a llamar al doctor Levy.

—No es necesario, ya los médicos me vieron y me recetaron contra el dolor. Yo solo quiero que tú estés aquí, conmigo ¿me ayudas a ponerme mi camiseta, por favor?

Con sumo cuidado se la colocó y la acomodó sobre su almohada.

—¡Mi pobre gatito! no le he dado de comer —se inclinó hacia adelante—
¡Darcy, bebé! —lo llamó.

—No te preocupes, yo le doy de comer.

Ella sonrió incrédula.

—Vaya, señor Russell, que amable es usted.

—Soy el Señor Amabilidad, Baker.

—Lo eres, solo para mí —y cayó en un sueño profundo.

Ella, dormida y él, convertido en un demonio vengador, quería matar a alguien, explotar el mundo, nadie podía tocar a su mujer y quedar indemne. La oyó quejarse en sueños, oyó como llamaba a su papá y lo llamaba a él, en algún momento puso la cabeza sobre su pecho y escuchó su corazón latir y en ese sonido estaba todo: su vida, su cordura. En ese corazón se resumía todo lo que él era, ese corazón lo ataba al mundo y lo reconciliaba con Dios.

Aun así la rabia crecía en olas ardientes, tenía rabia contra todos y contra todo, pero sobre todo tenía rabia contra él mismo. Él no era nada, todo su ego, su prepotencia, su arrogancia, su poder, no era nada, allí estaba ella, con su carita hinchada, su brazo punzando y el maldito mundo hiriéndola y él no la podía proteger. Todo se resumía en la sangre que manchaba su blusa.

Un día se paró frente a todos y se juró que nadie lo podía tocar, un día se juró que en su vida no existiría el azar, controlaría a todos y a todo, él sería un dios maldito gobernando cada maldita cosa, pero nada de eso era verdad, el quejido de dolor de Mae Baker derrumbaba su imperio de naipes y allí estaba él, un titán abrazando un flor.

A las dos de la mañana, cuando estaba seguro de que ella no lo escuchaba, tomó su celular y llamó a quien debía llamar.

—Ian —su voz era dura como la roca.

El hombre contestó con voz de dormir; sabía muy bien que no podía pasar por alto la llamada de aquel hombre.

—Señor Russell.

—¡Levántese!, quiero que ponga a todos sus hombres en marcha.

—¿Señor? Son las dos de la mañana.

—¡Me importa un carajo!

—¡Sí, señor!

—Hoy en la noche le robaron el coche, los teléfonos y la computadora a mi secretaria y quiero saber quién fue.

—Muy bien, necesitaré la descripción de todo lo robado.

—Las cosas no me importan, quiero nombres. Son tres malditos hijos de puta, unos imbéciles a quienes les haré pagar caro su osadía.

—Como usted diga, señor, pero debo decirle que esto no será de un día para otro, me tardaré por lo menos una semana, la red de ladrones de autos no es algo que se pueda subestimar, ellos responden a otro tipo de gente, mafia, vendedores de drogas... asesinos.

—No me importa, usted haga su trabajo. Quiero resultados rápidos.

—¿Puedo preguntar qué hará, señor?

—No, no puede —y colgó.

Despertó a las seis de la mañana, su cuerpo parecía haber mantenido una lucha toda la noche con un monstruo fantasma, estaba cansada y el rostro le dolía más de lo usual. Abrió los ojos y lo primero que vio fue a Arden mirándola de manera oscura y triste. Estaba sentado en la pequeña silla del tocador, su rostro anguloso y perfecto parecía cincelado en piedra, era como observar un hombre que estaba a punto de recibir una sentencia de muerte.

—Hola.

—Hola, ¿estuviste aquí toda la noche?

—Soy el guardián de tus sueños, amor.

—No era necesario, ángel.

—Es —su contestación fue seca y cortante.

Trató de levantarse, pero las punzadas del dolor llegaron a ella. Arden corrió y le besó la frente casi de manera religiosa.

—¿A dónde crees que vas?

—Voy a bañarme, tengo que trabajar, tú sabes, mi jefe —Mae trató de hacer una broma, pero él no sonrió.

—No.

—Pero...

—¡No! —la besó con rabia—. No, tú te quedas aquí, contraté una enfermera, ya viene.

—¡Arden! ¿Una enfermera? Pero, si no fue nada.

—No.

—Yo no estoy tan mal, ya estoy bien, puedo ir a trabajar.

—Dije que no.

—¿No me permites ni discutirlo?

—No.

—¿El no es tu palabra favorita hoy? —lo preguntó con una sonrisa.

—Exacto.

A pesar del dolor y de la incomodidad, puso ojitos de corderito triste e hizo un mohín tierno. Él sabía lo que ella tramaba, pero lastimosamente la ira que se había concentrado en la noche continuaba a ráfagas de fuego.

—No, ni te atrevas, te robaron, te golpearon —lo decía lentamente, era su manera para que su furia fuera como una fogata que necesitaba alimento— te quedas aquí.

—¿Qué pasará si no me ven llegar?

—Nada, yo soy el dueño.

— Hillary y Rebecca.

—¡Me importan un carajo!

—¡Arden! Pero a mí sí, al menos, Rebecca es mi amiga, la llamaré y le diré que estoy accidentada.

—Está bien pero, nada de moverte de aquí.

—Sí, general.

—No entiendo, Marilyn, te golpean, te roban y haces bromas —estaba helado y su voz era una tensa cuerda que contenía furia.

—Baby, es lo único que puedo hacer.

Ojalá yo fuera como tú pero, no puedo. Yo quiero atacar, golpear y castigar. Me duele el solo hecho de fingir comodidad.

La enfermera llegó a las siete de la mañana, después de que Arden se fue. Su despedida fue seca y brumosa. Un simple adiós y se marchó.

Ese día parecía que la compañía Russell Corp. iba a estallar. Había llegado a su apartamento sin aplacar la cólera que sentía, por poco pateó a su perro y regañó a Rosario por el desayuno que le sirvió; desde que puso un pie en el edificio corporativo, su furia fue sentida por los empleados: amenazó con despedir al hombre de los estacionamientos solo porque no fue lo suficientemente rápido para agarrar las llaves. Le gritó a Hillary por unos papeles, regañó a Rebecca por no comunicarlo con un socio que no estaba en la ciudad. Bajó a la Gerencia de Finanzas —cosa que casi mata de susto a todos los trabajadores de esa división— y gritó en cada uno de los departamentos que no habría más horas extras y que si no podían hacer su trabajo en el horario, buscaría a quienes sí pudieran hacerlo. Fue a publicidad y le dijo a Cooper que si no mejoraba la nueva campaña, era mejor que renunciara. Todos en el reino huían, el rey estaba a punto de cortar todas las cabezas y no dejar sobrevivientes.

A las tres de la tarde llegó su padre, que al verlo, dio un grito ahogado. Su hijo estaba sentado en la oficina con las manos en su cabello y con la mirada de animal enjaulado.

—¿Qué pasa? Henry me llamó y me dijo que estabas con un humor de los mil demonios. Ayer no estabas así.

Levantó sus ojos y lo miró de manera déspota.

—Ayer fue ayer.

—¿Qué ocurrió?

—No te importa.

Cameron lo intuía, sabía que últimamente los cambios de humor de su hijo se debían a la señorita Baker, ella era el sol y él giraba como si fuera un planeta mediocre que dependía de su luz.

—¿Dónde está tu secretaria? Necesito un favor sobre los jubilados, se va a hacer una reunión y necesito contactarme con ellos.

—Dile a la señorita Larson, Baker no puede.

—Arden...

—¡No puede! —la vena de su cuello sobresalía y las venas de sus manos parecían como si estuvieran esculpidas a piedra.

—Le preguntaré a Rebecca.

A los pocos minutos volvió con la información que buscaba, la chica estaba enferma y dedujo que ese era el motivo del humor de los demonios que traía su hijo.

Vio a su padre sentarse frente a él con su gesto de condescendencia y lo odió por eso.

—¡No te atrevas!

—¿Qué paso?

—¡No!

La preocupación por su hijo lo llevó a acercarse y ponerle la mano en el hombro, pero él se apartó de manera brusca y no le permitió el gesto de ternura.

—Si no te importa, quiero que te largues.

—Puedes hablar conmigo.

—No, no quiero, ¡vete!

—Arden, hijo, por favor.

—¡Lárgate!

—Voy a llamar a tu madre.

—¡No!

—No quiero que sufras, ya no más. Ella debe saberlo.

—No, no. No. No y no. He estado durante diecisiete años de mi vida consumiéndome solo, no quiero a nadie cerca, no quiero a nadie, ¡a nadie! Si no es Marilyn Baker, el resto me importa un maldito rábano.

—La obsesión por esa chica te va a matar.

Se acercó a su padre, amenazante.

—Eso es lo que quiero.

Cameron respiró profundo.

—Yo quiero estar en tu vida, eres mi hijo y te amo.

—¡Fuera! —le dio la espalda.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo —su voz se quebró.

Arden lo ignoró, miraba hacia la ciudad y no se dio cuenta que Cameron abatido, lo dejaba solo en la oficina. Su preocupación era otra, debía entender por qué el mundo, una vez más, conspiraba contra él para quitarle lo único que lo hacía sentir vivo. En ese momento era un león y quería cazar a su presa.

No le dijo a su papá lo que pasó, sabía que su viejo viajaría desde el otro lado del país solo para verla, no quería ver la cara de culpa de Stuart Baker, quien siempre creyó que su hija era un ser frágil a la que siempre había que proteger. Becca la llamó y le preguntó si podía ir a verla, le mintió, le dijo que iba a visitar a alguien a New Jersey, Stella también la llamó con su muy acostumbrado melodrama y le dijo lo mismo, cosa que a Stella le pareció extraño, nunca Mae había mencionado que tenía un amigo en esa ciudad. El que sí se presentó en su casa al medio día fue Peter, quien se sintió incómodo con la enfermera que lo miraba de arriba abajo.

Le juró a Carlo que no iba a preguntar nada, ¡diablos! pero, le dolía la lengua y no había pegado un ojo en toda la noche, no solo por la preocupación por Mae, sino porque se moría -agonizaba literalmente- por preguntar que hacía Arden Russell en su apartamento besándola como un reo a punto de ir a la horca y que veía por última vez el amor de su vida ¡el amor de su vida! Eso era la traducción exacta de lo aquellos ojos verdes transmitían al mirarla.

—¿Cómo estas, cariño?

Mae contestó con timidez, sabía la agonía curiosa que debía estar consumiendo a su amigo.

—Bien, ya casi no me duele.

—Carlo viene más tarde, te mando lasaña, te va a fascinar. ¿Quién es la Tronchatoro? —preguntó sobre la enfermera.

—Es una enfermera, él la mandó a traer.

Peter trató de parecer inocente, pero tenía un gesto de abogado de la parte acusatoria.

—¿Él?

Sonrió con dulzura, Peter era un loquito maravilloso, su pequeño peluche

tierno, su mejor amigo en el mundo.

—Vamos, Peter, te mueres por preguntar —se acercó a su oído— “Arden Cosa Rica Russell”.

Peter respiró profundamente como si al fin viniera el oxígeno a él, gritó para taparse después la boca, corrió a la puerta de la habitación de la chica y la cerró.

—¡Oh, por Dios! ¡Por Dios! ¡Por Dios! Mimí, casi me da un infarto. ¿Cómo te atreves a no decirme nada, Baker?, yo soy tu amiga, al menos debiste prepararme para ese impacto visual, ¡Wow! En serio, amore —ahora estaba circunspecto y realmente preocupado— ¿Arden Russell? ¿Desde cuándo?, yo sé que tú estabas enamorada de él, pero y ¿él?

Mae no sabía que contestar ¿Está enamorado de mí? o ¿Solo represento algo exótico en su vida?

—Es algo complicado.

—Me gusta lo complicado así que no omitas nada, ¡nada! que yo escucho todo ¡todo!

—Peter, solo pasó.

El muchacho se paró ofendido, hizo su muy particular gesto de Prima Donna.

—¿No confías en mi, Marilyn Baker? Me ofendes, jamás diré nada, soy una tumba —se llevó su mano a la boca e hizo un gesto imitando cerrar su boca con una llave.

La chica lo miró con resignación y por primera vez se atrevió a contarle a alguien ese dulce, aterrador y misterioso secreto llamado Arden Russell.

Habló sobre Las Vegas y Brasil, de aquella noche en que apareció en su puerta y la ató a su boca, contó cómo cada beso y palabra de él la llenaron de terror y excitación, le contó cómo era estar enfrentada a él cada día y no tratar de pensar que en algún momento se iba a despertar llorando al darse cuenta que todo era un sueño. Le contó sobre la profunda conmoción que le provocaba con su voz, con su perfume, con su aliento de fuego sobre ella, le contó de cómo su piel ardía en llamaradas con solo intuir su presencia a varios metros de ella, habló sobre el frenesí salvaje de ver sus ojos cuando una caricia pequeña se deslizaba en algún momento y la sorprendía en sus ensoñaciones que ahora solo él ocupaba. Le contó cómo ella estaba intoxicada de él, le contó como a veces era desesperante y aterrador con su deseo de control y poder sobre ella, contó sobre el niño tierno y juguetón que la hacía reír con sus torpeza al tratar de bajar de su pedestal de hielo, cómo a veces lo veía en su apartamento tratando de tener una conversación con ella y él se mostraba tímido y ansioso por agradar, contó cómo él era magnifico lector y chico curioso sobre todo con lo que ella podía ofrecer con todo sus libros, sus pinturas y su música.

—¡Oh Dios!, ¡he muerto!... ¡he muerto!

Mas Mae no contó sobre la obsesión erótica que él le producía, no le habló sobre el señor del placer que él era. No le contó sobre la lujuria oscura y perversa imprimida en una cinta de video o sobre el lenguaje perverso y profano que a veces salía por su boca capaz de producirle una incertidumbre y ponerla al borde del vértigo y del delirio. No le contó sobre la sensación de su boca sobre su boca, sobre su sexo, sobre su piel, no dijo cómo aquel día en que lo acarició de esa manera tan impúdica y divina ella no durmió casi durante dos días porque sus manos le hormigueaban, cómo al sentir su enorme y perfecto animal erguido ella creyó que era como un rompecabezas al que le faltaba una pieza y no veía la hora en que él estuviera dentro de ella para sentirse completa. No dijo cómo su lengua dentro de su sexo era la definición precisa de paraíso, cómo se despertaba en las noches gritando de placer, pues su cuerpo tenía memoria de los orgasmos múltiples que él le había provocado y cómo horas después las réplicas de estos aún continuaban estremeciéndola. No le contó cómo ella, Marilyn Baker estaba a punto de dejar salir su puta interna para devorar vivo aquel dios y monstruo perfecto que amenazaba con hacerla explotar como una súper nova. No, no lo dijo, pero los ojos psicólogos y pícaros de Peter Sullivan lo adivinaban.

Theo, el pretoriano principal de Arden Russell, apareció en su puerta con un paquete que contenía dos celulares y un portátil que parecía imitar un tele transportador a lo Star Treck. No se atrevió a decir nada, aunque no le gustaba para nada ese tipo de regalos. En el paquete había un mensaje escrito elegante y preciso.

Nena:

Te conozco, debes tener tu preciosa boquita fruncida diciendo ¡oh Arden no me des regalos! No me importa, linda. Permíteme mimarte, yo te he amenazado con eso, dame ese pequeño placer de darte lo mejor que mi estúpido dinero puede hacer: Malcriarte.

Quiero que con ese portátil mi chica escriba sobre todo eso que se guarda en su mente, mi nena inteligente y sagaz, yo sé que esa tesis que preparas será laureada y todos dirán «Mm, esa es Baker, lo mejor que ha pasado por NYU», estás hecha para sorprender el mundo, mi amor, mírame, yo el más cínico de todos estoy sorprendido. Los dos celulares son uno para tu uso personal, es decir para nosotros dos, Keith y Celine, el otro será también para nosotros dos Arden Russell y su asistente personal M. Baker. Te dije que no deseaba mensajes de texto, ni correos, podemos usar Skype ¿Quién dice que no nos podemos divertir con la tecnología? No sabes que interesante es, sobre todo para tus lecciones Baker, vamos a darle un nuevo sentido a eso de que la tecnología “acerca” a la gente...

¡Oh Dios, es implacable!

No quiero que aparezcas en esta oficina al menos en una semana más, debes estar perfecta como siempre, todos están preocupados por ti, hasta Hillary te extraña, ¿ves? eres imprescindible.

El sol no sale, Baker, la oficina esta tan fría y odio el silencio, vuelvo al limbo.

Hablándote desde el infierno.

¿Cómo lo haces? Me estremeces, hablas como si estuvieras en plena sentencia, eres tan críptico, misterioso. ¿Qué hay más allá? ¿Qué? ¿Quién? ¿Dónde está el niño que fuiste algún día? ¿Quién eres? ¿Qué es lo que te une a mí? ¿Qué ves en mí? Y de pronto, pensó en Richard y le aterró la idea de que, lo que hizo que su ex novio dependiera de ella, fuera lo mismo que hacía que Arden Russell la viera. Sintió el ansia de correr y por primera vez en su vida pensó que su madre rebelde y anárquica le había dejado impreso en el ADN el tremendo terror a ser amada ¡Oh, mami!, ¿ese era tu secreto? Soy como tú y ellos quieren atarme, soy como tú, vivo en el bosque y corro desnuda. ¿Cómo quedarme? ¿Cómo?

A pesar del regalo, Arden no apareció en toda la semana, la llamaba en la noche y sus conversaciones comenzaban con el incómodo silencio de parte de él. Trataba de hablar de una manera normal pero ella presentía que eso se le hacía difícil.

—Perdóname por no ir yo no te protegí.

—No te preocupes.

—¿Estás bien? No soporto verte herida.

—Sí, ya no tengo dolor.

—¿Te gustaron mis regalos? Quiero darte el mundo.

—Sí y también tu carta.

—Estoy tan ocupado Encontrando los malditos que te hicieron eso, para destrozarnos.

—Quiero ir a trabajar, quiero ayudarte.

—No, más bien debería darte vacaciones Quiero encerrarte en una torre de cristal.

—¿Cómo estás?

—Estoy tranquilo Miento, estoy loco y enfermo.

—Arden, estoy aburrida, estoy mejor, la cara ya se ha deshinchado y el brazo está casi curado, la enfermera es innecesaria. Ella me incomoda, me hace sentir una inútil, quiero trabajar.

—Trabaja en tu tesis, eso es mucho trabajo.

Ella quería darle una buena noticia.

—¿Sabes? Llamé al profesor y me recordó que tenía copia de todo mi trabajo, con lo del robo se me había olvidado. Creo que se sintió culpable, cree que no debí quedarme hasta esa hora en su oficina.

—Que lo haga, viejo estúpido, él debe saber que la ciudad es peligrosa.

—Arden, no digas eso —un suspiro lastimero—. Al final, es más seguro el metro.

—Ni se te ocurra, Baker, el metro ¡jamás!

—Mm, tenía la ilusión.

—Si vas a venir, llama a Theo y le dices, él te recoge y no discutas.

—Arden, al menos, la enfermera. Ángel, no la quiero en mi casa, hasta Darcy está asustado.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Está bien.

—Ven, te extraño, ven.

—Mañana.

—Hoy.

—Mañana... mañana.

Ian, finalmente, le había traído el informe y cuando lo leyó, rugió de rabia, estaban todos los pormenores del robo, como la sorprendieron, los golpes, la amenaza —« ¿la mato, Quincy?»—. Su pecho era un caldero donde mil demonios pedían sangre.

Quincy Steven, un ladronzuelo de poca monta, drogadicto y vendedor de cocaína, había pasado toda su niñez en centros de detención. Gary Espósito un ex convicto, golpeaba las mujeres y había matado a un hombre cuando solo tenía trece años de edad. Jason Corradi un demente, toda su vida se la había pasado en manicomios, en su expediente se decía que el hombre tenía un grave problema sexual causado por un pene del tamaño de un maní. Había matado a más de cinco mujeres en su vida, entre ellas dos ancianas; le decían White porque sufría de vitíligo, sin embargo la suerte había jugado a su favor y nadie le comprobó los asesinatos. Todos ellos trabajaban en un taller que se dedicaba a modificar autos robados para venderlos a pandillas en la frontera con Canadá y a mover droga de mala calidad en los guetos.

La primera vez que soñó con ella, tenía trece años, aún la locura no lo había tocado y una noche sintió un olor que le llegaba desde una parte desconocida,

era un olor perfecto que le hizo recordar los pasteles que Jacqueline le preparaba. Era un niño tierno al cual toda experiencia de tipo sensual le era desconocida, se la pasó toda esa semana tratando de recordar aquel olor pero no lo reconocía, después vino una voz que lo llamaba y el sonido de cascabel de una risa infantil que le decía « ¿juegas?», el tercer sueño fue una imagen de una niña entre la bruma montada en un columpio con un vestido azul y con coletas de color rosa « ¡Mira! Es divertido». Rondha le dijo un día en aquellos extenuantes ensayos de cello que a veces Dios hablaba de formas que los hombres no entendían.

«—Dios traza caminos Arden, hay que ser inteligente para poder comprender que nos dice.»

Para él, Dios le hablaba en la música y en los sueños de aquella niña que lo llamaba a jugar. Como un loquito desesperado vio a Jennifer y creyó que su cabello castaño y sus ojos color miel eran los de la chica de sus sueños, solo tenía catorce años y era un bobito obsesionado con encontrar los caminos que ese Dios le trazaba en cada nota y en cada sueño; pero ella no era, más las violentas sensaciones del sexo fueron embotando sus sentidos.

Todo cambió cuando ese ser demente de Tara Spencer se le enfrentó, venía de una historia desconocida que su padre le había negado pero, de igual manera, se instaló en su vida y transformó su existencia de niño bueno. Con su cabello rubio y sus rasgos de belleza deslumbrante, con sus arranques de un amor maternal obsesivo; con su olor a vodka, su deseo de muerte y con la destrucción amparada en la venganza, se presentó ante él con la voz cargada de resentimiento.

« —Mi bebé, mi precioso bebé, mi tesoro, mi único y verdadero amor»

«—Él no te ama, te odia. Él quería que murieras. Él quiso matarnos »

«—Mi bebé, yo te salvé y él me separó de ti»

«—Yo, yo soy tu madre, tu mami»

«—Él te odia, no quería que nacieras, no lo quería»

«—Mami te salvo y pagó caro por ello»

Poco a poco el mundo de pasteles, de música, de calor se esfumaba, ella le fue abriendo las oscuras verdades que se escondían detrás del imperio Russell, su familia, su abuelo, su padre, todos le mentían, pero aun así el sueño de la niña de coletas rosas seguía apareciendo; ni siquiera la heroína mermó los sueños, hasta que llegó Chanice.

Cuando la vio caminar en los pasillos de la escuela en Juneau, se paralizó, tenía el cabello muy rubio y recogido en dos coletas rosas, una falda azul y unos zapatos ridículos y viejos que le quedaban grandes. Cuando se hizo detrás de ella en la clase de Algebra, percibió su olor a mandarina y a flores del campo, creyó que ella era la chica de sus sueños y como un loco la besó en

pleno pasillo. Le ayudó su fama de niño malo de la escuela, su chaqueta negra y su imposible belleza adolescente, después de eso, los sueños se fueron. Sin embargo, Chanice siempre lo dejaba insatisfecho y con una sensación de ausencia que él no comprendía; ahora, años después sabía que se había equivocado, que había traicionado el sueño por estar desesperado por consuelo, que soñaba con una niña que vivía en alguna parte, creciendo solo para él.

Con Faith en el hospital se atrevió a rezar, se atrevió a hacerlo, Dios debía escucharlo, tenía que hacerlo pero, no lo hizo. Tan solo el demonio se presentó y se llevó todo y lo dejó más furioso y desolado que nunca.

Dios, el de la música y los sueños lo odiaba y para él, era un sentimiento recíproco. Un día, bendita crueldad, apareció de nuevo y el sueño volvió, el olor indescifrable inundó de nuevo su vida, la voz de «mi amor, tócame, siénteme, soy tuya. Soy yo» estaba allí de nuevo y quería gritar ¿con qué derecho volvía a atormentarlo? Los caminos de Dios, él habla para cada uno ¿Dios? ¡Qué se pudra! pensó y entonces ella apareció y era real y olía a gloria y se recogía el cabello y sonaba como sus sueños. Y ese Dios le permitió besarla y tocarla, le permitió conocerla.

Si, Rondha, Dios había hablado solo para él pero, fue cruel, le mostró el paraíso terrenal a un hombre condenado: Marilyn Baker llegó a su vida y el azar con nombre de Gary, Quincy y Jason estuvieron a punto de quitársela.

—¿Qué Dios habla? ¡Cállate maldito!

Ese día Arden se levantó tranquilo, su baño duró casi una hora, se rasuró metódicamente, comió todo lo que Rosario le preparó, fue a trabajar en silencio, habló con su hermana Ashley, no contestó la llamada de su padre, arruinó el negocio de un tipo que detestaba, caminó como un animal enjaulado en su oficina, miró con desprecio a todos los que le rodeaban, condujo como un loco por toda la ciudad, escuchando heavy metal a todo volumen, llegó a su apartamento, no miró a su perro, se tomó un vaso de vodka, se quitó su ropa, se puso sus vaqueros, camiseta y su chaqueta de cuero negro y unas botas que guardaba de su época de pandillero. Se miró al espejo y vio a un demonio furioso, sus ojos eran del color de la cólera, sus puños estaban desesperados por golpear, podía saborear el sabor de la sangre en su boca y disfrutar de la sensación del dolor infringido, como cuando tenía diecinueve años y su vida era buscar peleas en los callejones de Londres o en el barrio rojo de Ámsterdam y era el dueño de nada, no obstante era él, el real; el reflejo le mostró a ese adolescente que ahora se escondía tras su dinero pero que pedía a gritos salir: AKR, la bestia, el Dragón que vengaría a su princesa.

Theo, Ryan, Joaquín, Finley y López -todos fieros excombatientes, de dudosa moralidad pero de comprobada lealtad con Russell y su familia-, eran parte de su equipo de seguridad y lo acompañarían esa noche. Apenas lo vieron bajar del ascensor, tomaron los automóviles y emprendieron el camino.

Al llegar a un callejón solitario, Theo y los demás salieron de sus autos, tres hombres los esperaban.

—¿La trajeron? —pregunto Finley a Quincy.

—Tal como pidieron, solo la mejor —el hombre miró hacia el auto negro— ¿ese es su jefe?

Finley sonrió pero, no contestó.

—Quiero probar la mercancía.

Gary sacó una bolsita de su pantalón y dio a probar.

—Tenemos que construir confianza, quiero probar de la que me voy a llevar. Mi jefe está pagando mucho dinero.

Los delincuentes se pusieron nerviosos. Theo, insistió.

—Mi jefe tiene una fiesta muy exclusiva, no puede ofrecer basura a sus invitados.

Quincy tomó la palabra.

—La premiun tiene otro precio, ustedes están comprando al 70%.

Jason 'White' metió su mano en la pretina del pantalón y la descansó en la cacha de su pistola, estaba muy nervioso, sentía que desde la 4x4 negra, polarizada, lo observaban.

—¿Acaso pretendían engañarnos?

El líder de los bandidos hizo una rápida evaluación de la situación: cuatro hombres fuertes y lo más probable, dos más en la camioneta negra. Maldijo la ambición de Gary y la estupidez de White que lo convencieron de hacer el negocio más fácil del mundo con un idiota que no distinguía la cocaína del azúcar ultra refinado. Iba a tomar la palabra cuando, del tenebroso vehículo se bajó un hombre.

—¿Problemas? —Arden pasó delante de ellos, escudriñando cada milímetro del rostro de los causantes de su furia.

—Nada que no se pueda arreglar, jefe —Gary empuñó un bate.

—¡Oh, sí! Pero... ¿saben que es lo que no se puede arreglar? —la voz de furia con que hizo la pregunta puso a todos los hombres en alerta.

—¿La muerte?

White lo dijo con desfachatez y apuntando con su arma al pecho de Arden. Él no se intimidó, lo miró con burla que se transformó en saña cuando descubrió que lleva puesta la gargantilla de Mae.

—¿No era que apuntabas solo a mujeres? —y de un solo golpe lo dejó desarmado y aturdido en el suelo.

—¡Imbécil, no te metas con mi amigo! —con la rapidez de un rayo, Gary golpeó a Arden en la cara con el bate.

Adoró el dolor, era la puerta abierta para dejar salir al Dios de la Desgracia y así fue, hizo una seña a sus hombres para que liberaran al maldito que le dio con el palo y lo masacró a punta de puños, estaba alucinado, fascinado por sentir otra vez ese algo demoníaco que ni la muerte de su madre, ni la de Chanice —y menos la de Faith— había podido demoler: su apetito por la destrucción.

Quincy, el tercer asaltante, al ver a White en el suelo y a Gary a punto de desmayarse, trató de escapar pero los guardaespaldas lo evitaron. AKR gritó amenazante y caminó, ajustándose los guantes, hasta llegar al cobarde.

—¡Hijo de puta!, ¿de verdad crees que puedes escapar?

La furia lo retroalimentaba, sus manos de músico eran puños de hierro, el primer golpe se lo dio en el estómago, el hombre se dobló del dolor pero se levantó y lanzó un golpe que se perdió en el aire. El segundo golpe lo dio en la mandíbula y lo tiró al suelo.

—¡No te desmayes, imbécil! —lo tomó de las greñas y lo arrastró por la calle hasta dejarlo junto a los otros dos, que custodiados por los excombatientes, estaban en el suelo, tratando de recuperarse. Arden tomó la SIG Sauer P226 que Theo le pasó y apuntó a la cabeza de los tres.

—¡No nos mate, por favor! Hay coca 100% en mi carro, ¡se la regalamos!

—¡De rodillas, hijos de puta! —los pateó para que se apuraran en cumplir la orden—, ¿les gusta mi arma? —apuntó a White y engatilló, tenía el seguro puesto por lo que no pasó la bala—. ¿Lo mato, Quincy? —gritó, imitando un acento pandillero; apuntó a Gary e hizo el mismo procedimiento—. ¿Lo mato, Quincy?

Un olor a orín invadió la atmósfera, los tres hombres arrodillados, estaban meados y temblaban ante la cólera de Arden.

—Theo, llévate a los muchachos, estas ratas de alcantarilla y yo tenemos que terminar una conversación.

Joaquín dejó el bate y la pistola de White en el baúl del carro de los delincuentes y fue el primero en avanzar, lo siguió López, quien destruyó los dos paquetes de droga y esparció el contenido por el suelo, Ryan y Finley se fueron al carro que bloqueaba la salida del callejón, Theo quedó en las sombras, a un metro de su jefe, si bien el niño rico que ellos cuidaban se bastaba solo, no iba a renunciar a ejercer su trabajo de guardarle las espaldas.

Arden retiró el seguro del arma y apuntó, los penitentes comenzaron a lloriquear, pero él, no se conmovió y, con voz de trueno, repasó a cada uno de los culpables del dolor de Marilyn Baker.

—Mi mujer no es ninguna puta —primer disparo—. A mi mujer nadie la golpea —el segundo—. A mi mujer nadie le roba —y el eco del tercer disparo se perdió en la noche.

Tres truenos de muerte iluminaron con sus relámpagos la oscura noche del teatro de la venganza y el chirrido de los neumáticos de automóviles partiendo a toda velocidad fue lo último que se escuchó en ese callejón.

Mientras daba brazadas en la piscina se regocijaba de la muy puta y buena noche que había tenido, golpear y pelear era glorioso cuando se hacía por amor a una niña de tiernos ojos pardos, su batalla emprendida justificaba dispararle quien se atreviera a tocarla. Marilyn Baker era su territorio, su hogar, la música que amaba y no iba a permitir que el azar cruel se la quitara, mucho menos tres imbéciles.

Al día siguiente, su rostro era aterrador: nariz hinchada, ojo violeta e inflamado y mejilla moreteada, así y todo, fue a la oficina.

—¡Dios, Arden! ¿Con quién te peleaste? —Henry estaba asustado, había visto varias veces ese signo de la oscuridad que siempre vislumbraba en su hermano.

—Con el mundo, Henry, con el mundo.

Más de una semana y Mae estaba asfixiada en su apartamento, los mimos de Carlo y Peter la tenían en tal nivel de ahogo que estaba a punto de expulsarlos de la casa. Ella quería ver a su dragón pero, él nunca apareció, fue así que tomó la decisión de ir a la oficina. Cuando llegó, Rebecca, feliz, comenzó a interrogarla.

—Fue una tontería Rebecca, me caí en el baño y me golpeé —tuvo que decirlo porque el ojo tenía huella del morado.

—¿Cuándo vuelves?

—Pronto, ¿el señor Russell? —se moría por saber de él.

—No está, se fue para México ayer.

No me lo dijo, ayer me llamó feliz y no me lo dijo.

—¿Cuándo vuelve?

—No sabemos, tú sabes cómo es él —la chica la tomó del brazo y la llevó a un rincón—. Mae, hace como dos días, apareció aquí todo golpeado, recordé mis días con él en París... —suspiró profundo—. Es terrible verlo así y yo no sé cómo manejarlo.

¿De nuevo? ¿Estás bien? ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Con quién te peleaste ahora? ¿Por qué no me lo dijiste? Tú y tu pelea con todos.

En su cartera buscó la llave de presidencia, entró a la oficina, se sentó al escritorio y compulsivamente, abrió y cerró cajones buscando el contenido envuelto en un paño de gamuza burdeos, pero no lo encontró. El palpito de Mae se confirmó, Arden había sacado el arma.

Él no contestaba el teléfono, durante tres días ella le puso mensajes, lo llamó compulsivamente pero, nada. Al tercer día en su correo de voz apareció un mensaje de él.

Te extraño, te extraño, te extraño... tengo nostalgia de ti... te extraño, estoy loco y te extraño.

Ella contestó:

Ángel:

¿Dónde estás? ¿Estás bien?

¿Con quién peleaste? ¿Estás herido? Vuelve, yo curaré tus heridas. Diez días sin verte es mucho tiempo.

¿Hice algo malo?, fui obediente Arden, no viaje en el metro. Fui obediente, hice todo lo que me dijiste.

¿Hice algo malo? ¡Dios! tu rostro golpeado.

Ven, yo te curo; ven, te necesito, hace frío sin ti.

Pero, no, no vino y ella estaba desolada.

Hacía semanas del asalto y la policía apareció en su puerta.

—¿Señorita Baker?

—Sí, soy yo —concluyó rápido el por qué estaban en su casa— ¡Encontraron mi computadora!

—Parece que sí —el policía, de unos cincuenta años, hizo un ademán—. ¿Podemos pasar? Necesitamos conversar con usted.

—¡Por supuesto! ¿Cuándo podré recuperar mi equipo? Tengo mi tesis de título ahí, ¡espero que los ladrones no me la hayan borrado!

—Creo que se demorará un poco, estamos investigando un homicidio y su computadora apareció en el sitio del suceso junto a otras cosas suyas.

La miraron con cara de interrogación, Mae respiró profundo, pensó en lo útil que sería Stuart en ese momento pero, decidió continuar sin decirle nada del asalto a su papá.

—Hace unos días fui asaltada por tres hombres, me golpearon y se llevaron mi coche, ahí tenía mi bolso, mi computadora y mi teléfono celular.

—¿Reconoce a esta persona como uno de los asaltantes? —le mostraron una foto de archivo de White.

—¡Sí!, él fue quien me apuntó con el arma.

—Suerte para usted, apareció muerto en un callejón ¿sabía eso?

Mae entendió que estaba siendo considerada sospechosa y la ironía movilizó su lengua.

—¡Oh, sí!, yo lo maté por ladrón y dejé en el sitio del suceso mis cosas robadas.

El policía joven se dio cuenta de que la bella chica malinterpretó sus palabras y trató de conciliar.

—Señorita, nuestro trabajo es investigar.

—Supongo que ya leyeron mi declaración.

No, no la habían leído.

—Estamos investigando.

En su cabeza, una imagen de Arden golpeado y con la pistola en la mano la hizo pensar que la mejor defensa era el ataque.

—Insisto, ¿cuándo podré recuperar mis cosas? Yo soy víctima, no victimaria.

—Cuando termine la investigación —ahora, respondió el viejo.

—Investigar, investigando, investigación, vaya, podría hacer un poema con eso —respiró profundo—. Lo siento, señores, el hombre de la foto me gritó puta, golpeó mi cara con su puño, me tiró del cabello, apuntó su arma a mi cabeza y yo me siento casi feliz porque el desgraciado está muerto, ¡No pueden culparme por eso! Y tampoco por querer recuperar lo que me pertenece.

—Señorita, no la estamos culpando, solo seguimos una línea de inv... una pista, lo siento si mi compañero y yo le dimos una impresión equivocada.

Mae, también decidió calmar su ánimo.

—Bueno, yo tampoco he sido muy amable, pero la pérdida de mi tesis me

tiene al borde de la locura —sonrió forzada.

—Él es el sargento O'Malley y yo soy el oficial Tony Martínez —le tendió la mano para despedirse—, trabajamos en el Precinto del Sur, en Midtown, si va con un pendrive, podría rescatar su tesis.

—¡Oh, mi Dios! ¡No saben cómo se los agradezco!

Cuando cerró la puerta, casi se desmaya. El ladrón muerto a balazos. El arma no estaba en su escritorio. Su rostro todo golpeado ¿Saliste a buscar a los asaltantes, Dragón? ¿Mataste a ese hombre por mí?

—¡No, no, noo! ¡Él no es un asesino!

¡Dios! ¿Qué pasa conmigo, Mae Baker?, ¿es que todos los hombres que tocas se convierten en delincuentes?

—¡Que todo sea una coincidencia, por favor!

¡No! ¡No! Él es un hombre, no un niño. Tiene responsabilidades, mueve el mundo, no es un delincuente juvenil que, matando, busca impresionar a la noviecita.

—¿Será por eso que no has querido verme y te fuiste a México?

¿Te asusta que ya no te quiera por tu violencia? ¡Ay, amor! Pero, si tú eres tormenta, fuego, voracidad... ¡Yo tengo que estar contigo para calmarte! No me dejes fuera de tu vida ¡no me dejes!

A los dos días, llamó a Peter para que la acompañara al Precinto Sur.

—¿Dónde está Mr. Russell? Desde sé lo que sé, solo lo puedo llamar de esa manera —su amigo entrecerró los ojos y estiró la boca—, Mister Russell

La sonrisa de la chica fue una mueca triste, sus ojos de estrellitas se aguaron y bajó la cabeza.

—La última vez que lo vi fue el día que me asaltaron, está enojado conmigo.

—¿Por qué? —intentó levantarle la cara pero, ella se resistió— Mimí, cariño, lo siento —la abrazó amorosamente.

—Peter, lo extraño ¡nada es igual sin él!, quiero verlo y huye de mí.

—¿Señorita Baker?

Ella se soltó del abrazo.

—Oficial Martínez —estrechó la mano a modo de saludo—, ¿alguna novedad? Él es mi amigo Peter.

Peter estaba impresionado por el porte y la belleza del joven policía pero, se midió en la reacción y solo dibujó en su cara una breve sonrisa.

—¡Buenas noticias! Está autorizado el rescate de su tesis. Eeh —hizo una pausa incómoda— leímos su declaración del robo, y atrapamos a los dos que faltaban.

—¿Tengo que reconocerlos? —se encogió de hombros— no me gustaría estar frente a ellos, nuevamente.

—Acompañenme a mi escritorio, le mostraré fotos.

Con certeza, identificó a los hombres.

—Él manejó y él fue quien rompió el vidrio.

—Quincy está en coma y Gary, consciente, pero se niega a declarar. Si sobreviven, pasarán el resto de sus días en la cárcel.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Ellos se dedicaban a robar autos por encargo y al negocio de la droga, todo indica que hubo una quita de droga durante una transacción y usaron su vehículo en la acción, por eso aparecieron sus cosas en el sitio del suceso.

—¡Santo Cielo Sagrado! ¡En esta ciudad, los delincuentes son dueños de las calles! —Peter, moderado, no pudo evitar comentar.

—No es que me alegre, yo tuve suerte, pero, hay tres bandidos menos sueltos por ahí.

—Sí, el azar castigó a esos hombres en su nombre, señorita Baker.

—Y el azar puso a este señor policía para que te devolviera tu mamotreto.

—¡Sí, mi tesis! Gracias, oficial Martínez, muchas gracias.

Una vez en la calle y a dos cuadras del Precinto.

—¡Dios, mío, Mimí! Esa belleza de policía solo la había visto en revistas porno.

La chica estalló en risa, más que por el comentario de su amigo, por saber que la policía había resuelto el caso de esa manera y sin que Arden Keith Russell tuviera que ver con ello.

Más tarde, a solas en su departamento, decidió grabarle un video y puso manos a la obra, dibujó dragoncitos, se maquilló, se soltó el cabello y se puso un vestido blanco, herencia del período gitano de su mamá; quería verse linda, sencilla, fuerte; anotó las ideas claves que quería exponer y se sentó frente a la cámara a decir sus palabras.

—Arden, vuelve, necesito de ti. Mi terrible Hombre de las Nieves —mostró una mixtura de dragoncito y yeti—, no arriesgues tu vida por mí. Hoy fui a la policía y me dijeron que los hombres que me asaltaron están identificados: uno, muerto; otro, en coma y el tercero, con riesgo vital ¿Es por eso que no te dejas ver? A mí no me importa si tú lo hiciste ¡no me importa! Sé que obedece a la necesidad de controlarlo todo pero, no fue tu culpa, no, lo no fue. Cosas malas le pasan a la gente Arden, cosas terribles y yo no estoy libre de eso, no puedes protegerme todo el tiempo, no puedes encerrarme en una urna de cristal, por eso te pido que no te culpes si el azar llegó a mi vida. Una parte de mí, adora que quieras protegerme, eres mi sueño de caballero andante —mostró un dragoncito vestido con armadura—, mi salvaje hombre valiente, pero no te quiero herido, no quiero tu sangre derramada por mí, es demasiado. Estos días sin ti han sido terribles, nada me hiere más que tu ausencia, eso me lastima más que los golpes de unos idiotas. No te culpes, quiero ser fuerte y soy fuerte, pero si tú no me hablas es como si diez mil golpes cayeran sobre mí. ¡Vuelve! ¡Vuelve! Acepto tus regalos, acepto tu rabia infantil, acepto tus secretos, acepto tus mundos oscuros, acepto todo. ¡Vuelve!, no diré nada, ¡no juzgaré nada!, somos solo tú y yo —mostró un dragoncito tierno, abrazado por una pequeña ninfa de coletas rozas, rodeado de corazones Era algo infantil y tonto, pero deseaba hacerlo sonreír. Presentía que aquel hombre adusto había perdido su niñez, irónico, pues Marilyn Baker tuvo la mejor niñez que alguien había podido tener.

—Mira, somos tú y yo, el chico de verde y panzón eres tú. ¿No es gracioso? Quiero hacerte reír. A, ¿recuerdas que me llamabas M? pues yo quiero llamarte A. A de Adonis, A de amable —bueno, no tanto—. A de amoroso, ¡oh, sí! A de ardiente ¡Oh sí! ¡Oh sí! mm... mm... mm. Ven, para que retomemos mi preparación —mostró un dragoncito sexy, con gorra y un silbato colgando del cuello—, no puedes dejarme así a mitad de mi entrenamiento, atentas contras mis derechos sexuales, me pondré vieja y seca y, no seré medalla olímpica de oro en tu cama.

Marilyn, frente a la pantalla era juguetona, los rizos de su cabello negro caían sobre sus hombros, rodaba los ojos y parpadeaba coquetamente a ese amante lejano a quien rogaba para que volviera.

Pero él no contestó y el mundo de la chica colapsó ante el poderoso silencio.

Viernes, cuatro de la tarde. Marilyn, en su casa, se miró al espejo, había perdido unas cuantas libras, sacó sus libros e intentó trabajar en su tesis. Hacía dos días del mensaje y no había señales de vida, en ella, tampoco la había, era como si estuviese sumergida en la oscuridad, trabajaba y se portaba como un zombi, la gente le hablaba y no escuchaba, en las noches se despertaba gritando su nombre tan agitada que no podía respirar, hasta Cameron se paraba en frente de ella y con una cara indescifrable preguntaba por él y ella no sabía que decirle.

A las cinco de la tarde escuchó, desde el sopor, como alguien tocaba la puerta, caminó hasta ella como si sus pies pesaran toneladas, abrió y allí estaba él, con su presencia intoxicante que paradójicamente le traía aire nuevo a sus pulmones. Tenía el mechón blanco sobre la frente, una pequeña barba, los rezagos de la golpiza y sus ojos verdes de mirar violento con

hambre, su rostro de piedra y el pelo con más rizos que nunca.

—Baker.

Ella se lanzó hacia él para abrazarlo pero el rehusó el abrazo, entró como un rayo al apartamento y empezó a caminar como un tigre enjaulado.

—¿Dónde estabas, baby?

—¡Chíiis, Baker! —su quijada temblaba, se puso las manos sobre la cabeza—, ¡estoy en guerra aquí! —tocó su corazón— en estos días he estado en el infierno ¡no! hace años estoy en el infierno, yo, yo —la miró y dos lágrimas corrieron por las mejillas de la chica—. Te soñé cuando era un niño, puedes llamarme loco, pero fue así; soñaba contigo, con tu perfume, con tu piel, pero no estabas y mi vida se convirtió en una miseria, después vinieron otras y te fuiste de mí. Durante años, todo fue oscuridad, rabia, violencia, traté de buscarte en muchas mujeres, pero ninguna, ninguna tenía tu olor y odie el mundo por eso ¿cómo se atrevía a mostrarme el cielo para después quitármelo? ¿cómo se atrevían todas esas mujeres a querer reemplazarte a ti? La única vez en que Dios me habló fue cuando soñaba contigo; años y años te perdiste en mi memoria, pero algo en mí, sentía nostalgia de aquella niña que me hablaba como si quisiera salvarme, pero no estabas, no estabas, Marilyn y yo odie a todos y destruí a todos solo porque tú no estabas y un día volviste a aparecer en mis sueños y eran hermosos y yo era feliz, me invitabas a que te tocara, me decías que estabas cerca pero yo había pasado por tanto, que solo creí que ellos eran una burla, que no eras real y odié soñarte.

—¡Oh Dios! —ella lo escuchaba, era como la confesión de alguien venido desde las tinieblas.

—¡No huyas de mí! —le rugió desde una esquina— es tarde, tarde— de nuevo empezó a hablar, era como ver el soliloquio de un actor en pleno escenario—. Yo, yo había perdido toda esperanza, de pronto, un día en Las Vegas, apareciste tú y mi mundo enloqueció. Te busqué por todas partes y estabas tan cerca que no te reconocí porque una parte de mí aún creía que eras un delirio. Tres años a mi lado y no te reconocí, él día en que supe que eras tú, casi beso el suelo que pisabas —Mae empezó a llorar—. Quería devolver el tiempo para que esos años sin ti fueran tiempo de los dos, yo estaba desesperado por tocarte y te negabas y sentía celos de todo lo que te tocaba porque no era yo, sin embargo cada paso que daba hacia ti era como caminar en la nada, el día que bailé contigo fue lo más cerca que estuve de la felicidad prometida, los días en que te fuiste con tu padre fueron un suplicio. Brasil, odié Brasil, la maldita moto, tú en la playa, tu rebeldía, tu anarquismo era como si ese Dios se burlara de mí y me besaste, Baker, y después ¡nada!

—¡Perdóname!

—¡Debería haberte castigado! Arranqué mi corazón y estaba decidido a dejarte ir, pero después paso lo del avión, días pensando en ti ¿sabes que pensaba? —respiró profundo—. Yo, yo iba a intentar ser tu amigo, un poco de ti para mí, no me importaba, pero me llamaste y, abriste tu puerta y tu boca, y dejaste que te tocara. Eres virgen y yo soy tan impuro y, yo... ¡yo te amo, Mae

Baker!

Todo su mundo vibró, se caía a pedazos frente a ella, todos los malditos libros no fueron nada, y todo lo que ella había creído no importó. Su cuerpo no se movía, estaba paralizado frente aquel hombre y sus palabras, solo podía responder con la inmovilidad. ¡Oh, Darcy!, ¡Oh, Heathcliff!, ¡Oh, Romeo! A su vista de entendida, la poesía de Arden Russell era superior a la que Lizzy, Catalina y Julieta inspiraron. Aquí, en su casa, en su vida —no en libros—, se enteraba que ella era el sueño y delirio del señor Dragón.

Marilyn Baker, la que creía que el amor era para otras, la que creía que el romance apasionado solo estaba en las páginas de un libro, recibía, de parte de Arden Russell, la más delírate declaración de amor. Su hermanastra estaba en coma y la ninfa, exultante pero atareada, repasaba cada maldito poema escrito para encontrar algo que se igualara a la confesión de amor que acababa de escuchar.

Trató de acercarse pero, él se alejó.

—Yo te amo, Marilyn Baker, y eso es lo único que me importa. Hace tres semanas —y rugió— esos hijos de puta me hicieron recordar que estoy maldito y que todo, todo lucha contra mí, que cualquiera puede arrancarte de mi vida y quedarme solo de nuevo y, eso ¡no lo voy a permitir! —dos pasos hacia atrás, alzó su mano señalándola—. Debes saber que voy a retenerte, nadie te quitará de mi lado, nadie, ni tú. No luches. Puedes rebelarte y decirme que eres libre pero yo lo voy a resistir. Dependo de ti, Baker, tú tienes el poder de destruirme.

Silencio, nada se movía en la pequeña sala de estar, él bajó su cabeza y respiró profundamente habla ¡di algo! Me muero aquí.

El rostro de Mae ardía, su pecho iba a reventar en mil pedazos y lo veía a él, dueño de todo convertido en un pequeño niño pidiendo ayuda desde una orilla lejana ¿Tengo el poder de destruirte? No, no. Limpió sus lágrimas, levantó su cabeza y tomó una decisión.

—¡Hazme el amor ahora, Arden Russell!, no más juegos, no más lecciones, ¡hazme el amor hasta que el puto mundo reviente!

Sus ojos verdes se oscurecieron y gimió de agonía, caminó hacia ella casi igualando la velocidad de la luz y la abrazó como si de eso dependiera su vida, la tomó del cabello y la jaló con ternura para plantar un beso violento en su boca. Era un beso desesperado, ansioso, un beso de no retorno.

—Mi preciosa muñequita delicada —el beso se tornó salvaje, exigió que ella abriera su boca y metió su lengua de manera demandante, ambos respiraban en la boca del otro—, yo quiero todo, Mae, todo: tu cuerpo, tu sexo, tu sangre ¡todo!

—Todo es tuyo, Arden —ahora era ella la que exigía, llevó sus manos hacia sus nalgas y las apretó fuertemente— ¡llévame a la cama, señor Dragón!,

estoy desesperada. ¡Ahora ya, por favor!, por favor.

Arden la alzó con fuerza, mientras que no se desprendía de su boca, dio una patada a la puerta, y delicadamente la puso sobre la cama, las manos de ambos no tenían rumbo fijo, la boca de ella lo mordía y él gemía con pasión.

—Mi amor, podemos hacer esto, tú y yo, no quiero lastimarte.

Mae le tapó la boca con su boca y acarició su cabello con pasión.

—No pienses, Arden, no pienses. Mi sangre es sangre de batalla, ¡tócame!, ¡bésame!, ¡penétrame! ¡Mátame de amor, si quieres! Pero, no pienses.

Arden enterró su cabeza en el cuello de Mae y chupó haciendo que ella gimiera de deseo.

—¡Desnúdame!, ¡desnúdame!, me quema la ropa, yo nací para estar desnuda contigo.

—Vas a matarme, Baker —su voz era de hambre primaria y bestial, la levantó de las caderas y la arrodilló en la cama, se quedó mirándola y su mueca traviesa surgió— estoy tan duro, Baker, que me duele —besó su boca con dulzura— no seré dulce, amor.

—No me importa, A.

Ambos carcajearon.

—¿Conque A? adoré los putos dibujos.

—Tú me inspiras, A.

—¿Qué significa?

Marilyn, traviesamente alargó su mano hacia su erección y la acarició por la superficie de su pantalón.

—Amante.

—¡Diablos! Tu amante, M.

—¿M? —seguía tentando en su pantalón.

—Mía.

—Mío —sus ojos bajaron al lugar donde lo acariciaba impudicamente— te sientes tan hermoso aquí —se mordió la boca— todo esto dentro de mí ¡no puedo esperar!

Arden suspiró de placer.

—No tan pronto, perversa.

—Mm, mi placer —volvió a besarlo, acarició con su lengua los contornos de su boca.

Los besos eran interminables, lentamente, Arden acarició sus muslos y apretó sus nalgas para acercarla a la tremenda dureza de su erección.

—Siénteme, Mae, no habrá parte de mí que no te toque —volvió a presionar— voy a estar tan dentro de ti que hasta podré tocar tu corazón, ¡siénteme, nena!, llegará un momento en que no sabrás donde empiezas tú y donde termino yo.

—¡Oh! yo lo quiero, lo quiero.

Él se arrodilló, tomó sus piernas e hizo que se sentara, le quitó sus zapatos y le miró sus delicados pies, tomó uno de ellos y besó el empeine y lo lamió con dulzura.

—¿Te gusta?

—Sí.

Él besaba cada uno de sus deditos, para después, lamerlos.

—Hasta tus dedos son follables, Baker, uno por uno, los lindos y pequeños deditos de mi Baker

Sigue hablando así y me vendré aún con mi ropa puesta.

Un beso que comenzó en sus tobillos se alargó a través de su pierna y llegó a su sexo y allí, volvió a morder.

—Te huelo, nena —y de un tirón le quitó el pantalón, se fijó en sus bragas pequeñas que tenían un lindo lazo rosa anudado en un moño pequeño— ¡mira como esconden mi tesoro! —juguetonamente hizo la labor de jalarlos con los dientes, mientras que sus manos se alargaban para tocar sus pechos y amasarlos con ternura, Marilyn sintió su lengua penetrar su ombligo, sintió su tensión y soltó una pequeña risa, para después pararse, poco a poco. Ella iba entrando en un lugar embriagador, lo miraba con ojos de ebriedad sensual—. Levanta los brazos — ella lo hizo y la camisa voló por los aires, cerró los ojos — no cierres los ojos quiero que veas como disfruto desnudándote —un dedo acarició su cuello hasta llegar al pequeño broche de su sostén, de manera perversa estiró el elástico de encaje y lo soltó golpeando su piel.

—Mmm.

Le quitó el sostén y atacó sus pechos dejando en sus pezones rastros húmedos de su lengua.

—Tu piel es perfecta, adoro tu piel.

Ella se arqueaba y dejó que lamiera sus senos con abandono.

—Tu lengua es tan traviesa y hermosa.

—Y aún no han hecho su mejor trabajo, Baker.

Sintió las poderosas manos que se metían entre sus bragas y buscaban, con delicadeza, abrir su sexo.

—Siempre tan dispuesta para mí.

—Sí.

Cuando menos pensó, sintió el jalón y sus pantis destrozados en las manos de él. Los llevó a su nariz.

—Huelen dulce, como tu coño.

Mae vio como Arden se quedaba estático frente a ella Estoy desnuda completamente su pecho subía y bajaba estaba ansiosa por saber si a él le gustaba lo que veía.

—Eres tan putamente hermosa y yo estoy tan putamente duro y te amo.

—¡Dios!

—Viéndote, sé que existe,

Ella se paró con rapidez y con furia le desabrochó la camisa.

—Con delicadeza, Baker, es la primera vez que hago el amor.

Marilyn soltó la carcajada, con hambre fue a sus tetillas y las mordió e hizo círculos con su lengua, él aulló, a ella le gustó ese sonido y con su lengua trazó un camino hacia su ombligo mientras que sus manos se mantenían sobre su pecho, él emitió un quejido suave; ella se arrodilló, no tenía miedo, entendió que nunca frente a él tuvo miedo. Arden la veía desde su altura, era una diosa desnuda pagana en estado de adoración, Mae irguió su cabeza morena, su sonrojo era brutal, se mordió la boca.

—¡Fuera zapatos, Russell!

Él no se hizo esperar, ella desabrochó su cinturón, su sexo palpitaba, su boca se le hacía agua, bajó la cremallera y jaló hacía abajo, le ayudó a quitar el pantalón ¡quiero ver!, ¡quiero ver!, sin delicadeza, solo con el apetito y la curiosidad, bajó sus bóxer, gimió, gimió llena de un placer oscuro, se mordió los labios hasta que le dolieron ¡es tan grande!, ¿todo eso va a estar dentro de mí? ¡Oh, Sagrado Batman, ayúdame! es, es...

—Eres hermoso y me dueles por todas partes —sin pensarlo dos veces, sacó

su lengua y lamió toda la inmensa longitud. Arden gritó, y ella sin hacerse esperar lo tomó entre sus manos y empezó a acariciarlo.

¡He muerto!, ¡he muerto! es lo más divino del mundo... ¿qué hace? Miró hacia abajo y vio cómo su boquita rosada besaba la punta de su glande y de pronto lo engulló succionando con fuerza

¡Oh, no!, ¡no!, ¡no!, ¡no!, sin medir consecuencias, Arden se apartó violentamente y terminó estrellado contra la pared, Mae hizo un gesto de desamparo mientras que lamía sus labios.

—No, Baker, ¿quieres hacerme correr sin que yo haya estado dentro de ti? ¡Niña, vas a ser mi muerte! —volvió hacia ella, la arrastró con fuerzas, la sentó sobre la cama, hizo que abriera las piernas para meter una de sus manos entre su sexo y deslizó uno de sus dedos a lo largo de toda la raja, Mae se estremeció—. Puedo imaginar tu clítoris en mi lengua, Baker —hacia círculos y presionaba—. Yo podría alimentarme de ti, siempre —su voz raspaba su cordura—. Puedo sentir como palpitas y gozas —lentamente uno de sus dedos la fue penetrando, nudillo a nudillo— ¡quemas, mi amor! —añadió otro dedo— estas tan apretada, puedo presentir como estalla tu orgasmo —ella se arqueaba, él giraba sus dedos buscando tocar cada una de las paredes de la vagina, mientras que con el pulgar torturaba su botón de nervios— ¡hueles tan hermoso! —Mae se fue relajando y se dejó caer sobre la cama, él seguía, seguía.

—Arden, eso es —y un primer orgasmo la sacudió, pero él ni siquiera había comenzado, reemplazó el dedo por la lengua, el aire parecía temblar y el calor era insoportable, sintió como le sorbía su excitación.

Diosito, voy a estallar.

Los movimientos de su lengua eran frenéticos al igual que los de sus dedos dentro de su vagina, con la punta llegó a su centro y chupó con fiereza y el segundo orgasmo explotó. Arden estaba orgulloso su placer es mi placer, Mae se movía de manera anárquica.

—Eres hermosa y más hermosa cuando te vienes. Mmm —aspiró con profundidad, volvió a torturar su carne, parecía que no se cansaba de lamerla.

—¡Arden, por favor! Ven, quiero besarte ¡por favor, ven!

Como un gato, se deslizó hacia su boca, no sin antes hacer un recorrido de lengua por todo su vientre, pechos y cuello. Levantó sus piernas y las arqueó casi de manera dolorosa haciendo presión con sus brazos en las rodillas de ella, la besó con ternura.

—Abre más la boca, mi amor.

Ella lo hizo y sintió su lengua casi hasta su garganta, la mano de él se fue de nuevo hacia su clítoris y comenzó la tortura de nuevo, con la otra mano llegó a su boca y metió uno de sus dedos en ella.

—¡Chupa!

Ella lo hizo, arremolinó su lengua e imitó los movimientos que habría hecho con él, si Arden se lo hubiese permitido.

—Nena linda, esa lengua será tu perdición y la mía.

Con lentitud, Arden, se instaló en el centro, quitó su dedo de la boca y apoyó su mano por encima de la cabeza de Mae, empezó a moverse suavemente jugando malévolamente con su pene, arriba y abajo, ella temblaba, un dedo dentro de su vagina.

—Poco a poco, mi amor —y de nuevo hacia su clítoris.

—Vas a volverme loca —gimoteó, sofocada.

—Esa es la idea —movía su dedo, el jugueteó con su miembro, y paró, Mae sintió como él se instalaba en su centro, duro como el hierro y empujó un poco. Dolor. Placer.

—¡Mírame, Arden!

—Te veo —más, más— Yo te veo ¿me ves a mí? —otra pulgada más.

¡Dolor!, ¡dolor!, ¡dolor! ¡Me voy a partir en dos!... placer... agonía.

—¡Sí! —llevó sus manos al pecho de hierro y apretó con fuerza y él dio otro empujón.

—¿Marilyn? —no esperó respuesta—, te amo.

—Ámame Arden, más profundo...más profundo —el hierro caliente iba a medio camino, provocándole un dolor insoportable que la desgarraba pero, no importaba— ¡más!

Arden penetró otro poco y se topó con la barrera que la hacía aún una niña, algo brutal, animal y cavernícola grito dentro de él.

—¡Mía!

—Tuya ¡siempre!

—¿Me necesitas?

—Sí, sí, sí —y fue entonces que él empujó más fuerte.

Esta dentro de mí y duele. Duele, lo amo y duele.

—¡Duele, duele!

Arden no escuchaba, el placer era agobiante, sentirla a su alrededor, sus

músculos, su humedad, el palpitar, las contracciones era algo que turbaba sus sentidos.

Calor. Apretada. Placer.

—¡Esto es el paraíso! —empujó con más fuerza, Mae sintió como él llegó a un lugar imposible.

—¡Mierda, Arden! —ella chillaba, era el dolor y el placer al mismo tiempo.

Tiró fuerte de sus piernas hasta dejar apoyadas sus nalgas en sus poderosos muslos; gritó sorprendida por el movimiento brusco, abrió los ojos y lo vio ¡hermoso! apoyándose sobre sus rodillas —para él, el disfrute de esa posición casi lo hace correrse, levantó sus caderas para apaciguar sus ansias—. Ella envolvió sus piernas en torno a su cintura y empezó a empujar con fuerza, se aferraba con sus puños a las sábanas, gritaba de dolor y de placer, entendiendo que uno hacia parte del otro. En un momento, todo se volvió nebuloso y sonorizado por un coro destemplado de gemidos y gritos.

—¡Tú y tu coñito tan perfecto! —se movía, se balanceaba, la golpeaba con fuerza, adentro afuera, una y otra vez.

—¡Muévete más fuerte, más!

Dolor. Placer.

—¡Serás mi muerte, Mae Baker!

Duro, fuerte, adentro, afuera; la follaba con furia, con instinto, le hacía el amor con dolor, con desamparo, los minutos iban pasando, todos los sonidos eran maravillosos para ambos, cada cachetada de músculos, cada rastrillar de la cama, cada suspiro de la boca de ambos, cada palabra. El olor a sexo descarnado y a sudor, cada roce era enloquecedor, piel contra piel, miembros entrelazados, unidos, perdidos uno en el otro; la visión del vello de ambos confundidos era demasiado erótico, demasiado perverso, demasiado hermoso, el ritmo iba incrementando, las estocadas eran brutales, la cama hacía ruidos que golpeaban la pared.

—¡Más!, ¡más!, ¡más!, ¡más!

—Lo dicho, serás mi perdición

—¡Dios! ¡Sí!

—¿Te gusta?

—¡Sí! ¡Por favor!, ¡por favor! —lloriqueaba.

—¡Eres tan hermosa y yo, yo voy a morir! Vente para mí, ¡vente para mí, ahora!

El cuerpo de Mae empezó a convulsionar, venía, se disgregaba, escuchaba sus gemidos, sus gritos, ardía, le punzaba por todas partes, se abría de par en par, lo miraba a él, quedaron atrapados en la mirada y explotó en millones de átomos.

¡Señor! ¡Señor, me muero!

—¡Agggg! —gritó tan fuerte que le dolió la garganta, el mundo se hundía, ella se hundía y finalmente, el orgasmo más impresionante con la fuerza de mil cohetes hizo que por un segundo su corazón se parara.

—¡Sííí, Baker! —él siguió moviéndose hasta que su clímax también llegó y se derrumbó sobre ella, enterrándose en su cuello— estoy tan enamorado de ti, nena. No sabía, yo no sabía que esto se podía sentir así, nunca, jamás.

Besó su cabello con furia y se retiró de ella, ese fue el momento en que el placer desapareció y ella gimió por el dolor. Arden la observó asustado, ella sudaba y unos hilos de sangre corrían por sus muslos.

—¡Te lastime!, debí ser más delicado.

Ella entendió que cualquier gesto de dolor de su parte sería terrible para él pero, el fuego que la quemaba entre sus piernas.

—Yo no quería que fueras delicado, la sangre es una tontería. Sangre de batalla, te lo dije.

Volvió a ella y la besó con dulzura.

—Eres tan fuerte, mi amor. Yo te voy a llevar hasta las estrellas.

—¿Fui buena? —tomó su cabello enredando mechones del cabello rubio entre sus dedos.

—Maravillosa, hermosa, sexy, caliente, ¡una diosa!

—Sí, ese es mi nombre: ¡Diosa Sexual Baker!

—¡Claro que sí! —besó sus mejillas teñidas de un rosa furioso— ¡claro que sí!

Y así como estaban, desnudos y él sobre ella, se quedaron dormidos, a las dos horas, la asfixia del peso de Arden hizo que ella despertara e intentara moverse en busca de alivio, y fue en ese momento cuando una punzada terrible entre sus piernas la hizo gemir de dolor, al instante, él se despertó.

—¿Qué?

—Nada, cielo, pesas mucho.

—Lo siento —besó su cuello y se paró de la cama.

Mae se le quedó mirando, se veía mejor desnudo que vestido ¡Carajo, sí que es hermoso! Mejor que “El David” y “Perseo” todo desnudo, es lo más bello que he visto y lo deseó de nuevo, su ninfa se desesperó entre las mullidas almohadas de algodón donde dormía agotada y se preparó para el segundo asalto.

Lo vio irse al baño y aparecer con una toalla mojada, se puso entre sus piernas y la limpió de la sangre seca que aún quedaba en sus muslos, el frío y la humedad calmaron el dolor.

—Dime la verdad, mi amor, ¿te duele?

—Un poquito, pero me gusta eso, me gusta que me duela, Arden.

Una mueca malvada se dibujó en el rostro de él.

—No me hagas sentir cavernícola, Baker —penetró con dos dedos su sexo, ella gimió— el dolor significa que solo yo he estado allí.

—Solo tú, nadie más.

Arden buscó entre los bolsillos de su pantalón que estaba arrumbado en el suelo, sacó una delicada gargantilla de oro que tenía un dije de dragón, similar al que ella le dibujaba y se lo puso en el cuello.

—Apenas lo vi en el video, pensé que tenía que convertirlo en joya para que colgara de tu cuello.

—¡Mi propio dragoncito yeti! —su voz fue niña, aunque ya no lo era, adiós niña de Aberdeen, adiós niña de Stuart y Aimé, adiós, adiós...

Se miraron en silencio y como si firmaran un acuerdo mental, no hablaron del tema del asalto, Dragón y Ninfa tenían cosas más importantes que hacer, ella rompió el silencio.

—¡Ven, ven, quiero más!

—No, nena, no. Es apresurado.

—¡No, no lo es!

—El dolor...

—¡Oh Arden, me duele más que no estés dentro de mí ahora! —la chica tímida de horas atrás, ahora movía su cuerpo como una gata sensual, henchida de deseo, atrajo al hombre enorme y desnudo que la hacía contraerse y palpitar — estoy ardiendo, A.

La verga enorme semi flácida en segundos apuntaba hacia ella, Marilyn reaccionó sintiendo que su boca se le hacía agua, se relamió.

—Apetitoso, nene —y lo abrazó atrayéndolo a la cama.

—¡Mierda, Baker!, eres una cosita caliente ¿quieres mi polla dura?

—Sí —su mano sostuvo la dureza, sopesándolo con deleite— mucho.

Arden alargó su mano y tomó la mata de espeso cabello negro, con un movimiento viril la arrastró a milímetros de su boca y la enfrentó.

—¿No vas a permitir que sea dulce?

—No, me gusta el dragón maldito.

—¿De verdad, te gusta?

—Sí, no quiero piedad, Russell.

Ella era tan hermosa, su piel relucía, sus pechos estaban tan llenos, su vientre acaramelado y perfecto, su cabello cayendo sensualmente sobre sus hombros, su boquita regordeta y provocadora, no podía negarse, eso iba más allá de su control.

—Quiero que estés sobre mí, nena —se acercó a su oído— ¡viórame, Baker!, porque después te haré estallar en mil putos pedazos.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Era el sonido metafórico de dos fuerzas en colisión.

Marilyn se sentó a horcadas sobre él y pasó su lengua por su cuello, acarició su cabello sensualmente y lo besó, el juego de enloquecerlo era de ella ahora, empezó a balancear sus caderas, con su mano derecha acarició su longitud con lentitud y después apretó duro.

—¡Mala!

—Quiero ser mala contigo —arriba y abajo, sus caderas bailando.

—Linda, yo —ella seguía su cadencia, le agarró una de sus manos y la llevó a uno de sus pechos, puso la otra mano sobre su hombro y se situó en su erección— Marilyn, cuando yo este deslizándome dentro de ti quiero que me muerdas duro, muy fuerte.

Por un momento, ella se paralizó.

—¿Por qué?

—No solo tú debes sangrar esta noche. ¡Muérdeme duro!, lo quiero. Tú sientes dolor, yo quiero también, sientes placer y es mío también, ¿sí?

Poco a poco, ella se fue rodando a lo largo de él, sintió la punzada de dolor y mordió su boca con fuerza, él gimió, ella suspiró con la sensación de él llenándola de nuevo, empezó a moverse con lentitud.

—¡Muérdeme, nena!

Enterró los dientes en su labio inferior, ella estaba disfrutando la sensación salvaje de dominio que tenía sobre su dragón de la montaña.

—¡Muévete más rápido, por favor! —los movimientos eran algo torpes al principio, a los lados, en círculos. Él metió su mano y acarició con fuerza el clítoris, en ese momento, Mae fue perdiendo el sentido, sus caderas se movían con más rapidez, enterró sus uñas en la espalda, gritó de placer, Arden sacó su mano de su sexo, las llevó a la cintura y la levantó un poco guiándola arriba y abajo, pegaron sus frentes, gemían uno en la boca del otro, se miraban, él la soltó pero ella siguió agarrada en sus hombros, Arden apoyaba sus manos en las almohadas, pero seguía pegado de la frente de ella.

—Eres celestial, deliciosa, ¡tan húmeda! más rápido, por favor ¡sí!

Sus cuerpos encajaban con perfección, ella se dilataba, siseaba con placer, la sensación era poderosa, el pulsaba dentro de su sexo.

El orgasmo arreciaba y amenazaba, los dedos de sus pies se encorvaron, toda ella estaba pesada y jadeante, ambos se movían en una sincronización perfecta.

—Tú...

—¿Sí?

—¡Más! Yo...

—¿Qué? ¡Oh, nena!

—¿Te gusto?

—¡Me matas!

—Estoy mareada, ángel. Yo, esto. Las Vegas, Brasil, debiste tomarme. Tanto tiempo ¡Dios! ¡Oh! el primer día, ya, ya, ya.

—Ven por mi nena, ven por mí, estoy cerca, estoy tan cerca, ven, ven.

El clímax de Marilyn explotó y a los segundos el de Arden también quien gritaba su nombre.

Esta vez, ella puso más atención al placer de él, vio su rostro perfecto, las pequeñas venas de su cuello palpitando, su pecho zumbando y agitado, el sudor que corría por su frente, su nariz tratando de capturar el aire, sus ojos verdes profundos, todo él dentro de ella, su energía, era impresionante.

—Perfecto, eres perfecto, ángel —las réplicas del temblor continuaban y ambos se movían de manera involuntaria.

Arden sonrió con melancolía y placer.

—No, mi amor, soy perfecto cuando estoy contigo —y chocó su boca con la de ella.

FIN

EPÍLOGO

En un minuto, cambia el mundo; en un minuto, todo se aclara o se oscurece; en un minuto, Marilyn Baker dejó de ser virgen y, en poco menos que en esa medida de tiempo, entendió que estaba irremediablemente atada a ese hombre. La confirmación de aquella verdad ineludible no fue la sangre que corrió profusa por sus muslos, tampoco fue la invasión brutal en su cuerpo, la certeza de esa pertenencia era él a su lado, dormido y batallando en mundos que ella desconocía.

¿Serían también sus mundos? ¿Hasta dónde sería capaz de soportar aquella bomba atómica que explotó cuando le dijo que la amaba? ¿Tendría la fuerza para sostenerse en medio de ese huracán y no salir volando a estrellarse con el mundo?

Era medianoche y ella se deslizó de la cama, su cuerpo había sido recién descubierto y sentía que poseía una energía inagotable, podía correr, podía volar y gritar hasta que la escucharan en los polos. Envuelta en su camisa –y en su olor–, Marilyn observó a una Nueva York que guarda secretos y oscuridades, se identificó con la ciudad: ella guardaba un secreto y todas las oscuridades posibles.

Aspiró el aire disfrutando de cada partícula que entraba en su sistema y cuando exhaló, dijo adiós a todo lo que ella fue un día, la hija de alguien, la niña buena y la chica correcta se despedía; ahora, desnuda, rota por amor y formada para el placer, daba la bienvenida a la otra, a la loba solapada que, siempre atenta, estuvo esperando a que él la desatara y le diera el impulso inicial a ese motor que era su alma en plena marcha y convulsionando.

No habría mañana –no lo esperaba–, era ese día y el siguiente, aullando, gritando, ardiendo; era ella y era él, Arden Keith Russell, repleto de secretos y dolores, con sus manos manchadas de sangre.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo, había tocado las puertas del infierno y el diablo en persona las había abierto y no le importó. Ella –satánica y deseosa de fuego– entraba sin pensar en nada; sí, la niña buena se iba y detonaba en su interior una mujer loca, desnuda y con el cabello salvaje, dispuesta a abrazar la oscuridad de los libros que se hicieron músculos en los músculos de un dragón.

No había vuelta atrás, no le importó el futuro incierto, ella era una guerrera y respondería al desafío.

Vivir o Morir.

Vivir amando al diablo o morir sin él.

Una música resuena, un big bug bang, un motor, una risa libertaria, una niña vestida de lencería, una boca roja y suicida, una ninfa.

Mañana serás otra, Mae Baker, mañana serás la real y tienes que celebrarlo.

Y a la medianoche, quitándose la camisa de olor enervante y mirando su reflejo en el vidrio de su apartamento, la hija de Stuart Baker y Aimé Gerard prendió un cigarrillo.

Era la mujer del señor Dragón, era más puta que princesa, más indecente que sabía, estaba viviendo un sueño más real que cualquier día de su vida y acaba de descubrir el verdadero y más sucio secreto de las princesas: el príncipe azul es un ángel caído, capaz de llevarla del infierno al cielo con una palabra, con un solo de sus besos y no le importó, ella era la ninfa que no se escondería en los rincones de palacio y lucharía por mantenerse viva en medio de ese huracán que era Arden Keith Russell.

Mañana, te lo prometo, nena, mañana comenzará tu vida.

Agradecimientos

A FF.Net quien me dio la oportunidad de comenzar este proceso.

A la primera chica que se unió al Dragón y se hizo una amiga divertida e incondicional: Liliveth; a Belén, quien siempre me alentó a escribir; a Salem, Mayra, Patty, Cris, Rosa, Melina, Karen, Diana, Alejandra, quienes, desde sus países, me acompañaron y motivaron para esto. A Vero Sánchez quien se sumó al Dragón como lectora y se convirtió en la risa y en la fe.

Pero, sobre todo a mi amiga, editora, compañera, paño de lágrimas y fuerza de todo esto: Ximena, por ti, sabes que este monstruo es tan tuyo como mío, quien ha aguantado este proceso, quien siempre quiere lo mejor y lo excelente, quien nunca se rindió.

Por ti, por ellas y por todas las dragonianas

¡Muchas Gracias!.

Próximo

El Límite del Caos

Libro II

Oración Bajo la Lluvia

Cuando amar a un Dragón es convivir con su fuego.

